La BIBLIOTECA de la NIEBLA

KAI MEYER

Planeta

Índice

Portada

Portadilla

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

Epílogo

Notas

Créditos

LA BIBLIOTECA DE LA NIEBLA

Kai Meyer

Traducción de María José Díez Pérez

1

1917

Sentía a Mara en toda la casa, aunque se había marchado hacía tiempo. Sentía su presencia en los pasillos de techos altos igual que notaría una corriente de aire, veía su silueta en los pliegues de las cortinas de brocado, oía sus pasos en las salas barrocas y en la escalinata de mármol.

Pero en ningún sitio se me antojaba tan cerca como en la biblioteca de mi tío, un fantasma en el laberinto de libros.

A veces, cuando pasaba por delante de las estanterías, creía verla al otro lado; una visión fugaz tras las hileras, un bailoteo en el polvo que se arremolinaba, una sombra en los lomos de piel de los libros. Y entonces deseaba poder oír su voz, su respiración, su risa suave e inteligente.

Pero los espíritus no ríen nunca, ni siquiera aunque estén vivos.

Nadie leerá esto. En cuanto haya terminado de escribirlo, quemaré las hojas. Y será como si las llamas devorasen el pasado —el dolor, el sentimiento de culpa y también la belleza—, y yo podré volver a respirar con más libertad, a pensar con más claridad, quizá a dormir de nuevo sin que en mis sueños regrese al frío palacio a orillas del canal de Catalina, en San Petersburgo, en febrero de 1917.

Ese día, el camino desde la Biblioteca Imperial hasta casa me dejó sin aliento. Había vaciado mi taquilla en la habitación de los

bibliotecarios jóvenes y me había llevado varios de mis libros favoritos para ponerlos a salvo, por si alguien prendía fuego al lugar. San Petersburgo —cuyo nombre oficial desde hacía unos años era Petrogrado, aunque en la calle casi nadie la llamaba así— se sumía en el caos a un ritmo imparable. En los puentes que salvaban el río Nevá ardían las barricadas de los campesinos y los trabajadores, el zar había decretado la ley marcial. Circulaban rumores de que el ejército había recibido la orden de disparar. Y eso que pronto serían los soldados los que se levantarían contra Nicolás II y lo obligarían a abdicar.

Pero, hasta entonces, reinaría la anarquía más absoluta.

En la avenida Nevski los manifestantes iban de acá para allá con consignas y porras, con lo que uno se preguntaba hacia dónde querrían dirigir el país si ni siquiera eran capaces de imprimir una dirección a sus propios pasos. Más peligrosos que ellos eran los saqueadores y aquellos cuyo único objetivo era ocasionar destrozos. En mi camino de vuelta al canal, di un gran rodeo para evitarlos a todos, y cuando entré en el palacio —como de costumbre, por la entrada de servicio, porque sabía que mi tía lo odiaba—, agotado, pensé ingenuamente que ya había pasado lo peor.

Todavía no había visto la silla de ruedas de Ofeliya, que estaba volcada y con los radios de una rueda pateados. Ni la sangre en el gran salón.

No sospechaba ninguna de esas dos cosas cuando subí la escalinata desde el recibidor y atravesé la galería de pinturas para ir a la biblioteca de mi tío. Se hallaba en una sala del ala oeste en la que las estanterías seguían un patrón indescifrable, de manera que parecía uno de esos laberintos en los que hay ratones blancos que buscan la salida. En este caso el ratón era yo, ya que desde que mi tío Alexéi Mijáilovich Kalinin me había nombrado responsable de su

colección, también yo deambulaba por esa selva de áreas temáticas remotas y montañas de libros sin cartografiar. Como me permitía estudiar en la Biblioteca Imperial, mi tío opinaba que debía pasar mi tiempo libre ordenando y catalogando sus propios volúmenes.

Que no es que me importara. Algunas personas están hechas para los libros, y solo los ignorantes creen que es al contrario.

Dejé el montón que había traído conmigo en el escritorio que descansaba entre las ventanas y descorrí un poco una de las cortinas. Por la calle pasaba una turba enfurecida. Muchos hombres llevaban muebles y cuadros con marcos dorados; otros, lámparas de pie y montones de sábanas dobladas; dos, incluso una cuna. Debían de haber saqueado una de las otras casas señoriales del canal, tal vez la villa de los Sidorov. Victoria Sidorova había dado a luz hacía escasas semanas.

Visto con la perspectiva que da el tiempo, me resulta extraño que apenas me preocupara por nosotros. Esas personas de ahí fuera querían arrasar palacios abandonados, pero seguro que evitaban aquellos en los que había testigos. A fin de cuentas, yo estaba en casa, y también la servidumbre debía de estar en alguna parte, además de mis tíos y, naturalmente, mi prima Ofeliya. Eso pensé entonces, tonto de mí, y ello decía mucho de la ingenuidad con la que veía el mundo a través de las ventanas de la biblioteca.

El cielo se había encapotado, todo apuntaba a que caería un aguacero. Tal vez las hordas de insatisfechos se disolvieran por sí solas, volviesen a sus barrios, en los que por el día olía a ropa mojada y sopa de repollo y por la noche a aguardiente y vómito.

Justo cuando estaba cogiendo el primer libro del montón, una edición rusa de *El Kalevala* a la que tenía especial cariño, llamaron con fuerza a la puerta. Una red de conductos propagaba el sonido

por toda la casa, sobre todo cuando se utilizaba la aldaba como si fuese un martillo. O un ariete.

Miré de nuevo por la ventana: el pelotón de saqueadores había seguido adelante, seguro que en el portal no había más de uno o dos. Ninguno de los criados fue a abrir —debían de temer por su vida—, así que decidí ir yo: dejé atrás los cuadros, bajé la escalinata y recorrí el amplio recibidor. Uno solo sueña con vivir en un palacio hasta que vive en uno. Apenas había un día que no deseara irme a una casita de madera apartada en los bosques de Carelia, dejar esas paredes de pasillos largos, habitaciones expuestas a las corrientes y salas sin caldear.

Eché un vistazo por la mirilla, reconocí la nariz ancha y el cabello pelirrojo, y abrí la puerta.

—Salvo que pretendas llevarte manteles o la cubertería de plata...

—¡Artur! —Spiridon entró en el recibidor deprisa, haciéndome a un lado, sin aliento—. Tienes que irte de aquí. ¡Ahora mismo! —Llevaba una camiseta de rayas y un chaquetón de piel, probablemente para parecerse a uno de los marineros rebeldes de Kronstadt que iban por las calles con los campesinos sediciosos.

Cerré la puerta y aproveché el momento para ordenar mis pensamientos. No sé decir por qué la aparición de mi amigo fue lo que me sacudió —a fin de cuentas, había visto con mis propios ojos lo que estaba sucediendo fuera—, pero había algo en su tono de voz que resultaba mucho más alarmante que su brusca llegada. Me quedé helado por dentro y un temblor me recorrió las piernas.

—¿Qué ha pasado?

Él me miró sin dar crédito.

—¿Es que no lo sabes?

—Di.

Echó una rápida ojeada al recibidor. Solo un segundo después comprendí que no estaba calculando el valor que podían tener los preciados cuadros y alfombras, sino que buscaba a los demás moradores de la casa. Entonces también yo me pregunté por primera vez dónde se había metido todo el mundo.

Ofeliya debía de estar en su habitación, como siempre: no le gustaba el nuevo ascensor, pero detestaba más todavía que los criados la levantaran de la silla de ruedas y la bajaran en brazos por la escalera como si fuese una niña pequeña. Tenía veintidós años, los mismos que yo, y decía mucho de la tía Xenia que, después del accidente, no la hubiese acomodado en la planta baja. En lugar de hacer eso, Xenia había exigido a Ofeliya durante años que permitiera que la llevaran, hasta que esta apenas salía ya de su habitación en la primera planta. Que unos meses atrás el tío Alexéi hubiese mandado instalar el moderno ascensor con reja no cambiaba ese hecho en modo alguno. Ofeliya seguía prefiriendo estar sola, y únicamente se animaba cuando yo iba a verla para llevarle libros nuevos.

No sabía decir dónde estaría Xenia aquel momento, pero era probable que Alexéi estuviese en el despacho, quizá incluso en el salón de fumar, dando chupadas a uno de sus espantosos habanos. No creía que, en vista de las escenas que se estaban dando en las calles, hubiese ido a la editorial. A mi tío le gustaba postergar las cosas, ya se tratase de la infelicidad de su hija o del levantamiento de los campesinos rusos.

—Han llegado cuando tú estabas fuera —afirmó Spiridon con la más grave de las miradas—. La policía secreta ha estado en vuestra casa.

Negué con la cabeza con incredulidad.

—¿Aquí?

—Los cerdos de la Ojrana han mandado a casa a los criados y después se han ocupado de tu familia.

Quizá mi amigo hubiese oído un rumor falso. Esos días se hablaba mucho, circulaban noticias funestas cada hora. Sin embargo, Spiridon me cogió por los hombros con fuerza mientras ponía la cara con la que se hace saber a los buenos amigos que la vida tal y como la conocían ha terminado.

—Tenemos que largarnos de aquí —dijo con gesto de súplica—. Ni dentro de cinco minutos ni dentro de un minuto, ¡ahora mismo!

Sentí vértigo, pero me zafé de él, me di la vuelta sin mediar palabra y subí corriendo la escalinata.

—¡Artur! —me gritó—. ¡No hay tiempo!

Sin hacerle caso, subí los escalones de dos en dos, llegué a la primera planta y enfilé el pasillo en cuyo extremo se encontraba la habitación de Ofeliya.

Ya desde lejos vi que la puerta estaba abierta de par en par. La alfombra pasillera hacía ondas. Las criadas tenían orden de alisar siempre las esteras, con el objeto de que no supusieran un obstáculo para la silla de ruedas de Ofeliya.

Los pasos de Spiridon golpeaban los peldaños muy por detrás de mí, en un mundo mejor, en el que la terrible certeza apenas era un presentimiento.

—Artur, ¡espera!

Percibí el familiar olor de la habitación antes de irrumpir en ella, el ligero perfume que siempre utilizaba Ofeliya, aunque nadie salvo yo entraba a verla. Me detuve consternado. La silla de ruedas estaba volcada delante de su cama, en un mar de cristales procedentes del espejo. Algunos de los libros que yo le había llevado la semana anterior se hallaban tirados por el suelo, como si alguien los hubiese lanzado por la habitación con una furia desmesurada.

Probablemente la misma persona que, sin ningún sentido, había pisoteado una rueda de la silla. Había radios rotos apuntando en todas direcciones.

Spiridon se detuvo en el umbral.

—No podrás hacer nada por ella. Ya sabes lo que significa que la Ojrana se lleve a alguien. —Por lo visto, no se atrevió a ponerme de nuevo la mano en el hombro o tan siquiera a acercarse a mí—. Los tres han muerto.

Me volví y vi que se estremecía cuando nuestras miradas se encontraron, después pasé por delante de él y bajé.

En el salón descubrí sangre. Solo eran unas gotas, pero me imaginé que los habrían golpeado con un puño de acero. La policía secreta debía de haber pegado con él al tío Alexéi, quizá también a la tía Xenia. Pero, sobre todo, pensé: «Por favor, a Ofeliya no».

Spiridon, que me sacaba media cabeza y era mucho más rápido que yo cuando hacía falta, apareció a mi lado.

—He venido corriendo en cuanto lo he oído.

Spiridon solía oír cosas así porque contaba con los contactos necesarios y porque, con el taller de falsificaciones que tenía debajo de su tienda, todos los días corría peligro de acabar en las cámaras de tortura y de ejecución de la Ojrana.

—Dicen que interceptaron un envío con unos cientos de libros procedente de Alemania que tu tío había hecho imprimir allí. Un polémico escrito subversivo.

—¡Mi tío no es enemigo del zar! —le grité, como si todo fuera culpa suya.

—Si la Ojrana considera que lo es, no hay nada que hacer.

—Pero...

Me cogió de nuevo por el brazo y, cuando quise soltarme, no me dejó.

—Ahora escúchame bien: hace al menos una hora que se han ido, lo que significa que todo ha terminado. Lo siento, pero lo sabes tan bien como yo. Aunque dejen con vida a tu tío el tiempo necesario para interrogarlo, su sentencia de muerte es segura. En cuanto a las mujeres...

No fue preciso que terminara la frase, puesto que así eran las cosas en los días en los que el zarismo tocaba a su fin. A los enemigos se los ejecutaba sin juicio previo, se eliminaba a familias enteras solo con que se abrigase la sospecha de que podían tener algo que ver con los conspiradores.

Negué con la cabeza y quise replicar de nuevo, pero de mi garganta solo salieron graznidos.

—Volverán a por ti —insistió Spiridon—. Todo el que se relaciona con libros resulta doblemente sospechoso, pero antes incluso de que llegue la policía aparecerán los saqueadores, en cuanto se corra la voz de que los Kalinin se han marchado. No sé si prefieres caer en sus manos o en las de la Ojrana.

—Pero no puedo hacer como si Ofeliya hubiese muerto sin tener la seguridad de que es así —objeté.

—Tienes la seguridad. Los dos la tenemos. Porque hemos oído lo que les ha sucedido a docenas de personas más a las que han ido a buscar; no puedes presentarte sin más en la policía para preguntar. Pero te prometo que me informaré. —Tiró de mí, aunque a los pocos pasos me detuve—. Y ahora ¿qué pasa? —me espetó.

No se lo podía explicar. Me habría gustado subir a la habitación que había ocupado Mara hasta hacía tres años para convencerme de que ella —no, su recuerdo— estaba a salvo allí. De que ningún saqueador podía hacerle nada a su presencia en la casa.

Spiridon frunció el ceño.

—Mara —se limitó a decir.

En un momento en el que no pensaba con claridad, le había contado que el recuerdo de Mara me perseguía como si fuera un fantasma. Quizá en más de un momento. Quizá unas cuantas veces.

—Es solo que... —empecé.

—Mara ya no está aquí —me interrumpió—. Está en Alemania, y pronto te reunirás con ella.

Clavé la vista en él.

—¿Qué?

—Ven conmigo y te lo explico. Pero no aquí.

No pude seguir resistiéndome. Sin embargo, había algo que no dejaría allí de ninguna manera.

—Espera un momento.

Subí de nuevo la escalera y volví a la biblioteca. Spiridon vino detrás, sin duda enfadado, pero esta vez sin rechistar. Desde la puerta vio que yo cogía el primer libro del montón: la traducción al ruso de *El Kalevala*, la epopeya finlandesa que reunía los poemas épicos de Carelia. Después pasé por delante de él para ir a mi cuarto y de un cajón saqué una paleta de pintor con pintura seca. Ambas cosas, el libro y la paleta, las metí en mi vieja cartera de cuero de la escuela.

—¿Ya has terminado? —me preguntó Spiridon.

Asentí y corrí abajo con él; lo seguí por la cocina hasta la puerta de servicio, salimos a la callejuela que discurría detrás del palacio y después, bajo la lluvia y el frío, nos alejamos del canal de Catalina y sus inmaculadas fachadas y nos adentramos en el mundo de Spiridon, con sus patios traseros llenos de humo de carbón, sus trampillas chirriantes y sus escondites en sótanos.

No nos detuvimos hasta que llegamos a su tienda, más de veinte minutos después. El minúsculo establecimiento se encontraba en una callejuela detrás de la plaza Heumarkt, embutido entre un

zapatero judío y un sepulturero que, según los rumores, no enterraba únicamente cuerpos, sino cualquier cosa que quisieras hacer desaparecer para siempre.

Spiridon vendía rarezas y antigüedades procedentes, sin excepción, del famoso gabinete de curiosidades de Pedro el Grande. O al menos eso afirmaba él con una seriedad inquebrantable. Que su tienda estuviese en una zona en la que vivía un número bastante alto de antizaristas era una contradicción solo a primera vista. Por más que deseara la caída de los Románov, a la gente le gustaba deleitarse en los recuerdos de los viejos tiempos, unos tiempos que ni siquiera habían vivido, y decorar sus casas con retratos de soberanos muertos y cuadros de palacios en paisajes nevados. Spiridon hacía negocios aceptables con este timo, pero ganaba una gran parte de sus copecs falsificando documentos y certificados.

Abrió la tienda y me empujó dentro. Ese febrero era benigno tratándose de San Petersburgo, caía más lluvia que nieve, pero solo entonces fui consciente de que la ropa que llevaba no podía ser menos apropiada para huir. El chaquetón valía para dar un paseo por la ciudad, pero, desde luego, para nada más. La estufa daba un calor agradable, señal de que, en efecto, Spiridon había salido precipitadamente; ni siquiera le había dado la vuelta al letrero de CERRADO en la puerta.

—Al sótano.

Señaló la angosta escalera de la pared del fondo, medio oculta por una estantería en la que se veían animales disecados, jarrones chinos, tallas orientales y unos cuantos tarros en los que flotaban narices, orejas y dedos. Pedro el Grande tenía un gusto peculiar. Por no hablar del rosario de ojos de cristal. O de la jaula de pájaros en la que unas bailarinas desnudas de porcelana daban vueltas cuando se accionaba una manivela. Y menos aún de la silla de montar para

damas con protuberancias en puntos insólitos. Todo auténtico, afirmaba Spiridon cuando se le preguntaba por aquellos extravagantes artículos, aunque yo estaba seguro de que la mayor parte los mandaba crear en los talleres de los patios traseros del barrio, según diseños propios, ya que llevaba la falsificación en la sangre.

En el almacén que había al final de la escalera se ocultaba una puerta secreta, y, cuando Spiridon la abrió, quedó a la vista la trampilla de acceso al taller. En él había una gran mesa con toda clase de papeles apilados, sellos, tinteros y plumas, además de cinco máquinas de escribir. Los trabajos complicados Spiridon los realizaba en un atril con un taburete elevado.

—Siéntate. —Señaló una banqueta que había junto a la mesa.

—Prefiero quedarme de pie.

Cerró la puerta secreta, sacó de un cajón una botella de vodka y un vaso, y puso ambas cosas en la mesa.

—Bebe.

—No he venido a eso.

—Acabas de perder a tu familia. Aunque no quisieras mucho a Alexéi Mijáilovich y a Xenia Vladímirovna, todo esto te afectará. Si no ahora, pronto. Así que será mejor que bebas.

No toqué la botella.

—No puedo creer que vayan a hacerle algo a Ofeliya. ¡Maldita sea, es paralítica! —Sentí una opresión en la garganta. Me froté deprisa los ojos con el dorso de las manos.

Spiridon llenó el vaso y me obligó a cogerlo.

—No es malo. Y te ayudará.

Esa vez cedí. Lo que bebí no sabía mal. Podría haber sido agua o pis de caballo. Con el tercer trago me tranquilicé.

—Debes salir de la ciudad —insistió—. Y yo sé cómo.

—No puedo huir sin más.

—Huir es lo único que puedes hacer. De lo contrario morirás, igual que Ofeliya y sus padres. Eres bibliotecario, un intelectual, eso ya levanta suspicacias. Pero, sobre todo, administras la biblioteca privada de tu tío, bastará con que descubran en ella uno o dos libros sospechosos. Y encontrarán algo, siempre encuentran algo.

El rostro de Ofeliya bailoteaba tras mis párpados entre puntos de luz de un rojo sangre. En su día, mi prima había sido una bailarina prometedora, había actuado en los principales escenarios de la ciudad, hasta que la rueda de un coche de punto le había destrozado las piernas. Nueve años antes, cuando mi tía me llevó a vivir a su casa —tras la muerte de mi madre, su hermana—, Ofeliya aún era una muchacha llena de ambición y ganas de vivir. El accidente truncó su futuro, sus esperanzas y sus sueños. Y la Ojrana le había arrebatado el resto.

La idea de que la policía secreta se la hubiese llevado a rastras y la hubiese estrangulado en una de sus salas de interrogatorio era tan estremecedora que la rechacé como una carta funesta que uno se niega a aceptar, aunque sabe perfectamente que su contenido le dará alcance antes o después.

—En el puerto hay un barco —me contó Spiridon—. El *Saltan*. Está lleno a rebosar de refugiados a los que llevarán a Alemania y a Francia. Familias acomodadas, hombres de negocios de origen germánico con ciertos contactos, patricios ricos. Todos en la lista negra por un motivo u otro.

—Siendo así, hundirán el barco —repuse—. Ni siquiera llegará a mar abierto.

—Llegará, puedes estar seguro. Porque algunos de los que van a bordo han sobornado a todo el que sabe manejar un cañón. Además de a su comandante. Varios militares de alta graduación son desde

no hace mucho propietarios de suntuosos palacios, con todas las garantías y la parafernalia pertinentes. Es el precio que uno paga cuando no tiene elección.

—Yo no poseo nada con lo que pueda sobornar a nadie.

—¿Quién crees tú que ha falsificado la mayoría de esos documentos? —inquirió.

—¿Y...?

—A cambio me han reservado una plaza en el *Saltan*.

—Bueno, pues buen viaje.

—Pero no seré yo quien suba a bordo, sino tú.

—No digas bobadas.

Spiridon abrió un cajón y sacó un sobre.

—Estos son los documentos que falsifiqué en su día para Mara y para ti.

Sal en una vieja herida que no se había cerrado del todo. En invierno de 1913, hacía más de tres años, concebí el plan de dejar el país con Mara. Le pedí a Spiridon que elaborase documentos para los dos, pero después todo resultó ser un gran disparate. Ni Spiridon —Dios lo bendiga por ello— ni yo habíamos vuelto a mencionar los papeles. Hasta aquel día.

—Cógelos —insistió—. Es posible que ni siquiera los necesites porque nadie te los pida. Pero, en caso contrario, los tendrás. Y cuando llegues a Leipzig y encuentres a Mara, podréis iros a América o adonde sea con ellos.

Yo sabía que solo lo decía para animarme. Mara no iría a ninguna parte conmigo. Por mucho que su recuerdo me persiguiese a cada paso, la verdadera Mara, la Mara de carne y hueso, se había decidido en su día por una vida mejor.

—Te has pasado horas hablándome de las cartas que te ha escrito —prosiguió Spiridon—. De Leipzig, la ciudad de los libros, con miles

y miles de editoriales y de librerías convencionales y anticuarias. Aunque no la encuentres allí, parece un sitio hecho a medida para ti.

—Estamos en guerra con Alemania —le recordé.

—Alemania está llena de rusos que emigraron allí después de 1905. Según tus papeles —blandió el sobre—, tu padre era alemán.

—Mi padre era...

—Eso no tiene ninguna importancia —me cortó—. Si te comportas como si no fueses rematadamente tonto, es posible que no te tomen por un espía y podrás ir adonde quieras. En el frente los alemanes también caen como moscas, así que en su ciudad de los libros necesitarán bibliotecarios. Y tú dominas la lengua.

Mi tío nos había enviado a Ofeliya, a Mara y a mí a la Petrischule, la escuela alemana de San Petersburgo. Hasta que estalló la guerra, Alemania era el socio comercial más importante de Rusia, y el comercio todavía no había cesado por completo. A ello había que añadir los estrechos lazos de sangre entre ambos países. La zarina y una gran parte de la aristocracia y del funcionariado eran de ascendencia alemana, y entre los burgueses cultos la lengua estaba muy extendida. Precisamente por eso, desde hacía años, en las capas más pobres latía el odio contra todo lo germano. Muchos seguían creyendo, incluso en plena guerra, que en el Gobierno había alemanes infiltrados, que el zar recibía órdenes del káiser y que la élite teutona se enriquecía sacrificando a la plebe en los campos de batalla.

—Ni siquiera tengo ropa en condiciones —aduje.

—Buscaremos algo mío. Bastará para la travesía.

Lo escudriñé.

—¿Por qué haces esto?

—Somos amigos.

—Si averiguan lo que estás haciendo, te matarán.

—También me matarán si encuentran este taller. —Esbozó una ancha sonrisa—. Pero no pasará. La revolución ya es imparable. Cuando los bolcheviques estén en el poder, dejarán de interesarse por alguien como yo.

—¿Desde cuándo eres un bolchevique?

—Soy lo que haga falta para seguir con vida. —Señaló con la cabeza los sellos y formularios falsos—. Llevo años dedicándome a esto. Sé librarme de los problemas. Y tú sabes llevar libros de un sitio a otro. No hay por qué avergonzarse de ello.

—Muchas gracias.

Spiridon sonrió.

—Dicho sea de paso, me viene de perlas, porque así podrás hacerme un favor.

—¿Qué favor?

Me puso en la mano el sobre con los documentos y después abrió de nuevo el cajón y sacó una caja de cartón plana. Estaba atada con un cordel y sellada con lacre rojo.

—Llévate esto —me pidió.

—¿Qué hay dentro?

—Un libro. O al menos es lo que debería acabar siendo.

Cogí la caja y la sacudí con suavidad. Un montón de papeles un poco más pequeños que el embalaje se desplazaron a un lado y a otro.

—¿Tus memorias?

—Llévalo a Leipzig —contestó—. Allí lo publicarán, aquí es demasiado peligroso.

Di unos golpecitos en la tapa con recelo.

—¿Es un panfleto como el que atribuyen a mi tío?

—Algo por el estilo, sí.

—¿Y se supone que tengo que cruzar las fronteras con él?

—El mar, que es distinto. Y en Alemania no le interesará a nadie.

—¿Quién lo ha escrito?

—Personas que dentro de poco serán muy influyentes.

—Revolucionarios.

—Si los quieres llamar así... —Asintió—. En Leipzig estará a salvo, allí podrán componerlo e imprimirlo. Se lo darás a un hombre llamado Iván Ivánovich Petrov. Eso es todo. Después no volverás a saber nada de él.

Aunque estaba mareado y empezaba a ser consciente de mi pérdida, pensaba con suficiente claridad para olerme que todo ese asunto clamaba al cielo.

—¿Quién exactamente paga este pasaje? ¿Y por qué no llevas esto tú mismo a Alemania?

Aunque el semblante de Spiridon era serio, no reflejaba ni rastro de perfidia.

—Es posible que lo hubiese hecho si no fuese mucho más urgente que te marches de aquí tú que yo. Esta caja te salvará la vida. Y salvará la mía, dicho sea de paso, si todo sale según el plan, el libro se imprime y estas personas llegan al poder.

—Lo que dices son sandeces, Spiridon. Hay cientos de maneras de sacar del país un manuscrito como este.

—¿Quieres que prueben a echarlo al correo? Estamos en guerra, como sin duda habrás advertido. Y acabas de vivir en carne propia lo que sucede cuando encuentran algo así en la frontera. Le siguen el rastro hasta su origen y aparece la Ojrana, y, si eso sucediera, nos costaría el cuello tanto a mí como a las personas que podrían conseguir que se produzca un verdadero cambio.

Sacudí la caja con más vehemencia.

—¿Qué hay dentro exactamente?

—No lo he leído.

—¿Ni siquiera el título?

—*Los planes de los padres eternos*. ¿Te basta? —Señaló un reloj que hacía tictac en la pared del taller—. El tiempo apremia. El barco zarpará pronto.

Tomé una decisión.

—El barco zarpará sin mí.

Sus ojos se encendieron con una mirada furibunda.

—¿Has perdido el juicio?

—Necesito tener la certeza de que Ofeliya ha muerto. —Estampé la caja en la mesa con tal fuerza que los sellos tabletearon en sus soportes—. No puedo irme antes. Si sigue viva, he de sacarla de aquí como sea.

—Ha muerto, Artur.

—Si es así, lo averiguaré. —Me volví para irme, la cartera con las pocas pertenencias que conservaba afianzada firmemente bajo la axila. *El Kalevala*. Y la paleta de pintor, que había sido el regalo de despedida de Mara.

—¿Quién es más importante para ti? —preguntó Spiridon cuando pasé por delante de él—. ¿Mara u Ofeliya? ¿A cuál de las dos te gustaría volver a ver?

Me volví en redondo, furioso.

—¿Lo dices en serio?

Un olor acre me recordó a los disolventes que utilizaba Mara cuando pintaba sus enigmáticos autorretratos. Spiridon empleaba toda clase de productos químicos para conferir a sus documentos una pátina artificial, y quizá se hubiese volcado alguno de los botes cuando dejé la caja en la mesa.

—Ofeliya ha muerto —aseguró en un tono tan despiadado como los esbirros de la Ojrana—. Mara, en cambio, está bien y vive en Leipzig. Eres tonto si no lo entiendes.

El orgullo y una indignación no exenta de engreimiento me decían que debía replicar algo, pero me limité a dar media vuelta negando con la cabeza y me dirigí hacia la puerta. Sin duda, las intenciones de Spiridon eran buenas, pero yo estaba confuso y lloraba la muerte de mi familia, y esas dos cosas me insuflaban un estado de ánimo con el que la razón no podía combatir.

Cuando extendí la mano para coger el picaporte, Spiridon me agarró por detrás.

—Lo siento —dijo en voz baja.

Pegué un grito, enfadado, en el momento en que me puso un paño en la cara. Aspiré un hedor acre. Resollando, intenté darle con la cartera, pero entonces un velo de colores centelleantes y casi agradable, porque me recordó la paleta de Mara, cubrió mis sentidos.

Sentí aún que las rodillas me flaqueaban mientras Spiridon me sostenía y pensé en lo atento que era por su parte, con la cantidad de cosas que tenía que hacer. Un hormigueo me recorrió el cuello y, cuando me llegó a la garganta, los puntos de colores se hundieron en la negrura como cantos rodados en un tenebroso lago, y yo fui tras ellos, los perdí de vista y no tardé en estar envuelto por completo en oscuridad.

2

El despertar fue mucho peor que mi tambaleo en la inconsciencia. Uno lee acerca de algo y cree saber cómo es: la oscuridad se abre como unas cortinas, uno asciende con parsimonia, percibe esto y aquello como en una duermevela, se frota los ojos y recobra la conciencia.

Todo bobadas.

En la vida real no hay cortinas, y tampoco sales de un reposo agradable. La realidad cae sobre ti con brutalidad, y en mi caso fue una realidad que no le habría deseado a nadie. Salvo a Spiridon. A él se la habría deseado con toda mi alma.

Se oían voces de adulto y lastimeros berridos de niño, había una extraña penumbra llena de siluetas y rostros desdibujados, un olor como a perrera y, además, un retumbar profundo, rítmico, que me intranquilizó más que el caos que reinaba por doquier. Y es que, de una extraña manera, pese a mi aturdimiento, supe lo que era aquel ruido.

Lo siguiente que percibí fue que alguien tiraba de mí. No, no de mí: de mi chaquetón. Alguien intentaba quitármelo. Y eso que ni siquiera era mi propio chaquetón: el que llevaba puesto estaba forrado de gruesa piel, lo cual posiblemente fuese el motivo por el que quien fuera tenía la mira puesta en él.

Logré proferir un jadeo de protesta, estampé las palmas de las manos contra una persona y vi que alguien retrocedía dando un traspié y se alejaba. Me incorporé a duras penas. No fue buena idea,

ya que sentí como si algo me golpeara la frente por dentro, una bola que daba vueltas por mi cabeza como en una ruleta.

Una habitación con el techo bajo llena de gente. Hombres y mujeres por el suelo, en pequeños grupos casi todos, además de muchos niños de diferentes edades. Había dos espejos redondos que, al mirarlos bien, resultaron ser ojos de buey negros, y algunas literas en las que muchas personas se sentaban apretujadas. No creí que nadie durmiese en ellas, desde luego tumbado no.

Si —aparte del ladrón de chaquetones— alguien se percató de que yo había despertado, lo disimuló tras un semblante en el que se mezclaban a partes iguales la tristeza y el desconcierto. Unos lloraban, otros miraban a la nada, resignados a su suerte. La mayoría iban bien vestidos, como si se hubiesen preparado a fondo para emprender ese viaje. También yo iba provisto de lo necesario. Mi ropa olía a la tienda de Spiridon, a armarios polvorientos y a cera de lacre. Me habría gustado quitármela, de pura rabia por lo que me había hecho.

Es probable que me hubiera salvado la vida, pero yo todavía no estaba preparado para aceptarlo. Sobre todo porque el barco en el que me encontraba no era un lugar seguro. Si todos los camarotes eran como el mío, estaba sobrecargado a más no poder, y nos dirigíamos hacia un mar Báltico en cuyas profundidades se libraba una despiadada guerra de submarinos. Incluso yo, que en mi vida había puesto un pie en una cubierta, sabía que la flota de submarinos de los alemanes no diferenciaba entre vapores civiles y buques de guerra.

Palpé a mi alrededor y encontré una maleta de piel, en la que hasta hacía unos segundos había tenido apoyada la cabeza. También por eso me dolía tanto el cuello. Tiré de ella con dificultad, abrí las dos hebillas y levanté con cuidado la tapa, solo un poco, para que

nadie pudiera ver lo que había dentro. Teniendo en cuenta las estrecheces, mi empeño estaba condenado a fracasar, pero tampoco esperaba que en la maleta fuese a haber joyas de oro y fajos de dinero o cualquier otra cosa que pudiera interesar a alguna de las personas que se encontraban allí. Claro que ya habían intentado robarme el chaquetón. Las normas de la decencia y la civilización se habían quedado en nuestro país.

En la maleta había un jersey de lana marrón y unos pantalones que seguro que me quedaban grandes. También una bolsa de tela con una pastilla de jabón, una cajita con polvo dentífrico y un cepillo de dientes de madera; con suerte, cosas sin usar de la tienda de Spiridon. Debajo estaba la caja de cartón lacrada con el manuscrito; reparé en un papel doblado sujeto por el cordel. Al levantar un poco la caja, descubrí en el fondo mi ejemplar de *El Kalevala* y la colorida paleta de pintor de Mara.

Tomé aliento, cogí el papel y leí lo que había escrito Spiridon con su bonita letra de falsificador.

«Te deseo buen viaje —ponía, como si me hubiese subido a un vapor en el Volga para ir a pasar el fin de semana—. Seguro que ya habrás encontrado en la maleta las cosas más importantes. Debajo de la tela de la tapa hay un cuchillo del ejército que confío en que no tengas que utilizar. Lleva la caja sin abrir a Leipzig y entrégasela a Iván Ivánovich Petrov. Espero que encuentres lo que buscas. Tu amigo (que es tu amigo de verdad, aunque ahora mismo lo dudes), S.»

El cuchillo estaba donde decía, la funda pegada con unas gotas de cola a la tapa. Me planteé metérmelo debajo del chaquetón, pero me habrían visto, y no quería levantar sospechas. Fuera como fuese daba la impresión de que allí todos nos espiábamos, y no sin motivo. Todos habíamos crecido sabiendo que los ojos y los oídos de la

policía secreta estaban en cualquier lugar. No hacía falta ser un desconfiado enfermizo para suponer que también podían estar en aquel barco. Todo el mundo era un espía en potencia.

Cerré la maleta y las hebillas y conseguí ponerme de pie, aunque de manera inestable. El barco y yo nos tambaleábamos, pero cogí la maleta y fui dando bandazos hasta la puerta abierta del camarote, entre las personas acomodadas en el suelo, que me miraban como si estuviese haciendo algo absolutamente incomprensible.

—Aire fresco —farfullé a modo de disculpa cuando esquivé a una mujer con un niño pequeño.

De inmediato, alguien dijo:

—Prohibido. —Debí de poner cara de lerdo, porque el hombre añadió—: Ninguno de nosotros puede subir a cubierta.

Hice un gesto de asentimiento, como si lo hubiese entendido, pero de todas formas salí al pasillo y vi a izquierda y derecha más puertas, la mayoría de ellas abiertas. También ahí fuera había personas; unas cuchicheaban, otras estaban apoyadas en la pared, en silencio, y me miraron.

Encontré una escalera que iba arriba. Nadie me detuvo cuando subí los peldaños de hierro con una pelliza ajena y una maleta que no me pertenecía. Emprendiendo un viaje que no era mío. Los efectos secundarios del narcótico no habían desaparecido aún por completo, así que la escalera se me antojó mucho más larga de lo que en realidad era, como si subiese desde el fondo del mar, atravesando una torre de restos de buques amontonados que iba desde allí hasta la superficie. Olía a aceite lubrificante y a muchedumbre, aunque ya no me rodeaba nadie. Estaba solo en la escalera, y durante un instante pensé de veras que no tenía fin, hasta que llegué a una puerta de metal. Cuando miré hacia atrás, aturdido, los peldaños no eran más de quince.

Contaba con que la salida estuviese cerrada a cal y canto para mantener al ganado humano en sus apriscos, pero el picaporte solo ofreció resistencia un instante. Me recibió un aire marino glacial. Fuera reinaba la penumbra, alguna que otra lámpara arrojaba una luz lechosa en medio de una densa bruma que incluso amortiguaba el ruido de los motores y el murmullo del mar. Todas las luces se hallaban a poca distancia del suelo, tras la baranda.

Cerré la puerta al salir, respiré hondo y eché un vistazo a mi alrededor. En cubierta no había nadie. Entre la voluminosa superestructura había pasillos, demasiado oscuros para poder distinguir ninguna particularidad en ellos. Aparte de las lamparitas, que apenas servían para orientarse, no había más iluminación. El *Saltan* no quería que ningún barco enemigo lo divisara desde lejos. De pronto imaginé que la niebla se levantaba y hacia nosotros venía la proa de un acorazado alemán, el doble de grande que el vapor, y a partir de ese momento ya no se me fue de la cabeza esa imagen.

Me acerqué a la baranda, dejé la maleta en el suelo y apoyé las dos manos en el helado parapeto. No llevaba guantes, pero el doloroso frío me sentó bien, ahuyentó el cansancio que me atenazaba y me ayudó a aclarar algunas ideas. Ello hizo que volviera la pena que sentía por Ofeliya, y también por mis tíos, aunque nunca me hubiesen inspirado un gran afecto. A su manera, las intenciones de mi tío Alexéi conmigo eran buenas. En cuanto a Xenia, en cambio, nunca había tenido ninguna duda de que veía en mí una carga que soportaba únicamente movida por su sentido de la responsabilidad familiar.

Quité las manos del parapeto y cogí la maleta. Di unos pasos despacio, me acerqué a uno de los oscuros pasillos que se abrían entre la superestructura y de pronto oí sonidos procedentes del

interior, un suave gemido y un empellón, el chasquido de carne contra carne.

—Por ahí no —masculló una voz de hombre a mi izquierda, en la niebla—. Dos se lo están montando de pie. Atrás hay otra pareja. Abajo hay demasiada gente, y todavía no conocen el barco lo bastante bien como para encontrar los sitios donde se está caliente.

Traté de identificar al que había hablado, pero solo vi un bulto de espalda ancha, espectral entre la niebla que flotaba a nuestro alrededor.

—Lo hacen movidos por la desesperación —afirmó el hombre—, no por la pasión.

Después retrocedió y se fundió en la bruma.

Di media vuelta, un tanto consternado, y eché a andar en dirección contraria, alejándome de los dos del pasillo y confiando en no ir directo hacia la otra pareja que había mencionado el hombre. Estaba seguro de que en el barco todos tenían que vérselas con el miedo y de que cada cual lo vencía a su manera. Pese a ello, me alivió estar solo y ser únicamente responsable de mí mismo.

Más adelante distinguí otro bulto en la niebla, que no era el de hacía unos instantes. Junto a la baranda había una silueta con sombrero y abrigo largo que contemplaba la noche. En la oscuridad se veía el punto rojo de un cigarrillo. Tras dar varias chupadas, el fumador lo lanzó a la noche describiendo un amplio arco. Permaneció donde estaba un instante y después se volvió y entró en el barco.

Solo entonces fui consciente de por qué me había detenido al ver la silueta. Una sensación de peligro emanaba del desconocido. Sentí como si poco a poco, a tientas, la bruma hubiese avanzado en mi interior mientras yo observaba al bulto negro en la niebla. Se apoderó de mi corazón y ya no lo soltó.

—Fumar está prohibido —advirtió detrás de mí la misma voz de hombre de antes—. Los alemanes buscan luces. No querrás que el bueno del káiser Guillermo nos mande a pique por culpa de un cigarrillo.

Me volví hacia él.

—No estoy fumando. Pero no quiero seguir ahí abajo entre toda esa gente.

—En algún momento tendrás que bajar de nuevo. Aquí fuera se te congelarán los huevos.

Aquel tipo no era alto, pero tenía la espalda de un buey. Bajo el gorro de marinero le asomaba un pelo rebelde. Probablemente no fuese mucho mayor que yo, a lo sumo estaría en el ecuador de la veintena, aunque sus rasgos toscos hacían que resultara difícil saberlo.

—¿Qué hay de los submarinos? —le pregunté—. ¿No son mucho más peligrosos que los barcos?

El hombre asintió.

—Son como tiburones. Todos piensan que oyen las máquinas, pero yo creo que huelen nuestro miedo. Los atrae.

—Si es así, esto no saldrá bien, porque yo, por ejemplo, les tengo pavor.

En su rostro se extendió una sonrisa que casi llegó hasta los marcados pómulos.

—Yo también.

—¿Eres marinero?

—Quién sabe. Puede que solo sea un polizón que le ha robado el gorro a un marinero. ¿Cómo te llamas?

—Artur —contesté.

—¿Artur a secas?

—¿Es que no basta?

—Por mí, como si quieres llamarte Vasilisa la Bella. —Levantó las manos y, durante un segundo, pensé que iba a agarrarme, pero por lo visto solo fue una especie de encogerse de hombros expresivo, lo cual podía deberse a la enorme longitud de sus brazos: le llegaban casi hasta la cubierta, cosa que confería a su movimiento un aire desmañado, torpe. Con sus garras habría podido arrojarme por la borda sin la menor dificultad—. ¿Qué llevas en la maleta?

—Todo lo que me queda.

—En ese caso, espero que sean diamantes y zafiros, porque no parece muy pesada. Todos los que han subido a bordo fueron hasta el muelle cargados con media casa. El capitán ordenó que lo dejaran prácticamente todo en el puerto. Y los que protestaron se han quedado en tierra. A fin de cuentas, muchas otras personas querían subir.

—Conque quiere salvar vidas humanas, no baúles de viaje —observé—. Parece razonable.

Él seguía mirándome la maleta.

—Eres un pobre diablo.

—Eso parece. Así que buena suerte si pretendes robarme.

El extraño marinero soltó una risa queda y a continuación miró a su alrededor como si temiese que alguien pudiera observarnos. Por dentro yo seguía preparado para que me atacara, y me pregunté si sería buena idea adelantarme. Pero sería una pelea manifiestamente injusta.

—Apuesto a que dentro hay libros —aventuró.

—Solo uno.

—¿Cuál?

—*El Kalevala* —repuse—. Es...

—La epopeya nacional de los finlandeses —me cortó—. Poemas épicos muy antiguos. Un médico llamado Elias Lönnrot recorrió los

pueblos de Carelia y pidió a los ancianos que se los cantasen; después, los puso por escrito utilizando sus propios versos, así que es discutible hasta qué punto son auténticos y si de verdad son válidos como poema nacional.

Había dado por sentado que ese hombre como mucho conocería canciones de borrachos de tabernuchas del puerto; la verdad era que estaba impresionado.

—Supongo que no somos nosotros quienes hemos de decidirlo, sino los finlandeses.

—Mejor así. Y desde luego es una lectura agradable.

—¿Agradable?

De nuevo profirió su risa bronca.

—No te enfades, amigo. Si es tu libro favorito, no hablaré mal de él. —Dio la impresión de que se paraba a pensar un instante y añadió—: Y si quieres entrar en calor, podría ofrecerte un escondite.

—¿Es que prefieres rebanarme el cuello allí?

—No, mientras no cantes poemas épicos finlandeses.

—Descuida.

—También tengo vodka, para combatir el frío.

—No es preciso que exageres con la hospitalidad.

—A fin de cuentas, el vodka no es mío: se lo he robado al último idiota lo bastante tonto para seguirme hasta mi guarida de asesino.

No pude evitar reírme. Por lo menos su guarida me parecía más tentadora que el camarote atestado en el que tenía que pelear por un sitio en el suelo.

—Hace un rato uno ha intentado robarme la pelliza —le conté.

—A mí no me vale. —Movió sus largos brazos y se dio unas palmaditas en la espalda—. Pero he pensado que podría envolverme los pies en ella para dormir.

—Si me juras que mantendrás tus apestosos pies lejos de mi chaquetón, voy contigo.

Movió la cabeza a un lado y a otro, como si tuviera que pensárselo. Después me dio la sensación de que sus ojos brillaban en la penumbra.

—Andando.

No me moví del sitio.

—Eso no es un juramento.

—Virgen santísima. —Sacudió las garras con torpeza en el aire—. Lo juro por la vida de Jack London, que es mi escritor favorito.

Apreté un poco más la maleta contra mí.

—Se suicidó el año pasado.

Se quedó boquiabierto.

—Con eso no se bromea.

—Ni era esa mi intención. Te juro solemnemente que ha muerto.

—No lo sabía.

Parecía sinceramente afectado, casi me dio pena. El hecho de que, en su huida de la Rusia zarista, aquel hombre ensalzara a un autor que era un socialista convencido mientras hablaba con un desconocido tenía algo reconfortante.

—La base del socialismo es el polvo de la calle —dije citando a London.

—El polvo de la calle cotidiana —me corrigió—. Tiempo al tiempo.

No me quedó más remedio que asentir.

—Eres un bolchevique al que le gustan los libros de aventuras. Creo que podré soportarlo.

Una sonrisa hizo que su rostro se iluminara en la niebla.

—Siendo así, ven conmigo, Artur-con-*El-Kalevala*. —Señaló una estrecha puerta de hierro en la que ponía PROHIBIDA LA ENTRADA—.

Quiero que me cuentes todo lo que sepas de la muerte del viejo Jack. Tendremos tiempo de sobra.

Lo seguí por una escalera tan angosta que él tuvo que ladear ligeramente el torso para no quedarse atascado entre las paredes con manchas de óxido.

—Por cierto, ¿tú cómo te llamas? —pregunté cuando estábamos a mitad de camino.

—Grigori —respondió—. Futuro buscador de oro y de tesoros, mosquetero y ballenero. Grigori Gomorov, a tu servicio.

3

1928

Lo que Liette encontró en el desván lo cambió todo.

Tenía once años y aún no sabía nada de los momentos que caen como una guillotina sobre una vida y la parten en dos: los años precedentes a ese instante y los posteriores a él. A veces, el corte también es furtivo y apenas resulta perceptible. Después el destino se acerca sigiloso como un cuchillo degollador y pasa la hoja con la precisión del escalpelo de un cirujano. Esos son los cortes que a primera vista no ponen fin a nada, pero que siempre permiten que empiece algo nuevo. Muchos años más tarde, cuando nos pasamos la mano por la cicatriz, no sentimos dolor alguno, pero sí nos sigue causando un profundo asombro cómo pudimos hacernos la herida.

El momento en el que la vida de Liette cambió para siempre se produjo en mayo de 1928, en un hotel vacío de la Costa Azul, en un desván cuajado de telarañas con sombras impenetrables y un cementerio de objetos olvidados.

Subió por la escalera principal, roja y dorada, que recorría el Château Trois Grâces como si fuese una arteria, entró en el laberinto de pasillos del personal por una de las puertas disimuladas entre el papel pintado y enfiló los austeros escalones de piedra que conducían al desván. Este contaba con varios accesos, uno incluso en la parte exterior, por el que podían izarse muebles con un polipasto. El que utilizó ella, sin embargo, era estrecho y tenía un

aire de clandestinidad, lo cual hacía que resultara perfecto para una niña que buscaba algo con lo que distraerse de su soledad.

El vestido azul de Liette se llenó de telarañas, como un árbol en el veranillo de San Miguel, y de polvo de décadas pasadas. Antes de descubrir los viejos baúles de viaje con etiquetas incomprensibles, Liette rodeó torres de sillas apiladas, hizo frente a las caras de pocos amigos de retratos de pálidos antepasados y apartó sábanas grises para tomar un atajo bajo las mesas. Constató que detrás había una especie de sendero que arrancaba en el otro lado del desván; habría podido seguirlo para llegar hasta donde estaba, pero eso no habría sido ninguna aventura, ni siquiera una expedición: tan solo un camino que podía utilizar cualquiera.

Al cabo, entre la nube de polvo distinguió una pirámide, una montaña de baúles y maletas. Liette no vería nunca las verdaderas pirámides, porque su piel no toleraba el sol. Por eso la imagen del desván le pareció perfecta, un monumento de sillares y rectángulos que podía escalar como los egiptólogos las antiguas tumbas de los faraones.

Muchos de los baúles de viaje exhibían vistosas pegatinas que constituían la prueba de que habían cruzado numerosas fronteras. Las superficies estaban deterioradas y arañadas debido a que los habían cargado y apilado innumerables veces en vagones de tren y en las bodegas de grandes barcos. Liette imaginó que todos ellos habían ido a bordo del Orient Express y el ferrocarril de Bagdad, de majestuosos globos dirigibles y avionetas que petardeaban. Tal vez cada uno de aquellos baúles hubiese resistido los ataques de guerreros zulús y de tártaros de Crimea, hubiese sido defendido con sables y saqueado por bandidos. Después habían acabado almacenados y olvidados en aquel sitio, y ahora dependía de ella, Liette Chevalier, la arqueóloga más joven de su época, doctora en

arqueología y, aún más, profesora de la Sociedad Francesa de Arqueología, desvelar el secreto de su procedencia.

Se subió las mangas, se sacudió del vestido a los moradores del desván y se preparó para el ascenso.

Liette vivía desde hacía cuatro semanas en el Château Trois Grâces y tenía previsto quedarse seis más antes de regresar a París con sus padres. La mitad del hotel les pertenecía, pero la dirección estaba a cargo de Gabriel Chevalier, tío de Liette, al que su padre había insultado una vez llamándolo «maldito fracasado» cuando pensaba que Liette no lo oía. Los Chevalier se hallaban al frente de varias de las más grandes librerías de la capital y de unas cuantas de menor tamaño en el norte, y, de haber sido por ellos, habrían vendido el hotel hacía tiempo. Un antepasado caritativo lo había erigido como refugio para escritores que pasaban hambre, se había instalado en él con sus tres amantes —las «tres gracias» a las que el Trois Grâces debía su nombre— y había ido a la quiebra en menos de tres años. Su hijo lo había convertido en un hotel y, junto con sus librerías, lo había dejado en herencia al padre de Liette y al hermano de este.

Gabriel se negaba a venderlo, aunque el establecimiento estaba en números rojos desde hacía años. Le gustaba afirmar que era hotelero por pasión y, ciertamente, con sus elegantes trajes negros y su bigotito fino como un trazo de pluma, lo parecía. Pero incluso Liette sabía que su tío pasaba demasiado tiempo en los casinos de la Costa Azul, en Cannes y Niza y Mónaco. En temporada alta, el hotel estaba muy concurrido: de septiembre a abril pululaban por él tanto flor y nata de la sociedad europea como artistas sin blanca que se dejaban mantener por los ricos con aplomo y grandes gestos.

Liette solo había estado allí en dos ocasiones durante esa época; otros años siempre iba entre abril y agosto, meses tranquilos en los

que, en la mayoría de los hoteles de la Riviera francesa, la actividad se interrumpía. En verano se consideraba que en la costa hacía demasiado calor, y los ociosos adinerados se iban a los paseos de Normandía, mientras que, allí abajo, volvía a reinar la paz, las playas de piedras se quedaban desiertas y en las carreteras de montaña los balidos de las cabras sustituían de nuevo al petardeo de los automóviles.

Que Liette pasara allí la primavera tenía que ver con su enfermedad —el aire salino del mar le sentaba bien— y con las peleas de sus padres, que querían pasar tiempo a solas para poner en orden su vida. Liette no tenía nada que objetar. Le gustaba el sur, aunque a veces le costara entender a la gente. Allí se hablaba con más tosquedad y más despacio que en París, casi con torpeza, y se alargaban las erres de tal modo que las personas parecían extranjeras.

Sin embargo, esa extrañeza palideció frente al exotismo de lo que Liette había encontrado en el desván. Las misteriosas etiquetas de los baúles de viaje no la dejaban tranquila, pero estaban escritas en unas letras que no era capaz de leer. Al menos sabía que eran caracteres rusos, porque todavía se veían por todas partes en la costa, en negocios abandonados, en viejas cartas de restaurantes, incluso en algunos letreros que indicaban cómo llegar a hoteles y bahías solitarias. Hasta el estallido de la Gran Guerra, muchos rusos ricos acudían al sur de Francia para pasar el invierno en el cálido clima mediterráneo, a muchos incluso los acompañaba la servidumbre. En ese momento, en cambio, allí solo había unos pocos, y ya no iban en calidad de huéspedes con los bolsillos llenos, sino que trabajaban de camareros, jardineros y limpiadores.

Al parecer, la montaña de maletas se había apilado alrededor de una torre de baúles, lo que le confería esa forma terminada en

punta. Los baúles, que constituían el corazón de la montaña, le parecían a Liette más estables que las blandas maletas de piel que los rodeaban, pero confiaba en su poco peso y en que todo saldría bien.

Sin embargo, la primera maleta cedió, una segunda reventó al apoyar ella la rodilla y, un instante después, Liette cayó rodando al suelo en medio de un torbellino de ropa y polvo. Se dio en los omóplatos y en el cogote. Enfadada, lanzó un grito, se sintió ofendida en su orgullo de escaladora y se levantó en el acto. Contempló el caos con semblante adusto.

Varias maletas se habían abierto y algunos de los frágiles volúmenes encuadernados en piel se habían roto. También se habían salido toda clase de prendas de ropa, algunas todavía dobladas. Entre ellas había telas caras, muchas en colores oscuros, entretejidas con hilos de oro y plata. Otras eran blancas como el hielo de los glaciares que se deslizaba por la superficie inclinada de las pistas de esquí.

Liette se planteó volver a meterlo todo sin más, aunque le sería difícil asignar cada prenda a la maleta a la que correspondía. Ello avivó su curiosidad, porque ya no había disculpa que valiera para no mirar en todos los baúles y todas las maletas; quizá incluso pudiera probarse alguna que otra cosa..., pero, sobre todo, acarició la idea de ponerse unos sombreros que habían caído de un baúl al volcarse. Eran lo bastante grandes para proteger su tez blanca del sol.

Justo cuando se disponía a recogerlo todo, oyó un crujido. Una maleta cedió bajo un peso que ahora estaba distribuido de manera distinta, y más partes de la pirámide se desplomaron. La torre del centro se tambaleó, cayó hacia un lado con estrépito y se encargó definitivamente de que se desatara un desorden infernal. Liette pegó un salto hacia atrás para no quedar sepultada bajo los bultos.

Durante un instante sopesó poner pies en polvorosa y hacer como si nunca hubiera estado en ese sitio.

Pero cuando el polvo se hubo asentado, descubrió lo que había quedado a la vista tras la pirámide. Había tres, cuatro baúles más, y delante, como el trono de un rey de tiempos remotos, una silla de ruedas.

Parecía delicada, casi infantil, y Liette pensó que sería divertido recorrer sentada en ella los pasillos abandonados del hotel y poner a prueba lo deprisa que podía doblar las esquinas. Desoyó la punzada de su mala conciencia cuando trepó sin vacilar por el paisaje de ruinas hasta llegar a la silla de ruedas. Por un tragaluz entró un rayo de sol que iluminó una palabra bordada en el respaldo.

Офелия

Liette no sabía lo que significaba, si era el nombre del fabricante o del propietario, pero había algo en los ajenos caracteres que la fascinaba. Pasó la yema de los dedos por encima e intentó leer la palabra en alto, pero fracasó en la segunda letra. ¿Era una de? ¿Una pe? ¿O ninguna de las dos?

Trató de levantar la silla y se sorprendió al constatar que no era muy pesada. Lanzando ayes y gemidos, logró sacarla del campo de batalla de maletas y ropa hasta que, finalmente, la depositó en el estrecho camino que serpenteaba por el paisaje del desván hasta la salida.

Unos minutos después estaba empujando la silla de ruedas escaleras abajo hasta la última planta del ala principal, donde la hizo avanzar por el centro del largo pasillo y se dejó caer en ella exhalando un suspiro de agotamiento. El asiento de piel crujía y era

más bien incómodo. Apoyó con cuidado las manos en las ruedas y se desplazó hacia delante.

Era menos divertido de lo que pensaba, y cuando llegó al final del primer pasillo los brazos empezaron a dolerle. Pese a ello, dio la vuelta a la esquina con torpeza y se dispuso a enfilar el siguiente corredor largo entre las altas y blancas puertas de las habitaciones.

Del otro extremo del pasillo iba hacia ella, dando zancadas, su tío. Incluso desde la distancia a la que estaba vio que fruncía el ceño en señal de desaprobación.

—¿De dónde has sacado esa cosa?

—Del desván. —Durante un instante Liette se planteó levantarse, pero después se quedó sentada, fue hacia él, ahora con mayor destreza, aunque todavía a una lentitud penosa—. Dijiste que podía jugar arriba.

—Jugar sí, pero no bajar ese trasto viejo aquí, donde estará estorbando hasta que alguien, es decir, yo, tenga que cargar con él para devolverlo a su sitio.

—¿Sabes de quién era?

—Estaba detrás de los baúles, en el rincón, ¿no?

Liette se detuvo delante de él.

—Detrás de los que tienen caracteres rusos.

Gabriel olía a gomina para el pelo y a agua de rosas dulzona.

—Algunas familias rusas venían todos los años, varias se quedaban meses, y en esos casos les resultaba más fácil almacenar aquí el equipaje en lugar de llevárselo cada vez. La silla de ruedas probablemente fuese de una de las hijas de alguna familia.

—Entonces, ¿no se dejó aquí la silla porque pudo volver a andar?

Cuando su tío sonreía, se le levantaban las puntas del estrecho bigotito negro. Era como si apareciese una abertura entre la nariz y

el labio superior, y, por algún motivo, Liette siempre pensaba en los peces y sus hendiduras branquiales.

—Esta era su segunda silla. Esos aristócratas y hombres de negocios rusos tenían muchas cosas por duplicado y triplicado, porque no sabían qué hacer con tanto dinero.

—¿Por qué ya no vienen?

Gabriel se situó detrás de Liette, agarró la silla y le dio la vuelta hasta que vio el otro extremo del pasillo. Después la empujó por el mismo camino por el que había llegado ella.

—En el año en que tú naciste, 1917, hubo una gran revolución en Rusia. Primero el zar se vio obligado a abdicar y, unos meses después, Lenin y los suyos tomaron el poder. A los bolcheviques no les gustaban los ricos porque casi todos eran partidarios del zar. Por eso metieron en la cárcel a muchos de ellos. —Vaciló un instante—. También les hicieron cosas peores.

—¿Los mataron?

Su tío dio la vuelta a la esquina y entraron en el siguiente tramo del pasillo. Y ahí fue más deprisa, probablemente porque quería librarse de ella lo antes posible, lo cual no era ninguna novedad; por eso le había permitido revolver en el desván.

—¿Los mataron? —repitió ella cuando él no le contestó—. ¿Sí?

—Eso me temo. Corrían malos tiempos. Confiemos en que no vuelva a pasar algo así.

A Liette le dio la impresión de que su tío sabía mucho más, pero que no le parecía apropiado hablarlo con una niña de once años.

—¿Les dispararon?

—Quién sabe.

—¿O los colgaron?

—También podría ser.

Ella recordó algo que había leído una vez en un libro.

—En Francia, durante la revolución, les cortaban la cabeza a los aristócratas.

Gabriel suspiró.

—Creo que eso en Rusia no lo hacían.

—Pero de todas formas ahora están todos muertos —aseveró Liette—, y ya no necesitarán el equipaje del desván.

Su tío frenó la silla.

—Aquí, en la costa, sucede algo similar en algunos hoteles. Desde 1917, esos baúles almacenados con las pertenencias de los rusos, que nadie vendrá nunca a buscar, están por todas partes. Nadie sabía muy bien qué hacer con ellos, de modo que se acordó no tocarlos durante diez años, por si en ese tiempo aparecía alguien y los reclamaba. Las maletas solo podrían abrirse después, y la ropa se donaría al Ejército de Salvación.

—Pero ya han pasado once años, me lo acabas de decir.

Su tío se encogió de hombros.

—Me había olvidado de lo que hay arriba. Diez años, once o doce, al final da lo mismo.

—¿Y las otras cosas?

—¿Qué otras cosas?

Ella dio unos golpecitos en los reposabrazos de la silla.

—Como esto. O juguetes. Y joyas.

El bigote de su tío se estremeció ligeramente, aunque esta vez no hubo sonrisa.

—Dudo mucho que haya algo de valor. Una cosa es la ropa cara, pero las joyas de la familia seguro que no las dejaron aquí.

—¿Porque alguien podría robarlas?

—En nuestro hotel no se roba —replicó él.

—Pues entonces aquí estarían a salvo.

Su tío se puso detrás de ella y empezó a empujar de nuevo, esta vez dando un fuerte tirón.

—A las mujeres les gusta lucir sus joyas. No las dejarían un año en un baúl, y menos en otro país, donde no podrían tener acceso a ellas.

Liette guardó silencio hasta que llegaron a la puerta tras la que estaba la escalera que subía al desván. En cuanto Gabriel se detuvo, ella se levantó de un salto de la silla.

—La subo yo —se ofreció—. Esto no es un juguete. Ha sido una tontería. —Pensar que la propietaria de esa silla de ruedas podía estar muerta, asesinada con todas las demás familias rusas ricas, le provocó un escalofrío.

—Deja, yo me encargo —repuso Gabriel—. Pesa demasiado para ti.

¿Por qué tenía Liette la sensación de que ahora su tío quería ver qué había en los baúles que ella había encontrado?

Subió de espaldas por la escalera arrastrando la silla mientras ella lo seguía sin decir palabra. Lamentaba haberse cruzado con él. Y eso que incluso sabía que, a esa hora, su tío hacía la ronda por todos los pasillos del hotel. Aunque no había huéspedes, insistía en asegurarse a diario de que todo estaba en orden. Podía romperse alguna tubería del agua, le había explicado a Liette, o sobrecalentarse los cables y producirse un incendio. Era mejor no perder nada de vista.

Unos minutos después estaban delante de la montaña de maletas abiertas y baúles volcados.

—Cielo santo —se le escapó a Gabriel, y Liette no se lo pudo reprochar. Ahora que veía el caos con los ojos de su tío, le parecía mucho peor que antes—. ¿Esto lo has hecho tú? Cómo no vas a haberlo hecho tú, si aquí no sube nadie...

—Lo recogeré todo —se apresuró a decir ella—. Te lo prometo.

Su tío cogió aire con fuerza, y Liette pensó que le soltaría un sermón, pero él dejó caer los hombros y le restó importancia con un gesto.

—La verdad es que da lo mismo. Los diez años pasaron hace mucho, ahora podemos hacer con esto lo que queramos. Y si estos trastos te entretienen, juega con ellos a tu antojo.

—¿En serio?

—Sí, en serio.

Su tío había dicho «te entretienen», no «te interesan», y ella sabía de sobra cuál era la diferencia. Sus padres lo habían obligado a quedarse con Liette diez semanas, y ella era consciente de que, para un hombre soltero como él, eso suponía un desafío. Por suerte, el hotel era tan grande que durante el día sus caminos apenas se cruzaban; de todas formas, Liette pasaba la mayor parte del tiempo en la biblioteca. A veces Gabriel le asignaba tareas sencillas, dejaba que le sacara brillo a la plata o le quitara el polvo a alguna cursilería, pero casi nunca la molestaba. Y Liette hacía otro tanto. A ella los días que más le gustaban eran los que apenas lo veía, salvo por la mañana, en el desayuno, y por la tarde, durante la cena; y a menudo ni siquiera entonces, porque su tío había salido. Importantes reuniones de negocios, afirmaba él. Y a Liette le venía de perlas, porque entonces la callada cocinera que también se ocupaba de ellos en temporada baja le servía la cena en el salón en lugar de, como de costumbre, en la larga mesa a cuyos extremos, como una pareja de ancianos, solían sentarse Liette y Gabriel. En esa mesa se sentía más sola que cuando estaba a su aire entre todos los libros que devoraba a montones y que, para ella, eran lo mejor de su estancia en el Château Trois Grâces. Libros que habían dejado allí, libros olvidados, libros no queridos: Liette lo leía todo, y

sabía que la mayor parte de ellos no eran para una niña de su edad, lo cual hacía que la lectura fuese más emocionante aún.

—Solo una cosa —le advirtió Gabriel antes de volver a dejarla sola —. Si encuentras alguna joya, dámela. La guardaremos en la caja fuerte por si alguien pregunta por ella. —Se paró a pensar un momento y añadió—: Y lo mismo si encuentras relojes. En general, cualquier cosa que pueda tener algún valor. Dinero en efectivo, también.

—A la caja fuerte —confirmó Liette, e hizo un saludo militar, como un soldado leal. Naturalmente, sabía que antes o después todas esas cosas acabarían en el casino.

—Que es donde tienen que estar —afirmó Gabriel con una sonrisa, y se fue.

Durante dos días, Liette bailó por el desván con vestidos de noche y de fiesta que le quedaban demasiado grandes, se puso sombreros con adornos y diademas, se envolvió en chales de seda y capas, y se miró en un espejo medio deslustrado que descubrió debajo de una sábana. También había prendas que le quedaban bien, porque probablemente fuesen de niñas de su edad, pero con ellas se sentía incómoda, porque siempre le venía a la cabeza que llevaba puesta la ropa de una niña a la que habían asesinado.

No encontró en ninguna parte joyas o alhajas, ni siquiera un reloj de bolsillo o una sola moneda. Abrigó la sospecha de que su tío había puesto a buen recaudo todo lo que hubiera tenido algún valor hacía años, mucho antes de que se cumpliese el plazo acordado, y se propuso no contarle nada y no volver a mencionar lo que encontrase, por insignificante que pudiera parecer.

El tercer día, por la tarde, se topó con otra maleta que estaba detrás de los baúles, un tanto apartada y medio escondida tras varias macetas de terracota y un ángel de escayola. Cuando la abrió, durante un instante Liette creyó percibir un olor a pintura al óleo, pero la sensación se desvaneció antes de que pudiera estar segura. Lo primero que vio fueron un par de vestidos blancos, un abrigo doblado y, por último, una bata tosca, tiesa y llena de manchas de pintura quebradiza; algunas parecían oro puro. La sacó y la olió, pero cualquier aroma que hubiese podido desprender ya se había esfumado.

Al fondo del todo encontró un libro y una piedra de luna.

Estaban dentro de un sobre de papel grande. Cuando Liette lo abrió y lo puso bocabajo, lo primero que cayó fue el colgante, una piedra blanca redonda en un sencillo engarce de plata.

Le siguió el libro, un volumen encuadernado en piel marrón que estaba metido en una pequeña funda de madera, no mucho más grande que su mano. Lo rodeaba una cadena de un dedo de grosor, bien apretada, y estaba afianzado por un candado. La cubierta era austera, tan solo destacaba una cruz en el centro. «Una Biblia —pensó Liette—, o un devocionario.» Sin hacerse muchas ilusiones, intentó desplazar la cadena, pero estaba tan tensa que no se movió ni un milímetro.

Liette dejó el libro a un lado y observó de nuevo la piedra engarzada. Redonda y de un blanco lechoso. La superficie era muy lisa, casi como el cristal. Primero le pasó un dedo por encima, después se la llevó a la mejilla y describió un suave movimiento circular con ella. Le gustó la sensación, casi como una caricia.

Por si acaso, volvió el rostro, pero allí, en el desván, no había nadie. Había visto salir a Gabriel en su coche por la mañana y se había quedado asomada a la ventana hasta que el zumbido del

motor se había extinguido detrás de los pinos. Liette estaba sola, y a pesar de ello tenía la desagradable sensación de que se acercaba alguien, dando un paso tras otro y tras otro.

Se metió deprisa la piedra de luna en el bolsillo del vestido, cogió también el libro con su funda y se fue del desván.

Horas después, alrededor de las tres de la madrugada, se despertó y oyó que el coche de su tío subía por el largo camino de acceso. Como de costumbre, se detuvo en la amplia explanada, que en invierno estaba llena de automóviles de lujo, pero que aquel día se hallaba desierta bajo la luz de la luna. Cuando el motor enmudeció, regresaron en el acto los familiares sonidos: el canto de las cigarras y el murmullo de las olas que rompían contra las rocas más abajo. Durante un rato Liette no oyó nada más, después se oyeron pasos en el corredor. Se detuvieron delante de su puerta y acto seguido una luz tenue iluminó la habitación. Gabriel asomó la cabeza y se aseguró de que Liette estaba en la cama y dormía. Permaneció allí medio minuto, respirando con suavidad. Ella nunca lo había visto borracho, y tampoco creía que lo estuviese ahora. Tenía demasiadas preocupaciones, le había dicho una vez mientras desayunaban, en uno de sus numerosos arrebatos de autocompasión, y temía que el alcohol no hiciese sino empeorarlas. Probablemente solo él supiera por qué diantres le contaba todas esas cosas a su sobrina de once años.

Después cerró la puerta sin hacer ruido. Ella oyó que se alejaba y se dirigía a sus propias habitaciones, al final del pasillo. Su puerta se cerró y luego reinó el silencio.

El día siguiente Liette lo pasó en la biblioteca. Las pesadas cortinas de terciopelo estaban echadas, como siempre, para proteger su

sensible piel. Cuando había empezado a quedarse en el hotel, se preguntó si el peligro que entrañaba el sol estival en el sur no sería mayor que el poder curativo del aire del mar, pero siempre que cumpliera las normas —cortinas corridas, no salir antes de que atardeciera— no pasaría nada.

Hasta que cayó la tarde estuvo leyendo *Oliver Twist*; no oyó a nadie salvo a la cocinera, y esperaba con impaciencia la llegada de la oscuridad. Cuando el reloj por fin dio las nueve, el sol se ocultó tras el mar. Liette miró a través de una abertura en el terciopelo y vio que el cielo era de un rojo fuego sobre el Mediterráneo. Esperó un cuarto de hora más, se puso una chaqueta fina y salió del hotel por una de las puertas de la terraza que daba al mar. Si nadie echaba la llave, podría abrir por fuera cuando regresara.

Llevaba un bolso blanco en bandolera en el que había metido el libro y la piedra de luna que había encontrado en el desván. Con cada paso que daba, notaba los cantos de la funda de madera y la cadena contra el muslo. El automóvil de su tío, un Renault Monasix verde oscuro, estaba en la explanada, así que Gabriel se encontraba en el hotel. Tenía permiso para salir por la noche —a fin de cuentas, en algún momento tenía que darle el aire puro por el que estaba allí —, pero a veces Liette pensaba que su tío quizá estuviese asomado a alguna de las ventanas, observándola.

El hotel era un soberbio edificio blanco que se alzaba sobre las rocas junto a un pinar, tenía tres plantas y en él descollaba una única torre, en la que se hallaba la suite más cara. En invierno la ocupaban estrellas del cine estadounidenses con sus familias y niñeras; cantantes famosas se encerraban allí con sus gallardos amantes, y artistas como Pablo Picasso pintaban a sus modelos en las luminosas habitaciones.

Liette cruzó la enorme terraza y se detuvo al llegar a una imponente balaustrada de piedra. Desde allí se veían muchos kilómetros de costa. A la derecha distinguió las luces de Juan-les-Pins; a la izquierda se extendía una bahía de cantos rodados y rocas planas en la que los huéspedes tendían sus toallas durante las vacaciones.

Aparte de eso, en el otro extremo de la bahía se erguía otra construcción, algo más pequeña que el hotel pero no menos impresionante: un intrincado edificio con miradores neogóticos y tejados puntiagudos blancos y grises. No había luz tras ninguna de las altas ventanas.

Liette se había atrevido a ir hasta allí en tres ocasiones, pese a que su tío se lo había prohibido expresamente. Villa Eisenhuth estaba desierta desde hacía muchos años. Una familia alemana había encargado su construcción en la década de 1910 para que fuese un refugio invernal, pero, poco después de que la amueblaran, la guerra desbarató sus proyectos. A partir del verano de 1914 a los alemanes ya no les estuvo permitido viajar a Francia; poco después, los ejércitos combatían en el frente envueltos en nubes de gas tóxico. La villa pasó a ser propiedad del Estado y el edificio cayó en el abandono. Ni siquiera después de que terminara la guerra ninguno de los Eisenhuth había hecho valer sus derechos. Se decía que habían muerto todos.

El año previo, durante su visita al Trois Grâces, Liette se había acercado por la noche furtivamente al terreno cercado, atravesó los jardines cubiertos de maleza e intentó ver el interior de la casa. Todas las ventanas de la planta baja estaban enrejadas y tenían cortinas por dentro; las puertas se habían cerrado con llave y afianzado con cadenas.

Se subió a un árbol y miró por una ventana de la primera planta. Dentro había una niebla densa, y pensó que era la misma que todas las mañanas subía del mar por las rocas y se enroscaba en los cimientos de la villa como remolinos de nieve. En su imaginación, Liette vio como la niebla se colaba en la casa, cruzaba el abandonado vestíbulo, ascendía por una escalera y enfilaba un pasillo hasta llegar a la habitación que veía ella desde su puesto de observación en el árbol. Y, cuando la bruma matinal se levantaba y las vistas del mar Mediterráneo se volvían claras como el cristal, una parte se quedaba en la casa, tras la ventana de la primera planta, una pared de un gris lechoso. Liette volvió una segunda vez, se subió de nuevo al nudoso árbol, siempre al anochecer, y también en esa ocasión la niebla la estaba esperando en la villa.

Durante su última visita creyó distinguir algo tras la bruma.

Una pared de libros, una biblioteca.

Y, delante, la silueta de una mujer, inmóvil, de rodillas y con la cabeza gacha. Como una muñeca de cuerda que esperase a que alguien la despertara.

Liette se quedó como petrificada en la rama, y durante unos minutos no se atrevió a moverse por miedo de que la mujer pudiera levantar la cabeza y descubrirla. Temía ver un rostro inexpresivo, un óvalo blanco como la piedra de luna, de niebla desvaída.

Al cabo, superó su estupor, saltó al suelo desde la rama y se marchó de allí corriendo todo lo deprisa que pudo. Después no volvió, aunque pensaba a menudo en ir a mirar otra vez por la ventana, ver los libros de esa biblioteca envuelta en niebla. Y la cosa oscura, agachada, que la esperaba allí, que aguardaba a oír un grito desde el otro lado del abismo que la arrancase de su cadavérica rigidez entre crujidos y chirridos.

Un año más tarde, Villa Eisenhuth seguía alzándose medio olvidada en el otro extremo de la rocosa bahía, deshabitada y sin luz, y Liette tuvo que esforzarse para dejar de mirarla y cumplir de una vez por todas lo que se había propuesto hacer esa noche.

Entre los primeros pinos fue describiendo una curva hasta el camino de acceso del Trois Grâces. Bajo sus pies crujían agujas marrones. Le gustaba el olor, sobre todo después de los días de calor, cuando el suelo se había calentado y el aroma que desprendía en la incipiente noche era mayor aún que de costumbre.

Allí donde el acceso acababa y desembocaba en la estrecha carretera de la costa no había ningún portón, tan solo un gran letrero que señalaba el camino hacia el Château Trois Grâces. Las anchas copas de los pinos ocultaban una gran parte del edificio, no se veía más que la torre con su tejado puntiagudo, si uno sabía dónde buscar.

Veinte minutos después, Liette caminaba por la carretera hacia el oeste. Durante todo el trayecto se cruzó solo con un automóvil en sentido contrario, procedente de Juan-les-Pins, que le pitó con un sonido metálico porque el conductor casi no la había visto en medio de la creciente oscuridad. Al final, la carretera describía una curva cerrada en cuya mitad había un mirador desde el que se veían las luces de la localidad y algún que otro barco en el horizonte.

Un cortante viento procedente del mar empujaba hacia el interior los cantos de las cigarras, alejándolos de Liette y del pequeño lugar de tierra apisonada en cuyo extremo un letrero afirmaba que era la mejor vista panorámica de la costa. Al lado había un vehículo con la lona echada: un camión alemán subvencionado de la guerra que había acabado en el sur de Francia como automóvil de ocasión. Tras los altos cristales de la cabina había cortinas corridas, pero a través de la tela Liette distinguió una luz tenue. En el asiento del

acompañante descansaba un libro delgado con una cubierta sobria. Las letras del título casi habían desaparecido, pero ella sabía lo que ponía: *Umbra vitae*.

—¿Maxim? —llamó cuando se detuvo delante del camión—. Soy yo, Liette.

Por si acaso, dio unos golpecitos en el cristal y se percató de que estaba mucho más frío que el tibio aire nocturno.

Alguien se movió dentro, oyó un crujido. En lugar de llamar por segunda vez, esperó paciente hasta que la cortina que cubría la puerta del acompañante se hizo a un lado y un rostro la miró. El hombre sonrió, le dio a entender con un guiño que se apartara y abrió la puerta.

—Buenas noches, Liette —la saludó—. Me figuraba que vendrías. Pasa.

Maxim y su biblioteca ambulante se detenían cada dos semanas en el mirador, siempre los martes. Se pasaba el año entero recorriendo la costa, paraba en la plaza mayor de los pueblos y delante de hoteles apartados, y prestaba sus libros a todo el que acudía a él. En otoño e invierno la mayoría de sus clientes eran veraneantes de otras zonas de Francia a los que él proveía de lecturas, mientras que, en primavera y verano, el negocio era mucho más flojo y dependía exclusivamente de los locales y los extranjeros. La mayoría de los libros que poseía Maxim eran literatura francesa, pero también tenía dos baúles de novelas en ruso, de la época en que muchos más compatriotas suyos llenaban la Costa Azul.

El pelo, rubio trigueño, le llegaba por los hombros, y con la luz vespertina parecía gris ceniza; él afirmaba ser más joven de lo que aparentaba, pero a Liette, para la que todos los adultos que pasaban de la treintena eran viejos, no le importaba. Para ella era mucho más importante el gran amor que Maxim profesaba a los libros, un

sentimiento que conocía a la perfección. El año anterior, cuando había hablado en casa de él y de su biblioteca ambulante, su padre había arrugado la nariz y su madre había fruncido el ceño con preocupación. Como supo más tarde, habían pedido con insistencia a Gabriel que mantuviese alejada a Liette del extraño ruso y su camión, probablemente por miedo de que pudiera meterla dentro y llevarla Dios sabía adónde. Pero, como de costumbre, su tío no hizo mucho caso y, en su lugar, despachó a Liette con unas palabras de advertencia y dejó que se marchara, porque ya era lo bastante mayor para ser responsable de sí misma. Que era lo mismo que pensaba ella, por supuesto.

—La última vez no te llevaste ningún libro —observó Maxim cuando ella salvó el asiento y lo siguió a la caja, en la parte trasera, bajo la lona.

El único olor que había allí dentro era el de los libros, y no el de ninguna persona, lo que quizá se debiera a que, en un espacio tan estrecho, el propio Maxim había absorbido el olor a papel y cola de encuadernar, a volúmenes de piel y cubiertas de tela. Casi siempre, además, dormía entre las cajas de libros, porque allí, como decía él, era donde más a gusto estaba, aunque Liette sospechaba que no podía permitirse una habitación en una pensión. Utilizaba un saco de dormir y una estera, ya que para un catre no había sitio, y se aseaba en fuentes y en arroyos. A veces también se alojaba en casas de agricultores, pero evitaba las cabañas de los pescadores aunque lo invitaran a quedarse en ellas. Le había explicado a Liette que no soportaba el olor.

Las cajas de los libros estaban apiladas en dos hileras a ambos lados de la parte trasera, siempre de tres en tres y siempre amarradas con gruesos cabos. Cuando Maxim se detenía en una plaza y el tiempo se lo permitía, las colocaba en el suelo alrededor

del camión. Si llovía, en cambio, recomendaba a la gente libros concretos que sacaba del camión, y casi siempre acertaba con sus propuestas. Tenía novelas románticas que acaloraban a las viejecitas y libros de aventuras para los adolescentes que soñaban con vivir lejos de la costa; prestaba volúmenes sobre astros lejanos y guías para articulaciones cansadas, antologías de mitos de la Antigüedad y escritos filosóficos, además de libros sobre la cría de caballos y la construcción de barcos, sobre herbología y artes plásticas. Lo único que había que buscar en otra parte eran los libros de política, había dicho Maxim en una ocasión, por ejemplo, en una cloaca, que era donde, en su opinión, deberían estar la mayoría de ellos.

—He traído una cosa —dijo Liette cuando se sentaron frente a frente en el estrecho pasillo central de la caja. Unas velas protegidas por altos fanales proyectaban sombras titilantes en la cara interna de la lona. Maxim debía de haber estado fumando fuera antes de que llegara ella, porque Liette se percató de que olía a tabaco por encima del familiar aroma a libros.

Llevaba unos pantalones marrones y una camisa blanca, además de tirantes y un pañuelo rojo al cuello con el que daba un poco de miedo, porque parecía un partisano. Tenía el rostro flaco y chupado y unas arruguitas en las comisuras de los ojos que se desplegaban como rayos.

—Estuve en el desván —contó Liette— y encontré una cosa.

La sonrisa del hombre era cordial, pero también parecía agotada; Maxim siempre daba la sensación de estar cansado, y Liette lo atribuía a que solo lo veía por la noche, después de que se pasara todo el día apilando cajas o conduciendo el desvencijado camión por infinidad de curvas cerradas.

—Apuesto a que es un libro —comentó él.

Ella asintió y le habló del hallazgo de los baúles, aunque no le dijo que había estado unos días bailando delante del espejo con sombreros ajenos porque le pareció que era muy infantil. Al cabo rebuscó en el bolso, sacó la piedra de luna y se la puso en la mano, que él tenía extendida.

La sonrisa de Maxim titiló un instante, como la llama de las velas, y se extinguió por completo. Con las yemas de la mano izquierda tocó la superficie de la piedra; la acarició despacio, levantó el colgante y lo contempló desde todos los ángulos.

—¿Es valioso? —quiso saber Liette.

Él no contestó. Parecía estar buscando una inscripción o algo grabado mientras inclinaba a un lado y al otro el engarce de plata a la luz de las velas.

—No mucho —repuso—. No como un diamante ni nada por el estilo. Se llama «piedra de luna». —Tragó saliva y después le pidió —: Enséñame eso otro que has traído.

Liette estaba un poco decepcionada, pero no quería que se le notase, así que le ofreció el bolso.

—Mira.

Él lo cogió, pero dudó un instante antes de meter la mano.

—No muerde —le aseguró ella—. Te lo prometo.

Maxim frunció el ceño, metió la mano en el bolso y sacó el libro. La cadena que protegía la funda brillaba como el oro a la luz de las velas. Liette se dio cuenta de que Maxim sostenía el libro con la punta de los dedos, con sumo cuidado, como si temiese dañarlo si lo agarraba con demasiada fuerza.

—Cielo santo, Liette...

—¿Qué pasa?

Él miró el tesoro por todas partes.

—No lo has sacado de la funda, ¿no?

—¿Cómo? No, no encontré ninguna llave. Y aun así no lo habría roto. Siempre trato los libros con mucho cuidado.

—Lo sé.

—¿Es una Biblia?

—Al igual que tú, no puedo ver lo que hay dentro —dijo con poco entusiasmo, como si no quisiera admitir que sabía más.

—Pero crees que es valioso, de lo contrario no lo cogerías como si fuese de porcelana.

—Algo solo es valioso cuando uno conoce a alguien que paga mucho dinero por ello. Pero, sin duda, es único.

Liette torció el gesto con escepticismo.

—¿Un libro que tiene una cruz? En todas las iglesias hay un montón.

—Este es distinto.

Ella asintió.

—De lo contrario no tendría esa cadena alrededor.

—Su propietario querría impedir que lo abriese alguien que no supiera lo que es.

Liette recordaba esa clase de libros por las novelas.

—¿Un libro mágico? O ¿un libro maldito? Puede que traiga mala suerte abrirlo. O que se libere algo..., como un genio de una botella.

—Yo no creo en esa clase de genios, pero en lo de la mala suerte podría haber algo de verdad. Fuera hay un bidón con agua y al lado una pastilla de jabón. Quiero que te laves bien las manos.

—Pero...

—Ahora.

Liette se enfadó un poco, pero hizo lo que le pedía. Salió, buscó a su alrededor el bidón y lo vio a unos metros, junto a una piedra. El color rojo fuego había pasado del cielo al mar y se extendía por el

lejano horizonte. Una oscuridad profunda cubría la costa desde el este.

El bidón de chapa gris estaba lleno y pesaba mucho. Se echó un poco de agua sobre la mano izquierda, utilizó el jabón y le costó quitárselo de los dedos porque el asa del bidón estaba resbaladiza. Decidió limpiarse el resto con el vestido.

Supuso que Maxim quería evitar que ella manchase el libro, como un niño que tuviera mermelada en los dedos. Cuando se dio la vuelta, dio un respingo. Maxim se había acercado sin hacer ruido y estaba detrás de ella.

—Lo siento, no quería asustarte.

Se enjabonó las manos y se las limpió a fondo con el agua del bidón. Después se sacó una cajetilla de tabaco arrugada del bolsillo del pantalón, dio unos golpecitos para que saliera un cigarrillo y se lo encendió. Nunca había fumado delante de Liette.

A Liette le caía bien Maxim y le gustaba su camión con libros; había pasado muchas horas allí, y había mantenido largas conversaciones sobre literatura con él. En esas ocasiones, Liette siempre se sentía mucho mayor y le gustaba que alguien la tomara en serio. Ahora, en cambio, le daba la impresión de que Maxim la estaba tratando como si fuese una niña a la que era mejor no contar la verdad. Normalmente él no se comportaba como los demás adultos, pero aquel día parecía estar ocultando algo. Un secreto que no quería desvelarle de ninguna manera.

—¿Qué clase de libro es? —le preguntó.

En lugar de responder, él inquirió:

—¿Me lo prestarías?

—¿Lo quieres?

—Solo hasta que vuelva aquí. Me gustaría enseñárselo a alguien que pueda decirme algo más.

—¿A quién? —Le parecía que tenía derecho a saberlo.

—A un químico. A veces le presto libros. No de química, pero tiene conocimientos.

—¿Por qué iba a saber él algo de mi libro? —dijo «mi libro» de manera muy consciente, para que Maxim no lo olvidara. A los adultos les gustaba olvidar las cosas que no les venían bien, sobre todo cuando corrían el peligro de tener que justificarse ante los niños.

—Puede que nos diga algo sobre cuántos años tiene tu libro —contestó él—. No te quiero robártelo, y tampoco lo venderé, si es lo que temes. Te lo juro por lo que me es más querido y sagrado.

—No sé qué es lo más querido y sagrado para ti.

—Pues tú, por ejemplo. —Con una sonrisa tiró el cigarrillo al suelo y lo apagó pisoteándolo—. Nunca te quitaría nada que no me des porque quieras.

—¿El libro tampoco?

—Tampoco. Pero me lo has traído porque quieres saber más cosas de él, y para eso necesitamos a un experto. Yo solo soy alguien que presta libros.

Liette sabía que mentía. Maxim sabía más de libros que todas las personas a las que ella conocía, incluidos sus padres, y eso que tenían una docena de librerías. Para ellos la literatura era, sobre todo, mercancía. Antes leían mucho, pero cuanto más tiempo les exigían las tiendas, tanto más hablaban únicamente del precio de los libros y no de su contenido. Eran más felices cuando solo tenían una librería, el pequeño establecimiento de la rue de Condé. La habían abierto nada más casarse, y los dos vendían libros en ella, años antes de que heredaran y del abundante trabajo de oficina que ello trajo consigo.

—Volveré como tarde dentro de dos semanas, espero poder contarte más sobre libro para entonces —dijo Maxim.

Ella hizo como si tuviera que pensárselo, lo que acto seguido le pareció un poco absurdo, como si quisiera derrotarlo con sus propias armas.

—De todas formas, las biblias son aburridas. Y los devocionarios también. Llévatelo. —Ahora tampoco ella pudo evitar sonreír—. Pero si vale tanto como un tesoro pirata, nos lo repartimos. Dos terceras partes para mí y una para ti.

—Me parece justo —convino él.

—Y quiero quedarme la piedra de luna.

—Contigo estará en las mejores manos.

Volvieron al camión y Maxim subió a él. Tardó bastante en volver con el colgante. Liette estaba segura de que lo había limpiado a conciencia, como si fuese una joya robada de la que un ladrón borra sus huellas. Cuando se la tendió, dijo:

—¿Te importa si me quedo con tu bolso? Te lo devuelvo cuando regrese.

En realidad le tenía más cariño al bolso que al estúpido devocionario, pero hizo un gesto negativo.

—Claro que no.

—Cuida bien de la piedra.

—Cuando vuelva a mi casa en París le pondré una cadena para colgármela al cuello. Pero aquí mejor no. Mi tío quiere que le dé todas las cosas del desván que puedan tener algún valor.

El rostro de Maxim se ensombreció, y su voz sonó muy fría cuando dijo:

—No me sorprende.

—Él tampoco te soporta a ti —repuso Liette risueña.

Maxim se encogió de hombros, probablemente como para decir que su tío podía irse a freír espárragos. Ella opinaba lo mismo. Gabriel no era una mala persona, solo débil, y como él sabía que ella lo sabía, no se caían bien.

—Una cosa más —dijo Maxim antes de que Liette se pusiera en camino.

—¿Sí?

—Sigues manteniéndote alejada de esa casa, de Villa Eisenhuth, ¿no?

—Ahora hablas igual que él.

—No, te lo digo en serio, Liette. No vayas allí.

—¿A la biblioteca de la niebla?

—Ni siquiera al jardín. Y menos aún entres en la casa.

—Pero ¿y si está completamente llena de libros?

—Si es así, pertenecerán a alguien que no quiere que los revuelvas. Por eso hay rejas en las ventanas; incluso puede que la casa esté vigilada.

Ella le había contado que había visto estanterías con libros tras la ventana de la primera planta, pero no había mencionado lo de la silueta agachada. Ni tampoco lo de las rejas de las ventanas. ¿Significaba eso que Maxim había estado allí?

—La villa no es un buen sitio —advirtió—. Y en ella no vivían buenas personas.

Liette dejó que pasara un segundo y bajó la voz hasta tornarla un susurro.

—Ahora hay fantasmas.

Maxim apretó los labios hasta que casi se le pusieron blancos. Después asintió con semblante triste y le dijo que se fuera a casa.

4

1957

Para Thomas Jansen esa historia había comenzado con una misteriosa nota escrita con una letra delicada y expresiva que le indicaba que acudiese a una hora determinada a un lugar concreto, seguida de una amenaza que no pudo pasar por alto.

El sobre se deslizó por debajo de la puerta de la habitación que ocupaba en el Château Trois Grâces justo cuando apartaba la vista de la blanca espalda de una dama que acababa de levantarse de su cama. Durante un momento se arrepintió de lo que le haría al cabo de escasos minutos, pero la sensación solo perduró hasta que ella se giró y él volvió a notar la frialdad en sus bellos ojos, unos ojos que habían visto cosas mucho peores que a él. Como era natural, ella rompería a llorar cuando él hiciera lo que tenía que hacer, pero antes de que llegara ese momento quería coger del suelo el misterioso sobre y leer lo que ponía en la nota. Era la curiosidad propia del reportero que había sido, de la que ni siquiera se había deshecho en su nueva etapa como vividor y ladrón de guante blanco en la Riviera. Como tampoco se había deshecho de su razonable precaución.

—Hace un calor insufrible —se quejó ella con un suspiro. Algunos de sus cabellos, teñidos de rojo, se habían quedado en las estrujadas almohadas. Thomas pensó que más tarde pediría al servicio de habitaciones que cambiaran las sábanas de la cama de

matrimonio y, si ella utilizaba la ducha, que limpiaran el cuarto de baño. Pero, conociéndola como la conocía, aquella mujer era lo bastante descarada para regresar sin lavarse a la habitación que compartía con su marido una planta más abajo. Quizá incluso fuese a la piscina que había sobre el mar, en las rocas, uno de los atractivos del Trois Grâces desde hacía décadas, incluso en los tiempos en los que todavía no lo frecuentaba la *jet set*—. Qué calor —repitió, y él se preguntó seriamente si no sería uno de esos atrevimientos que ella consideraba un flirteo discreto y con los que lo había instado sin rodeos a que la invitara a su habitación. Por la ventana entraba el griterío de niños mimados y de sus padres ricos.

Pese al calor, nada más alcanzar el clímax aquella mujer volvió a ser la estatua de hielo que lo había abordado hacía tres días en la coctelería del hotel. Él la había estado observando durante una semana y había adoptado para ella la pose del alemán misterioso, atractivo, que viajaba solo y al que no iba a poder resistirse. Había investigado a su presa desde hacía meses, y había dado lo mejor de sí mismo para satisfacer sus expectativas, aunque solo fuese porque quería ver la sorpresa en sus rasgos cuando averiguara lo que sabía de ella.

—¿Has oído que en las grandes ciudades escasea el agua? —le preguntó la mujer mientras se levantaba del borde de la cama y se acercaba a la ventana, desnuda.

Pasó elegantemente por delante de la mesa en la que Thomas tenía su máquina de escribir, junto a la que había un buen montón de hojas en blanco. Las que estaban escritas, por si acaso, las había guardado en el cajón. Por una parte, porque la escasa cantidad lo deprimía; por otra, porque la gran epopeya de sus memorias de la guerra no era de la incumbencia de esa mujer.

—Lo leí en el periódico —repuso él, y fue hacia la puerta. Cuando cogió el sobre, ella se encendió un cigarrillo en la ventana—. No fumes —le pidió—. Ten la bondad.

Ella dio una chupada profunda.

—¿Qué es lo que te molesta?

«Que después no tendré que librarme solo de tu olor —pensó—, sino también de este humo que me recuerda a tu aliento en mi cara, en mi cuello. Y a otra clase de humo del que en su día fuiste responsable.»

Pero, como es natural, no le dijo nada de eso, se limitó a encogerse de hombros con una sonrisa forzada y se acercó a la ventana, donde estaba ella. Bajó la manilla de un tirón y la abrió.

Ella dio un salto atrás y soltó un grito.

—¡Si me ve mi marido desde abajo...!

—Pues apaga el cigarrillo.

La mujer miró a su alrededor con desvalimiento y a continuación lo apagó en la maceta más cercana.

—¿Satisfecho?

Thomas cerró la ventana.

—Gracias.

En su mano izquierda todavía sostenía el sobre, y ardía de curiosidad, pero también pensó que, en el peor de los casos, tal vez fuese del marido, que exigía satisfacción al amanecer, y no de la misma manera que ella.

—Hace un momento eras muy bueno conmigo. —Su tono enfurruñado era tan falso como sus pestañas y su sonrisa inocente —. ¿Por qué ya no lo eres, adonis malvado?

Él dirigió una mirada pesarosa al sobre sin remitente, fue hacia el escritorio y lo dejó junto a la máquina. Allí había otro sobre, mucho más grande y abultado, que contenía numerosos documentos que

decían quién era en realidad aquella mujer y lo que había hecho hacía años, cosas que quizá ella quisiera olvidar, también mediante encuentros como aquel. O sencillamente puede que le dieran lo mismo mientras nadie lo supiese.

Pues bien, Thomas lo sabía. Y un minuto más tarde la amenazaría con dar a conocer al resto del mundo que en su día había trabajado en la comandancia del campo de concentración de Ravensbrück, donde ejecutaba las órdenes del comandante de las SS Fritz Suhren en calidad de supervisora suplente.

La primera reacción sería de sorpresa, seguida de furia, y al final intentaría apelar a su compasión. Siempre era así. Unas veces había más ira, otras más lamentos, y en ocasiones alguna lo golpeaba con los puños, algo que no les reprochaba. Ser chantajeado no era del gusto de nadie, aunque la víctima hubiese hecho cosas mucho peores. Thomas Jansen podía soportar los arañazos, el desprecio también, pero lo que le resultaba de veras muy desagradable era que negaran el pasado y él se viese obligado a exponerles sus actos en detalle. Pormenores sobre las listas de condenados a muerte que habían elaborado o el nombre de las embarazadas a las que habían enviado a la cámara de gas. Eso lo detestaba aún más que acostarse con ellas.

Años atrás, probablemente hubiese pensado que irse a la cama con mujeres como ellas era desacertado, pero después comprendió que la mayoría ya no eran capaces de diferenciar su disfraz de probas ciudadanas de la realidad. Hacían falta ciertas medidas para entreabrirles la puerta que llevaba hacia ella, con el objeto de lograr que se mostrasen más receptivas a la verdad y a las posibles consecuencias. El sexo resultó ser el medio más seguro de aflojar su máscara..., para después, cuando menos se lo esperaban, arrancársela.

Él sabía en qué lo convertía eso a ojos de los demás. Pero era un precio que estaba dispuesto a pagar. También él llevaba una máscara y, al igual que la mayoría de esas mujeres, lo hacía sin arrepentimientos.

Ella era una mujer atractiva de cuarenta y pocos años, que afirmaría que, por aquel entonces, era demasiado joven para saber lo que hacía. Esas eran las mentiras que él oía una y otra vez: «No sabíamos qué otra cosa podíamos hacer»; «Éramos ingenuas»; «No teníamos elección. De lo contrario nos habrían matado a nosotras».

Pero, sobre todo: «Era muy joven».

La de ahora era igual, y sin embargo distinta. Un poco más curada de espantos, también más arrogante, perfecta en su papel de buena esposa de banquero, en el que brillaba desde hacía años. Al final —tras la ira y los lamentos— se mostraría muy abierta a zanjar *ese asunto*. Esa mancha medio olvidada en sus limpísimas manos. La mácula que a ella quizá incluso le pareciese emocionante, un tanto audaz; ay, esos oscuros secretos.

Thomas se ofrecería a entregarle los documentos a cambio de una sustanciosa suma que su marido podría proporcionarle sin problemas. Tendría que aceptar la promesa de guardar silencio que él le haría y, naturalmente, la certeza de que había más copias en un lugar seguro, que irían a parar a manos de la prensa de inmediato si a él le sucedía algo, un accidente o una desgracia causados por cierta gente a la que se podía pagar para llevarlo a cabo. Él insistiría en que quería la suma en efectivo, claro estaba; en los círculos en los que ella se movía, que hicieran llegar un giro allí, al hotel, no supondría ningún problema: el dinero estaría disponible en el plazo de una o dos horas. Thomas lo aceptaría con una sonrisa amable y, como de costumbre, transferiría dos terceras partes a una fundación para los hijos de las víctimas del Holocausto. Con el resto

prolongaría un mes, quizá incluso más, su estancia en el Trois Grâces o en otro hotel de alto copete de la Costa Azul, pero lo cierto es que el que más le gustaba era aquel. Y más tarde vería desde la ventana que una limusina llegaba a buscarlos a ella y a su marido, visiblemente pálido, para llevarlos al aeropuerto de Niza mientras él pedía una cena opípara, porque ya podía volver a relajarse un poco con la dieta y la forma física.

Y terminaría poniéndose otra vez delante de la máquina de escribir para retomar su gran novela o sus memorias o lo que quisiera que acabara saliendo de ese caos de recuerdos del tiempo que pasó en Rusia, las interminables marchas bajo un frío implacable, con la muerte presente en todo momento. Los días buenos se convencía de que con esa tercera parte de los ingresos financiaba la creación literaria, que era su verdadero destino: trabajar en esa gran obra que tenía que arrancarse del alma, la verdad salida de la boca de alguien que lo había presenciado todo. Los días malos, en cambio, era consciente de que había miles más que pensaban eso mismo de ellos y de sus recuerdos, y alguno que otro que incluso poseía el talento necesario para lograr que se tradujese en un buen libro. En esos momentos estaba a punto de admitir que quizá estuviese un poco enamorado de más de esa vida de lujo que llevaba en la Costa Azul, y que su manuscrito era una carga, no una vocación, y que financiaba todo eso desplumando a asesinas a las que, en su anterior vida de reportero, le habría gustado ver en el banquillo de los acusados y por nada del mundo en su cama.

Sin embargo, su vida era la que era. Había puesto fin a su carrera de periodista voluntariamente, y a cambio había conseguido lo que tenía en aquel momento. Todos esos meses en hoteles caros que ofrecían infinidad de comodidades, dormir la siesta junto a la piscina

y cenar mirando el mar, darse masajes por la tarde y después tomarse el primer whisky. Porque así ¿quién quería quejarse de pasar noches en vela y sentir remordimientos de conciencia y asco de uno mismo? La autocompasión era el único lujo que no se podía permitir. Había tomado una decisión y debía apechugar con ella.

Hasta que todo terminara. Lo cual podía suceder antes o después.

La pelirroja con el cuello bonito y todas las demás virtudes con las que a los monstruos les gustaba cegar al mundo lo miraba como si esperase oír una disculpa por haberle prohibido fumar.

Al ver que él no se la ofrecía, preguntó:

—¿Vas a joderme otra vez al menos?

—Sí —afirmó él, y entonces cogió el sobre de mayor tamaño de la mesa y le enseñó los documentos.

5

Más tarde, cuando todo estaba ya resuelto, Thomas se hallaba tumbado al borde de la piscina que habían construido en las rocas en la parte inferior del hotel, leyendo *Los cañones de Navarone*, y de tanto en tanto contemplaba entornando los ojos el sol poniente. Sumido en sus pensamientos vio un velero en el horizonte, y al fijarse en la vela le vino de nuevo a la cabeza el sobre blanco que le habían metido por debajo de la puerta.

Al final la cosa se le había ido un poco de las manos, se habían producido gritos y forcejeos, se habían proferido amenazas de muerte, todo el repertorio de la *femme fatale* avezada. Pero después el dinero en efectivo había llegado a la recepción en el plazo de una hora; Thomas había cumplido lo acordado y la dama también, y su marido y ella se habían marchado con semblante inexpresivo.

Thomas cerró el libro, dobló la toalla y volvió a su habitación. Ya habían cambiado la ropa de cama y repuesto el jarrón que se había hecho añicos. La propina que había dejado en la cómoda seguía allí. A la mañana siguiente tendría que dársela en mano a las camareras para que la aceptasen.

El sobre blanco estaba, completamente recto, junto a la máquina de escribir. Cerrado, sin ningún nombre escrito en él, sin ningún olor. En suma, esas señales no eran ni buenas ni malas. Thomas utilizó el abrecartas dorado propiedad del hotel y sacó un papel doblado. La letra era de mujer, pero no florida; el texto estaba en francés.

Monsieur Jansen. Tenemos que hablar. Venga a mi casa a las ocho. La encontrará al final del camino que atraviesa el pinar. Ataré a los perros. Liette Chevalier.

Thomas no había oído nunca ladridos de perros a los que hubiese que atar en el recinto del hotel, y estaba casi seguro de que tampoco había perros tras el pinar. A todas luces, era una ironía que se gastaba la dama.

Había utilizado un papel de cartas neutro, pero así y todo él sabía quién era ella. Liette Chevalier era la propietaria del Château Trois Grâces, si bien rara vez se dejaba ver. Aunque había un caballero con traje negro que ejercía de director del hotel, solo era un organizador bien pagado de lo que acontecía a diario, mientras que ella, aun manteniéndose en segundo plano, era quien tomaba las decisiones. Thomas se había informado de la historia del Trois Grâces antes de elegirlo como su residencia de verano preferida, y sabía que Liette Chevalier era la heredera única del lugar y que años atrás había vendido una serie de librerías en el norte que pertenecían a su familia desde hacía tres generaciones. No había ninguna imagen suya —o por lo menos él no se había tropezado con ninguna—, ni escándalos, ni se sabía nada de su vida privada. No asistía a las desenfrenadas fiestas ni las espléndidas recepciones que se celebraban en el hotel, y, si alguna vez se mezclaba con los invitados, nadie la reconocía.

A Thomas también le gustaba la discreción, y precisamente por eso no le interesaba lo más mínimo reunirse con ella. No era el único soltero que se daba la gran vida en el hotel, y había toda una serie de ellos para los que resultaba mucho más acertado el título de *playboy*. Él no se iba con jovencitas inocentes ni desplumaba a viudas ancianas, sino que se comportaba con discreción y reserva.

Sus modales eran impecables, bebía con regularidad, pero rara vez en exceso —y, cuando era así, el alcohol lo volvía más callado aún—, y jamás se pasaba de rosca. Se lo veía leyendo o absorto en sus pensamientos cuando desayunaba, cuando estaba en la piscina o cuando cenaba. A veces conversaba con el recepcionista o con uno de los jardineros, daba propinas generosas pero nunca ostentosas a los camareros y las camareras de piso, y dominaba la conversación cultivada sobre naderías. En verano solía pasar muchas semanas allí, en invierno rara vez se dejaba ver. De vez en cuando sobrevolaba el recinto del hotel en su hidroavión, y por eso conocía también la casa solitaria que se alzaba donde terminaba el pinar, a medio camino de la villa desierta del otro extremo de la bahía. Era un bungaló, nada llamativo aparte de por el lugar en que se hallaba, y él supuso que esto último también podía decirse de ella. Liette Chevalier. Un nombre bonito, pero nada extravagante. Probablemente una mujer nada extravagante.

Pero.

«Ataré a los perros.»

¿Se suponía que era una amenaza? ¿Qué sabía ella de lo que él hacía en el hotel en días como ese?

La respuesta la tenía en la mano: absolutamente todo.

Porque el recepcionista la había informado de las repentinas transferencias que habían recibido matrimonios que poco después se habían marchado a toda prisa. Y de que horas antes se había visto a las damas de dichas parejas con el callado alemán, conversando en el bar, fuera, en el jardín, juntos en el ascensor. Si Liette Chevalier vivía sola en su casa, seguro que disponía de bastante tiempo y tranquilidad para sumar dos más dos. De ser así, había descubierto hacía mucho a Thomas... y posiblemente a cualquier otro estafador que se alojara en su hotel.

«Ataré a los perros.»

Y entre líneas se leía: «Si no se presenta aquí a las ocho, los suelto».

Liette Chevalier.

Thomas tenía un enemigo.

Poco antes de las ocho enfiló el estrecho camino que discurría entre los pinos hacia el este. El calor de la tarde había calentado el bosque y desprendía el aroma del sur de Francia con tal intensidad que, incluso después de tantos años, Thomas aún tenía la sensación de que debía detenerse, cerrar los ojos y limitarse a respirar durante unas horas.

El camino atravesaba una puerta en una sólida alambrada, en la que colgaba un gran letrero en el que ponía PROPIEDAD PRIVADA. Estaba abierta. Después de entrar, la cerró.

No tardó en ver a la derecha del camino, entre los troncos, la bahía y el mar azul celeste, con el sol aún alto en el cielo. Una lancha de motor con un esquiador acuático se deslizó por delante, de camino al embarcadero del Trois Grâces. Los últimos bañistas volvían al hotel, la pedregosa playa estaba casi desierta.

El bungaló se hallaba lo bastante alejado del acantilado para que no se viese desde la bahía. Daba la impresión de que en ese sitio los árboles estaban más juntos, una red de sombras cubría la pequeña explanada y la fachada de color terracota. Apenas había elementos decorativos, tan solo dos bulldogs de piedra de tamaño natural que montaban guardia sentados junto a la puerta.

Que estaba entreabierta.

—¡Pase! —exclamó una voz desde dentro—. Y cierre después, haga el favor. Los últimos rayos de sol llegan del oeste y dan justo

en la puerta.

Thomas accedió a una habitación amplia que ocupaba toda la casa, de una planta. Dentro olía igual que fuera, en el bosque, a madera de pino y a hierbas aromáticas y a la brisa marina que entraba por la puerta de la terraza, que estaba abierta. Formaba parte de una cristalera que abarcaba toda la pared del fondo. Habían descorrido unas gruesas cortinas rojas, y así él pudo ver más allá de la terraza el arco que describía la bahía al este, la villa abandonada y el mar.

Distinguió varias puertas de madera a ambos lados y una moderna cocina abierta, pero, sobre todo, estanterías que recubrían todas las paredes y estaban llenas de libros, en su mayor parte de vistosas ediciones de bolsillo.

Cerca de la puerta de la terraza había un moderno tresillo de piel blanca, y allí lo esperaba la dueña de la casa. Era una cabeza más baja que él, tenía el pelo trigueño, con un corte de media melena, y los ojos muy verdes. Las cejas, oblicuas, conferían a su mirada una seriedad severa que lo intranquilizó más de lo que quería admitir.

—Gracias por aceptar mi invitación.

—¿Tenía alternativa?

Durante un instante ella pareció desconcertada.

—Por supuesto. Podría haber desaparecido sin más.

—Me siento muy a gusto en su hotel.

—Al director le alegrará saberlo.

—Me temo que no me tiene en gran estima.

—Es posible. Pero, en caso de que se lo haga sentir a usted, tendré que hablar seriamente con él. —Le señaló una de las butacas y ella se sentó con las piernas recogidas en el sofá—. Por favor.

La mesa que había entre ambos estaba vacía, no le ofreció nada de beber.

Cuando se sentó frente a ella, Thomas la observó con atención. Tenía los labios carnosos, la boca un poco ancha de más. Algo en ella hacía que pareciese inaccesible, como si en su semblante hubiese un leve gesto de desprecio. Llevaba un pantalón de lino claro y holgado y una camisa blanca vaporosa; nada de maquillaje. Los pies descalzos, las uñas sin pintar.

De pronto empezó a sonreír, y fue un poco como cuando la luz de un proyector ilumina por primera vez la pantalla. A Thomas le fascinó el cambio que se había operado en su rostro.

—Tiene usted miedo de que lo denuncie a la policía —comentó risueña—. Ha venido solo por eso.

—Me gustaría evitar cualquier manera de llamar la atención.

No tenía sentido negar nada. Y además le repugnaba hacerlo, porque, aunque podía entender que se desaprobasen sus medios, abogaba plenamente por el resultado final. No se avergonzaba de ello. Y cedía una gran parte de sus ingresos a las víctimas. Aunque eso no lo convertía en el más virtuoso de los bienhechores, no se tenía por una mala persona. Era posible que su sentido de la justicia se hubiese desequilibrado un poco hacía años; primero, cuando siendo solo un niño lo enviaron a combatir a Rusia, y después durante su etapa de periodista, cuando tuvo que ver que demasiados nazis salían impunes.

—Lo más interesante no es la mala decisión que uno toma, ¿sabe? —dijo ella cuando su sonrisa se hubo borrado y la seriedad volvió a sus rasgos—, sino las que se toman después.

Durante unos segundos Thomas se paró a pensar en lo que acababa de decirle y después asintió despacio, porque entendió a qué estaba jugando ella.

—Y pretende darme la posibilidad de que haga eso, ¿no es así? De que tome una decisión correcta.

—Ya lo he hecho. Está aquí. Le doy la enhorabuena por haber dado el primer paso.

—Si fuera usted, no le daría mucho valor a eso. Sencillamente siento curiosidad por saber qué quiere en realidad de mí. Podría haberme echado sin contemplaciones. Conozco a todos los integrantes del personal de seguridad del hotel, aunque los caballeros en cuestión se esfuercen por parecer camareros o conserjes. Y sé que todos ellos podrían darme un puñetazo en la nariz que me dejaría sin sentido.

Liette negó con la cabeza.

—No debería darse menos importancia de la que tiene. Sé que cuando ejercía el periodismo se lo tenía por un hombre peligroso. Peligroso al menos para aquellos a los que les gustaba olvidar lo sucias que tenían las manos.

Había pedido que lo investigaran, quizá incluso se había ocupado ella misma de hacerlo. No era difícil. Sus reportajes para las revistas *Stern*, *Quick* y *Der Spiegel* estaban archivados en las bibliotecas. Había vendido artículos a periódicos importantes y había aceptado una lucrativa oferta de la radio bávara, aunque nunca se incorporó al puesto, ya que de un día para otro empezó una nueva vida. Todo ello estaba documentado y a disposición del público.

—Ya sabe quién soy... Bien. —Le habría gustado mucho tomarse un whisky, algo que era probable que ella también supiera de sobra. Tenía acceso a sus facturas y sabía a qué hora solía permitirse el primero—. Y ahora ¿qué hacemos usted y yo?

Ella enarcó una de las severas cejas con aire de desaprobación.

—¿Es este el tono con el que se camela a todas esas mujeres?

—¿Quiere que le dé algunos consejos?

—Lo que quiero es su ayuda. Pero en otro ámbito de sus competencias.

No le causó tanta sorpresa como probablemente creyera ella. Era evidente que quería algo de él, de lo contrario habría seguido ignorándolo o lo habría mandado al diablo.

—Usted dirá.

—Necesito información sobre una persona.

—No soy detective privado.

—Por desgracia, los detectives tienen la costumbre de dejarse comprar. Sobre todo si se ocupan de alguien que con toda probabilidad posee una fortuna considerable.

—¿Acaso no está intentando comprarme usted en este mismo instante?

—No, me malinterpreta. No le estoy ofreciendo dinero: lo estoy extorsionando, igual que ha hecho usted con esas mujeres. Si rechaza mi oferta, lo descubriré. Le diré a la policía quién es y lo que hace, y acudiré a la prensa alemana. Y muy pronto cualquier candidata en potencia sabrá de quién tiene que cuidarse.

Sus palabras lo enfadaron, pero no consiguieron ponerlo de mal humor del todo, ya que ambos sabían que no llegaría la sangre al río. Thomas soltó un suave suspiro y de momento se dio por vencido.

—¿Quién es esa persona que tanto le interesa?

—¿Significa eso que hay trato?

—¿Qué clase de extorsión sería si me dejara elección?

La frase la hizo sonreír.

—Estoy aprendiendo sobre la marcha cómo funciona.

—Pues lo está haciendo estupendamente. Como me imagino que hará con casi todo cuanto se propone. Se nota que acomete las cosas con gran obstinación. Con demasiada, si acaso.

—Ay, la condenada ambición..., lo sé.

—¿Y bien?

Ella se apartó unos mechones de pelo del rostro, volvió el torso hacia la puerta de la terraza y señaló fuera.

—Seguro que le habrá llamado la atención la villa que hay en el otro extremo de la bahía.

Él se encogió de hombros.

—Es inevitable. Una propiedad bastante imponente. Parece deshabitada, al menos en verano. El tejado está dañado en algunos sitios, lo que indica que el resto tampoco estará ya en perfectas condiciones. Nadie espanta los pájaros de los alféizares de las ventanas, y lo que se ve del jardín parece descuidado.

Liette asintió.

—Muchos de nuestros clientes preguntan por ella; salta a la vista que es un bien inmueble con un gran potencial.

—¿De quién es?

—Hasta que estalló la guerra (la primera, me refiero), de una familia alemana de editores de Leipzig. Las obras finalizaron en 1913, un momento nada oportuno.

—¿Acaso no fueron capaces de ver que se avecinaba una guerra entre Alemania y Francia?

—Había indicios, pero a todas luces subestimaron el peligro. Y, una vez empezados los trabajos en una casa así, no es fácil interrumpirlos. Que yo sepa, esas personas solo pudieron utilizar la villa unos meses, desde el otoño de 1913 hasta principios de 1914. Después los alemanes lo tuvieron difícil para viajar a Francia, y a partir del verano les fue imposible. Durante un tiempo nadie se ocupó de la casa, y cuando terminó la guerra pasó a ser propiedad del Estado.

—La expropiaron.

Ella asintió.

—Pero, en realidad, eso ya no tenía ninguna importancia.

—¿Por qué?

—Porque la familia entera perdió la vida en 1917. O prácticamente toda la familia, lo que nos lleva hasta mi problema.

Él aguzó los oídos.

—No mataré a nadie por usted.

Thomas pensó que la risa que Liette dejó oír era agradable, aunque se estuviera riendo de él.

—No pretendo contratarlo como asesino a sueldo.

—Y dígame, ¿cómo se apellidaba esa familia?

—Eisenhuth —contestó ella—. Frederik Eisenhuth, Ilna Eisenhuth y dos hijos, Demian y Albin. Uno cayó en la guerra. También había una nuera, Mara Eisenhuth.

—¿Y todos murieron en el mismo año? ¿En un bombardeo o algo por el estilo?

Liette negó con la cabeza.

—Murieron en Leipzig, donde durante la Primera Guerra Mundial no hubo ningún ataque aéreo. Si existe algo que acredite cómo perdieron la vida los Eisenhuth, los documentos estarán en los archivos de la RDA, y no se puede acceder a ellos.

—Y menos si lo intenta un periodista de Alemania Occidental.

—Lo sé. En realidad, no es importante saber cómo murieron los Eisenhuth; sus editoriales e imprentas se vendieron y la fortuna desapareció poco después por canales sospechosos.

Thomas la observó con interés renovado.

—Quiere usted esa villa.

—Es posible —admitió Liette con una sonrisa pícara—. Conozco al ministro competente, le gusta pasar las vacaciones aquí. Pero solo le compraré la villa al Estado si puedo estar del todo segura de que después no aparecerá alguien que la reclame; no quiero verme

envuelta en un pleito que dure años. Me gusta solucionar las cosas directamente, no a través de abogados y autoridades.

—Ya me he dado cuenta.

—El caso es que, al parecer, la nuera sobrevivió.

—¿Maria Eisenhuth?

—Mara. Es un nombre ruso, dejó San Petersburgo para ir a Leipzig.

—Así que ya ha averiguado eso al menos.

—Por aquel entonces todavía se llamaba Mara Kalinina. Y lo interesante es que los Kalinin eran huéspedes habituales en nuestro hotel, igual que los Eisenhuth, hasta que pudieron instalarse ahí, en su villa. Los Kalinin y los Eisenhuth se conocían, puede que incluso se conocieran aquí, en el Trois Grâces, quién sabe.

—Y ahora usted cree que Mara Eisenhuth podría aparecer un día en su puerta si compra la villa.

—Por eso quiero que la encuentre. Quiero saber si aún vive. A qué se dedica. Quiero hablar con ella, y lo antes posible.

Thomas miró a Liette y después soltó una carcajada.

—Es usted muy astuta: no me lo vende como un trabajo, sino como una historia. Cree que no podré rechazarlo porque...

—Porque en su día fue un buen reportero. Y la curiosidad no muere como un dedo que se congela en un pie.

Thomas le sonrió, respetaba de veras lo que estaba haciendo. Y también le miró los dedos de los pies, finos y proporcionados, unos dedos muy bonitos.

Era evidente que aquella mujer no decía la verdad, solo que Thomas aún no estaba seguro de cuál era la mentira, una mentira que, además, acabaría siendo la pega de todo ese asunto. Porque había una pega, y probablemente Thomas iba a arrepentirse de no haberse largado sin más, de eso no tenía la menor duda.

Pero, en efecto, sentía curiosidad. No por Mara Eisenhuth o Mara Kalinina, o comoquiera que se apellidase entonces aquella mujer, si no había muerto hacía tiempo.

Era Liette Chevalier quien le despertaba curiosidad.

—¿Y bien? —preguntó ella con una sonrisa ladina—. ¿Puedo contar con usted?

6

El archivo del Trois Grâces se hallaba en el sótano, y como el sol ya había empezado a ponerse, fueron al hotel cruzando el pinar. Por el camino Liette habló con naturalidad de su dolencia, que la obligaba a mantenerse alejada del sol.

—Pero por el momento no me matará —afirmó con desenfado—, no soy un vampiro. Así que no se haga ilusiones de librarse de mí de esa manera.

—No sabía que tal cosa pudiera ser necesaria.

—Espere y verá. Lo acompañaré durante las investigaciones que realice.

Thomas se detuvo.

—¿En serio?

Liette se volvió hacia él y, ya en su mirada, este supo que daría en hueso con sus protestas.

—Es parte de nuestro acuerdo.

—No lo era hasta hace diez segundos.

—¿Cambiaría algo que lo hubiese mencionado antes?

Thomas hizo un esfuerzo por controlar el enfado que lo invadía.

—Hay un motivo por el que los puñeteros acuerdos son eso precisamente: algo que se ha acordado. Y después no se cambian. Mucho menos de forma unilateral.

—No sea ridículo: usted está en mis manos. Soy yo quien dicta las normas.

Él se puso en movimiento de nuevo.

—Eso hace que ahora me caiga bastante peor.

Liette permaneció a su lado mientras reanudaban el camino al hotel. La luz de las numerosas ventanas se veía entre los oscuros troncos de los pinos, pero si la mirabas demasiado tiempo, daba la impresión de titilar, de bailotear como un enjambre de luciérnagas.

—Me sorprende el mero hecho de que se plantease que pudiera caerle bien —comentó.

—Está claro que ha sido un error.

—Un error absurdo.

—Seguro que tendré que trabajar mucho bajo el sol.

Ella rio con suavidad.

—Durante el día lo acompañaré con un pañuelo en la cabeza y gafas oscuras. La mujer tapada a su lado. Podría ser un cambio interesante para usted.

—Creo que se equivoca conmigo.

—Oh, no me equivoco en modo alguno. Sé quién es. Y para que no haya malos entendidos: desprecio profundamente a las mujeres a las que extorsiona. En el fondo, esos malos bichos merecen todas las humillaciones, todos los castigos imaginables. Lo que no sé todavía es si usted merece lo que gana con ello.

—¿El dinero?

—La humillación. Porque, no nos engañemos: no está orgulloso de lo que hace.

—¿Por qué...?

—No puede dormir. La luz de su habitación está encendida hasta que amanece, a veces incluso la noche entera. Y después baja a desayunar y parece alguien cuya vida no es muy feliz.

Thomas esbozó una suerte de sonrisa forzada.

—¿Por qué no juega a hacer de detective usted sola?

—Aquí, en el hotel, tengo ojos y oídos en todas partes —repuso risueña—. Fuera de él, por desgracia, dependo de sus servicios.

—No sabía que el Trois Grâces era un Estado policial.

—Vamos, no sea tan dramático. Es casi imposible evitar que yo sepa lo que se cuece aquí. Hablo regularmente con mis empleados, incluidas las camareras de piso y los camareros.

—Y yo que pensaba que se pasaba el día sentada en su misteriosa casa de bruja en el bosque, como una eminencia gris, y nadie sabía qué aspecto tenía.

De nuevo esa risa, que disimulaba el hecho de que casi seguro que sopesaba con cuidado cada palabra.

—Para ser reportero, sus primeras apreciaciones no es que sean muy certeras.

En la explanada del hotel reinaban las habituales idas y venidas. El portero uniformado despedía a los huéspedes que salían para acudir a los restaurantes de los alrededores o a los casinos de Cannes y Niza; se cerraban puertas de coches, rugían motores. Una familia volvía de realizar un recorrido en un coche de punto, los niños daban gritos.

—Iremos por otro sitio —dijo Liette, y condujo a Thomas hasta una puerta lateral a cuyo alrededor trepaba una parra silvestre.

Poco después enfilaron un pasillo del personal desierto hasta acceder a una escalera que descendía al sótano del hotel. Llegaban olores de la cocina y un vocerío amortiguado, incomprensible. Ambas cosas solo desaparecieron después de bajar la escalera.

Lo que Liette denominaba «archivo» resultó ser una habitación llena de polvo repleta de archivadores y cajas de cartón. Varias carpetas y hojas sueltas estaban esparcidas sobre una mesa en la que, a todas luces, no paraban de amontonarse más capas de papeles sin que se ordenaran los que había debajo.

—Ahí debería estar todo lo que hay desde principios de siglo —dijo—. Probablemente incluso de antes.

—Esto no parece muy... archivado —constató Thomas mientras lanzaba una mirada dubitativa a la mesa.

—Entonces el hotel lo dirigía mi tío, y no era muy organizado. Pero si buscamos a fondo, deberíamos encontrar documentos de la época en que los Eisenhuth y los Kalinin se alojaban aquí. —Señaló una estantería en la parte de atrás del sótano—. Ahí están los libros de recepción y de reservas. Y allí las facturas del restaurante y del bar. —Dejó escapar un suspiro—. Lo cierto es que debería haberse puesto orden a todo esto hace tiempo.

Thomas fue hasta la estantería y leyó por encima las etiquetas escritas a mano de los archivadores y las cajas de los registros. Cuando se fijó más, descubrió que la mayoría estaban ordenados por riguroso orden cronológico y que los únicos vacíos grandes se hallaban en los años comprendidos entre el inicio de la Segunda Guerra Mundial y la reapertura del hotel a finales de los años cuarenta. Quizá tuvieran suerte.

Se pusieron a trabajar en silencio y se abrieron paso entre montones de papeles. Thomas no tardó en sentir la boca y la nariz secas debido al polvo que se acumulaba desde hacía décadas. De vez en cuando miraba a Liette, que examinaba con obstinación las interminables líneas de reservas mientras él revisaba, cada vez con menos ganas, facturas del restaurante de los años 1913 y 1914.

Acabaron encontrando lo que necesitaban para reconstruir las estancias de los Eisenhuth en el Trois Grâces. La familia de editores de Leipzig se había alojado en el hotel por primera vez en 1904 y por última en otoño de 1913. Sin embargo, había resguardos de numerosas cenas en enero y febrero de 1914. Por lo que parecía,

entonces los Eisenhuth ya debían de vivir en la villa del extremo de la bahía, pero seguían acudiendo a comer al Trois Grâces.

—¿No tenían cocinero en semejante casa? —preguntó sorprendido Thomas—. Tratándose de una propiedad tan grande cabría pensar que la familia viajaba con todo el servicio, ¿no?

Liette se encogió de hombros.

—Quizá no en unos tiempos en los que los tambores de guerra cada vez sonaban con más fuerza. Eso, o les gustaba la comida del hotel; quién sabe.

Las reservas del restaurante —que se encontraban en archivadores distintos de los de las facturas— les permitieron reconstruir que, hasta 1914, los Eisenhuth compartieron mesa en numerosas cenas con los Kalinin, de San Petersburgo. De las reservas de las habitaciones, a su vez, dedujeron que los Kalinin todavía habían viajado dos años más a la Costa Azul, hasta febrero de 1916.

—En la Primera Guerra Mundial, Francia y Rusia eran aliados y luchaban contra Alemania —observó Thomas con aire pensativo mientras miraba los años—. Por eso para los Kalinin, al menos desde el punto de vista político, no era peligroso seguir veraneando en el sur de Francia. Pero ¿cómo viajaban hasta aquí? Se libraban combates en toda Europa.

—En barco y en tren —contestó Liette—. Había rutas seguras porque los campos de batalla cambiaban continuamente, por lo menos en el sur de Europa y en Asia Menor.

—Pese a ello, parece bastante suicida solo para pasar unas semanas de vacaciones.

—Por aquel entonces los rusos se quedaban meses si se lo podían permitir. Muchas de las familias ricas pasaban aquí el invierno, con lo

cual el largo viaje merecía la pena. Y quizá entonces la gente fuese un poco más valiente.

—O estuviera un poco más loca.

—Luego, de repente, dejaron de venir —continuó ella—. En 1917 los bolcheviques borraron del mapa a muchas familias de aristócratas e industriales rusos. Una ironía cruel, ¿no le parece? Cruzaron una Europa en llamas para ir de vacaciones, poniendo en peligro su integridad física y su vida, para que después los masacraran en su país sus propios compatriotas.

Thomas siguió hojeando las viejas carpetas de recepción.

—En cualquier caso, aquí constan todos los nombres juntos: Alexéi Mijáilovich Kalinin y Xenia Vladímirovna Kalinina, y los hijos de ambos, Ofeliya, Mara y Artur. —Cuando Thomas levantó la vista, Liette se mordía el labio inferior—. ¿Se encuentra bien?

Ella asintió, pero seguía con el ceño fruncido. Volvió a mirar demasiado deprisa los papeles que tenía delante, en la mesa.

—Y por parte de los Eisenhuth, los padres, Frederik e Ilna, y sus dos hijos, Demian y Albin. —Liette cogió aire con fuerza—. Bien, pues estas son nuestras *dramatis personae*, ¿no?

Thomas la observó un instante más e hizo un gesto afirmativo.

—Eso parece, sí. Y dice usted que la tal Mara se casó con uno de los hijos de los Eisenhuth, ¿no?

—Sí. Cuando los Eisenhuth perdieron la vida en 1917, al parecer Mara ya formaba parte de la familia.

—Y acabó siendo la única heredera. Casi parece demasiado simple.

—No hay que olvidar que los bolcheviques asesinaron a su propia familia ese mismo año —añadió Liette.

Él se frotó los ojos, que le escocían.

—¿Estamos seguros de que fue así?

—Al menos por aquí no volvieron. Al igual que muchas otras familias rusas, habían dejado baúles en el hotel, como era habitual en la época. En 1916 estuvieron aquí por última vez, después todo el equipaje permaneció almacenado en el desván durante diez años. Eso mismo sucedió en numerosos hoteles de la Costa Azul. Al final se quitó todo de en medio y se dio a la beneficencia. —Vaciló un momento y acto seguido continuó—: Yo misma vi las maletas de los Kalinin a finales de los años veinte.

—Debía de ser usted una niña.

—Sí, pero me acuerdo perfectamente. Sobre todo por la silla de ruedas.

Thomas la miró con atención.

—¿Qué silla de ruedas?

—La de Ofeliya Kalinina. Debía de ser paralítica o sufrir alguna clase de enfermedad. Por eso había una silla de ruedas aquí, en el hotel, junto con todas las demás cosas. En ella ponía su nombre. Yo era pequeña y jugué con la silla. —Frunció las severas cejas—. No me mire así: tenía once años.

Thomas sonrió.

—Claro.

Liette empezó a caminar por la habitación.

—Puesto que no podremos examinar los documentos de Leipzig, nunca averiguaremos qué fue de los Eisenhuth. Lo único seguro es que ambas familias perdieron la vida en 1917. Podría ser una casualidad, dados los tiempos que corrían. Pero precisamente Mara Kalinina, o Mara Eisenhuth, el lazo de unión entre ambas, fue la única superviviente. Al término de la guerra, todos los demás habían muerto.

Thomas hubo de admitir que todo aquello cada vez lo fascinaba más.

—Y ahora teme que la tal Mara pueda reclamar la villa que usted quiere comprar al Estado francés.

Ella asintió con cierta rigidez.

«Conque esa es la mentira», pensó él. Liette buscaba a Mara Eisenhuth, pero no le importaba solo la casa vacía que se alzaba sobre el acantilado, Thomas habría puesto la mano en el fuego por ello.

Se inclinó sobre la mesa y anotó en una libreta con espiral, en dos columnas, el nombre de todos los implicados que había encontrado mientras rebuscaba entre el montón de papeles. Subrayó el de Mara apretando con tanta fuerza que el lapicero casi atravesó el papel.

EISENHUTH	**KALININ**
Frederik	Alexéi
Ilna	Xenia
Demian	Ofeliya
Albin	Artur
	Mara

Después se irguió y se cruzó de brazos.

—Podría intentar averiguar algo más de los Eisenhuth en Alemania. Si tenían editoriales e imprentas, seguro que también habrá algún documento al respecto en Alemania Occidental.

Liette se detuvo y lo miró con cara de asombro.

—¿Se brinda a hacerlo por voluntad propia?

—Quería mi ayuda, ¿no? Y tal vez de ahí salga una historia.

—Pensaba que ya no ejercía el periodismo.

Se sintió tentado de contarle que estaba intentando escribir un libro. Tal vez hubiera llegado el momento de dejar de lado sus vivencias de la guerra y buscar otro tema, uno que no le afectase personalmente y no abriera viejas heridas. Dos familias amigas, de países enemigos, a las que borraron del mapa en el mismo año, y entre ellas una mujer misteriosa: con eso podía hacer algo, incluso mucho.

—Quiero ver esa villa de cerca —afirmó.

Liette negó con la cabeza.

—Está todo cerrado desde hace años, en la valla cuelgan letreros de advertencia llenos de calaveras. Al parecer, la finca entera está a punto de desplomarse.

—¿Quiere comprar una casa que amenaza ruina?

—La casa no es el problema, la estructura es sólida. Se trata del subsuelo. Las rocas sobre las que se asienta la villa.

—¿Por qué?

Si Liette mentía, esa vez fue de lo más convincente.

—En la Segunda Guerra Mundial, cuando la Costa Azul estaba ocupada por los nazis, se instalaron en la casa soldados alemanes: el comandante que se hallaba al mando de esta parte del litoral y sus hombres. Cuando se produjo la liberación, los barcos abrieron fuego contra la villa. Los alemanes capitularon rápidamente y, como si fuera un milagro, la casa apenas se vio afectada, pero las rocas que la sustentan recibieron algunos impactos importantes. Desde entonces, dicen que el acantilado entero podría desplomarse si no se apuntala en condiciones. Pero, como es natural, eso no lo hará nadie antes de que se aclare lo relativo a su propiedad.

Thomas ya no tuvo ningún reparo en expresar su escepticismo.

—A ver si lo he entendido bien: ¿quiere comprar una casa que quizá acabe en el mar cuando azote la próxima tormenta? ¿En serio

quiere hacerme creer eso?

A los ojos verdes de Liette asomó la obstinación.

—Hay métodos para afianzar las rocas. Es algo que se ha hecho en numerosos puntos a lo largo de toda la costa. Se abren pozos en la piedra y se les inyecta hormigón armado o algo por el estilo. No soy ingeniera.

—Será caro.

—No me falta el dinero. Pero ¿entiende ahora por qué no quiero que al final aparezca alguien que lo reclame todo?

—Creía que el ministro era amigo suyo.

—Es un huésped. Y se guardará mucho de tomar partido oficialmente y verse implicado en negocios inmobiliarios problemáticos en la Costa Azul. Eso ha acabado con más de una carrera.

Thomas la observó un instante sin decir palabra y ella le sostuvo la mirada, con una mezcla de tenacidad y encanto y una ira reprimida que lo desconcertaron.

—Dígame la verdad —pidió al cabo—. Si quiere que la ayude, debo saber cuál es el verdadero motivo.

Liette lo miró a los ojos unos segundos más y después profirió un suspiro suave.

—Cuando era pequeña, fui varias veces a la villa y, desde un árbol al que me subía, miraba una ventana de la primera planta. Tras ella hay una biblioteca. En mi recuerdo se halla envuelta en niebla, aunque fuera el aire estaba despejado. Desde entonces sueño con esa biblioteca de la niebla y sus libros. A mí no me importa lo que valen el inmueble o el terreno, y las preciosas vistas me las conozco al dedillo. Pero esa biblioteca... En mis sueños recorro las estanterías, paso los dedos por el lomo de los libros. Incluso sé cómo huele. Y con cada año que pasa, la sensación se vuelve más

intensa, como si los libros quisieran mandarme un mensaje. —Se detuvo un momento, agotada—. Sé cómo suena, no hace falta que lo diga.

—¿Por qué no entramos juntos sin más y sacamos los libros? Eso, suponiendo que sigan ahí y los nazis no hiciesen una hoguera con ellos para celebrar San Juan.

Ella le lanzó una mirada con la que pretendía darle a entender con claridad que estaba hablando de algo de lo que no tenía ni la menor idea. Lo cual no era cierto. Thomas amaba los libros, sobre todo los antiguos, que contaban una historia antes incluso de abrirlos, y por eso cuando estudiaba había pasado mucho tiempo en bibliotecas, porque no era capaz de imaginar un entorno más placentero.

—Una biblioteca es mucho más que los libros que ocupan sus estanterías —afirmó ella—. Es todo un mundo, un universo. Podríamos sacar los libros de esa casa, pero no la biblioteca. Para que sea mía, es preciso que la casa lo sea. No sé si es capaz de entenderlo. Quizá deba confiar sin más en mí, por lo menos en este aspecto.

Naturalmente que la entendía. Por primera vez desde que la había conocido, la entendía de verdad. Y le sorprendió que despertara en él algo que desde hacía mucho tiempo no revestía ninguna importancia en su vida.

Y sin embargo, por el motivo que fuera, probó por última vez apelando a la razón.

—Entonces, la villa está desocupada desde hace cuarenta años, aparte del tiempo que pasaron en ella durante la guerra los soldados, que con toda probabilidad no apreciaban los libros tanto como usted y yo. Quizá eso con lo que sueña solo sea una

habitación vacía con humedad en las paredes y el enlucido descascarillado.

Liette se apoyó de nuevo en el borde de la mesa y lo miró.

—Si es así, secaré las paredes y las enluciré de nuevo. Y volveré a colocar estanterías que llenaré de libros. ¿Alguna vez ha perseguido un sueño, señor Jansen?

—Dejé de hacerlo mucho tiempo atrás.

—Pues debería replanteárselo. Lo vuelve a uno menos huraño.

—Puede que primero me suba a ese árbol para ver su sueño.

—El árbol hace mucho que no existe. Se quemó durante el ataque.

—Pues entonces entraré en la casa. Unos cuantos letreros de advertencia no harán que me eche para atrás.

—Las puertas están bloqueadas y en las ventanas hay rejas.

—Siempre hay una manera. Las prohibiciones no me dan miedo.

Ella respiró hondo y preguntó:

—¿Y los fantasmas?

7

1917

—Cuando has dicho que ibas a llevarme a tu guarida de asesino, no sabía que lo decías en sentido literal —observé.

—Cuando se trata de matar, no bromeo —repuso Grigori Gomorov, mi nuevo compañero a bordo del *Saltan*—. Es un asunto serio.

—Me refería a la parte de la guarida, porque desde luego esto no es otra cosa.

El espacio al que me había llevado era un cuarto tan minúsculo que ni siquiera tenía paredes de verdad. Estaba como embutido en medio de una maraña de tubos y tuberías, anchos y estrechos, de cuyas juntas con fugas de vez en cuando salían finas rociadas de vapor. El constante martilleo de las máquinas sonaba muy cerca en las profundidades del barco, pero no resultaba tan ruidoso como para que no se pudiera mantener una conversación. Aun así, no estaba seguro de si aguantaría todo el día en ese sitio. Y más si pensaba que tendría que aguantarlo también a él.

Junto a unas mantas y almohadas que Grigori posiblemente hubiera birlado de uno de los camarotes, había una maceta en la que crecía algo parecido a una ortiga que había perdido las ganas de vivir.

—Mi menta —aclaró—. La adoro. Como le arranques una hoja, te arranco yo a ti el brazo.

—Un magnífico ejemplar —afirmé entusiasmado, aunque no había visto nunca menta en libertad.

Grigori se acercó a ella y acarició con suavidad una hoja entre el pulgar y el índice.

—Viajar no le hace mucha gracia. Creo que está mareada.

Curiosamente, hasta ese momento yo no había pensado en los mareos, pero bastó con que él los mencionase para que acto seguido sintiera un ligero malestar. Sin duda Grigori me lo notó, porque levantó un dedo en señal de advertencia.

—Como me eches la papilla en la manta, te la comes.

—¿La manta?

—Primero la vomitona, y si después sigues teniendo hambre, te meto la manta sucia encantado.

—¿Podemos hablar de otra cosa que no sea comer? —En cierto modo eso incluía la menta, aunque (como había comprendido) era evidente que no estaba destinada a convertirse en comida.

Grigori giró un tanto la maceta, como si allí abajo luciera un sol que tuviera que darle por todas partes. Después señaló el suelo pelado.

—Siéntate. Y si temes que te robe el libro finlandés, siéntate en la maleta.

—Es una traducción al ruso.

—Ah, eso ya es otra cosa.

Antes de que pudiera sentarme en el frío suelo de metal, me deslizó una manta. Le di las gracias asintiendo con la cabeza, la doblé unas cuantas veces y me puse encima.

—Cuando las máquinas sueltan más vapor, aquí hace bastante calorcito —afirmó—. No es mal sitio. No, señor.

—¿Cómo es que no te ha descubierto nadie? —Estaba bastante seguro de que los dos polizones eran él y su menta.

Dejó escapar un suspiro suave.

—Ahora mismo tienen otras preocupaciones más importantes que algún que otro pasajero que no debería estar aquí. Por ejemplo, las quejas de la gente que ha pagado un buen dinero por esta travesía y opina que, a cambio, merece camarotes de lujo como en el *Titanic*. Bueno, probablemente nadie diga «como en el *Titanic*», pero ya me entiendes. —Esbozó una sonrisa torcida que dejó a la vista sus grandes dientes—. Y luego está la nada desdeñable circunstancia de que una vez le salvé la vida al capitán y me debe una.

—¿Le salvaste la vida?

—Sí, cuando huíamos de unos cosacos rabiosos. Él aún era capitán de un barco en el río Don y yo su primer artillero.

—Los barcos que navegan por el Don no tienen cañones, que yo sepa.

—En cualquier caso, había cosacos con mosquetes y sables y niebla y un caos considerable.

—Y ahí fue donde le salvaste la vida.

—Por lo menos así lo recuerdo.

—¿Seguro que no te lo acabas de inventar?

—No seas tan plomo, anda. Mejor cuéntame cómo la palmó Jack London. *Colmillo blanco* y *Burning Daylight* me encantaron. Y *El lobo de mar*, claro, ya que estamos hablando de barcos en la niebla.

Me preparé para decir un par de cosas sobre los cuentos chinos de mi bienhechor, pero ¿de qué servía ser mezquino por unos cuantos aderezos heroicos en el currículo cuando a cambio se obtenía un sitio caliente donde quedarse y la compañía de una menta? Es más, incluso me planteé adornar un poco los últimos días de Jack London, aunque al final decidí atenerme a la verdad.

—Por lo visto, se pegó un tiro en su granja de California —le conté—. También leí que se envenenó con morfina, pero yo prefiero

pensar que utilizó su pistola preferida.

Grigori asintió con gravedad.

—Eso mismo opino yo. Ese hombre fue buscador de oro, ostrero furtivo y Dios sabe qué más. Alguien así no se mata con una jeringuilla, sino que coge la pistola del calibre más grande que pueda encontrar. Probablemente antes liquidara a varios indios que querían arrancarle la cabellera.

—No creo que Jack London tuviese ningún problema con los indios.

—Los indios son como los cosacos —aseguró él—. Cabalgan como el demonio y no tienen compasión con los débiles.

Levanté las manos y me di por vencido.

—En cualquier caso, dicen que tenía miedo de envejecer.

Grigori se dio un puñetazo en la palma de la otra mano.

—Ahí lo tienes. El verdadero héroe se va por su propio pie antes de convertirse en un viejo senil y achacoso que se mea en la cama. Yo haré lo mismo cuando llegue el momento. Un revólver y una bala con mi nombre.

Vi la ocasión de cambiar de tema para que me hablase de él y así averiguar más cosas de aquel soñador extravagante que se las daba de aventurero.

—Por lo demás, ¿qué planes tienes? —inquirí—. Me refiero a aparte de volarte los sesos cuando llegue el momento.

—Ir a Francia. El *Saltan* tomará puerto primero en Alemania, pero no hablo la lengua y, en serio, ¿quién quiere ir allí? El francés, en cambio, lo hablo con fluidez..., o por lo menos lo suficiente. Bastará para hacer carrera de ladrón consumado en los tejados de París.

—¿Y lo de mosquetero?

—Esa es la solución de emergencia. En caso de que tenga vértigo. —Por primera vez, una luz que asomó a sus ojos desveló que quizá

no se creyera todo cuanto quería hacerme creer a mí—. En cualquier caso, el objetivo es París. Y el amor de las bellas francesas. Se me ocurren una violinista sordomuda en Montmartre o la modelo desnuda de un pintor importante.

—¿No crees que esa preferirá al pintor importante?

Grigori desechó la idea con una de sus callosas garras.

—La cautivaré con mi delicada poesía y con relatos de mis increíbles aventuras.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintitrés. —Al ver cómo lo miraba, añadió—: ¿Qué? Empecé pronto con las aventuras.

—¿Siempre acompañado de tu fiel menta?

—Es que en realidad soy jardinero, aprendí el oficio en su día. La menta me recuerda que necesito un jardín propio cuanto antes. Ese es el plan, ¿sabes? Después de unos años de libertino, asentarme y ocuparme únicamente de mis plantas.

En el fondo, yo pensaba lo mismo, salvo por los años de libertino. Y mi jardín era una biblioteca como la de mi tío, pero con los libros que me interesaran a mí: libros repletos de mitos, de sagas y de leyendas, y entre ellos los que yo mismo escribiría: nuevas antologías con los poemas épicos de Carelia.

—En cualquier caso —prosiguió—, no pienso quedarme en Rusia para que me lleven al paredón o me sacrifiquen en el frente, eso seguro. —Soltó un resoplido que rivalizó con la máquina de vapor que habitaba en las entrañas del *Saltan*—. ¿Y tú? ¿Cómo es que estás a bordo?

—Quiero ir a Leipzig.

—Y ahí ¿qué hay?

—Más libros que en cualquier otra parte del mundo. Miles de editoriales y librerías. En ningún otro lugar se producen tantos como

allí. Las imprentas trabajan incluso para editoriales rusas. O al menos trabajaban, hasta que alguien decidió que sería buena idea que Rusia y Alemania fueran a la guerra. —Contaba con ver una mirada inexpresiva, de desinterés, en los ojos Grigori, pero este parecía escuchar atentamente—. En la ciudad hay un barrio, el Graphische... Es un paraíso para todos los que amamos los libros. Allí todo gira en torno a ellos; libros, libros y más libros. Las veinticuatro horas del día.

—Mmm —repuso Grigori.

—Mmm ¿qué?

—¿Cómo sabes tú eso?

—Mi tío tiene una editorial en San Petersburgo. Manda imprimir libros en el Graphische y conoce a gente allí. —Tras pararme a pensar un instante, añadí—: Yo también conozco a gente allí. Me han hablado de ese barrio.

—¿Qué gente?

Sus preguntas se me antojaban cargantes, aunque siguieran siendo una muestra de interés. Normalmente yo era callado cuando temía aburrir a los demás. Se me daba bien guardarme las cosas para mí, no tenía mucha necesidad de compartirlas. Por eso era tanto más sorprendente que le estuviese abriendo el corazón a un completo desconocido.

—Una muchacha —contesté tras un breve vacilar.

—¿Tiene nombre?

—Mara.

Grigori sonrió.

—Conque enamorado. Y no solo de los libros.

—Es una historia complicada.

—Siempre lo son. Yo también he tenido unas cuantas.

—No como la mía.

—Cuenta.

Apoyé la cabeza en las manos y cerré un momento los ojos.

—Quizá más tarde.

—Aquí no encontrarás ocupación mejor que hablar conmigo. A no ser que quieras ayudar a los muchachos a echar palas de carbón en la sala de calderas, y con esos bracitos que tienes no llegarás muy lejos. Lo más probable es que te echen directamente al fuego. Esos no se andan con contemplaciones.

—Yo al menos no soy un polizón.

—Eso también es verdad. —Se encogió de hombros y bostezó—. Bueno, pues, si lo prefieres, me hablas de tu Mara luego.

—No es mi...

—¿Estás enamorado de ella o no?

—Lo estuve. Pero después... averigüé cosas de ella. Y se marchó. —Me contagió el bostezo, pero temí tener pesadillas si me dormía—. Como te he dicho, la cosa es complicada.

Grigori asintió con aire comprensivo.

—Yo una vez averigüé que una de la que estaba enamorado tenía piojos. Y no en sus rizos dorados.

—¡Mara no tenía piojos!

—Oye, que solo era un ejemplo. De algo que complica las cosas. —Se remangó el jersey de lana y se rascó los velludos antebrazos—. Si quieres puedo contarte otra cosa. De Alemania. Pero a lo mejor después preferirás seguir el viaje conmigo a Francia.

Me planteé si de verdad quería oírlo, pero él continuó.

—Verás —empezó—. Sea lo que fuere lo que te ha contado la tal Mara de Leipzig y de todos esos libros y de sabe Dios qué más..., la situación en Alemania ahora mismo es bastante mala. Me he informado. Todo se está yendo al garete debido a la guerra. El invierno pasado murieron de hambre cientos de miles de personas.

En lugar de patatas y pan, ahora comen colinabos. Sopa de colinabos, puchero de colinabos, probablemente incluso la carne la hagan con colinabos, ya sabes a qué me refiero. Y nadie puede vivir solo a base de colinabos. O por lo menos yo no. Claro que no sé si a ti te gustan los colinabos.

Solo de pensar en los colinabos ya me sentía saciado. Lo cual también tenía su parte buena.

—Tienen que aguantarse con sucedáneos de todo —continuó—. Piedra de jabón en lugar de jabón, fibra de ortiga por algodón, melaza por miel. Y luego está la contienda en sí, que no pinta bien para el káiser. Desde que declaró la guerra submarina y ordenó el ataque a los barcos mercantes, el mundo está hasta las narices de él. Ahora incluso los americanos envían soldados desde el otro lado del charco para que esta locura termine.

—Sé muy poco de la guerra —confesé. La mayor parte del tiempo había estado encerrado en la Biblioteca Imperial y en la biblioteca de Alexéi para escapar de la miseria del mundo exterior. Aparte de las peroratas que soltaba mi tío durante la cena, había oído muy pocas cosas, de forma que mis conocimientos de política internacional eran modestos—. Ni siquiera estoy seguro de quién lucha contra quién.

Grigori dibujó en el aire algo que tanto podía ser Europa como un colinabo.

—En un bando están las potencias centrales: el Imperio alemán, el Imperio austrohúngaro, Bulgaria y el Imperio otomano. Y en el otro tenemos a Rusia, Francia, Inglaterra, Italia y Rumanía. A estos hay que añadir los aliados, como Portugal, Australia, Canadá y ahora también Estados Unidos. En realidad, la guerra ya debería haber terminado, pero como Alemania no baja las orejas, es posible que siga hasta que no quede ningún alemán.

—Por los colinabos —aduje.

—Sí, porque como se les acaben, pues apaga y vámonos, señor káiser. O la munición. O los hombres que todavía conservan los dos brazos y las dos piernas, que dentro de poco no serán muchos.

Así que iba camino de ese paisaje infernal que Grigori pintaba con los colores más soberbios, como un Bosco con brazos de mono, y ciertamente empezó a preocuparme que el panorama no tuviera nada que ver con el paraíso de libros que Mara había evocado en sus cartas.

Pero quizá Leipzig fuese una excepción. Quizá allí las cosas fueran del todo distintas.

Grigori levantó el dedo índice.

—Y si ahora estás pensando que tal vez a tu ciudad de los libros le vaya mucho mejor por..., bueno, por los libros y demás, prueba a comerte uno, a ver qué tal te sienta.

—Mara no mentía —dije con firmeza—. Vive con una familia muy rica, los Eisenhuth. Se va... —Me detuve, porque no me resultaba fácil pronunciar las siguientes palabras—. Y se va a casar con uno de ellos.

Grigori puso los ojos en blanco y levantó las manos.

—Vaya, nosotros hablando del ocaso de Europa cuando para ti el mundo entero está en juego desde hace tiempo.

Me puse de pie pesadamente.

—Me encuentro mal.

—No me extraña.

—Necesito que me dé el aire.

Salí tambaleándome y la maleta se me quedó atorada en uno de los tubos.

—Deja eso aquí, anda —sugirió Grigori—. Ni siquiera miraré qué hay dentro, te lo prometo.

Sin pararme a pensar en lo que había dentro —*El Kalevala*, el cuchillo, la paleta y el misterioso manuscrito de Spiridon—, le lancé la maleta.

—Y no vomites contra el viento —me aconsejó.

Conmovido con tanto desvelo, iba a decir algo, pero me di cuenta de que, en ese momento, de mi interior no saldría nada bueno, así que subí tambaleándome.

Un cuarto de hora más tarde seguía en cubierta, inclinado sobre la baranda. El aire casi era demasiado frío para respirarlo, y encima, al hacerlo, percibí una mezcla de mar salado y orina. Al parecer, muchos pasajeros se aliviaban en cubierta, porque el estado de los retretes en el barco se volvía más inaceptable con cada hora que pasaba.

En la negrura brumosa que nos envolvía vi un destello lejano, dos, tres seguidos. Explosiones. Tal vez un vapor como el nuestro al que acababan de hacer saltar en pedazos los submarinos del káiser.

La bilis me subió por la faringe, escupí de nuevo y me dieron arcadas, pero no salió mucho más, tan solo unos hilos que ondearon antes de que se los llevara el viento. Tenía la sensación de que no podría volver a mover las piernas, pero pensé que, si claudicaba y me dejaba caer de rodillas, perdería el conocimiento, y entonces sí que vendrían las pesadillas, subirían desde el espumeante mar por el casco, una bandada de rostros con patas de cangrejo.

Ladeé la cabeza porque no quería seguir mirando al abismo, y volví a ver al hombre del sombrero y el abrigo, a cierta distancia, fumando junto a la baranda. La punta del cigarrillo se me antojó una luz deslumbrante, una estrella con aureola en la oscuridad, y de pronto me asaltó el temor de que esa luz nos delatase, de que los

submarinos se detuvieran en ese preciso instante y vinieran directos a por nosotros, invisibles en las profundidades, y lanzaran sus torpedos, que nos alcanzarían en cuestión de segundos.

«¡Eh, tú!», quise decir, pero, debido a la acidez, lo único que me salió fue un graznido penoso que probablemente no llegara hasta él. Verme no podía, porque yo estaba en una parte oscura de la baranda, y tampoco yo distinguía un rostro, tan solo profundas sombras en lugar de ojos. A la altura de sus botas había una única lámpara que arrojaba una luz amarilla aceitosa y lo iluminaba desde abajo, un Ahab con un abrigo ondeante, bañado por el fuego de Santelmo de su obsesión.

Dio una nueva chupada al cigarrillo y este se iluminó, como una señal en la dirección en la que había visto las explosiones. Y después de nuevo, más luminoso aún, y dio la impresión de que incluso la bruma salía de la máscara de sombras del hombre, como si fuese él quien nos envolvía en ella, un sardónico juego del escondite con el enemigo.

Reuní todas mis fuerzas y me separé de la baranda. Me acercaría a él, le pediría cuentas, le preguntaría si era un traidor, un espía con la misión de encender semejante fanal o el mismísimo diablo, que nos ponía en peligro para después ocultarnos tras sus vapores de azufre.

Sin embargo, justo cuando di el segundo o el tercer paso hacia él, sentí una mano en el hombro.

—Déjalo en paz —me susurró por detrás Grigori—. A ese es mejor no tenerlo de enemigo.

Por lo visto, el hombre no se percató de nuestra presencia, dio otra chupada al cigarrillo, lo lanzó al mar y volvió al interior del barco. Así y todo, durante un segundo pensé que nos miraba; en las sombras que tenía por ojos, un destello como el de la hoja de un

cuchillo. Después la puerta de metal se cerró y en la helada cubierta quedaron únicamente el machaqueo del *Saltan* y el aullido del viento.

—No se te puede dejar solo. —Grigori hablaba mucho más bajo que de costumbre, su voz destilaba algo que en cualquier otra persona habría tomado por miedo—. Pensaba que te habías caído al mar, así que he subido a buscarte.

—¿Quién era ese? —pregunté sin apartar los ojos de la puerta por la que había desaparecido el hombre, como si pudiera salir de un momento a otro de una de esas cajas sorpresa infantiles de manivela.

—Nadie con quien debas encararte.

—Quién, Grigori.

Me volvió hacia él cogiéndome por los hombros y torció el gesto al verme. Abochornado, me limpié la barbilla con la manga del chaquetón.

—Abajo hay agua para que te laves —dijo entre vaharadas.

—Gracias, madrecita.

—En mi manta no te tumbas, con la peste que echas.

—Primero quiero saber quién es ese hombre.

Seguía titubeando, después me soltó y contempló la bruma, como si de allí salieran más espíritus aún.

—Un oficial de la policía secreta. Un pez bastante gordo en la Ojrana, si no estoy mal informado.

Cerré los ojos durante unos segundos cuando todo a mi alrededor empezó a dar vueltas. Grigori me agarró por el brazo, porque probablemente pensara que se debía al mareo, pero no era ese el motivo.

—Su nombre —pregunté con voz inexpresiva—. Porque sabes quién es, ¿no?

—Timur Fiódorovich Volonov.

Me apoyé de espaldas en la baranda.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—Volonov. —La palabra sonó como una exhalación vehemente. Me había jurado no volver a pronunciar ese apellido.

Amusgó los ojos y yo creí ver en ellos la duda de si había sido buena idea acogerme.

—¿Lo conoces?

—No es eso lo que quieres saber —repuse tras un corto silencio —. Sino si él me conoce a mí. Y si me buscará en tu guarida.

—¿Podría pasar?

Negué con la cabeza, confiando en haberlo hecho con más convicción de la que sentía en realidad.

—Es imposible que me haya reconocido. Está demasiado oscuro.

—Habrías ido directo a él si no llego a...

—Sí —lo corté con aspereza—. Y te lo agradezco. De veras.

—¡Joder!

—¿Qué hace un oficial de la Ojrana en este barco? —quise saber —. ¿No debería estar en casa, persiguiendo a los enemigos del zar?

Grigori me miró con recelo.

—Quizá persiga a los que están aquí, con nosotros. Ya va siendo hora de que me lo cuentes todo de ti.

—¿Por qué ha abandonado Rusia?

—¡Porque ahí también se está yendo todo al garete! —espetó Grigori—. Al menos para él y para los que son como él. El zar no resistirá mucho más, y cuando los nuevos suban al poder, pondrán contra la pared a todo el que haya tenido algo que ver con la policía secreta. Y a sus hijos, a sus padres y a sus puñeteros pececillos de colores.

—¿Volonov está huyendo? —Cuando lo conocí, no me pareció que fuese de los que escaparían de algo.

—No tiene por qué. —Grigori bajó la voz de nuevo—. También podría estar en una misión. Que por casualidad no tendrá nada que ver contigo, ¿no?

—Desde luego que no.

—Dicen que a nadie se le da la tortura tan bien como a él —me contó, casi regodeándose—. Lo que más le gusta es paralizar a sus víctimas con una neurotoxina y cortarles los párpados mientras están plenamente conscientes. —Me dirigió una mirada escrutadora —. Pero tú conservas los tuyos.

Las manos me temblaban desde que había oído el nombre de Volonov, y sentía un fuerte palpitar en el cuello, los latidos de mi corazón me vibraban en las arterias.

—No está aquí por mí. De verdad que no.

Grigori soltó una imprecación en voz baja.

—Lo que significa que en el Imperio alemán hay un buen número de miembros de nuestra policía secreta. Antes iban allí a espiar, y hoy van porque saben desde hace tiempo lo que va a pasar en nuestro país. Ahora trabajan para la policía alemana, se espían mutuamente, traicionan a antiguos compañeros y revelan secretos de Estado: hacen lo que sea para seguir con vida. Puede que Volonov sea uno de ellos.

—¿Un tránsfuga?

—Dilo un poco más alto para que nos mate a los dos, por el amor de Dios. —Grigori señaló la puerta por la que yo había subido de las profundidades del barco—. Volvamos abajo. Aquí hasta la niebla tiene oídos.

No veía a nadie más en cubierta, pero eso no significaba nada, porque la bruma cada vez era más densa y había engullido la proa y

la popa. Unas manos grises avanzaban a tientas desde los pasillos que se abrían entre la superestructura.

De alguna parte llegaban sonidos atronadores.

—Ahí fuera han vuelto a salir de caza —afirmó Grigori—. Pueden alcanzar a cualquiera en cualquier momento.

Cerré las manos en puños para que parasen de temblarme, pero solo conseguí que el temblor me subiera por los brazos y se apoderase por completo de mi torso.

—Cuando estemos abajo, me lo cuentas todo —dijo Grigori, y esta vez pareció una orden—. Lo que le pasó a tu familia.

Asentí con resignación.

—Quién es esa tal Mara.

Asentí de nuevo.

—Y, sobre todo, qué tienes tú que ver con Volonov.

8

Conocí a Mara en el verano de 1913, casi cuatro años antes de mi huida de San Petersburgo.

Por aquel entonces, yo vivía desde hacía cinco años en el palacio del canal de Catalina. Mi madre había muerto en mayo de 1908, de una enfermedad que la atormentaba desde la adolescencia. La recuerdo como una mujer de carácter fuerte y cuerpo débil, que al final enmagreció hasta convertirse en un cadáver andante, un bulto con las extremidades secas como ramas que hacían que me recorriese un escalofrío en cuanto asomaban bajo la manta, como si en ellas ya no hubiese vida. Puesto que no tenía ningún recuerdo de mi padre —puso pies en polvorosa poco después de que yo naciera —, mi vida siempre había girado en torno a mi madre. Cuanto más débil estaba ella, tanto más quería complacerla yo. Cuando murió, dejó un vacío en el que me faltaban no solo ella y su afecto, sino también todos los cometidos que yo mismo había tenido que asignarme para hacer frente al día a día de los dos. Siempre había sabido que, cuando mi madre ya no había podido trabajar más en la escribanía, había empezado a recibir dinero de su hermana Xenia, y me avergonzaban un poco las limosnas de esa mujer rica a la que apenas conocía.

Es fácil imaginar lo duro que fue que precisamente esa mujer me llevara a su casa, y que lo hiciera no por el afecto que sentía hacia mi madre o hacia mí, sino por puro sentido del deber. Es posible que más de uno diga que eso es más de lo que tuvieron otros que se

hallaban en mi misma situación, y es verdad. Pese a ello, Xenia me ponía difícil que sintiera un agradecimiento genuino, ya que siempre que podía me daba a entender que en el canal de Catalina yo solo era un invitado, no un verdadero miembro de la familia y menos aún un hijastro, aunque de cara a la galería a menudo me hiciera pasar por tal.

Mi verdadero nombre nunca fue Artur Kalinin, porque Alexéi y Xenia no me adoptaron. Lo fácil que les habría resultado hacerlo solo lo supe más tarde, cuando Mara llegó a la casa. Pero para entonces me daba por satisfecho con la mentira de que, en teoría, un sobrino no podía ser un hijo.

En los actos oficiales me llamaban «hijo», incluso me inscribían en los libros de invitados como Artur Kalinin, y con ese nombre me enviaron a la escuela alemana, pero en mi carné —en el verdadero, no en el que Spiridon me falsificó más tarde— ponía Artur Sergeyevich Danilov. Se perdió, como tantas otras cosas, en el celo de la Revolución de Febrero. Nunca volví a apellidarme Danilov.

Pero este no es el cuento de la Cenicienta. En general mis tíos me trataban bien, y, de todas las cosas que puedo echarles en cara, la falta de generosidad no es una de ellas. Crecí en un palacio suntuoso, rodeado de una servidumbre solícita y de conversaciones cultas. Mi tío se hallaba al frente de una editorial importante, de manera que eran muchos los novelistas y las poetisas que lo visitaban. Se celebraban lecturas en el gran salón, maravillosos conciertos de cámara y —hasta que Ofeliya sufrió el accidente— representaciones de ballet privadas en presencia de compositores de renombre.

Y, naturalmente, estaban los libros.

Amé la biblioteca de Alexéi desde el día que la vi por primera vez. Cuando le hablé de ella a Grigori a bordo del *Saltan*, le describí con

todo lujo de detalle las hileras de lomos y las altas estanterías de madera de roble. Sin embargo, aquí quiero limitarme a lo esencial, a las abrumadoras sensaciones que despertaban en mí los maravillosos libros de Alexéi, el amor al olor que desprendían el papel y las encuadernaciones, la humildad que me producía la palabra escrita y el respeto a la vastedad de conocimientos que había permitido a mi tío reunir semejante colección.

Cuando comprendió hasta qué punto me fascinaban los libros, mi tío se ocupó de que me formase en la Biblioteca Imperial, y aunque no pude concluir dicha formación, siempre le estaré agradecido por ello. Alexéi no era una persona sin tacha, pero los libros forjaron entre nosotros una unión que nuestro parentesco por sí solo no habría logrado. Sus intenciones conmigo eran buenas, y yo sabía que a veces me defendía cuando Xenia decía que yo era un inútil que solo pensaba en los libros. Probablemente abrigase la muda sospecha de que le había contagiado esa pasión a Ofeliya, que hasta mi llegada al canal de Catalina apenas mostraba interés por la literatura.

Ofeliya se había entregado al ballet desde pequeña, y más tarde fueron muchos los que dijeron que, cuando la veían bailar, siempre los dejaba sin respiración. Xenia, por su parte, estaba menos entusiasmada de lo que habría cabido pensar. En lugar de sentirse orgullosa de su hija, siempre había lamentado que Ofeliya no hubiese sido una pintora con talento. Y es que la pintura era la pasión de Xenia, que en su adolescencia soñaba con convertirse en una gran artista. Sin embargo, un profesor cruel le dejó claro que su talento no iba más allá de los pintarrajos. Después, furiosa, no volvió a coger un pincel.

Tanto mayor fue su alegría cuando un adivino ambulante de Irkutsk pronosticó, antes de que naciera Ofeliya, que sería una

auténtica niña prodigio, un talento nato para la pintura. Sin duda, el hombre era un zorro viejo y había averiguado lo que quería oír mi tía. A cambio de sus predicciones recibió una generosa remuneración, y cuando se puso de manifiesto que el único interés de Ofeliya era la danza, el hombre ya hacía tiempo que se había marchado a otro sitio.

Así y todo, Xenia martirizó a la niña con interminables horas de clase impartidas por estrictos profesores de arte hasta que los ancianos caballeros se armaron de valor y le aseguraron que, aunque Ofeliya era una niña inteligente y una gran persona, sería mejor que abandonara la pintura. El bienintencionado pero mal dirigido comentario de que resultaba alentador ver lo mucho que la hija se parecía a la madre fue, en cambio, la prueba de que la competencia académica y el tacto no iban necesariamente de la mano.

Amargada, Xenia dejó la educación de la niña a cargo de su esposo, que se ocupó de que recibiese clases de ballet de los mejores. Ni los pies sangrantes ni los tendones inflamados impidieron que Ofeliya hiciese piruetas siempre que podía, y pronto resultó evidente que tenía un prometedor futuro como bailarina.

A todo ello puso un abrupto final un coche de punto que la arrolló cuando salía del teatro Mijáilovski. Los médicos del hospital Mariinskaya lograron evitar con gran esfuerzo la amputación de ambas piernas, pero ni siquiera ellos pudieron impedir que Ofeliya pasara su vida en una silla de ruedas.

Eso sucedió la primavera de 1912, un año antes de que Mara llegara al palacio del canal de Catalina.

Grigori, que en modo alguno era un interlocutor paciente, me instó a que fuera de una vez al grano, y, puesto que le hice ese favor, me gustaría hablar aquí de aquel día del verano de 1913 que

vi por primera vez a la chica que estaba delante del museo de cera, la chica que se hallaba en medio de un mar de autorretratos.

Como era sábado, no tenía que ir a trabajar a la biblioteca, y como a Xenia le desagradaba que pasara mis días libres leyendo, decidió que la acompañara al centro, pues necesitaba a toda costa alguien que la ayudase a llevar las compras, aunque todo lo que quería comprar aquella mañana habría cabido fácilmente en su bolso de mano.

Por el camino me preguntó por Ofeliya, ya que sabía lo unidos que estábamos. Creo que, a su manera, la quería, solo que todas las desilusiones personales que había sufrido se interponían en su camino. Siempre tropezaba con sus propias flaquezas y culpaba de ellas a otros. Sin duda sufría por su hija, y estoy seguro de que lo habría dado todo por evitar el accidente. Al mismo tiempo, veía la suerte que había corrido Ofeliya como un golpe contra ella misma, como un ataque acometido por poderes superiores que no había podido frustrar ni siquiera con todas sus consultas a adivinos y nigromantes. Cada vez que estaba con su hija, cada vez que veía su mirada triste, recordaba esa derrota. Posiblemente ese fuese el motivo de que prefiriese preguntarme a mí por su hija que hablar con ella.

Mucho no le conté. Los secretos de Ofeliya estaban a salvo conmigo y, debido a ello, a pesar de que lucía un sol radiante aquella mañana, el humor de Xenia era malo.

Casi todos los artistas callejeros se encontraban en el otro extremo de Apraksin Dvor, un mercado que estaba entre la calle Sadovaya y el canal Fontanka. La construcción original, de madera, se había quemado hacía décadas, y en su lugar se alzaba un edificio de piedra y ladrillo cubierto de inscripciones, como si fuese una atracción de feria. En el terreno circundante se habían asentado

numerosos negocios y talleres minúsculos en casetas de madera; decían que había unos quinientos, que formaban un laberinto de callejuelas.

El viejo y poco visitado museo de cera, detrás del mercado, estaba literalmente rodeado de otros negocios que habían perdido su clientela hacía mucho tiempo: un cabaré barato, una casa de apuestas que las autoridades habían precintado y un establecimiento con especialidades gastronómicas alemanas que, desde que había estallado la guerra, vivía con el temor de que le prendieran fuego. Xenia compraba pan allí de vez en cuando, pero, sobre todo, acudía por la echadora de cartas que residía al lado, tras una puerta azul oscura con una cortinilla de cuentas.

Me vi obligado a esperar fuera, aburrido, mientras a ella le prometían maravillas, y ahí fue cuando descubrí a la muchacha, que estaba sentada enfrente, delante del museo de cera. Por aquel entonces yo tenía dieciocho años y ella alguno menos —dieciséis, como supe después—, y el suyo era el cuerpo frágil de los niños de los alrededores que, solos en el mundo, acababan en San Petersburgo. La mayoría tenían que arreglárselas para salir adelante sin padres.

Crucé la callejuela y me detuve delante de ella. Estaba sentada con las piernas cruzadas dentro de un saco de arpillera vacío y se hallaba enfrascada en un cuadro que no era mayor que mi puño. Delante, en pulcras hileras, había docenas de cuadros parecidos, maderitas rectangulares sin marco que mostraban el mismo rostro.

—Eres tú —constaté, no precisamente un comentario ingenioso, pero con genuino asombro.

—Muy observador —repuso ella sin dejar de trabajar. Utilizaba una paleta y un pincel que, en sus largos dedos, parecía más fino.

—Y tú muy narcisista.

Ella se encogió de hombros.

—Por aquí pasan señores distinguidos que pagan por mis cuadros. Algunos incluso se llevan dos o tres, y varios de ellos vienen todas las semanas para comprar uno de los últimos.

En modo alguno eran cuadros indecentes, tan solo su rostro con sutiles variantes. Unas veces la luz daba por un lado; otras, por otro. Mechones de pelo rubio rojizo le caían por la frente o se le metían tras las orejas, pero la larga y lisa melena siempre descansaba sobre los hombros castamente cubiertos. Su expresión parecía seria, concentrada, como si intentase interpretar el semblante del observador desde el cuadro. No se pintaba con morritos ni con las mejillas sonrosadas, ni con los labios brillantes o la mirada coqueta: nada en esos cuadros tenía por objeto que pareciese provocativa.

—Entiendo —afirmé—. Les prometes lo contrario a lo corriente acentuando lo corriente. —Noté que sonreía, pero no pude verle la sonrisa, porque pintaba con la cabeza gacha—. Si me permites la pregunta —continué—: ¿por qué te pintas en todos los cuadros con los ojos dorados?

Cuando alzó la vista y me miró, durante un instante casi esperé que sus iris realmente fuesen dorados, como si sobre ellos hubiese monedas bruñidas. Antes se cubrían los ojos de los difuntos con monedas de oro, como tributo para el barquero que los trasladaba al reino de los muertos, y me pregunté adónde querría que la llevasen de esa manera.

—Te has equivocado de pregunta —me contestó. En realidad sus iris eran azul claro, casi blancos, como los témpanos del Nevá bajo un cielo invernal despejado—. Todo el mundo quiere saber siempre por qué los ojos son dorados, pero pensé que tú eras distinto.

—Ni siquiera me conoces.

—Te he visto cuando venías por la calle con la mujer rica. Ella ha ido a la vidente de enfrente, que, por cierto, en realidad es una lechera de Kaushta que sufre gota en los dedos, por eso ahora se dedica a esto. He visto que sabes de sobra que lo de echar las cartas no es más que un engaño, pero no has intentado impedir que la mujer entre.

—Es su dinero, no el mío. Pero ¿qué tiene eso que ver con los ojos dorados?

—No es tu madre, ¿no?

—No.

Ella sonrió, y fue algo verdaderamente fascinante.

—Eso pensaba. No la quieres.

Traté de disimular hasta qué punto me desconcertaba que pasara de una idea a otra.

—Pese a ello, podría haber sido mi madre. Uno no tiene por qué querer a su madre.

—A la tuya la querías mucho.

Estaba seguro de que hablaba al buen tuntún, con la esperanza de acertar en algo. En el fondo, era la misma táctica que utilizaban los adivinos. Quizá no hubiese mucha diferencia entre ella y la lechera de Kaushta. Incluso pensé que tal vez la lechera fuese su madre.

Trataba de confundirme intencionadamente. Estaba convencido de que todo aquello formaba parte de su estrategia para hacerse la interesante y venderme uno de sus cuadros. Es posible que hiciera lo mismo con todo el que se paraba delante.

—Y dime —empecé, con la firme intención de no permitir que me desencaminara—, ¿cuál habría sido la pregunta correcta?

—Por qué los ojos son tan dorados.

—Pero si eso es lo que te he preguntado.

—No es verdad. —Fue como si la sonrisa pasara de su rostro a los cuadros, y durante un instante estuve convencido de que todos ellos me sonreían—. Lo que querías saber era por qué pinto los ojos dorados, aunque los míos son azules, pero lo que deberías haber preguntado es por qué son tan dorados si, en el mundo, no hay ninguna pintura capaz de imitar el perfecto oro.

¿Era así? Yo estaba familiarizado con los libros, con orlas grabadas en las cubiertas, guardas ornamentadas y bandas de colores. De pintura no sabía casi nada.

Pero entonces se me ocurrió algo.

—Los cantos de los libros se encolan y se doran con pan de oro.

—¿Tengo pinta de estar sentada en un montón de oro?

—Bueno, tal vez esos señores distinguidos paguen bien —repliqué con cierta malicia.

Ella no pareció tomárselo a mal.

—Si crees que para ellos mis cuadros tienen tanto valor, confío en que tú también me compres uno.

—A mí me gustaría comprar uno —dijo una voz detrás de mí—. O dos. No, mejor cinco.

Xenia apareció a mi lado, envuelta en un olor a hierbas milagrosas quemadas. Primero contempló los cuadros, que estaban extendidos en los adoquines, después a la joven pintora y, finalmente, de nuevo los autorretratos con los ojos dorados y su serena y bella seriedad.

—¿Cómo te llamas? —quiso saber.

—Mara —contestó la muchacha mientras se levantaba del suelo.

—Pintas muy bien, Mara.

—Muchas gracias. ¿De verdad quiere comprar cinco?

Eso mismo me preguntaba yo. Xenia gastaba mucho dinero en cosas absurdas como consultas y astrología, pero yo todavía no la había visto en su faceta de mecenas.

—Desde luego —afirmó esta—. Un talento así hay que fomentarlo. Yo también pintaba, ¿sabes?

—Seguro que mucho mejor que yo.

—No es preciso que me adules, tengo intención de comprar tus cuadros de todos modos.

Casi creí ver ruborizarse un tanto a Mara.

—Escoja los que más le gusten.

Dio un precio que yo convertí en el acto en libros nuevos mientras Xenia se limitaba a asentir. A todas luces la suma le parecía razonable, ya que sacó el monedero, contó los copecs y los puso en la mano tendida de la muchacha.

Mara hizo una reverencia al coger el dinero. Le salió un tanto torcida, pero precisamente eso le confirió una gracia tosca. Reprimí una sonrisa al entender lo que Mara intentaba hacer, y entonces me convencí de que era cierto que muchos hombres comprarían sus cuadros. De haber tenido yo bastante dinero, también me habría llevado uno. Me consolé pensando que, a partir de aquel momento, tendríamos nada menos que cinco en casa.

—¿Me concedes un descuento si me llevo diez? —inquirió Xenia.

Mara ni se inmutó.

—Nunca hago descuento. En cada uno de estos cuadros hay un pedazo de mi alma. El precio no es negociable, porque el alma es de Dios.

No pude evitar sonreír.

Mi tía dobló de buena gana la suma y después se inclinó y escogió meticulosamente diez cuadros. Me fue pasando uno tras otro mientras me indicaba que pusiera cuidado para no arañar la pintura al apilarlos y para que, en el camino a casa, no tropezase con mis torpes pies. Tenía dieciocho años y estaba ahí plantado como un memo de ocho.

—Si quisiera comprar más, ¿dónde podría encontrarte? —le preguntó Xenia.

—Estoy unas veces aquí y otras allá. —Mara parecía caprichosa de un modo encantador—. Pero el que me busca me encuentra.

—¿Vives aquí, en la ciudad?

—Desde hace unos años. Nací en una aldea que está a varias jornadas de viaje.

—¿Y tu familia también vive aquí?

—Mi familia ha muerto. Estoy sola en el mundo.

—Qué triste —contestó Xenia, aunque casi parecía esperanzada—. Una niña prodigio como tú no debería estar sin hogar. Sin una madre.

Mara le regaló una sonrisa tímida, a mí me dirigió una mirada fugaz y se sentó de nuevo en el saco.

—Muchas gracias por su generosidad —dijo—. Espero que los cuadros le deparen un gran placer.

Y yo esperé que esas palabras no fueran dirigidas a mí.

Dio la impresión de que a Xenia le costaba separarse de ella, y en el fondo a mí me sucedía otro tanto. Pese a todo, fui el primero en ponerse en movimiento, con dos montones de retratos pegados al pecho y haciendo un gran esfuerzo por no mirar los ojos dorados.

Xenia se despidió y se puso en cabeza, como siempre; no podía evitarlo.

Me volví y me percaté de que Mara nos seguía con la mirada.

—¿Y la pintura dorada? —pregunté sin emitir sonido alguno, para que me leyera los labios.

—Cuando volvamos a vernos —musitó, tan bajo que no podría haberla oído y, sin embargo, sus palabras resonaron en mi cabeza durante todo el camino de vuelta al canal de Catalina.

Conseguí no tropezar con mis torpes pies e incluso puse buen cuidado en no arañar los retratos. En el vestíbulo, una de las criadas se hizo cargo de ellos y los subió con semblante estoico a los aposentos de su señora.

Durante el camino de vuelta a casa, mi tía no paró de hablar del talento y el encanto de Mara. En realidad, ¿no tendría que haber sido yo el que hubiese quedado a merced de aquella muchacha? Bien, todo a su debido tiempo.

Yo también necesitaba hablar de ella con alguien, así que fui a ver a Ofeliya.

Estaba sentada en la butaca de lectura junto a la ventana de su habitación, con una manta sobre las piernas y el sol arrancando destellos a su oscuro cabello rizado. Bajo las cejas negras, Ofeliya levantó los ojos de un libro que le había llevado yo de la Biblioteca Imperial hacía unos días y dio la impresión de que no era capaz de decidir si su mirada debía ser de reproche o de alegría.

—¿Ya habéis vuelto?

—¡Cinco horas! —exclamé indignado—. Ha tocado más cosas de las que tendrá en su vida. Y eso que posee un palacio lleno de cosas.

Ofeliya sonrió. Tenía la frente llena de pecas; ni las mejillas ni la nariz, solo la frente. «Mis constelaciones», las llamaba ella. Y a veces también «mi noche estrellada».

—Madre no es una mujer especialmente feliz, así que concédele esa diversión.

Me dejé caer en el borde de la cama, agotado. A mi tía no le gustaba que me sentase ahí y, justo por ese motivo, Ofeliya había ordenado que sacaran todas las demás butacas de la habitación. Desde que había sufrido el accidente, su rebeldía no conocía límites.

Quizá no pudiese escapar de su madre, pero se encargaba de que se apartara de su camino.

Le conté el encuentro en Apraksin Dvor sin describir con detalle a la desconocida, pero, como era habitual, Ofeliya me caló en el acto.

—Me figuro que era muy guapa. Y, como ahora digas que no te has fijado bien, me levanto y te doy un puntapié en el trasero.

—Creo que fea no era.

Me imitó moviendo la boca sin que de ella saliera sonido alguno y yo agarré un cojín y se lo tiré. Ella lo cogió entre risas —sus brazos seguían siendo tan ágiles como siempre— y me lo lanzó con todas sus fuerzas. Me alcanzó y me dejé caer hacia atrás en la cama. La tela olía al ungüento que se aplicaba en las cicatrices, y pensar tal cosa me avergonzó, porque me pareció injusto que incluso su olor fuera un recordatorio constante de lo que le había sucedido.

—Y apuesto a que madre se ha quedado prendada de su pintura —observó.

—¿No debería habértelo contado? —Me incorporé y agarré el cojín con fuerza. De hecho, no le habría dicho nada si no hubiese estado seguro de que volveríamos a saber de Mara.

—Qué va —respondió ella—. Puedo lidiar con el hecho de que madre me desprecie.

—No te desprecia.

—Desprecia a la persona en la que me he convertido.

Habíamos hablado muchas veces de ello, y era poco lo que yo habría podido añadir a ese respecto. En su lugar, me levanté, me agaché delante de su butaca y le cogí una mano. Tenía los dedos fríos, y estaba seguro de que también tendría las mejillas heladas. Ofeliya solía estar fría a menudo, y yo temía para mis adentros que se le pudiesen morir los brazos. Creo que ella pensaba lo mismo, aunque nunca lo decía. Ofeliya se negaba a compartir con otros su

desesperanza, ni siquiera lo hacía conmigo. Y eso que se quejaba de los dolores que sufría, del accidente y de los descuidos del pasado. Pero nunca mencionaba que en el futuro la cosa pudiera empeorar más aún.

Su mirada se dulcificó mientras su mano se volvía despacio en la mía y me rodeaba los dedos.

—Mientras tú no te vayas, por lo que a mí respecta, como si se la trae a casa.

No acostumbraba a ser tan clara, aunque yo sabía que lo decía muy en serio. Quería a Ofeliya como a una hermana, y así vivíamos, como hermanos. A veces ella parecía a punto de cuestionarlo, pero veía en mis ojos lo que yo pensaba y se guardaba sus pensamientos.

—¿De verdad crees que Xenia haría tal cosa? —pregunté, aunque sabía cuál era la respuesta. Ofeliya estaba convencida de que su madre acariciaba desde hacía meses la idea de adoptar a una hija para moldearla a su gusto.

—Lo hará. Antes o después me cambiará por otra que esté a la altura de sus expectativas.

—Tu madre te quiere.

—Como quieres a una planta..., hasta que encuentras otra con unas flores más bonitas y le dejas el mejor sitio en la ventana.

—No hables así.

Pero ella iba un paso por delante de mí. Contempló el canal a través de la ventana con aire meditabundo, como si pudiera leer lo que nos esperaba a todos en los destellos del sol en el agua.

Esa misma noche escuché una conversación entre Xenia y Alexéi en el salón de los trofeos de caza.

No solía ir allí porque detestaba los animales disecados, entre los que había varios perros cazadores que había preparado personalmente el padre de Alexéi. Para agradecerles sus leales servicios, decían. Para todos era un enigma por qué Alexéi, al que la caza no le interesaba lo más mínimo, no ordenaba que los retirasen. A su mujer le parecía que no lo hacía por apatía; a Ofeliya, por indiferencia; pero yo pensaba que tenía otros motivos, aunque no los compartiese con nosotros. Lo mismo sucedía con muchas de sus decisiones, y por eso más de uno tendía a subestimarlo.

—No necesitamos otra hija —decía Alexéi cuando pasé por delante de la puerta, que estaba entreabierta. Sorprendido, me detuve—. Ya tenemos una. Y es la mejor que podríamos desear.

—A Ofeliya le vendría bien la compañía. —Xenia estaba furiosa, como tantas otras veces cuando hablaban—. Esta muchacha traería vida de nuevo a la casa. Y yo tendría a alguien con quien conversar de pintura. De cosas bonitas.

—Cuando dices «conversar» te refieres a discutir —precisó Alexéi —. Ni siquiera eres capaz de hablar de cuadros con tranquilidad. Pretendes hacerla trizas con tu opinión como si blandieras un bieldo.

—Hubo un tiempo en que sabías apreciar los debates.

—Hasta que acabé harto de ellos en la editorial. Hasta que se puso de moda que todo el mundo tuviera algo que opinar sobre cualquier asunto y lo manifestara a voz en grito, incluso con sus superiores. —Probablemente quisiera decir «incluso con sus maridos», pero Xenia lo dejó estar.

—Quizá solo tengas mal perder —apuntó ella.

—No pienso ceder en este asunto.

—El asunto, como tú lo llamas, es una muchacha que vive en la calle en una pobreza extrema, y que merece algo mejor.

—Una muchacha de la que no sabes nada en absoluto.

—Más que tú, pese a lo cual ya te has formado una opinión sobre ella que no estás dispuesto a cambiar.

Continuaron así un rato, un tira y afloja de groserías mutuas, unas veces banales, otras de lo más agudas en su mordacidad. Ninguno daba muestras de recular, por lo que yo no temí que pudieran salir de pronto del salón. Me apoyé junto a la puerta, en el panel de roble que revestía la pared, confiando en que no apareciese el ayuda de cámara, y escuché con atención.

—¿La habías visto antes? —le preguntó él—. ¿Solo una vez?

—No sé qué tiene eso...

—Seguro que es gitana. Y si la traes a casa, acto seguido tendremos encima a la familia entera.

—No tiene familia, ya te lo he dicho.

—O eso afirma ella. Hasta que una noche abra la puerta para dejar entrar a toda la parentela. No sería la primera vez que esa gente asesina a alguien mientras duerme.

—No seas ridículo. Solo es una niña. Y tiene el pelo rubio rojizo. No es ninguna gitana.

—Pues una vagabunda, da lo mismo.

Durante un momento se hizo un silencio amargo, y temí que uno de ellos saliera hecho una furia del salón y me descubriese. Pero, justo cuando me iba a marchar, Xenia tomó la palabra.

—La quiero aquí. Tú tienes al chico para tus intereses. Siempre estáis hablando de libros viejos, hasta la saciedad. Y ahora yo quiero a Mara. Estoy en mi derecho, y no me lo prohibirás.

Pasó un rato antes de que mi tío respondiera.

—¿Y Ofeliya? ¿Qué pensará si metes en casa a una muchacha cualquiera porque tu propia hija no satisface tus exigencias?

—La verdad es que no hay manera de saber lo que piensa Ofeliya —espetó Xenia con aspereza—. Porque apenas sale de su habitación

y, cuando lo hace, no me dirige la palabra. No me quiere como madre.

—¿Podría deberse a que tú no la quieres como hija?

Contaba con que Xenia fuese a contestar con vehemencia, pero se limitó a decir con voz queda:

—Yo lo único que quiero es una hija que sea feliz. Ofeliya no volverá a ser feliz, y Mara merece una oportunidad.

Sonaba cruel, muy propio de mi tía, pero tuve que admitir que —pese al afecto que sentía por Ofeliya— deseaba que Mara estuviese a mi lado. La idea de que aquella muchacha y yo fuésemos a vivir en la misma casa, a comer en la misma mesa, a sentarnos al amor de la misma lumbre por las tardes casi me dejó sin aliento de la emoción. No quería de ninguna manera que acabase como la lechera de Kaushta, vieja y sola en una lúgubre caseta del mercado donde se ganara el pan con mentiras. Solo quería lo mejor para ella, me convencí. Que le fuese bien y que la prosperidad de los Kalinin le permitiera tener una vida feliz.

En realidad, mi motivo no era distinto del de mi tía. Puro interés personal.

Y probablemente por eso el corazón se me paró un instante cuando Xenia pasó por alto la réplica de Alexéi y dijo:

—Mañana enviaré a Artur en su busca para que la traiga a casa.

9

Años después, en el vientre del *Saltan*, Grigori no ocultó su impaciencia.

—¿Y...? —espetó—. ¿La encontraste?

—¿Tú qué crees?

Se dio con el puño en la palma de la otra mano mientras esbozaba una sonrisa sarcástica.

—Un verdadero héroe no rehúye los obstáculos para poner a salvo a su amada.

—Bueno... —repuse.

Él enarcó una ceja.

—Porque eso es lo que hiciste, ¿no? Ponerla a salvo.

En lugar de contestar, me sumí en un silencio meditabundo. Quería pensar que había aprendido, que era más listo que hacía cuatro años, cuando llevé a Mara al canal de Catalina. Entonces habría podido decir que no la había encontrado, que Mara había desaparecido sin dejar rastro, que la había engullido el monstruo de la ciudad. Habría sido fácil mentirle a Xenia. Quizá incluso mentirme a mí mismo.

—Te remuerde la conciencia —aseveró Grigori.

Le lancé una mirada furibunda.

—¡Los Kalinin han muerto!

Me clavó los ojos durante unos segundos antes de asentir despacio.

—Pero eso no es culpa tuya. —Al ver que rehuía su mirada, preguntó—: ¿O acaso sí?

—No lo sé.

—De serlo, lo sabrías.

—No es tan sencillo.

—Conozco esas historias —aseguró, pero no concretó si se refería a las novelas o si hablaba por propia experiencia—. Podemos saltarnos que removiste cielo y tierra para dar con ella. Acabaste encontrándola, que es lo importante. Y estás locamente enamorado de ella, por eso vas ahora a Leipzig.

—Tal y como lo dices parece una novela barata por entregas.

Grigori esbozó una ancha sonrisa.

—¡Esas son las mejores! —Dirigió una mirada afectuosa a su menta, como si esperase ver un gesto de asentimiento por su parte.

—En cualquier caso, Mara se instaló en el palacio —continué. Traté de acordarme de los pormenores, pero lo cierto es que los primeros días de su llegada fueron un torbellino de pensamientos confusos, sentimientos nuevos y remordimientos de conciencia por Ofeliya.

—¿Qué dijo tu prima al respecto? —quiso saber Grigori.

—Lo llevó con entereza y se resignó a su suerte.

Grigori arrugó la frente.

—Pero seguro que estaba furiosa. O triste.

—Aceptó la situación. Su madre ya le daba lo mismo y, al igual que a todos nosotros, Mara acabó cayéndole en gracia.

—Pero ¡Ofeliya estaba enamorada de ti!

—Yo no he dicho eso.

—Con otras palabras.

—El tacto y la cortesía tampoco son lo tuyo, ¿no?

Se frotó el mentón como si tuviera que pararse a pensarlo.

—¿De qué otro modo si no voy a enterarme de cómo fue la cosa?

Al pensar en Ofeliya volví a ver su habitación vacía, los libros que alguien había tirado sin miramientos. La silla de ruedas con los radios aplastados. ¿Qué clase de persona le haría eso a una joven paralítica? Humillarla, llevársela, quizá incluso torturarla por nada. La idea de que la Ojrana le hubiese pegado un tiro en la nuca o le hubiera dado garrote amenazó una vez más con revolverme el estómago.

Iracundo, le pegué un puñetazo a una tubería caliente. En alguna parte se oyó un rechinar metálico; después un vapor fino salió de una junta y formó un abanico lechoso entre Grigori y yo. Él no dijo nada, se limitó a mirarme a través del vapor y solo tomó la palabra de nuevo cuando la presión disminuyó y la rociada se tornó un goteo.

—Lo siento —dijo—. No sé si te lo he dicho. Pero lo siento de verdad. Sobre todo por la muchacha.

—No era una muchacha. Ofeliya y yo teníamos la misma edad, era una mujer.

—Ya, ya, claro.

Proferí un suspiro.

—Quizá todo habría sido muy distinto si aquel día yo no me hubiese topado con Mara.

—De ser así, tu tía habría contratado a alguien capaz de hacer un trabajo mejor.

Me dominé y logré asentir con gesto ausente. Cuando mi madre murió, me engañé diciéndome que la tristeza solo era la hermana fea de la autocompasión. Y de la autocompasión uno puede defenderse, se conciencia de ello y la rechaza, aguanta durante un tiempo hasta que cesa, igual que la presión del agua en la tubería.

—Con Mara entró algo más en casa —conté.

Grigori aguzó los oídos.

—¿Algo así como un espíritu?

Negué con la cabeza.

—Una... disposición de ánimo. El ambiente cambió. Muy lentamente, a lo largo de meses. Pensé que era algo bueno, al ser nuevo y distinto.

—Pero ¿no lo fue?

—Ni siquiera hoy lo sé con certeza. Llegó y se fue con ella. Desapareció antes de que consiguiera descubrir qué era.

Grigori se rascó el alborotado pelo.

—Pero tú sigues enamorado de Mara.

—Y nunca tuve la oportunidad de decirle lo que sentía. —Hice una pausa y añadí—: En realidad tuve mil oportunidades, solo que no las aproveché.

—De eso hablaremos en otro momento, pero no ahora. —Bostezó con ganas, y entonces fui consciente de que a mí también me pesaban los párpados—. Primero dormiremos —decidió—. Si los submarinos no nos pillan, mañana será otro día.

Pero ¿cómo iba a dormir sabiendo que Volonov andaba cerca? Lo único que nos separaba eran un entramado de tubos y unas paredes de acero. Si hubiese gritado su nombre, probablemente habría podido oírme.

Timur Fiódorovich Volonov.

Quizá también él estuviese huyendo. O buscando a alguien.

Grigori se tumbó de lado, de cara a la pared, y empezó a roncar en el acto. Unos minutos después sus dedos rodearon la maceta de la menta, como si quisiera cogerle la mano en sueños.

Yo me hice un ovillo, vi la maleta bajo la luz opaca y por primera vez volví a pensar en el manuscrito de Spiridon.

En el manuscrito y en el cuchillo.

10

1928

Cuatro días después de que le diera a Maxim el libro que había encontrado en el desván, Liette hizo acopio de valor y decidió visitar de nuevo la villa que se alzaba en el extremo de la bahía. Hacía mucho que no iba; la última vez había sido el invierno anterior, pero habría encontrado el camino incluso dormida.

Primero tuvo que atravesar el pinar y después salvar la pequeña meseta que se extendía sobre las rocas, casi justo en la mitad de la bahía. Liette se había preguntado a menudo por qué su abuelo no había construido el hotel en ese sitio, ya que desde allí se podía ver la pedregosa playa en su totalidad. A ella le parecía que era el sitio más bonito de todos, y solía ir por la noche a sentarse en la piedra plana, que conservaba el calor que había recibido durante el día, y escuchaba el canto de las cigarras en los árboles y el murmullo del mar bajo el cielo estrellado. Allí siempre olía al tapiz de agujas que cubría el cercano pinar, a hierbas silvestres y a algo que recordaba a almendras ralladas.

Aquella noche, sin embargo, continuó a través de la erizada maleza y llegó a un camino que subía desde la carretera de la costa hasta la abandonada Villa Eisenhuth. Todavía podía distinguir las dos roderas que habían abierto en el suelo los automóviles o los coches de punto.

La villa estaba rodeada de una alta valla metálica. Había una puerta de malla que alguien había forzado hacía tiempo; colgaba ladeada en los goznes, y a veces, cuando había temporal, Liette oía el chirriar de las viejas bisagras al otro lado de la bahía, como un llanto lejano que salía de la desierta casa.

Más adelante, camino abajo, había un acceso de mayor tamaño, un portón afianzado con cadenas herrumbrosas. La pequeña puerta de malla, en cambio, se abría a un caminito que llevaba hasta la casa desde el jardín. Maleza y matas estaban entretejidas de tal forma que era imposible saber ya si allí había habido césped alguna vez.

Liette quería ir por el camino más rápido. Incluso dejó a la izquierda el árbol nudoso desde el que en su día había mirado a través de la ventana de la primera planta. Jamás habría admitido que tenía miedo de ver otra vez lo que había visto entonces. La mujer agachada delante de la biblioteca, tan inmóvil como las profundas sombras que roían la fachada bajo los tejados y los saledizos. Aquel día salió corriendo para no volver jamás. Sin embargo, había vuelto, y por primera vez quería probar a entrar en la casa. Era menuda y estrecha de hombros, y seguro que en alguna parte había un resquicio o una abertura por la que poder colarse.

Buscó hasta que las estrellas se alzaron en el cielo y se vio obligada a encender una de las dos velas que había llevado. La noche era su amiga desde siempre, no le tenía miedo, pero no podía decir lo mismo de la villa abandonada, y tuvo que convencerse de que, dentro, la oscuridad era la misma que por lo general la protegía del sol en todas partes.

La llama de la vela hacía que las sombras de las ramas cobrasen vida, y no paraban de palpar y toquetear cosas en la periferia del campo visual de Liette. Cuando por fin dio con una abertura baja por

la que antes debían de entrar perros o gatos, soltó un suspiro de alivio. La madera estaba podrida, y solo tuvo que darle tres patadas para que se abriese una rendija por la que pudo meter la mano. Retiró el resto, haciéndose sangre con una astilla, y por fin logró entrar.

El corto pasillo que se abría al otro lado conducía hasta lo que en su día había sido la cocina, una habitación vacía llena de tomas para grifos y marcas de color claro de fregaderos que antes estaban afianzados a las paredes. Alguien los había desmontado hacía años, probablemente justo después de que finalizara la guerra, cuando la gente no tenía ningún escrúpulo para robar lo más necesario, y menos de una casa que había pertenecido a alemanes.

Sin otra ayuda que la vela que llevaba en la mano, Liette recorrió la planta baja, y siguió la titilante luz por pasillos de techos altos abovedados en los que los ruidos de sus pisadas iban y volvían, como si una segunda e invisible Liette fuese delante de ella para dar media vuelta de vez en cuando y caminar a su lado. Pasó por salones amplios y desiertos, que con muebles tal vez no pareciesen tan grandes e inútiles; por una sala con chimenea en cuyo hogar abierto se veían esqueletos de ratas que alguien había amontonado allí para quemar y de los que después se había olvidado; por una serie de habitaciones vacías en las que la humedad había formado nubes negras en las paredes, sin que hubiese un motivo aparente para que precisamente allí hubiera tanta humedad en los muros; y después por un vestíbulo de cuya escalera ancha y curva alguien había arrancado la alfombra, que estaba suelta sobre los peldaños como la cola de un vestido.

Liette se detuvo al pie de la escalera y sopesó si era mejor seguir explorando más habitaciones en el ala que daba al mar o subir a la primera planta. La oscuridad pendía en los rincones como capullos

de araña hasta los que no llegaba la débil luz de la vela. Ni siquiera cuando empezó a subir los peldaños —bien pegada a la barandilla de hierro forjado, junto a la alfombra suelta— llegaba la luz a todos los ángulos del techo estucado, donde las sombras dibujaban sinuosos ornamentos.

La familiaridad que Liette tenía con la noche se interponía entre ella y el miedo que la asaltaba cuando oía un crujido o un chirrido como de pasos que no eran suyos o de puertas que se abrían despacio. Pero sonidos inquietantes había en todas partes, incluso en su casa de París, de la que ella conocía cada centímetro. «Solo son ruidos —se decía—. Y los ruidos no le hacen nada a nadie. Es el viento. Es el mar. Son los años durante los que nadie ha pisado este suelo, durante los que nadie ha abierto las puertas y las ventanas.»

Llegó a la primera planta e intentó orientarse entre las cortinas de sombras. Primero titubeando, después con resolución, echó a andar hacia donde debía de estar la biblioteca, esa habitación neblinosa llena de libros, el lugar más misterioso de la casa, en la que seguro que no faltaban los secretos.

A la cabeza le vino de nuevo la figura agachada que había visto por la ventana desde el árbol. «Quizá solo fuera una butaca —se dijo —. Puede que se tratara de una cosa, no de una persona. Sí, seguro que no era una persona.»

Alarmada, se dio cuenta de que iba dejando un rastro de cera en el suelo, no solo allí arriba, sino también en la planta de abajo, un collar de perlas de puntos blancos en el mármol y la madera.

Se oyó otro crujido, más sonoro que todos los anteriores. Después un chirrido. ¿Había entrado alguien por la puerta de malla del jardín y la había seguido? Seguro que solo era el viento, como tantas otras veces, cuando ella oía las oxidadas bisagras desde el otro extremo de la bahía.

Al doblar una esquina, descubrió al final de un corto pasillo una puerta alta de dos hojas. Parecía distinta del resto, más grande y más pesada, con herrajes amplios, como si hubiesen llevado la puerta de una iglesia desde algún lugar lejano. Y Liette intuyó que había encontrado la biblioteca.

Su paso se volvió más lento a medida que se acercaba. Al cabo, puso una mano en la tosca madera. La notó fría, casi como si fuese piedra. El picaporte era más grande que su mano y le quedaba a la altura de la cabeza. Lo bajó entre chirridos, pese a lo cual la puerta no se abrió: alguien había cerrado con llave o echado un cerrojo por dentro.

El ojo de la cerradura era lo bastante grande como para que hubiese podido meter dos dedos. Con aire vacilante, Liette se inclinó y miró por la abertura.

La habitación del otro lado estaba sumida en la oscuridad. Ella esperaba que al menos entrase un poco de luz de luna por la ventana; quizá alguien hubiese corrido las cortinas. Creyó ver estanterías, anaqueles llenos de libros.

Buscó la figura instintivamente, pero la oscuridad seguía siendo impenetrable y ni siquiera le ofrecía la ilusión, el vislumbre de algo: solo negrura.

Tras ella se oyeron voces.

Liette se volvió en redondo y miró el pasillo, hasta la esquina. Las voces estaban lejos, no en aquel pasillo, quizá ni siquiera en la primera planta.

Se separó de la puerta de la biblioteca y salió corriendo, se detuvo un instante en la esquina y asomó la cabeza. Había dos hombres, creyó que en la planta baja; desde luego, no en el pasillo que estaba delante de ella y que llegaba hasta la gran escalera del

vestíbulo. Luego vio una luz a lo lejos que se deslizaba por las paredes.

Liette apagó la vela y enfiló el pasillo haciendo el menor ruido posible. Si alguien aparecía en la escalera, con un poco de suerte podría meterse en una de las habitaciones abiertas.

Antes de llegar al vestíbulo reconoció la voz de su tío.

La otra era de un desconocido.

Salió agachada al rellano y miró abajo, entre los barrotes de la barandilla. Su tío sostenía una lámpara, pero la dirigía al suelo, de forma que apenas se distinguía al hombre que iba unos metros por delante de él. Su ropa parecía cara, un traje de color claro, blanco o crema, y un sombrero a la moda, con el ala ancha. Desde arriba ella solo le veía la boca, el mentón afeitado y la cadena dorada de un monóculo cuyo extremo desaparecía bajo la americana.

Ambos hablaban de opio del Líbano y de mujeres norteafricanas. De que ambas cosas, el opio y las mujeres, llegarían una de esas noches, en un barco que entregaría «la mercancía» en el embarcadero del hotel. Un barco que procedía de Argelia e iba tripulado por hombres de Córcega.

Gabriel siempre se dirigía al otro hombre llamándolo «doctor» y parecía apocado, casi servil.

—Mi hermano me quitará el hotel —contó—. Y, entonces, adiós a nuestros negocios.

—Déjelo en mis manos —repuso el doctor.

—Si a su mujer y a él les sucede algo, el pequeño plomo lo heredará todo.

«Probablemente el pequeño plomo sea yo», pensó Liette, con un nudo en la garganta.

—También puedo ocuparme de ella. —El doctor lo dijo en tono neutral, como si prescribiese una receta que tuviese por objeto

calmar a un paciente. «Todo irá bien. Esto de aquí lo ayudará. Usted solo tiene que hacer lo que le digo.»

Liette se atragantó del susto y reprimió un ataque de tos.

El doctor miró hacia arriba.

Sus ojos la pasaron de largo por poco, lo que le dio el tiempo necesario para esconder la cabeza. Abajo reinaba el silencio, después se oyeron pasos. Se aproximaban a la escalera. Se detuvieron.

—¿De verdad es preciso emplear medidas tan drásticas? —preguntó su tío.

—No se preocupe —repuso el doctor—. Limítese a tener listos el embarcadero y el hotel. Las mujeres se quedarán dos o tres días, después mis socios del norte irán a buscarlas. Lamentablemente, no podrán hacerlo antes.

—La niña se dará cuenta de que en el hotel hay mujeres extranjeras.

El doctor no dijo nada, sus pasos se alejaron de la escalera. Gabriel lo siguió por el vestíbulo y, cuando volvieron a hablar, estaban demasiado lejos para que Liette pudiera distinguir algo que no fuese un murmullo.

Echó a correr, volvió al pasillo y se metió en la primera habitación que tenía una ventana que daba al este. Agarró el tirador con ambas manos. El cierre cedió y la ventana se abrió un poco hacia dentro. Liette miró con disimulo y esperó a que los dos hombres apareciesen fuera.

Más allá de las matas vio otra cosa.

Fuera, ante la valla, no muy lejos de la puerta de malla por la que ella había entrado en la villa, había un automóvil. Un cabriolé blanco, que resplandecía a la luz de las estrellas. Alguien ocupaba el asiento del acompañante y daba chupadas a un cigarrillo que, acto seguido,

lanzó sin ningún cuidado a las matas que crecían junto al coche. Inmediatamente se encendió otro. La luz del mechero permitió a Liette distinguir a una mujer con el pelo rubio platino ondulado cortado a la altura de la nuca. El lápiz de labios parecía oro puro.

—... enviaré a alguien que se asegure de que usted siga siendo el director del hotel —oyó decir ahora al doctor, y justo después Gabriel y él salieron de la casa y se situaron bajo la ventana.

Liette se agachó, pero sin perderlos de vista ni a ellos ni a la mujer, que, aburrida, dejaba colgar una mano por la ventanilla, con la cabeza echada hacia atrás, y expulsaba a la noche el humo del cigarrillo.

—Al fin y al cabo es mi hermano —adujo Gabriel.

El doctor se detuvo y lo cogió por el brazo.

—El mismo hermano que pretende quitárselo todo. Estamos hablando de su sustento. ¿De verdad quiere perderlo todo? Usted es un hombre listo, Gabriel. Sabe que ciertas cuestiones han de solventarse a tiempo, antes de que se conviertan en un problema. Y, créame, yo de eso entiendo algo. Hay que identificar los primeros síntomas y adoptar medidas con rapidez. Confíe en mí, sé qué es lo adecuado para usted y para su futuro.

—Enviará a alguien para que lo mate —dijo Gabriel en voz baja, y Liette lo entendió solo porque incluso el viento que soplaba del mar pareció contener la respiración.

—Alguien hará lo que hay que hacer —contestó el doctor. E insistió—: Confíe en mí.

Acto seguido le estrechó cordialmente la mano a Gabriel y continuó andando; durante un instante se volvió invisible entre las matas y los árboles, y después apareció de nuevo junto al automóvil. Sin decir palabra, le quitó el cigarro a la mujer y lo tiró.

—No tienes modales —observó ella, pero no parecía enfadada, solo cansada. Se encendió otro pitillo sin demora mientras él rodeaba el coche y se sentaba al volante.

Dijo algo sobre morir que Liette no entendió, arrancó y dejó que el coche rodase camino abajo. Liette oyó cómo giraba en la explanada polvorienta que se abría delante del portón y pasaban de nuevo por allí, esta vez en dirección a la carretera de la costa.

Durante todo ese tiempo su tío permaneció inmóvil en la oscuridad del jardín, de espaldas a la casa y a la ventana.

«Enviará a alguien para que lo mate.»

Temblando, Liette esperó a que su tío se fuera y, cuando por fin lo hizo, sin volver la cabeza, ella se separó de la ventana y salió corriendo al pasillo, bajó la escalera y volvió a la cocina, pasó por la gatera y huyó de allí.

Tenía que llegar al hotel antes que Gabriel, por si se le ocurría ir a ver cómo estaba. Era imprescindible que ni siquiera intuyera que Liette lo había oído todo.

Delante de la puerta de malla encontró uno de los cigarrillos de la mujer en el suelo. Lo cogió con dos dedos, vio la marca del pintalabios dorado y lo tiró. A cierta distancia oyó los pasos de su tío Gabriel, que se alejaban por el camino.

Esta vez Liette tomó el atajo que bordeaba el acantilado; aunque evitó los agujeros y las grietas, dio por sentado que acabaría llena de arañazos de las ramas espinosas. Solo cuando hubo recorrido la mitad del camino y llegó a la meseta pudo ir más deprisa; se zambulló en el enrejado de sombras del pinar y al cabo vio ante sí la silueta del hotel. No había luz en ninguna ventana, tampoco en la explanada. Durante el verano, su tío no iluminaba los jardines, y ahora ella sabía que no lo hacía solo para ahorrar.

Liette no era tonta y, cuando se aburría en el desayuno, hojeaba el periódico del día, que solía hacerse eco de lo que sucedía en la costa. Marsella se consideraba un baluarte del delito; desde allí se abastecía de opio al mundo entero, que traían a tierra en pequeños barcos desde el norte de África, y, al parecer, el doctor era uno de los hombres que garantizaban el suministro.

Liette se detuvo detrás de uno de los pinos de la parte delantera. A su izquierda tenía las rocas y el mar negro como el alquitrán; delante, la terraza del Trois Grâces, iluminada por la luna. La amplia superficie estaba desierta, tan solo las hojas de las palmeras en sus enormes macetas susurraban con el viento. Podía ser que Gabriel entrase por la puerta principal o por la lateral, la de la cocina. Desde donde ella estaba no veía ninguna de las dos, ni siquiera la explanada, por donde su tío llegaría si había seguido el camino.

O quizá se encontrara detrás de ella, acercándose sigilosamente mientras se planteaba cómo quitarla de en medio esa misma noche.

«El pequeño plomo.»

Volvió la cabeza, pero allí solo estaban los pinos y las sombras. Tenía que echar a correr, cruzar la terraza para llegar a la puerta trasera, que esperaba, esperaba con toda su alma, que siguiera abierta.

Contuvo el aliento mientras corría, aunque sus pasos eran mucho más ruidosos que su respiración. Ya no miró más a derecha o izquierda, tan solo al frente, y cuando empujó la puerta de cristal y esta se abrió hacia dentro, exhaló un suspiro de alivio.

En el vestíbulo del hotel había teléfonos, pero se desconectaban en temporada baja. Gabriel siempre aseguraba que a él no le hacía falta el teléfono, porque si quería hablar con alguien en la ciudad, con trabajadores o proveedores, se ocupaba en persona. De manera

que, para advertir a sus padres, Liette tendría que llamar desde otro sitio o, mejor aún, volver a París cuanto antes.

Estaba a punto de marcharse cuando oyó una puerta: su tío había llegado. Lo más seguro era que fuese directo a la habitación de su sobrina para asegurarse de que estaba durmiendo.

Liette subió por una de las escaleras de servicio, enfiló el pasillo corriendo y abrió con vehemencia la puerta de su cuarto. Lanzó a un rincón los zapatos, pero no tenía tiempo para desvestirse y ponerse el camisón. Ya oía los pasos de su tío cuando se metió en la cama y se tapó hasta la barbilla. En el último segundo se volvió de cara a la pared e intentó que su respiración y su acelerado corazón se calmasen, lo cual empeoró la situación.

Cuando él abrió la puerta, hizo como si estuviese profundamente dormida y él la hubiera despertado. Tiró hacia arriba de la colcha con los hombros mientras confiaba en que no se le bajara y se le viera el vestido.

—¿Tío Gabriel? —Su voz sonó muy áspera, ya que había estado respirando agitadamente por la boca.

Él estaba quieto, tan solo una silueta ante la tenue luz del pasillo. Liette vio que asentía sin decir palabra.

—¿Qué pasa? —le preguntó—. ¿Ha ocurrido algo?

Su tío se tomó su tiempo, la miró como si se le hubiese olvidado dónde estaba y qué había ido a hacer allí. Quizá también estuviera pensando que era un buen momento para estrangularla y arrojar su cuerpo al mar.

—No pasa nada —repuso al cabo—. Sigue durmiendo. No quería despertarte.

Ella tragó saliva, sentía una especie de opresión en la garganta.

—Buenas noches, tío Gabriel.

—Buenas noches, Liette.

Él permaneció unos segundos más allí, un bulto contra la opaca luz, y cerró la puerta. La oscuridad inundó la habitación en el acto, y ella se preguntó si de verdad él estaría fuera, en el pasillo, o si seguía allí dentro, con ella.

Tiró del cordel de la lámpara de la mesita de noche, contando con que en ese mismo instante su tío se inclinaría sobre ella y acercaría el rostro al suyo.

La luz se encendió.

Salvo ella, en la habitación no había nadie.

Fuera tampoco se oían pasos, como si Gabriel estuviese aún al otro lado de la puerta, pegado a la madera, aguzando el oído. Tal vez mirase por el ojo de la cerradura, encorvado, inmóvil y jadeante, el engominado pelo despeinado en la frente y los labios ensangrentados tras habérselos mordido debido a los nervios.

Esa noche Liette no pegó ojo.

11

Al día siguiente el sol la hizo prisionera.

Liette quería escapar, ir a Antibes o a Juan-les-Pins, pero de día no se atrevía. Se arrepentía de no haber cogido sus cosas por la noche y haberse marchado. En lugar de eso, acariciaba la idea de decirle a su tío que echaba mucho de menos su casa para que la subiera al autobús que iba a Niza, donde podría coger el *train bleu* a París, el famoso ferrocarril que unía Calais con la Costa Azul para llevar a los veraneantes del norte al mar Mediterráneo.

Gabriel no se dejó ver durante el desayuno, y tampoco habían puesto su cubierto en el otro extremo de la mesa. La cocinera le contó a Liette que su tío no se encontraba bien y había preferido desayunar arriba.

Ninguno de los teléfonos del vestíbulo ni del despacho funcionaba. En su desesperación, Liette imaginó que Maxim llegaba a la explanada en su camión con libros porque estaba preocupado por ella y quería ver si todo iba bien, y después la llevaba a París para que pudiera advertir a sus padres.

Pero Maxim no apareció, y tampoco el cartero, como confiaba ella para sus adentros en que sucediese, y después la cocinera se fue y Liette se quedó sola con Gabriel en los largos corredores y la infinidad de habitaciones del Trois Grâces.

En una ocasión creyó oírlo en el pasillo y se escondió, porque quizá hubiese cambiado de opinión y la estuviese buscando. Después oyó una puerta en las plantas de arriba y se le ocurrió que

podía encerrarlo allí, con una de las llaves que él guardaba en el armario alto del despacho. Pero se dijo que probablemente su tío tuviese duplicados arriba o pudiera forzar la puerta con el atizador de la chimenea y, acto seguido, con ese mismo atizador, fuese en su busca, la encontrase y la matase a palos.

Hacia el mediodía Liette llegó a la conclusión de que no tenía más remedio que esperar a que cayera el sol para escabullirse del hotel. La idea de que el doctor pudiera enviar ese mismo día a sus hombres para que mataran a sus padres la estaba volviendo loca, y lloró contra las almohadas, lo cual enseguida le pareció infantil. Luego lloró un poco más, porque, al fin y al cabo, solo era una niña, algo de lo que nunca había sido más consciente que durante las interminables horas que tuvo que esperar hasta el crepúsculo.

Cuando fue a coger algunas cosas, lamentó haberle prestado su bolso a Maxim, pero acabó encontrando en la cocina una bolsa de tela que la cocinera utilizaba para ir a comprar al mercado. Dentro metió un cuchillo —ninguno de los más grandes, pero tampoco el más pequeño—; tras pensárselo un instante también puso un lápiz y una libreta, y volvió a su habitación. Cogió un vestido y ropa interior, y, por último, metió entre todas esas cosas el monedero que le había dado su madre para emergencias, como si hubiese intuido que pudiera pasar algo malo.

Gabriel estaba fuera, en la explanada, cuando el sol rozó las montañas. Liette no sabía qué estaba haciendo delante del hotel, y poco después volvió a entrar. Ella respiró hondo unas cuantas veces para tranquilizarse y cogió la bolsa, enfiló sin hacer ruido el pasillo de su habitación y fue a la planta baja por la escalera de servicio.

Su tío estaba detrás de la recepción, ordenando unos papeles. No vio a Liette cuando, con sumo cuidado, esta asomó la cabeza por la esquina. Con el corazón acelerado, esperó a que su tío se fuera, lo

que le llevó un cuarto de hora durante el cual dio por sentado en todo momento que al final la descubriría.

Al cabo, su tío fue hacia la parte trasera, al despacho, pero dejó la puerta abierta, de manera que ella vio que se ponía a buscar algo en un armario en el que Dios sabía qué guardaba, alcohol tal vez.

Liette corrió hasta el mostrador de recepción con la cabeza gacha, se pegó al mueble y fue avanzando sin asomarse por el borde, rezando por que él no pudiera verla desde el otro lado. Lo oyó revolver en el despacho, abrir cajones, volcar algo que a ella le parecieron monedas. O cartuchos.

La puerta principal estaba cerca, pero Liette temía que Gabriel ya hubiese echado la llave. Por eso enfiló el pasillo lateral que llevaba al ala oeste y se metió en uno de los salones, abrió una ventana alta y salió. La cerró casi sin hacer ruido.

La gravilla crujió bajo sus zapatos cuando echó a correr. Tal vez en ese momento Gabriel saliera, tal vez la llamara, tal vez intentara atraparla. Pero Liette no cometió el error de detenerse, sino que siguió adelante, cruzó la explanada y fue por el camino que llevaba a la carretera de la costa. Y corrió hacia la vespertina luz azul y la incipiente noche.

12

1957

Tres décadas después, Thomas Jansen iba camino de la villa abandonada de los Eisenhuth bajo un sol radiante.

Hacía años que habían cercado en gran medida el terreno con bloques de hormigón, ahora cubiertos de musgo, al final del camino que en su día iba de la carretera de la costa al acantilado y que ya no era más que una vereda cubierta por la maleza que se intuía en el monte bajo. Justo detrás se alzaba una cerca de madera de dos metros de altura, que discurría paralela a la carretera, en la que varios letreros descoloridos advertían de un peligro mortal. Una placa refería los cañonazos que habían impactado contra el acantilado en agosto de 1944, cuando buques de guerra y soldados estadounidenses liberaron la Costa Azul de los ocupantes alemanes. Para que también los turistas entendieran que la villa corría el peligro de desplomarse, habían adornado el texto con abundantes calaveras.

Thomas habría podido bordear el acantilado desde el bungaló de Liette, pero no quería correr riesgos sin antes ver de cerca el terreno. Prefería acercarse a la villa por el norte, es decir, desde la carretera. Hacía mucho que no saltaba vallas, y constató que no se le había olvidado. Llevaba una camisa de lino holgada y un pantalón vaquero grueso en vez de los pantalones de algodón que prefería utilizar en verano: temía poder hacerles un siete en la cerca.

Una vez al otro lado, siguió el camino de acceso, invadido por la maleza. Hasta entonces conocía la villa solo desde lejos, desde el hotel y la playa; ahora la veía de cerca por primera vez, un impresionante ejemplo de construcción neogótica con profusión de detalles, un estilo que gozaba de gran popularidad durante el imperio. Tejados puntiagudos coronaban un castillo de cuento de hadas gris y blanco lleno de miradores y frontones circundados por varias hileras de almenas. La decadencia confería una pátina a la fachada: una casa grande que había envejecido antes de tiempo, llena de ventanas ciegas y de rincones.

Thomas descubrió una puerta trasera que alguien había abierto a patadas, por la fuerza bruta, al parecer hacía ya años. Dentro, una gran cantidad de follaje medio putrefacto formaba una alfombra que crujía; el calor estival había secado las hojas.

Se alegró de haber cogido una linterna, porque casi todas las ventanas estaban condenadas con tablas por dentro. Delante de muchas de ellas colgaban restos de cortinas enmohecidas, algunas de un solo gancho, lo que hacía que, con la luz que se colaba entre las tablas, pareciesen la silueta de figuras flacas encapuchadas.

Encontró excrementos de animales, pero no de personas. Por sí sola tal cosa no demostraba que no hubiese vagabundos y gamberros viviendo en esa casa que amenazaba ruina; sin embargo, no se tropezó con botellas o botes vacíos, no descubrió mantas arrugadas ni colchones sucios. Quienquiera que hubiese abierto la puerta a patadas se había marchado hacía tiempo. Era evidente que los letreros y las vallas surtían efecto. Probablemente el hecho de que el lugar más próximo se hallara a varios kilómetros y cerca se erigiese un hotel de lujo con vigilancia hiciese el resto para mantener alejados a visitantes molestos.

Y además estaba la sensación que lo había asaltado la primera vez, cuando la casa apareció entre las copas de los árboles, y que, ahora que deambulaba a solas por la penumbra de los pasillos y las salas, se veía reforzada. No era un aura siniestra de casa encantada, sino un barrunto de vibración suave, que en un primer momento atribuyó a su imaginación. Demasiadas advertencias, demasiadas calaveras. Pero, cuanto más tiempo pasaba recorriendo las habitaciones de techos altos, más a menudo le parecía que también titilaba el haz de luz de la linterna en los antiguos revestimientos de las paredes y en los techos estucados. Si de verdad se debía al precario subsuelo y el acantilado entero temblaba bajo los pasos de una única persona, Thomas entendió por qué nadie acudía ya a aquel lugar.

Dejó atrás la planta baja y se dirigió hacia las de arriba. Liette le había dicho que la biblioteca estaba en la primera, y le había descrito a grandes rasgos cómo llegar hasta ella. El olor a moho y a paredes con humedad lo siguió por la escalera.

En la primera planta enfiló despacio el pasillo principal, fue iluminando las habitaciones abiertas y no encontró más que espacios vacíos y polvo. Después de todas esas décadas y de que los soldados alemanes la hubiesen ocupado, había imaginado que la casa estaría en peor estado, pero, por lo visto, el comandante del baluarte había controlado bien a sus hombres. Si nadie había limpiado la villa después de que se marcharan, ellos apenas habían dejado rastro. O la propia casa se había deshecho de todos los restos desagradables, como una herida de la que supuraban suciedad y astillas.

Dobló la última esquina y vio delante la gran puerta de la biblioteca, tal y como se la había descrito Liette. Esta había querido acompañarlo, pero él insistió en ir de día, por un lado para formarse

una idea de la villa sin ella; por otro, porque no quería que la oscuridad en la casa falseara su primera impresión.

La puerta de la biblioteca estaba entreabierta, lo bastante para que alguien de constitución delgada hubiese podido colarse por ella. Empujó para abrirla más.

La estancia era impresionante: tenía dos niveles, el techo era una cúpula de mármol blanco y estaba rodeada por completo de una galería de madera situada a media altura. Decenas de miles de volúmenes ocupaban las estanterías, un monumento de papel y piel. Thomas contaba entre sus mejores recuerdos los años que había pasado en bibliotecas cuando estudiaba la carrera; pese a ello, la familiar sensación de seguridad se negaba a llegar.

En su lugar lo asaltó una profunda inquietud, como si aquel no fuera sitio para alguien que le había dado la espalda a la literatura para vivir otra vida que no le gustaba y de la que, pese a ello, no conseguía librarse. Como si no fuese digno de entrar en la biblioteca. Al ver el baluarte de libros se sintió sumamente abrumado; de pronto se le saltaron las lágrimas y se alegró de estar allí solo, porque se sintió estúpido y perdido en un sendero señalizado que había resultado ser un callejón sin salida hacía tiempo.

Intentó pensar con claridad, pero lo único que pudo esclarecer fue que allí dentro no había niebla, como pensaba Liette: las tres ventanas de la biblioteca eran de cristal opalino, y comprendió que la niña subida al árbol debió de equivocarse, que ahí nunca había habido niebla, tan solo la vaga impresión de un interior enigmático, de libros sumidos en sombras, casi invisibles tras el opaco cristal.

Más tarde no habría sabido decir cuánto tiempo estuvo parado en el umbral, mirando la biblioteca. En algún momento dio media vuelta y dejó la puerta atrás. Primero echó a andar a buen paso, luego salió corriendo como alma que lleva el diablo, y solo cuando estuvo

fuera volvió a ver la imagen de la biblioteca, en el recuerdo mucho más nítida, y entonces fue consciente de que allí arriba había visto otra cosa.

Había huellas de pies descalzos.

Unas huellas pequeñas, de mujer, en el polvo.

El sol aún estaba alto en el cielo cuando Thomas volvió a casa de Liette bordeando el pinar.

Llamó al timbre, pero ella no le abrió. Ni siquiera cuando llamó por segunda y tercera vez.

—¿Liette?

Thomas dio unos pasos atrás, esperó un poco y fue hasta el final de la meseta. Desde allí se veía la bahía entera, con Villa Eisenhuth en el extremo izquierdo y el suntuoso edificio blanco del Trois Grâces en el derecho. Dos docenas de veraneantes tomaban el sol en las rocas, otros nadaban en el cristalino mar; algunos niños chapoteaban en el agua. En cuanto oscureciese, en los barcos se encenderían las luces, guirnaldas centelleantes bajo el cielo estrellado.

Desde el hotel habría podido ver el colorido puerto de Juan-les-Pins, algunos días incluso la Croisette de Cannes a lo lejos, entre la bruma, y detrás las pendientes con las villas blancas de los multimillonarios. Pero allí, en la meseta, la bahía constituía un microcosmos cerrado, y, acorde con cómo pensaba él que era Liette, eso debía de ser justo lo que a ella le gustaba.

Permaneció un cuarto de hora sin moverse, contemplando la tierra y el agua, tan frágil y tan bello todo. Después percibió con el rabillo del ojo un movimiento entre los pinos, tuvo la confusa impresión de ver un bulto que acto seguido se desvanecía. Solo una

sombra, tal vez, pero cuando Thomas dio uno, dos pasos, tras los troncos no apareció nada que se asemejase a la silueta de una persona, ninguna mancha de oscuridad que pudiera haberlo confundido.

El hotel estaba cerca y lleno de huéspedes, quizá uno de ellos hubiese hecho caso omiso del letrero de la cerca en el que ponía PROPIEDAD PRIVADA. Pese a ello, Thomas seguía teniendo la impresión de que alguien lo observaba. Alguien que aún estaba ahí, detrás de los troncos..., o que había regresado a toda prisa a la casa, al amparo de los árboles y los matorrales.

Inquieto, volvió al bungaló para llamar de nuevo. Al pasar por delante se percató de que, en la parte de atrás, la puerta corredera de cristal estaba abierta. Fue a la terraza frunciendo el ceño, se asomó al salón y preguntó:

—Liette, ¿está usted ahí?

Nada.

Thomas miró a su alrededor un instante y después se escurrió por la abertura, cerró la puerta de cristal y echó el pestillo para que nadie pudiera seguirlo.

—Liette, voy a entrar. Si se está dando un baño, este sería el momento de que gritase a pleno pulmón.

Nadie gritó.

Thomas no tenía intención de husmear: estaba preocupado de verdad por ella. Y eso que la silueta que había visto en el bosque podía ser cualquier cosa, incluso la propia Liette. Era una mujer adulta, que a todas luces vivía sola desde hacía tiempo y se las arreglaba perfectamente sin su ayuda. Y, en rigor, él era un intruso: había entrado en su casa sin ser invitado. Si alguien lo sorprendía allí..., peor aún, si de verdad a ella le había sucedido algo, no tardarían en señalarlo como sospechoso.

A pesar de todo, cruzó despacio el salón, pasó por delante de las estanterías y llegó a un pasillo que debía de llevar a la habitación y al cuarto de baño.

Llamó de nuevo a Liette.

En la mitad del pasillo vio una puerta entornada. Al mirar con cuidado por la abertura, vio una escalera que bajaba. No contaba con que hubiese un sótano en la rocosa meseta.

—¿Liette? —Escuchó el eco de su voz, lo que le permitió intuir que abajo había algo más que una habitación.

Para no pasar nada por alto, echó una ojeada al dormitorio, al fondo del pasillo, lo cual, era curioso, le resultó más obsceno que muchas de las cosas que había hecho a lo largo de los últimos años. La cama no estaba hecha, allí no había nadie. A continuación fue al cuarto de baño, y Liette tampoco estaba allí.

Volvió a la escalera y bajó despacio al sótano. Mantuvo la linterna encendida, pero se dio cuenta de que no la necesitaba, porque la escalera desembocaba en un pasillo largo, en cuyo techo había luces a intervalos largos. Si Thomas no iba errado, el túnel conducía al hotel. Probablemente Liette hubiese mandado excavarlo para poder ir de día al Trois Grâces sin exponerse al sol.

Avanzó despacio. El pasillo describía una suave curva —quizá debido al estado del subsuelo o por motivos de estabilidad, al estar tan cerca del acantilado—, razón por la cual él no podía ver más de diez o doce metros por delante. Cada pocos pasos se detenía y aguzaba el oído, pero no oía más que su propia respiración. Al principio las paredes eran de piedra, después de mampostería sin enlucir. El cable de las luces discurría tirante bajo el techo.

Cuando por fin llegó a una escalera que subía, Thomas no tuvo la menor duda de que arriba se encontraba el Trois Grâces. En efecto, los peldaños finalizaban delante de una puerta de hierro que

encontró abierta. Al otro lado se veía una escalera estrecha y sin ventanas, que no estaba pensada para los huéspedes. Pero él no era un huésped como los demás; a fin de cuentas, lo estaba extorsionando la mismísima directora.

Los escalones subían varias plantas, en cada una de las cuales había una puerta maciza. Las primeras estaban cerradas con llave. El Trois Grâces tenía tres plantas, solo la torre central poseía una cuarta. Hacía dos semanas, Thomas había oído en el vestíbulo que las dos plantas superiores de la torre estaban cerradas porque el agua había ocasionado daños.

La cuarta puerta, sin embargo, se podía abrir. Miró con cuidado por un resquicio y vio un pequeño corredor. En las paredes colgaban óleos con el marco dorado, alfombras persas cubrían el parqué. Al final había un ascensor y, al lado, la escalera principal. En la mitad del pasillo una puerta de dos hojas daba paso a la suite.

Avanzó sin hacer ruido por el pasillo, se detuvo ante la puerta de la suite y aguzó el oído. No oyó hablar a empleados ni tampoco ruido de deshumidificadores, tan solo a una mujer que decía algo en voz baja que él no entendió, y a una segunda —Liette— que le respondía. Después oyó pasos que se aproximaban desde dentro.

Corrió a la escalera principal, se pegó a la barandilla de hierro forjado y bajó unos peldaños. Estaban recubiertos de una gruesa alfombra roja. Al volverse y mirar hacia el pasillo, vio que Liette salía de la suite y cerraba la puerta con delicadeza. Thomas tuvo la impresión de que la mujer parecía abatida, casi como si hubiese estado llorando. Después le dio la espalda y echó a andar hacia la estrecha escalera que llevaba al pasadizo subterráneo. Thomas oyó que la pesada puerta se cerraba y, acto seguido, una llave que giraba por el otro lado.

Se preguntó quién viviría en la suite y por qué se hacía creer a los demás huéspedes que la estancia había sufrido daños para mantenerlo en secreto. Quizá fuese algo habitual con ciertas personalidades, y seguro que en hoteles como ese satisfacían deseos mucho más extravagantes. Pero era poco probable que un huésped hubiera hecho llorar a Liette.

Su preocupación por ella dio paso a la desconfianza; además, no debía olvidar que lo estaba extorsionando. Si el secreto de la suite era de naturaleza personal, no estaría de más que él lo desvelase para poder utilizarlo la próxima vez que ella lo amenazara con airear sus trapos sucios.

Durante un breve instante Thomas se planteó pegar la oreja a la puerta de nuevo, pero supo que eso no sería suficiente. Tenía que saber qué o a quién escondía Liette en esa habitación. Y, sobre todo, si guardaba alguna relación con la villa y las dos familias, los Eisenhuth y los Kalinin. Thomas se había creído que Liette estaba obsesionada con la biblioteca, pero no que eso fuera todo. Lo que le estuviese ocultando podía tener algo que ver con lo que escondía en aquella habitación.

Aunque habían acordado que cuando Thomas volviese de la villa iría a informarla, decidió que la haría esperar. Bajó la escalera poco a poco, casi sin hacer ruido en la gruesa alfombra, y planeó cuáles serían sus siguientes pasos.

Unas horas después, cuando la mayoría de los huéspedes estaban cenando o en el bar de la terraza del hotel, con ropa de cóctel, Thomas volvió a la torre; salvó el cordón dorado, grueso como su brazo, que habían colocado en la escalera que conducía a las plantas superiores, y subió con cautela los últimos escalones. Le llegaba

amortiguada la música de una banda de jazz, y de vez en cuando oía voces de los pasillos contiguos. Cuando llegó al final de la escalera, el ascensor que había al lado empezó a subir, se detuvo dos plantas más abajo y ya no se movió más.

Thomas avanzó en tensión hacia la ostentosa puerta de dos hojas de la suite. Reparó en la marquetería dorada, que satisfacía el gusto de déspotas árabes y estrellas de Hollywood amantes del boato. No era del estilo de Liette: ahora Thomas conocía su casa más de lo que le gustaría. Haber irrumpido en su ámbito privado sin que nadie se lo pidiera le seguía resultando desagradable, y estaba a punto de volver a hacer algo parecido. Pero aquel no era el dormitorio de Liette.

Pegó la oreja a la madera y aguzó el oído; nada. Puso la mano con cuidado en el picaporte de latón. Estaba bien engrasado y bajó silenciosamente, como era de esperar en un lugar como aquel. Tampoco las bisagras hicieron ruido alguno cuando él empujó un tanto la puerta.

A primera vista, allí solo había oscuridad. Cuando sus ojos se acostumbraron, reparó en una luz tenue cuyo origen no veía desde donde estaba. Entró muy despacio.

La suite era lujosa, pero no tan grande como en otros hoteles de la misma categoría, ya que el espacio en la torre era limitado. En la planta había cuatro estancias: un pequeño recibidor, un cuarto de baño opulento pero no muy amplio, un dormitorio y una salita de mayor tamaño con un imponente escritorio. Thomas sabía cómo era la planta, porque hacía unos años había pedido que le enseñaran la suite del primer piso de la torre. Por aquel entonces había querido averiguarlo todo del edificio en el que, en el futuro, iba a pasar tanto tiempo. Recordaba los grifos dorados, los teléfonos de terciopelo, los

televisores ocultos tras el revestimiento de madera de roble y otros detalles a la última moda.

Con los labios apretados, entró en el pequeño recibidor. La luz que había visto salía por la puerta abierta de la sala. Cerró sin hacer el menor ruido, aplicó de nuevo el oído para percibir alguna voz u otros sonidos y salvó los pocos metros que lo separaban del pasillo.

Las ventanas estaban cerradas, tal vez debido a la música de la terraza, pero las cortinas se hallaban del todo retiradas. Las vistas del negro mar Mediterráneo bajo el vasto cielo estrellado, más el segundo firmamento de barcos y yates y los puertos vivamente iluminados de Juan-les-Pins y Cannes, lo habrían impresionado de no haber sido otra cosa la que acaparó por completo su atención.

Allí no había ningún escritorio, sino una cama grande con el armazón de metal blanco y ruedas de goma. Las únicas fuentes de luz de la habitación eran un par de aparatos médicos en la cabecera. La tenue luminosidad que arrojaban iluminaba el rostro de un anciano, tendido con los ojos cerrados y una sábana subida hasta el pecho.

Thomas iba a acercarse más cuando se percató de que se veía otra franja de luz bajo la puerta cerrada de la habitación contigua, y de que allí se movía algo. Volvió al recibidor a la velocidad del rayo. La puerta se abrió, alguien salió. Él oyó pasos, alguien pulsó dos botones en los aparatos, una voz de mujer musitó algo que parecía ruso, estiró la sábana y se retiró de nuevo al otro dormitorio.

Thomas respiró hondo: esa debía de ser la mujer con la que había oído hablar a Liette. Una enfermera o una cuidadora del paciente que yacía en la cama.

Ya había visto bastante. Bajó con cuidado el picaporte de la puerta de doble hoja y salió con sigilo al pasillo. El ascensor volvía a

estar en movimiento. Thomas cerró la puerta tras de sí y se dirigió a buen paso hacia la escalera.

Ver al anciano lo había sorprendido, pero lo más asombroso era que, por segunda vez, lo asaltaba un desconcertante sentimiento de culpa, como cuando había visto el dormitorio vacío y el cuarto de baño de Liette.

Ninguna de aquellas cosas era de su incumbencia.

Como tampoco lo era Villa Eisenhuth.

Sin embargo, como de costumbre, no podía hacer nada contra la tentación que le generaban los enigmas, la búsqueda de respuestas, el deseo de saber. Era como una enfermedad que contraía una y otra vez.

Liette lo había contagiado con sus secretos.

13

Sin embargo, en la oscuridad del pinar, camino de la casa de Liette, vio de nuevo la silueta.

Y esa vez no le cupo la menor duda de que era una persona, tan furtiva como por la tarde, borrosa delante de las ventanas iluminadas del bungaló. A pesar del bochorno que hacía, el desconocido llevaba un abrigo oscuro y sombrero. La puerta que se abría en la valla situada entre el hotel y el bosque estaba abierta, pero Thomas no había visto a nadie delante de él en el camino, así que posiblemente el hombre hubiese llegado por el otro lado, desde el extremo de la bahía, donde la villa se recortaba como una mancha agrietada contra el estrellado cielo.

Thomas se acercó a la explanada del bungaló. La silueta había desaparecido detrás de la casa. Él no estaba seguro de si aquel tipo se habría percatado de su llegada, por lo cual salió corriendo, dejó atrás la pared lateral y dio la vuelta a la esquina para ir a la terraza.

Allí no había nadie.

La gran puerta corredera de cristal estaba cerrada. Dentro había luz, pero solo salía por un resquicio entre las cortinas. Se oía una música de piano suave, tan perfecta que Thomas no supo a ciencia cierta si se trataba de un disco o si era la propia Liette la que la tocaba.

Con las pulsaciones aceleradas, Thomas escudriñó el terreno que había más allá de la terraza. El pinar rodeaba la propiedad formando un semicírculo; hacia el rocoso borde los árboles raleaban y daban

paso a matorrales altos como un hombre. Detrás se erguían las siluetas deshilachadas de los cedros. Pese a lo tenso que estaba, Thomas percibió el olor de la tierra caliente enredado con un aroma a eucalipto.

La sombría pared de arbustos y árboles era como tinta negra que engullía todo el primer plano. Cabía la posibilidad de que el bulto estuviese delante, quizá fuese hacia él, y sin embargo no habría podido verlo, porque allí la oscuridad era absoluta.

Algo se movió a la izquierda de Thomas, donde los árboles volvían a ser más densos. Pero cuando él miró de nuevo, con los ojos amusgados y las manos cerradas en sendos puños, la oscuridad se tornó inmóvil de nuevo.

Durante un minuto, quizá incluso más, permaneció donde estaba, intentando distinguir algo en la negrura. El corazón le latía con desenfreno, y notaba un palpitar en el cuello que casi era doloroso. El viento recorría la pequeña meseta y soplaba entre las ramas. En el mar la señal de un barco grande pareció un canto de ballenas.

El piano cesó.

Vio un punto desvaído en la oscuridad del bosque, como si alguien hubiese clavado una moneda en un tronco, un débil reflejo de la luz de la casa. Al lado había otra luz, a la misma altura, y acto seguido ambas se movieron mínimamente, pero la distancia entre ellas siguió siendo la misma.

La altura a la que estaban del suelo era demasiado escasa para que pudieran ser los ojos de una persona. Demasiado separadas para que pudiera tratarse de un gato o un zorro.

La música comenzó a sonar de nuevo. Esta vez Thomas oyó un crujido de agujas al pisarse. O una ramita que se rompía en la maleza.

Los puntos desvaídos lo miraron fijamente. Thomas imaginó a un hombre agazapado a gatas en el suelo, como un corredor antes de escuchar el pistoletazo de salida, con el abrigo extendido como si fuesen dos alas negras, preparado para arremeter contra él de un momento a otro.

Los puntos se apagaron.

Después se oyó un crujido en la espesura, más lejos. Era muy probable que en ese sitio hubiese bastantes animales que salían a cazar por la noche.

De pronto Thomas se volvió hacia la puerta de cristal. Levantó la mano para llamar, pero se lo pensó mejor y fue hacia la izquierda, de regreso a la explanada y hacia la entrada principal.

Mientras se volvía vio algo con el rabillo del ojo.

Un movimiento tras el cristal. Tal vez Liette lo hubiese visto. Pero allí solo había una cortina oscura que no se movía.

El reflejo de una silueta negra salió disparado hacia él, el bulto se desplazó ante el cielo estrellado. Antes de que Thomas pudiera volverse, algo le golpeó con fuerza en la nuca. Lo lanzó hacia delante, se dio de lado en la cabeza contra el cristal. Retrocedió y quiso volverse, pero entonces recibió un segundo golpe. Cayó al suelo, de bruces; después quedó tendido de costado, desvalido, incapaz de moverse durante varios segundos, mirando al frente, y descubrió que el mundo se había inclinado noventa grados.

Alguien estaba justo delante de él. Veía unas botas negras y las perneras de un pantalón, el bajo de un abrigo. Luego sintió la punta de una bota en el estómago. Se dobló sobre sí mismo, no podía gritar, ni siquiera respirar, contaba con la siguiente patada, esta vez más arriba, en el pecho o en la cara.

Sin embargo el bulto se detuvo cuando la luz de dentro iluminó la terraza. Acto seguido, giró sobre sus talones y Thomas vio que salía

corriendo, todavía ladeado noventa grados, una persona en horizontal que corría hacia un horizonte vertical y se fundía con su negrura.

Oyó que Liette decía algo, pero estaba demasiado aturdido para percibir nada más que el sonido de su voz. Creyó notar preocupación, quizá también rabia; después ella lo ayudó a levantarse, le pasó un brazo por los hombros y lo llevó a la casa soltando imprecaciones. Cuando lo dejó un momento para cerrar deprisa la puerta corredera, él estuvo a punto de perder el equilibrio, se agarró al borde de un sofá y resolló antes de desmayarse.

Algún tiempo después despertó en el sofá, con un paño de cuadros con hielo en la frente, aunque ahí no había recibido ningún golpe. Quizá Liette pretendiese despertarlo, lo cual era preferible a que lo abofetease. Probablemente ella ya hubiera probado con eso: la mejilla derecha le ardía.

Diez minutos después estaba sentado y, por pura fuerza de voluntad, logró concentrar el doloroso retumbar que sentía en el estómago en un punto minúsculo, que era como un pinchazo intenso, pero le permitía respirar con relativa normalidad.

—¿Quién era? —preguntó con voz quebradiza. No fue lo primero que dijo, pero sí la primera idea clara que tuvo. Ella le había estado hablando durante un rato con voz serena, como si fuera un niño. O un perfecto idiota.

—No lo sé —contestó Liette—. Pensé que tal vez pudiera decírmelo usted.

Thomas intentó negar con la cabeza, lo cual fue una grandísima idea. Ahora que lo pensaba, ¿había cenado? De pronto le parecía una pregunta muy importante.

—A mí no me han atacado nunca en este sitio —afirmó ella.

—Ni tampoco la han atacado ahora. Me han atacado a mí.

—¿Se puede saber por qué andaba merodeando por mi terraza de noche?

—Pensé que quizá la pillara en ropa interior.

—Nada más verlo supe que era usted esa clase de hombre.

—Estrictamente hablando, soy la clase de hombre que pretendía protegerla de un intruso. Y lo que he conseguido es llevarme una paliza.

—Un héroe, vamos.

—A todas luces el mejor que pudo usted encontrar —respondió él —. O al menos esa fue la impresión que me dio. De lo contrario, habría acudido a alguien que se dedicara profesionalmente a esto.

—A fin de cuentas, en su día usted era periodista.

—El rumor de que los reporteros son buenos detectives lo puso en circulación algún gacetillero. Un experiodista, seguro. —Se frotó el rostro con las dos manos para tratar de espabilarse—. No paro de leerlo en los libros: reporteros que descubren conspiraciones, viven desenfrenadas aventuras, los noquean y acto seguido ya se han recuperado. Como si fuese algo que se aprende en el periódico.

Ella se encogió de hombros.

—Escribir a máquina con diez dedos ya es algo.

—Yo escribo con dos. Pero deprisa. Y a veces casi a ciegas.

—Bueno, para algo tenía que servir usted.

—En ese sentido el whisky a veces es de gran ayuda —aseveró.

—¿Le apetece uno?

—Ya pensaba que no me lo iba a preguntar nunca.

Ella le regaló una sonrisa —la primera esa noche— y fue hacia un armario. Él todavía tenía la vista un tanto borrosa, pero cuando cobró nitidez de nuevo, Liette llevaba en la mano un vaso lleno hasta la mitad. Él lo cogió y bebió un trago.

—Irlandés —comentó.

—¿Le molesta?

—No. Muchas gracias. —Bebió otro sorbo, se sintió un poco mejor y vio que, en el armario abierto, Liette tenía una impresionante colección de botellas—. ¿Era usted la que tocaba el piano hacía un momento? Era una pieza bonita. —Estaba prácticamente seguro de que era un disco (aunque en un rincón había un piano), pero por alguna razón quería hacerle un cumplido.

—¿Podemos hablar ahora del hombre que lo ha atacado? —inquirió ella.

—Ha salido del bosque.

—Ya —contestó ella—, y menos mal. De lo contrario habría subido volando por las rocas, y eso sí que me habría puesto nerviosa.

Él reprimió una sonrisa, en parte porque sabía que lo siguiente que iba a decir la inquietaría.

—Creo que ya lo había visto, esta tarde. Después de ir a la villa. He venido a contarle lo que había descubierto, pero usted no estaba.

—Cosas que pasan.

—Había ido al hotel por su túnel privado. —Observaba atento su reacción—. Luego ha subido a la torre. Ha ido a la suite. Con el anciano.

Ella apretó los labios y se quedó mirándolo un rato.

—Ha entrado en mi casa sin permiso —dijo al cabo.

—No solo en la suya. También en la de los Eisenhuth. Y eso no le pareció mal, así que no me venga ahora con tanta moralina.

—Ha estado aquí dentro —constató ella en un tono peligrosamente sereno—, lo ha registrado todo y ha descubierto el pasadizo subterráneo. —Enarcó la ceja derecha—. ¿Ha entrado también en mi dormitorio?

—Maldita sea, ¿qué se ha creído? Incluso yo tengo mis límites.

—¿Cómo demonios se le ha ocurrido entrar aquí sin más?

—La puerta de la terraza estaba abierta.

Ella se rio en su cara, con frialdad.

—Desde luego que no lo estaba. ¿Acaso cree que cuando salgo de casa lo dejo todo abierto?

—Si no ha sido usted, ha sido otro. Apostaría a que el mismo tipo que hace un momento estaba merodeando delante de su ventana.

Liette se cruzó de brazos y dio la impresión de que reprimía un escalofrío.

—¿Cree que ha entrado aquí antes que usted?

Thomas asintió.

—Y sin lugar a dudas ha estado en su dormitorio. Quizá incluso en el cuarto de baño. Porque no es un tipo decente como yo.

Ella se apartó, se alejó unos pasos con aire pensativo y después giró en redondo y se acercó a él mucho más deprisa.

—Y después ¿me ha seguido usted hasta la suite?

—¿Quién es el hombre que está allí? —preguntó Thomas.

—No es asunto suyo.

—Tiene algo que ver con esto, ¿verdad? Con el motivo por el que está tan obsesionada con esa villa. Y con esa rusa, Mara. —Lo dijo al tuntún, y era probable que ella lo supiera. Pero de alguna forma tenía que conseguir sacarla de su hermetismo, ya que ni siquiera lo había logrado con los allanamientos.

Para su sorpresa, esta vez Liette no se anduvo con rodeos.

—Se llama Maxim —repuso—. Es un viejo amigo mío. Me salvó la vida cuando yo era una niña, y ahora está enfermo y morirá pronto. Los médicos no le dan mucho tiempo. Quiero que pase sus últimos días lo mejor posible, por eso lo he acomodado allí.

—¿También está pagando usted el tratamiento?

Liette asintió, y la tristeza que reflejaban sus ojos parecía genuina. Thomas normalmente no sabía qué pensar de ella, y eso le

inspiraba desconfianza, pero en ese momento era sincera.

—Cuénteme qué tiene que ver el tal Maxim en todo esto.

Liette solo vaciló unos segundos. Por lo visto no era de las que daban largas, y eso le gustaba de ella. Pero era mejor que aquella mujer no le cayese bien. Y desde luego él a ella no le caía nada bien, lo cual producía cierto desequilibrio. Tenía que poner buen cuidado si quería salir bien librado de aquello.

—Le hablaré de él —decidió al cabo—. Pero antes quiero saber qué vio en la villa. Y también le enseñaré algo.

—¿Significa eso que seguimos siendo aliados?

—¿Qué otra cosa podría significar? —inquirió ella con el ceño fruncido.

Como él no le respondió en el acto, Liette fue al armario lleno de botellas y, tras sacarlas una por una y dejarlas en el suelo, abrió con una llave un compartimento secreto de la pared del fondo.

Él seguía sin decir nada, pero estaba sorprendido.

—Tome —dijo ella al tiempo que le ofrecía un montón de fotografías onduladas en tono sepia—. Estuve revolviendo otra vez abajo, en el archivo, y encontré esto.

En las instantáneas se veía a toda una serie de personas, jóvenes y menos jóvenes. En casi todas vestidas de noche, en algunas también en la playa, con la absurda ropa de baño que se llevaba a principios de siglo.

—Los Eisenhuth y los Kalinin —aclaró—. Así que ahora podemos ponerles cara a los nombres. —Se sentó con él en el sofá y señaló con la punta del dedo índice una de las fotografías—. Y esta de aquí —añadió— es Mara.

14

1917

—Conque tu tía llevó a vuestra casa a la tal Mara porque su propia hija ya no era lo bastante buena para ella. —Daba la impresión de que Grigori se había excedido con el bizcocho seco que había traído a bordo del *Saltan*—. La muy bruja.

—Para ella Ofeliya nunca fue lo bastante buena —precisé yo, y suspiré con suavidad—. Ni siquiera antes de que sufriera el accidente.

—¿Porque no sabía pintar?

—Porque no era una versión mejor de la propia Xenia. La silla de ruedas no hizo sino confirmarlo.

—La muy bruja —masculló de nuevo Grigori—. ¿Quieres un poco más de bizcocho?

—Ya he comido, gracias.

—También podríamos intentar birlar algo de la cocina.

—¿Crees que será mejor?

—Con algo harán el puchero que le dan a la gente. En caso de duda sabrá mejor que lo que quiera que está aguando el cocinero. Creo que son unas zanahorias o algo así.

Negué con la cabeza. A juzgar por cómo olía, el puchero que había visto comer a alguien en los pasillos debía de estar hecho de picos de gallina y plumas viejas. Podía renunciar encantado a todo lo que salía de esa cocina.

Grigori se encogió de hombros y mordió con decisión el bizcocho, que estaba duro como una piedra.

—Por lo menos esto tampoco está mal.

Me apoyé en una de las tuberías que rodeaban nuestro refugio. Yo contaba en todo momento con que un marinero saliese de la sala de máquinas, pasara por allí y nos echase. Al menos eso fue lo que le dije a Grigori para explicar mi continuo nerviosismo.

El verdadero motivo era otro.

Grigori quería saber más cosas de Volonov, pero yo no deseaba hablar de él, como si al hacerlo corriera el peligro de atraerlo. Desde que sabía que el hombre que fumaba junto a la baranda era Timur Fiódorovich Volonov, ya no me atrevía a subir a cubierta. Incluso para ir a uno de los sucios retretes llevaba el cuchillo del ejército que Spiridon me había metido en la maleta. Probablemente Volonov me lo quitaría en un santiamén y me rebanaría el cuello con él, pero a pesar de todo me sentía un poco mejor llevándolo que yendo desarmado.

Al masticar, era como si Grigori triturase polvo de mármol con las muelas. Tras unos minutos interminables tragó lo que le quedaba, bebió un poco de agua y le echó otro poco a la menta.

—Menos mal que a ella no le das bizcocho —dije malhumorado.

—No tienes por qué comerlo —replicó él—. Más para mí. Y ahora ¿piensas contarme por qué Mara está en Leipzig y tú aquí conmigo, criticando mis delicadas provisiones?

El recuerdo seguía resultándome doloroso.

—En su día teníamos planes muy distintos. Hace tres años yo quería viajar con Mara por Carelia. Ella habla la lengua, porque es de allí, y habría podido ser mi traductora mientras yo tomaba nota de todo.

—¿Queríais escaparos?

Titubeé.

—Bueno, supongo que yo sí. No sé lo que quería ella.

—Porque no se lo preguntaste —constató Grigori.

—Mmm.

—Y eso que viajar por Carelia también parece algo bastante estúpido. Nadie quiere ir a ese sitio. No hay más que árboles y agua.

Torcí el gesto, enfadado.

—¿Más estúpido que ser mosquetero en París? ¿En el siglo XX?

Él pasó por alto la pregunta.

—Por desgracia, tu falta de romanticismo no la suples con imaginación, amigo mío.

Lo cierto es que tenía una idea de lo más romántica de ese viaje con Mara por Carelia, pero no quería intentar convencer de ello precisamente a Grigori. Semanas y meses por carreteras solitarias, por praderas interminables y densos bosques, dejando atrás lagos de cuento de hadas y conversando con las personas que vivían allí, aisladas en sus aldeas, que parecían casi ancladas en la Edad Media. Carelia, por la que se habían librado muchas guerras de las que apenas se acordaba ya nadie, porque solo unos pocos eran capaces de recordar la región en sí. Y sobre la cual ahora se cernía otro conflicto, una guerra civil entre fineses que podía acabar afectando a aquel territorio fronterizo entre Finlandia y Rusia.

Y, pese a ello, viajar allí seguía siendo un sueño que quería hacer realidad algún día. Envejecer en Carelia era una idea bonita. Los poemas épicos de *El Kalevala* me habían enseñado más sobre la vida en la tierra de los mil lagos que los artículos de periódico preñados de desdichas que se habían escrito sobre la región y que yo había archivado a lo largo de los años.

—Probemos de nuevo. —Grigori se había quitado los zapatos y había estirado las piernas. Llevaba unos calcetines de lana de rayas

rojas y blancas—. ¿Por qué Mara se fue a Leipzig y tú amontonabas libros en casa?

—La vendieron.

—¡La vendieron!

—Por así decirlo.

—¿Como la mujer de un harén?

—No, Grigori —negué con vehemencia—. No como la mujer de un harén. Como alguien a quien se elige para consolidar una relación comercial, mediante un matrimonio.

—A eso más o menos me refería.

¿Y qué habría opinado la propia Mara si le hubiesen preguntado? Lo averiguaría en cuanto volviera a verla, en Leipzig, que todavía estaba a mil o dos mil kilómetros de distancia. La idea me deprimió.

—Un matrimonio —repitió Grigori—. De eso querías hablarme.

Negué con la cabeza.

—Que yo sepa, la boda no se ha celebrado aún.

—¿Después de todo este tiempo? Creía que Mara estaba allí desde hacía tres años.

—Sí, pero en sus cartas escribía que primero debía... prepararse.

—Prepararse. —El fortachón no daba crédito—. ¿A qué se refería con eso?

—Escuela, formación. Las formas de una casa distinguida. Esa clase de cosas.

—¿Quién enseña a su novia buenas formas antes de casarse con ella? —Grigori se rascó la cabeza.

—Hay personas que conceden importancia a esas cosas.

—Yo preferiría una mujer con malas formas. —Con su sonrisa ancha sí parecía un marinero—. En cualquier caso, eso significa que todavía no es demasiado tarde.

Me encogí de hombros.

—¿De qué conocían los Kalinin a esos alemanes? —quiso saber.

—Del sur de Francia. Ahí fue donde se conocieron, mucho antes de que Mara fuera una Kalinin. Antes también de que me acogiesen a mí. Y después se veían allí por lo menos una vez al año, siempre en invierno. Incluso yo fui unas cuantas veces con ellos.

Grigori cruzó los brazos ante el ancho pecho.

—Tenemos tiempo. Tenemos agua. Tenemos el mejor bizcocho. Así que, amigo mío, háblame de Francia.

15

En enero de 1914, cuando partí por quinta vez con los Kalinin rumbo a Francia, Mara apenas llevaba medio año viviendo con nosotros. Cuando di con ella y la llevé al palacio, todo sucedió muy deprisa. A mi tío, cuya actitud antes había sido tan negativa, le sorprendieron el encanto y la gracia natural de Mara. De hecho, Mara logró hacerse querer por todo el mundo inmediatamente. Alexéi se despidió de todas sus dudas y sus férreos principios, y le dio la bienvenida al canal de Catalina. Ella llevó lo poco que tenía: su paleta, sus pinturas y pinceles, un libro que protegía como a la niña de sus ojos y su única joya, una piedra de luna de gran tamaño.

En cuestión de pocos días estuvo claro que se quedaría. En la casa nadie habría querido mandarla de nuevo a la calle. Ofeliya, que habría tenido todos los motivos para desear que Mara se fuese al diablo, incluso la invitó de inmediato a ir a su habitación, y poco después iba a su lado en la silla por los pasillos del palacio, riendo, mientras le enseñaba todos los rincones de su nuevo hogar. Era como si Mara hubiese obrado un hechizo que nos unía a todos en el afecto que le profesábamos. Quizá porque nunca exigía nada, siempre parecía fácil de contentar y decía o hacía lo que debía en el momento adecuado.

Yo cumplía con mis obligaciones como siempre, tanto en la Biblioteca Imperial como en la biblioteca de mi tío, y, sin embargo, tenía la sensación de pasar mucho tiempo con ella, porque a menudo aparecía cuando yo hacía equilibrios con un montón de

volúmenes, elaboraba listados de títulos o pegaba en los libros pequeñas etiquetas de exlibris. De repente ella estaba a mi lado, mostrando interés pero nunca insistente, y bromeaba y reía como hacía tiempo que no se oía en la casa de los Kalinin. Casi siempre tenía pintura seca en los dedos.

Mi tío la envió, como antes a Ofeliya y a mí, a la Petrischule, donde aprendió a gran velocidad un alemán aceptable. Y en menos de tres meses Xenia nos comunicó que iban a adoptar a Mara y que pronto llevaría el apellido Kalinin.

Fue la primera vez que me asaltó un ligero malestar, sentí una punzada de celos, porque a mí nunca me habían propuesto la adopción. Y eso que a Alexéi y Xenia les gustaba hacerme pasar por su hijo cuando íbamos a la ópera y también cuando viajábamos al sur de Francia. Pero oficialmente yo seguía siendo Artur Sergeyevich Danilov. Sonreí de manera educada cuando Xenia nos lo contó a bombo y platillo, y me alegré por Mara, pero en el fondo necesité varias semanas para asimilarlo. Ofeliya me lo notó, claro, y Mara también abordó el tema conmigo, pero les aseguré que era una buena noticia y que la adopción de Mara no tenía nada que ver conmigo.

Cediendo a los ruegos de Xenia, al parecer Alexéi tuvo que hacer valer sus influencias. Como rico editor que era, cultivaba buenas relaciones con la élite cultural y con sus representantes en la burocracia. Perseveró en su hermanamiento con gente de pocas luces, dio limosnas para buenos fines y pagó sobornos, y, por fin, un viernes de otoño, un mensajero trajo los papeles de Mara con su nuevo nombre: Mara Alexeievna Kalinina.

Para entonces sus retratos con los ojos dorados estaban por toda la casa, no porque ella lo quisiera, sino porque Xenia insistía en adornar con ellos los salones, el comedor y otras estancias. A Mara,

por lo visto, le desagradaba, de manera que empezó a pintar otros rostros distintos del suyo; en primer lugar, como es natural, los nuestros, los de su nueva familia; después también del halagado ayuda de cámara, la malhablada cocinera y las nerviosas criadas. De ahí pasó rápidamente a retratar a personas de la calle, o bien a partir de su recuerdo, o bien sentándose junto a la ventana y pintando a transeúntes que no barruntaban nada mientras paseaban por el canal de Catalina. Era muy rápida, captaba los rasgos más importantes en cuestión de segundos y plasmaba las imágenes al óleo en las pequeñas maderas, que se negaba a dejar. Aunque Xenia hizo que le llevaran lienzos y papel caro, Mara insistió en pintar en madera, y poco después todo el mundo dejó de cuestionarlo.

A veces acudían conocidas de mi tía o compañeros de mi tío para que los pintase la nueva niña prodigio. Mara acometía con brillantez dicha tarea. En una ocasión, durante la cena, Alexéi habló de un fabricante de papel de Nóvgorod que estaba tan satisfecho con su retrato que había accedido a firmar un contrato del que antes no quería saber nada. Xenia contó que muchas damas de la alta sociedad ponían por las nubes los cuadros de Mara y que la instaban a que permitiese que la artista en ciernes acudiera lo antes posible a tomar clases privadas con alguno de los pintores más famosos de San Petersburgo.

Pero Mara no quería saber nada de eso. En su día yo pensé que se oponía porque no creía que fuese a aprender algo de esos ancianos con sus costumbres anquilosadas. A Alexéi le parecía bien, ya que así se ahorraba el dinero de las clases, que no eran baratas, y, en último término, quizá incluso Xenia se alegrase de que Mara pasara el mayor tiempo posible en el palacio, aparte de las horas que iba a la escuela.

Entre los autorretratos de Mara y todos los demás cuadros existía una gran diferencia: los ojos dorados los reservaba únicamente para su propio rostro, no se los concedía a nadie más, ni siquiera a Ofeliya y a mí cuando nos pintaba, algo que, de todas formas, no sucedió muchas veces, ya que ninguno de los dos demostrábamos excesivo interés y Mara se reía de nosotros porque al parecer hacíamos muecas cuando no nos apetecía.

Hasta principios de 1914 —cinco meses después de que llegara al palacio— dio la impresión de que Mara se había adaptado bien a nosotros. No así a la escuela: aunque los maestros la alababan y sus notas eran buenas, iba de mala gana, algo que tenía menos que ver con aprender que con el hecho de estar rodeada de tantas personas de su misma edad. No se callaba que las demás muchachas le parecían unas bobas y los chicos solo le inspiraban desprecio, sobre todo cuando pretendían captar con torpeza su atención. Posiblemente también viera en ellos ya a todos esos hombres adultos que, de manera furtiva y con el cuello del abrigo subido, acabarían comprando en Apraksin Dvor los cuadros de una chiquilla.

Por lo general viajábamos a Francia de noviembre a febrero, a veces hasta marzo, pero ese año Alexéi tuvo varias urgencias en sus negocios, de manera que no nos fuimos hasta enero, justo después de Año Nuevo. Mi tío siempre alquilaba medio vagón en primera clase: para nosotros cinco, su aplicado secretario, el ayuda de cámara, dos doncellas y una chica para todo. Además se suponía que iba a acompañarnos un preceptor para Mara, pero ella afirmaba que aprendía con ayuda de los libros, así que nos libramos de él.

El viaje de Moscú a París en un tren de lujo ruso y desde allí a Niza en el *train bleu* duraba varios días, pero era tan cómodo que uno tenía la impresión de que se hallaba en un hotel rodante desde el primer momento.

Como muchos otros rusos que pasaban el invierno en el sur de Francia, también nosotros teníamos gran parte de lo que necesitábamos en baúles almacenados en el desván del hotel. Y pese a ello llevábamos un gran número de maletas y bultos, sobre todo con vestidos nuevos para Xenia, Ofeliya y Mara, pero también con nuestros libros, los utensilios de pintura de Mara y las naderías de rigor que resultaban ser innecesarias solo después de haber atravesado Europa con ellas.

Al igual que en años anteriores, tardamos medio día en instalarnos en nuestras habitaciones del Château Trois Grâces. De la mayor parte del trabajo se encargaron el ayuda de cámara, las doncellas y las criadas, pero Mara y yo los ayudamos, y Ofeliya, que postrada en su silla nos miraba con remordimientos de conciencia, se negó en redondo a que la llevaran al mar antes que a nosotros.

Caía la tarde cuando bajamos al agua. Un par de empleados del hotel bajaron a Ofeliya por la escalera que llevaba hasta la pedregosa playa en una butaca de mimbre que colocaron, como si fuese el trono de una reina de la Antigüedad, en una roca en la que también nosotros extendimos nuestras esteras y toallas.

Ya le habíamos hablado a Mara de los Eisenhuth, los viejos amigos de Alexéi y Xenia, y también de la villa que habían hecho construir en el otro extremo de la bahía. El invierno anterior Ofeliya y yo habíamos visto desde lejos el esqueleto, los primeros muros de la propiedad, pero ello no nos preparó en modo alguno para el coloso que se alzaba sobre el acantilado a algo más de un kilómetro de distancia. A sus pies las olas rompían contra las rocas, como si intentasen crear brumosas esculturas de sal.

—Bastante ostentosa. —Probablemente Ofeliya no quería parecer impresionada, pero ni siquiera ella pudo ocultar el asombro.

—Esa no es una condenada villa —espetó Mara, a la que le gustaba hablar mal cuando estaba a solas con nosotros—, ¡es un castillo!

Llevaba un traje de baño negro que le cubría la mitad de los muslos, y el escote también era casto. Pese a ello, me costaba hacer como si lo que estaba viendo me dejase indiferente, cuando en realidad habría preferido mirarla solo a ella, no unas estúpidas casas, ni siquiera las grandiosas vistas del mar Mediterráneo que teníamos a nuestros pies. Era la primera vez que la veía con otra cosa que no fuese uno de sus vestidos blancos.

—Frederik Eisenhuth está obsesionado con los cuentos —mencionó Ofeliya—. Aunque sus editoriales e imprentas en Alemania publican toda clase de cosas, él siente una gran afición por los cuentos y las princesas. Por eso ha levantado ahí ese castillo como de la Bella Durmiente. —Lo dijo con un desprecio que no parecía nada propio de la Ofeliya a la que yo conocía, y me pregunté si los motivos de su mal humor serían otros. Mi nerviosismo, por ejemplo, mientras estaba a escasa distancia de las desnudas piernas de Mara.

—Nunca te han caído bien los Eisenhuth —observé.

—¿Es que a ti sí?

—El padre no es tan malo. Y no es que le gusten las princesas: tiene la mayor colección de cuentos y libros de sagas y leyendas de todo el Imperio alemán, y el año pasado contó que se está haciendo aquí otra biblioteca, mayor aún que la que tiene en Leipzig.

—¿Qué piensa hacer aquí con tantos libros? —Mara se metió un mechón de pelo detrás de la oreja, donde solo permaneció un momento antes de ondear otra vez al cálido viento vespertino.

—Se quiere retirar aquí y dejar el negocio en manos de Demian.

Mara seguía mirando las torres puntiagudas y las fachadas grises y blancas de la villa.

—Demian es el mayor de los dos hijos, ¿no? —Durante el viaje Xenia le había hablado de los Eisenhuth, pero, al igual que nosotros, Mara solo escuchaba a medias.

Ofeliya reprimió un bostezo mientras asentía.

—Demian ahora tendrá veintidós años; Albin, diecinueve, quizá veinte recién cumplidos. Y los dos son insoportables, cada uno a su manera.

Le dirigí una sonrisa desafiante.

—A tu padre le gustaría que te llevaras mucho mejor con Demian.

—Ya se puede ir olvidando —fue su mordaz respuesta.

A mi tío se le había metido en la cabeza desde hacía años que sería ventajoso desde el punto de vista estratégico que de la amistad que unía a los Eisenhuth con los Kalinin surgiera un vínculo familiar. Sin embargo, Ofeliya no había dejado lugar a dudas de lo que opinaba acerca de regalarle a Demian algo más que una sonrisa cortés. Y yo conocía a Demian lo suficiente para saber que, en el mejor de los casos, compadecería a una joven postrada en una silla de ruedas, pero desde luego no la cortejaría.

—Sería un buen partido —seguí pinchando.

—Ya te gustaría a ti. Para libraros de mí.

Yo sabía que no lo decía en serio, pero a pesar de todo respondí:

—En realidad a mí lo único que me importa es que después me invites cuanto antes a ir a Leipzig. Luego, si quieres, lo mandas a freír espárragos y te buscas a un apuesto boyardo.

Mara estaba escuchando.

—¿Qué tiene de bueno Leipzig? Yo ni siquiera sé bien dónde está.

—En tren está a dos o tres horas al sur de Berlín —contestó Ofeliya—. En esa ciudad todo gira alrededor de los libros. Artur no tiene bastante con los que hay en casa.

Iba a replicar con escaso entusiasmo, pero Mara se adelantó.

—Pese a ello, ¿por qué precisamente Leipzig? —quiso saber.

—Porque en ningún otro sitio se publican e imprimen tantos libros como allí —dije, y vi que mi ferviente entusiasmo hacía sonreír a Ofeliya—. Hay varios miles de editoriales, librerías, imprentas y todo lo necesario para fabricar libros y ponerlos en circulación.

—¿Escritores? —propuso Mara con una leve sonrisa.

—Seguro que también, aunque esos malviven en todas partes. —Me contuve para no enardecerme en exceso—. La sola idea de que haya tantos libros en un sitio me fascina. Todos los almacenes, las librerías convencionales, y también las anticuarias, llenas hasta los topes...

—Oyéndote, cualquiera diría que ya has estado allí —observó, mordaz, Ofeliya.

—Habría estado si te hubieses casado con Demian. Pero como solo piensas en ti...

Riendo, ella me lanzó la toalla con la que se había estado tapando sus piernas desnudas. Las cicatrices de los muslos y las espinillas tenían un brillo plateado, como las flores de escarcha. Alrededor de las destrozadas rodillas había armazones de metal para mantenerlas estables; a veces, cuando Ofeliya estaba harta de ellos y se negaba a ponérselos, las piernas se le ladeaban incluso estando sentada.

Mara cogió la toalla de mi regazo, se levantó de un salto y se la devolvió a Ofeliya.

—¿Y el otro? ¿El tal Albin?

—Sueña con hacer carrera en el ejército —repuse con desdén—. Me refiero a que todo el mundo dice que va a haber guerra, y lo único que desea Albin Eisenhuth es ser soldado.

—Como muchos otros —dijo Ofeliya.

—Sí. Muchos idiotas.

Ofeliya se dirigió a Mara.

—Esta noche, cuando conozcas a Albin, no hables mal del káiser Guillermo. El año pasado incluso intentó dejarse crecer el mismo bigote. Fracasó estrepitosamente.

Me reí al recordar el bozo despeinado, como algas marinas, que durante algún tiempo Albin había lucido en el labio superior.

—Demian le tomaba el pelo de la mañana a la noche, hasta que acabó afeitándoselo.

—A todos nos alegró no tener que verlo más con ese bigote cuando tomaba sopa. —Ofeliya se estremeció al recordarlo.

—¿Y la madre? —preguntó Mara.

Ofeliya puso los ojos en blanco.

—Ilna.

Me espanté una mosca del muslo y deseé para mis adentros que fuese Mara.

—Ilna Eisenhuth... Digámoslo así: ella y Xenia se entienden a las mil maravillas. La amistad de los Kalinin con los Eisenhuth descansa en dos pilares: uno es la relación comercial de los hombres. Los dos son editores, pero Alexéi no tiene su propia imprenta y manda fabricar parte de sus libros en Leipzig, en las de los Eisenhuth. El otro son las mujeres, ambas pintoras frustradas. Por eso se conocieron. Las dos estaban sentadas arriba, en la terraza del hotel, intentando pintar la bahía. Y digamos que en ninguno de los dos casos el resultado fue sensacional.

—Entiendo. —Mara observaba concentrada la villa, como si confiase en ver a Ilna Eisenhuth tras las almenas. De pronto sus rasgos se iluminaron, me cogió de la mano y me levantó de la toalla —. Vamos al agua.

Yo llevaba una camisa ligera sobre el bañador, que tuve que quitarme primero. Al hacerlo vi la mirada de Ofeliya y la sonrisa que me regaló, como tantas otras veces, con cierta tristeza.

—Id —dijo—. Yo me divertiré en cuanto piséis los erizos de mar.

Mara se detuvo.

—¿Erizos de mar?

—Sabrás lo que son cuando tropieces con uno.

—Me gustan los erizos.

—Estos no.

—Solo te está tomando el pelo —dije—. Aquí rara vez hay.

Yo quería ir a nadar con ella a toda costa, me daba lo mismo que acechasen monstruos bajo la superficie.

Mara vaciló un instante, después giró en redondo y, a pesar de nuestros gritos de advertencia, echó a correr hasta el borde de las rocas y se lanzó —sin saber la profundidad que tenía el agua en ese sitio— de cabeza al mar.

Porque así era ella. Así era Mara.

Durante la primera cena en el elegante restaurante del Trois Grâces, mi tía presentó a Mara como si fuese una santa, con un vestido blanco y una diadema de plata en el largo pelo liso. Yo vi que a Ofeliya le brillaba la frente, al igual que a los dos hijos de los Eisenhuth, si bien por motivos distintos.

Xenia, siempre importuna, propuso que Mara visitase al día siguiente la villa y retratase a todos los Eisenhuth, lo cual agradó especialmente a su amiga Ilna. Sin embargo, también Demian y Albin —de los que me ocuparé más tarde— parecían encantados con la perspectiva de ver deambular por las salas de su castillo de cuento de hadas a esa criatura encantadora. Yo casi me atraganté con la idea de que ambos rivalizaran por el afecto de Mara y miré a Ofeliya, que partía en pedacitos, con minuciosa obsesión, el cordero que tenía en su plato, como si fuese la cara de su madre.

Alexéi y Frederik, como los patriarcas que eran, en un primer momento ni siquiera fingieron interesarse en los planes de sus esposas, y solo se dejaron arrancar de mala gana de una conversación sobre los precios del papel, los costes de impresión y los nuevos canales de distribución que los acaparaba desde el momento en que se habían vuelto a ver. Casi con desesperación deseé que me dieran la oportunidad de tomar parte en ella, tanto más cuanto que confiaba en poder hablar en algún momento con Frederik Eisenhuth de su amor por los cuentos y las sagas, pues suponía una afinidad con el entusiasmo que despertaban en mí los cantos épicos de *El Kalevala* y las *bylinas* rusas, mitos medievales con trasfondo histórico. Ambas cosas, pensaba yo, por fuerza tenían que interesarle también a él.

Mara reaccionó con elegante indiferencia y desenvoltura a la admiración de los hombres y la afectación de las damas, bebió sorbos de champán, pero no se terminó la copa, comió lo suficiente para no parecer descortés y se dirigió en cuanto pudo a Ofeliya y a mí mientras observábamos con creciente regocijo cómo Demian y Albin intentaban aventajarse en vano para captar la atención de Mara.

La velada terminó con Ilna Eisenhuth invitando formalmente a Mara a que acudiese a la villa y, por supuesto, tuvo la decencia de invitarnos a ir también a Ofeliya y a mí. Xenia e Ilna no podían ser más egoístas, y ninguna de las dos parecía hacer nunca algo que no redundase en su propio interés. A mí ya se me había pasado por la cabeza que era Ilna, y no mi madre, la que tendría que haber sido hermana de Xenia. Que ambas se hubieran conocido parecía inevitable.

A la mañana siguiente nos pusimos los tres en camino hacia Villa Eisenhuth. Un tiro de caballos del hotel nos llevó hasta el otro

extremo de la bahía. Primero pasamos por el camino de acceso del Trois Grâces hasta la carretera de la costa, que por aquel entonces todavía estaba adoquinada, y después, a algo más de un kilómetro al este, tomamos el desvío hacia la villa. Como es natural, Mara y yo podríamos haber ido a pie, pero la silla de ruedas de Ofeliya no habría llegado muy lejos en aquel terreno desigual.

Cuando llegamos a la villa, lo que vimos nos dejó sin palabras. Ofeliya había crecido en un palacio de San Petersburgo, y a fin de cuentas yo había pasado en él la tercera parte de mi vida, pero la propiedad de los Eisenhuth la vimos no solo con nuestros ojos, sino también con los de Mara: la exuberante arquitectura, el blanco inmaculado y el gris claro de las fachadas, las hileras de almenas y las torres encantadas. Resultaba sobrecogedora, y a veces me pregunto si todo lo que sucedió después no empezó en ese preciso instante, cuando Mara vio por primera vez la imponente Villa Eisenhuth.

Mara y Ofeliya vestían a la moda veraniega de la temporada. En el caso de Ofeliya, al estar sentada, no resaltaba especialmente, tanto más cuanto que ella prefería los colores oscuros, ese día un azul marino intenso. Mara, en cambio, volvía a ir de blanco: una faldita corta sobre una falda ceñida que le llegaba por los tobillos —una combinación que estaba en boga en ese momento, pero que no a todas las mujeres les sentaba tan bien como a ella— y un cuerpo con los hombros al aire de ligero tul. Llevaba sus utensilios de pintura en un gran bolso en bandolera.

Ambas lucían sombreros con largas plumas, que sin embargo no se pusieron, y me alegré cuando los enviaron de vuelta al hotel con el cochero en lugar de endilgarme a mí el cometido de hacerme cargo de ellos.

Yo vestía pantalones de verano largos, una camisa de color claro y —como correspondía a la ocasión— mi mejor corbata. La americana colgaba de mi brazo, hacía demasiado calor para ponérmela, y, además, tampoco quería que mi atuendo fuese más formal que el de los dos hermanos, que nos estaban esperando delante de la villa.

Demian era un poco más alto que Albin, tenía el cabello rubio claro, un mentón anguloso que en algunos hombres podía resultar muy masculino, pero que en su caso era excesivamente pronunciado, demasiado para ser atractivo. Su rasgo más impresionante estaba aparcado al fondo, cerca de la puerta: un Rolls-Royce Silver Ghost cabriolé con el que, según había contado en la cena, había cruzado Francia, «mientras todavía es posible». Yo no sentía interés por los automóviles, entre otras cosas porque en las calles mal adoquinadas de San Petersburgo seguía habiendo más coches de caballos que vehículos motorizados. Y, sin embargo, hube de admitir que el Silver Ghost era imponente. También surtió el efecto deseado en mis acompañantes.

Albin, el hermano pequeño de Demian, llevaba un traje con cordones dorados en las hombreras, a todas luces para dar la impresión de que era un uniforme. A mí me pareció ridículo, y al mismo tiempo él casi me dio pena, porque se había acicalado así para Mara, a la que, cómo no, dejó del todo fría. En qué estaba pensando al hacer tal cosa era un misterio, porque difícilmente se le pudo pasar por alto que sus invitados eran tres rusos, es decir, naturales de la nación a la que estaba impaciente por enfrentarse. Albin era rubio como su hermano, muy bien parecido, aunque iba camino de arruinar ese rostro con todas las cicatrices que se había ganado en los combates de esgrima de la asociación estudiantil a la que pertenecía. Algo trágico lo envolvía en su afán de notoriedad,

cuya principal causa probablemente fuese diferenciarse de su hermano y de la seguridad que este mostraba en sí mismo.

Ambos nos condujeron al vestíbulo, desde donde iniciaron un recorrido por la casa, que en su laberíntica disposición me desconcertó y fascinó a partes iguales. Me habría gustado ver la biblioteca, pero, para mi decepción, nos privaron justo de esa estancia. Por último entramos en una sala inundada de luz cuyas ventanas y puerta de cristal daban a una gran terraza desde la que se disfrutaba de una vista magnífica. En dicha sala nos dio la bienvenida la madre de los dos muchachos. Ilna Eisenhuth lo había preparado todo meticulosamente: pinturas, pinceles, caballete, una paleta nueva, un asiento algo elevado para los que iban a ser retratados y una mesita con bebidas. Por cortesía, Mara dejó a un lado su bolso y no lo abrió; utilizó solo los utensilios que habían dispuesto para ella.

Albin no tardó ni dos minutos en dirigir la conversación hacia el inminente conflicto que iba a estallar en Europa. Demian, en segundo plano, puso los ojos en blanco. No me enteré mucho de lo que decía Albin. A grandes rasgos hablaba de la presunta legitimidad de los objetivos alemanes en la guerra, la expansión territorial estratégica, que en realidad no iba dirigida contra Rusia, sino contra Francia. En este sentido, lo decisivo eran, sobre todo, los yacimientos de materias primas en la cuenca de las minas francesas de Longwy y Briey, además de la ocupación del Gran Ducado de Luxemburgo y ciertas partes de Bélgica. Algunas regiones de Francia tendrían que ser anexionadas al Imperio alemán, afirmaba, ya que cualquier necio podía ver que para la estabilidad de Europa era de la mayor importancia lograr que los franceses dependiesen económicamente de los alemanes. Por eso era necesario prohibir lo antes posible el comercio entre Londres y París, convertir a Bélgica

en un estado vasallo y ocupar tanto la costa flamenca como la francesa con todas sus importantes bases navales.

Albin hablaba y hablaba mientras Mara pintaba primero a su madre. Como era de esperar, Demian dejó de lado a Ofeliya, cosa que a ella le pareció perfecto; a mí tampoco me dispensó más atención de la necesaria.

Me horrorizaba la idea de tener que ver durante las próximas horas a los dos gallos posando para Mara, así que poco después pedí que me disculparan y salí a la terraza. Me acerqué a la balaustrada de piedra, que se erguía sobre el espumeante oleaje.

—Ya te has divertido bastante —se burló Ofeliya detrás de mí.

Se situó a mi lado en la balaustrada con la silla casi sin hacer ruido por las lisas baldosas.

—Me gustaría ver la biblioteca —afirmé.

—A mí me gustaría verlo arder todo —repuso ella. Hablábamos en ruso, que ni Ilna ni sus hijos entendían. Frederik Eisenhuth era el único que dominaba nuestra lengua.

—No la soportas —observé.

—Ilna es como un reflejo de mi madre. Solo le falta peinarse como ella.

—En ese sentido no veo que haya mucha diferencia.

—Porque tú solo tienes ojos para una persona.

Mi primer impulso fue negarlo, pero, al volver la cabeza y mirarla, vi que los ojos le brillaban y no tuve el valor de mentirle.

—Lo siento —me disculpé—. Soy un tonto.

Ella negó con la cabeza, pero siguió mirando el mar. Más abajo las olas se estrellaban contra las rocas.

—Lo cierto es que te entiendo. Es encantadora. Y ni siquiera me puedo enfadar con ella, porque es la mejor amiga que podría desear.

La quiero, así que difícilmente podría esperar que a ti no te sucediera otro tanto.

—Cuando vino con nosotros deseaste no poder soportarla, ¿no? —dije.

—Y no la podía soportar. Hasta que la tuve delante.

Me acodé en la balaustrada y contemplé el horizonte, más allá del mar. Las velas blancas salpicaban el intenso azul. El aire sabía a sal, pero ni siquiera él era capaz de borrar el olor de las primeras mimosas. Una gaviota vino volando hacia nosotros, pareció sopesar si allí habría algo para ella y giró deprisa hacia la izquierda, hacia Niza.

—¿Habría sido mejor que hubiese dicho que no la había encontrado? Habría sido muy fácil. —Había algo que me habría gustado contarle de cuando había ido en busca de Mara, pero no la quería inquietar. Había conocido a alguien. Alguien que me había formulado preguntas sobre los Kalinin y especialmente sobre Ofeliya.

—No —aseguró—, al fin y al cabo me alegro de que esté con nosotros. Al menos casi siempre. Incluso ahora. Imagina que mi madre hubiese instado a los Eisenhuth a invitarnos solo a ti y a mí. Nos habríamos ahogado con nuestro silencio.

Sonreí.

—Por lo menos ahora están entretenidos.

—Y eso también lo sabe Mara. —Ofeliya giró un tanto la silla de ruedas y miró hacia la puerta de cristal abierta de la sala—. Nos está quitando a esos dos de encima, pero le divierte.

—Desprecia a Demian y Albin —afirmé con resolución.

Ofeliya soltó una risita.

—Está jugando con ellos. Igual que una araña mientras piensa a qué mosca le chupará la sangre primero.

—No creo que aquí nadie quiera chupar a nadie.

La sonrisa de Ofeliya se ensanchó.

—Pues mira la cara que pone Albin.

—Me niego.

Agarré la silla y la empujé despacio a lo largo de la balaustrada, lejos de la sala, las chillonas voces de los hermanos Eisenhuth, la risa forzada de Ilna y la serenidad y la concentración con que Mara los pintaba, sin decir más que lo necesario. Estaba convencido de que Mara no soportaba a esa gente y de que únicamente hacía lo que le pedían. Como cuando en casa Xenia y Alexéi permitían que pintara a sus amigas y socios.

—¿Te has fijado en lo silenciosa que es Mara cuando se mueve? —preguntó Ofeliya cuando casi habíamos llegado al final de la terraza.

—¿Silenciosa?

—A veces casi da la impresión de que flota.

Comprendí que a Ofeliya se lo parecía porque ella estaba condenada a la silla de ruedas.

—Es mejor que dejes de ver en ella lo que no puedes ser tú —aconsejé—. Mara no es perfecta.

—Pero le falta poco.

—A nadie le gustan las personas perfectas.

—Mi filósofo —dijo ella poniendo los ojos en blanco—. Pero para fornicar son lo bastante buenas.

Solté una carcajada.

—¿De verdad has dicho eso?

—¿Qué?

—Eso.

—¿Fornicar?

—Dios mío, Ofeliya.

—Se os nota a todos, a cada uno de vosotros.

—No he pensado ni una sola vez en hacer... eso con ella. —Y era la pura verdad. Admiraba a Mara, quizá incluso la amase (sí, desde luego que sí), pero hasta ese momento nunca me había imaginado haciendo nada más que rozarle con disimulo la piel. Era como una obra de arte en un museo, que en modo alguno se puede tocar, porque quizá se caiga del pedestal.

—Pues al menos los dos de ahí dentro no piensan en otra cosa —aseguró Ofeliya.

—Yo no soy como ellos.

Ella agarró las ruedas de pronto e hizo que nos detuviéramos. Volvió la cabeza y me miró.

—No —afirmó—, no lo eres. Y nadie lo sabe mejor que yo.

Conseguí esbozar una sonrisa tímida.

—No deberíamos haber venido a este sitio.

Ofeliya se encogió de hombros, risueña.

—Pese a haberlo hecho, no te has perdido nada. La biblioteca de princesas de Frederik todavía no está completa. Papá ha dicho que todos los días llegan cajas llenas de libros.

—Siendo así, espero que a Demian y Albin los condenen a subirlas una a una por esa escalera.

Ofeliya levantó ligeramente un dedo y se señaló la mejilla.

—Dame un beso casto, primo. Aquí.

Lo hice, incluso con mucho gusto.

Fue uno de los últimos momentos en los que pensé que todo aquello podía terminar bien.

Bajo la balaustrada las gaviotas chillaban, pero no vimos ni una sola.

16

—¡Sonrían! —ordenó en ruso el fotógrafo. Al igual que nosotros, era de San Petersburgo, había dicho; había emigrado después del Domingo Sangriento de 1905 y ya llevaba nueve años viviendo en la Costa Azul—. Sonrían para las futuras generaciones, para que puedan deleitarse con su semblante.

Sacó la fotografía, dio las gracias con profusión de gestos y desapareció en el barullo de la fiesta. El Trois Grâces era famoso por sus desenfrenadas recepciones, de forma que ni siquiera yo me libraba de asistir. Ello implicaba frac, chaleco blanco y pajarita, los gemelos buenos, afeitado apurado, zapatos de charol negros y, gracias a la servidumbre que viajaba con nosotros, la raya del pantalón perfecta.

—No lo dice en serio, ¿no? —preguntó Mara.

—¿Que las futuras generaciones se podrían deleitar con mi semblante?

Ella me dirigió una mirada severa.

—Que en el futuro alguien pueda estar interesado en alguno de nosotros.

—Eso ya lo veremos —apuntó Demian, que de pronto estaba a nuestro lado y le ofrecía a Mara una copa—. ¿Champán?

Ella negó con la cabeza.

—Yo sí —dijo Ofeliya.

Demian le ofreció la copa haciendo una reverencia exagerada. Ella la cogió y se la bebió de un trago.

—¿Nos traes más? —le preguntó—. Yo estoy demasiado cerca del suelo. Cuando los llamo para que se acerquen, los camareros no me ven. Así que supongo que dependo de tu galante ayuda.

Perplejo, Demian la miró primero a ella y después a mí, como si esperase que lo ayudara.

—Tráeme una a mí también, por favor —pedí—. Ya que vas.

—Y a mí me gustaría uno de esos pinchitos de verduras —añadió Mara—. Pero sin aceitunas.

Demian asintió, estupefacto, y se abrió paso entre el gentío.

Nos miramos durante uno o dos segundos y acto seguido rompimos a reír. Delante, en el escenario, la orquesta tocaba con brío, cada vez eran más las parejas que daban vueltas en la pista de baile. Ofeliya estaba de espaldas, como por casualidad. Los corchos saltaban y en alguna parte chisporroteaban bengalas.

Demian volvió con lo que le habíamos pedido. Mara lo recompensó con la más encantadora de sus sonrisas, pero paró su intento de entablar conversación con educado desinterés. Me pregunté una vez más de dónde sacaba esa seguridad alguien que acababa de cumplir diecisiete años.

El ambiente siguió siendo relajado, y alcanzó un punto culminante cuando Demian mencionó que, mientras se dirigía a su habitación, borracho como una cuba, Albin había vomitado en el flamante ascensor del hotel. No pudimos evitar dispensarle nuestra atención por tan feliz noticia, incluso Ofeliya, que dijo que más tarde dos de nosotros tendríamos que subirla por la escalera, porque, desde luego, aquella noche no estaba dispuesta a utilizar ese ascensor. Mara preguntó a Demian por su viaje en automóvil desde Leipzig hasta el sur de Francia. Él lo describió pintorescamente y con todo lujo de detalles, pero sin alardear, sino como si fuese alguien que tenía un interés genuino en el país y sus gentes y al que apasionaba

viajar. Incluso Ofeliya lo escuchó, no hizo comentarios mordaces, formuló preguntas curiosas y recibió respuestas amables y atentas.

Nuestro humor cada vez era mejor y solo decayó cuando apareció Xenia, con seda de Cachemira y piedras preciosas, seguida de una glamurosa pareja a la que quería presentarnos a toda costa.

—El doctor Arkadij Baranov —dijo— y su acompañante, Ulita Glinka.

Los dos eran como yo había imaginado siempre que serían los rusos ricos que viajaban por Europa. Ulita Glinka tenía el cabello rubio platino, iba muy maquillada y lucía llamativas joyas de oro, pero hablaba muy bajo y con seriedad, lo cual suponía un extraño contraste con su estridente apariencia. Tal vez rondase la treintena, en la medida en que tal cosa se podía calcular bajo todo ese maquillaje, con lo que era bastante más joven que el doctor, al que yo suponía en el ecuador de los cuarenta. Baranov llevaba un traje blanco de holgado corte veraniego y un monóculo con el que la mayor parte del tiempo jugueteaba en lugar de mirar por él. Ambos daban la impresión de querer llamar la atención y, por lo tanto, encajaban por completo en el patrón social de Xenia. A esta le encantaban las aves del paraíso, como denominaba a esas personas, aunque en realidad detestaba a las aves y seguro que imaginaba el paraíso como un lugar en el que no había sitio para nadie excepto para ella misma, y en el que los coros celestiales cantaban su nombre sin cesar.

El doctor Baranov, según nos contaron, era un famoso médico que había obtenido algunos éxitos en París en el campo de los xenotrasplantes y que buscaba un sitio para establecer su nueva clínica en la Costa Azul. Debía ser un edificio grande junto al mar, con numerosas habitaciones y una amplia superficie exterior.

—Xenotrasplantes —repitió Demian—. ¿Qué me dice eso exactamente?

Yo me había planteado esa misma pregunta, como todos los demás, pero no me había atrevido a formularla en voz alta para no parecer estúpido. Demian, en cambio, quizá estuviese destinado a ser el sucesor de su padre justo por ese motivo: no se avergonzaba de admitir que tenía lagunas en sus conocimientos siempre que existiese la posibilidad de salvarlas de inmediato. Más adelante yo entendería que justo esa era una de las características de quienes triunfan en los negocios: tienen el valor de aprender constantemente en lugar de guardar silencio y aferrarse a la comodidad y la ignorancia.

Baranov, que tenía la piel muy tersa y unos labios casi femeninos, sonrió a los allí presentes.

—Los xenotrasplantes —empezó— consisten en el intercambio de órganos de animales a personas. Son el mejor método para conservar la juventud.

Mara daba sorbos a su copa, aunque quizá yo fuese el único que veía que en realidad no estaba bebiendo.

—Ni siquiera era consciente de que la humanidad está perdiendo la juventud. La tiene delante de usted, vivita y coleando.

Xenia palideció y la reprendió con la mirada, mientras que Ofeliya y yo, achispados como estábamos, no pudimos reprimir una risita. Demian se rio a carcajadas, gesto que yo consideré un galanteo inútil para ganarse las simpatías de Mara, hasta que me di cuenta de que ella le sonreía con disimulo.

—Como sin duda sabrá, jovencita —repuso el doctor Baranov con altanera magnanimidad—, a mí lo que me importa no es la juventud en general, sino conservar ese estado. Incluso el rejuvenecimiento

de un cuerpo envejecido entrará dentro de lo posible si consigo impulsar mis investigaciones.

Demian enarcó una ceja con escepticismo.

—Entonces, pretende dedicarse de veras a la investigación en su clínica, no a combatir las arrugas y las bolsas de los ojos de una clientela pudiente a cambio de mucho dinero, ¿es eso?

Ulita Glinka se alejó unos pasos para coger tres copas de la bandeja de un camarero que pasaba por allí. Se bebió una prácticamente entera, la dejó en la bandeja y con las otras dos volvió hacia donde estábamos.

Baranov se puso muy serio.

—Soy cirujano, señor Eisenhuth, no un curandero que endilga a la gente cremas y polvitos. Los xenotrasplantes son un método científico que tiene un gran futuro por delante.

Ulita le dio una copa y sonrió a los presentes.

—Trasplanta testículos de mono —dijo—. En cuerpos de hombres. También en cuerpos de hombres muy masculinos, como el suyo, señor Eisenhuth. Les abre el escroto, les coloca testículos rebanados en rodajas de primates potentes y lo cose todo de nuevo. Como un filete relleno.

Durante un instante nos quedamos todos sin habla.

Baranov esbozó una sonrisa forzada.

—Es un resumen algo vulgar de un proceso tedioso y extremadamente complicado con el que he cosechado un gran éxito en Londres y París.

—Ahora sí que me gustaría comer una aceituna —dijo Mara—. O dos.

—Muy grandes —apunté yo.

—Como huevos de mono —terció Ofeliya.

Xenia cambió de color en cuestión de segundos y fue evidente que quería que se la tragara la tierra, mientras que Demian a punto estuvo de atragantarse con su propia risa. Tenía lágrimas en las comisuras de los ojos.

Baranov no perdió la calma.

—No son los primeros que reaccionan así. Y lo entiendo. *Escroto*, *testículos de mono*: a su edad sin duda son palabras polémicas, divertidas. Pero créanme, cuando sean mayores sabrán apreciar la posibilidad de rejuvenecer de todas las formas concebibles.

—Demian —dijo Ofeliya con expresión inocente—, ¿por qué no le vendéis vuestra villa al doctor? Es bastante grande.

Demian se secó las mejillas con la manga del frac.

—Si con ello podemos ayudar a la ciencia seria, seguro que mi padre estaría dispuesto.

Baranov parecía decidido a que ninguna afrenta le hiciese perder la calma.

—Conozco su propiedad, señor Eisenhuth. Por desgracia no reúne los requisitos. Necesito un espacio exterior grande, en el que pueda tener hasta cincuenta monos en jaulas, y eso no es posible en su terreno.

—Es una verdadera lástima —repuso Demian—. Con gusto habría cargado a otro con los gastos de esa villa, que es el capricho de mi padre.

El doctor ofreció el brazo a su rubia acompañante para que se cogiese de él.

—Si por casualidad ven en alguna parte una propiedad adecuada, no se olviden de mí, se lo ruego. —Dicho eso, nos hizo un saludo con la cabeza y se fue con Ulita. Solo se detuvo un instante de nuevo delante de Xenia—. Y si me permite que le dé un consejo bienintencionado, querida: será mejor que no regrese a Rusia con su

familia. Es probable que las cosas se pongan muy feas dentro de poco.

Desaparecieron, engullidos por el barullo, tan solo una pareja más entre muchas.

—¿Qué ha sido eso? —inquirí después de que nos quedásemos mirándolos un rato en silencio.

Xenia carraspeó.

—Vuestro comportamiento ha sido inaceptable. El de todos vosotros, incluido tú, Demian. De ti es de quien menos me lo esperaba.

El muchacho se ruborizó un tanto y farfulló una disculpa con poco entusiasmo.

—No hemos sido nosotros los que hemos empezado a hablar de huevos de mono y pelotas de hombres —replicó Ofeliya, a la que hacía tiempo que le daba lo mismo lo que pensara su madre de ella.

—¡Ofeliya!

Mara acudió en ayuda de su hermanastra.

—La comparación con el filete relleno tampoco ha sido cosa nuestra.

—Sabéis perfectamente lo que quiero decir. —Xenia movía las manos con desvalimiento en el aire, como si buscara allí las palabras con las que poder expresar lo enfadada que estaba. Sin embargo, acto seguido le restó importancia con un gesto y se alejó dando zancadas furibundas.

Desconcertada, Ofeliya arqueó las dos cejas.

—Ha sido muy fácil.

—Os lo deja pasar —opinó Demian—. O sabe cuándo es mejor no seguir hablando de testículos. Eficiencia mediante control de daños.

Mara ladeó la cabeza y lo miró de reojo. Me esperaba un comentario mordaz, pero de pronto ella parecía pensativa.

—Deberíamos beber más —propuse, y Ofeliya y Demian recibieron con gran alegría mi sugerencia.

Mara se inclinó hacia él y le dijo algo en voz muy baja, y solo cuando me volví para llamar a un camarero creí entender lo que había dicho, como si sus palabras fuesen un eco lejano.

—¿Qué me dices de todo este alcohol y tu eficiencia?

Pensé que debía de haberme equivocado.

Me equivoqué en numerosas ocasiones.

Pero esa no fue una de ellas.

La noche distaba mucho de haber terminado. Seguimos bebiendo animadamente —todos salvo Mara— y en algún momento pasada la medianoche de pronto me encontré al lado de Ulita Glinka. O era ella la que estaba a mi lado.

Al doctor no se lo veía por ninguna parte.

—Negocios urgentes —adujo cuando se percató de que yo miraba a mi alrededor—. Aquí hay muchas personas de las que espera obtener financiación para su clínica.

Para ni tan siquiera haberle preguntado, me pareció muy sincera.

—Lo habría preguntado usted —añadió ella—. Presiento esas cosas. Por eso a veces soy más rápida con mis respuestas que otros con sus preguntas.

Antes yo había pensado que estaba borracha, pero ya no se le notaba lo más mínimo.

—Mi negocio —prosiguió, y por lo visto me leía el pensamiento— es la verdad.

—¿A qué se dedica?

—Soy adivina.

—Claro.

—No le miento. Una cuarta parte de las personas que están en este salón me ha visitado alguna vez. De incógnito, naturalmente.

—¿En serio?

Ella sonrió.

—Usted también podría venir a verme. Trabajo en mi apartamento de Niza, pero además hago visitas a domicilio.

—Seguro que es un oficio interesante.

—No fui yo quien lo buscó. Nací con ese don. Ya de pequeña sabía lo que sería.

—Y yo que pensaba que eso solo les sucedía a los bomberos.

Ella me escudriñó con una mezcla de regocijo e indignación. Antes de que pudiera decir algo, Ofeliya apareció a mi lado, y después también volvieron Mara y Demian, a los que había perdido de vista durante un rato.

—Es teósofa —constató Ofeliya.

—¿Le molesta? —preguntó Ulita.

Mi prima negó con la cabeza.

—Puede creer en lo que quiera. No es de mi incumbencia.

—Lo estupendo de la teosofía es que, con su ayuda, la sabiduría se alcanza a través no solo de la fe, sino también de la erudición —repuso Ulita—. Eso la diferencia de una simple religión y la convierte en una ciencia.

Ofeliya ya había perdido el interés.

—Si usted lo dice...

—Si es adivina —intervino Demian—, podrá echarnos las cartas, ¿no? O leernos las hojas de té.

Ulita lo obsequió con una sonrisa enigmática, que posiblemente fuese más que estudiada.

—Si quiere averiguar algo de su futuro, señor Eisenhuth, le puedo ayudar.

—Vamos, por favor —dijo Ofeliya.

Demian, sin embargo, parecía muy interesado.

—¿Cuánto costaría?

A mí no me parecía buena idea y vi que Mara entornaba los ojos, como si intentase descubrir la mascarada de maquillaje y convicción de Ulita.

—¿Para usted y sus amigos? —inquirió esta—. Aquí y ahora, nada. A partir de las doce no cobro honorarios.

—Deberíamos dejarlo estar —propuse.

Pero Demian no aflojaba.

—¿Qué necesita? ¿Cartas? ¿Hojas de té? ¿Su bola de cristal?

—¿Gatos muertos? —apuntó Ofeliya—. ¿Vísceras recientes?

—Solo su mano —respondió Ulita.

Demian nos miró.

—¿Qué os parece?

—Déjalo —aconsejé yo.

—Hace falta un poco de valor —contestó él. No estaba seguro de si con ello pretendía acusarme de cobardía o si tan solo intentaba darse ánimos. Tras el entusiasmo inicial, de pronto parecía vacilar.

Mara se le adelantó.

—En tal caso, empezaré yo.

Ofeliya puso los ojos en blanco.

—Cielo santo.

—Aquí tiene. —Mara le tendió a Ulita la mano derecha, muy pequeña y lisa y ese día sin manchas de pintura.

La adivina la miró primero a los ojos y después bajó por el cuello hasta la piedra de luna que tenía en el escote, solo un poco más blanca que la piel de Mara.

La orquesta seguía tocando con brío y tempo, a escasos metros de distancia la pista de baile estaba a rebosar. Antes había visto a

algunas parejas esnifar cocaína. No muy lejos de nosotros un hombre con la camisa medio abierta se echó hacia atrás e hizo como si tocase una trompeta invisible. Una mujer joven lo aplaudió mientras dejaba escapar una risa estridente.

A nuestro alrededor dio la impresión de que el ruido se volvía más sordo, como si se alzara una pared invisible entre nosotros y el resto de la sala. Estábamos cerca de las puertas de la terraza, pero no del todo apartados de la gente, y rodeados por todas partes de juerguistas. Y, sin embargo, la sensación de estar al margen de todo no podía ser más intensa.

Para mi sorpresa, Ulita no dio un gran espectáculo. Le cogió la mano a Mara sin decir nada, le pasó una vez la yema de los dedos, como si barriese algo, y después observó con detenimiento la línea de la vida o lo que quiera que viese allí.

Ofeliya puso cara de haber acabado en un cumpleaños infantil y no tener más remedio que participar en los juegos.

Poco después Ulita asintió lentamente, le soltó la mano a Mara y señaló a Demian.

—Ahora usted.

—¿Qué ha visto? —quiso saber Mara.

A mí también me interesaba saberlo.

—Espere —pidió Ulita, y, cogiéndole la mano a Demian, repitió el movimiento con la yema de los dedos. Después se inclinó sobre la palma, más que en el caso de Mara, y arrugó la frente. Por más que quisiese, yo era incapaz de imaginar que fuera a vaticinarnos algo malo a alguno de nosotros, por eso no estaba preocupado en exceso. Al menos por Demian.

Cuando dejé de mirarlos un instante, descubrí a Albin, que había salido de entre el gentío al fondo, con semblante serio, y que estaba muy cerca de su hermano, sin que este lo viese.

—¿Cuánto tiempo hace que se conocen? —preguntó Ulita sin levantar la vista de la mano de Demian.

—¿Quiénes?

—Mara Alexeievna y usted.

Mara frunció el ceño, pero seguro que no tanto como yo. Hasta el semblante de Ofeliya se ensombreció.

—Dos días —contestó Demian.

—Solo superficialmente —añadió Mara.

—Ya. —Ulita habló con voz muy serena y grave—. Se casarán.

El tiempo se detuvo, y el mundo también, todo se detuvo. Sobre todo mi corazón, o al menos eso fue lo que sentí.

—¿Quiénes? —preguntó Demian, con lo cual pareció un poco duro de mollera, si bien quizá estuviese intentando mantener las formas y darle a Ulita la oportunidad de retirar lo que había dicho, inventar algo que diese otro sentido a sus palabras. Casarse otros. Casarse con el tiempo.

—Usted, Demian Eisenhuth, se casará con Mara Alexeievna Kalinina. —Su voz fue como una puñalada, y después Ulita hundió la hoja más aún en la herida, con fruición—. Arrancará a Mara de su familia, la alejará de todo cuanto significa algo para ella. —Ofeliya y yo nos miramos—. Y eso tendrá consecuencias.

Demian apartó la mano de Ulita como si se hubiese quemado con ella.

—¿Qué consecuencias? —inquirió Mara.

¿Esa era su primera pregunta? En lugar de «¿cómo se le ocurría semejante tontería a Ulita?».

A los labios de la vidente afloró una sonrisa y entonces comprendí lo que había hecho: era su forma de vengarse por habernos burlado de Baranov, de devolvernos la pelota por nuestro pueril comportamiento. Al final lo de menos era si decía la verdad o no:

había sembrado la duda. Antes debía de haberse percatado de que Mara era la que nos unía a todos, nuestro punto débil, la hoja de roble de Sigfrido en nuestra espalda. Todos la idolatrábamos, de una manera o de otra, incluso Ofeliya.

Solo entonces vi, detrás de Demian, que Albin se había quedado completamente blanco. Y que en su cara se producía un cambio. Que a ella asomaba algo, como el reflejo de una mueca, de una pesadilla iracunda que se interponía entre él y nosotros, solo durante un instante, y después desaparecía. Albin giró sobre sus talones y echó a andar a buen paso entre la multitud.

Ulita nos dedicó una sonrisa inocente a todos, se despidió asintiendo con la cabeza y retrocedió de espaldas, como si de ella tirasen hilos y la engullese la pared de personas.

No quería oír lo que cualquiera de ellos tuviese que decir, ni burlas o protestas ni mentiras o verdad. Sin mediar palabra, di media vuelta, salí deprisa a la terraza, a la blanca luz de la luna, a la refrescante brisa marina, bajo un cielo estrellado indiferente, para estar solo, lo más lejos posible de los demás.

Nadie me siguió.

Al cabo, comprendí que lo que esperaba en realidad era que Mara saliese corriendo detrás de mí y desmintiera ese espeluznante disparate con una risotada y un comentario descarado, y que todo volviese a ser como antes. Antes de conocer a Ulita Glinka y al doctor Baranov. Antes de nuestras burlas infantiles, que se habían vuelto contra nosotros con toda su furia.

Estaba lo más lejos posible de las puertas de cristal del salón, pero a pesar de ello allí fuera la música se oía, más ruidosa que el nocturno mar con sus luces lejanas de vapores o buques de guerra o

los ojos de monstruos marinos. Me mareé, lo atribuí al alcohol, pero sabía que no era así.

Apartadas de la luz había parejas, algunas abrazadas, otras probablemente decidiendo aún si querían ir juntas a la habitación o no. En el Trois Grâces se alojaban muchos solteros, mujeres ricas con sus jóvenes damas de compañía, robustas viudas y herederos adinerados, y en noches como esa las cartas se barajaban de nuevo, los desconocidos tenían citas románticas o se juraban amor eterno, seducidos por el murmullo de las olas y por el aroma de los pinos, las claras constelaciones y el ambiente de baile y música y la protectora oscuridad del jardín.

Oí pasos que se acercaban por detrás y reconocí que eran de hombre. Temí que fuese Demian —o, peor aún, Albin—, pero era el padre de ambos, Frederik Eisenhuth.

Se situó a mi lado, dejó su copa de vino en la ancha balaustrada de piedra y respiró hondo.

—Estas veladas... —se limitó a decir.

Era un hombre espigado, con un abundante pelo gris y patillas, vestido de manera impecable, con el sello azul y oro de su familia en el dedo y, a sus cincuenta y cinco años, casi con tan buena presencia como sus hijos. Yo lo conocía como el patriarca algo rudo, socialmente impredecible, que solía acaparar conversaciones con su celo y su volumen de voz y fingía con gran placer no darse cuenta de que los demás participantes se revolvían por dentro. Le gustaba dar discursos, era buen bailarín, de movimientos amplios, y disfrutaba con los exagerados rumores que circulaban sobre su persona, como el que aseguraba que se había enzarzado en una pelea a puñetazo limpio con tres sindicalistas de su imprenta, había ganado sin esfuerzo y había seguido dándoles empleo generosamente a los tres.

Por consiguiente, era de suponer que no se había unido a mí para consolarme.

—Así que te interesan los cuentos —comentó tras un breve silencio—. Me lo ha contado Alexéi.

Un tanto sorprendido, traté de ordenar mis pensamientos.

—La transmisión oral y su puesta por escrito. Sagas, leyendas y cuentos. —Dio la impresión de que quería parecer más listo que él, aunque no era esa mi intención. Deseé en el acto no haber formulado mi respuesta como si fuese un sabihondo.

Por lo visto a él no le importó.

—He pasado mucho tiempo pensando qué es lo que tanto me fascina de ellos —dijo—, y al final lo he entendido. Las viejas historias son como un puente que se tiende a una cultura desconocida; de lo contrario, jamás podríamos comprenderla. A vosotros, los rusos, solo os entendí a través de vuestros cuentos. Antes no os podía soportar.

Su franqueza me hizo sonreír.

—Creo que yo tampoco soporto a los nuestros.

Las palabras salieron de mi boca antes de pensar en lo que decía. Pero era la verdad. Desde que tenía memoria había deseado ser otro, vivir en otra parte. Solo cuando ocupé el puesto en la biblioteca empecé a sentirme a gusto en mi entorno. Probablemente ese también sea uno de los milagros que pueden obrar los libros. Como nos llevan a lugares lejanos, nos permiten apreciar de otra manera el sitio en el que estamos. O al menos tolerarlo.

Frederik señaló con la cabeza el mar.

—Rusia es como un barco fantasma con el que uno se topa en alta mar. Subes a bordo, miras por la baranda y en cubierta ves una y otra vez a los mismos capitanes locos, que reprimen un ciclo interminable de sangrientos motines. Y el que al final sigue en pie

muere de hambre. —Se volvió hacia mí—. Así funciona Rusia. Es un fantasma que siempre vaga por la historia como si empezara de cero. Y eso solo lo entendí a través de los cuentos y los mitos. La esencia de Rusia en sí misma no es más que un cuento. Y, como cuento, me caéis bien. —Antes de que yo pudiera añadir algo, continuó—: Pero en el fondo se puede decir lo mismo de todos los países. Por eso una habitación llena de cuentos y sagas siempre contiene el mundo entero. Una biblioteca no puede ser más amplia.

Deseé haber estado más sobrio para poder seguir mejor todo lo que decía, pero ya solo la concentración que me exigía me obligaba a despejarme.

—Y lo mismo se puede decir de las personas —prosiguió—. Vuestra Mara es como el pájaro de fuego. Conoces el cuento, ¿no? El pájaro roba las manzanas en el jardín del zar, pero, por más que lo intenta, el zar no consigue atrapar al pájaro.

—Por eso envía a sus hijos —continué yo—, que atrapan por él al pájaro. —Me mordí la lengua cuando comprendí que Frederik podía malinterpretar mis palabras y considerarlas una insinuación maliciosa.

Sin embargo, el hombre soltó una carcajada.

—Más bien estaba pensando en Xenia, que te envió a buscar a Mara por San Petersburgo. Tu tío me lo contó.

¿Qué otra cosa podía hacer yo salvo asentir? Había sido así. Y quizá él tuviese razón: Mara era como el pájaro de fuego del cuento. Alguien intentaría encerrarla en una jaula de oro.

Me escudriñó, como si quisiera calarme.

—¿Cuántos años tienes?

—Pronto cumpliré diecinueve.

—Seguro que no querrás ser siempre el chico de los recados de Xenia y el bibliotecario de Alexéi. ¿Qué pretendes hacer con tu vida?

Estuve a punto de confesarle que, en el estado en que me encontraba en ese momento, ese tema me superaba. Pero también era cierto que deseaba hablar a solas con él, de cuentos, de su colección, de la nueva biblioteca de la villa. Si aquella era mi única oportunidad, tenía que aprovecharla. Y si es cierto que en el vino está la verdad, en ese instante la sinceridad era mi mejor arma.

—Algún día me gustaría recorrer Carelia y recoger por escrito los antiguos poemas épicos —repuse—. Igual que Elias Lönnrot cuando...

—Cuando compiló *El Kalevala* —me interrumpió—. Pero, dime, ¿qué le pasa a su versión?

—Oh, adoro *El Kalevala*. De veras. Pero Lönnrot era poeta, y supeditó la tradición a su poesía. Para él eran tan importantes sus propios versos como la compilación de las viejas historias. Creo que por eso dejó fuera muchas, probablemente también las reescribiese y las cambiara. Carelia guarda este tesoro de mitos y sagas que es único y, en realidad, seguro que también mucho mayor aún que lo que publicó Lönnrot.

Frederik parecía impresionado.

—Te gustaría compilar los originales.

Asentí con vehemencia.

—Compilarlos y contarlos, pero tal y como los siguen cantando hoy en día los ancianos, no como Lönnrot los comprimió en sus versos.

Frederik se volvió y apoyó la espalda en la balaustrada.

—Debo pedirte perdón, Artur. Te he llamado «chico de los recados» y pensé que cuando te preguntase por tus metas dirías algo así como: «Seré subdirector de la Biblioteca Imperial». Lo cual no sería ninguna deshonra, naturalmente. Pero subestimé tus ambiciones. —Negó con la cabeza despacio—. Un nuevo *Kalevala*.

Mayor y más auténtico que el anterior. Y legible, lo cual sería una gran ventaja. —A sus labios asomó una sonrisa amuchachada—. De hecho, es un proyecto bastante megalómano. Para el que necesitarías un editor. Uno que sepa apreciar lo que te propones. Y que, para empezar, sea capaz de situar Carelia en el mapa.

Lo miré con la boca abierta.

—¿Quiere decir...?

Frederik levantó una mano.

—Vayamos por partes. Pero sí, sería algo que me podría interesar. Y antes de que financie semejante expedición...

«Financiar la expedición.» Eso era lo que había dicho.

—... tendría que estar seguro de que de verdad tienes madera para ello. Ahora mismo en una de mis editoriales, en Leipzig, se está preparando una ambiciosa edición de cuentos rusos. Cinco gruesos volúmenes, con una traducción nueva e ilustrados. No es algo con lo que vayamos a ganar mucho dinero, pero le tengo un gran apego. Dos de mis lectores llevan casi un año y medio volcados en ello, y probablemente necesitemos otro tanto como poco. Son personas capaces, pero creo que no les iría mal contar con ayuda. De alguien que habla ruso y alemán con fluidez.

Experimenté una sensación de mareo, y no podía deberse solo al par de copas que había bebido. Me costaba seguir el hilo de lo que Frederik estaba diciendo.

—Sería una oportunidad para ponerte a prueba. Para que demuestres que posees el talento y la perseverancia necesarios para acometer algo de mayor envergadura. ¿Qué opinas?

¿Que qué opinaba? Me habría gustado anunciar la felicidad que sentía a voz en cuello por la balaustrada, hasta que las noticias acerca del gran futuro que tenía por delante llegaran a oídos del último contramaestre que surcaba el oscuro horizonte.

—¿Lo dice en serio? —inquirí.

—¿Habría sacado el tema si no fuera así? Y descuida, que no estoy borracho..., al menos no tanto como para que mañana no me acuerde de lo que hemos hablado.

Tuve que dominarme, tuve que hacer un esfuerzo ímprobo, para no echarle los brazos al cuello en ese momento.

—Sería para mí un gran honor —contesté, con la mayor contención posible.

Él me tendió la mano.

—En tal caso, dame un apretón.

Así lo hice. Frederik tenía una mano tan grande que quise creer inmediatamente que la historia de la pelea a puñetazos con los sindicalistas era cierta.

—Como es natural —agregó cuando por fin lo solté—, Alexéi y Xenia tendrán que dar su conformidad. Pero no creo que sea muy difícil.

Bueno, si él lo veía así... Todo mi cuerpo estaba electrizado, y no quería malgastar ni una pizca de energía preocupándome por nada. No cuando tenía a mis pies Leipzig y el barrio Graphische, igual que las rocas que azotaba más abajo el oleaje.

Leipzig. Y después, cuando llegara el momento, Carelia.

Su repentina sonrisa reveló que otro pensamiento le deparaba un gran placer.

—Deberíamos decírselo ahora.

—¿Qué? —*Pánico* era una palabra demasiado inocente para lo que me acometió—. ¿Por qué ahora? Debería prepararlos con tino, ser un poco diplomático. No sé cómo se tomarán mis tíos...

—¿Diplomático? —Se rio en mi cara, no con malicia, ni siquiera con superioridad, pero quizá su franqueza fuese mucho peor—. Nada de lo que he conseguido en la vida ha sido gracias a la diplomacia. A

la gente se le estampan los contratos en la mesa. Hacen unos cuantos aspavientos y ponen algunas pegas, pero al final todo sale a las mil maravillas. Créeme, muchacho, sé cómo funcionan estas cosas.

Y, dicho eso, lanzó la copa vacía por la balaustrada, se volvió en redondo y echó a andar hacia la sala dando grandes zancadas.

Oí como se estrellaba el cristal contra las rocas. Se rompió en mil pedazos.

17

Fue un fiasco. Cómo no.

Frederik Eisenhuth arrancó a mis padres adoptivos de una conversación que mantenían con el director del hotel sobre su próxima jubilación y anunció a voz en grito que yo, Artur Sergeyevich, lo acompañaría a Leipzig, donde empezaría una vida nueva, mejor que la que había tenido hasta entonces, en el seno de su editorial.

Estamparle a alguien en la mesa un contrato cuando menos se lo espera puede que amplíe a corto plazo el margen de negociación, pero meterle hasta la garganta una escopeta de perdigones y apretar el gatillo delante de testigos por fuerza consigue que el arma dé un culatazo y golpee al que dispara. Y eso fue lo que hizo Frederik.

Mis tíos se sintieron visiblemente ofendidos en su amor propio; yo, abochornado a más no poder, y Frederik se limitó a reírse y continuó hablando mientras, como de costumbre, hacía caso omiso de las reacciones de todos los demás. Ofeliya, que todavía se encontraba pálida tras el encuentro con la vidente, pareció marchitarse en su silla como una nomeolvides.

Solo Mara tenía una radiante sonrisa de oreja a oreja y daba la impresión de alegrarse de verdad por mí. Se acercó mientras yo seguía como paralizado del susto y me dijo al oído que quería hablar conmigo. A solas. En su habitación.

Alcancé a oír que Alexéi se obligaba a farfullar un «Me lo pensaré», y Mara me cogió de la mano y tiró de mí. Me alegré tanto de escapar de aquella espantosa situación que ni pensé en Ofeliya ni en las miradas que me echaron los hijos Eisenhuth. De todas formas, mi propia opinión en ese asunto no parecía interesarle a nadie, por lo tanto, que Frederik y mi tío lo arreglaran entre ellos.

Unos minutos después Mara abrió la puerta de su habitación, me metió dentro y cerró.

Profiriendo un grito agudo, me echó los brazos al cuello y se pegó a mí. Yo sentí su cálido aliento en mi oreja.

—Estarás muy contento.

—No lo sé —balbucí—. Alexéi no dejará que me marche.

Ella se separó de mí y me agarró por la parte superior de los brazos. Una arruga profunda le surcó el entrecejo.

—¡Naturalmente que sí! Es posible que no lo demuestre siempre, pero solo quiere lo mejor para ti. Más aún si tiene que ver con libros.

—¿Es que no has visto la cara que ponían los dos?

—Sí, pero lo han hecho por motivos muy distintos. Xenia siente envidia, es posible que no te dé su bendición, pero en último término la decisión no está en sus manos, lo cual seguro que es lo peor para ella. Y a tu tío le habría gustado que antes lo hubiesen puesto al corriente...

—Pero si yo mismo lo sé desde hace solo dos minutos —la corté.

—Y —continuó ella como si tal cosa— se dejará convencer por su viejo amigo si de verdad sus intenciones son serias.

—Exacto. Si son serias.

Sus ojos azul claro se iluminaron.

—¿Es que tienes dudas?

Di un paso atrás y levanté los brazos.

—Cielo santo, claro que tengo dudas. Me ha cogido tan por sorpresa como a ellos dos.

—Pero si es lo que siempre has querido.

—Lo que en realidad quería... —En el último momento me interrumpí; ya había tenido suficientes sueños no cumplidos.

Mara se apoyó las manos en la cintura.

—¿Qué?

Pasé por delante de ella y caminé por la habitación, como si estuviese buscando algo que fuese de la mayor importancia.

—Te he hablado de Spiridon.

—Tu amigo el falsificador.

—Mi amigo el vendedor de curiosidades. Que tiene un pequeño taller para esto y aquello en el sótano.

Mara esbozó una media sonrisa burlona.

—Dime, ¿saben Alexéi y Xenia que te relacionas con delincuentes?

—No, y no quiero que lo sepan.

—Después de todo, no pueden desheredarte.

Cogí un cojín de una butaca y se lo tiré. Ella lo cogió con bastante estilo y me lo lanzó con el doble de fuerza. Se le daban bien las peleas de almohadas, y aún mejor dejar ganar a Ofeliya sin que se diera cuenta. Conmigo ni siquiera tenía necesidad de intentarlo, así que le di con el cojín en plena cara.

Mara salió despedida hacia atrás y se dio contra la pared. Se quedó aturdida, con la mirada baja.

—¡Mara! —Preocupado, me planté a su lado, la agarré e intenté verle los ojos—. No era mi intención.

Ella empezó a sonreír de nuevo, pero esta vez parecía un poco triste.

—Dime, ¿qué era lo que querías?

—Que nos fuésemos juntos —respondí—. Con los papeles falsos que nos ha hecho Spiridon. Para que no nos encuentren, si es que nos buscan.

Bueno, pues ya lo había dicho.

Acto seguido comprendí que Mara me había dejado ganar. Y que lo había hecho para que yo parase de pensar y dijera la verdad de una vez por todas.

—Perdona —me apresuré a disculparme—, era una idea infantil.

La solté e iba a retroceder, porque tenía la sensación de que la había pifiado a base de bien, pero, veloz como el rayo, Mara me cogió la mano y me retuvo. Su pecho subía y bajaba, agitado, y en un lado de su blanco cuello la fina vena azul latía.

—¿Adónde? —preguntó.

—A Carelia —contesté yo de inmediato.

La electricidad que hacía un instante flotaba en el aire se desvaneció. Ella frunció el ceño y me miró.

—¿Por qué ahí precisamente?

—Por *El Kalevala*. Quiero...

—Sí, lo sé. Los poemas épicos y las leyendas. Pero ¿por qué quieres ir ahí conmigo?

—Porque hablas la lengua.

Mara guardó silencio y miró al suelo.

—¿Hay algún problema? —le pregunté.

En un primer momento fue como si ella no quisiera contestar, pero después volvieron la sonrisa, el latido de la vena, el calor de sus dedos. Como si despertara de nuevo a la vida.

—¿Spiridon ya tiene listos los papeles?

—Sé que tendría que haberte preguntado. Tendría que haberlo hecho, desde luego. Y en realidad...

—¿Los tiene?

—Sí. —Conseguí que mi voz no sonase apocada, o al menos a mí me lo pareció—. Desde hace unas semanas.

—¿Cuándo tenías intención de contármelo?

—Cuando... cuando hubiese estado seguro de que no te reirías de mí.

—¿Alguna vez me he reído de ti?

—Constantemente.

—Pero no por algo así. —También la sonrisa burlona había vuelto, esa sonrisa astuta, pilla, que era capaz de sacar como de la nada igual que un as de corazones—. Tendrías que haber dicho algo.

—Sí, es posible.

—Ahora es demasiado tarde.

Tragué saliva.

—¿De veras?

Ella asintió con vehemencia.

—Porque ahora irás desde Leipzig.

—Déjalo, anda. Ese tren ya partió. Quizá hubiese podido convencer a Alexéi, pero no de esta manera. Frederik ha decidido por su cuenta y ha pensado que preguntarles sería una pura formalidad.

Ella volvió a acercarse.

—Siéntate.

—¿Dónde?

—En el borde de la cama, bobo.

Obedecí. En casa me había sentado en su cama en más de una ocasión, pero allí la sensación era distinta.

Mara se sentó a mi lado y pegó su muslo al mío. Sin pensar, supuse yo.

—Ahora seré yo la que haga de adivina. —Extendió el brazo por mi regazo para cogerme la mano izquierda y tiró de ella. Yo no sabía

muy bien qué hacer con la otra, que descansaba en mi pierna de un modo bastante inútil y rozaba con el meñique la suya.

—Lo que ha dicho esa mujer... —empecé.

—Chsss —pidió—. No era más que un disparate. Se lo ha inventado para enfrentarnos. Ha sido su forma de vengarse por lo que ha pasado con el doctor... Bien, esta de aquí es la línea de la vida. —Me pasó el dedo índice por la palma, y lo cierto es que yo la habría creído si hubiese dicho que allí había aparecido un mapa de Bengala—. Pero la línea de la vida no nos interesa. No queremos saber cuándo vamos a morir y con quién.

—Solo contigo. —Quizá entonces deberíamos haber empezado a coserme la boca, para que no siguiera diciendo más tonterías.

Ella levantó la vista.

—¿Estás seguro?

Asentí.

Durante unos segundos se contuvo, dijo «Mmm» e hizo un gesto afirmativo. Al cabo, me miró la mano de nuevo.

—Aquí veo un montón de libros. Una ciudad entera de libros y pasajes. Creo que es Leipzig.

—Sí, Nostradamus. Menuda sorpresa.

—Silencio. Así que irás a Leipzig. Y necesitarás los documentos falsos.

—¿Solo yo?

—Es tu mano, no la mía. Yo no puedo leerme la mía propia.

—Lógico.

—Y veo un paisaje de bosques y lagos.

—Carelia.

—Un lago grande. Una pasarela larga une la orilla con una pequeña isla. En ella se alza un edificio alto de madera, con muchas torres y cúpulas puntiagudas. —Unos mechones de pelo le cayeron

por la frente, pero ella no se los retiró, como solía hacer. Fueron cayendo cada vez más, hasta que su rostro desapareció tras ellos—. Cruces ortodoxas de dos brazos por todas partes. Una biblioteca. Y dentro algo muy especial...

Me soltó la mano lanzando un suspiro suave y se levantó de un salto.

Yo me reí con nerviosismo.

—¿Qué?

Me pareció más pálida que de costumbre, la piel casi transparente, como si estuviese tensada sobre porcelana blanca.

—Nada —afirmó—. Carelia. Irás allí.

No entendí del todo qué se proponía con ese teatrillo. ¿Confirmar mi esperanza, disipar mi preocupación? Pero, entonces, ¿por qué esa inquietud de pronto?

Exhalé un débil suspiro.

—Si tú lo dices...

—Lo digo. —Había recuperado la serenidad, incluso logró esbozar una sonrisa tierna—. Vete a Leipzig, también acabarás viajando a Carelia.

Alguien llamó a la puerta.

Nos miramos un instante.

—¿Sí? —preguntó ella alzando la voz.

—Soy yo, Demian.

—Esta es la habitación de una dama.

—Por eso estoy llamando aquí y no a la del polaco viejo de al lado.

Mara se encogió de hombros al ver mis gestos inquisitivos y fue a abrir.

—Conmigo está Artur. Protegerá mi inocencia, si eres un bárbaro y un vándalo.

Demian me saludó con la cabeza desde la puerta.

—Los vándalos eran bárbaros.

—Y deshonraron a muchas romanas —aseguró Mara.

—No he venido a eso. Quería invitarte.

—La culpa la tiene Ulita —aseveré, y me levanté de la cama—. Ahora este no parará de insistir.

Demian sonrió, quizá ligeramente enfadado, aunque no estaba del todo claro. «Se considera un deportista», pensé. Yo odiaba a los deportistas.

—Tendrás que decir a qué quieres invitarme. —Mara no hizo ademán de pedirle que entrase, pero tampoco parecía rechazarlo.

—A una excursión en coche por la costa. Mañana por la mañana. La carretera es espectacular y las vistas son increíbles. Podrías llevar los utensilios de pintura.

—No pinto paisajes.

—Me puedes pintar a mí delante de un paisaje.

¿Era eso lo que en Alemania se entendía por encanto? Habría apostado cualquier cosa a que ella le daría calabazas con toda la frialdad de la que fuese capaz.

—De acuerdo —repuso.

Él enarcó una ceja, a todas luces asombrado de que fuera tan fácil.

—Bien.

—Con una condición.

—¿Cuál?

—Que nos acompañe Artur.

Proferí un grito ahogado.

Esta vez la sonrisa de Demian ya no parecía tan deportiva.

—¿Para que nadie piense lo que no es?

—Porque así lo quiero —afirmó ella—. Nosotros tres en el automóvil por la costa. Buen humor, sol, el veraneo perfecto en invierno. Si lo deseas, puedes prepararnos una cesta de pícnic. Y puede que yo lleve mis cosas de pintura.

Demian enderezó los hombros.

—Suena bien.

—Estará bien. —Mara se volvió hacia mí con una sonrisa pícara en los labios—. ¿Tú qué opinas?

—Me mareo en los automóviles.

Ella le restó importancia al comentario:

—Solo en las curvas.

Demian me sonrió.

—Pues curvas hay muchas. Cientos.

—Ya estoy impaciente —aseguré.

Mara asintió, primero mirándome a mí y después a él.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo? ¿Salimos a las nueve?

18

El sol matutino arrancaba destellos al largo capó del Silver Ghost mientras Demian lo conducía con destreza por pronunciados salientes rocosos y salvaba vertiginosos puentes de piedra. La dorada Corniche, con sus pintorescas veredas y sus rutas paralelas escondidas, hacía honor a su fama de ser el sueño de los automovilistas osados, aunque yo habría podido prescindir perfectamente de las sacudidas y del estrépito.

Mara iba sentada junto a Demian, yo detrás de ambos, en el amplio asiento trasero. Iba vestida con un pantalón marinero y un suéter de punto de rayas sin mangas, además de una gorra redonda, muy francesa, que la mayor parte del tiempo sostenía en el regazo, porque de lo contrario el aire se la habría llevado a los abismos que se abrían entre las rocas. Al cuello, la cadena con la piedra de luna, que solo lucía en ocasiones especiales.

Desde el hotel tardamos media hora en llegar a Niza y fuimos por el paseo marítimo, dejando atrás los famosos hoteles palacio con sus fachadas como de templo, de un blanco resplandeciente, las isletas llenas de palmeras y la aberración del casino de la Jetée, la caricatura del palacio de un califa árabe, construido sobre pilotes en la bahía como una fortaleza pirata. Como hombre de mundo que era, Demian propuso visitar uno de los caros salones de té, pero Mara solo quería que condujese, más y más, dejar que su largo pelo ondeara al viento y sentir el sol en la piel.

Por la mañana me había pedido que le pusiera crema en los hombros y el cuello, y ella me la había puesto a mí. Me pareció que no podíamos ir mejor preparados, no solo para protegernos del sol, sino también de cualquier intento de acercamiento que Demian pudiera efectuar. A fin de cuentas, yo le había acariciado los preciosos hombros a Mara antes de subirse al cabriolé, y mientras tanto ella había mantenido los ojos cerrados y había lanzado suaves suspiros.

Más allá de Niza fuimos cuesta arriba durante un tramo, y Demian explicó que la carretera de la costa, que discurría por la parte de abajo, era la menos atractiva, porque allí cada vez había más casas y hoteles y muchas cosas bonitas desaparecían bajo el polvo que se levantaba en la carretera. Por eso no tardó en torcer y subir hacia la montaña. El camino se volvió más desigual y las vistas más espectaculares, una sucesión de panoramas increíbles.

Avanzamos por un paisaje saturado de luz, con rocas rojas a la izquierda y el mar azul oscuro a la derecha, y, desde luego, Demian no había exagerado: había cientos de curvas, y mientras yo sentía náuseas y me esforzaba para que no se me notase, delante Mara lanzaba gritos de júbilo, levantaba los brazos cada vez que aparecía una vista nueva y saludaba con su gorra a los pastores y agricultores, que esperaban junto al camino, apoyados en palos, hasta que el Silver Ghost pasaba envuelto en una nube de polvo, como una tormenta salida del futuro.

Demian se detenía constantemente, señalaba pequeñas islas en el mar, fantásticas formaciones rocosas en los flancos de las montañas o cabras que ramoneaban delante de unos pinos. No cabía la menor duda de lo mucho que amaba ese paisaje, un amor como el que yo sentía por los libros y Mara por su pintura..., o por la vida. Y es que

yo cada vez tenía más la sensación de que eso era lo que más disfrutaba ella: la vida pura, libre de preocupaciones.

—La idea de no volver a ver esto me vuelve loco —dijo Demian, alzando la voz para hacerse oír a pesar del aire—. Mis padres nos han traído aquí a Albin y a mí desde que éramos pequeños.

Lo cual no le había impedido dejar atrás a Albin cuando este se dio cuenta de que nos íbamos de excursión. Albin salió del hotel y corrió hacia la explanada en el momento en que Demian pisaba el acelerador. Estuve seguro de que había visto a su hermano por el espejo, pero ni Mara ni yo lo mencionamos. Lo cierto es que nos alegrábamos de no tener que pasar el día con Albin.

—Pero lo volverás a ver —contestó Mara.

—A menos que se obre un milagro y alguien impida que estalle la guerra, eso no está nada claro —replicó él—. Los alemanes y los franceses se abrirán la cabeza unos a otros en el campo de batalla, por no hablar de vosotros, los rusos, y entonces se acabarán de una vez para siempre las vacaciones en la Costa Azul y las excursiones y los pícnics en la Corniche.

Me incliné hacia delante entre los asientos.

—Antes ya ha habido guerras entre franceses y alemanes. Napoleón arrolló los principados alemanes y se adentró en Rusia. Y mira en qué acabó todo tan solo unas décadas después: los alemanes toman el sol junto al mar en el Mediterráneo, y Francia y Rusia son aliados. Las cosas se ponen patas arriba sin parar. Aunque haya guerra, dentro de unos años se habrá olvidado. La costa siempre será la misma costa y tú podrás quitarle el polvo al cabriolé y volver a cruzar Europa.

Nuestras miradas coincidieron en el espejo retrovisor.

—Nada me alegraría más.

—Así será —coincidió conmigo Mara.

—A no ser que hayamos muerto todos —terció Demian—. Porque esas cosas pasan en la guerra.

—Bah, pamplinas. —Mara desechó la idea moviendo la gorra—. Casi todos los cambios son a mejor. Creo firmemente en ello.

—¿Lo dices por experiencia? —preguntó él.

Me entró curiosidad por saber qué contestaría.

Ella echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y sonrió al sol.

—A veces hay que echar una mano. Pero sí, lo digo por experiencia.

Contemplé su perfil, la curva de su frente, las cejas claras, los pómulos altos y la fina y bonita nariz. Al volver a mirar hacia delante, me di cuenta de que Demian me escudriñaba por el espejo retrovisor. Sabía lo que yo sentía por Mara, claro. Lo sabía con absoluta seguridad.

—¿Qué pasará con la casa? —preguntó Mara mientras él y yo seguíamos cruzando las espadas en el espejo—. ¿Con vuestra villa y todos los libros que tu padre está mandando traer?

—Padre lleva mucho tiempo haciendo como si la guerra se pudiese pasar por alto —contestó Demian—. Como si uno pudiera elegir si le afectará o no.

—Es un hombre de negocios —apunté yo—, la guerra debería interesarle, aunque solo sea por motivos económicos. Si de verdad estalla, la economía se hundirá. A sus tipógrafos y sus mozos de almacén los mandarán al frente. Puede que incluso... —Lo dije sin pensar, pero Demian lo entendió a la primera.

—Puede que incluso a sus hijos —aseveró—. En lo que respecta a la villa, no podemos meterla en la maleta y llevárnosla. El objetivo declarado de mi padre es amueblarla por completo con la esperanza de que la sangre no llegue al río. Ya veremos.

—¡Ahí delante! —exclamó Mara—. El mirador. Para.

Demian llevó el Silver Ghost hacia la derecha de la carretera, a una pequeña meseta rocosa. Allí hicimos nuestro pícnic, hablamos de cosas más alegres y después Mara sacó su caballete, colocó a Demian en una piedra y pintó su retrato ante un nebuloso fondo azul y blanco.

Mientras tanto, yo me acerqué al borde y vi bastante más abajo uno de los pintorescos pueblecitos en los que ese lugar era pródigo. Empezaba a entender por qué Demian amaba tanto todo aquello y por qué lloraba su pérdida antes incluso de que fuese definitiva. Hasta no hacía mucho, el mundo estaba a sus pies —tenía dinero, contactos, esa casa increíble que coronaba el acantilado— y de pronto, sin que él así lo quisiera, alguien había decidido que todo eso iba a terminar. Era un privilegiado gracias a su linaje, sin duda, pero en aquel momento me dio pena. Lo entendía, entendía su frustración y su desamparo.

Me volví y observé a Mara mientras pintaba. Sus retratos ya no eran tan pequeños como los de antaño, en Apraksin Dvor, pero tampoco mucho mayores que mi mano. A diferencia de en la villa, pintó a Demian en una de sus tablillas de madera y, en efecto, el resultado fue un cuadro completamente distinto. El retrato que había hecho en la casa era funcional, muy logrado, pero solo una imagen, como una fotografía. En cambio, el Demian que iba tomando forma con su pincel parecía radiante de orgullo y ganas de vivir, su mirada era luminosa, la sonrisa irresistible y un poco triste al mismo tiempo. Lo pintaba como lo habíamos conocido, con todo su aire de su superioridad, pero también con su desesperación.

Cuando lo terminó, él quiso verlo, pero Mara dijo que primero debía estar seco, y quizá hubiera que retocarlo un poco. Se lo daría más tarde, pero aún no.

—Ahora tú —me dijo a mí. Sabía que no me gustaba posar, por eso rara vez me lo pedía.

—¿Es necesario?

—No seas aguafiestas y siéntate.

Demian sonrió.

—Todavía queda vino, por si necesitas beber un poco para armarte de valor.

Resignado a mi suerte, me senté en la piedra y miré hacia donde él miraba antes, hacia una de las laderas rojizas, pero Mara hizo un gesto negativo.

—Mírame a mí —pidió.

Volví la cabeza un poco y observé a Mara mientras me pintaba. Su rostro mostraba una expresión de obstinación, casi atormentada, el mentón y las mejillas enrojecidos por el sol, los labios apretados formando una fina línea. Estaba sentada desparrancada en el pequeño taburete que había traído consigo, la amplia tela del pantalón marinero tirante entre sus muslos. Iba descalza y yo le veía las piernas, porque se le habían subido las perneras. Al pintar se mecía hacia delante y hacia atrás de un modo casi imperceptible, tal era su concentración, y varias gotas de sudor perlaban su frente.

Mientras tanto, Demian estaba en el borde de la meseta, mirando el mar sin decir palabra, igual que yo hacía un rato, y me pregunté si también él habría visto a Mara como la estaba viendo yo, tan tenaz, tan obsesionada, tan prisionera de una determinación que no le permitía ver, oír o percibir otra cosa salvo a él y a mí, esos rostros indefensos en madera que habían sucumbido por completo a su hechizo.

19

Vivimos días luminosos, que pasamos tomando el sol y holgazaneando, con excursiones a los casinos y a los últimos pueblos que conservaban intacta su inocencia antes de que pronto llegaran otros como nosotros y después más aún.

Los Eisenhuth acudían como siempre a cenar al hotel, pero durante el día apenas los veíamos. Amueblar la villa era una carrera contra reloj, probablemente también contra el sentido común, y por la noche Ilna Eisenhuth se quejaba sin cesar del interminable aluvión de cajas de libros que llegaban día tras día. Su marido se burlaba de las enormes balas de tela y de un ejército de costureras francesas que estaban por toda la villa cosiendo cortinas para oscurecer las enormes ventanas con vistas al mar de modo que el sol no descolorase los caros muebles y tapicerías de Ilna.

Demian actuaba con desenfado, como de costumbre; a veces intercambiaba miradas con Mara, a veces también conmigo, como si compartiésemos un secreto que de alguna manera había nacido entre nosotros en lo alto de la montaña, aunque yo no sabía muy bien cuál era. Su hermano, Albin, invitaba a Mara a tomar el té en la villa, pero, que yo sepa, ella nunca fue y, si lo hizo, no lo dijo. Ella jamás se quedaba abajo, a orillas del mar, tanto tiempo como Ofeliya y yo, debido a la fuerza del sol, que no le hacía bien a su blanca piel, y pintaba o leía en su habitación o daba paseos por el pinar en sombra que se extendía por encima de la bahía. A veces yo

la veía desde abajo entre los troncos, la silueta blanca de sus vestidos de verano, alternando entre la luz y las sombras.

Durante ese tiempo nadie me dijo si habían tomado una decisión en lo relativo a mi empleo en Leipzig, y yo tampoco pregunté, convencido puerilmente de la superstición de que la respuesta había de llegar a su debido tiempo, ya que todo lo demás traía mala suerte.

Seis días después de nuestra excursión por la Corniche, Frederik Eisenhuth se levantó durante una cena y golpeó la copa de vino con el cuchillo, haciendo demasiado ruido. En la mesa que, como de costumbre, compartíamos con los Eisenhuth, las conversaciones enmudecieron. Todos lo miraron.

—Ahora —me dijo Ofeliya entre susurros para animarme, aunque yo sabía que la idea de que pudiera marcharme a ella no le levantaba el ánimo lo más mínimo.

Frederik se dirigió a nosotros como sus «queridos amigos» y dijo que ese era un año especial y que sobre Europa se cernía una amenaza que nos afectaba a todos. De política no hablaría, porque en la mesa ese tema era tabú y era probable que a él tampoco le interesase. Pero mencionó que sus empresas podían sufrir grandes daños si llegaba a suceder lo peor.

—Por este motivo, Demian y yo nos vemos obligados a regresar de improviso, antes de tiempo, a Leipzig. Dispensé a mi querida esposa y a Albin de la obligación de seguirnos para que pudieran permanecer aquí unas semanas más, pero los dos han decidido acompañarnos. El administrador está informado para que los trabajos en la casa continúen según nuestros deseos.

Dio la impresión de que Alexéi, que a todas luces no sospechaba nada, iba a protestar amistosamente, pero Xenia le puso una mano

en la suya. Estaba claro que había barruntado antes que nosotros que había algo más.

—Ninguno de nosotros sabe cuándo volveremos a vernos aquí —continuó Frederik—, una idea que me produce una profunda desazón. Tal vez el año que viene, tal vez sabe Dios cuándo. En cualquier caso, hemos de partir mañana.

—¡Mañana mismo! —exclamó Alexéi.

Frederik asintió.

—Es inevitable. En casa son muchas las cosas que debemos solventar. Demian se ocupará de una gran parte, pero no quiero dejarlo solo ahora.

Alexéi suspiró.

—El trabajo siempre ante todo.

Demian se levantó y carraspeó.

—A mí también me gustaría decir algo.

Ofeliya estaba sentada a mi derecha y Mara a mi izquierda. Ambas cabezas se volvieron hacia él. Demian se hallaba frente a mí, de manera que pude observarlo bien: estaba de pie, con la copa en la mano y muy tranquilo, muy seguro de sí mismo. A su lado estaba Albin, con una sonrisa falsa en los labios y ambas manos apoyadas en la mesa, con lo que el sello que lucía en la derecha golpeaba el borde del plato con suavidad.

—Adelante —lo invitó Frederik, que se sentó de nuevo—. Ahora que ya hemos dado la mala noticia, comunica tú la buena.

Reímos educadamente, y eso que todo mi cuerpo estaba entumecido, como paralizado por la tensión.

—A lo largo de estas semanas hemos vuelto a estrechar nuestros lazos —empezó Demian— y de este modo, con independencia de lo que nos depare, el futuro no podrá separar a nuestras familias. De eso estoy convencido.

Alexéi y Frederik dieron unos golpecitos con los nudillos en la mesa en señal de conformidad. También en las mesas contiguas cada vez eran más los que escuchaban, mientras que los camareros se mantenían alejados para no molestar.

—En modo alguno quiero pronunciar un largo discurso, tanto más cuanto que no estamos solos. —Risas contenidas en las otras mesas —. Todos nosotros (bueno, casi todos) ya hemos estado aquí muchas veces, y en general sabemos lo que nos espera: el paisaje, el mar, la hospitalidad de todas estas personas irreprochables. Es probable que ninguno de nosotros acuda aquí esperando grandes sorpresas, al contrario, lo que nos gusta es lo conocido, la certeza de que esta zona es inmutable.

Empezaba a entender por qué su padre había dispuesto que fuese su sucesor pese a lo joven que era. Envidiaba un poco su talento para hablar con tanta desenvoltura y soltura, y lo miraba con una mezcla de admiración y antipatía inspirada por los celos.

—Sin embargo, esta vez la sorpresa no podría haber sido mayor, porque en nuestro círculo ha entrado alguien a quien no conocíamos aún. Una hija, hermana, amiga que nos ha conquistado a todos con su encanto natural.

Bajo la mesa, la mano de Ofeliya se apoyó en mi muslo y lo agarró con fuerza. Yo estaba demasiado sorprendido para poder sumar dos más dos, y si lo hice, sí, quizá supiese ya por dónde iban los tiros, mi memoria ha borrado por completo cuál era mi estado de ánimo. Puede que me encontrase completamente vacío desde hacía tiempo.

—Mi querida Mara —prosiguió Demian—, en este breve espacio de tiempo has gobernado todos mis pensamientos y has conquistado mi corazón. La idea de partir mañana y tal vez no volver a verte me resulta insoportable. Por eso no quiero seguir balbuciendo como un

colegial, aunque decir sin tapujos lo que tanto deseo me exige todo mi valor: Mara, querida mía, deseo pedirte que seas mi esposa y nos acompañes a mi familia y a mí a Leipzig.

Podría haber cogido la broqueta de carne de la bandeja de plata y habérmela clavado en el ojo. Ni el hecho ni la forma de hacerlo me habrían cogido más desprevenido que sus palabras. No sabía cómo debía reaccionar, así que me esforcé por esbozar una sonrisa, como si la proposición fuese dirigida a mí en lugar de a Mara, que seguía sentada a mi lado sin moverse y probablemente buscando una salida.

Una oleada de «oh» y «ah» se extendió por la sala. En una de las mesas contiguas alguien empezó a aplaudir, lo llamaron al orden y el aplauso cesó.

Muy despacio ladeé la cabeza para mirar a Mara. Al hacerlo, reparé en el semblante petrificado de Xenia, un rostro de basalto gris, inmóvil en su contenido espanto. Al parecer, ella tampoco tenía la más mínima idea.

—Vaya, vaya —dijo Alexéi, pero su voz sonó débil y no muy alegre.

Mara todavía no había dicho nada, ni siquiera se había movido, y cuando pasaron unos segundos, Demian volvió a tomar la palabra, bastante más nervioso.

—Como es natural, siempre que contemos con el consentimiento de nuestros viejos amigos, Alexéi y Xenia. De manera que te pido a ti primero, Alexéi, la mano de tu hija.

A mi lado, Ofeliya profirió un leve gemido, que con toda probabilidad solo oyese yo. No hacía mucho, su padre quería que Demian la tomara a ella por esposa, para que, de ese modo, tanto sus negocios como su amistad se viesen reforzados. En el fondo, para el futuro de la editorial no revestía ninguna importancia que

fuese ella o su hermana adoptiva la que se casara con Demian Eisenhuth. Y como de todas formas ella nunca lo había querido, habría podido ser una buena noticia, de no ir unida a la cruel certeza de que también en eso era sustituible.

Alexéi carraspeó, se dio unos toquecitos con la servilleta en la boca y dio la impresión de que tenía que pensárselo. Lo cual me extrañó. Hasta que vi la fuerza con la que la mano de mi tía apretaba la suya en la mesa. Para ella Mara era única y exclusivamente hija suya. Y no estaba preparada para renunciar a ella después de tan pocos meses.

Sin embargo, Alexéi retiró la mano. Al mismo tiempo su mirada fue muy reveladora. Hasta aquel momento yo nunca me había planteado que ellos dos no solo no se quisieran, sino que pudiesen odiarse. Ya no tuve la menor duda.

Mara seguía guardando silencio.

—Mi querido Demian, mis queridos Eisenhuth —comenzó Alexéi—, si hace un instante hablábamos de sorpresas, esta es de las grandes. —Frente a mí, Albin enderezaba una y otra vez sus cubiertos sin mirar. Su moderada risa serpenteó por la mesa y pareció silbar a todo el que se percató de su agitación—. Y como soy un hombre de opiniones modernas, y aunque por mi parte nada se interpone en mi consentimiento a tan maravillosa unión —como siguiese divagando así solo para no tener que ir al grano, yo rompería a gritar y nada podría pararme—, solo me comprometeré cuando sepa cuál es la decisión de Mara. A fin de cuentas, es de su felicidad de lo que estamos hablando aquí.

Las uñas de Ofeliya se clavaron más todavía en mi pierna. Por supuesto, su padre no habría dicho lo mismo si Demian hubiese pedido su mano, porque entonces a nadie le había importado nunca

su felicidad. La muchacha lisiada y el rico heredero: ¿cómo no habría podido ser feliz así?

A mi lado, Mara se levantó de la silla. Sus dedos rozaron la mesa, como si se apoyase en ella, pero en realidad destilaba absoluta libertad, absoluta sublimidad.

—Tus palabras me han conmovido, Demian, y no puede alegrarme más la cordial acogida que me habéis dispensado todos. —¿Se lo había aprendido de memoria? ¿Sabía lo que iba a pasar esa noche? No, seguro que solo le estaba dando jabón—. Y lo cierto es que ni siquiera me lo tengo que pensar, porque tu proposición me hace muy feliz. Sí, Demian, nada me gustaría más que ser tu esposa.

—Mierda —musitó Ofeliya.

Albin se hundió un instante en su asiento mientras su mirada volvía de nuevo a los cubiertos y descansaba en el cuchillo.

A nuestro alrededor la gente comenzó a aplaudir y yo descubrí una expresión de genuino alivio y alegría infantil en los rasgos de Demian cuando dejé de mirar a Albin para centrarme en él y después de nuevo en Mara.

Esta sonreía con un ligero rubor en las mejillas, y yo la vi de nuevo en el asiento del acompañante en el cabriolé, con los brazos levantados, su largo cabello despeinado por el viento, tan absorta en la dicha de ese instante que ya entonces tendría que haberlo sabido yo, con la mayor, la más absoluta de las certezas.

Demian dio la vuelta a la mesa deprisa, se puso de rodillas delante de Mara y le besó la mano mientras el aplauso en la sala cada vez era más nutrido y yo pugnaba por reprimir las náuseas que me atenazaban la garganta. Ofeliya me dijo algo al oído, pero no la entendí, no entendí nada de nada hasta que Mara y Demian se abrazaron, no con el recato y la falta de familiaridad que habría

cabido esperar, y después Frederik volvió a dar unos golpecitos con el cuchillo en la copa y pidió silencio a todo el mundo.

Ofeliya aprovechó la ocasión para farfullar:

—¿Y si lo hace por ti? ¿Para que os podáis ir juntos a Leipzig?

No tuve tiempo tan siquiera de sopesar la idea en toda su trascendencia, ya que Frederik tomó la palabra. En el resto de la sala se reanudó el murmullo vespertino de las conversaciones, la mayoría de los huéspedes volvieron a centrar la atención en sus propios asuntos.

—Vaya, mis queridos amigos, ha sido emocionante, ¿me equivoco? —Frederik sonrió a la mesa entera sin percatarse de que su hijo menor se sumía en la furia y los celos y de que también algunos de nosotros teníamos que asimilar lo que acababa de suceder—. Bien, pues sellemos aquí y ahora los nuevos proyectos. Siempre que sus padres den su consentimiento, Mara nos acompañará mañana a Leipzig. Como Artur, que, al igual que Mara, será bienvenido en nuestra familia.

Oír mi nombre me sacó del entumecimiento, pero aun así tardé uno o dos segundos en entender que de verdad se refería a mí.

—Ya ves —musitó Ofeliya, la buena y cariñosa Ofeliya, que dominó su propia infelicidad tratando de alegrarse incondicionalmente por mí.

—En efecto, son grandes nuevas y, claro, consentimos en que los dos...

—¡No!

Fue el «no» más cortante y enérgico que yo había oído en toda mi vida.

Xenia estaba sentada muy rígida, la espalda recta, los labios exangües.

—No perderé a dos hijos de golpe —dijo de esa forma peligrosa, tan directa, que siempre hacía que mi tío renunciase de inmediato a oponer resistencia. Yo lo había vivido la última vez, cuando había insistido en traer a casa a Mara. Y volvía a hacerlo—. No me interpondré en la felicidad de Mara, porque soy...

—Su madre —masculló con desdén Ofeliya.

—... su madre, pero Artur es como si fuese nuestro único hijo, carne de nuestra carne, y nos es muy querido. A ti, Alexéi, te ayuda con tus valiosos libros, y a mí me sirve de apoyo en muchas cosas.

Para ella yo siempre había sido una carga, y me lo había hecho sentir día tras día. No, lo importante no era mi apoyo, y mucho menos lo de ser carne de su carne. A ella lo único que le importaba era vengarse de Alexéi, que le había arrebatado a Mara, probablemente lo sintiese así. Y, como él había truncado su deseo, ella frustraría el suyo.

—Por eso os ruego que entendáis que insista en que Artur se quede con nosotros. Su sitio está en San Petersburgo, ahí está su casa.

Clavé la mirada en ella, con un odio y una ira tan sordos por dentro que sabía que de mis labios no saldría ninguna palabra razonable. Así que me obligué a apartar la vista de ella, pasar por alto su expresión de triunfo —¿o era de dolor por la pérdida que suponía Mara, y en realidad yo le daba lo mismo?—, y preferí mirar a mi tío, mi última esperanza.

Este vaciló, imagino que sorprendido con tan abierto desafío delante de todo el mundo.

—Bien —dijo al cabo—, pues así será. Mara viajará mañana con vosotros y Artur volverá a casa con nosotros. Finalizará su aprendizaje en la Biblioteca Imperial y después ya veremos qué se hace.

Nadie me preguntó nada. Nadie tan siquiera me miró. Todos centraron la atención de nuevo en la feliz pareja, que estaba a mi lado.

Todos salvo Ofeliya.

—Ojalá mi madre se muera —musitó.

Pero hasta entonces aún habrían de pasar tres años.

20

En el corazón de acero del *Saltan*, Grigori acariciaba la menta.

—¿Y eso fue todo? —inquirió—. ¿Así quedaron las cosas?

—No del todo —respondí yo.

En algún lugar del barco alguien daba órdenes a voz en grito. Sucedía a menudo, y cada una de las veces yo me estremecía, porque tenía miedo de que apareciera Volonov con más policías. Era un temor absurdo: si hubiera sabido que yo estaba en el mismo barco que él, ya habría intentado dar conmigo.

—Pero Mara se fue a Alemania con ellos al día siguiente, ¿no? —quiso saber Grigori—. De golpe y porrazo.

—La guerra era inminente —repuse—. No tenía sentido aplazar las decisiones. Poco después, habría sido prácticamente imposible ir de San Petersburgo a Leipzig.

—A no ser que se reservase un cómodo pasaje en barco, como nosotros dos —apuntó con una sonrisa sarcástica, y me pregunté qué tendría que pasar para que Grigori perdiera su buen humor—. ¿Cómo fue la despedida?

Torcí el gesto.

—Te gusta hurgar en la herida, ¿eh?

—Perdona.

—Bueno, yo estaba hundido en la mayor de las miserias, y a pesar de todo tenía la sensación de ser un mero espectador. Como es natural, hubo una gran despedida delante del hotel. Mara me regaló su paleta. Después los recogieron dos vehículos y los llevaron

a Niza, a la estación. Demian regresó a Leipzig en su Silver Ghost, a todas luces les pareció indecoroso dejar a Mara a solas con él.

—¿Cuántos años tenía? ¿Diecisiete?

—Sí, recién cumplidos. Entonces yo sencillamente no podía creer que se hubiera enamorado de Demian en cuestión de unos pocos días.

—Y no se enamoró —replicó Grigori—. Quería su dinero. Primero se puso cómoda con vosotros y luego, cuando se le presentó una oportunidad aún mejor, la aprovechó. Así son las mujeres.

—Parece que conoces a unas cuantas.

—Lo sé por los libros.

—Unos libros que han escrito hombres.

Él levantó los brazos.

—Como ni siquiera me pueda creer lo que pone en los libros, apaga y vámonos.

Sus palabras no tenían sentido, así que cambié de tema.

—Nos quedamos en la explanada, viendo cómo se alejaban los coches envueltos en una nube de polvo. No era capaz de mirar a Xenia a los ojos, porque me habría gustado estrangularla. Y Alexéi, por su parte, me evitaba, porque sabía bien lo que me había hecho.

—¿Y los Eisenhuth?

—No volví a ver a ninguno de ellos.

—Pero has dicho que Mara te escribió cartas.

—Varias, sí. Para contarme que se había instalado y estaba bien. Sobre todo me describía la ciudad, el barrio Graphische, todas las librerías y las editoriales. Salía mucho a pasear y lo veía todo. A veces, en los márgenes de las cartas dibujaba pequeños bocetos de fachadas que le habían llamado la atención. Eso era nuevo; al fin y al cabo, antes solo pintaba rostros.

—¿Tienes la impresión de que es feliz?

—Eso afirmaba ella. —Me paré a reflexionar un momento—. Pero no sé si era verdad. A veces lo dudaba, pero después pensaba que eso era lo que quería creer. Que quizá solo deseara que Mara fuese infeliz para que volviera pronto. O... —el pensamiento me avergonzaba un tanto— o que se diera cuenta de que había cometido un tremendo error.

—¿Y fue así? —Grigori me escudriñó con más insistencia que antes—. Me refiero a que, objetivamente, lo ha hecho todo bien. Una huérfana de la calle cuyo ascenso en la escala social es bastante meteórico... No termino de ver cuál puede ser la equivocación.

—No lo ama.

—Eso es lo que tú dices.

—Solo lo conocía desde hacía unos días cuando él le propuso matrimonio.

Grigori asintió, prudente.

—Pero ahora hace tres años que lo conoce y sigue allí.

Como si yo no lo hubiera pensado. Un millón de veces.

—En plena guerra no habría podido marcharse, aunque hubiese querido hacerlo —señalé—. Y si en el Imperio alemán las cosas están tan mal como dicen, mucho menos.

—Lo están —aseguró él—. La gente muere de hambre en las calles. En cuyo caso uno se pensará muy mucho si quiere renunciar a la seguridad que brindan una familia rica y su acogedora villa.

—Tengo que hablar con ella en persona.

—Desde luego —convino Grigori—. Después de lo que sucedió, ¿cómo fueron las cosas entre tu tía y tú?

Resoplé con desdén.

—¿Sabes qué otra cosa hizo Xenia?

—¿Cómo lo voy a saber si no me lo cuentas?

—Cuando se fueron Mara y los Eisenhuth, Xenia se vino abajo. Hizo todo un teatro, con lágrimas y desmayo y sales. La acomodamos en una butaca del gran salón, mirando hacia el mar, y entonces nos contó que, cuando hacía la maleta, le había quitado una cosa a Mara.

Grigori aguzó el oído.

—¿Qué le birló?

—Dos cosas —respondí—. Cuando Mara llegó a nuestra casa no tenía muchas posesiones. Varios vestidos, su paleta y las pinturas, una cadenita con una piedra de luna y un libro antiguo. A ese libro era a lo que más apegada estaba, no permitía que nadie lo tocara. Yo mismo solo le eché una ojeada una vez. Me parecía una Biblia en una funda de madera.

—¿Es una persona religiosa?

Negué con la cabeza.

—En absoluto.

—Quizá lo heredase de su familia.

Vacilé antes de contestar.

—Quizá.

Grigori al parecer no se percató de mi titubeo.

—¿Y Xenia le quitó el libro de la maleta a Mara?

—El libro y la piedra de luna.

—¿A modo de recuerdo?

—No. En casa Xenia tenía multitud de recuerdos, sobre todo los cuadros que había pintado Mara. Pero la intención de Xenia era otra. A nosotros nos contó que lo había hecho porque confiaba en que Mara echase de menos esas dos cosas y volviera antes con nosotros. Pero yo creo que en realidad fue su forma de vengarse. Igual que impidió que yo me fuese a Leipzig para vengarse de mi tío, le quitó a Mara el libro y el colgante para vengarse de ella.

Grigori resopló.

—Para ella era una traición que Mara la hubiese abandonado.

—En efecto. Así era mi tía. No soportaba no salirse con la suya, y cuando eso sucedía, se volvía hostil y malévola. Ofeliya era quien mejor lo sabía, claro, y también fue la primera en calarla. Se lo dijo a Xenia a la cara y después se armó un buen griterío y... En fin, ya te lo imaginas.

—Pese a ello os quedasteis un poco más en Francia, ¿no?

—Hasta finales de febrero.

Grigori se puso a contar con los dedos.

—Cinco, seis semanas.

Asentí.

—Durante ese tiempo solo hablé lo imprescindible con Alexéi y Xenia, pero Ofeliya y yo hicimos varias excursiones juntos e incluso intentamos visitar de nuevo la villa de los Eisenhuth para ver la biblioteca de Frederik, pero el administrador no nos dejó entrar. —Me encogí de hombros—. Todo aquello nos unió a Ofeliya y a mí más que nunca.

—¿Y Mara?

—La primera carta llegó cuando aún estábamos en Francia, y después no supimos nada de ella durante un tiempo. —Estiré los brazos y las piernas, que se me habían entumecido de estar tanto tiempo sentado en suelo—. Luego llegó el día de la partida y, como siempre, dejamos parte de nuestras cosas en baúles y maletas para que las guardaran en el desván del hotel. Junto con los bártulos de los demás rusos que pensaban que volverían. Y yo hice lo mismo que Xenia: en el último momento le saqué de la maleta la piedra de luna y el libro, metí ambas cosas en un sobre grande y escribí en él el nombre de Mara. Después me escabullí al desván e introduje el sobre en una de mis maletas. Sencillamente no permití que Xenia se

saliera con la suya. Había robado a Mara, y yo le había robado a ella. Y, con el tiempo, o al menos eso me imaginé entonces, todos volveríamos al Trois Grâces, los Kalinin y los Eisenhuth, y le devolvería a Mara sus cosas.

Grigori farfulló algo y dijo:

—Pero eso no sucedió.

—No. El libro y la piedra de luna deben de estar aún en el desván del hotel, por lo menos hasta que a alguien se le ocurra desvalijar los baúles. Quién sabe si volveré a ese sitio. O si Mara lo hará.

—¿Preguntó por sus cosas en las cartas?

—Le escribí que Xenia le había quitado la piedra y el libro, y que yo los había guardado en el hotel. Mara nunca dijo nada al respecto. Quizá esas cosas ya no fuesen tan importantes para ella, seguro que tiene otras muchas nuevas que son mucho más valiosas. Y es muy posible que de todas formas ya no quiera saber nada de su pasado.

—De ti, te refieres.

—De mí y de lo que sucedió antes de que se viniera con nosotros.

Dio la impresión de que Grigori iba a preguntar qué había sucedido, pero en ese mismo instante las máquinas del *Saltan* se pararon. De un minuto a otro cesaron todos los sonidos del barco, los chirridos y los bufidos de los engranajes enmudecieron y el majestuoso retumbar de la hélice se interrumpió. Aquí y allá se oyeron unas últimas órdenes, y después el silencio envolvió el buque de vapor.

Mi voz se tornó un susurro instintivamente.

—Pero ¿qué...?

Grigori se llevó el dedo índice a la boca y se levantó. Pasó por delante de mí en el estrecho pasillo de tubos que unía nuestro escondite con la sala de máquinas. Una vez allí, se detuvo y aguzó el oído.

—¿Vienen? —susurré.

Él negó con la cabeza.

—No lo creo.

De nuevo tratamos de averiguar lo que estaba pasando en el laberinto de cámaras de acero y pasillos. Alguien tenía que haber tranquilizado a los pasajeros en los atiborrados camarotes, de lo contrario el pánico habría cundido hacía rato. La nuca se me puso rígida de la tensión y las sienes empezaron a palpitarme.

Grigori volvió y se acomodó junto a la menta.

Con los labios secos formulé una pregunta muda.

—Submarinos —respondió él—. Deben de estar muy cerca. Si nos oyen, estamos muertos.

21

1928

Tras su huida nocturna del hotel, Liette fue hasta Juan-les-Pins, dejó a la izquierda el paseo marítimo y la playa de arena, y entró en una pequeña comisaría. En el pueblo —en realidad un barrio periférico de Antibes que había salido como de la nada para alojar a veraneantes— había poco más que unos cuantos hoteles y villas caras; la delincuencia se limitaba a cuentas sin pagar y peleas de borrachos.

En consecuencia, el único agente de policía que esa noche estaba de guardia se aburría. Naturalmente, no creyó una sola palabra de lo que le contó la niña de once años que apenas llegaba al mostrador y estrechaba con fuerza, como si fuese un peluche, una bolsa llena a reventar. Le habló del complot para asesinar a sus padres, de los secretos de su tío y de los enredos de un misterioso doctor cuyo nombre ella desconocía. Al final el policía le pidió que se sentara en una silla cerca de la entrada mientras él se ocupaba de cumplir los trámites necesarios. Ella vio tras un cristal que el hombre echaba mano del teléfono y algo en su semblante le dijo que intentaría llamar a su tío, y Liette se preguntó si este le habría mentido cuando aseguró que durante el verano los teléfonos del hotel no funcionaban. No quería correr el riesgo.

Cuando el policía se dio la vuelta para hablar con la centralita, Liette se levantó de un salto y salió corriendo a la noche,

pestañeando con resolución para ahuyentar las lágrimas, y vio, borroso, un autobús al otro lado de la calle, debajo de una farola. El motor ya estaba en marcha, partiría de un momento a otro.

Dos minutos después estaba sentada en un asiento junto a la ventana mientras, tras esta, la comisaría cada vez era más pequeña. Hasta el último momento contó con que el policía saliera corriendo y fuese detrás de ella, obligara al conductor a detenerse haciéndole señas —o efectuando un disparo al aire— y esposara a Liette y la metiese en una celda hasta que su tío fuera a buscarla para hacerla callar de una vez por todas.

Sin embargo, el autobús avanzó petardeando hasta el límite de la localidad y dejó atrás los interminables pinares que daban nombre al pueblo. A la mortecina luz de los faros parecían un emparrado de esculturas óseas de color gris ceniza.

La oscuridad era absoluta desde hacía ya rato, y ese era el último autobús que realizaría aquella noche el recorrido a Niza por la carretera de la costa. Liette había pagado el billete con dedos temblorosos. El conductor la miró con el ceño fruncido, no era de extrañar, y ella seguía sin fiarse de él; consideraba posible que por el camino la pusiera en manos de un coche patrulla o incluso que la dejase en el hotel. Pero unos minutos después pasaron por delante del camino de acceso del Château Trois Grâces, sin reducir la velocidad, y por primera vez Liette se sintió un poco más segura, ya no tan agitada, y tuvo la tentación de cerrar un momento los ojos, solo un ratito, porque le dolían las piernas y los pies y estaba exhausta, mucho más cansada de lo que lo había estado en toda su vida.

Una sacudida la despertó, un bache en la carretera de la costa, y después el autobús avanzó más despacio. Liette tardó unos segundos en comprender que ya llevaban un buen trecho y que,

mientras dormía, habían pasado dos o tres paradas. La de ahora se hallaba entre localidades, un recodo insignificante en la pendiente, iluminado por una única farola. En el otro lado, hacia el mar, discurría un estrecho arcén y más allá había una bajada pronunciada. Un letrero informaba de que más abajo había un albergue, probablemente una casa de labranza cuyos moradores se ganaban así un dinero extra.

El autobús se detuvo. Nadie subió o bajó. De todas formas, además de Liette, a bordo solo había tres pasajeros más, dos ancianas y un hombre cuyo rostro ella no veía, porque lo tenía vuelto hacia un lado de manera antinatural, como si le hubiesen desenroscado la cabeza y después se la hubieran enroscado mal. Nadie le prestaba atención a ella.

Justo cuando iba a cerrar de nuevo los ojos, descubrió algo en la penumbra, apenas iluminado por la farola, un bulto anguloso. En una vereda en el terraplén que había tras la parada, donde un camino rural serpenteaba montaña arriba, se distinguía un camión con la lona echada y los cristales oscuros.

Nerviosa, Liette se levantó de su asiento, cogió la bolsa por si acaso y corrió por el pasillo central hasta el conductor.

—¿Podría esperar un momento? Necesito bajar a hacer pis.

El hombre no se volvió hacia ella cuando repuso:

—Tengo un horario que cumplir.

—Me daré mucha prisa. Se lo prometo.

El hombre profirió un suspiro y señaló la puerta.

—Pero corre. Si no has vuelto dentro de tres minutos, me marcho.

Liette tuvo que echar todo su peso en la dura manilla de la puerta para bajarla. Después salió al aire libre y caminó un poco a lo largo del autobús para llegar a la vereda donde estaba el camión. En la ventanilla vio al hombre de la cabeza ladeada. Tenía la frente

apoyada en el cristal, pero ella no pudo distinguir si dormía o si estaba despierto y la observaba.

Dio la vuelta al camión y pegó unos golpecitos en el cristal del lado del conductor.

—¿Maxim?

Lo llamó de nuevo, pero no obtuvo ninguna respuesta. Dentro no había ningún movimiento. En el salpicadero reparó en el libro descolorido que Maxim siempre llevaba consigo: *Umbra vitae*. Sacudió la manija: la puerta estaba cerrada. Tal vez Maxim se hubiese permitido una habitación en el albergue del final de la pendiente. Durante un instante se planteó ir corriendo hasta allí, pero el riesgo de no encontrarlo era demasiado grande. Allí había otras casas de agricultores, quizá amigos suyos con los que podía pasar la noche. Pero ella tenía que llegar a París lo antes posible para advertir a sus padres.

El conductor tocó el claxon y un momento después arrancó.

—¡Ya voy! —exclamó ella.

Metió la mano en la bolsa deprisa y corriendo; rebuscó, encontró lápiz y papel, y escribió a toda prisa una nota para Maxim: se iba sola a Niza para coger desde allí el tren a París. Su tío se había conchabado con unos delincuentes que querían matar a sus padres. Mientras refería esto en dos frases, difícilmente pudo seguir enfadada con el policía: era cierto que parecía lo típico que un niño se inventaba para llamar la atención.

Se volvió a oír la bocina del autobús. Seguro que por última vez.

Liette introdujo la nota entre la ventanilla y la puerta, cogió la bolsa y corrió al autobús.

—Vaya, por fin —refunfuñó el conductor—. Este es un medio de transporte público y a la gente le importa la puntualidad.

Con la respiración acelerada y el corazón aporreándole el pecho, Liette fue hacia atrás mientras el autobús arrancaba con una sacudida. Poco antes de llegar a su sitio, cambió de opinión, volvió delante y se sentó detrás del conductor, encogiendo las piernas. El hombre de la cabeza desenroscada no le parecía inquietante, en realidad nadie en ese autobús se lo parecía, pero allí delante no sentía tanto miedo como atrás.

A cada pocos kilómetros se detenían. Nadie más subió al autobús, y llegaron a Niza muy tarde. Las dos mujeres se bajaron a las afueras de la ciudad; Liette, en la estación. Cuando se alejaba de la parada, vio que el hombre también se bajaba del autobús. Durante un momento se detuvo y después echó a andar en la dirección opuesta, tambaleándose.

El andén desde el que salía el *train bleu*, que pasaba por París rumbo a Calais, estaba desierto. El valor que la había sostenido hasta entonces cayó al fondo de su estómago con la fuerza de un ladrillo. Después de todo lo que había pasado, faltó poco para que no se echara a llorar. Pero entonces descubrió una pizarra en la que, escrito en tiza, ponía que ese día el *train bleu* salía de otro andén, puesto que llegaría con retraso de Montecarlo.

Liette echó a correr y allí estaba, una larga cadena de coches cama azul metálico con la franja dorada, entre medias los vagones más bonitos, con el coche restaurante y los salones. Liette ya había viajado muchas veces en el *train bleu*, la última sin ir acompañada, así que no le asustaba lo más mínimo subir sola. Los revisores y los *conducteurs* ya estaban cargando las últimas piezas de equipaje de los pasajeros. Liette vio a una familia con varios niños y subió al tren pegándose a ellos, para que nadie hiciese preguntas. Confiaba en poder comprar después el billete a un revisor y, de no ser posible,

con suerte la llevarían de todas formas a París para ponerla en manos de sus padres.

Las puertas se cerraron, el tren saldría de un momento a otro. A bordo iban muchos ingleses y americanos, también algunos alemanes y rusos. Liette descubrió un vagón del coche cama que solo estaba reservado a partir de Cannes. Se aseguró de que nadie la veía, se metió dentro y cerró la puerta. No tardarían en encontrarla, pero era una niña, y harían la vista gorda en gran medida, lo sabía por viajes anteriores. Los niños se perdían constantemente en ese tren; mientras buscaban a sus padres acababan en el compartimento que no era o aparecían en los coches salón, en los que, debido a los notorios excesos con los juegos de azar y con el alcohol, no se les había perdido nada.

Liette dejó la bolsa y se acercó a la ventanilla justo a tiempo de ver a alguien que corría fuera a lo largo del tren.

—¿Maxim?

Liette agarró la manija, se colgó de ella con todo su peso y consiguió bajar el cristal unos centímetros. Luego se atascó y no logró bajarlo más.

—¡Maxim!

Él se detuvo, la había oído, pero no la veía.

Una sacudida recorrió al tren, que acto seguido se puso en movimiento despacio.

—¡Maxim! ¡Estoy aquí!

Sus ojos la buscaron, y solo entonces reparó ella en lo sudado que estaba. Conque no dormía en una de las casas de los campesinos, sino que quizá hubiese desaparecido un momento entre las matas cuando ella le dejó la nota. Pero ahora estaba allí. Y el tren comenzaba a alejarse.

Sus miradas coincidieron cuando Liette movía los brazos, nerviosa. Él fue hasta su ventanilla.

—¡Liette!

—Mis padres... —empezó, pero él negó con la cabeza con vehemencia.

—Al tren ya no me puedo subir, pero me ocuparé de que en París te ayude alguien. —La mitad de sus palabras, más que oírlas, Liette las adivinó.

—¡¿Quién?! —gritó ella contra el cristal.

El tren cada vez era más rápido y ruidoso.

—¿Qué?

—¿Cómo lo reconoceré?

—Te dirá... —un estridente pitido— nombre.

—¡No te entiendo!

A Maxim le costaba seguir el ritmo del vagón y estaba sin aliento.

—Te dirá... cuál es mi verdadero nombre.

¿De verdad había dicho eso? ¿Su verdadero nombre?

—¿Es que no te llamas Maxim?

Él hizo un gesto negativo.

—Pero yo no sé cuál es tu verdadero nombre. —Pegó la cara a la ventana, ya que poco a poco él se iba quedando atrás.

Sus labios se abrieron y se cerraron. Le dijo algo, pero Liette no entendió nada.

—¡No te oigo!

Después también dejó de verlo, porque el andén finalizó y Maxim desapareció. Fuera se deslizó únicamente un muro de ladrillo marrón, como las paredes de un panteón, iluminado por los compartimentos que iban pasando. Las ruedas chirriaban y rechinaban, y Liette vio reflejada su imagen en el cristal, muy estrecha y blanca, como la de un muerto. Parecía desesperada,

como la niña perdida que no quería ser. Se encontraba sola y tenía miedo, pero también la invadía una resolución que habría sorprendido a un adulto. Sobre todo a su tío.

Y a ese doctor. Al hombre que quería matar a sus padres.

Empujó la ventanilla hacia arriba con todas sus fuerzas hasta que dio contra el marco. El ruido de fuera se volvió más indistinto, las ruedas traqueaban a mayor velocidad. Olía al carbón que expulsaba la locomotora, cuyo humo se colaba por la ventanilla. Se oyó de nuevo un silbido agudo, el tren cogió velocidad y atravesó la noche rumbo al oeste.

Durante un rato, Liette permaneció sentada en el oscuro compartimento, cavilando. Había apagado la luz para que no entrase el revisor. No sabía si era buena idea, solo quería que la dejasen tranquila el mayor tiempo posible. Si, pese a todo, la encontraban, llevaba bastante dinero encima. Pero quizá alguien insistiera en saber por qué una niña tomaba el tren nocturno completamente sola y sus padres no la habían confiado al *conducteur* de su coche cama, como era la práctica habitual en esos casos.

El tren se detuvo varias veces en rápida sucesión; fuera, en el pasillo, se oían pasos y equipaje. Después Liette vio el letrero de la estación de Cannes y supo que tenía que dejar el compartimento. No quería que la echaran, así que cogió su bolsa de tela, metió el monedero en el fondo del todo y echó a andar hacia el coche restaurante.

La mayoría de las puertas de los compartimentos estaban cerradas, en muchos de ellos se oían voces. Un *conducteur* uniformado —había uno para cada vagón del *train bleu*— iba hacia ella con varias botellas de champán.

—A esta hora deberías estar en la cama hace rato, jovencita —observó.

—Mis padres están acostados y ahora mismo no me quieren con ellos —respondió Liette.

El hombre arrugó la nariz.

—¿Qué vagón?

—Siete —afirmó ella. Sabía que existía porque había viajado en él a la ida.

El *conducteur* asintió y pasó por delante.

—Pero no vayas al coche Pullman, ahí no se te ha perdido nada.

—Seguro que no.

Unos minutos después le llegó un olor a tabaco y acto seguido entró en el primero de los salones rodantes, con una larga barra y mesas de *bridge* muy concurridas, en las que quienes todavía no habían perdido suficiente en los casinos de la costa probaban suerte por última vez. Hombres con trajes oscuros, mujeres con vestidos de noche, jugadores profesionales y eternos perdedores, damas de compañía que esperaban su oportunidad y cortesanas que ofrecían sus servicios en los discretos coches cama a cambio de un buen dinero. Se bebía mucho, se proferían imprecaciones, se reía a carcajadas y se contribuía al buen ambiente con polvo blanco. Liette tenía una idea aproximada de lo que sucedía en esa clase de sitios y sabía que no tolerarían su presencia mucho tiempo. Se abrió paso estoicamente entre todos los cuerpos sudorosos, perfumados, para llegar al final del vagón. En el coche restaurante estaría más segura, tal vez allí incluso hubiera niños entre los que no llamara la atención.

Pero no consiguió llegar tan lejos. Primero había otro vagón lleno de compartimentos, y un *conducteur* desapareció en ese instante por el extremo opuesto con una caja de botellas vacías. El pasillo

que se abría ante las puertas de los compartimentos estaba desierto, y Liette apretó el paso para dejarlo atrás lo antes posible.

Había pasado por delante de las primeras tres o cuatro cuando detrás de ella se abrió una puerta. La envolvió una humareda de tabaco. Liette no se volvió. Alguien salió al pasillo y se detuvo. Después fue tras ella.

—¿Te has perdido? —preguntó una voz de hombre—. ¿Necesitas ayuda?

Liette continuó andando y pensó en el cuchillo de cocina que llevaba en la bolsa.

—Estoy hablando contigo.

Una mano la cogió por la nuca y le dio la vuelta. Ella quería defenderse, pero durante un instante el miedo la paralizó de tal forma que no fue capaz de reunir la fuerza necesaria para hacerlo.

El hombre era mayor, al menos a ella se lo parecía, tenía el pelo grasiento y amarillento y la misma luz demencial en los ojos que había visto a los que utilizaban el polvo en el salón.

—Vente conmigo —dijo—. Podemos pasar un poco de tiempo juntos. —Tenía los labios mordidos y un arañazo largo en el cuello.

Liette abrió la boca para gritar, pero él se la tapó con su apestosa mano. Le pegó, lo bastante fuerte como para que él lanzara un grito ahogado, pero el hombre la cogió por el pelo, le dio media vuelta y le estampó la oreja contra la pared que había junto a la puerta del compartimento. Ella dio patadas hacia atrás, intentó zafarse de él, morderle los dedos, quitárselo de encima como fuera.

Acto seguido el hombre desapareció.

Liette se tambaleó hacia atrás, se golpeó la espalda contra la gran ventanilla y no entendió lo que había sucedido. La puerta del compartimento del hombre estaba entreabierta y ella creyó oírlo detrás, respirando pesadamente, casi resollando.

Dos policías habían entrado en el pasillo por el extremo del vagón. El primero volvió la cabeza mientras hablaba con el otro.

«Ve con ellos —le susurró su voz interior—. Te protegerán. Para eso están aquí.»

Pero entonces la asaltó un miedo cerval de que la sacaran del tren en la siguiente estación y la enviaran de vuelta al Trois Grâces por la mañana, con independencia de lo que ella les contase. Era una fugitiva, y para los policías eso significaría que no podían creerla. Que ella contaría cualquier cosa con tal de que la dejaran marchar. Llevaba el estigma del mentiroso antes de que abriese la boca.

Los dos agentes se acercaban.

Liette miró por la puerta. Ahí dentro estaría a salvo de ellos. No del hombre, pero quizá él la echara si se defendía con bastante fuerza, y para entonces los policías ya se habrían ido y ella estaría un poco más cerca de París, casi con sus padres.

Los agentes se reían mientras se aproximaban a ella.

—Entra —dijo un susurro por la abertura—. De esos no te puedes fiar.

Liette extendió la mano hacia la puerta. Solo tenía que empujarla y meterse dentro. Esta vez no le daría la espalda al hombre. Sabría defenderse, al menos hasta que los policías se hubieran ido. Y, mientras estuviesen fuera, él no le haría nada, porque entonces tal vez ella gritase, y seguro que el hombre no quería que tal cosa sucediera.

—No te haré nada —se oyó en la oscuridad—. Aquí estarás a salvo.

Liette veía su silueta. Estaba un poco encorvado, como el enano contrahecho de un cuento.

Su dedo asomó por la abertura, se curvó para indicarle que se acercara.

Los uniformados se detuvieron. Volvieron a reírse.

La mano de Liette tocó la puerta.

Uno de los policías la miró. El regocijo desapareció de sus rasgos, debajo su rostro era como de cristal.

El hombre abrió un poco más la puerta por dentro. Ella le vio la sonrisa, afilada como una hoz, sumamente cordial, como si estuviese de su lado.

Tras ella se abrió de par en par la puerta del compartimento contiguo.

—Vaya, conque estás ahí —exclamó una voz de mujer—. No es esa puerta. ¿Es que nunca se te puede dejar sola?

Los policías ya no hablaban. Ambos las miraban.

—Entra de una vez —pidió la mujer.

Liette seguía mirando a los uniformados. En la puerta entreabierta la sonrisa del hombre había desaparecido, y un instante después cerró la puerta.

—¿Algún problema? —preguntó uno de los policías.

—No, ninguno, es solo que estaba preocupada por mi hija.

Su hija. Liette volvió la cabeza despacio.

Lápiz de labios dorado. Cabello rubio platino.

—Entra —le susurró la mujer. También ella olía a tabaco, pero no era tan desagradable como el hombre del otro compartimento. Olía bien, como un paquete recién abierto.

—Si necesita algo, podemos enviarle al *conducteur*, madame —sugirió el primer policía. Ambos se acercaban despacio.

—No debería dejar que la niña anduviera sola por el tren a estas horas —le aconsejó el otro—. De ninguna manera.

—Y ustedes quizá debieran preocuparse de los salones en lugar de darme a mí buenos consejos —replicó, enfadada, la mujer. Cogió

a Liette por el hombro y la metió en el compartimento—. Buenas noches, caballeros.

Cerró dando un portazo y dejó a los hombres con la palabra en la boca. Después se hizo el silencio. Los policías no se movían del sitio. En tensión, Liette contaba con que llamaran, que aporreasen la puerta con los puños.

Al cabo, sus pasos se alejaron.

Allí no había nadie más, Liette estaba a solas con la desconocida. Retrocedió para alejarse de ella hasta que se dio de espaldas contra la ventana, cuyas cortinas estaban echadas.

—¿Cómo te llamas? —La mujer llevaba una elegante blusa y una falda por la rodilla, debajo medias de seda con costura.

—Paula —mintió Liette.

—¿De veras? —Casi parecía risueña—. Yo también me escapé una vez. Hace mucho tiempo. —Cuando hablaba, daba la impresión de que los dorados labios siempre se despegasen una décima de segundo tarde, como si los tuviese untados de sirope.

—No me he escapado —replicó Liette, y al menos eso no era mentira—. Voy a mi casa.

—¿Tienes billete?

De ninguna manera mencionaría el dinero que llevaba en la bolsa.

—Claro.

—¿Y adónde quieres ir?

—A Dijon.

—En tal caso, estás en el tren correcto.

—Lo sé. No soy tonta.

La mujer frunció el ceño.

—¿Por qué eres tan arisca?

—El hombre de al lado ha intentado meterme en su compartimento. Quería tocarme. Hacerme algo.

El semblante de la mujer se ensombreció.

—También lo ha intentado conmigo. Le he aplastado los huevos. Por eso ahora prefiere a niñas que no puedan defenderse.

—Yo me he defendido.

El comentario hizo sonreír a la mujer, que se acercó a Liette y extendió la mano. Liette creía que iba a acariciarle la mejilla, pero lo que hizo fue cogerle la cadena que llevaba al cuello. Antes de abandonar el hotel, había cambiado el pequeño crucifijo que llevaba siempre por la piedra de luna que había encontrado en el desván. En realidad pesaba demasiado para la cadenita, que se le clavaba en la nuca.

—Qué piedra tan bonita —comentó mientras la sopesaba en la mano con aire pensativo—. Casi como un trocito de luna, ¿no? No tengas miedo, no te la voy a quitar.

Después de mirarla por los dos lados, se la metió a Liette por dentro del vestido. El frío dorso le resbaló por el esternón, bajo el vestido estaba completamente sudada. Seguía tenido el pulso acelerado.

—¿Cómo se llama? —inquirió Liette.

—¿Si te digo mi verdadero nombre me dices tú el tuyo?

—Sí.

—Soy Ulita —dijo la mujer—. Ulita Glinka.

—¿Es un nombre ruso?

—Sí.

—Pero no habla como los otros rusos.

—Vivo en Francia desde hace tiempo.

—¿Dónde vive?

—En Niza.

—¿Y adónde va?

—A París. —Esbozó una sonrisa—. Estas son muchas preguntas, y yo sigo esperando a que me digas cómo te llamas de verdad.

Liette exhaló con fuerza.

—Me llamo Mara.

—Conque Mara.

—Mara Vidal.

La mujer amusgó los ojos un poco, pero tal vez solo lo pareciese, dado lo tenue que era la luz en el compartimento.

—Puedo leerte la mano, si quieres.

Se oyó un golpe. No en la puerta, sino al otro lado de la pared del compartimento contiguo.

—Ese cerdo. —Ulita giró sobre sus talones, se agachó por encima de la estrecha cama y aporreó la pared con el puño—. ¡Eh, degenerado, estate quietecito o llamo a la policía! Veremos lo que encuentran ahí.

Esperó un momento, y como no obtuvo respuesta alguna, tampoco ningún golpe más, se volvió de nuevo hacia la ventana.

Liette aprovechó la oportunidad para pasar por delante de ella, y casi llegó hasta la puerta.

Ulita la observó risueña.

—¿Me tienes miedo?

—No.

Ulita alargó el brazo y le cogió los dedos.

—Vamos a verlo.

Liette quería soltarse, pero la mujer la sujetó con fuerza, sin dejar de sonreír.

—No quiero hacerte daño. De verdad.

Liette respiraba tan deprisa como si llevara varios minutos corriendo, y el corazón le latía a más velocidad que antes en el pasillo. Pero se obligó a calmarse, respiró hondo varias veces e

incluso consiguió asentir. Abrió el puño despacio y le mostró la palma a Ulita.

—En realidad esta luz es muy mala —afirmó la rusa.

—¿Es usted una especie de bruja?

—Una adivina.

—¿Todo lo que adivina es verdad?

Ulita se rio suavemente. Liette veía dónde terminaba el carmín dorado y dónde empezaba la piel roja de su boca, como si su rostro solo fuese una máscara y detrás escondiera algo.

—Muchas cosas son verdad —contestó—. Y algunas serán verdad.

—Yo no creo en eso.

—Pues deberías.

Ulita pasó con delicadeza la yema de la mano izquierda por la mano abierta de Liette y después acercó un poco más la cara mientras apretaba los dorados labios. Una sonrisa como de metal.

Liette pensó que solo tenía que retroceder un paso y llegaría a la puerta.

—Hay demasiada oscuridad —dijo Ulita, y le soltó la mano a Liette. Parecía muy seria, como si hubiese visto algo que la inquietaba.

—Quiero irme.

La rusa la observó. Una única arruga le surcó la frente.

—Nadie te lo impide.

—Me da usted miedo.

—¿Más que el monstruo que hace un momento quería llevarte a su guarida?

—De otra manera.

Ulita ya no sonreía, pero tampoco parecía enfadada. Solo pensativa. Casi triste.

—He visto cuál es tu verdadero nombre.

—Mara Vidal —porfió Liette.
—Y más cosas.
—Creía que aquí había mucha oscuridad.
Ulita negó con la cabeza despacio.
—No aquí —musitó.
Liette giró sobre sus talones, abrió la puerta y salió corriendo.

22

Al día siguiente el tren entró en la Gare du Nord. Las luces de París lo acompañaban desde hacía ya un buen rato, primero la parca iluminación de la periferia, después el resplandor concentrado del centro.

Liette pasó la noche en un aseo estropeado, donde no la importunaron hasta que amaneció. Cuando despuntó el día fue al coche restaurante, se sentó con la mayor naturalidad del mundo con una familia inglesa acompañada de tres hijos pequeños y les contó a los padres, que hablaban bien francés, que viajaba sola, como tantas otras veces. Aderezó el relato con algunos episodios de viajes anteriores, de manera que nadie dudó de su palabra. Incluso los revisores la dejaron tranquila por la mañana, tras el cambio de turno, porque dieron por sentado que estaba con los ingleses. Solo cuando la claridad fue excesiva, se retiró de nuevo a un rincón del tren donde no le daba la luz del sol.

Cuando el tren por fin llegó a París —la siguiente estación en el camino a Calais, en el mar del Norte—, Liette se bajó y se fundió con la muchedumbre del andén. Mantenía la cabeza gacha porque temía que alguien pudiera seguirla, aunque no había ningún indicio ni ningún motivo razonable para pensar tal cosa. Casi no había dormido y estaba muy nerviosa, las rodillas le temblaban y tenía la sensación de que primero debía acostumbrarse al firme terreno que pisaba.

Una vez vio entre el mar de rostros un sombrerito negro en un cabello rubio platino y creyó oír cerrarse una mandíbula de acero dorada, abrir y cerrar, abrir y cerrar, aunque tal vez solo fuera el golpeteo de los tacones.

De la iluminada estación salió deprisa a la oscuridad que envolvía París pese a todas las farolas. La noche era omnipresente, incluso en los iluminados bulevares, como si la luz se deslizase igual que una película de aceite en aguas de un negro profundo.

Un taxi la llevó al *quartier* de Saint-Germain-des-Prés, en el distrito sexto. Cuando cruzaron el Sena, Liette sentía la inquietud como un yugo en el cuello desde hacía ya un buen rato. Al tremendo temblequeo se sumó un dolor de barriga. Sorprendía una y otra vez al taxista observándola por el espejo retrovisor. Probablemente le extrañase que una niña tan pequeña estuviese sola tan tarde, pero no le hizo ninguna pregunta. Pese a ello, a Liette sus miradas le resultaban desagradables y deseó llegar de una vez a su casa. Ya solo faltaban unos minutos, una minucia después del largo viaje, pero cuanto más se acercaban a su calle, tanto más le rugían las tripas, incluso tuvo miedo de vomitar.

Las calles de ese barrio se habían librado de la reforma urbanística que se había llevado a cabo durante el reinado de Napoleón III; algunas eran estrechas y sinuosas, de forma que no vio que algo no iba bien hasta que el taxi dio la vuelta a una esquina y estuvo a punto de embestir a un grupito de personas que se habían reunido en la calle.

El taxista exigió su dinero y dijo que por allí no se podía pasar, que el resto tendría que hacerlo a pie. Liette sentía el corazón en la garganta, tanto que creyó atragantarse con él. Se dejó la bolsa en el asiento trasero, el hombre la llamó y ella tuvo que volver a subirse al taxi para cogerla. Después se vio por fin en la calle, delante de un

muro de personas a cuyo frente un hombre provisto de un megáfono les ordenaba que retrocedieran y dejaran sitio.

Su casa aún estaba a veinte o treinta metros, y de pronto Liette supo que allí se encontraba la causa del barullo. Lo supo con una certeza tan dolorosa que se mareó y a punto estuvo de caer en brazos de una mujer que reparó en ella y, preocupada, dijo algo que Liette no entendió. La muchacha siguió avanzando, abriéndose paso entre la gente, demasiado baja para poder ver algo y demasiado conmocionada para preguntar. Algunas personas se habían echado el abrigo sobre el pijama o el camisón y estaban fuera de sí. «En este barrio», decían algunos, indignados, y «Quién lo iba a imaginar» y «No es posible», y después se oyó de nuevo la voz del hombre, metálica a través del megáfono, pidiendo que se apartaran, por favor, que la policía había llegado, nadie tenía nada que temer.

Liette llegó hasta la primera fila y vio dos coches con letras blancas, vio a hombres de uniforme que entraban y salían de un portal abierto, dentro hacían ruido en la escalera, y vio un sinfín de siluetas tras las ventanas del primer piso, donde todo estaba bien iluminado, la sala de estar, el dormitorio, su propia habitación, y en ese mismo instante sintió un grito en la garganta que no llegó a salir, solo salió un sollozo que era cada vez más intenso, que le cortó la respiración e hizo que todo su mundo se desplomara.

—¿Liette?

Una vecina cuyo nombre no recordaba y probablemente ya no iba a recordar nunca la había visto y se abrió paso hacia ella sin miramientos entre los curiosos.

—Pequeña —la llamó—. Liette, hija. —Era como si hablase en contra de su voluntad, como si en ese momento prefiriese estar en otra parte, no cerca de Liette y de todo lo que estaba sucediendo, sino lejos, muy lejos. Pero entonces se agachó a su lado mientras se

cerraba bien la bata. Tenía un aspecto ridículo, con la redecilla en el pelo, que quizá había olvidado que llevaba puesta, o a lo mejor le daba lo mismo, igual que en ese instante a Liette le daba lo mismo todo lo que no estuviese pasando arriba, en el piso—. Teníamos todos tanto miedo por ti —aseguró la vecina—, porque nadie sabía dónde estabas. ¿Has salido corriendo? ¿Has visto algo?

La mujer siguió hablando, formulando preguntas como si fuese de la policía, pero en lugar de a ella Liette miró hacia la puerta, por la que unos hombres sacaban algo grande, alargado, un cajón de madera con manchas, porque seguro que no era la primera vez que lo utilizaban, sino que lo hacían siempre que sucedía algo así. Como si algo así ya hubiera sucedido antes. Como si esa no fuera la primera y la única vez que Liette perdía a sus padres.

—¿Mamá? —dijo con voz inexpresiva—. ¿Papá?

—Ay, tesoro mío —exclamó la vecina, y los ojos se le anegaron en lágrimas y quiso abrazar a Liette, alejarla de la casa y de los portadores del féretro, pero esta no se lo permitió, se volvió y se defendió, y seguía mirando hacia allí, sin moverse del sitio, ni siquiera cuando al primer ataúd siguió un segundo y ambos fueron a parar sin miramientos bajo la lona de un camión, como la fruta que no se había vendido el día de mercado.

—Mamá —musitó ella de nuevo, agarrando con fuerza la bolsa de tela.

—Liette, cariño mío, ahora tienes que...

—¡No tengo que hacer nada! —le gritó a la mujer—. ¡Nada de nada!

—Creo que deberíamos llevarte con la policía, sería lo mejor, y quizá esta noche te puedas quedar con nosotros, si nos lo permiten.

Liette no quería ir a una casa ajena, solo quería ir a la suya, y por eso dejó plantada a la mujer sin más ni más y continuó andando,

pasó a través de dos agentes de policía que ni siquiera la vieron, porque estaban ocupados manteniendo apartados a los adultos, incluida la vecina, que le dijo algo a uno de ellos, pero ni la escuchó. De lo contrario, el hombre se habría vuelto hacia Liette y la habría cogido antes de que llegara al camión donde estaban los dos féretros. Se la habría llevado de allí en contra de su voluntad y la habría puesto al cuidado de alguien a quien conocería menos todavía que a la vecina, y, naturalmente, ella no quería nada de eso, solo quería saber con seguridad quiénes yacían en esos féretros; quizá incluso fuesen los allanadores, a los que su padre había disparado con el viejo revólver del ejército que guardaba en el cajón de abajo del armario ropero. Quizá sus padres estuvieran arriba, en la salita, estupefactos con lo que había ocurrido, con el hecho de que alguien hubiese entrado en su casa para hacer sabe Dios qué, pero, por suerte, habían podido impedirlo en el último momento, gracias al revólver y a un par de balas.

—Es probable que él apuñalara a su mujer —aventuró alguien detrás de Liette, pero, desde luego, no hablaba con ella, sino con otro hombre— y después se quitara la vida.

De puro alivio, Liette estuvo a punto de pegar un saltito, porque estaba claro que los de ahí no podían ser sus padres, de ninguna manera. Su padre jamás le habría hecho nada a su madre, a pesar de las diferencias de opiniones sobre las librerías y sobre la cuestión de si antes todo era mejor, los libros, el trabajo, la vida. A veces discutían, como todo el mundo, pero la sangre nunca llegaba al río, y en modo alguno habría habido un motivo para hacer algo más que levantar la voz, cosa que ambos detestaban, sobre todo después, cuando se arrepentían de lo que habían dicho y se esforzaban por rectificar y seguir adelante, como habían hecho siempre. Apuñalar a

alguien jamás se le habría ocurrido a ninguno de ellos, era absurdo, y por eso la noticia era buena.

Pese a todo, Liette rompió a llorar, porque sabía que esa era una noche en la que no había buenas noticias y que se estaba engañando, porque era una tonta, tan solo una niña que había creído que podría interponerse en el camino del destino como un burro cojo, y que sencillamente conseguiría detenerlo o que se diera la vuelta. Pero nada se había detenido, los asesinos habían sido más rápidos que ella, más rápidos que el tren, y era probable que solo hubiese bastado una llamada para enviar a alguien, una llamada del doctor ese a alguien de París: «Encárgate de que guarden silencio, coge un cuchillo y haz que parezca que el hombre mató a la mujer y después se quitó la vida».

Liette se volvió y salió corriendo, no hacia donde estaba la vecina, que seguía hablando con el policía que no quería escucharla, sino en dirección contraria, hacia el otro extremo de la calle, donde también se apiñaba gente para poder ver la tragedia de ese matrimonio que había terminado tan mal. Y, sí, algo se intuía alguna que otra vez, cuando el hombre salía por la puerta y no saludaba, probablemente el mal le rondara ya la cabeza, y quizá incluso llevara ya encima el cuchillo, y uno había tenido la gran suerte de limitarse a negar con la cabeza y no decir nada, porque de lo contrario tal vez se lo hubiese cargado también, con cincuenta o sesenta puñaladas, según decían; la había hecho picadillo, un drama, un verdadero drama del que uno se había librado por los pelos, a diferencia de la pobre mujer, ¿y acaso no tenían un hijo, una niña pequeña? Cielo santo, pobre criatura.

Liette corrió sin más hacia el gentío, se abrió paso entre dos personas, continuó, empujó y arremetió, pero a casi nadie le llamó

la atención, porque todo el mundo empujaba y arremetía, solo que en dirección contraria, hacia donde había algo que ver.

Y entonces alguien la agarró con fuerza, por la parte superior del brazo, con bastante brutalidad incluso, y cuando Liette miró a través de las lágrimas, vio un pelo alborotado y un rostro enorme y ancho sobre una espalda que llegaba de un lado al otro de la calle, o eso le pareció a ella. Unos hombros asesinos, un rostro asesino, y tuvo la seguridad de que ese era el hombre al que había enviado el doctor, la bestia responsable de aquello.

Quiso gritar, pero el hombre le dijo:

—Me envía tu amigo, tu amigo Maxim.

Liette todavía tenía la boca abierta, a punto de lanzar el grito, pero lo miró de nuevo, vio lo mismo de antes, un semblante criminal, un monstruo en toda regla. Se encontró mal y se mareó, y el dolor le pisaba los talones y la alcanzaría de un momento a otro, y en el fondo quizá diera lo mismo que ese tipo también la matara a ella, porque adónde iba a ir, qué iba a hacer ahora; su vida y todo lo demás carecían ya de importancia.

—En realidad no se llama Maxim —añadió el hombre—. Se llama Artur. Ese es su verdadero nombre.

«¿Artur?», pensó ella. Y musitó:

—Maxim.

—Sí, tú lo conoces como Maxim —dijo el monstruo, paciente—, pero en realidad no se llama así. Me telefoneó y me mandó un telegrama, las dos cosas, para ir sobre seguro. Y menos mal, porque ahora estoy aquí para protegerte.

—¿Para protegerme? —Estaba tan atontada como segundos antes de quedarse dormida, cuando ya nada parecía real y quizá todo fuese un sueño.

—Los hombres que les han hecho eso a tus padres seguramente aún anden cerca. Es posible que te estén buscando en este mismo instante. Tenemos que irnos de aquí.

Liette quería decir algo, replicar, pero ya no tenía importancia, así que permaneció callada, miró a su alrededor, buscó hombres con cuchillos, pero solo vio curiosos y policías, todas esas personas con las que ella no quería tener nada que ver.

—Yo soy Grigori —afirmó el hombre de la espalda ancha y la cara ancha, y es que todo en él era ancho, también la nariz y la prominente frente, y sobre todo la parte superior de los brazos, tan grandes como troncos de árbol, en modo alguno como los de una persona—. Soy amigo de Artur, y ahora también amigo tuyo, si estás de acuerdo.

—No quiero seguir en este sitio —aseveró ella.

—Ni tienes por qué.

Le pasó un brazo por los hombros, con gran delicadeza y sin embargo con determinación, y la alejó de allí sin que nadie reparase en ellos, porque la gente solo quería ver a los muertos, no a los vivos. Y Grigori cumplió su promesa y se convirtió en su amigo.

23

1957

—Así que ahora también sabemos qué aspecto tenían —observó Thomas mientras miraba las fotografías que Liette había encontrado en el archivo del hotel—. Los Eisenhuth y los Kalinin. Lo cierto es que parecen personas normales y corrientes, ¿no?

—Si para usted las personas muy ricas son normales, entonces tal vez —respondió Liette.

—¿Acaso no es usted también bastante rica?

—¿Me considera normal?

Él sonrió.

—Como mínimo valiente, si no le causa la menor impresión que por ahí fuera ande merodeando alguien que ya ha entrado en su casa por lo menos una vez. Y que me ha dado una paliza a mí. Aunque puedo entender que esto último solo le preocupe de manera incidental.

Su mirada reflejó una ligera preocupación.

—¿Se nota mejor la cabeza?

—Me duele, pero saldré de esta.

—¿Y el estómago?

—El whisky ayuda.

—Ya me he dado cuenta.

—En ese armario tiene un montón de botellas.

—Para las visitas.

—¿Recibe a menudo?

Ella cerró un instante los ojos y, profiriendo un suspiro hondo, se retrepó en su asiento y fue a decir algo, pero se lo pensó mejor. De pronto se levantó del sofá, se acercó a las cortinas y miró por un resquicio. Era evidente que la presencia de aquel desconocido alguna impresión sí le causaba.

—¿Tiene armas en casa? —inquirió Thomas.

—Dice que los periodistas no son detectives, pero a pesar de ello ¿sabe manejar un arma?

—Estuve en la guerra.

—Naturalmente, disculpe.

—Tampoco es que pidiera ir, si quiere que le diga la verdad.

—¿Dónde combatió? —le preguntó Liette.

—Primero en Rusia y después en los Cárpatos occidentales. Allí me hirieron de un disparo y me enviaron de vuelta a Alemania en un tren hospital. Estuve un tiempo ingresado y luego me mandaron en ese mismo tren al cuerpo de guardia. Y de nuevo al este, fui y volví dos veces. Hasta que todo el horror terminó de una vez.

Sin decir palabra, Liette salió al pasillo y fue al dormitorio. Thomas oyó que movía un mueble y enredaba con algo. Cuando volvió al salón, Liette sostenía en la mano una pistola pequeña y sobada.

—Está cargada —afirmó—, pero hace siglos que nadie la dispara. —La dejó delante de él, en las fotografías, como si fuese un recuerdo.

Thomas vaciló y preguntó:

—¿Me permite?

—Desde luego. Es probable que esté estropeada, así que procure no dispararme.

Él le dedicó una sonrisa forzada, cogió la pistola y la examinó.

—A mí no me parece que le pase nada.

—La dejó alguien debajo de la almohada en el hotel y, como es natural, no preguntó por ella. Pensé que quizá fuera defectuosa, pero acabé probándola y aún funcionaba. Sin embargo, de eso hace ya unos cuantos años.

Con la pistola en la mano Thomas miró hacia las cortinas echadas. Se había jurado no volver a empuñar un arma, y menos apuntar con ella a un ser humano. Al mismo tiempo se preguntó qué habría hecho si antes hubiese tenido la pistola. ¿Habría sido capaz de apretar el gatillo? La guerra había terminado hacía doce años, y antes él tenía pesadillas a menudo, pero ya no, desde que actuaba contra los que en su día habían sido los responsables. Desde entonces tenía la sensación de que el hombre joven del que se acordaba vagamente era otro, no él. Quizá esa fuese su pesadilla personal: que había dos personas distintas, el joven de sus recuerdos y el hombre que era ahora, y, en el curso de los últimos años, el uno había terminado siéndole tan ajeno como el otro.

Dejó el arma en la mesa, junto a las fotografías. Tener aquella pistola tan cerca no le preocupaba, pero tampoco hacía que se sintiese tranquilo.

Liette, atenta, observaba su reacción, y él se preguntó qué se le estaría pasando por la cabeza. Al menos, por de pronto parecía confiar en él.

—Y ahora ¿podemos volver a las fotos? —inquirió ella.

—Háble me primero del anciano, del tal Maxim.

Liette guardó silencio un instante. Tal vez se le ocurriese que acababa de dejarle una pistola cargada. ¿Hasta qué punto podía ser peligrosa la verdad?

—En realidad no se llama Maxim, sino Artur —respondió al cabo —. Artur Danilov. Pero, en cierto modo, para mí siempre será Maxim,

porque ese es el nombre con el que lo conocí. Hace muchos años huyó de San Petersburgo, antes de que estallara la revolución, y acabó varado aquí, en Francia.

—Dijo que le salvó la vida. ¿Qué pasó?

—Yo aún era una niña. Alguien asesinó a mis padres y también pretendía acabar conmigo. Artur se ocupó de que no me pasara nada.

Parecía muy serena, como si lo hubiese asimilado hacía tiempo. Pese a todo, él dijo:

—Lo siento.

—De eso hace mucho. Fue en el periodo de entreguerras, a finales de los años veinte.

—¿Quién lo hizo?

—Tuvo que ver con el hotel. Una pelea por la herencia... y alguna que otra cosa más. El responsable también aparece en las fotos. —Señaló las instantáneas de las fiestas del hotel que estaban desperdigadas por la mesa. Tenían más de cuarenta años y, sin embargo, al parecer eran la clave de lo que estaba sucediendo en el presente.

Thomas levantó una mano para frenarla.

—Espere, vayamos por partes. Así que el anciano..., Artur..., la salvó. Y ahora, por gratitud, lo ha instalado usted en la suite de la torre y paga a esa mujer para que lo cuide.

—La enfermera, el médico y un montón de medicamentos y cualquier otra cosa que necesite. Se muere. No le queda mucho tiempo. Ya lleva allí tres meses.

—¿Qué tiene que ver él con Villa Eisenhuth? —Thomas estaba sentado en el sofá mientras ella daba vueltas por la habitación, cada vez más nerviosa—. Porque por eso estamos hablando de él, ¿no?

Todo esto gira en torno a él. Lo que me ha contado de la casa y de la biblioteca...

—Es todo cierto —lo interrumpió Liette irritada—. Quiero conservar esa biblioteca. Usted ha estado allí. ¿Qué vio?

—Muchos libros antiguos.

—¿Qué más?

—¿A qué se refiere?

—¿Personas? ¿Alguien?

Thomas negó con la cabeza.

—El lugar está abandonado. Pero tenía razón, parece que la casa amenaza ruina. Me dio la impresión de que vibraba bajo mis pies. —Estuvo a punto de decir: «Como si hubiese cobrado vida».

En un primer momento Liette pareció darse por satisfecha. Thomas supuso que ella misma había estado allí y había vivido algo similar.

—Es cierto —convino ella—, la casa no es lo único importante. Su cometido consiste en encontrar a Mara Kalinina.

Thomas asintió.

—Dijo que esa mujer podría reclamar la villa. ¿O eso también era mentira?

—No, es la única heredera —aseguró—. O al menos lo era. Pero también la busco por otro motivo: la última vez que pudo hablar con claridad, Artur me pidió que le trajese a Mara. Quiere verla antes de morir.

—¿Fueron amantes?

—No lo sé. Aunque yo diría que sí.

—Acaba de decir que él se llama Artur Danilov. Uno de los hijos de los Kalinin que encontré en los documentos del hotel y en las fotos también se llama Artur.

—Es el mismo hombre, solo que en realidad nunca llevó el apellido Kalinin. Los Kalinin lo acogieron como si fuese su hijo, pero jamás lo adoptaron. A diferencia de a Mara. De lo contrario, serían hermanastros, y eso nunca sucedió.

Thomas se dejó caer contra el respaldo del sofá.

—Supongamos que los dos tuvieron... algo, y que ahora Artur quiere volver a verla antes de abandonar este mundo. —Reparó en la expresión de dolor en los ojos de Liette, pero él también sentía dolor, y se lo debía a ella.

—El tiempo apremia —afirmó Liette—. Ya llegué tarde una vez y después tuve que vivir con las consecuencias. No quiero que vuelva a suceder.

A Thomas sus palabras le llamaron la atención, pero lo dejó estar. En su lugar preguntó:

—¿Por qué no me dijo desde el principio que se trataba del último deseo de un anciano moribundo?

—Me figuro que porque no lo tenía a usted por alguien lo bastante sentimental.

—Un poco de sentimentalismo nos sienta bien a todos, ¿no le parece?

Ella enarcó una ceja.

—¿También les decía eso a las alemanas? Estoy segura de que eran conversaciones de lo más conmovedoras.

—Déjelo ya, ¿quiere? —le espetó—. Me está extorsionando, no es ningún angelito.

Durante un momento entre ellos se instaló una ira que parecía haber salido de la nada. Thomas lo lamentó, pero opinaba que ella no tenía derecho a hacerle ningún reproche. Y estaba seguro de que Liette pensaba lo mismo. Para ella él era un estafador, probablemente algo peor incluso. Lo que lo desconcertaba era que

hasta hacía unos días eso no le importaba lo más mínimo. Entonces, ¿por qué empezaba a avergonzarse de ello?

—Adujo motivos materiales porque cree que soy una persona materialista.

Liette no dijo nada, y tampoco era necesario.

—Pero para mí lo importante nunca ha sido solo el dinero en lo que respecta a esas mujeres —añadió.

—No tergiverse la realidad.

—No estoy orgulloso de ello.

Ella desechó sus palabras con un gesto.

—En fin, eso es asunto suyo. No era mi intención hablar con usted de lo que es moral o inmoral.

—Me lo merezco.

—¿Qué?

—Que me considere un canalla.

Que lo admitiera pareció sorprenderla.

—Está bien.

—Pese a ello, si lo desea, la ayudaré.

—¿Le importaría decirme por qué?

—¿Aparte de porque me está extorsionando? Antes de que acabara en este sitio, me ganaba la vida persiguiendo buenas historias. Eso siempre era lo único importante. Pero el periodista nunca forma parte de esas historias, y quizá ese fuera mi problema. Después, cuando empecé con este otro asunto, aquí, en su hotel, y en otras partes, de pronto me vi metido en ellas de lleno. Solo que probablemente esas historias no fuesen buenas. La de Artur y Mara, en cambio, me da la sensación de que lo sería.

Liette se cruzó de brazos y lo escudriñó.

—Si lo desea, vaya después a la policía —aseguró—. Pero daré con Mara por usted. Y por el anciano.

Dio la impresión de que Liette tenía un comentario sarcástico en la punta de la lengua, y Thomas ni siquiera habría podido censurarla por ello, pero entonces ella sonrió, sin apartar sus ojos de los de él, como si lo estuviera radiografiando.

—Bien —repuso al cabo—. Y se mantiene lo dicho: lo haremos juntos.

—Así que por la noche, ¿no?

—Cuando caiga la tarde.

Él respiró hondo y Liette se acercó y le tendió la mano. Thomas la estrechó.

—Ahora le enseñaré quién tiene a mis padres en su conciencia. —Se sentó a su lado en el sofá—. El nombre de este hombre de aquí —señaló con el dedo índice una de las fotografías, en las que se veía a multitud de personas— es Arkadij Baranov. Y la rubia que está a su lado se llama Ulita Glinka.

Thomas miró con más atención al hombre, pero solo era uno entre muchos en la instantánea, un caballero distinguido con un traje de verano blanco de corte holgado, corbata y monóculo.

—Ninguno de los dos me dice nada.

—Baranov ya no está vivo. Era un cirujano de tres al cuarto que salió de Rusia y se instaló en Francia. Prometía a su clientela una dudosa cura de rejuvenecimiento. Había contraído muchas deudas para financiar una clínica de lujo en la Costa Azul, pero poco antes de que se inaugurase se quedó sin dinero. Y se vio obligado a dedicarse a otras actividades, principalmente el tráfico de drogas y la trata de personas. En cuestión de apenas diez años pasó a ser uno de los delincuentes más importantes de la costa. Por aquel entonces el Trois Grâces cerraba en verano y durante esos meses llegaban a la bahía los barcos del norte de África que transportaban la mercancía de Baranov. Muchachas de Marruecos y drogas de Beirut.

Entonces mi tío dirigía el hotel y almacenaba ambas cosas en él, estaba confabulado con Baranov. El problema era que la mitad del Trois Grâces pertenecía a mis padres, que insistían en venderlo. Tal vez sospechasen lo que pasaba aquí, pero, sobre todo, necesitaban capital para mantener las librerías que tenían en el norte, y por entonces el hotel costaba más dinero del que daba. Baranov no lo podía permitir, por eso ordenó eliminarlos.

Thomas la miraba con atención mientras hablaba, y estaba seguro de que decía la verdad. Tal vez de todo aquello hiciese mucho tiempo, pero el dolor que veía reflejado en sus ojos era genuino y volvía a estar muy presente.

—¿Y Baranov ha muerto?

—Sí. Ahora sería muy mayor, tendría ochenta y muchos años. —Señaló de nuevo la fotografía, esta vez a la rubia que estaba junto al ruso. Bastante más joven que él, muy atractiva, pero, en comparación con las demás mujeres de las instantáneas, emperifollada con vulgaridad—. Ulita Glinka era su amante. Una suerte de vidente con contactos en las más altas esferas. Les sacó mucho dinero a muchas personas ricas.

Thomas entornó los ojos para ver mejor el rostro de la mujer.

—Seguro que no en una carpa en la feria, ¿me equivoco?

—En un caro apartamento de Niza —repuso Liette—. En el que sigue viviendo en la actualidad. Ahora tendrá unos setenta años.

—¿Y qué papel desempeñó...?

—Espere un momento.

Revolvió las fotografías de la mesa como un niño que baraja unos naipes. Al hacerlo salió a la luz otra fotografía.

Parecía ser la misma fiesta en un salón del hotel. Se trataba de una imagen espontánea, no de una en la que estuviesen posando, algo que por aquel entonces significaba que no era tan nítida como

las demás. Los hijos de los Eisenhuth y los Kalinin formaban un semicírculo, todos con una copa en la mano, y en medio se hallaba Ulita Glinka, que en ese preciso instante observaba la mano extendida de uno de ellos.

—Es Demian Eisenhuth, ¿no? —inquirió Thomas.

Liette asintió.

—Ulita le está leyendo la mano. Y me gustaría saber qué le está vaticinando.

Sacó otra fotografía: la misma escena, un poco más tarde. Ulita seguía sosteniendo la mano de Demian, pero no lo miraba a él, sino a una joven con el pelo liso y largo. Se hallaba de espaldas a la cámara, pero Thomas estaba seguro de que se trataba de la misma muchacha que Liette le había enseñado en las otras instantáneas.

Mara Kalinina.

—¿Ve la sonrisa de Ulita?

Estaba desdibujada, pero sí, la veía.

—Sonríe a Mara —musitó Thomas.

Liette se inclinó más sobre la fotografía.

—Sería interesante saber hasta qué punto se conocían ambas. Y si Glinka también vio el futuro de Mara.

—Si Ulita sigue viva, se lo podemos preguntar a ella.

El rostro de Liette se iluminó. A sus ojos afloró un brillo que reflejaba su entusiasmo.

—Bien, pues iremos a Niza.

—¿Ahora mismo?

Ella hizo un gesto afirmativo, cogió la pistola de la mesa y se la guardó en el bolsillo.

Poco después iban a toda velocidad en el Porsche 356 rojo de Liette, sin la capota, a través de la oscuridad. Ella estaba sentada al volante blanco de tres radios con un pañuelo claro en la cabeza y grandes gafas, y tomaba las curvas de la carretera de la costa con la confianza de un ciego que se mueve en el entorno seguro de sus cuatro paredes.

—Va un poco rápido, ¿no? —exclamó él con un nudo en la garganta—. Está oscuro y hay muchas curvas.

—No sea aburrido. Hago este recorrido constantemente de noche. En rigor, solo de noche.

—¿Qué me dice de los coches que vienen en sentido contrario?

—¿Acaso ve alguno?

—Ni lo veo yo ni lo ve usted, por las curvas.

Liette dejó escapar una risa temeraria contra el viento. Ni siquiera por la noche —eran más de las once— daba tregua el calor estival. A su derecha la luna refulgía como una pista de aterrizaje de mercurio sobre la vastedad negro alquitrán del mar Mediterráneo.

La mano derecha de Thomas se aferraba al borde del asiento junto a su pierna.

—Deberíamos hablar del hombre que estaba en su terraza. Pero para ello no estaría de más que pudiéramos oír lo que dice el otro.

Liette se rio de él, pero redujo la velocidad. El rugido del motor solo se atenuó ligeramente.

—Entonces, ¿está seguro de que era un hombre?

—Al menos me pareció fuerte.

—Eso lo dice solo porque lo tumbó.

Aunque no lo había dicho con esa intención, Thomas sintió que lo había pillado.

—Es posible. Pero no entiendo que usted no esté preocupada.

—Aquí siempre aparecen ladrones. Algunas casas permanecen vacías durante semanas, con lo cual son difíciles de evitar. Suelen pasar a la siguiente cuando se dan cuenta de que han elegido una en la que hay alguien.

—Este hombre estuvo en su casa por la tarde...

—Y no robó nada.

—Y sin embargo volvió después. Porque quizá el objetivo fuese usted, no su cubertería de plata.

—De ser así, podría haberme hecho algo cuando usted estaba en el suelo, y sin embargo salió corriendo. Y a fin de cuentas no fue el único que allanó mi casa. —Lo miró de reojo, aunque él hubiese preferido que se concentrase en la carretera—. Sé que estuvo usted en mi habitación. Y en mi cuarto de baño.

Un tanto estupefacto, Thomas decidió pasar por alto el reproche.

—Se toma todo esto con mucha tranquilidad.

Liette le sonrió de oreja a oreja.

—Vivo en la Costa Azul desde hace más de veinte años, en uno de los lugares más populares de Francia. Si me entrara el pánico cada vez que un desconocido aparece en mi finca, tendría úlceras de estómago desde hace mucho. O estaría siempre de tan mal humor como usted.

Él levantó una mano y se dio por vencido.

—Lo que usted diga. Háble me de Ulita Glinka, entonces.

Liette redujo la velocidad casi a la mitad.

—Era uno de esos personajes misteriosos de los que abundan aquí, en la costa. Ferviente adoradora de Helena Blavatsky y su teosofía. ¿Le dice algo?

—Vagamente.

—Una doctrina secreta del siglo XIX. Tras la muerte de Blavatsky hubo otros que la desarrollaron. A principios del siglo XX volvió a

gozar de popularidad junto con la nigromancia, las sesiones de espiritismo y todas esas tonterías. Al principio Ulita era purista de la doctrina de Blavatsky, pero no tardó en darse cuenta de que con la adivinación se podía ganar dinero, y a partir de ese momento vio el asunto con amplitud de miras. Se presentó sobre todo como vidente, primero en Londres y París y después en Niza. Hay quien incluso afirmaba que era una agente secreta rusa que se servía de la clarividencia para tirar de la lengua a clientes influyentes. Ya sabe, políticos, magnates de la industria... Al parecer incluso los Grimaldi acudían a ella. Pero de eso hace mucho tiempo. A más tardar durante la Segunda Guerra Mundial, la gente se quitó definitivamente de la cabeza las bobadas de los espíritus y madame Glinka tuvo que conformarse con menos. Quizá incluso se alegrara, y mucho, de haber caído en el olvido entre ciertas personas.

—Pero ¿sigue trabajando de vidente? —inquirió Thomas.

—Sí. Además idea crucigramas para revistas esotéricas, según me han dicho. Como exnovia de un gánster me figuro que no tendrá una pensión muy buena.

—¿Ha hablado alguna vez con ella?

—Hace mucho tiempo, cuando todavía estaba con Baranov.

—¿Le leyó la mano?

Liette vaciló de un modo apenas perceptible, quizá solo porque la siguiente curva era especialmente cerrada.

—Lo intentó. Por entonces yo era una niña, y a las niñas pequeñas suelen decirles que se casarán con un hombre rico, tendrán tres hijos y llegarán a los noventa años, pero Ulita no fue capaz de hacer tal cosa, así que lo dejó estar.

—¿Se refiere a que no quiso decirle que había visto algo malo en su futuro?

Liette miró un segundo hacia la izquierda y después al frente de nuevo.

—Fue el día que mataron a mis padres. Quizá Ulita me reconociese y supiera lo que estaba pasando en ese momento. O puede que de verdad lo viese en mi mano. Quién sabe.

Pisó el freno de pronto, y eso que la carretera era recta y discurría junto a una larga hilera de cipreses.

—¿Qué pasa? —quiso saber Thomas.

—¿Ha visto esas cajas metálicas? Desde hace unos meses hay radares camuflados por todas partes para controlar la velocidad. Es la última moda para sacarle dinero a la gente. Más rentable aún que la clarividencia.

Thomas no había oído hablar aún de los radares, pero a juzgar por la velocidad a la que conducía Liette no puso en duda que estuviera familiarizada con ellos.

—Quizá quieran decirle que conseguirá que nos matemos los dos si sigue conduciendo como hasta ahora.

Ella sonrió y aceleró de nuevo. El Porsche volvió a rugir con furia. La siguiente curva la tomó tan deprisa que Thomas resbaló por el asiento corrido y casi se dio contra ella. Poniendo cara de resignada desesperación, clavó la vista en la línea que partía en dos el parabrisas con la esperanza de recuperar pronto el aliento.

El laberinto de calles de Niza, iluminadas por una luz amarilla, los recibió con un estival jaleo nocturno. Los turistas paseaban entre los restaurantes y los bares. Entre la desembocadura del Var y el casco antiguo se sucedían villas de estilo *art déco* y palacios de la *belle époque* en abundante esplendor, el legado de todos los aristócratas y grandes empresarios que en su día habían acudido en legión a la Costa Azul desde Inglaterra y Rusia. Los primeros llegaron en el siglo XVIII, siguiendo el rumor según el cual el aire marino del sur de

Francia era un remedio contra la tuberculosis; sus panteones ornaban los cementerios de Niza y Cannes. Después llegaron los rusos y desaparecieron de nuevo, seguidos de los americanos, que durante la guerra se llevaron una primera impresión y, a su término, tomaron la decisión de pasar las vacaciones en la Riviera francesa. Los veraneantes también volvían a llegar ya de todo el oeste de Europa: británicos, alemanes, suecos. Todos ellos caminaban por el paseo marítimo, subían al castillo y admiraban las fachadas modernistas del Quartier des Musiciens.

Liette se adentró en el casco antiguo y aparcó el Porsche delante de un palacio que en su día posiblemente fuese el hogar de una familia acaudalada y en la actualidad estaba dividido en numerosos apartamentos. Junto a la puerta había una larga hilera de timbres, en ninguno de los cuales vio Thomas el apellido Glinka.

—Es el último —dijo Liette—. Vive en la buhardilla.

Él la miró con recelo.

—No es la primera vez que viene.

Liette titubeó un instante y asintió.

—Varias veces estuve a punto de llamar, pero no llegué a hacerlo.

—¿Por qué hoy sí?

—Porque usted irá delante. Sabe doblegar la voluntad de ancianas enfadadas.

—La mayoría no eran ancianas. Solo estaban enfadadas. —Se acercó para descifrar lo que ponía bajo la tenue luz de la farola—. Ahí pone «Theo S.».

Liette se encogió de hombros.

—Bien, confiemos en que sus predicciones sean más imaginativas.

Thomas retrocedió unos pasos en el adoquinado y miró la sucia fachada. Había cables tendidos en gruesos haces por un enlucido que se desmoronaba.

—En las ventanas de arriba hay luz.

Liette tocó el timbre.

—No se preocupe por la hora que es. No tratándose de esa mujer.

—Ya me he dado cuenta de que a usted no le preocupa.

—Ulita Glinka se merece cosas peores que el hecho de que alguien perturbe su descanso nocturno.

—¿Por qué nos iba a dejar entrar?

—Porque solo recibe a su clientela cuando ha anochecido. Es parte del teatro que hace.

Se oyó el zumbido del portero automático y la expresión de Liette le dijo sin necesidad de palabras: «¿Lo ve?». Atravesaron una entrada que olía a cerrado y empezaron a ascender. La ancha escalera de piedra subía cinco pisos, y en los últimos hacía tiempo que nadie pasaba una escoba. Thomas se percató de que Liette cada vez estaba más nerviosa.

—¿Qué desean? —inquirió una voz bronca.

Él se inclinó sobre la barandilla, pero no vio a nadie arriba.

—¡Consejo! —respondió Liette alzando la voz.

Una puerta se cerró de golpe. Después se hizo el silencio.

Thomas frunció el ceño y musitó:

—¿Le dijo alguien que podía haber una especie de contraseña?

—Tampoco es que a usted se le haya ocurrido algo mejor, ¿no?

—Puede que se me hubiese ocurrido si no se hubiera dado tanta prisa en gritar. Será mejor que me deje hablar a mí.

Ella abrió la boca, indignada, pero justo entonces llegaron al último piso y vieron la puerta cerrada. No había ningún nombre, solo un llamador con el rostro de un fauno. Los afilados dientes y la boca, abierta con aire amenazador, en su día habían sido dorados, pero lo único que quedaba de la pintura eran restos amarillentos, como la dentadura postiza de la víctima de un accidente.

Thomas golpeó la puerta con el llamador.

—¿Madame Glinka?

—No lo conozco —dijo la voz de la mujer al otro lado de la puerta. Había una mirilla, detrás se movió algo a contraluz.

—Nos han dado las mejores recomendaciones de usted —fue su ágil respuesta—. Lo cierto es que es nuestra última esperanza.

Liette puso los ojos en blanco.

—Si quieren tener hijos, se han equivocado de sitio —graznó la mujer a través de la puerta—. Ya hay bastantes mocosos chillones en el mundo.

—Lo cierto es que se trata de dinero —precisó Thomas—. Para usted y para nosotros. —Estaba seguro de que eso la convencería.

—¡Lárguese!

Liette soltó un suspiro, hizo a un lado a Thomas de inmediato y se plantó delante de la mirilla.

—Me conoce. Una vez coincidimos en un tren, hace casi treinta años. Me salvó del hombre que ocupaba el compartimento de al lado cuando quiso meterme dentro con él. Luego me miró la mano y vio algo que no quiso revelarme. Le di un nombre falso, pero usted...

—Vi cuál era tu verdadero nombre en la mano, y no lo he olvidado. Eres Liette Chevalier.

Thomas la miró con expresión de desconcierto.

La llave giró y la puerta se abrió hacia dentro.

—Entrad. No quiero que nos oiga todo el puñetero edificio.

—Abajo no había nadie —aseguró Thomas.

—He dicho «el edificio», no la gente. La gente me importa una mierda.

Era más baja de lo que parecía en las fotografías y había engordado unos cuantos kilos. Estaba claro que su rostro, en cambio, era el mismo, con más arrugas y más flácido que en 1914,

pero con los ojos claros y despiertos y una sonrisa que en su día tal vez fuese encantadora. En el cabello ralo teñido de rubio se distinguía una ancha raíz gris, y el lápiz de labios rojo se ramificaba en las arruguitas que tenía alrededor de la boca. Llevaba un sencillo vestido negro que le llegaba hasta los tobillos y unas zapatillas doradas que terminaban en punta y tenían motivos árabes bordados.

—Todo recto —indicó mientras cerraba la puerta.

Cuando enfilaban el largo pasillo, Liette musitó:

—Apuesto a que aquí hay gatos.

—Solo para dárselos de comer al cuervo —dijo Ulita tras ellos—. Odio a esos bichos.

Cuando entraron en el gran espacio que se abría al final del pasillo, en un rincón se oyó un graznido furioso. Allí, en una pajarera que llegaba hasta el techo, había un cuervo enorme con el pico amarillo grisáceo y una mirada penetrante.

—¿Cómo se llama? —preguntó Thomas.

—¿Por qué lo quieres saber? De todas formas no hablará con vosotros.

—Lo acaba de hacer —puntualizó Liette.

—Hablaba conmigo —replicó la rusa—. Quiere que os eche. Por el balcón.

Thomas esperaba ver muebles lujosos, marcos dorados y un montón de parafernalia esotérica, pero, si los tenía, se encontraban en las otras habitaciones. Esa estaba amueblada de manera sencilla, con una mesa redonda y seis sillas, dos sillones de respaldo alto enfrentados y una cómoda con muchos cajones. Las paredes estaban pintadas de negro, al igual que el techo y el parqué; no había ningún cuadro. Junto a la mesa descansaba una alfombra persa raída y en la madera negra del suelo se distinguían senderos de arañazos, ya que Ulita apenas levantaba los pies al andar. De

hecho, daba la impresión de que le costaba caminar, estaba sin aliento y parecía agotada. Quizá tuviera una afección pulmonar, pensó Thomas, o quizá únicamente fuese vieja y perezosa.

—A la mesa —les ordenó.

El cuervo graznó algo que casi sonó igual.

—Habla como un loro —observó Liette mientras se sentaba.

—No —negó Ulita—, habla como una persona. Porque en su día lo fue.

—Ya —comentó Thomas.

—¿La convirtió usted en pájaro? —inquirió Liette.

Ulita se sentó frente a ellos y entrelazó los dedos. La mesa estaba recubierta de un cristal bajo el cual, dispuestas al azar, tenía fotografías en blanco y negro de la Costa Azul. En algunas se veía una casa grande con el tejado plano que coronaba un risco escarpado. Thomas se percató de que Liette se quedaba mirándola unos segundos. En otra se veía la construcción de cerca, con varias jaulas a sus pies, mucho más grandes que la del cuervo. Las fotografías estaban tan desvaídas que no se distinguía si tras los barrotes había algo.

De un cajón que había debajo de la mesa Ulita sacó un papel. Cuando se lo deslizó por la mesa a Thomas, este vio que se trataba de un crucigrama arrancado de una revista. Era lo bastante grande para contener una docena de palabras.

—Os lo regalo —dijo—. Rellenadlo. A veces los deseos se hacen realidad para el que lo consigue.

Thomas se quedó mirando un tanto perplejo el papel antes de dárselo a Liette.

—¿Es una especie de conjuro? —quiso saber esta—. ¿Pasa algo si se rellena con las palabras adecuadas?

—Las palabras adecuadas en el orden adecuado —advirtió Ulita—. De lo contrario no pasa nada.

—Pero las columnas no están numeradas.

Ulita se encogió de hombros.

—Es como un juego de azar. Y las cosas también se pueden torcer. Si queréis probar suerte o no es decisión vuestra.

Frunciendo el ceño, Liette dobló el papel y se lo guardó.

Ulita se dirigió a Thomas.

—¿Eres alemán?

El francés de Ulita no tenía acento, mientras que, en su caso, la pronunciación de algunas palabras revelaba su origen.

Asintió.

—Thomas Jansen.

—¿Eres su marido? ¿Su novio? ¿Su amante?

—Solo un conocido.

—Conocidos también tenía yo en su día. Muchos. ¿Qué queréis?

Liette pasó a la ofensiva de inmediato.

—En su día usted era la amante de Arkadij Baranov.

Ulita asintió, como si el tema no le sorprendiera.

—De eso hace mucho tiempo. Si queréis cargarme algún muerto, llegáis tarde. Cuando Baranov murió y se descubrieron todos sus negocios, pasé tres años en la cárcel como presunta cómplice. Fue una farsa. Yo sabía lo que él hacía, pero no tenía nada que ver con ello.

—¿Usted no sacaba ningún provecho económico?

—Él pagaba en los restaurantes y de vez en cuando me regalaba joyas. La comida no pude devolverla, pero el Estado se quedó con todas las alhajas. Tampoco es que fuera una pena, porque el gusto de Arkadij no era especialmente bueno.

—Antaño utilizaba pintalabios dorado —recordó Liette.

—Por supuesto. A principios de siglo el lápiz de labios era mucho más que un cosmético cualquiera: las sufragistas británicas lo utilizaron cuando se declararon en huelga de hambre para luchar por el derecho al voto de la mujer y la igualdad de sexos. Era un símbolo de progreso y de una nueva confianza en ellas mismas. Tú eso no lo sabías, ¿no? —Ulita torció el gesto—. No, cómo ibas a saberlo.

«Uno a cero para ella», pensó Thomas.

—Claro que entonces no eras más que una niña —añadió.

El cuervo volvió a graznar algo, imitaba el sonido de la voz de Ulita sin formar palabras inteligibles.

Liette se echó un poco hacia delante en su silla, hasta que el torso tocó el borde de la mesa.

—Cuando estuve en su compartimento, usted sabía que Baranov había dado orden de que asesinaran a mis padres.

—En un primer momento no supe quién eras, pero entonces vi en tu mano una oscuridad profunda, una gran amenaza. Y un nombre. Pero no estaba al corriente de que existía una relación entre Arkadij y tú. Es posible que si hubiera tenido más tiempo, quién sabe...

Thomas temía que de ese modo no fueran a averiguar gran cosa, así que intercaló una pregunta inocente.

—¿Cuándo llegó a Francia?

—En 1905, justo después de que estallara la primera revolución. O el intento de revolución, mejor dicho. Entonces fuimos muchos los que salimos de Rusia para no acabar en la cárcel o en una fosa común.

—¿Qué tenía que temer?

—Las ciencias ocultas estaban en la lista negra. A nosotros se nos consideraba masones, y al zar le habían contado que en la masonería estaba infiltrado el servicio secreto inglés.

—¿Por qué?

—Había quienes afirmaban que los masones eran una invención de los británicos para sabotear las relaciones entre Francia y Rusia. Inglaterra temía una alianza entre ambos países, porque se interponía en la expansión del imperio. Un imperialista nunca es amigo de otro, eso siempre ha sido así. Y, como algunos consejeros del zar odiaban la influencia que ejercían los masones y los teósofos en San Petersburgo y Moscú, convencieron a Nicolás de que el servicio secreto británico estaba detrás para tratar de enemistar a rusos y franceses. Por eso, tras la fallida revolución de 1905 se produjo una primera gran oleada de exiliados ilustrados. Muchos se dirigieron a Europa occidental, a Berlín y París, a Lisboa y Londres. Ese es el motivo de que en esos sitios hoy en día aún existan círculos de ocultistas fundados por los rusos. Sin embargo, un gran número de ellos desapareció poco después de la Segunda Guerra Mundial.

—¿Qué tuvo que ver la guerra con eso? —preguntó Liette.

—Digamos que por entonces muchos de nosotros no teníamos muy buena opinión de los judíos. Los rusos trajeron el antisemitismo a Europa occidental (al menos en las manifestaciones extremas del siglo XX), y después de la guerra era mejor guardarse esta opinión para uno mismo. ¿Has oído hablar de *Los protocolos de los sabios de Sion*? ¿O de un escrito titulado *El secreto de los judíos*? Ambos exponen la conspiración mundial hebrea y ambos nacieron por encargo de instigadores rusos. Sin embargo, se difundieron sobre todo en Occidente, con el objetivo preciso de fomentar el odio a los judíos y sumir a la sociedad en el caos, quizá por una docena más de motivos, y ya ves que funcionó. Hitler y los nazis se tomaron al pie de la letra *Los protocolos*, aunque tenían pruebas de que se trataba de una falsificación y que los judíos no habían escrito una sola palabra. Uno cree lo que quiere creer.

—¿Vivió en Alemania? —le preguntó Thomas.

—Durante un breve espacio de tiempo, en Berlín. Pero no fue más que una parada en el viaje.

—¿Le dice algo el apellido Eisenhuth?

Durante un instante a la mujer pareció desconcertarle el cambio de tema, después enarcó la ceja derecha.

—¿Los alemanes que tenían esa villa demencial sobre el acantilado? Sí, los recuerdo. No muy bien, pero sé que frecuentaban el Trois Grâces. —Señaló con la cabeza a Liette—. Antes de que tú nacieras.

—En 1914 le leyó la mano a uno de los hijos de los Eisenhuth en una fiesta que se celebró en el hotel —contó Thomas—. Demian Eisenhuth. Hay una foto del momento.

Dio la impresión de que Ulita se paraba a pensar, con el semblante serio y una expresión de concentración, y Thomas confió en que Liette no dijese nada que volviera a provocar a la anciana. Sin embargo, Liette también observaba en silencio la cara que ponía la rusa.

—Un joven apuesto —dijo Ulita al cabo—. Alto, rubio y muy rico. Un buen partido. Le vaticiné que se casaría con esa muchacha, la pequeña de San Petersburgo.

—Mara Kalinina —apuntó Liette.

La vidente repitió las dos sílabas muy despacio y con circunspección.

—Mara... No debería llamarla «pequeña». Su sombra era más grande que ella, no sé si me entendéis.

Thomas y Liette se miraron.

—¿Qué significa eso? —preguntó Thomas a la anciana.

—Había algo que iba tras ella. Como una sombra, pero no la propia. La sombra de un acto. Como una pesadilla que no la

abandonaba nunca. La sombra se había convertido en su destino hacía tiempo, no podía escapar a ella.

Thomas supuso que la adivina se servía del lenguaje críptico de sus profecías porque era la manera más sencilla de decir mucho sin decir nada en realidad.

—¿Qué acto es ese? —quiso saber Liette—. ¿Algo que hizo la propia Mara?

Ulita asintió.

—Pero si quieres saber qué fue exactamente, no lo sé. Veo el futuro, no el pasado. Y, en el futuro de Demian, Mara eclipsaba todo lo demás. No resultaba difícil verlo. Creo que todos lo sabían y no lo querían reconocer. Era más fácil atribuirme a mí una mentira que aceptar la verdad.

—Mara Kalinina de hecho se casó con Demian Eisenhuth —contó Liette.

—Como ya he dicho, lo vi.

Thomas miró fijamente a la rusa.

—¿Sabe dónde está Mara en la actualidad?

—¿De eso se trata? ¿Estáis buscando a la muchacha?

—Hoy tendrá unos sesenta años.

—No volví a verla. En mi recuerdo sigue siendo una mujer joven, casi una niña. Con esos ojos azul claro y ese pelo rubio rojizo largo. Por aquel entonces no tendría más de dieciséis años.

—En aquella época en Alemania a las muchachas de dieciséis años les estaba permitido casarse con hombres de veinte —afirmó Liette—. Según la ley, quizá hubiesen tenido que esperar un año, no mucho más. Y había permisos excepcionales. Pese a ello, no contrajeron matrimonio hasta 1917, tres años largos después de que ambos se conocieran aquí, en Francia.

Ulita levantó ambas manos sin separar los antebrazos de la mesa.

—De eso yo no sé nada.

Thomas miró a Liette y pensó: «¿Y por qué tú sabes de pronto tantas cosas? ¿Acaso no era mi cometido averiguarlas por ti?».

El cuervo aleteó y profirió un grito estridente. Ulita frunció el ceño y lo miró.

—¿Qué le pasa? —inquirió Thomas.

Un segundo grito, más ruidoso aún que el primero. El aleteo se volvió vertiginoso.

—Es la sombra —repuso Ulita con una voz tan baja que casi se perdió en el estrépito del pájaro—. El cuervo quiere advertirme.

Thomas miró a Liette y en sus ojos también vio desconcierto.

—¿Quiere decir que Mara podría venir aquí? —preguntó ella—. ¿A verla?

Ulita se levantó de un salto y echó la silla hacia atrás. Señaló la puerta con mano temblorosa.

—Idos ahora mismo. ¡Ya!

Cuando se levantaron, los gritos del cuervo dieron paso a un chillido sostenido. Con el pico martilleaba la puerta de la jaula.

—¿Cree que Mara está aquí? ¿En Niza o cerca?

La voz de la anciana era cada vez más aguda y bronca.

—¡Largo de aquí! ¡Fuera!

Salieron del salón con las paredes negras y enfilaron el pasillo hacia la puerta. Ulita los seguía a cierta distancia, como si ya no quisiera acercarse demasiado a ellos.

Cuando llegaron al descansillo, Thomas probó suerte de nuevo:

—¿Por qué le tiene tanto miedo a Mara?

—¿A ella? —Ulita soltó una risotada que casi pareció un llanto histérico—. El cuervo no me advierte de ella. Ahora su sombra también os persigue a vosotros.

Dicho eso, cerró de un portazo. Los gritos del pájaro acompañaron a Liette y Thomas hasta abajo, e incluso en la calle lo oían a través de la ventana cerrada. La noche parecía llena de sus graznidos y gritos y del frenético batir de sus alas.

Acababan de llegar al coche cuando encima de sus cabezas se rompió un cristal. A escasos metros cayó una lluvia de esquirlas que se hicieron añicos al estrellarse contra el adoquinado.

—Ahí arriba —apuntó Liette.

El enorme cuervo salió disparado por la ventana ya sin cristal, una furia emplumada a la luz sulfúrea de las farolas; se alzó en la negrura entre las estrellas, lanzó un último graznido y desapareció.

24

En lugar de volver al Trois Grâces, tomaron dos habitaciones en un hotel sencillo del casco antiguo, a escasas calles de distancia. Era más de medianoche. El malhumorado recepcionista no parecía tener muchas ganas de aceptar más huéspedes, menos aún después de que tuviera que asegurar dos veces a Liette que las cortinas de su habitación eran oscuras y tupidas y que por la mañana no la despertaría el sol de ninguna manera.

Las habitaciones se encontraban en la primera planta, ambas daban a la calle, pero no eran contiguas. La de Thomas se hallaba en un extremo del pasillo y la de Liette en el otro.

Durante el trayecto al hotel, no hablaron de lo que había sucedido; ambos estaban desconcertados. Se encontraban en el pelado pasillo del hotel, con la pesada llave de la habitación en la mano, y Liette sacó del bolsillo del pantalón el crucigrama doblado.

—Creo que probaré suerte —decidió.

—¿Quiere resolverlo?

—De todas formas, no podré dormir. Suelo pasar la noche despierta. Y no tengo ningún libro.

Había sido idea de Thomas quedarse en Niza, porque por la mañana quería volver a visitar a Ulita para hablar a solas con ella. Creía que podría sacarle más información si acudía sin Liette. Lo que las unía, la muerte de los padres de Liette, les impedía poder hablar serenamente. La mejor forma de descubrir secretos era de tú a tú, y quizá esa fuese su última oportunidad. Él no pensaba darse por

vencido, y por eso Liette había querido contar con él: si había algo que lo distinguía como reportero era su tenacidad.

—¿Qué prefiere que hagamos mañana? —le preguntó—. ¿Se quedará en el hotel hasta que anochezca o...?

Ella lo interrumpió negando con la cabeza.

—Con la capota echada, un pañuelo en la cabeza y gafas de sol estaré bien. Y he traído una chaqueta de manga larga. Ya se lo he dicho: no me desintegraré.

—¿Cuándo probó a hacer eso por última vez?

—¿Salir cuando hacía sol? Hace mucho. Seguro que veinte años.

—¿Y qué pasó? Si no es indiscreción.

Ella rio con suavidad.

—Lo creo capaz de hacer muchas preguntas indiscretas, pero esta no lo es. —Se subió la manga de la blusa: tenía el antebrazo lleno de manchas de un marrón desvaído, como pecas, le pareció a él, poco más—. No es xeroderma pigmentoso, si es lo que estaba pensando. Lo mío es un trastorno de la pigmentación, un riesgo elevado de sufrir cáncer de piel, a veces desmayos, como si el sol me privase de toda la energía. La mitad de los médicos a los que fui cuando era pequeña me diagnosticaron únicamente una piel sensible y consideraron que el resto eran imaginaciones mías. La otra mitad quería ingresarme en clínicas durante meses para realizar a saber qué pruebas. Por suerte, mis padres lo impidieron. Así que vivo con los síntomas, pero no caigo muerta en el acto ni exploto si el sol me da unos minutos.

—Pues es un alivio, porque de lo contrario tendría que dar explicaciones a la policía. Y no me gusta mucho hablar con ellos.

Risueña, ella hizo una mueca.

—¿Lo han denunciado alguna vez? Alguna de esas nazis, me refiero.

—Una o dos veces, pero después entraron en razón y retiraron la denuncia. —El estómago se le contrajo solo de pensarlo. Eso era algo nuevo—. ¿Podríamos dejar de hablar del tema?

Liette lo escudriñó, de nuevo seria.

—Desde luego.

En una de las habitaciones de al lado oyeron a alguien carraspear, probablemente las paredes fuesen finas. Ellos se sonrieron, y acto seguido Thomas hizo un gesto con la cabeza.

—Buenas noches —dijo—. Comoquiera que sean en su caso.

Liette blandió el crucigrama de Ulita.

—Que descanse.

Thomas dio media vuelta y enfiló el pasillo hacia su habitación. Mientras abría la puerta oyó que ella hacía lo mismo en el otro extremo. Cuando se volvió al entrar para cerrar la puerta, la de ella ya no estaba abierta.

Thomas sentía la necesidad de darse una ducha antes de meterse en la cama, como si al estar en casa de la vidente se hubiese ensuciado con algo. Se paró a pensar si la rusa echaría maldiciones, pero, si lo hacía, el agua y el jabón no servirían de mucho. Pese a ello, permaneció un buen rato bajo la ducha. Se secó en la bañera con una toalla grande, se situó delante del espejo del lavabo y pasó el dorso por la empañada superficie.

Su cabello mojado parecía muy oscuro. Se volvió mínimamente hacia la izquierda y fue a metérselo detrás de la oreja.

En su hombro derecho estaba el cuervo.

Thomas lanzó un grito y se tambaleó hacia atrás, abrió con fuerza la puerta y salió a la habitación. El aire caliente y húmedo lo siguió desde el cuarto de baño y, durante un instante, Thomas estuvo seguro de que en el denso vaho había otra cosa, un bulto pequeño

acuclillado en el suelo, que durante todo ese tiempo había estado detrás de él y que se irguió despacio.

Una mano tocó su hombro desnudo mientras retrocedía: solo era la suya propia, que buscaba al pájaro, pero no estaba ahí, claro. En el cuarto de baño no había nadie, vio los azulejos blancos de la pared del lado opuesto y la toalla de baño en el borde del lavabo; era posible que con el rabillo del ojo quizá se la pudiese tomar por un bulto agachado, cheposo.

Ante la ventana percibió un aleteo.

Thomas profirió una imprecación, cogió la camisa, se la puso mientras iba hacia la ventana y entreabrió la cortina.

En la calle, a la luz de una farola, había un bulto negro con abrigo y sombrero. Había echado la cabeza hacia atrás y lo miraba sin moverse.

El aire caliente del cuarto de baño lo había seguido por la pequeña habitación y había empañado la ventana. Pasó la mano por ella deprisa. Debajo de la farola no había nadie.

Se vistió a toda velocidad, abrió la puerta de la habitación y bajó la escalera corriendo. Instantes después cruzó el pequeño vestíbulo, pasó por delante de la recepción, que estaba desierta, y fue hacia la salida. Por la puerta del despacho, abierta, vio que el recepcionista se había quedado dormido en la mesa, con la cabeza apoyada en los brazos.

La puerta del hotel no estaba cerrada con llave. Thomas abrió y salió a la estrecha callejuela del casco antiguo. La farola era la única en leguas a la redonda. Si alguien había estado allí había tenido tiempo de sobra para retirarse a la oscuridad que rodeaba el haz de luz.

Thomas se inclinó hacia delante, apoyó las manos en las rodillas y respiró hondo. La sirena de los bomberos se oyó a lo lejos, recorrió

las nocturnas calles durante un rato y enmudeció. Después se oyó una segunda sirena, desde otra dirección. Al cabo, volvió a reinar el silencio.

Thomas se volvió despacio y regresó al hotel, miró a su alrededor por última vez y entró en el vestíbulo. El hombre seguía durmiendo en el escritorio.

Cuando llegó a la primera planta, vio que por debajo de la puerta del otro extremo del pasillo salía luz. Fue hasta allí y levantó la mano para llamar, pero la dejó caer. Al otro lado no se oía nada. Tal vez Liette se hubiera quedado dormida.

Cuando fue a su habitación y entró, se preguntó si habría resuelto el crucigrama.

En la pensión no daban desayunos, así que Thomas se tomó por el camino un café que le supo a madera quemada y comió un bollo dulce que olvidó nada más darle el último mordisco. Delante de la panadería, a una anciana distraída se le soltó la correa de su grifón, el perro salió corriendo y Thomas fue tras él. Logró coger al pequeño en un callejón sin salida y se lo llevó de vuelta a su dueña. Esta, feliz y contenta, desoyó la protesta de Thomas y lo recompensó comprándole un bollo distinto. «Cómaselo usted, es mejor que el otro», le dijo, y, en efecto, la mujer tenía razón y el humor de Thomas mejoró considerablemente. Cuando siguió su camino, pensó que ese podía ser un gran día.

Supuso que Liette seguía durmiendo y, como de todas formas quería hablar con Ulita sin que estuviera ella, no la molestó. No entendía a Liette y, sin embargo, se sorprendió pensando que cada vez le daba más vueltas de las que le gustaría. Gracias a Liette tenía la sensación de estar haciendo algo útil, aunque por más que

quisiera no habría podido decir qué era exactamente. Satisfacer el último deseo de un anciano moribundo y dar con Mara era todo uno. En la actualidad, Mara debía de ser una mujer madura, de unos sesenta años y con muchas cosas que contar, incluido el relato del ocaso de la familia Eisenhuth; no obstante, era dudoso que fuese a hablar con él del asunto. Había muchos peros en esa historia, aunque era eso lo que le atraía de ella. Thomas tenía tiempo, se lo podía permitir y —ahí estaba de nuevo ella— le caía bien Liette Chevalier. Quizá precisamente porque, con todo lo que sabía de él, no era posible que le inspirase simpatía. No se la inspiraba ni a sí mismo, y se sentía a gusto en compañía de personas que aceptaban ese hecho.

Antes de que doblara la esquina, Thomas percibió el olor a ceniza. Recordó en el acto las sirenas de los bomberos que había oído por la noche. Después reparó en el precinto que atravesaba la callejuela, alzó la vista por la fachada del palacio y vio las ventanas manchadas de hollín de la buhardilla. Desde allí abajo no distinguía si el tejado también se había visto afectado. Un vehículo de los bomberos —no un camión contra incendios, sino uno más pequeño lleno de aparatos técnicos— se hallaba delante del portón del palacio. Algunas personas se habían congregado junto al precinto y hablaban de lo que había sucedido por la noche.

Thomas se unió a ellas y se hizo pasar por el reportero que había sido en su día, pero no formuló muchas preguntas, ya que las airadas conversaciones le permitieron averiguar lo necesario. Solo tuvo que escuchar, sumar dos más dos y hacer un esfuerzo supremo para no parecer sospechoso, aunque casi no sentía las piernas y notaba algo helado en la nuca. Tal vez la sombra de la que había hablado Ulita: la sombra que perseguía a Mara y posiblemente también a él.

La anciana de la buhardilla había perdido la vida en un incendio que se había declarado en su casa, decía la gente, alrededor de la una de la madrugada. Las demás personas del edificio habían tenido la grandísima suerte de que los bomberos habían logrado apagar las llamas con rapidez, pese a lo estrecha que era la calle y la altura a la que estaba la vivienda y todo eso.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Thomas, aunque sabía cuál sería la respuesta.

—Ulita Glinka —contestó una mujer.

—¿Se quedó dormida mientras fumaba?

—Eso es lo que pasa siempre, ¿no? —No parecía convencida—. Si alguien se quema en mitad de la noche, la culpa la tiene el tabaco. Como si alguien hubiese adelantado una cinta magnetofónica para saltarse el cáncer de pulmón y ponerla directamente en la mejor parte.

Thomas la miró desconcertado, tomó nota mental del comentario y observó la ventana que había roto el cuervo. Allí el hollín parecía una huella negra de algo que había salido por la abertura y había trepado al tejado.

Tenía que dejar de pensar esas tonterías y centrarse en los hechos. Pero, claro, eran justo esas tonterías las que hacían que sus reportajes a menudo fuesen mucho mejores que los de los demás, y la cabra siempre tiraba al monte.

Al cabo, se acercó un vecino que afirmó entre susurros que conocía a alguien de la policía, y que se agarraran bien todos, porque la verdad era esta: al parecer a la rusa loca la habían asesinado. Alguien la había enrollado en una vieja alfombra persa, le habían rociado la gasolina de un encendedor en los pies y le habían prendido fuego.

Se creó un poco de caos; todo el mundo hablaba a la vez, en especial del porqué. El vecino no sabía nada más, pero se recreaba con la atención de la que estaba disfrutando, y Thomas decidió volver cuanto antes a la pensión para despertar a Liette.

Él sabía el porqué. Durante la guerra se había torturado de un modo más o menos igual de tosco a civiles de los que se esperaba obtener información sobre miembros de la Resistencia. La mayoría se asfixiaba con el humo de su carne quemada, que subía hasta la cara por el tubo que formaba la alfombra, pero antes tenían tiempo para dar algunas respuestas.

Thomas se preguntó qué respuestas habría dado Ulita Glinka a su asesino.

Cuando llegó a la pensión, Liette estaba sentada en el rincón más oscuro del vestíbulo con un pañuelo en la cabeza y gafas de sol, lista para partir. Thomas tenía la boca seca y la voz bronca cuando la informó de la muerte de Ulita y del bulto que había visto él debajo de la farola por la ventana, posiblemente el mismo, con su sombrero y su abrigo, que había estado merodeando por la casa de Liette. A todas luces los había seguido hasta Niza.

Aunque las grandes gafas oscuras de Liette le cubrían media cara, Thomas tuvo la impresión de que estaba conmocionada. Le dijo que en el camino de vuelta a casa tenía que contarle los detalles, y sí, conduciría despacio para poder entenderlo todo, además de que la capota del Porsche se ocuparía de que no hubiese tanto ruido como a la ida. A Thomas le resultó curioso que ella se preocupase de esas cosas, pero después pensó que cada cual llevaba de manera distinta una noticia así.

Después le mintió.

—Llamé a su puerta cuando subí —afirmó—, pero no me abrió. ¿Se quedó dormida nada más llegar?

Ella vaciló un instante y contestó:

—Salí a dar un paseo. Es algo que suelo hacer a menudo de noche, y más en un lugar que no conozco.

—¿Oyó a los bomberos?

—Sí, pero no le di importancia.

—Yo tampoco —convino él, y era cierto. Así que ambos estaban en la calle a la una de la madrugada. Solo que él había vuelto a subir deprisa—. ¿Resolvió el crucigrama?

—Sí, no tardé mucho.

—¿Y se ha cumplido su deseo?

Liette negó con la cabeza.

—Probablemente me equivocara con el orden.

Ulita había dicho que era como un juego de azar. Ella tampoco había tenido suerte esa noche.

Justo cuando iban a salir, aparecieron dos policías de paisano. Uno dio unos golpecitos en la ventanilla y, cuando Liette la bajó, el hombre le enseñó la placa y dijo que era preciso que respondieran a unas preguntas. En comisaría.

Tenían que acompañarlos. Un coche patrulla surgió como de la nada y se situó tras ellos.

En efecto, Liette no se desintegró, y durante el trayecto Thomas no le vio ni una sola vez los ojos tras las gafas negras, como si allí no hubiese más que profundas sombras.

25

1917

El *Saltan* no se fue a pique, y avanzaba de nuevo por las brumosas aguas costeras del mar Báltico, hacia el Imperio alemán, a cuyos submarinos el barco temía más que a cualquier otra cosa.

Cuantos más días de viaje llevábamos, tanto más a menudo pensaba yo en el *Saltan* como en una criatura viva. El *Saltan* se desliza por la niebla. El *Saltan* contiene la respiración. El *Saltan* teme al enemigo.

—Oye —dijo Grigori—, ahora tienes que contarme el resto.

—No hay mucho más que contar —aseguré—. Mara se fue a Leipzig con los Eisenhuth y unas semanas después nosotros volvimos a San Petersburgo. Ya lo sabes todo.

—No me refería a eso, sino a lo de entremedio, lo que has omitido.

—Lo hice como tú querías, para ir más rápido. No eres la persona más paciente del mundo, Grigori Gomorov.

—Ya, pero he cambiado de opinión. —Grigori se sacudió unas migas de bizcocho del regazo—. Me refiero al asunto del verano anterior, cuando conocisteis a Mara. Cuando Xenia te encomendó que dieras con ella y la llevaras al palacio. Me imagino que no fue fácil. A fin de cuentas, estamos hablando de San Petersburgo, y ahí hay un montón de personas. También un montón de pintores callejeros y huérfanas y gente rara como tú y yo. —Su sonrisa era

tan desmesurada como todo lo demás en él—. Y también está lo del tipo de la policía secreta por el que casi te cagas de miedo y que hasta ahora no ha aparecido en todo lo que has contado.

Era verdad, Volonov faltaba en la historia. Y yo me había alegrado de no tener que mencionar su nombre. Pero, a fin de cuentas, era una parte de todo aquello. Y en ese momento, cuando me encontraba en las entrañas del *Saltan*, no podía sospechar que el papel de Volonov sería, de un modo terrible e inevitable, mucho más importante aún.

—Está bien —dije tras sopesarlo un momento—, te lo contaré. Pero antes dame un poco del bizcocho asqueroso ese.

Él revolvió en su bolsa y me pasó tres rebanadas duras como el granito.

—Todavía no le han salido gusanos.

—Es de agradecer.

—Por lo menos no en las de arriba. En las de abajo no he mirado.

Mordisqueé una esquina y tuve la sensación de que se me rompían todos los dientes. Resolví echarle un poco de agua, lo cual no haría que el bizcocho fuese más sabroso, pero con un poco de suerte sí comestible.

—No sé cómo puedes masticar esta cosa —observé malhumorado.

—Los músculos de mi mandíbula son fuertes.

—No será de lo mucho que hablas de ti.

—Bueno, es que tampoco hay mucho de lo que hablar.

Lo miré con escepticismo.

—En algún momento tendrás que contarme por qué has acabado en este barco. Aparte de por la preocupación de que te enviasen al frente.

—Pero es que fue precisamente eso. Miedo a la guerra y sed de aventura. A diferencia de muchos otros, he entendido que no es algo contradictorio.

Exhalé un suspiro y me concentré de nuevo en la monumental tarea de conseguir comerme el bizcocho. El estómago me rugía, y ya me veía teniendo que ir a por fruta podrida a la cocina.

—Algo no me cuadra con la tal Mara —aseveró Grigori—. Me lo dice el dedo pequeño. —Y eso que no tenía ningún dedo que digamos pequeño: incluso sus meñiques eran el doble de anchos que los míos.

En efecto, eran muchas las cosas que no cuadraban con Mara, y yo había hecho un esfuerzo ímprobo para no verlo. Como no habría podido ser de otra manera, sintiendo lo que sentía por ella.

Grigori no cejó en su empeño.

—Tiene las manos sucias. Estoy seguro.

Tener las manos sucias sonaba tan inofensivo... Como si hubiese robado unas zanahorias, quizá una joya.

¿Y la verdad?

26

Aquella vez, en el verano de 1913, medio año largo antes de que Demian le pidiera la mano a Mara en Francia, Xenia y yo la conocimos en Apraksin Dvor, en el laberinto de callejuelas llenas de casetas de madera que había alrededor del mercado del canal Fontanka.

De manera que hacia allá me encaminé yo de nuevo justo después de que mi tía decidiese acoger a Mara en el palacio y en nuestra familia. Ese día se determinó mi destino sin que yo sospechara lo más mínimo el alcance que tendrían mis actos. Pese a mis dieciocho años, era sumamente ingenuo.

A media tarde me subí al tranvía para ir al mercado. El sol estaba bajo, sus rayos ya no se colaban entre las largas hileras de casetas que se alzaban tras el mercado. A esa hora la mayoría de la gente ya se había ido, pero en las vías principales todavía quedaban unas cuantas personas, incluidos algunos de los músicos y bufones que pronto se dirigirían a las partes de la ciudad donde la ópera y el teatro hacían que saliese a las calles un público más adinerado.

Del arroyo subía un hedor acre, una mezcla de orines humanos y bosta de caballos. Durante un rato me acompañó un hombre sin piernas que se movía con ayuda de sus musculosos brazos y sujetaba con los dientes una lata que sacudía para pedirme dinero. Dentro metía ruido una única moneda.

Atravesé a buen paso el laberinto de casetas y vi ya desde lejos que el sitio que ocupaba Mara delante del museo de cera estaba

desierto. Allí exactamente era donde se sentaba, vi unas gotas de pintura seca en el polvo. El museo ya había cerrado, los postigos de madera de las casetas cercanas estaban bajados. Solo la cortinilla de cuentas de enfrente susurraba, la entrada a la estrecha barraca en la que la lechera de Kaushta ofrecía sus servicios como vidente. Una mano afectada por la gota abrió la cortinilla y después, a media altura de la puerta, un rostro apesadumbrado asomó por ella. La mujer caminaba tan encorvada que temí que fuera a caerse hacia delante.

—Buscas a la muchacha —constató—. Te ha hecho perder la cabeza.

Lo quise negar, indignado, pero ella, con su deforme mano, me prohibió que hablase.

—Todos quedan a merced de ella y de esos cuadritos raros que se pinta.

Yo llevaba uno en el bolsillo de la chaqueta, por si tenía que preguntar por ella. Sin embargo, la lechera se había dado cuenta —se me notaba en la cara— de a quién confiaba en encontrar. Posiblemente también viese el desasosiego y la desesperación en mi mirada, porque mientras me dirigía a ese sitio el desconcierto que me causaba la decisión de Xenia de llevar a la muchacha a casa había dado paso al nerviosismo. Cuanto más pensaba en Mara, tanto más deseaba encontrarla. La idea de vivir con ella seguía provocándome una gran inseguridad, pero también era de lo más emocionante.

—¿Adónde ha ido? —le pregunté a la mujer.

—La gente dice que nunca se queda mucho en un mismo sitio. Unas veces está aquí y otras en otra parte. Dicen que por la noche va a los barrios malos. Allí se la puede encontrar, pero no pintando, sino enseñando la piel y otras cosas. —Soltó una carcajada y

entonces supe que me mentía, por ningún otro motivo que por puro odio. Probablemente la guapa muchacha que solía tener enfrente fuese un incordio desde hacía tiempo, como si la belleza de Mara le recordase demasiado a lo que ella habría deseado para sí.

—Usted ni siquiera es vidente —espeté enfadado—, y no solo porque de su boca no salga ninguna verdad. Antes ordeñaba vacas y ahora ordeña a idiotas ricos que son lo bastante tontos como para regalarle su dinero.

—¡Largo de aquí! —Resoplando, la mujer se volvió hacia su cortina de cuentas—. Ve en su busca y lo único que encontrarás será tu desdicha.

Deseché sus palabras con un gesto y me alejé de allí.

Delante del mercado tomé un coche de punto y le pedí que me llevara a uno de los arrabales de la ciudad, donde incluso cuando caía la tarde ya parecía ser de noche, se encendían braseros a la entrada de las tabernuchas y los marineros de los grandes barcos derrochaban su paga. Cuando la vieja había mencionado los barrios malos, solo se me ocurrió ese; seguro que había otros en los que por la noche había jaleo, pero por alguna parte tenía que empezar.

Yo sabía mucho de libros y nada en absoluto de la vida. Había leído cosas de barrios como ese, sabía con exactitud cómo se comportaba un proscrito del bosque de Sherwood en esos lugares, pero no tenía ni la más remota idea de cómo se las arreglaba uno en la vida real, donde un puñetazo no solo te dejaba un poco aturdido, sino que además te rompía la mandíbula, te incrustaba la nariz en el cerebro y hacía que los ojos se te reventasen como si fuesen uvas.

En un momento dado tuve la sensación de que alguien me seguía, un hombre con un abrigo oscuro y un sombrero negro, pero allí había tantos de esos que rechacé la idea. Creía haberlo visto ya cuando había salido de Apraksin Dvor, pero, de ser así, habría tenido

que seguirme en un coche de punto por la ciudad, y no se me ocurría ningún motivo por el que alguien quisiera hacer algo así.

Desde esa mañana no había bebido ni un sorbo de agua, y quizá estuviese ligeramente deshidratado, debido a lo cual me sentía mareado y era incauto. Observé con disimulo a putas y granujas, jugadores y matones, y una y otra vez veía a músicos y pintores, pero Mara nunca estaba entre ellos. Como oscureció deprisa, poco a poco me fui haciendo a la idea de que volvería a casa sin haber cumplido con mi cometido. Era una irresponsabilidad por parte de mi tía haberme hecho salir poco antes de que cayera la oscuridad, pero, claro estaba, ella no pensaba en ese sitio, sino en las casetas del mercado y quizá en la ópera, delante de la cual por la noche se reunían artistas necesitados.

Tantas nuevas impresiones, tentaciones y amenazas me sobrepasaban, de modo que acabé mareándome. Deambulé por las callejuelas, buscando a Mara y temiendo al mismo tiempo no verla mientras mis ojos vagaban desorientados por rostros y edificios.

Una mano me agarró un brazo por detrás, me metió de un empujón en un pasillo apestoso que se abría entre muros de ladrillo y me dio la vuelta.

—¡No te resistas! —me advirtió el hombre—. Y no se te ocurra gritar. El que llama la atención en este barrio no hace amigos.

—¿Quién es? —El brazo me dolía allí por donde me tenía cogido, y ello me arrancó del extraño trance en el que había caído mientras vagaba por el arrabal.

—Volonov —contestó el desconocido—. Soy policía.

No llevaba uniforme, sino un abrigo negro que le llegaba casi hasta el suelo y un sombrero bien calado. Tenía los ojos pequeños y los pómulos prominentes, la boca era una línea fina. Las viruelas le picaban el rostro, cuya tez era de un gris enfermizo. Solo más

adelante supe que ello no se debía a la débil luz que arrojaban las farolas, sino a que Volonov pasaba mucho tiempo en sótanos en los que encadenaban a las personas a sillas atornilladas en el suelo.

—No escaparás. —Su tono cortante revelaba que estaba acostumbrado a dar órdenes.

—No lo haré —confirmé, sin estar seguro de que fuese verdad.

Pero, si no me equivocaba y Volonov era miembro de la Ojrana (por aquel entonces la policía secreta estaba en todas partes), en ese momento lo de menos era la verdad. Sabía por mi amigo Spiridon, que tenía experiencia en tratar con la policía, lo que había que hacer: decir siempre lo que querían oír. De ese modo quizá uno tuviese una oportunidad de salir de un encuentro así sin heridas permanentes.

—¿Qué quiere de mí?

—Tu tono no me gusta, muchacho.

—Lo siento.

—Te romperé los dientes si no me gusta cómo hablas. —No dijo «lo que dices», porque se trataba de otra cosa. Primero el cómo y después el qué. Spiridon también me había preparado para eso.

—¿Por qué me quiere pegar?

—Porque puedo. Y tengo en un bolsillo el carné adecuado. ¿De verdad quieres que lo saque?

—No quiero que saque nada solo porque puede.

Me dio una buena bofetada, pero por lo menos no utilizó el puño. Después de que los ojos dejaran de hacerme chiribitas, vi que sonreía.

—Eres un muchacho respondón. Casi un bocazas, por lo que parece. Te está bien empleado.

Sin duda vio en mi cara que la perspectiva de que pudiera ejercer más violencia surtía efecto, porque me soltó, pero se quedó tan

cerca de mí que entre nosotros no había ni un palmo de distancia. El aliento le olía a tabaco; el cabello, a pomada.

—¿En qué puedo ayudar? —Confié en haberlo dicho con la suficiente amabilidad.

—Así está mejor. Puede que seas un peligro para el país y para el pueblo, pero aprendes deprisa.

—Un peligro para... —No pude evitar tragar saliva con ganas—. ¿Por qué dice eso?

—Así lo haré constar en mi declaración después de que te arreste y te interrogue —aseguró con esa voz que sonaba más cortante y maliciosa cuando sonreía—. Un agitador. Un conspirador enemigo del zar. Alguien que debería desaparecer urgentemente. Eso pondrá, de mi puño y letra y firmado por mí. Y como soy un oficial con experiencia que ha cosechado numerosos éxitos en sus investigaciones, nadie lo pondrá en duda. Tal vez incluso reciba una llamada del secretario del zar para darme las gracias en persona por haber quitado de en medio una amenaza para nuestro país.

—No hace falta que siga —aseveré—. Lo he entendido.

—¿Sí? —Acercó aún más su rostro al mío. Yo no podía retroceder porque ya tenía la cabeza contra el muro de ladrillo—. Ya veremos si lo has entendido todo. Tu disposición a cooperar lo demostrará.

A la gente le gustaba decir de los agentes de la Ojrana que eran matones incultos, pero no fue esa la impresión que me dio Volonov. Casi me cagué encima de miedo, pero conseguí mantener la compostura razonablemente, al menos por fuera.

—Bueno, muchacho —dijo—, ahora vayamos al grano.

Asentí.

—Vives en el canal de Catalina, en el palacio de la familia Kalinin, pero tú no te apellidas Kalinin, sino Danilov. Solo eres un sobrino

pobretón al que han acogido. —Me miró con esos ojillos maliciosos —. ¿Todo correcto hasta ahora?

—Es cierto, sí.

—Vas todos los días a la Biblioteca Imperial, donde trabajas como aprendiz. —Enumeró el nombre de mis superiores, y me asaltó la desagradable sospecha de que había hablado de mí con algunos de ellos. Al menos esa fue la impresión que quería dar, y le fue bien con ello: sembró la duda en hombres que siempre habían sido buenos conmigo. Otro truco eficaz de la Ojrana—. Pero —continuó Volonov, y fue un «pero» que arrastró mucho— en realidad tú me das lo mismo. Como me da lo mismo una araña a la que le arranco las patas antes de quemarle el cuerpo muy despacio con un cigarro. Lo entiendes, ¿no?

—Yo tampoco soporto a las arañas —aseguré.

Eso hizo que sonriese de nuevo, y me preparé para recibir otra bofetada o algo peor, pero esta vez no pasó nada.

—Pero ¿le arrancarías tú las patas a una araña? ¿Las ocho, una por una?

—No, no haría tal cosa.

—Y esa es la diferencia que existe entre nosotros. Tú le tienes mucho miedo al dolor, por eso no te gusta hacer daño a los demás. En ese sentido yo soy distinto. Me gusta ver a alguien retorcerse y provocar que le baje la mierda por las piernas. —Se tocó la punta de la nariz con el dedo índice—. Esta de aquí no me funciona muy bien. No tengo sentido del olfato, ¿sabes? La gente se puede mear y vomitar encima y a mí no me huele a nada.

—Me figuro que es una gran ventaja para usted.

Asintió circunspecto.

—Lo es. Sí que lo es. De manera que, cuando te hayas cagado vivo después de que hayamos terminado, yo ni siquiera repararé en

ello. Daré las gracias al buen Dios por pasar de largo ante mí cuando adjudicaba narices sensibles. Puede que supiera que yo sabría aprovechar esa falta. A fin de cuentas, es omnisciente, según dicen.

—Seguro que lo sabía —convine, porque pensé que le gustaría oírlo.

Volonov movió la cabeza satisfecho.

—Bien, muchacho, volvamos con los Kalinin.

Se interrumpió porque delante del pasillo en el que estábamos, en la acera, se detuvo un coche de punto. El hombre que iba en el pescante —con sombrero de copa y abrigo azul zafiro— nos miró y Volonov le dio a entender con un gesto que siguiera su camino. El coche se puso en movimiento en el acto.

Decían que muchos agentes de la policía secreta se hacían pasar por cocheros del sinfín de coches de punto que había en la ciudad. De ese modo les resultaba fácil escuchar conversaciones confidenciales y sabían cuáles eran los propósitos de las personas, tanto los oficiales como los secretos. La Ojrana lo utilizaba como medida de presión, ya que la violencia solo era una de sus herramientas. La extorsión gozaba como mínimo de la misma popularidad.

Aunque yo había oído hablar de todo aquello, me hice el sorprendido.

—Vaya, los tiene usted controlados —observé para halagarlo. Otra de las lecciones de Spiridon. Sin embargo, este también había mencionado que con los halagos podía salirte el tiro por la culata: unos gozaban de buena acogida y con otros parecía que los querías comprar. Mis posibilidades eran de un cincuenta por ciento.

Volonov me miró a los ojos, y el estómago se me encogió hasta convertirse en algo tan pequeño y duro como un trozo de carbón.

—¿Por qué demonios no iba a tener controlados a mis hombres? —preguntó con suspicacia.

—No sabía que era uno de sus hombres —me apresuré a decir—. Creí que solo era un cochero.

—¿Me tomas por idiota?

—No, no..., de verdad que no.

Me pegó otra bofetada. Sentía la piel de la mejilla como si me fuese a reventar, y se me saltaron las lágrimas. Pestañeé para que él no las viera, pero, naturalmente, su mirada estaba entrenada para distinguir cualquier debilidad, por pequeña que fuese. Su sonrisa era tan aceitosa como su pelo.

—Los Kalinin —empezó de nuevo.

—Sí —repuse.

—La gente que trata con libros siempre está con un pie en la cárcel. Eso lo sabes, ¿no?

¿Qué otra cosa podía hacer que asentir otra vez?

—Alexéi Mijáilovich Kalinin tiene una editorial —contó, como si yo no supiera nada—, en rigor incluso dos: una aquí, en Rusia, y otra en el Imperio alemán, ¿en...?

—En Leipzig —contesté.

Volonov sonrió.

—Muy bien. En Leipzig. Conque tiene buenos contactos en esa ciudad. Demasiado buenos, en mi opinión. Huele a traición. A espionaje.

Podría haber objetado que infinidad de empresas rusas mantenían relaciones con Alemania, que San Petersburgo estaba lleno de hombres de negocios alemanes y que, a la inversa, muchos rusos se beneficiaban de las importaciones alemanas.

—Yo de eso no sé nada —aseguré—. No trabajo en la editorial, soy bibliotecario.

—¿Y nunca habláis de esas cosas en la mesa?

Negué con la cabeza.

—Durante las comidas no se habla nunca del negocio. A ese respecto las normas de Xenia Vladímirovna son férreas. Incluso mi tío se atiene a ellas.

—Pero viajáis todos los años a Francia, donde os reunís con vuestros amigos alemanes.

No era ninguna sorpresa que la Ojrana también tuviera informantes entre los rusos que iban al extranjero. Quizá incluso le informase alguien de nuestra casa, el ayuda de cámara, alguna de las doncellas o hasta el secretario de Alexéi.

—Se refiere a los Eisenhuth —dije.

La respuesta pareció satisfacerle.

—Los Eisenhuth. Personas influyentes, con mucho dinero. Editoriales, imprentas, incluso tienen participaciones en uno o dos periódicos. Es decir, que están metidos en política. ¿Habláis con ellos de política? ¿De política rusa?

—No cuando yo estoy delante.

—Así que durante las comidas está prohibido hablar no solo de negocios, sino también de política, ¿es así? —De nuevo ese tono receloso.

—Xenia Vladímirovna...

—Es una mujer estricta, me parece a mí.

—En efecto.

Me miró otra vez como si quisiera clavarme al muro con los ojos. Después su semblante se suavizó y dijo:

—Bien, seguro que tú y yo volveremos a hablar de ello en otra ocasión. Al fin y al cabo, no queremos que unos espías revelen nuestros secretos de Estado a los alemanes, ¿no es cierto?

—No, desde luego que no.

—Pero ¿y la hija? —preguntó inesperadamente—. La joven Ofeliya.

—¿La hija? —En mi temor se entremetió una pizca de repugnancia casi física.

—¿Se relaciona con los alemanes? ¿O con otros extranjeros?

—Ofeliya es paralítica. Apenas sale de su habitación.

El policía asintió despacio.

—Entonces, no recibe visitas, ¿no?

¿Lo decía en serio? ¿Quería acusar de ser una espía a una muchacha que estaba en una silla de ruedas?

—Nunca —aseguré—. No recibe a nadie. Lee mucho. Le llevo libros de la biblioteca.

—En su día iba a verla bailar a menudo —aseveró él—. Tenía mucho talento. Habría sido famosa en el mundo entero, era muy buena. Además de preciosa.

Me costó disimular mi desprecio.

—Está en una silla de ruedas. Nunca volverá a bailar. Desde que sufrió el accidente recibe clases particulares. Apenas sale de casa.

Dio la impresión de que Volonov se paraba a pensar un instante.

—Esas clases ¿se las imparte un preceptor o una preceptora?

—Un caballero entrado en años sumamente riguroso y severo.

—Tendré que ir a visitarlo. —Volonov bajó la voz, y yo empecé a preguntarme si estaría en su sano juicio—. Un preceptor podría ser el portador ideal de mensajes secretos. Tanto para llevarlos a la casa como para sacarlos de ella.

—¡Ofeliya no es una espía! —Lo dije gritando y muy irritado. Y durante un instante se me pasó por la cabeza que eso era lo que pretendía aquel hombre: quería que perdiera la paciencia para acusarme de que lo había atacado.

Su mano derecha salió disparada y me rodeó el cuello. Me privó del aire con maña, sin aplicar demasiada fuerza. Yo traté de empujarlo, pero su puño izquierdo se me adelantó y me golpeó en el plexo solar. Mis rodillas cedieron. Tal y como me tenía sujeto, Volonov me mantuvo de pie sin aparente esfuerzo.

—Te explicaré lo que va a pasar ahora —me dijo con una calma engañosa—. Me vas a dar tu llave. La llave con la que entras en el palacio. No me importa si es la puerta delantera o la trasera.

Fui a decir algo, pero de mi boca no salió sonido alguno.

—Yo haré una copia de esa llave y después te la devolveré. Si no me causas problemas, dejaré que te marches. No para siempre, claro. Tú y yo nos volveremos a ver. De vez en cuando contestarás a las preguntas que te haga sobre cómo se vive en la casa de los Kalinin. Y es posible que yo sea generoso y no te meta en la cárcel por traidor o por formar parte de una sociedad secreta. ¿Qué te parece?

Me soltó el cuello y yo caí de rodillas ante él, pugnando por respirar.

—No... —logré decir, pero pareció un graznido—. No tengo ninguna llave.

Volonov me agarró del pelo y me echó la cabeza hacia atrás, para que tuviera que alzar la vista.

—¿Cómo dices?

—Cachéeme si quiere. No tengo ninguna llave, es la verdad. —Era lógico: en el palacio había multitud de criados. Cuando quería entrar, utilizaba la aldaba y alguien acudía de inmediato para abrirme. La mayoría de las veces haciendo una reverencia, cosa que me repugnaba. Aún tendrían que pasar uno o dos años antes de que entrase en casa únicamente por la entrada de servicio.

Volonov me levantó, me palpó la chaqueta, metió la mano en todos los bolsillos y me trató como a una muñeca de la que no esperaba que ofreciese resistencia. O como a un hombre muerto.

Al cabo, me dejó y soltó una imprecación en voz baja.

—Te harás con una llave —ordenó—. Porque, cuando nos volvamos a ver, algo que podría suceder muy pronto, te la volveré a pedir. Y entonces más te valdrá que todo sea de mi entera satisfacción. ¿Entendido?

No contesté.

—¿Me has entendido, Artur Sergeyevich Danilov? —Me dio un empujón brutal, que me mandó de nuevo contra la pared.

Farfullé un «Sí» que me salió con más mala gana que cualquier otra de las palabras que había dicho antes.

Se oyó un clic, como si hiciese desaparecer la hoja de una navaja en la empuñadura. Debía de haberla tenido abierta en el bolsillo durante todo ese tiempo.

—Bien —dijo—. Nos entendemos.

Yo esperaba que volviese a golpearme, solo a modo de advertencia, pero lo dejó estar con una sonrisa despectiva, dio media vuelta y se fue.

Me quedé allí, doblado sobre mí mismo, y vomité a mis pies.

Cuando finalmente salí del pasillo, Volonov se había marchado hacía rato. Un coche de punto pasó por allí, el cochero volvió la cabeza despacio, tal vez para vigilarme.

Tardé un momento en orientarme, y a continuación eché a andar hacia el mercado Heumarkt, tambaleándome.

27

—No es ninguna vergüenza caer al suelo delante de un oficial de la Ojrana —observó Spiridon después de que se lo contara todo—. Les ha pasado a los mejores. A mí, por ejemplo.

—Yo no he caído al suelo.

—Tienes vómito en los zapatos.

—Porque no he vomitado en el suelo, sino de pie.

Spiridon me dio unas palmaditas en la espalda.

—Sí, señor. Siempre hay que permanecer firme.

Me zafé de su mano.

—Esto no es ninguna broma, maldita sea. Volonov me ha amenazado. A mí y a toda mi familia. Y ha dicho que a partir de ahora lo veré a menudo. Se supone que tengo que proporcionarle información sobre cualquier acto de espionaje, una información que nunca conseguiré. Mi tío no es un espía, y Ofeliya menos.

Spiridon se pasó una mano por los pelirrojos rizos.

—¿Lo sabes a ciencia cierta?

—¿Es que has perdido el juicio?

—No me refiero a Ofeliya, pero es cierto que tu tío ahora tiene estrechos lazos con Alemania.

—¡Igual que medio San Petersburgo! Yo fui a la Petrischule, allí casi todos mis profesores eran alemanes. Hablo la lengua, he leído libros en alemán.

—Tal vez Volonov crea que el espía eres tú.

—Te estás riendo de mí.

Negó con la cabeza.

—Podría ser una especie de prueba, ¿no? Si le facilitas información, eres inocente, pero si te niegas, esa será la prueba de que haces causa común con los alemanes.

Empezaba a ponerme furioso.

—¡Qué prueba ni qué ocho cuartos! ¡No hay información que valga!

—Es posible que a Volonov eso le dé lo mismo. Tal vez solo quiera averiguar si estás dispuesto a inventar algo que pueda perjudicar a tu familia para salvar tu propio pellejo.

—No veo la lógica en lo que dices, y mucho menos...

Él levantó una mano en un gesto conciliador.

—Está bien, tranquilízate. Solo intento pensar como Volonov.

—¡Ese hombre está loco!

Spiridon se dejó caer en la silla tapizada que tenía detrás del improvisado mostrador. Su tienda con las presuntas curiosidades del gabinete de Pedro el Grande estaba tan llena de trastos y cachivaches que no había espacio para un mostrador de verdad. Se cruzó de brazos y me dirigió una mirada significativa.

—A ver, ¿tú tienes idea de quién es Volonov?

—Ni la más remota.

—Pues permite que te lo aclare. Timur Fiódorovich Volonov no es un oficial cualquiera de la Ojrana, sino alguien con mucha influencia. Es posible que esta no llegue hasta el mismísimo zar, pero con toda seguridad sí hasta personas que tienen contacto con el zar o sus consejeros. Antes Volonov era un cabecilla de las Centurias Negras y un miembro de alto rango de la Unión.

Volví a ponerme nervioso.

—¿De qué Unión?

—La Unión del Pueblo Ruso. —Levantó un puño a modo de explicación—. Por la fe, el zar y...

—Y la patria —terminé el lema por él. Lo conocía, claro; se oía en toda la ciudad. Las Centurias Negras estaban compuestas por numerosas organizaciones nacionalistas y monárquicas, cuyos miembros eran responsables de pogromos del pueblo judío y masacres de antiguos revolucionarios y críticos del régimen zarista. La más importante de estas organizaciones era la Unión del Pueblo Ruso. En su nombre se publicaban libelos contra los judíos, se difamaba a los bolcheviques y se eliminaba a los antimonárquicos.

—A Volonov se le quedaban cortos los métodos de la Unión —contó Spiridon—. Dejó de formar parte de ella, pero probablemente se asociase con personas que actuaban con mucha más resolución y falta de escrúpulos que sus viejos amigos.

Clavé la vista en él.

—¿Se puede saber cómo diantres sabes tú todo esto?

Señaló la parte posterior de la tienda, donde estaba la trampilla de su taller de falsificación secreto.

—¿Tienes idea del riesgo que entraña cruzarte con quien no debes con todo lo que se cuece aquí? Se presenta alguien, quiere un certificado concreto o algún papel, y antes de que te des cuenta estás conspirando con enemigos del Estado y acabas en la horca. Y eso es algo que me gustaría evitar. Por eso sé de qué pie cojea la gente.

—¿Te has tropezado con Volonov?

—No, y eso también me gustaría evitarlo.

—Estupendo. —Entrelacé las manos detrás de la cabeza, me tapé los oídos con los antebrazos y me puse a dar vueltas nerviosamente entre cajas repletas de chismes y estanterías a rebosar—. Y ahora tengo encima a ese cerdo. Y eso que yo no soy un delincuente.

Spiridon sonrió.

—Yo también prefiero considerarme un rebelde.

Deseché el comentario con un gesto impaciente.

—Ese tipo la ha tomado conmigo.

Él se puso recto de pronto.

—¿Crees que sabe que estás aquí?

—¿Qué? ¡No! He tenido cuidado.

—Pero sabía un montón de cosas de tu vida. —Parecía muy preocupado—. Si lo has traído hasta aquí...

—Te he dicho que no. Fuera está oscuro y me he metido en tres tabernas llenas a reventar y en la última he salido por la puerta de atrás.

—Es posible que te sigan por orden suya desde hace tiempo.

Levanté las manos.

—Muy bien, pues me voy, ¿de acuerdo?

Spiridon respiró hondo y después negó con la cabeza despacio.

—No pasa nada, lo siento. Solo me he vuelto prudente.

—¿Prudente? —Señalé el batiburrillo de artículos dudosos. A mi izquierda tenía un pequeño mueble negro lacado con treinta y dos cajoncitos numerados, ninguno de ellos más grande que una caja de cerillas. Yo sabía que en cada uno de ellos había un diente. Al parecer, Pedro el Grande se los había arrancado personalmente a sus príncipes solo porque le divertía la odontología. Al otro lado se veían tarros con fetos que, según gustaba de afirmar Spiridon, eran hijos ilegítimos del soberano, cuya pasión por el coleccionismo había llegado hasta el punto de que en su gabinete de curiosidades incluso había un grupo de enanos, entre otras personas con malformaciones, que se veían obligados a vivir allí para que sus invitados y él pudieran divertirse; cuando uno de ellos murió, el zar lo hizo disecar. Al menos yo aún no había descubierto en la tienda de

Spiridon a ningún enano momificado. Claro que tampoco había mirado en todos los rincones—. Pero si afirmas que todas estas cosas son del palacio de verano... —apunté—. Lo cual te convierte en un estafador o en un ladrón. ¿Y a eso llamas tú ser prudente?

Spiridon rechazó la observación con un gesto.

—Hay ciertos riesgos que no se pueden evitar. Y, aunque no todas las cosas que hay aquí son auténticas de verdad, sí son obra de artistas locales que han puesto en ellas mucha dedicación y amor al detalle.

Exhalé un suspiro con aire fatalista.

—Tengo que encontrarla como sea.

—¿A la muchacha?

—¿A quién va a ser?

Extendió una mano.

—Enséñame ese cuadro.

Lo miré con el ceño fruncido y después caí. Spiridon acababa de mencionar a artistas locales. Tal vez pudiera dar con Mara a través de alguno de ellos. Me saqué de la chaqueta la maderita con su autorretrato y se la di.

—Toma.

Él la puso a la luz de una lámpara de pie. Los ojos dorados de Mara reflejaron la luz e iluminaron el rostro de Spiridon. Entonces vi que sonreía.

—¿Qué? —pregunté.

Spiridon se levantó de un salto, me hizo a un lado y se metió por un estrecho pasillo que se abría entre las estanterías. Se agachó, buscó primero en uno de los anaqueles inferiores, después en otro de más arriba. Abrió la tapa de dos cajas y revolvió en ellas antes de encontrar en la tercera lo que estaba buscando.

—Es la abuela de Pedro el Grande —afirmó.

—Dime, ¿tú te encuentras bien?

—Mira. —Sacó de la caja un cuadro del tamaño de su mano con el marco dorado y me lo dio. El rostro que se veía en el cuadrito era idéntico al retrato de Mara, incluso los ojos eran dorados.

—¿Quieres hacerme creer que Mara es el espíritu de una mujer que vivió en el siglo XVII? ¿Que ha regresado al mundo de los vivos?

Spiridon prorrumpió en una sonora carcajada.

—Puedes llegar a ser de lo más tonto, Artur Sergeyevich. Desde luego que no es nada de eso. Si quisieras comprar este cuadro, naturalmente juraría y perjuraría que es la abuelita de Pedro, pero, como eres mi buen amigo y algo duro de mollera, te diré con absoluta franqueza que compré este cuadro no hace ni siquiera un año. En la calle, a una muchacha. No volví a pensar en ello, pero ahora que la veo... Es ella.

Cogí el retrato que le había dado y a cambio le devolví el suyo enmarcado.

—¿Dónde la viste?

Spiridon guardó el cuadro con gran ceremonia y, tras cerrar la tapa, devolvió la caja a la estantería.

—La vi un par de veces, no con frecuencia, pero siempre por la noche y siempre en el mismo sitio. Por lo menos tienes buen gusto, era encantadora.

—¿Dónde, Spiridon?

Me acarició la mejilla con fingida generosidad.

—Es mejor que acudas siempre primero a mí con tus preocupaciones. Nadie tiene mejores consejos que Spiridon Petrovich.

—Si serás...

—Con los títeres —me interrumpió risueño—. Suele estar delante del viejo teatro de guiñol.

La fachada parecía venida a menos, tenía desconchones en muchos sitios. El sencillo letrero en el que ponía TEATRO DE GUIÑOL lo habían vuelto a pintar no hacía mucho, pero a todas luces se habían quedado sin pintura antes de acabar, de manera que las últimas letras seguían estando desvaídas y tenían un color grisáceo. En dos vitrinas colgaban carteles de funciones; amarilleaban y las esquinas estaban enrolladas hacia arriba. Quizá representaran las mismas obras desde hacía años.

A Mara no se la veía por ninguna parte. Ni en la escalera de la entrada ni en la acera ni tampoco al otro lado de la calle.

Por allí pasaba un buen número de transeúntes, ya que esa era una de las bocacalles más concurridas del casco antiguo. Sin embargo, nadie miraba ni siquiera de pasada el deslucido teatro de guiñol, que parecía embutido entre un pequeño espectáculo de variedades y un frecuentado restaurante.

Subí la escalera y di unos golpecitos en la ventanilla. Como detrás se veía luz y la cortina no estaba echada, supuse que habría alguien. Mientras esperaba miré de cerca uno de los carteles. En él se veían dos títeres desnudos, el hombre a gatas y la mujer con un bastón o un cetro en la mano. El dibujo era expresionista, unas sombras cubrían las partes vergonzosas.

Cuando me volví, tras el cristal había un anciano con sombrero de copa que me observaba en silencio.

—Buenas tardes —lo saludé.

—La representación ya ha empezado.

—En realidad solo quería información.

Señaló con la cabeza una vitrina.

—Ahí están todos los horarios.

Me saqué del bolsillo el retrato de Mara y lo puse contra el cristal.

—Estoy buscando a esta muchacha.

—No eres policía —observó después de mirar de reojo el cuadro —. Demasiado joven. Y tampoco tienes pinta de fumador. Todos los policías que conozco fuman.

—Será mejor que no me olvide —repuse con marcado desenfado, aunque por dentro me estremecí, porque a la memoria me vino de inmediato el aliento con olor a tabaco de Volonov.

—¿Qué quieres de ella? —El hombre levantó la mano y puso el dedo índice en el cristal.

—A veces se sienta aquí a pintar.

—No está prohibido. Y a nosotros nos parece bien, de ese modo la gente se para. Tampoco es que sea la única.

—¿Viene todos los días?

—Unas veces sí y otras no.

—No quiero hacerle nada malo, descuide. Al contrario.

El anciano resopló en señal de desaprobación.

—Y di, ¿qué es eso bueno que quieres de ella?

—Quiero saldar mis deudas.

—¿A cuánto ascienden?

—No creo que eso sea de su...

—Mira, voy a echar la cortina. Esta es la última representación de hoy. Vuelve mañana, si quieres, quizá seas más amable entonces.

—Me dio este cuadro —conté—, aunque yo no tenía dinero. Le prometí que se lo pagaría lo antes posible. No se trata de una fortuna, pero es lo que me puedo permitir.

—Pues esa chaqueta que llevas no parece barata.

Entendí adónde quería llegar.

—¿Cuánto quiere?

—Compra una entrada.

—¿Eso es todo?

El anciano asintió.

—Pero en los asientos buenos.

—De acuerdo. —Le pasé las monedas por debajo del cristal y a cambio él me dio una entrada que arrancó de una tira.

—En realidad no debería hacer esto —afirmó—. Pero si de verdad le debes dinero a la pequeña, seguro que se lo ha ganado. Y si mientes, te dará para el pelo. Lo he visto aquí mismo, en la calle. Una vez le sacudió el polvo a uno que la estaba molestando. El tipo acabó llorando a moco tendido, suplicándole que lo dejara marchar.

—¿No lo soltaba?

El hombre se rio, pero en la risa había cierta confusión, como si ni él mismo estuviese seguro de lo que había visto.

—Le había puesto un cuchillo en el cuello y amenazaba con liquidarlo. Y yo la creí. El hombre también. Lloraba y le pedía perdón. No era un espectáculo agradable.

—En mi caso no tiene ningún motivo para hacer tal cosa.

—Más te vale —aseveró, y me señaló la entrada—. Puedes pasar.

—¿Qué? No, si yo no quería...

—Tienes una entrada, ¿no? Pues ve con ella.

Lo miré perplejo.

—¿Está ahí dentro?

—Ha entrado para la última función, como casi todos los días. Es la única en la sala. También como casi todos los días. —Levantó un dedo índice en señal de advertencia—. Pero no pienso perderte de vista, ¿entendido?

Lo saludé haciendo un gesto con la cabeza que resultó algo rígido y entré en el teatro. El vestíbulo era estrecho y alargado, olía a antipolillas y tabaco rancio. En las paredes, empapeladas con tela roja, había más carteles en fila, las fechas se remontaban a muchos

años atrás. En un soberbio marco se distinguía la fotografía amarillenta de un grupo de titiriteros con sus títeres; solo al mirarla por segunda vez me di cuenta de que debía de tratarse de una familia: el padre, la madre y cuatro hijos. Daba la impresión de que los títeres tenían vida propia y parecían mirar a la cámara con sonrisas burlonas.

Bajé por una escalera ancha y entré en la sala por una cortina rojo sangre. El lugar era más grande de lo que esperaba. Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, vi una única cabeza que descollaba sobre los respaldos, delante, en la tercera fila. El resto de la sala estaba desierto.

En el escenario dos títeres de madera bailaban una extraña danza, pero no había música, ni siquiera de un gramófono. Al fondo, el escenario era completamente negro, y solo cuando avancé despacio por el pasillo lateral reparé en que los dos titiriteros estaban allí arriba, junto a los títeres. Iban vestidos de negro y, además, tenían el rostro cubierto. Ante el fondo oscuro, casi parecían invisibles. Solo a veces daba la impresión de que los títeres proyectaban una sombra demasiado grande, que acto seguido volvía a fundirse con la oscuridad.

Los títeres estaban desnudos, como en el cartel: una mujer y un hombre con finas extremidades de madera. Que yo viese, los movían con palitos. El hombre tenía una erección tallada en la madera, más grande de lo normal, como una caricatura, con la que embestía una y otra vez las caderas de la mujer mientras realizaban el curioso baile mudo. Cuando la mujer se volvió hacia mí en una ocasión, vi que le habían abierto en el cuerpo de madera una vagina, bordeada de rojo como una diana.

Yo había ido al guiñol, de pequeño con mi madre y después dos veces con Ofeliya, pero se representaban cuentos y farsas, no tenía

ni punto de comparación con lo que estaba sucediendo en ese escenario.

Cuando llegué a la tercera fila, vi desde el lateral que Mara estaba inclinada, con los codos apoyados en el respaldo del asiento de delante. Parecía tensa, muy concentrada, y solo tenía ojos para los títeres y los dos bultos negros que los rondaban. Entré en su fila, pero ella solo pareció reparar en mí cuando me senté a su lado.

—Buenas noches —susurró, y volvió el rostro hacia el escenario en el acto.

—Buenas noches. No parece sorprenderte que esté aquí.

—A mucha gente le gusta ir al teatro.

—Por lo visto no a este.

—Durante el día hay algunas personas más, pero la última función casi siempre la tengo para mí sola.

—En ese caso, siento molestarte.

Me dedicó una breve sonrisa.

—No te preocupes, ya sé lo que pasa.

Miré la grotesca erección y esa vagina que parecía una cueva.

—¿Qué clase de teatro es este?

—El último en su género. Antes en esta ciudad había más teatros de guiñol para adultos, pero hoy en día la mayoría solo representa obras para niños.

—Creía que solo llevabas un par de años en San Petersburgo.

Ella asintió.

—Me lo han contado.

Los títeres se volvieron hacia la sala y se pusieron a bailar uno al lado del otro, con movimientos bruscos y muy amplios que personas de verdad no habrían sido capaces de realizar. Ello hacía que la escena fuese más extraña aún. Los únicos sonidos eran los pasos

suaves como la seda de los titiriteros y el leve castañeteo de las extremidades de madera.

—¿No les molesta si hablamos? —pregunté en voz baja.

Ella se echó hacia atrás el largo pelo.

—Es mejor que nos callemos y veamos el resto.

Me sonó a reprimenda, así que obedecí. Por fuerza la curiosa representación terminaría en algún momento. Sin embargo, cuanto más miraba, tanto más hipnótico me parecía el baile de los títeres, a los que después se sumaron otros, primero dos y después cuatro, hasta que el escenario estuvo lleno de ellos. Y entre medias se movían los titiriteros vestidos de negro, esos dioses de sombra que guiaban el destino de las criaturas de madera y al mismo tiempo se veían arrastrados por ellos, hasta que ya no se distinguía quién tenía poder sobre quién.

Para mi sorpresa, el frenético baile no terminó con la unión de los títeres, sino decentemente, con una boda. A la mujer le pusieron un velo blanco antes de que la pareja apareciese ante un sacerdote que extendió los brazos sobre ellos en silencio y los bendijo. Después les impuso sendas coronas de astas de reno. Se desenrolló una alfombra de tela roja como salida de la nada sobre la que bailaron todos los títeres, y yo me pregunté para mis adentros si sería un río de sangre y esa ceremonia no era una boda, sino un sacrificio. Algunas cosas me resultaban familiares, sobre todo las coronas de astas y el dibujo que tenía el sacerdote en la túnica, que había visto en antiguas ilustraciones.

En el escenario cayó un telón, pero Mara permaneció sentada.

—Es un ritual muy antiguo —contó—. De mi hogar, Carelia.

Otra vez Carelia. Como si mi destino estuviese unido de forma inextricable a ese lugar.

—¿De dónde eres exactamente? —quise saber.

—De un pueblecito cerca del lago Ládoga. Ni siquiera tenía nombre, o al menos ninguno que se utilizara entonces. Cerca no había ninguna otra aldea con la que alguien pudiera haberlo confundido. Tan solo un monasterio, a media jornada a pie.

Para mí era como si ella saliese de una de las antiguas historias que yo tanto amaba.

—¿E hiciste tú sola el camino a San Petersburgo?

—No tuve más remedio.

Esperé a que contara más, pero guardó silencio y me miró expectante.

—Y ahora te gustaría saber por qué he venido —dije.

—Sería un detalle que me dieses una explicación, sí. —A su rostro asomó de nuevo esa sonrisa fugaz, como si lo que decía no fuese en serio. Pero, por supuesto, merecía esa explicación.

—A mi tía, Xenia Vladímirovna..., le gustaría proponerte algo.

—¿Me quiere comprar más cuadros? —Señaló una bolsa grande que estaba a su izquierda, en el asiento desocupado de al lado.

—No. Te quiere ofrecer que vengas a vivir con nosotros. A nuestro palacio del canal de Catalina.

No mostró ninguna sorpresa, ni el más ligero asombro, por recibir semejante ofrecimiento sin más ni más. Me pregunté, con repentina incomodidad, si recibiría a menudo proposiciones así de los «señores distinguidos», como los había llamado ella. De ser el caso, probablemente me tomase por uno de ellos o más bien —y eso casi era peor— por su servicial chico de los recados.

—¿Y qué se supone que tendré que hacer allí, en el canal de Catalina? —preguntó.

—Nada —repuse con excesiva premura—. Bueno, nada no, sino solo... vivir, me figuro. Xenia te acogerá en nuestra familia. Hizo lo mismo conmigo cuando mi madre murió.

—Pero tú eres su sobrino. A mí no me conoce.

—Admira tu pintura.

Mara soltó una risotada.

—Porque a ella le gustaría pintar y no sabe. ¿Por eso debería vivir en su casa? ¿Ser algo así como su hija?

—Ya tiene una hija: Ofeliya.

Casi pareció un tanto irritada al oírlo.

—Que a todas luces no le basta. ¿Es que Ofeliya tampoco sabe pintar?

También yo sentí cierto enfado.

—No puede andar. Ofeliya es paralítica.

Ambos guardamos silencio unos instantes y después ella dijo en un tono más afable:

—Lo siento. Es una proposición de lo más generosa.

Yo pensé que acto seguido la rechazaría.

—Y me gustaría vivir con vosotros —aseguró—. La verdad es que me encantaría.

Durante un momento me sentí sobrepasado.

—Sé que todo es muy repentino y quizá parezca extraño, incluso un poco sospechoso, pero te...

—No —me interrumpió—. Confío en ti. Puede que en tu tía aún no, pero en ti sí. Eres una buena persona, lo noto. No me llevarías con un rufián, como la mitad de los tíos que hay ahí fuera. —Señaló la salida, y entonces entendí que ese teatro era más que un simple refugio vespertino. Era su escondite de un mundo que la había tratado mal. Porque ¿qué otra cosa le haría el mundo a una muchacha de provincias que había llegado sola a un monstruo como San Petersburgo?

—Mi tía lo dice muy en serio —le aseguré—. Se le pueden reprochar algunas cosas, pero no que sea veleidosa. Cuando se le

mete algo en la cabeza, no cambia de idea. Esto no es una aventura para ella, y tampoco te echará después.

Durante un instante se me ocurrió que estaba sacando los pies demasiado del plato por Xenia, precisamente por ella. Pero era la verdad. Mi tía no me caía bien, pero tenía sus cosas buenas. Una de ellas era la resolución con la que llevaba a cabo las decisiones cuando las tomaba.

Una ola recorrió el alto telón. Nadie apareció ni dijo una sola palabra.

—Tenemos que irnos —apuntó Mara—. Seguimos hablando fuera.

Cuando salimos, no solo no había nadie en el vestíbulo, sino tampoco en la taquilla. Era como si todo el mundo se hubiese ido y nos hubiese confiado el teatro a Mara y a mí. Durante unos instantes me rondó por la cabeza la idea de que los bultos del escenario en realidad eran sombras, y que los títeres estaban con los ojos abiertos en la oscuridad, callados e inmóviles hasta el día siguiente.

Mara cerró la puerta con la mayor naturalidad, como si esa fuese su casa.

—¿Me permites que te lleve la bolsa? —le pregunté.

—Si quieres.

Cuando me la eché al hombro, dentro oí un golpeteo: los utensilios de pintura y los retratos de Mara. Posiblemente todas sus pertenencias. ¿Dónde dormiría? No me atreví a preguntárselo, por decencia.

—Nunca he estado en el canal de Catalina —afirmó—. ¿Me llevas?

—Claro, a eso he venido. También podemos coger un coche de punto.

Ella negó con la cabeza.

—Vayamos andando. Así podremos hablar.

El corazón me latió un poco más deprisa.

—Desde luego.

Supuse que me preguntaría cosas de Xenia, Alexéi y Ofeliya, pero al parecer lo que quería saber era algo muy distinto.

—¿Tú qué tienes que ver con Carelia? —inquirió cuando nos pusimos en camino por el oscuro casco antiguo.

—¿Por qué lo preguntas?

Su sonrisa hacía que fuese más bella aún.

—No se te da muy bien esconderle tus secretos a la gente. Por lo menos no a mí.

No me hizo falta más. Le hablé de buena gana de mi sueño de recorrer Carelia algún día y poner por escrito las antiguas historias.

Su semblante se volvió cada vez más serio, hasta que empecé a preocuparme.

—Seguro que ahora pensarás que soy muy raro —apunté con pies de plomo.

Ella negó con la cabeza.

—No es eso. Es solo algún que otro mal recuerdo.

—Lo siento.

Su mano rozó la mía.

—No es culpa tuya. Fue el viento.

—¿El viento?

—Allí las tormentas son inquietantes. —Se paró a pensar un momento—. Tiene que ver con los bosques. Y con la soledad.

—¿Qué pasó?

Mara no dijo nada durante unos segundos, después bajó la mirada y también su voz pareció mucho más circunspecta que antes.

—Murieron todos en la tormenta. Los vecinos de mi pueblo. Salieron en plena noche de sus casas a la oscuridad. —Paró un momento antes de continuar—. Y la tormenta se los llevó a todos. A todas las mujeres, los hombres y los niños.

—¿Murieron todos?

—Yo no los volví a ver —contestó—. Las tormentas van de caza por los bosques y levantan quién sabe qué. Y a veces parece que hay llamadas que le ordenan a uno algo. Voces, fuera, en el aullido del viento. Por eso salieron todos. Oyeron las llamadas y obedecieron.

—¿Todos salvo tú? —pregunté con incredulidad.

—Yo no estaba allí. Estaba con los monjes.

—¿En el monasterio?

Ella asintió.

—Has dicho que el monasterio se encuentra a media jornada de viaje de tu aldea. Si no estabas allí, ¿cómo es que sabes exactamente lo que pasó?

—La tormenta también barrió el monasterio. Oí las voces. Y supe lo que había pasado. A la mañana siguiente, cuando volví, el pueblo estaba desierto. Solo quedaban los animales.

—¿Cómo es posible?

—A todas luces la llamada no era para ellos —adujo con gran seriedad—. Los solté antes de marcharme. Era todo lo que podía hacer. Después conté a la gente del siguiente pueblo lo que había sucedido. Nadie me creyó. Pero apuesto a que, pese a ello, fueron a mi aldea y cogieron las vacas y las cabras. Y los caballos, claro. Cómo iban a dejarlos escapar.

Quería creerla, pese a las incongruencias y las dudas. Podría haberme contado que, hasta el día anterior, tenía alas, e incluso eso lo habría tomado en consideración.

—¿Por qué estabas en el monasterio?

—Me llevó mi padre. No me quería más en casa. Los monjes le dieron una vaca a cambio.

—Dios santo.

—Se suponía que tenía que trabajar para ellos, sobre todo en la cocina. Hacer todas las cosas que a los monjes les resultaban pesadas. Pero me llevaban al jardín de plantas aromáticas, y también me permitían ayudar en la biblioteca. Me hacían trabajar de la mañana a la noche, pero a mí no me importaba.

—Pese a todo te fuiste.

—Me escapé. Era su prisionera. —Vaciló un instante, pareció elegir las siguientes palabras con cuidado—. Su criada. Y tenía trece años. Pero también aprendí muchas cosas. Todo sobre pintura y de iconos. Muchas cosas de libros. Y de hierbas medicinales.

—¿De ahí lo de la pintura dorada?

—Sí —contestó risueña—. También copié de ellos cómo se mezcla el oro de verdad. Y otras cosas. —Calló un momento—. Esas eran las buenas. Los libros y la pintura.

—¿Y las malas?

Desechó la idea con un gesto.

—Ahora te toca a ti.

Enfilamos una bocacalle estrecha. Allí se respiraba más calma que en el barrio en el que la había encontrado y había menos noctámbulos deambulando. Las farolas de gas chisporroteaban con más fuerza en cuanto nos acercábamos a una, y me di cuenta de que, a cada poco, Mara miraba ceñuda el oscuro cielo, como si allí hubiese algo que solo podía ver ella.

—Pregunta lo que quieras —repuse.

—¿Qué sentiste al llegar con una familia nueva y vivir con ella?

—Desconcierto. —Fue la primera palabra que me vino a la cabeza, aunque solo resumía una pequeña parte de lo que sentí durante los primeros días tras mi llegada al palacio. De eso hacía años, pero recordaba bien lo confuso que estaba. Y lo perdido que me sentía, hasta que Ofeliya se abrió y nos hicimos amigos.

A Mara pareció bastarle, tal vez porque correspondía a sus expectativas. Salimos a una calle más ancha. Por ella pasaban coches de punto, también algún que otro transeúnte, pero, a diferencia de en las callejas empedradas de antes, allí las ruedas y los pasos casi no se oían. Nos encontrábamos en una de las calles pavimentadas con tarugos de madera. El suelo cedía de manera apenas perceptible, muchos de los tarugos estaban podridos y se habían hinchado como esponjas por la humedad.

—¿Lo notas? —me preguntó Mara—. Es como caminar sobre cadáveres.

Precisamente iba a decir que parecía que el suelo estaba vivo. ¿Por qué no me sorprendió que Mara viera allí algo muerto?

—Casi todos los hombres del pueblo eran leñadores —contó—. Y su mayor orgullo era que los troncos que ellos habían cortado acabasen en San Petersburgo. «En la ciudad de los zares las calles se pavimentan con nuestra madera», decían siempre, como si el Imperio ruso se hubiese levantado por entero con el trabajo de sus manos. Como si ellos fuesen los cimientos de todo. Qué importantes se creían.

—En la ciudad ya no quedan muchas calles pavimentadas con madera —comenté—. En todas partes la están arrancando del suelo para poner adoquines de granito, porque aguantan mucho más.

Ella sonrió, y esta vez en su sonrisa había una profunda satisfacción.

—Lo sé. Y me pregunto qué habrían dicho los hombres del pueblo si se hubiesen enterado de que las calles que tienen su madera son las peores y las más odiadas de toda la ciudad. De que aquí todo el que tiene que caminar día tras día por madera podrida maldice los apestosos tarugos y, de ese modo, a todos sus responsables.

Nos conocíamos desde apenas unas horas atrás y ya me hacía una idea de la intensidad con la que podía odiar.

—¿Tu padre era leñador?

—Sí.

—¿Y otros que no fueron buenos contigo también lo eran?

—Sí.

La escudriñé de nuevo, esta vez sin ningún disimulo, y de repente tuve la sensación de haberla visto antes en otra parte. Tal vez no a ella en persona, tal vez a alguien que se le parecía mucho. O uno de sus retratos, posiblemente incluso el que Spiridon tenía en su tienda. Me propuse preguntárselo cuando tuviera ocasión. Y me extrañó que no se me hubiese ocurrido antes, en Apraksin Dvor o hacía unos instantes, en el teatro.

En el nocturno cielo se oyó un murmullo, como si un vendaval soplara sobre los tejados, y acto seguido un griterío estridente: una bandada de gansos salvajes, una formación que no tenía fin y cruzaba graznando la ciudad.

A Mara le sucedió algo.

Primero me percaté de que se detenía y, cuando me volví, vi que su rostro, que hacía escasos segundos era tan vivo, se había convertido en una máscara. Sin decir palabra, saltó hacia un lado y se metió en un portal, tan dentro como si quisiera empujar la puerta con el hombro.

Corrí con ella.

—¿Qué ocurre?

Mara guardaba silencio, miraba la oscuridad que se alzaba sobre los tejados y todo el cuerpo le temblaba.

Los gansos salvajes llenaron la noche con sonidos histéricos.

Una o dos calles más adelante algún estúpido efectuó un disparo, probablemente al aire, y no hizo sino empeorarlo todo.

Mara se desplomó en el último escalón, encogió las rodillas, se las abrazó y empequeñeció.

Transcurrieron varios minutos hasta que pasó el último ganso y poco a poco el griterío cesó. Acabó perdiéndose por completo en la distancia.

Mara respiró hondo unas cuantas veces y empezó a relajarse. Le tendí la mano para ayudarla a levantarse, pero la rechazó y se puso de pie ella sola.

«Solo eran gansos», iba a decir, pero en el último momento me lo callé, porque debía de haber un buen motivo para que se comportase así.

Ella nunca me lo desveló, ni esa noche ni más adelante. Lo hizo otra persona, y no le creí una sola palabra.

28

Mara se vino a vivir con nosotros.

No trajo nada más que la gran bolsa en la que llevaba sus pertenencias: la paleta, las pinturas y los pinceles, una o dos docenas de sus retratos y varios vestidos sencillos. El resto solo lo vi en el curso de los meses que siguieron: un libro con una funda de madera protegido por una cadena y un colgante con una piedra de luna ovalada de los que cuidaba como si fuesen la niña de sus ojos.

Nunca se habló de un alojamiento anterior, ni tampoco de cosas que tuviera que ir a buscar a él. Era como si Mara hubiese llegado a nosotros directamente desde los bosques de Carelia, como algo que el viento del norte hubiese cogido allí y hubiese llevado hasta el canal de Catalina.

No quiero perder el tiempo con particularidades de su día a día. Algunas ya las he mencionado antes, otras no revisten ninguna importancia para lo que quiero contar. La inscribieron en la Petrischule, si bien Mara hizo saber a todo el mundo lo mucho que odiaba ese lugar. Al cabo de unas semanas Xenia se apiadó de ella y volvió a contratar al preceptor de Ofeliya, cuyas clases Mara soportaba a regañadientes. Como ya tenía dieciséis años, el hombre intentaba enseñarle cultura general al buen tuntún; y eso que ella en modo alguno era inculta y en algunos campos poseía conocimientos que sin duda no había aprendido en la calle. «Lo aprendí de los monjes —aseguró cuando se lo mencioné—, y leí algunas cosas.»

Alexéi cada vez sentía más simpatía por ella, hasta que no tuvo reparo en manifestar el afecto que le profesaba, y en una ocasión, mientras cenábamos, incluso proclamó lo mucho que enriquecía Mara la casa de los Kalinin. Ofeliya, que para entonces ya había trabado amistad con la muchacha, sonrió, aunque yo sabía que esa clase de comentarios le demostraban una vez más que estaba destinada a ser la hija de menor valía.

Ay, Ofeliya. Como todo lo demás, soportó la llegada de Mara con estoicismo y paciencia. Poco después ya pasaban mucho tiempo juntas, hasta que yo llegué a estar algo celoso, porque durante el día tenía que ir a trabajar a la Biblioteca Imperial mientras ellas cada vez intimaban más en casa. Sin embargo, en una ocasión Ofeliya me contó que Mara no le hablaba de su pasado, ni tampoco del tiempo que había vivido en la calle o de su infancia en Carelia. Mara, en cambio, quería saberlo todo de la familia, y pregunté a Ofeliya medio en broma si Mara no sería una agente de la Ojrana, una espía a la que habían infiltrado hábilmente en casa para vigilar a mi tío. El encuentro con Volonov seguía rondándome por la cabeza, aunque desde entonces no había vuelto a saber nada de él y por de pronto yo tampoco lo mencioné.

Pasé tres o cuatro noches en vela obsesionado con la idea de que Mara era de los suyos, pero después supe que me estaba aferrando a una solemne estupidez. Mara no era policía secreta ni ningún señuelo, ni una espía zarista ni mucho menos un peón de Volonov.

Mara era algo distinto.

Ella y yo nos sentíamos muy cerca el uno del otro, en la medida de lo posible, puesto que casi éramos hermanos; no carnales, ni tan siquiera oficialmente, pero sí por cómo vivíamos. La idolatré desde el primer día, pero casi siempre éramos tres —Mara, Ofeliya y yo—, y en cierto modo estaba bien así, ya que durante aquellas primeras

semanas me habría sentido como un traidor si hubiese dedicado demasiada atención a Mara y hubiese descuidado a mi prima.

Sin embargo, nunca se me iba de la cabeza. Tanto más cuanto que seguía teniendo la sensación de haberla visto ya en alguna parte. Se lo comenté a Spiridon, quien afirmó que si nunca había ofrecido su retrato en la tienda era porque se había olvidado de que lo tenía hasta que llegué yo buscándola con el otro.

Entonces, ¿de qué la conocía?

Me devané los sesos, le di vueltas y más vueltas, elaboré una lista de mujeres que se le podían parecer, desde conocidas fugaces y damas a las que veía aquí y allá en la calle hasta muchachas con las que yo había ido a la escuela y las hijas de buena familia del círculo de amistades de Alexéi y Xenia. Pero no había ninguna que se pareciese a ella. Ninguna que le llegara a la suela del zapato.

Entonces, una noche, me desperté de pronto y lo supe.

A la mañana siguiente me fui corriendo a la Biblioteca Imperial, a la avenida Nevski, sin desayunar, pasé por alto la larga lista de cometidos que me tenía preparada mi superior y subí a la hemeroteca del desván. En la biblioteca se dispensaba un trato negligente a los periódicos porque el archivero responsable estaba a punto de jubilarse y la vista le causaba problemas. Yo lo había ayudado durante unas semanas y había hecho todo lo posible para poner orden en su archivo.

Mientras me documentaba sobre la Carelia contemporánea, había encontrado en el fichero algunas referencias a artículos que habían aparecido en los diarios *St. Petersburger Zeitung*, *Rigasche Rundschau* y *St. Petersburger Herold*. Para hacerme una idea de cómo estaban las cosas en la región, había leído la mayoría de las noticias.

Además de textos breves sobre conflictos fronterizos entre Rusia y Finlandia, el incremento de los precios del forraje y disputas por los latifundios y las suertes de leña, también había un puñado de artículos sobre crímenes que durante un breve espacio de tiempo habían causado sensación más allá de las fronteras de Carelia. Entre ellos estaba el caso de una niña llamada Alia, oriunda de la paupérrima región situada al este del lago Ládoga. Sobre Alia pesaba la sospecha de haber envenenado a los vecinos de su aldea durante la celebración de una festividad ortodoxa. Presuntamente había echado veneno en el guiso que ese día se había repartido entre los lugareños. Como la comida abundante allí era una rareza, todos habían comido del puchero. Poco después se desplomaron y murieron en el sitio, la mayoría de ellos envenenados, algunos porque se ahogaron con su propio vómito. Varios recién nacidos y niños pequeños, que quedaron desvalidos entre los cadáveres, fueron presa de los lobos y otros animales esa misma noche.

Al parecer solo había dos supervivientes: un jornalero llamado Tijon Kasakov, al que se había prohibido participar en la fiesta debido a un robo, y la niña, «de doce o trece años», que había desaparecido sin dejar rastro. La acusación de que esta se hallaba detrás de la masacre se basaba en la declaración del jornalero. Al parecer las autoridades no lo habían creído a él capaz de cometer semejante matanza debido a su «simpleza congénita» —esas eran las palabras que habían utilizado— y porque se había tenido en cuenta que había emprendido una marcha de un día para informar a las autoridades. El hombre declaró bajo juramento haber visto que la niña, Alia, tras pelearse con otros vecinos del pueblo, vertía algo en el puchero. Cómo podía haber visto tal cosa y qué le hacía estar tan seguro de que era veneno solo eran dos de las numerosas preguntas a las que el artículo no daba respuesta. Además, según afirmaba el

hombre, la niña le había prendido fuego a la iglesia del pueblo. A ninguna de las demás casas, solo a la iglesia. Había facilitado una descripción de la prófuga, basándose en la cual habían efectuado a su vez un dibujo a pluma sorprendentemente detallado de ella. El dibujo se reproducía bajo el artículo.

No cabía la menor duda de que se trataba de Mara.

Leí varias veces el texto, breve y sobrio, y a continuación busqué en el archivo otros que pudieran haberse escrito después, pero no encontré ninguno. O no se había vuelto a hablar de Alia y del asesinato de los sesenta y ocho aldeanos, o bien no se conservaban los correspondientes ejemplares, cosa que no sería de extrañar teniendo en cuenta lo descuidado que estaba el archivo. Por ese motivo, me dispuse a revisar los tres periódicos, y a lo largo de los seis meses que siguieron no encontré que faltase ninguno. Era probable que el caso hubiese caído en el olvido, sin más, lo cual permitía suponer que no habían encontrado a Alia.

Como no quería darme por vencido tan pronto, examiné el archivo en busca del nombre del jornalero, y lo encontré. Un tal Tijon Kasakov, que afirmaba haber sido uno de los mejores cazadores de Carelia, había regentado durante un tiempo en San Petersburgo un próspero negocio de cornamentas y fieras disecadas, de las que proveía exclusivamente a miembros de la élite de la ciudad. En el artículo se reía con alarmante simpleza de que muchos ricos recurriesen a sus servicios para demostrar ante los de su clase su superioridad como cazadores de osos y de lobos y jactarse con trofeos. A renglón seguido mencionaba el nombre de algunos clientes, entre ellos el del teniente de alcalde y otros miembros de la Administración.

Un mes después se publicó una glosa en la que su autor se burlaba de la palabrería de Tijon Kasakov y refería que la máxima

autoridad le había retirado la licencia de caza y el hombre se veía obligado a ganarse el pan trabajando en el matadero de la ciudad. Eso le pasaba a uno cuando tildaba de fanfarrón a un político respetado. Y, como era natural, el periódico lamentaba haberse dejado engañar por un estafador y un mentiroso.

De todo eso hacía un año largo. Y, lógicamente, cabía pensar que podía no tratarse del mismo Tijon Kasakov. Sin embargo, las coincidencias —desde el hecho de que fuese oriundo de Carelia hasta que se le recriminasen mentiras infames— me dieron que pensar. Tal vez de verdad fuese el hombre que en su día había acusado a Alia del asesinato múltiple sin que nadie hubiera comprobado que su autor no fuera él mismo.

Me había pasado casi todo el día investigando y me gané una buena reprimenda, porque eran muchas las cosas que se habían quedado sin hacer. Lo dejé estar todo durante unos días, pero cogía sin cesar el dibujo a pluma, que —debo confesarlo, para vergüenza mía— había arrancado del periódico junto con el artículo. El parecido con Mara era indiscutible. La imagen se unía sin fisuras a todos los autorretratos que Xenia había distribuido por las repisas de las chimeneas del palacio. Me planteé enseñársela a Ofeliya, pero después renuncié a ello, porque no quería delatar a Mara. Si ese era su gran secreto, también sería el mío.

Durante una semana dormí mal, fui descuidado en el trabajo y pasé mucho tiempo dándole vueltas a lo que tenía en la cabeza. Después de que me asaltaran toda clase de dudas sobre mí mismo, pobres intentos de explicación y pesadillas con comida envenenada, decidí dar el siguiente paso: preguntarle a Mara si sabía algo de una tal Alia de Carelia y del misterioso asesinato en masa de los vecinos de una aldea cercana al lago Ládoga.

Un sábado por la tarde le pedí que fuera a la biblioteca de mi tío, porque sabía que allí no nos molestaría nadie. Alexéi pasaba la mayor parte de los fines de semana en la editorial, Xenia nunca se acercaba a ese sitio y Ofeliya contaba con que yo le llevase a su habitación todos los libros que pudieran interesarle. Senté a Mara en una de las butacas que se hallaban delante de la chimenea, me acomodé frente a ella y le tendí el recorte de periódico arrugado.

Ella observó el dibujo ceñuda, leyó el artículo dos veces y después levantó la vista y me miró sin decir nada.

Cuando el silencio se me hizo insoportable, le pregunté:

—¿Y bien?

Su mirada escrutadora me llegó hasta la médula.

—Tú crees que soy ella.

—Estás viendo el dibujo, ¿no?

Mara no parecía enfadada ni disgustada, tan solo un poco triste.

—¿Cuánto hace que llevas esto encima?

—Dos días —mentí.

Ella sacudió el arrugado papel.

—Pues da la impresión de que lo tienes en el bolsillo desde hace por lo menos una semana.

—¿Eres la niña del dibujo?

Ella sonrió.

—Claro.

Yo tenía la boca tan seca que me dio la sensación de que habría de abrirme los labios con hojas de afeitar.

—Pero ¿la niña del artículo? —prosiguió—. No, yo me llamo Mara, no Alia.

—Entonces, ¿por qué afirma ese hombre que era igual que tú?

Ella me escudriñó como si no se pudiese creer lo simple que yo era.

—En este artículo hay algunas incoherencias, ¿no te parece? Por ejemplo, cabría preguntarse por qué alguien que admite que los vecinos lo acusaron de ladrón al menos no estuvo bajo sospecha de ser el asesino de esas personas.

Yo opinaba lo mismo.

—¿Y por qué no pone aquí con qué las envenenaron exactamente? —planteó—. De ser uno de los venenos que suelen encontrarse en el bosque (matalobos, pongamos por caso), se habría sabido. Pero no pone ni una sola palabra.

Eso también era así.

Mara se levantó, fue adonde yo estaba y se sentó en el reposabrazos de la butaca. Su pierna derecha rozaba mi rodilla. Llevaba uno de los vestidos blancos que Xenia le había comprado, y la exquisita tela era tan fina que debajo se dibujaba a la perfección su largo muslo.

—Pero sí te puedo aclarar una cosa —afirmó—. El dibujo. ¿A quién se parece?

—A uno de tus autorretratos.

—¿Y quién crees que pudo hacerlo?

Abrí los ojos como platos, asombrado.

—¿Tú?

Ella rio a carcajadas.

—Pues claro, maestro detective. Durante todas las semanas que tardé en llegar de Carelia a San Petersburgo, de alguna forma tenía que ganar dinero. Limpié establos, abrillanté botas, cociné para una boda (sin envenenar a nadie, dicho sea de paso) y dibujé. A lápiz y con tinta china, porque no tenía pintura. En una ocasión me abordó un escritorzuelo que abastece de historias del norte a los grandes periódicos de la ciudad. Había visto mis cuadros en un mercado y me preguntó si le podía hacer un dibujo a partir de una descripción.

Por lo visto era la que había facilitado el jornalero a la policía: una niña con el pelo largo y liso, los pómulos altos y los ojos claros.

—¿Y te dibujaste a ti misma?

—Porque no sabía que el tipo lo convertiría en un cartel de SE BUSCA.

Era una explicación tan sencilla y tan convincente que no pude evitar preguntarme cómo no se me había ocurrido en ningún momento. Al mismo tiempo, parecía más rebuscada que cualquiera que se le hubiera podido ocurrir a un auténtico maestro detective.

En el brazo de la butaca, Mara estaba más alta que yo y me miraba desde arriba.

—¿Qué harás ahora?

—Nada —repliqué—. ¿Qué crees, que iré con esta historia a Xenia o a Alexéi?

Ella negó con la cabeza con suavidad.

—No, no creía que fueras a hacer eso.

Me habría gustado sentarla en mi regazo y besarla, pero no lo hice. Lo que hice fue levantarme de un salto para despejarme. Me convencí de que tenía que pensar. Pero ¿de verdad era necesario? Mara me había dado una explicación; una explicación buena y sólida, que no era más absurda que la idea de que, cuando tenía trece años, había matado a sesenta y ocho personas.

—En ese monasterio... —empecé.

Ella enarcó las cejas.

—¿Sí?

—... echabas una mano en el jardín de hierbas medicinales, ¿no?

—Sí. —Ladeó la cabeza y volvió a sonreír—. En él crecían salvia, hinojo y acedera. Ningún veneno capaz de acabar con aldeas enteras.

Me volví hacia las estanterías para no tener que mirarla. La cercanía de los libros siempre me había proporcionado calma y consuelo.

—¿Por qué estabas con los monjes?

—Eso ya te lo he contado: mi padre quería deshacerse de mí.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué cambia un hombre a su hija por una vaca?

Ella guardó silencio un rato, hasta que me volví para comprobar que aún estaba allí. Seguía sentada en el brazo de la butaca, con un pie apoyado en el asiento.

—Crees que eres un experto en Carelia porque has leído *El Kalevala* —dijo—, pero en realidad no sabes gran cosa. Ignoras cómo se ven obligadas a vivir allí las personas. Y cómo se relacionan entre ellas.

—No quería ser arrogante. Lo siento.

Mara se levantó sin hacer ruido y vino hacia mí despacio. La tela de su vestido, ligera como una pluma, parecía irradiar luz en la penumbra.

—Mi padre me tenía miedo.

No me moví de donde estaba.

—¿Miedo?

—De lo que habría podido contarle a la gente del pueblo. De las cosas de las que él hablaba por la noche cuando estaba borracho. De lo que me quería hacer. De lo que decía que me haría.

—Te...

—Solo hablaba de hacerlo —me cortó—. Me pegaba, como hacían con sus hijos casi todos los padres del pueblo. Pero nunca me tocó de la manera en que... como imaginaba. —Se detuvo justo delante de mí. El olor de su pelo y de su piel era más intenso que el de los libros—. Por la noche oía a menudo que hablaba de ello mientras

estaba dormido. Soñaba con ello. Soñaba conmigo. Pero no lo hizo, porque tenía miedo de que yo se lo contara a la gente. Le importaba la buena reputación que tenía. Y cuando se enteró de que yo lo sabía porque él lo había soltado todo con la borrachera, me quiso lejos. De él y del pueblo. Me llevó al monasterio, supuestamente para dejar madera. Pero me dejó a mí. Y los monjes me retuvieron en ese sitio.

—¿No intentaste escaparte de inmediato?

—Dos o tres veces. Pero en aquella época yo tenía once años. Me daba miedo adentrarme sola en el bosque y creía que de todas formas no tendría más remedio que volver al pueblo. Y eso no lo quería hacer. Todavía no. Así que todas esas veces volví al monasterio, y al final me quedé allí hasta que llegó la tormenta. Entonces primero fui a la aldea, y al ver que ya no había nadie seguí camino hacia el sur. —Bajó la mirada, cosa que rara vez sucedía—. Quizá fuera eso lo que tenía que pasar, algo terrible, para que estuviera dispuesta a marcharme. Para venir aquí, a San Petersburgo. Y con vosotros.

Intenté leerle sus ojos azules, pero bien podría haber mirado en un espejo, porque en realidad lo único importante era: ¿estaba dispuesto a creerla, con independencia de lo que hubiese ocurrido en realidad en el bosque? ¿Deseaba creerla hasta el punto de que la verdad dejara de ser importante?

—Quieres saber si era el mismo pueblo —apuntó ella—. El pueblo de Alia. Es en eso en lo que estás pensando, ¿no?

—¿Lo era?

—¿Acaso es importante?

«Pues claro que lo es», quise decir, pero lo cierto es que daba igual. El mismo pueblo u otro. Lugareños a los que había atrapado la tormenta o a los que habían envenenado. Al final no eran sino

personas a las que yo no había conocido y a quienes no estaba más unido que a los demás muertos sobre los que escribían constantemente en los periódicos. Lo que quiera que hubiese pasado hacía tres años en Carelia ya no le interesaba a nadie. Al parecer, ni siquiera la policía seguía buscando a la muchacha. El artículo no había tenido consecuencias y el dibujo solo era un cartel más de SE BUSCA, del que al día siguiente no se acordaría nadie.

Todo había terminado. Y quedaba muy atrás en el tiempo.

Mara, en cambio, estaba delante de mí, muy cerca. Y aunque no lo dijo, me dio la impresión de que me pedía que no hiciese más preguntas y no conjurase más demonios aún, unos demonios que no queríamos allí.

Nuestras miradas seguían entrelazadas como dedos que se hubieran encontrado en la oscuridad. Al cabo, sin decir nada, le quité de la mano el recorte de periódico, me acerqué a la chimenea, encendí una cerilla y vi cómo ardía el papel. Mara se situó a mi lado, apoyó una mejilla en mi hombro y contempló las llamas conmigo.

Cuando solo quedaban cenizas, dio un paso atrás. Un instante después me volví, vi la puerta abierta y me di cuenta de que estaba solo.

29

Pasaron varias semanas y Volonov se desdibujó hasta convertirse en un mal recuerdo. Al final dejé de verlo en cada puerta cochera oscura y allí donde no alumbraba la luz de las farolas. Incluso Spiridon dejó de preguntar por él, y acabé teniendo la sensación de que mi encontronazo con el oficial de la Ojrana no se había producido, solo era un mal sueño vivido por otra persona que se había colado de puntillas en mi memoria y había anidado allí.

Lo que quedaba era mi recelo hacia los cocheros. Experimentaba una reacción directamente alérgica cuando uno se detenía a mi lado, y me daba la sensación de que me observaban bajo el ala del sombrero de copa e informaban a alguien de todos mis pasos.

Mara y yo hablábamos más que antes, pero no volvimos a mencionar la aldea ni la tormenta ni lo que había sucedido entonces. Íbamos juntos a museos, asistíamos a conciertos de música de cámara, llevábamos a Ofeliya a la ópera. Yo miraba a Mara mientras pintaba y ella a mí mientras clasificaba los libros. Se sentaba a menudo en la biblioteca de Alexéi, al amor de la chimenea, a leer, incluso cuando yo no estaba allí. A veces, cuando llegaba yo, ella hacía desaparecer en los anaqueles los volúmenes antes de que me diera tiempo a leer el título. Hablábamos de libros que conocíamos los dos, novelas de Dumas y Dickens, de Gógol y Dostoievski.

En octubre celebramos el cumpleaños de Ofeliya en familia. Sus padres le regalaron una bailarina de ballet de la Fábrica Imperial de Porcelana; ambos olvidaron —o pasaron por alto— que el año

anterior le habían regalado la misma figurita. Ofeliya no perdió la calma, algo muy de admirar, y pidió al criado que la subiera a su habitación, deseando para sus adentros que el hombre tropezara en la escalera y la figurita se rompiese en mil pedazos. Después nos lo contó y se avergonzó de haber abrigado semejante pensamiento.

—El pobre hombre se podría haber partido la crisma —comentó cuando, por la tarde, estábamos los tres en su habitación, bebiendo sorbos del repugnante licor de huevo que Xenia hacía traer de Alemania—. Quizá hubiese muerto solo por mi deseo de que la condenada bailarina desapareciera.

—Si quieres, la tiro más tarde al canal —se ofreció Mara.

—O se la vendo a Spiridon —propuse yo—, y con lo que saquemos compramos...

—¿Más licor de huevo? —planteó entre risitas Ofeliya.

Puse los ojos en blanco.

—Iba a decir «libros».

Esa tarde dijimos un montón de tonterías, como se suele hacer cuando uno es joven, solo bebe licor de huevo en las fiestas y sabe de antemano que al día siguiente jurará no volver a probar ese brebaje.

Mara estaba más encantadora aún que de costumbre. Volvía a llevar uno de sus vestidos blancos y se había sentado en la butaca con las piernas cruzadas, con el bajo por encima de las rodillas y recogido en el regazo. Yo hacía todo lo posible para no mirarle constantemente las desnudas pantorrillas y para no clavar la vista en los pequeños pies cuando se quitó los calcetines de encaje blancos que le había regalado mi tía.

Ofeliya estaba sentada frente a ella, en la otra butaca, mientras yo me contentaba con la silla de ruedas, que de vez en cuando movía adelante y atrás y en una ocasión casi volqué cuando incliné

la cabeza mientras me reía. Ofeliya se rio de aquello con más ganas aún, servimos más licor de huevo y, pasada la medianoche, Mara dijo que tenía que irse a la cama, de lo contrario se quedaría dormida en la butaca, y, en su estado, empezaría a roncar, y le habían enseñado que eso no era propio de una dama.

Yo dije que todavía no tenía ganas de dormir, pero en realidad lo único que no quería era pasarme la mitad de la noche despierto pensando en las bonitas piernas de Mara y los danzarines pasos de sus pies descalzos al salir de la habitación. Ofeliya tampoco estaba lo bastante cansada para meterse en la cama, así que ocupé frente a ella la segunda butaca, que conservaba el calor del cuerpo de Mara, y miré con mi prima por la ventana las luces de los palacios que se alzaban al otro lado del canal, con la afilada hoz que era la medialuna suspendida sobre la ciudad, en el cielo estrellado como el péndulo en el pozo de Poe.

—Tienes que cuidar de ella —observó Ofeliya con una sonrisa, y, sin embargo, ya no parecía alegre.

La miré con cara de sorpresa. También ella estaba muy guapa, con sus oscuros rizos y el largo y esbelto cuello.

—¿Cuidar de ella? —inquirí—. ¿Tienes la impresión de que no se basta por sí sola?

Ofeliya se encogió de hombros.

—En la calle no hay nadie que la pueda engañar, pero en la *buena sociedad* —acentuó esas dos palabras pronunciándolas con el tono de su madre— alguien como ella se puede perder con facilidad. Lo sabes por las novelas. Mara es guapa y lista y tiene talento, y los hombres no tardarán en pegarse por ella, los jóvenes y los viejos, y empezarán a ver en cualquier muestra de simpatía la posibilidad de sacar provecho. Mara es lista, pero también veleidosa. Y, además, cree saberlo todo y ver venir a todos y olerse un peligro desde lejos.

Pero se equivoca. La sociedad está llena de trampas, y si alguna de ellas la atrapa, perderemos a Mara.

Primero tenía que digerir sus palabras, por distintos motivos.

—Dime, ¿cuántos años has cumplido hoy? ¿Ochenta?

—Vete a freír espárragos —contestó cariñosamente—. Pero lo digo en serio. Cuida de Mara, también por la cuenta que te trae.

—¿Por la...?

—Soy paralítica, no ciega. Tampoco es preciso que hablemos de esto durante horas. Solo quería decirlo: cuídala y cuídate.

Su mirada no se apartaba de mí y, aunque casi era imposible, me dio la impresión de que la luna se reflejaba en sus ojos como dos hoces, confiriéndoles un brillo inusitado.

—Te equivocas —aseveré, y sonó como la patética mentira que era.

—Estás enamorado de ella —afirmó Ofeliya.

Parecía como si me compadeciera, lo cual no hacía sino empeorarlo más. Como si yo hubiese contraído una enfermedad que antes o después me convertiría en un idiota balbuciente. ¿Tan mal disimulaba cuando Mara estaba cerca de mí? ¿Tan evidente era?

—Y una cosa más —continuó—. Ella también te quiere.

—¿Por qué lo dices?

—Porque es la verdad. Y, mientras a mi madre no se le ocurra adoptarte, no hay nada que se interponga en vuestro camino.

«¡Todo se interpone en nuestro camino!», me entraron ganas de exclamar, ya que así lo sentía. La familia. Las presiones sociales. Y también Ofeliya, claro estaba. Y mi condenado miedo de quedar en ridículo, ante Mara y ante los demás. El miedo era lo peor de todo.

—¿Lo ha dicho ella? —le pregunté.

—¿Que te quiere? ¿Que quizá incluso esté enamorada de ti? Cualquier tonto lo puede ver, salvo el mayor tonto de todos. —De

pronto ladeó la cabeza, se puso a mirar de nuevo por la ventana y la luna brilló en sus ojos con más fuerza aún—. Además, da lo mismo —dijo al cabo, con una voz tan baja que apenas entendí las palabras —. Ya lo he dicho. Ahora sabes que lo sé. Venga, hablemos de otra cosa.

Cogí aire y me planteé beber de un trago la media copa de licor de huevo que me quedaba. Al cabo, me hundí en la butaca como si Ofeliya me hubiese molido a puñetazos. Y en cierto modo eso habría sido más sincero, porque no cabía la menor duda de que Ofeliya estaba enfadada conmigo, con el mundo, con su suerte. Yo sabía desde hacía tiempo lo que sentía por mí, y había esquivado esa verdad como todas las demás que enterraba debajo de mis rutinas cotidianas.

A saber en qué estaría pensando cuando satisfice su petición de cambiar de tema formulando precisamente esta pregunta:

—¿Conoces a un tal Volonov? ¿Timur Fiódorovich Volonov?

Para mi sorpresa, ella no se lo tuvo que pensar.

—¿El policía?

—Policía secreta. —Traté de descifrar la expresión de su rostro, pero ella no me lo puso tan fácil.

—¿Qué pasa con él? —inquirió.

—¿Lo conoces?

—Lo conocí en su día, pero de eso hace unos años.

—¿Qué quería?

Ofeliya dejó su copa y se inclinó hacia delante.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Me abordó en la calle. —No estaba seguro de cuánto podía contar sin ponerla en peligro—. Quiere que le facilite información sobre tu padre.

—¿La Ojrana se interesa por papá?

—Eso parece.

—Oh, no.

—También me preguntó por tu madre. Y por ti.

Su rostro reflejaba miedo. Todo el mundo en Rusia temía a la Ojrana, muy especialmente en San Petersburgo, donde el zar estaba cerca y la vigilancia de la policía secreta era más estrecha que en cualquier otra parte.

—¿Preguntó por mí?

Asentí.

—¿De qué lo conoces?

Seguro que Ofeliya no tenía ni que pensarlo, a pesar de lo cual dejó que transcurrieran unos segundos.

—Cuando yo aún bailaba, él acudía a veces a las representaciones. En un momento dado empezó a mandarme flores y tarjetas al camerino, y al final apareció en persona. Con su carné no suponía ningún problema, claro estaba, a nadie se le habría ocurrido ni en sueños echarlo.

—¿Entró en el camerino de las bailarinas?

—No irrumpió sin más ni más. Se quedó delante de la puerta e insistió educadamente en que yo saliera a hablar con él.

«Educadamente —pensé—. Cómo no.»

—Nunca lo has mencionado.

Ella se encogió de hombros.

—¿Acaso crees que era el único? Las bailarinas reciben flores, bombones y demás sin parar.

—Pero ¡si casi eras una niña!

Ofeliya arqueó una ceja.

—No tenía muchos menos años de los que tiene Mara hoy.

—Ya, ya. —Deseché sus palabras con un gesto—. Pero Volonov debía de tener ya..., no sé, ¿cuarenta?

—Muchas bailarinas de ballet tienen admiradores bastante mayores que ellas. Y algunas se sienten halagadas y lo aceptan.

—Entonces, ¿qué era él? ¿Tu admirador?

Ofeliya se echó hacia atrás de nuevo y esbozó una sonrisa triste.

—¿Si me invitó a sitios caros y después se me echó encima en un coche de caballos o en una pensión de mala muerte, como les pasaba a menudo a las otras chicas? No. Me invitó, en más de una ocasión, pero yo lo rechacé.

—¿Cómo reaccionó?

Ofeliya vaciló de nuevo, y empecé a preguntarme si le estaría restando importancia al asunto de manera consciente.

—Al principio, cuando probablemente pensara que yo solo me estaba haciendo de rogar, con bastante comedimiento. Después, al tercer o cuarto intento, con mucha frialdad. Al final me dejó tranquila.

—¿Te amenazó?

Ella arrugó la frente.

—No, ¿por qué lo dices?

—Es de la policía secreta. No hacen otra cosa que amenazar a todos los que no obedecen.

—A ver, que no estamos hablando de secretos de Estado. Me quería llevar al huerto, eso era todo. —Lo dijo con marcado desenfado, pero supe en el acto que su indiferencia solo era fingida.

—Pero resulta extraño que de pronto se interese por tu familia y por ti —apunté.

—¿Por qué? ¿Qué dijo exactamente?

—Le interesan las relaciones que tiene tu padre con Alemania. Sobre todo con los Eisenhuth.

—Pero ¡si en eso no hay nada reprochable! La mitad de todos los hombres de negocios de esta ciudad tratan con compañías

alemanas.

—Por lo visto la Ojrana considera que los libros son más peligrosos que el acero o los alimentos. —La magia de la velada se había roto, y el único culpable era yo, pero ya no podía retractarme.

—Es posible. —Parecía pensativa, pero algo me dijo que no eran las relaciones comerciales de Alexéi lo que le preocupaba—. Cualquier otra cosa sería absurda.

—¿Por ejemplo...?

—Que tenga algo que ver conmigo.

—¿Y de verdad que Volonov no intentó meterte miedo después de que lo rechazaras?

—Me figuro que perdió el interés y se volcó en otra. —Se señaló las escuálidas piernas—. Hoy estará encantado de haberse librado de esto.

—No digas bobadas. Tú sigues siendo...

—¿La segunda mujer más increíble que conoces? —me interrumpió—. Tú solo conoces a dos mujeres, Artur. Y ya has elegido.

—¡Tú eres como mi hermana!

Me regaló una sonrisa triste.

—Sí, probablemente sea eso.

Evité su mirada y deseé que mi voz no fuese tan bronca.

—¿Qué impresión te dio Volonov?

Tampoco esta vez se lo pensó mucho.

—Que está solo. Y tiene miedo.

—Miedo, ¿de qué?

—De que lo rechacen. A nadie le gusta eso, pero quizá a él le guste un poco menos que al resto.

En ese punto no podíamos estar más de acuerdo. Volonov era un hombre incapaz de aceptar una derrota. Lo que no era para él,

tampoco lo tendría otro.

No tuve el valor de recordarle lo que no se me iba de la cabeza desde hacía días. Volonov disponía de un ejército de cocheros que eran sus ojos y sus oídos en la ciudad. Cocheros como el que atropelló a Ofeliya y la dejó tullida para siempre.

Ellas se puso las manos en los muslos.

—Pero al final le salió bien. Esto de aquí no lo quiere nadie. —Lo dijo con voz queda y con una fatalidad que solía enfurecerme. Pero no ese día. Ese día me partió el corazón.

30

—¿Tú crees que se lo hizo ese cerdo? —Grigori estaba rojo como un cangrejo de la irritación—. ¿Por culpa de Volonov tu prima está en una silla de ruedas?

Asentí.

—Y ahora los ha hecho desaparecer a todos. A Ofeliya, a Alexéi y a Xenia. Tal vez temiese que si se producía un cambio de régimen saliera a la luz lo que ha hecho. En cuanto el zar no esté en el poder, el nuevo Gobierno llamará a capítulo a la Ojrana. Nadie ha perseguido a los opositores del zar con más brutalidad que ellos. Y se lo harán pagar. Se procesará a un gran número de policías secretos. Si de verdad estalla la revolución, casi todos acabarán colgando de una soga o fusilados según la ley marcial. Así que para ellos ha llegado el momento de encubrir todos los crímenes que puedan.

La mano de Grigori se cerró con tanta fuerza en la maceta de la menta que temí que el barro pudiera hacerse añicos entre sus dedos.

—Ha borrado sus huellas —aseveró con furia—. Y ahora está aquí, a bordo del *Saltan*, huyendo. En Alemania y Francia hay bastantes agentes de la Ojrana, lo recibirán con los brazos abiertos. La antigua camarilla de Rusia seguirá existiendo en la clandestinidad.

—Ya.

—Y tú ¿qué quieres hacer ahora?

—¿Hacer? Sobre todo rezaré para no cruzarme con él durante lo que queda de viaje.

—¿Y qué hay de la venganza?

—Esta no es una de tus novelas de aventuras, Grigori.

—¿Es que no desearías que estuviese muerto?

—Sí. Y cosas mucho peores. Pero no puedo acecharlo en el pasillo sin más ni más y rebanarle el cuello por la espalda.

Grigori cerró una mano y frotó el puño en la palma de la otra como si quisiera triturar piedras.

—Podría hacerlo por ti.

—Ya, ya.

—Lo digo en serio. Soy capaz.

—No harás nada de nada. Te quedarás aquí abajo, acariciando tu menta y comiendo bizcocho mohoso. No quiero ser el culpable de que ese tipo también te mate a ti. O de que el capitán te acuse de asesinato y ordene que te tiren por la borda.

Mi nuevo amigo esbozó una sonrisa burlona.

—Soy mañoso, aunque no lo parezca. No es nada malo ser feo y un poco desproporcionado. La gente subestima a alguien como yo.

—Y será mejor que siga siendo así.

Sus ojillos bajo la protuberante frente se clavaron en mí.

—Si necesitas mi ayuda, házmelo saber, ¿de acuerdo?

—No para matar a Volonov.

Su mirada me dijo que creía entenderlo.

—Comprendo, quieres cargarte tú a ese puerco.

Para que me dejara en paz asentí.

—Exacto. Cuando llegue el momento. Pero no en mar abierto.

—No debe de faltar mucho para que lleguemos a Alemania.

—Yo desembarcaré ahí y tú seguirás viaje hasta Francia.

Tras cavilar un poco, me preguntó:

—¿De verdad no quieres venir conmigo? Esa Mara no te conviene. No le conviene a nadie, por lo que se ve. Y piensa, París...

—Pienso en Leipzig y en el barrio Graphische y en los libros. Creo que es más para mí que el Moulin Rouge y Montparnasse.

—Eso crees ahora, pero dejarás de creerlo cuando estés allí.

—Podría ser.

—A ti lo único que te importa sigue siendo ella —constató Grigori profiriendo un hondo suspiro.

No supe qué replicar.

Él me miró como si fuese una planta exótica y después desistió de intentar convencerme.

—Pero seguro que eso no fue todo, ¿no? Mara llegó a vuestra casa en 1913. ¿Qué sucedió en los cuatro años que pasaron entre entonces y hoy?

—Tres y medio —puntualicé—. A principios de 1914 conocimos a los Eisenhuth en Francia y Mara se fue con ellos. Bien mirado, apenas pasó seis meses con nosotros.

—Y está en Alemania desde hace tres años. Es mucho tiempo, si quieres que te diga mi opinión.

—Lo es, sí.

—Salvo esas cartas ¿no has vuelto a saber más de ella?

—No.

Su cara me dijo lo que pensaba, y me alegré de que esta vez no lo expresara con palabras. Yo ya tenía bastantes dudas, lo que menos falta me hacía era alguien que las alimentase.

—¿Qué más pasó con Volonov? —quiso saber—. Durante esos tres años y medio ¿te llamó a capítulo a menudo?

—Eso es lo curioso: no volví a verlo. No hasta ahora, en la baranda del barco.

Dio la impresión de que Grigori no se lo podía creer.

—Los tipos como él no cambian de idea sin más.

—Eso mismo pensé yo. Y seguro que si me dejó en paz no fue por puro altruismo.

—Tenía cosas mejores que hacer —dijo, convencido, Grigori—. Otras canalladas.

—Sin duda. En agosto de 1914 Alemania declaró la guerra a Rusia. Supongo que antes la policía secreta no daría abasto. Probablemente hubiese muchos espías de verdad a los que había que eliminar. Las sospechas que abrigaba Volonov acerca de mi tío solo eran un pretexto, seguro que dejamos de ser importantes para él. —Me estiré y me desperecé, porque de tanto estar sentados en nuestro escondite sentía cada día más rígidas las articulaciones—. Y luego estaban los rumores, cómo no. Decían que Volonov había ido a la batalla y había capitaneado uno de los regimientos más crueles en el Báltico. Incendiarios y violadores que atravesaron Estonia, Livonia y Curlandia, y masacraron a todo el que no parecía lo bastante ruso.

Asqueado, Grigori escupió en una de las tuberías calientes. La saliva se evaporó con un chisporroteo.

—¿Cómo es que no me extraña lo más mínimo?

—No sé si es verdad, pero oí alguna que otra historia al respecto. A lo largo de los últimos meses, también que había regresado a San Petersburgo. Pero, como no lo volví a ver, pensé que seguiría combatiendo. Confiaba en que estirase la pata.

—Te alegraste antes de tiempo.

—Ya lo creo.

—¿Y eso fue todo?

Estaba cansado, hambriento y cada vez más impaciente, porque el final del viaje se acercaba. Yo habría dejado estar el asunto y habría podido hablar las últimas horas que pasaría con Grigori de

cosas más agradables, de los secretos que encerraba París y del misterio de las muchachas francesas, con las que él soñaba.

—Hubo una cosa más —repuse.

—¡Lo sabía!

—En primavera de 1916, el año pasado, volví a la hemeroteca de la Biblioteca Imperial. El viejo archivero agonizaba y alguien tenía que ocuparse del trabajo que se había acumulado allí arriba. Pasé semanas a solas en el desván, iba enfermando poco a poco debido al polvo que había y hablaba con las palomas que habían anidado en las vigas. Al final no pude evitar echar mano de nuevo de las noticias de antaño, los ejemplares de cuando se produjeron los envenenamientos en Carelia. Y en uno de ellos me tropecé con algo.

Grigori se frotó las manos.

—¿Ah, sí?

—Había habido más muertos aún. En un monasterio apartado que se alzaba en una isla del lago Ládoga se había propagado una misteriosa enfermedad que había acabado con todos los monjes que vivían allí. Catorce en total. Los encontró un pescador del otro lado del lago. Desde su barca le llamó la atención que una tormenta había arrancado uno de los tejados del monasterio. Una semana después, al ver que nadie había intentado aún reparar los daños, receló. Veía que debajo había estanterías repletas de libros y, aunque él no había tenido jamás un libro en la mano, probablemente pensara que la lluvia no le haría bien al papel.

—Una tormenta —repitió Grigori—. ¿Te refieres a la tormenta de Mara?

Me encogí de hombros.

—El pescador fue hasta la isla y bajó a tierra. Y los encontró a todos. El hombre salió corriendo de la isla, convencido de que se había contagiado. Estuvo una semana entera sin salir de su cabaña y

después se decidió a ir a la comisaría de policía más cercana. Luego tardaron unos días en recuperar los cuerpos. Como el pescador no presentaba ningún síntoma, supusieron que la enfermedad ya no era contagiosa. Enterraron a los monjes en la isla y clausuraron el monasterio.

Grigori asintió, porque para él la relación no podía estar más clara.

—Mara probó primero el veneno con los monjes y, al ver que surtía efecto, fue al pueblo para vengarse de su padre y del resto.

—Pero ¿por qué? —planteé—. Ella dijo que, aunque su padre fantaseaba con violarla, nunca había llegado a hacerlo. Sí, es reprobable, pero ¿es motivo para matar a docenas de inocentes?

—Mara mintió —afirmó Grigori—. Primero la toqueteó su padre y después los monjes. Y se vengó de todos ellos. Incluidos los vecinos del pueblo, que miraron hacia otro lado.

—No son más que conjeturas.

—¿Tú no lo crees así?

Me quedé en silencio, pensando. Naturalmente yo también había imaginado lo mismo, y con los pormenores más espeluznantes. Sin embargo, oírlo de boca de otra persona hizo que fuese más tangible. Más real.

Tanto más cuanto que Grigori no había sido el primero.

—Dos años más tarde yo creía que había empezado a superar todo ese asunto —dije al cabo—. Pero los artículos de periódico avivaron mi curiosidad de nuevo y me puse a buscar.

Grigori sacó la conclusión adecuada.

—Al único testigo, el jornalero.

—Tijon Kasakov. Primero presunto jornalero y cazador en Carelia, y después abastecedor de trofeos de caza en San Petersburgo. Y, por último, tras enemistarse con los políticos que fuese, simple

trabajador en el matadero. Solo que para entonces el matadero había cerrado.

—En ese caso ¿cómo lo encontraste?

—Kasakov seguía allí. Enfermo de gravedad y pobre como una rata. Tenía gangrena en el brazo derecho y se le estaba pudriendo porque no se podía permitir la amputación. Después oí que él mismo intentó cortárselo y murió desangrado.

—Cielo santo —musitó Grigori.

—Cuando di con él, vivía de las limosnas y dormía con otros mendigos en las ruinas del matadero. Debido a un gran incendio se había derrumbado una parte del tejado, pero todavía había algunos rincones secos, y fue en uno de ellos donde lo encontré.

—¿Y habló contigo?

—Ni siquiera fue difícil. Necesitaba dinero, así que le di un poco. Primero habló sin parar de que en Carelia estallaría una guerra, pronto se enfrentarían hermanos contra hermanos. Le dije que me gustaría ir a esa región, pero también podría haberle dicho que me gustaría ir a visitar al diablo. Llevaba un crucifijo al cuello y lo estuvo tocando todo el tiempo mientras rezaba en voz baja.

—¿Conseguiste que te contara algo?

Recordé con un escalofrío el matadero quemado, el doble de grande que el palacio del canal de Catalina. Recordé el hedor y la miseria, bultos que merodeaban entre las cenizas mojadas, todos enfermos y muchos mutilados. Acababan de sacrificar un caballo que habían robado en alguna parte y asaban los trozos en un fuego abierto. Había mujeres apáticas con recién nacidos, veteranos amargados de la guerra contra Japón: todo un clan de fracasados que se habían reunido alrededor del caballo destripado. Tuve miedo de ser el siguiente que acabase en la broqueta sobre el fuego y me pregunté por qué la policía no ponía fin a aquello. Pero, de hacerlo,

tendrían que sustentar a toda esa gente y darles cobijo, y por lo visto era más cómodo abandonarlos a su suerte. Kasakov solo era uno de ellos, el «cazador de ratas», como lo llamaban, y entonces comprendí lo que solían comer cuando no se hacían con un caballo o un perro o tal vez un tonto como yo.

Grigori seguía mirándome con expresión expectante, así que continué:

—Solo en la soledad de Carelia era posible que una niña exterminase a toda una aldea y saliera impune, afirmó Kasakov. Probablemente él no fuera un jornalero errante, como ponía en los periódicos, sino que tenía mujer y una hija pequeña en el pueblo. Ambas murieron envenenadas. Puede que sea cierto, puede que no, no lo sé. Cuando volvió, Alia ya no era una niña normal, había hecho un pacto con diablos y demonios, dijo.

—¿Cuando volvió del monasterio?

Hice un gesto negativo.

—Por lo visto se escapó de casa antes, huyendo de su padre, y desapareció durante días. Al parecer no era su padre de verdad, sino un hombre que la había encontrado en el bosque cuando era pequeña y la llevó al pueblo porque ya no tenía mujer. Al fin y al cabo, alguien debía limpiar la casa, dijo Kasakov, pero no estoy seguro de que se refiriese solo a eso. Al parecer la niña no tenía nada salvo un colgante, una piedra de luna, y ni siquiera sabía cómo se llamaba. No sé hasta qué punto se puede uno creer lo que contó ese hombre. Parecía que estaba loco. A menudo Alia se le aparecía en sueños, aseguraba, y en ellos veía que en los bosques la niña había conocido a la Baba Yagá. Alia bailaba con la vieja alrededor del caldero, y también había sido la bruja la que le había dado el veneno con el que mató a todas aquellas personas.

Grigori torció el gesto.

—Alguien que habla a tontas y a locas de la Baba Yagá no es precisamente el testigo más fiable.

—Eso mismo pensé yo.

—¿Pero...? —Grigori puso cara de dudar de mi sano juicio.

—En primer lugar, él solo la había visto en sueños, al fin y al cabo —repuse—. Y, en segundo lugar, mencionó algo más, solo de pasada... La niña se había visto obligada a bailar con la Baba Yagá, siempre en círculo alrededor del caldero, y mientras lo hacía, en el cielo unos gansos salvajes gritaban como si fuesen cientos de niños moribundos. Eso dijo: «Como cientos de niños moribundos».

—Y entones recordaste los gansos salvajes de los que se escondió Mara.

Asentí.

Grigori hizo un gesto negativo con la mano.

—Sin embargo, eso no prueba nada.

—En cualquier caso, al parecer Kasakov vio que la niña regresaba al pueblo el día que se celebraba la fiesta, y se ofrecía a las mujeres para ayudarlas a preparar el guiso. Y después vio que echaba unos polvos o algo pulverizado en el puchero.

Las aletas nasales de Grigori se ensancharon cuando exhaló con fuerza.

—¿Se supone que lo vio todo? Pero ¿no hizo nada cuando todos se comieron el guiso, incluidas su mujer y su hija? —Negó con la cabeza con vehemencia—. Lo que yo te diga, ese tipo te mintió como un bellaco.

—Le enseñé uno de los retratos de Mara.

—Y, naturalmente, la reconoció.

—¡Tendrías que haberlo visto! Dio tres pasos atrás y a punto estuvo de caerse en el apestoso caballo. No solo la reconoció, sintió pánico.

—Eso se puede fingir. —Grigori cruzó los largos brazos—. Te tomó el pelo y te contó lo que querías oír. Es lo que hacen algunas personas cuando les das dinero.

Dejé escapar un hondo suspiro.

—Es posible. Al final me quedé como estaba. Mara era Alia, y por lo visto Alia estaba poseída por el demonio o por la Baba Yagá, o bien Kasakov había perdido la razón y punto. En realidad, nada de ello tiene importancia ya.

—Porque de todas formas irás a reunirte con ella.

—Sí —dije—. Iré a reunirme con ella.

Guardamos silencio los dos, cada uno sumido en sus turbios pensamientos, y después, unas horas más tarde, el *Saltan* llegó al puerto de Travemünde.

31

1957

—Se pueden marchar —dijo el policía cuando Thomas y Liette se levantaron de sus respectivas sillas en el pasillo de la comisaría—. Pero no se ausenten, es posible que haya más preguntas.

—A mí me parece que ya han preguntado bastante —comentó Thomas. Después de interrogarlos, los habían dejado una hora y media en el pasillo sin darles ninguna explicación, y estaba harto. De esperar, de la arrogancia, del mal café.

Liette llevaba puestas las gafas de sol, pero se había quitado el pañuelo de la cabeza en el interior del edificio. Se volvió hacia la escalera del final del pasillo.

—¡Déjelo! —le advirtió en voz baja—. Provocarlo no nos será de mucha ayuda.

El policía dio a Liette ambos carnés, como si Thomas no estuviera.

—Tenga. De todas formas, sabemos dónde podemos encontrarla.

Liette asintió.

—En la recepción del Trois Grâces siempre hay alguien las veinticuatro horas. Podrán indicarle dónde estoy en todo momento.

Ya iban por la mitad del pasillo cuando a su derecha se abrió la puerta de un despacho. Era uno de los dos hombres que los estaban esperando delante del hotel.

—Pasen un momento, por favor.

Thomas estaba a punto de explotar.

—Nos han dicho que podíamos irnos.

—Sí. Después de que hayamos hablado un momento.

—¿Hablar un momento? —Thomas cogió aire con fuerza por la nariz—. Acabamos de...

—Por favor —lo interrumpió el policía. Al presentarse les había dicho que era comisario, pero a Thomas se le había olvidado su nombre. Al hombre le brillaba la ancha frente del calor que hacía en el despacho, la camisa tenía manchas en las axilas. De la habitación salía un olor a tabaco rancio.

Dentro los recibió una penumbra crepuscular. Las persianas de tablillas estaban cerradas. Liette había insistido en que así fuera mientras los interrogaban.

—Siéntense. —El comisario cerró la puerta y se situó detrás del escritorio, pero permaneció de pie—. Antes, cuando conversábamos, han mencionado un nombre: Mara Kalinina.

Habían contado que la estaban buscando para aclarar la titularidad de una propiedad inmobiliaria en la que Liette estaba interesada. Y que unas fotografías antiguas del archivo del Trois Grâces les habían permitido deducir que Ulita Glinka y Mara Kalinina se conocían, todo lo cual era verdad. Thomas habría preferido hacerse pasar por un cliente de la vidente, pero, en opinión de Liette, cualquier mentira innecesaria entrañaba peligros. «Los policías se huelen las mentiras», afirmó, y él no supo a ciencia cierta si lo había dicho por propia experiencia o por las novelas policiacas que tenía en sus estanterías.

—Hoy en día es posible que Mara Kalinina se llame Mara Eisenhuth —apuntó Liette—. No lo sabemos con seguridad.

—Nadie sabe con seguridad qué apellido utiliza en la actualidad —repuso el comisario con resignación—. Si uno de esos dos u otro.

Thomas y Liette se miraron.

—¿La conoce?

—Yo no, pero hace años un antiguo compañero pasó mucho tiempo poniendo media Francia patas arriba mientras la buscaba.

Thomas lo miró con recelo.

—No creo que le esté permitido contarnos esa clase de cosas, ¿no?

—Digamos que estoy en deuda con ese compañero. Y acabo de hablar con él. A mediodía suele echarse una siestecita y descuelga el teléfono. Por eso los he hecho esperar tanto rato. Pero ahora está impaciente por hablar con ustedes.

Thomas miró de nuevo a Liette, que en la penumbra, con sus enormes gafas de sol, parecía una actriz que se había escabullido de incógnito durante la proyección de su propia película.

—Aquí hay algo que no cuadra —apuntó.

El comisario se inclinó hacia delante y apoyó ambos puños en la mesa.

—Será mejor que no me provoque, monsieur Jansen. Esto no lo hago por usted y menos aún por mí, sino solo por un viejo amigo al que respeto profundamente. —Dirigió una mirada fugaz a la puerta, como si al otro lado pudiera haber alguien escuchando. Bajó un poco la voz—. Les daré un nombre y una dirección. Vayan allí, ahora mismo.

—¿Por qué buscaba su compañero a Mara Kalinina? —quiso saber Liette.

—Eso mejor pregúnteselo a él. —El hombre abrió un cajón, sacó un pañuelo de tela y se secó el sudor de la frente—. Cuando los policías nos jubilamos, no deberíamos cargar con casos no resueltos, ¿sabe? Es malo para la paz del alma, o al menos así lo veo yo. Y a mi amigo esa rusa no lo deja descansar. El caso ha prescrito, yo ni siquiera debería hacerles dos preguntas al respecto, pero él es

incapaz de cejar en su empeño. Llama aquí constantemente para preguntar si la tal Mara ha aparecido. Saca a todo el mundo de quicio. La mayoría piensa que está mal de la azotea y que esa mujer no ha existido nunca, porque del caso tampoco hay ya expedientes, no sé si me explico.

Liette miró a Thomas y después de nuevo al comisario.

—¿Su compañero la detuvo?

El policía les pasó un papel tratando de que su rostro no desvelara ninguna emoción.

—No hay expedientes. Nadie se interesa por Mara Kalinina. Y no hemos mantenido esta conversación.

En el papel constaba el nombre de Luc Benoit, y la dirección los llevó de vuelta al casco antiguo, a callejuelas oscuras sumidas en sombra y fachadas *art déco* que se desmoronaban.

Desde la comisaría, habían tomado un taxi hasta la pensión para ir a por el coche de Liette, y ella estaba buscando un hueco para aparcar lo más cerca posible de casa de Benoit. Cuando Liette por fin sacó la llave, Thomas le puso una mano en el antebrazo. Llevaba una chaqueta de manga larga, para que incluso al volante cada milímetro de su piel quedara cubierta.

—Un momento.

Liette se había vuelto a poner el pañuelo y, a pesar del calor que hacía, también unos guantes finos. En Niza había estallado una tormenta de verano, las primeras gotas caían en el parabrisas y en la capota del Porsche.

—Ayer a la una de la madrugada, ¿dónde estaba? —le preguntó.

Una segunda tormenta, esta vez de enfado, se extendió por el rostro de Liette.

—¿Ahora también juega a ser policía?

—Solo quiero estar completamente seguro de que estamos en sintonía.

—No lo dice en serio, ¿no?

—A esa mujer la quemaron viva.

—¿Y cree que fui yo? ¿Que la enrollé en la alfombra y le prendí fuego en los pies?

Él negó con la cabeza.

—¿Por qué no me dice sin más dónde estaba?

—Paseaba por las calles, sin rumbo, sin ir a ningún sitio en concreto. Sin más ni más. Es algo que hago por la noche, porque por el día suelo dormir. —Se zafó de su mano—. ¿Habría preferido que llamara a su puerta?

Él le sostuvo una mirada furibunda, en parte porque en el fondo no estaba seguro de que eso no le hubiese gustado, en parte porque así se habrían ahorrado esa conversación. Claro que después quizá ella se hubiese enfadado con él por otros motivos, ya que, debido al concepto que tenía de Liette, estaba seguro de que más tarde esta habría lamentado su visita nocturna. Y con toda seguridad le habría echado la culpa a él.

No, eso no era justo. Se había estado relacionando demasiado tiempo con las mujeres equivocadas. Liette no se parecía lo más mínimo a ellas, no pensaba como ellas, no actuaba como ellas. Lo cierto es que no se parecía a nadie que él hubiese conocido hasta la fecha.

—Está bien —dijo suavizando mucho el tono—. Será cuestión de que me acostumbre.

—¿A qué?

—A hacer esto con otra persona. No se me da muy bien el trabajo en equipo. Nunca se me ha dado bien.

No solo había sido un ave solitaria en su oficio, sino también, con mucho mayor motivo, en todo lo que había hecho después. Cuanto más tiempo pasaba con Liette, tanto más a menudo se avergonzaba de su historial. Como si se viera con los ojos de ella. En el curso de los últimos años había perdido la medida de sus acciones, y admitirlo no lo hacía sentir precisamente bien.

—Aprenderá —afirmó ella con seriedad—. A trabajar en equipo. Concédanos un poco de tiempo y a los dos se nos dará de maravilla.

Tronaba con fuerza. La lluvia tamborileaba sobre el coche. Ante las ventanillas se alzaba una cortina de agua gris. La acera y la casa de detrás apenas se distinguían ya.

—Al menos no hay sol —observó él.

—Alguna vez hay que tener suerte —contestó Liette, y abrió la puerta para salir a la torrencial lluvia.

—Mara Kalinina —dijo el anciano cuando estuvieron sentados frente a él, empapados, en la terraza acristalada. La tarde era oscura como un sótano abovedado—. Mara Eisenhuth. Mara Gaillard y Mara Monnier. Mara Chauvin, Mara Lefort y Mara Foucher. —Apoyó una mano en los cinco archivadores, llenos hasta reventar, que los esperaban al llegar en la mesa que había entre las butacas de mimbre—. Y dudo que esos sean todos los nombres que ha utilizado a lo largo de los años.

—¿Son falsos? —quiso saber Liette.

Luc Benoit negó con la cabeza.

—Todos completamente legales gracias a distintos matrimonios. En cuanto enviudaba nunca tardaba mucho en pescar al siguiente idiota rico.

Thomas profirió un suave suspiro.

—¿Sobrevivió a todos esos maridos?

—Pues sí, y es probable que a algunos más. —La sonrisa de Benoit parecía manida, como si alguien hubiese contado un chiste que él ya había oído muchas veces. Seguro que había mantenido esa conversación a menudo, con superiores, compañeros, quizá con todas las demás personas que formaban parte de su vida. Estaba obsesionado con ese caso, lo había admitido con franqueza apenas entraron por la puerta, chorreando—. Por regla general, la dicha conyugal duraba dos años, a veces mucho menos. Si Mara ha seguido a ese ritmo (me refiero a más adelante, después de que la perdiéramos de vista), podrían añadirse algunos maridos más. Eso si alguno de los tipos no fue lo bastante inteligente para retorcerle el pescuezo después de la noche de bodas. O antes, lo cual habría sido incluso un poco más inteligente.

La lluvia paró tan deprisa como había llegado a la ciudad, pero seguían cayendo gotas contra los cristales de la terraza, que cubrían la mitad de una pequeña azotea sitiada por frontones, chimeneas y antenas de televisión. El encapotado cielo se deshizo en hilachas púrpura y azul tinta, y relámpagos blancos serpenteaban en la oscuridad que el mal tiempo había dejado en el norte.

—¿Cuánto lleva intentando dar con ella? —inquirió Thomas.

—Casi un cuarto de siglo.

Benoit era un hombre de baja estatura, fornido, al que en la mayoría de las fotografías enmarcadas que había en la casa se le veía en compañía de una mujer también de baja estatura y fornida. El pelo blanco, cortado a cepillo, era muy abundante; las gafas de leer se asentaban torcidas en su nariz enrojecida. A pesar del calor que hacía, llevaba una camisa de cuadros con un chaleco de punto y unos zapatos de piel relucientes. De una jarra de barro les había servido té helado, como si esa fuese una visita familiar y no

estuvieran allí por Mara Kalinina. Y eso que el hombre apenas quería hablar de otra cosa.

—Conque pretende hacerse con la villa, ¿es así? —le preguntó a Liette.

—Soy la propietaria del hotel que está al lado —repuso ella—. En algún momento tendremos que plantearnos una posible ampliación. Y hacia dónde.

—El Château Trois Grâces —apuntó Benoit mientras asentía con aire pensativo—. ¿Se puede creer que celebré allí mi boda? Por aquel entonces los precios aún eran asequibles. Pero, si le soy sincero, el hotel estaba bastante venido a menos. Nos lo desaconsejaron.

Liette esbozó una sonrisa un tanto forzada.

—Mi tío llevó a la ruina en gran medida al Trois Grâces. Después de la guerra tuvimos que recuperar nuestra reputación, fue un proceso laborioso.

—No pretendía ofenderla. A mi mujer le gustaba mucho. Teníamos intención de volver, un año antes de que falleciese, a pasar el fin de semana, pero..., en fin, el salario de un policía no es alto.

Thomas vio que Liette se ruborizaba un tanto.

—¿Por qué no me cuenta cómo dio con Ulita Glinka? —Benoit dejó de mirar a Liette para centrarse en Thomas—. Pasé décadas dedicándome a este caso, pero el apellido Glinka no apareció ni una sola vez. Sé quién es, naturalmente, pero nunca hubo una relación con Mara Kalinina.

Thomas señaló los archivadores.

—¿Por qué no nos cuenta primero lo que sabe de Mara? Usted ya no está en activo, monsieur Benoit. Y estos archivadores podrían ser

robados. Así que creo que podemos hablar de igual a igual, no como si esto fuese un interrogatorio.

El anciano devolvió la mirada de Thomas con afligida seriedad antes de que a sus labios aflorase una sonrisa.

—No era mi intención interrogarlo, monsieur Jansen.

—Durante un momento me ha dado esa impresión.

—Thomas —terció Liette con un leve tono de censura.

—No pasa nada —aseguró Benoit—. Les contaré lo más importante. De la juventud de Mara apenas sabemos nada. A todas luces, a los dieciséis años la adoptó un matrimonio en San Petersburgo, Alexéi y Xenia Kalinin. Estos ya tenían una hija, Ofeliya. El lugar de nacimiento de Mara tan solo es el primero de numerosos enigmas. Unos años después, se casó en Alemania con Demian Eisenhuth, hijo de un editor. Lo que sucedió a continuación sigue siendo igual de misterioso. Hoy en día, Leipzig se encuentra en la RDA y no existe mucha cooperación entre nuestra policía y la de ese país, resulta imposible acceder a sus archivos. Nuestros colegas de la Alemania Occidental tampoco pudieron ayudarnos. Si aún existen documentos sobre lo que sucedió entonces, no podremos acercarnos a ellos. Pero también es posible que la guerra acabara con todo; Leipzig sufrió varios ataques aéreos. —Su voz se volvió más ronca, y el anciano bebió un poco de té helado—. Lo único seguro es que, en la década de 1910, Mara se convirtió en la heredera única de la fortuna de los Eisenhuth. Debía de ser muy joven, tendría poco más de veinte años, quizá incluso menos. No sé lo que pasó después. Aquí, en Francia, solo apareció a finales de la década de 1920, y se casó con un tal Jacques Gaillard. Gaillard le doblaba la edad y era propietario de varias imprentas. Murió al año de casarse, por causas un tanto imprecisas. Fallo multiorgánico, según el certificado. Y ese sería el principio de una larga serie de matrimonios con hombres que

no disfrutaron mucho de su nueva esposa, pero sí la tuvieron en cuenta en sus testamentos, bien nombrándola heredera única, bien legándole una parte considerable de su haber. En todas las ocasiones ella lo vendía todo lo antes posible y desaparecía del mapa durante un tiempo, hasta que su nombre volvía a figurar en otro certificado de matrimonio. Nunca pudimos averiguar si despilfarró el dinero o lo depositó en alguna parte. Personalmente, me inclino a pensar que está en cuentas anónimas en Suiza. Pero quién sabe.

—Usted cree que Mara mató a todos esos hombres —dijo Liette.

—De una u otra forma.

—Sin embargo, no se encontró nada que lo demostrase en media docena de cadáveres —apuntó Thomas.

—Nada en absoluto. Ni uno solo de ellos murió por influencia de factores externos reconocibles. No presentaban heridas, no había marcas de estrangulamiento ni extrañas caídas por la escalera. Nada por el estilo.

—¿Veneno? —planteó Liette.

—Cómo no, el consabido veneno. —Benoit sonrió—. ¿Sabía que es el método más habitual que emplea la mujer cuando quiere deshacerse del marido? Un poco de matarratas en la comida, dosis minúsculas a lo largo de un espacio de tiempo dilatado y el esposo es historia. Solo que, por regla general, se puede detectar en el cuerpo, aunque sea en las cantidades más mínimas, por lo menos los venenos de uso corriente que se encuentran en este país.

—A cambio de suficiente dinero seguro que uno se puede hacer con venenos más exóticos —repuso Thomas.

El expolicía asintió.

—Pese a todo, por lo general están bien documentados, en parte gracias al periodo colonial, cuando se entró en contacto con un buen

número de venenos desconocidos. Pero, en cualquier caso, le doy la razón: yo también creo que nos las tenemos que ver con un veneno inusitadamente insidioso. Y con una asesina inusitadamente insidiosa.

—¿Cuándo hizo su última aparición? —quiso saber Liette.

—El último matrimonio del que tenemos conocimiento se contrajo en 1945, justo después de que terminara la guerra. Frederic Foucher, profesor de literatura en París, heredero de una considerable fortuna familiar. Presunto colaborador nazi durante la ocupación, aunque nunca se pudo demostrar. Invirtió una gran parte de su fortuna en su biblioteca, que tiene un valor extraordinario. Su palacio, en el sexto *arrondissement*, estaba lleno de libros. Murió apenas tres meses después de la boda, no tenía hijos ni otros parientes, tan solo su esposa, Mara Foucher.

—¿Nunca intentó adoptar una nueva identidad? —preguntó Liette.

—Una vez..., quizá. Enseguida me ocupo de eso. Pero, al fin y al cabo, oficialmente todos sus maridos sufrieron una muerte natural, así que no había ningún motivo para que ella ocultase nada. Si de mis antiguos superiores dependiese, a lo sumo se podría decir de ella que tenía la negra, y eso no es un delito. Sus maridos siempre eran bastante mayores que ella, la mayoría padecía problemas de salud. De hecho, hay algunas cosas que todos tienen en común: riqueza, enfermedad, una reputación menoscabada... y un marcado amor por la literatura. Todos ellos poseían una biblioteca privada de considerables dimensiones.

—Así que le gustan los libros —constató Liette, y casi dio la impresión de que acababa de descubrir que Mara le inspiraba simpatía.

—Es posible que se sirviese de los libros para que se le abriesen las puertas —opinó Thomas.

—¿En qué sentido?

—Bueno, de alguna manera tenía que llegar a conocer a esos hombres. Y los bibliófilos no tienen fama de ser el alma de la fiesta, menos aún aquellos que tenían la reputación... ¿Cómo lo ha expresado usted, monsieur Benoit? Menoscabada. Quizá acudiese a ferias de antigüedades y utilizase los libros como pretexto para trabar conversación con los hombres.

Benoit le dedicó una sonrisa de reconocimiento.

—De esa conjetura precisamente partí yo. No le sabría decir en cuántas ferias estuve. A veces sigo yendo, sobre todo desde que falleció mi mujer. Y siempre tengo los ojos abiertos.

—Pero nunca se topó con Mara, ¿no?

—Ni una sola vez. Como si fuese un fantasma. En ocasiones me tropezaba con una muerte sospechosa y conseguía retomar su pista. Pero, como oficialmente nunca se incurría en un delito, con frecuencia pasaban meses, a veces años, y ella se había largado con la herencia hacía tiempo. Y, puesto que nunca se emitió una orden de búsqueda contra ella, mis posibilidades eran limitadas. Si ya es bastante complicado dar con un delincuente, una ciudadana sin tacha, que no consta en ningún fichero policial, se puede esfumar con facilidad. Mis jefes decidieron que estaba loco y me prohibieron malgastar más tiempo en ese caso. Pero yo sigo pensando que los muertos que encontré en su día no eran más que la punta del iceberg.

—O, en efecto, Mara solo tenía mala suerte —opinó Liette.

Thomas frunció el ceño.

—¿De verdad cree eso?

Benoit dio un manotazo en un archivador.

—Al contrario: esa mujer tuvo una suerte increíble, una y otra y otra vez.

Liette sonrió.

—Tal vez solo sea muy lista.

—Ah, eso sin duda —repuso el anciano—. Muy lista, muy culta, muy bella y, además, una pintora con talento. O al menos eso afirman algunos conocidos de sus maridos que coincidieron con ella. Desde luego una mujer extraordinaria.

Si Benoit no acabara de asegurar que se trataba de una asesina, habría cabido pensar que su obsesión con Mara no tenía que ver únicamente con su labor policial. Era un fantasma que rondaba los pensamientos del anciano como un espíritu las ruinas de un castillo.

—Bien, ahora les toca a ustedes —dijo Benoit—. Cuéntenme qué unía a Ulita Glinka con Mara Kalinina.

Thomas le refirió la búsqueda en el archivo del hotel, el hallazgo de las fotografías antiguas y las imágenes en las que se veía a la joven Mara con la vidente.

—Que ambas aún pudieran estar en contacto solo era una idea, pero cuando le hablamos de ella a Ulita Glinka, esta pareció tener miedo. Empezó a hablar de una sombra que persigue por la vida a Mara.

Benoit parecía decepcionado, pero, tras pararse a pensar un rato en todo ello, asintió despacio.

—Ulita Glinka era una tunanta. ¿Sabían que estuvo en la cárcel?

—Tres años —contestó Liette—. Nos lo contó ella. Pero no tuvo nada que ver con Mara.

Benoit negó con la cabeza.

—Era la clásica novia de un gánster, antaño, cuando aquí, en la costa, todavía estaba mal visto relacionarse con delincuentes. Hoy en día la cosa ha cambiado. Ahora el prestigio solo tiene que ver con el dinero, con abrigos de pieles y joyas y la propina que se deja en la mesa ostentosamente, para que todos lo vean. En la Costa Azul hace

tiempo que la procedencia del dinero carece de importancia. Y si mujeres como Ulita Glinka les aligeran el bolsillo a esos individuos, digamos que mucho no los compadezco. Ella solo era una estafadora inofensiva que una vez se juntó con el hombre que no debía.

—¿Y Mara? —inquirió Liette—. Si usted nunca pudo demostrar que hiciese nada, ni siquiera era eso, ¿no? Jamás la procesaron, así que ni siquiera era una delincuente.

El anciano inclinó el torso hacia delante.

—¡Yo sé lo que es! Por eso este asunto me quita el sueño. Si aquí a alguien lo persigue una sombra es a mí. La sombra de Mara se pega a mí como una peste de la que no soy capaz de librarme.

Thomas observó el montón de archivadores.

—¿Hay alguna foto suya? Las únicas que conocemos nosotros tienen más de cuarenta años.

—Fotos —repitió Benoit con aire pensativo, y Thomas estaba seguro de que diría que no. Pero se equivocaba—. Hay fotos suyas, un puñado. Todas de la misma serie.

En la oscuridad que envolvía los Alpes Marítimos se distinguió un resplandor de relámpagos y a continuación un trueno retumbó en la ciudad. La lluvia arreció de nuevo, gotas como la uña de un pulgar daban en el cristal de la terraza.

Benoit apartó los dos primeros archivadores y abrió el de debajo. Vieron un sobre sobado. Con dedos temblorosos el anciano sacó cuatro fotografías en blanco y negro. Miró cada una de ellas y después las deslizó por la mesa.

Thomas se esperaba instantáneas borrosas, imágenes en las que solo se reconocería la silueta de Mara, pero eran sumamente nítidas. La mujer que aparecía en ellas posaba con un elegante traje negro y una blusa blanca delante del fondo de papel de un estudio de fotografía. Estaba rodeada por un grupo de extraños títeres, la mitad

de altos que ella, con el rostro tallado, anguloso. Parecían vivos de un modo perturbador, porque sus grandes ojos miraban a la cámara y, al hacerlo, casi se perdían en las crepusculares sombras que proyectaba el foco. Mara extendía los brazos por encima de los títeres. En todas las imágenes mantenía la cabeza baja, de forma que su cabello largo y liso le caía por la cara y solo permitía intuir sus rasgos.

—¿Cuándo se tomaron? —preguntó Thomas.

—Lo pone al dorso.

Thomas les dio la vuelta a las fotografías y vio que en todas ellas constaba escrito a mano «08-1939». Hacía dieciocho años. Ni sello del estudio ni nombre del fotógrafo. Tampoco el de la modelo.

—¿Y está seguro de que es Mara? —le preguntó Liette.

El tamborileo de la lluvia casi acalló el trueno que en ese momento hizo que los cristales temblaran.

—Las fotos se encontraron en la casa de uno de sus maridos —contó el anciano—. Un amigo del difunto, otro excéntrico coleccionista de libros, confirmó que esta de aquí es nuestra viuda alegre. Solo había coincidido con Mara una vez, pero estaba completamente seguro. Tampoco es que me sirviera de mucho.

—Dejarse fotografiar no es un delito —comentó Liette.

—No —confirmó el expolicía—. Lo único que yo habría podido demostrar por aquel entonces era que los documentos de Mara Schneider eran falsos. Estaban en la misma carpeta en la que se encontraban las fotos. Les seguí la pista y me llevaron hasta un falsificador en París, también ruso, que había inmigrado a Francia hacía años. Cuando le visité, el hombre había dejado hacía tiempo la carrera de falsificador. Lleva décadas regentando una pequeña tienda de curiosidades en el barrio de Le Marais, y al parecer se mantiene alejado de todo cuanto pueda causar problemas. O al

menos eso me dijeron los compañeros de París. A mí me contó que no era capaz de recordar a ninguna clienta de hacía tantos años. —La sonrisa de Benoit dejaba traslucir cierta simpatía por tunantes de medio pelo como ese, quizá porque se las hubiese tenido que ver demasiado a menudo con delincuentes de otra calaña—. Está claro que me mintió como un bellaco, pero yo no tenía nada contra él. Los tipos como ese preferirían ir desnudos por el paseo de los Ingleses a dar una respuesta sincera a un policía.

Bajo el mojado pelo de Liette, el rojo febril de su frente se extendió por sus mejillas.

—¿Y si no fuese un policía el que le formulase las preguntas?

En cierto momento Thomas tuvo la sensación de que las sombras de las nubes los seguían por la *route bleue*, la carretera que unía Niza con París. Liette conducía el Porsche por la autopista como si estuviera huyendo de los rayos del sol, que atravesaban una y otra vez las nubes y abrasaban los interminables viñedos de Borgoña. Por la mañana, antes de partir, se había aplicado en el rostro una crema solar de protección muy alta, y volvía a llevar el pañuelo y las gafas oscuras.

Probablemente llegaran a París sobre las ocho de la tarde, siempre y cuando el tráfico en las afueras de la ciudad no contrariase sus proyectos.

—Le cae bien —observó él.

—¿Mara?

—Sí, claro, Mara.

—Para eso tendría que conocerla.

—Ve algo en ella.

Liette se rio.

—¿Se refiere a que veo algo en una mujer que se opone al patriarcado envenenando a un marido tras otro? No, yo diría que no.

—Si la igualdad de derechos es importante para usted, podría dejarme conducir a mí, para variar.

—De ninguna manera —repuso risueña—. Empieza a gustarme conducir de día.

—¿De verdad solo conduce por la noche?

—La mayoría de las veces sí. Y no hace falta que me compadezca por ello. Pocas cosas hay más bellas que conducir por la Corniche las noches de verano sin la capota.

—Ya me he dado cuenta.

Liette no pudo evitar reírse de nuevo.

—Estaba usted muerto de miedo.

—Quizá un poco tenso.

—No se fía de nadie, ¿no?

—Empiezo a hacerlo.

—No es verdad. Cree que simpatizo con una envenenadora.

—¿En serio? —Thomas vaciló un instante—. Incluso me he llegado a plantear que usted pudiera ser Mara.

Ella levantó el pie del acelerador.

—¿Se ha vuelto loco?

—Sé que Mara tendría que ser veinte años mayor que usted, pero...

—Pero ha pensado que quizá se conservara bien.

—Algo por el estilo. Y, tal y como lo dice, suena de lo más estúpido.

—Porque es una idea estúpida.

Él levantó ambas manos.

—Lo es, lo admito.

—Bien.

Thomas contempló el vasto paisaje ondulado. Hilera tras hilera de vides mirara donde mirase. Al cabo de un rato preguntó:

—¿Qué opina de Benoit?

—No sabe qué hacer con el tiempo que tiene. Ha perdido a su mujer, es demasiado mayor para trabajar y no es capaz de dejar un caso que en realidad nunca existió. Al menos oficialmente.

—Creo que lo entiendo muy bien —aseveró él.

—¿Porque usted tampoco sabe qué hacer con el tiempo que tiene? Y por eso nos está ayudando a Maxim y a mí.

—Yo habría hecho que sonase mucho más desinteresado —afirmó él con una sonrisilla—, pero tiene razón, así empezó esto. Solo que ya no es tan fácil.

—Benoit lo ha contagiado —dijo poniendo voz de ultratumba—. Y ahora está usted condenado a seguir la pista de Mara eternamente.

—Con usted.

—Contigo —lo corrigió.

—Sí —convino él—. Contigo.

Tras sus gafas de sol, Liette le devolvió la sonrisa. A Thomas le gustaba el lacónico gesto que formaba su boca al sonreír.

—Hace más de veinticinco años que no voy a París.

—En la realidad no es ni la mitad de bonita que en las películas —aseguró Thomas—. Y apuesto a que con este calor sofocante olerá que apesta.

—Sabía que no eras un romántico.

Él miró de nuevo por la ventanilla.

—Sin embargo, me gustan los condenados viñedos.

—Sí —dijo Liette—. A mí también me gustan.

32

1917

Una compañía de soldados alemanes vigilaba el puerto mientras docenas de pasajeros desembarcaban del *Saltan* a la luz de los reflectores. Desde la cubierta del barco vi que una vez abajo los obligaban a esperar, puestos en fila como si fueran ganado, en un pasillo angosto entre hombres uniformados que tenían la bayoneta calada. Después de los días y las noches que habíamos pasado en las apreturas del casco, olíamos todos como si nos hubiesen sacado a la luz del sol tras haber estado en un corral.

A la cabeza de la cadena humana unos soldados revisaban los papeles alemanes de los refugiados. Supuse que mi pase no era el único falso, pero hasta el momento no habían llevado a nadie al transporte de prisioneros enrejado que aguardaba detrás del puesto de control para hacerse cargo de ilegales y espías.

—Tienes que irte —dijo Grigori, que estaba a mi lado junto a la baranda—. Ha llegado el momento.

—¿Has visto a Volonov?

Él negó con la cabeza.

—Puede que aún esté bajo cubierta con los demás.

La mayoría de los que seguían viaje a Francia preferían no dejarse ver al aire libre, por miedo de que a los soldados se les ocurriese mirar los papeles de todos. Aunque eso a mí me parecía poco probable —desde el punto de vista de los alemanes era más práctico

dejar ese cometido a los odiados franceses—, tampoco se podía descartar por completo. A fin de cuentas, a bordo podía haber personalidades que revistiesen importancia para la alianza entre Francia y Rusia y revelaran secretos si se las sometía a interrogatorio. Claro que probablemente a los soldados también les interesara acabar lo antes posible con el fastidioso registro de entrada para meter a los refugiados en el tren que partiría rumbo al sur.

Grigori me dio un abrazo de despedida y tuve la sensación de que quería darme dos vueltas con sus largos brazos. Los días en el mar a base de bizcocho seco y sopa aguada me habían dejado famélico, y cuando la brisa me trajo un olor a sopa de guisantes, fue una promesa culinaria que me hizo la boca agua.

—Si me tropiezo con Volonov, lo mataré por ti —afirmó Grigori mientras me estrechaba contra su poderoso pecho.

—Déjalo estar —dije yo contra su sucia camisa. Cuando me separé, añadí—: No quiero ser el culpable de que te meta una bala en la cabeza.

—La bala que abra un agujero en este cabezón todavía ha de crearse —aseveró, y tuvo pinta de ser una cita de alguna novela en la que, con suerte, él no creía de verdad.

—Cuídate —le dije—. Y saluda de mi parte a la menta. Ocúpate de que llegue sana y salva a París.

—La protegeré con mi vida. —Por lo menos eso probablemente lo dijera muy en serio—. Y cuando termine todo esto, la puñetera guerra, volveremos a comer bizcocho juntos.

Cogí mi maletita de piel del suelo.

—¿Cómo te encontraré?

Me dio el nombre de una pensión parisina en la que tenía intención de quedarse. Es probable que la conociese de *Los tres*

mosqueteros y que no existiera desde hacía doscientos años. Nos despedimos por última vez y, acto seguido, bajé del barco y me puse a la cola de alemanes que regresaban a su patria. Poco después, cuando miré hacia la baranda, Grigori ya no estaba. No se lo tuve en cuenta: sabía que no le gustaba dejar a la menta sola.

La cola era muy lenta. Varios niños pequeños lloraban; por lo demás, reinaba un silencio sepulcral. Nadie quería llamar la atención. Familias de origen alemán que en San Petersburgo vivían en palacios señoriales allí eran tratadas como peticionarios, pero casi nadie protestaba. Lo único que querían todos era pasar el control de una vez, sumarse al reparto de sopa e ir a la estación, donde estaban enganchando vagones de pasajeros a un tren de carga.

Antes de ponerme en la fila, me percaté de que la revisión de documentos ya se llevaba a cabo prestando mucha menos atención que al principio. Ello despertó en mí la esperanza de que tampoco miraran demasiado a fondo mi pase. Delante de mí iba un hombre entrado en años que se presentó a los soldados como profesor y que enseñaba alemán en San Petersburgo. De puro nerviosismo, no paraba de hablar, y cuando finalmente me llegó a mí el turno de enseñar mis papeles, el soldado no parecía tener más necesidad de que alguien le diera conversación. Recé en silencio para que me dejase marchar sin hacer muchas preguntas.

—¿Artur Schneider? —preguntó.

Asentí. Ese era el apellido que había puesto Spiridon en mi pase. El sudor me perló la frente en el acto.

—¿Está usted enfermo? —quiso saber el hombre.

—No, solo hambriento.

—Aquí pone que nació en Leipzig. ¿Cuánto tiempo ha pasado en Rusia?

—Casi toda mi vida. —Mi alemán era fluido, pero posiblemente él percibiera un ligero acento—. Tenía tres años cuando mi padre aceptó un trabajo en San Petersburgo. Hace dos años mis progenitores perdieron la vida en un accidente.

—¿Qué clase de accidente?

—En un transbordador en el Nevá. Se ahogaron treinta y ocho personas.

El hombre me escudriñó y después miró el pase.

—¿Cuándo se lo expidieron?

—Hace dos años. Yo también iba en ese transbordador. Cuando me sacaron del agua, el carné que tenía ya no servía para nada.

El soldado me miró con un gesto aún más adusto, y pensé que había dicho algo que no debía. Después me di cuenta de que no me miraba a mí, sino que clavaba la vista en el reparto de comida, donde ya se estaban produciendo peleas por las escudillas de lata en las que repartían la sopa de guisantes. Tres soldados se interpusieron, pero no fue preciso que utilizaran las porras, porque la gente estaba demasiado débil para enfrentarse a ellos.

El soldado soltó una imprecación en voz baja y me miró de nuevo, sin devolverme aún el pase.

—¿Adónde quiere ir?

—A Leipzig —contesté—. Todavía tengo familia allí.

—¿Cómo quiere llegar hasta Leipzig? —Al anciano profesor no le había hecho esa pregunta, y eso que había dicho que se dirigía a Múnich.

—Me dijeron que el tren nos llevaría a Berlín. Allí quiero comprar un billete a Leipzig.

—¿Es que no le han dicho que casi todos los trenes se utilizan para el transporte de tropas y material?

—No sabía que la cosa estaba tan mal.

Detrás del soldado, otro hombre uniformado rio sin ningún humor.

—¿Mal? Verás la sorpresa que te espera, muchacho.

Tragué el nudo que se me había formado en la garganta.

—Llegaré allí como sea. Si es necesario, me compraré una bici.

—Bicicletas solo hay en el mercado negro —dijo el segundo soldado—. Y te costará una fortuna. Dime, ¿cuánto dinero tienes?

—Déjalo —dijo el primero—. Que pruebe suerte.

Por fin me devolvió los papeles.

—Buen viaje —me deseó el hombre—. Y bienvenido a casa.

Con esas palabras dejó que me fuera, con las rodillas temblorosas y las piernas flojas y con la sensación de que la mirada de los dos hombres me seguía durante más tiempo que a los que habían pasado delante de mí. Primero quise ir al tren lo antes posible, pero después el hambre fue más fuerte que el miedo que tenía. Me uní al carro de la sopa y, mientras esperaba, reparé en un pequeño convoy de automóviles que se alejaba del puerto. Algunos pasajeros tenían más suerte —o más influencia— que los demás. Los estaban esperando chóferes que los llevarían a su destino.

Al cabo, recibí una escudilla en la que ni siquiera había un dedo de sopa tibia. Lo engullí todo deprisa y corriendo, vencí la vergüenza y rebañé el tazón con la lengua.

Resultó que los dos vagones que estaban acoplados al final del tren de carga iban tan llenos que me vi obligado a hacer todo el viaje de pie, sostenido por todos los demás a los que les sucedía otro tanto. Por decencia, la mayoría cedió los asientos a las mujeres y los ancianos. Pese a todo, se entablaban peleas continuamente, se oían gritos y se producían riñas desganadas; en el fondo todo el mundo estaba demasiado agotado para ejercer una violencia seria.

El viaje duró toda la noche. Muchos de nosotros nos quedamos dormidos de pie, alternando las cabezadas con un despertar

sobresaltado, lo cual, en último término, resultaba más agotador que permanecer despierto.

Llegamos a Berlín después de que saliera el sol. Cuando bajé del tren —bastante lejos, en el terreno baldío que se abría entre las vías, no en la estación—, me habría gustado echarme a dormir detrás de una de las casas del ferrocarril. Quizá hubiese sido la mejor opción, porque, al no hacerlo así, tras vivir una odisea por el recinto de la estación acabé con muchas otras personas que se habían quedado varadas en la explanada, donde la policía se encargaba de que nadie permaneciese allí más de lo necesario. Debido a la falta de caballos, solo había unos pocos coches de punto, y alguien me contó que el único motivo no era que el ejército hubiese confiscado los animales: por lo visto, durante el invierno se habían sacrificado muchos caballos para aprovechar su carne. Poco a poco empecé a comprender que la escasa sopa que había comido en Travemünde probablemente fuese lo más nutritivo que tomaría en algún tiempo.

No tardé en averiguar que los pobres cocinaban sopa con pardales desde hacía mucho, mientras que aquellos a quienes les iba mejor comían hortalizas y arenque durante la semana, y los domingos pastel de copos de avena en lugar de carne. En la capital se había declarado un brote de viruela, los medicamentos escaseaban y el precio de la gasolina había superado los dos marcos. Por eso eran pocos los automóviles privados que circulaban por las calles, y el soldado del puerto no se había equivocado: en ninguna parte se ofrecían bicicletas, pero sí tantas más mujeres, y se veía que algunas eran de buena familia.

El Imperio alemán estaba a punto de derrumbarse, y en ese apocalíptico invierno de hambruna de 1917 probablemente pocos

contaran con que la guerra, pese a tanta penuria, aún fuera a prolongarse un año y medio más.

En suma, tardé más de una semana en recorrer los doscientos kilómetros que había hasta Leipzig. Unos tramos los hice a pie, otros en una bicicleta robada que acabé cambiando por una salchicha. En una ocasión me recogió un carro tirado por dos bueyes famélicos y terminé pasando tres días en la granja del agricultor, lo ayudé a cavar una fosa para el ganado que acababa de morir y a cambio recibí sopa de nabos rala y pan duro, pero también tuve la oportunidad, por fin, de asearme y lavar la ropa que llevaba. La agricultora me remendó los pantalones y la segunda noche nos emborrachamos de mala manera con aguardiente que elaboraban ellos mismos. A la mañana siguiente desperté con el temor de que me hubiesen robado, pero, de hecho, los agricultores me habían preparado una mochila en la que estaba todo cuanto poseía —incluidos el cuchillo, la paleta y la caja sellada con el manuscrito— y, además, media hogaza de pan y una rebanada de pastel de copos de avena. «Es mejor para caminar que la maleta que llevabas», afirmó la mujer, y tenía razón. Les di las gracias a ambos y me puse en marcha con la mochila.

A todo aquel con el que hablaba le contaba la misma historia: había nacido en Leipzig, me había ido a vivir a San Petersburgo, el transbordador había sufrido un accidente, me había salvado por los pelos y regresaba feliz y contento a casa. Al mismo tiempo obtuve algo de información sobre cómo se habían desarrollado las cosas en Rusia. Después de días de caos y derramamiento de sangre, el zar solo regía de manera oficiosa. En Petrogrado —mi San Petersburgo— se había constituido un Gobierno provisional. Todo el mundo contaba con que Nicolás II abdicara pronto.

Muchas veces pensé en Grigori y confié en que los soldados alemanes cumplieran con su palabra y no hubiesen hundido el *Saltan* delante del puerto. Corrían tiempos extraños, marcados por una enemistad encarnizada que, sin embargo, de vez en cuando también permitía gestos honrosos, algo que en la siguiente guerra sería completamente impensable.

Por la noche lloraba la muerte de Ofeliya, y también las de Alexéi y Xenia, pero durante el día hacía todo lo posible para apartar de mi cabeza lo que había sucedido en el palacio. En Berlín había conseguido enviar un telegrama a Leipzig, a la dirección de los Eisenhuth, «a la atención de Mara Kalinina», porque esperaba, deseaba, rogaba que no se llamase aún Mara Eisenhuth. Tal vez persiguiese una ilusión, de su última carta hacía largo tiempo, y desde entonces podían haber cambiado muchas cosas. Aun así, no perdí la esperanza.

Y, además, después de todo allí seguían esperándome la ciudad y los libros.

Llegué a Leipzig un viernes por la tarde. Molido y agotado, deambulé por uno de los barrios de las afueras, acabé encontrando una parada de tranvía y fui hasta la estación principal. Durante todo el trayecto mantuve los ojos bien abiertos, buscando todas las librerías que Mara había puesto por las nubes, pero no encontré más que fachadas de un gris triste, tiendas de comestibles con los escaparates vacíos y personas que tenían la renuncia escrita en la cara. Me asaltó el abatimiento —había imaginado sabe Dios qué maravillas de bibliómano—, pero también era consciente de que el Graphische, con todos sus comercios de libros, se encontraba en el este de la ciudad y yo, en cambio, venía desde el norte. De manera que todavía no había entrado en el barrio en el que toda la

producción literaria de Leipzig se concentraba en unos pocos kilómetros cuadrados.

Me habría gustado zanjar de inmediato el encargo de Spiridon y entregar *Los planes de los padres eternos* al misterioso Iván Ivánovich Petrov: quería librarme de una vez por todas del funesto manuscrito, pero no sabía ni quién era ese hombre ni dónde lo podía encontrar. Además, después de llevar el paquete sellado por medio Imperio alemán, porque lo tuviera uno o dos días más probablemente no pasara nada.

Con el poco dinero que me quedaba, me permití el lujo de tomar un coche de punto para ir a la villa de los Eisenhuth, en la Karl-Tauchnitz-Strasse. Antes, sin embargo, le pedí al cochero que me llevara por el barrio Graphische. El hombre me advirtió que estaba en la dirección contraria y tendríamos que rodear todo el centro. Le contesté que no me importaba, porque mi deseo de ver a Mara lo antes posible había caído en el extremo opuesto en cuanto había llegado a Leipzig. Me debatía en silencio con lo que me esperaba y tenía miedo de cómo reaccionaría al tenerme delante. Me imaginé irrumpiendo en un idilio familiar perfecto sin que nadie me hubiese invitado, el recuerdo indeseado del pasado de Mara, un Banquo lívido en el banquete del rey.

Si al principio del recorrido el cochero guardaba silencio, cuando mencioné de dónde venía me contó en ruso que él era moscovita. En un primer momento eso nos unió, pero después se me pasó por la cabeza que Leipzig debía de estar lleno de agentes de la Ojrana y no pude evitar pensar en los cocheros a los que Volonov tenía como espías y secuaces.

Había emigrado a Alemania en 1906, me contó, sin mencionar los motivos. Hasta que había estallado la maldita guerra, él no había tenido ningún problema con los alemanes ni ellos con él, pero todo

el mundo veía traidores por todas partes y ya habían querido confiscarle el caballo media docena de veces: primero para mandarlo al frente y después para comérselo. Había tenido suerte, porque durante mucho tiempo había llevado a diario a un funcionario de alto rango que le había proporcionado un documento que por de pronto lo protegía de lo peor. Pero solo el Todopoderoso sabía cuánto tiempo podía durar esa situación.

Mientras él hablaba, yo podía ver las consecuencias de la guerra en las calles. Por todas partes encontraba combatientes mutilados que habían vuelto del frente, hombres a los que faltaban extremidades y que tenían el rostro destrozado, fantasmas tullidos, encorvados, envejecidos prematuramente, que, grises como sombras, se deslizaban por las aceras.

—Ahora hay cortes de gas a menudo —contó el cochero— y la electricidad falla mucho. Por la noche, la mayoría de las calles están a oscuras, porque todo el mundo tiene miedo de que los ingleses vengan con sus dirigibles y bombardeen la ciudad. Todo está como boca de lobo, y la gente tropieza con los bordillos o cae por culpa de algún hoyo, porque ya no se repara nada. Y es que prácticamente todos los que podrían encargarse de hacerlo están en el frente. ¿Y qué dice el ayuntamiento? Que por la noche los transeúntes se peguen a las fachadas y a ser posible caminen palpando la pared con la mano para no perderse. —Calló malhumorado hasta el siguiente cruce y después añadió—: Sin embargo, allí adonde va usted, joven, no verá mucho de esto. La Karl-Tauchnitz-Strasse está en el Musikviertel, el barrio de la música, el mejor de la ciudad. Una villa tras otra, todas detrás de vallas altas, algunas con vigilancia. En ese sitio el dinero sigue entrando a espuertas, no sé si sabe a lo que me refiero. Por el día la gente va al café o a tomar el té, sobre todo las jovencitas, y al fin y al cabo en la ciudad todavía quedan

bastantes calaveras que se las han ingeniado para estar demasiado enfermos para que los manden al frente. Y esos no rellenan los hoyos, como sería lo suyo, sino que beben y fuman y galantean a las mujeres.

Farfullé algo, lo que supuse que el hombre esperaba oír, ya que para entonces agradecía sus explicaciones, por amargas que sonaran.

—Pero ¿quiere oír lo mejor? —me preguntó.

Contesté que cómo no iba a querer oír lo mejor.

—La feria de Leipzig —repuso—. ¿Ha oído hablar de ella?

—¿De la feria del libro?

El cochero negó con la cabeza.

—La otra. Antes de la guerra era algo digno de ver. Miles de personas de todos los rincones del mundo, lo cual era bueno para los negocios, claro está. Pero cuando empezó el tiroteo y trajeron a casa los primeros ataúdes, todo el mundo pensó, y con razón, que ese tipo de cosas habían terminado. Ya no habría feria hasta que los políticos volvieran a llegar a un acuerdo, cuandoquiera que fuese eso.

Fustigó al caballo para que cruzara más deprisa los raíles por los que se aproximaba un tranvía.

—Pero ¿qué quiere que le diga? Ahora acaba de terminar la feria de primavera y han venido treinta y cinco mil personas. ¡Treinta y cinco mil! En plena guerra. Aquí, en las calles, la gente se muere de hambre, pero en la feria se dan la gran vida y compran y venden como si no hubiese un mañana. Bueno, quizá precisamente por eso. Porque quizá no haya mañana, la guerra, ¿sabe? Dos mil quinientos expositores del imperio y de los países extranjeros amigos, como los llaman. Suiza, Holanda, Dinamarca y demás. En cualquier caso, han venido incluso unos miles de visitantes más que el año pasado. ¿Se

lo puede creer? Aquí, en los barrios, las ancianas hacen bizcochos con virutas y allí dentro los caciques venden su mierda y se forran.

No sabía muy bien qué decir, así que me limité a arrugar la nariz mientras negaba con la cabeza.

—Y aquí empieza el barrio Graphische —anunció de repente.

En las fachadas de ladrillo vi los primeros grandes rótulos de editoriales, imprentas y talleres de encuadernación. El aire estaba gris del humo que arrojaban las altas chimeneas, y cuanto más nos adentrábamos en el barrio, tanto más tenía yo la impresión de que se había levantado niebla. En ningún momento del día había brillado el sol, pero allí, en esas calles que discurrían entre enormes fábricas de libros y pequeñas librerías anticuarias, la oscuridad era mayor aún. Olía a carbón y a productos químicos acres, quizá debido a la tinta de imprenta y a la cola, de las que en ese sitio se empleaban toneladas. Camiones y carros daban sacudidas por el adoquinado, y me figuré que iban llenos de libros que se enviaban desde allí a todo el Imperio alemán y al mundo entero.

—Aquí hay varios miles de negocios relacionados con los libros —me contó el cochero—. Desde las grandes editoriales como Brockhaus y Reclam hasta ciento cincuenta librerías convencionales y un montón de librerías anticuarias, pasando por cientos de imprentas y talleres de composición y de encuadernación. Yo vengo a veces, también tienen libros rusos, por si es lo que busca.

La siguiente media hora el hombre se sumió en el silencio mientras nos adentrábamos en las calles, siempre a la sombra de las imponentes construcciones de ladrillo con sus ornamentos neogóticos y sus estatuas de piedra: Mercurio y su caduceo con dos serpientes enroscadas, Minerva con el globo terráqueo, y, entre medias, lechuzas, águilas y seres fabulosos, de grifos a Pegaso. En el siglo pasado en ese barrio se había ganado mucho dinero, y

algunos editores y propietarios de imprentas habían hecho erigir para sus empresas auténticos palacios semejantes a catedrales, fachadas casi sacras tras las que no tañían campanas, sino que machacaban máquinas de vapor y de imprimir. Cuadrillas de trabajadores salían por los portones de las fábricas en el cambio de turno, mientras que al lado casas de música vendían cuadernos y partituras.

Era como me lo esperaba, y sin embargo no podía ser más distinto. Entre el humo distinguí por los escaparates estanterías que llegaban hasta el techo y que estaban bañadas por una acogedora luz. Pero, al mismo tiempo, apoyados en las fachadas de ladrillo de las imprentas, los trabajadores fumaban y se preguntaban cómo llevarían comida a sus casas.

—¿Sabe dónde se encuentra la empresa Eisenhuth? —le pregunté al cochero después de que las numerosas estatuas se hubiesen fundido en unas pocas hacía rato y dieran la impresión de que varias de ellas corrían delante de mí para adoptar poses nuevas continuamente, las mismas figuras de casa en casa.

—Lo sé, sí —repuso—. Pero se encuentra en la otra punta del barrio. ¿También quiere ir ahí?

También quería ir a Londres, a París y a la Luna, con tal de no tener que llamar a la puerta de los Eisenhuth y enfrentarme a la realidad que me aguardaba allí. Mis pensamientos se ensombrecían con cada cruce que pasábamos, el corazón me latía cada vez más deprisa, tenía la lengua seca como el papel. En un primer momento Mara no me reconocería, después se reiría de mí y no le faltaría motivo, porque me sentía ridículo como la embrollada situación. Quizá me reprochase la mala noticia que le daría de Ofeliya, porque a nadie le gustan los portadores de esa clase de nuevas.

—¿Y bien? —inquirió el cochero.

—Vamos al Musikviertel.

—Y al monumento Kyffhäuser, si puedes pagar.

—No puedo.

El hombre hizo un gesto afirmativo, porque me había visto los pantalones remendados, y guio el caballo a la derecha.

—¿Vas a ver a una mujer?

Cielo santo.

—¿Tanto se me nota?

—Hace mucho que no la ves, ¿no?

—¿Cómo...?

—Y estás cagado de miedo de que pueda estar con otro.

—Está con otro. Eso lo sé.

El cochero soltó un silbido.

—Pues entonces debo decir que tienes agallas.

—¿Agallas? —Proferí una risotada que pareció un resuello—. Estoy a punto de ensuciarme los pantalones.

—Qué va, hombre. En asuntos de amor, para encarar la verdad hace falta ser valiente. Y confiar en que se le pueda dar la vuelta a la tortilla... Es como ir a la guerra ciego para no ver el enemigo.

¿Era Demian Eisenhuth mi enemigo? ¿Mi adversario? ¿No esperaba yo más bien que los Eisenhuth me acogieran como al hijo de un viejo amigo? Frederik me había propuesto que trabajase para él, y si superaba el rencuentro con Mara sin quedar en ridículo, pretendía tomarle la palabra.

La Karl-Tauchnitz-Strasse era tal y como la había descrito el cochero: una villa al lado de la otra haciendo ostentación de la suntuosidad de sus frontones y sus torres rematadas en punta. La mayoría se alzaban a escasos metros de la carretera, tras vallas de hierro forjado y setos, y se intuía que en la parte posterior había parques y jardines. Unas parecían teatrales telones de fondo de

fortalezas medievales; otras, imitaciones renacentistas, pero algunas tenían auténtico estilo, con líneas claras y ornamentos de buen gusto.

Para mi sorpresa, la villa que los Eisenhuth tenían en Leipzig no era en modo alguno tan recargada como el suntuoso edificio de la Costa Azul. Tenía dos torres, pero no estaba circundada por hileras de almenas; contaba con miradores y buhardillas, pero la fachada no tenía tantos recovecos como la de Francia. La valla era alta y estaba coronada de puntas de flecha y en alguna parte ladraban perros grandes. Quizá en el terreno contiguo, porque no se dejaron ver cuando el coche de punto se detuvo y yo me bajé en la ancha acera. Pagué al cochero, que me deseó suerte e hizo trotar al jamelgo. Solo al bajarme me di cuenta de que el hombre tenía únicamente una pierna; la segunda terminaba a un palmo de la cadera. De no ser así, ¿lo habrían mandado a la guerra para que matara a sus compatriotas?

Exhalando un hondo suspiro, me volví hacia el portón de rejas. Al otro lado un camino embaldosado llevaba hasta la casa, a ambos lados crecían plantas ornamentales. Un antecuerpo con columnas de estilo romano sobre el que descansaba un balcón con una imponente balaustrada de piedra. Parras silvestres en la fachada, las ventanas altas, las cortinas gruesas. El año de construcción cincelado en la parte superior del pórtico. El dios Mercurio en una hornacina, la vara alada con las serpientes levantada sobre la cabeza como si fuese una espada.

Buscaba la manera de hacer notar mi presencia cuando la puerta de la villa se abrió de golpe.

El vestido blanco.

El pelo rubio rojizo.

—Te vi con ojos dorados —exclamó Mara mientras bajaba a toda prisa la escalera y corría hacia mí—. En un sueño, justo después de que mandaras el telegrama.

Entre nosotros se interponían la valla y nada menos que tres años.

Mara sacó las manos con impaciencia entre los barrotes y cogió mis dedos, que estaban helados. Su calor hizo que el tiempo se derritiera sin más. Tras ella salió a buen paso un criado con librea que llevaba un manojo de llaves.

—Mi Artur con ojos dorados —observó risueña—. Igual que en un cuadro.

33

Y todo era como antes.

Nada era como antes.

Su cabello seguía siendo largo y liso, pero lo llevaba en un recogido alto. Sus ojos azul claro parecían igual de despiertos que siempre, pero Mara tenía ojeras, como si no durmiera lo suficiente. El vestido era tan blanco como casi todos los que tenía en casa, pero adornado con exquisito encaje, cosa que antes no le gustaba. Al cuello llevaba un colgante de plata, pero no la piedra de luna, que la esperaba en una maleta en el desván del Château Trois Grâces. Su sonrisa era como la que yo recordaba, pero en el curso de las horas que siguieron me pareció más melancólica, menos pícara.

«Mi Artur», había dicho.

Ella era mi Mara, sin lugar a dudas, pero al mismo tiempo ya no lo era.

El criado que abrió el portón se hizo cargo de mi mochila arrugando la nariz mientras Mara me agarraba de la mano y, tras franquear el pórtico, me llevaba dos plantas más arriba, hasta una gran antesala. De allí al parecer salían todas las habitaciones de la casa, separadas solo por puertas correderas de cristal. En el techo de la sala se alzaba una cúpula en la que se abría una ventana redonda, todo estaba inundado de luz. A la derecha vi un gran comedor con frescos en las paredes; a la izquierda, una especie de salón con muebles de aspecto pesado. La escalera blanca que subía

a la última planta se desplegaba en abanico en la parte inferior y parecía ligera como una pluma, como de papel plegado.

Mara no me soltaba la mano mientras yo miraba a mi alrededor.

—¿Te gusta?

—Me gustas tú —contesté. Lo mucho que había pensado en ella durante esos últimos tres años salió en esas tres palabras.

Por lo visto ella lo notó, porque me abrazó con fuerza y pasó por alto la ceja enarcada del criado, que sostenía la mochila en una mano alejándola de la librea, como si fuese una rata muerta.

El hombre carraspeó.

—¿Adónde desea que lleve todo esto?

Mara se separó de mí y puso los ojos en blanco con disimulo.

—¿Qué le parece a una de las habitaciones de invitados?

—¿Significa eso que el joven señor se va a quedar mucho tiempo?

—El joven señor es mi hermano —contestó ella—. Y se quedará todo el tiempo que le plazca.

El criado se permitió proferir un suspiro de alivio, sin duda porque la mención de nuestro presunto parentesco haría que resultase menos problemático tener que informar más tarde de mi llegada a sus señores.

—Bienvenido —dijo envarado—. Subiré el equipaje y pediré a las criadas que preparen la habitación. ¿Desea el joven señor darse un baño?

Era una alusión abierta al olor que desprendía después del viaje. No se lo tuve en cuenta. Además de algo decente de comer, necesitaba con urgencia agua y jabón.

—Luego —dijo Mara antes de que me diera tiempo a contestar. Me sonrió—. A mí no me molesta tu olor.

—Dios mío, eso significa que apesto —exclamé.

Ella rompió a reír.

—Hueles como un hombre que ha afrontado alguna que otra penalidad para estar conmigo. Eso no es algo que aquí suceda a menudo.

El criado ya se encontraba en la escalera, pero estuve seguro de que se detuvo un instante al oír esas palabras. Después siguió bajando y desapareció tras una balaustrada de la primera planta.

—Has mentido —musité—. No soy tu hermano.

—Eres mi Artur —repitió ella, y por fin vi en sus ojos la picardía que yo recordaba—. No te preocupes. A fin de cuentas, los Eisenhuth saben quién eres.

—Lo dices como si tú no fueses aún una Eisenhuth.

—Lo seré pronto —replicó—. Y, ahora que estás aquí, serás mi padrino.

Fue como una patada en el estómago, pero yo aún estaba demasiado abrumado con todas las novedades como para que se me notase el golpe que me asestó ese «pronto». Sin embargo, al mismo tiempo pensé que habría podido ser mucho peor. Mara todavía no se había casado.

—Los demás no están —informó—, así que tenemos tiempo para hablar. Si quieres, te enseño la casa.

Ya no estaba cansado, solo hambriento. Pese a ello, dije:

—Sí, claro.

Ella me miró con escepticismo.

—Oh, tienes hambre. Soy una pésima anfitriona.

—Para eso habrá tiempo más tarde. De veras, me gustaría ver el sitio en el que vives ahora. Y dime, ¿dónde está Demian?

—Trabajando, como siempre. Frederik ha dejado todos los negocios en sus manos, y el pobre tiene que ver cómo se las arregla con todo.

—Ya —repuse, y señalé con la cabeza la suntuosa antesala—, el pobre.

Ella me dio un empujoncito mientras dejaba escapar una risa argentina.

—Alguien ha de ocuparse de que todo siga en funcionamiento. A Frederik esas cosas ahora le dan igual, ya solo le interesan sus libros de cuentos, y todos están en la gran biblioteca del anexo. Ilna, en cambio, sabe perfectamente que la riqueza de la familia ahora depende de Demian, por eso todo lo que hace es por su bienestar... y de esa forma por el suyo propio.

La miré con cara de asombro. Eso era decir mucho de golpe, y, teniendo en cuenta que yo solo llevaba en esa casa unos minutos, me pareció de una sinceridad aplastante.

—¿Y tú también formas parte de su bienestar?

En lugar de contestarme, Mara me llevó a un salón grandioso, que se hallaba en la parte delantera de la antesala, tras unas puertas correderas de cristal. Una pared la ocupaba por completo un lienzo en tonos pastel: era la bahía del sur de Francia. Había muebles claros por todas partes, amplias butacas de mimbre y alfombras de color arena. Otras puertas de cristal daban a una gran terraza y al jardín. Allí, a cierta distancia, se alzaba una construcción más pequeña, de dos plantas y menos espléndida. Debía de ser el anexo que había mencionado Mara.

—Antes ahí estaban la caballeriza y la casa del cochero —contó al percatarse de lo que yo estaba mirando por la ventana—. Pero ahora Frederik lo ha ocupado todo con su biblioteca. No poder viajar a Francia ha supuesto un duro golpe para él. Hasta el último momento se negó a creer que las cosas pudieran llegar hasta ese punto. En su día, su plan era pasar la mayor parte del año en el sur, por eso hizo trasladar allí los libros más importantes. Ahora los ha perdido, y está

poniendo mucho empeño en recuperar todos los que pueda. Tiene ocupadas a casi todas las librerías anticuarias de la ciudad y está gastando una fortuna. Los libreros lo adoran, aunque a su mujer, en cambio, no tanto.

Durante un instante olvidé lo que en realidad me había llevado hasta allí.

—¿Tú crees que me los enseñará?

Ella se encogió de hombros.

—Frederik se ha vuelto muy suyo. Yo he estado allí dos veces contadas, y aun así probablemente más que todos los demás. A Ilna no le interesan sus libros, y a Demian... Solo tiene en la cabeza las editoriales y las imprentas. La escasez de papel le preocupa más que cualquier otra cosa.

—¿Y Albin?

La sonrisa de Mara se desvaneció por completo.

—Albin está en el frente. Estaba, quiero decir. Ahora mismo ha vuelto a casa de permiso, una semana. Y cuento los días que quedan para que desaparezca otra vez.

—Parece que no lo soportas más que antes.

—La guerra solo lo ha vuelto más rudo y cruel que cuando lo conocimos. Además... —No terminó la frase y bajó la cabeza.

—¿Además...? —Yo ya intuía lo que pasaba.

—Sonará raro si lo digo yo.

—¿Sigue estando celoso?

—Envidioso se acerca más. Envidioso de que sus padres prefieran a Demian. Envidioso del dinero que gana Demian. Y envidioso de que nos vayamos a casar.

—Eso también lo envidio yo —repuse a la ligera, pero me arrepentí en el acto, porque vi lo seria que estaba Mara—. Perdona, no pretendía burlarme.

Ella me miró un buen rato a los ojos, y dio la impresión de que quería decir algo al respecto. Pero entonces dio media vuelta y fue hacia la puerta de la sala de estar.

—Ven, te enseñaré el resto. Y después nos ocuparemos de que te den algo decente de comer en la cocina.

La seguí.

—Entonces, sigue habiendo alimentos.

—Hay de todo, si uno lo puede pagar. Y si, como es el caso de Ilna, tiene los contactos adecuados.

—¿Con contrabandistas?

Mara miró atrás y se llevó un dedo a los labios.

—Será mejor que aquí no pronuncies esa palabra en voz alta.

—De acuerdo.

Me enseñó más salones y el comedor; en la cocina, que estaba en el sótano, ordenó que me prepararan comida, y después subimos por la escalera a la primera planta, donde me enseñó el ala de los dormitorios con los tocadores, la impresionante librería pequeña y los despachos de Demian y Frederik. El del padre olía a polvo y probablemente no lo utilizara nadie desde hacía siglos. Además, allí arriba había un corredor-galería —un pasillo largo lleno de cuadros— y una habitación oriental con un diván de terciopelo.

—A Ilna le encanta lo oriental —contó Mara—. A veces se pone para salir una suerte de turbante, el último grito. Demian la llama «pequeño Muck», como en el cuento de Wilhelm Hauff, y ella se enfada de lo lindo. Pero podría llamar a su madre como le diera la gana y ella nunca se lo tendría en cuenta.

—¿Dónde está?

—«Encargándose», como dice ella. Consiguiendo esto y aquello.

—¿Con los cuarenta ladrones?

—Comerían de su mano.

Subimos a la buhardilla, donde estaban los cuartos del servicio y las habitaciones de invitados. El criado había elegido para mí un dormitorio pequeño, pero agradable y luminoso, y había dejado mi mochila apoyada contra las columnas de la cama.

—¿Te parece bien? —me preguntó Mara—. Hay una habitación de invitados más grande en la primera planta, pero más bien parece hecha para una anciana con su caniche.

—Esta es perfecta —aseguré risueño.

Mara quería tomar la delantera de nuevo, y yo tuve la sensación, no por primera vez, de que huía de mí. O de las preguntas que pudiera plantearle.

—Espera.

Ella se detuvo, vaciló un instante y después se volvió hacia mí.

—¿Estás bien aquí? —le pregunté.

—¿Cómo podría no estar bien?

—No he dicho en ningún momento que estés mal.

Mara dio un paso hacia mí.

—Si crees que me tienen prisionera en este sitio, deja que te tranquilice: no es así.

—Tampoco he dicho eso.

—No soy tonta, Artur. Sé lo que piensas: la casa, el dinero, el lujo. Crees que me he dejado comprar por todo esto.

—¿Y es así?

Si me hubiese propinado una bofetada, me la habría tenido bien merecida. Sin embargo, Mara tan solo ladeó la cabeza y me observó con esa mirada que yo casi había olvidado. Podía parecer sumamente triste, y a la memoria me vino de nuevo la niña en la calle, con sus pinceles y su paleta, que vendía sus retratos a hombres mayores.

—Ahora hablo un alemán fluido y un francés razonable —adujo—. Me enviaron dos años a un internado suizo, cerca de Zúrich, donde me han enseñado a ser la esposa perfecta. Volví hace apenas dos meses y sigo estudiando a diario vocabulario, italiano y español, y lo hago porque quiero, Artur. Lo hago por mí. Y los Eisenhuth son quienes me lo permiten. No porque me obliguen, sino porque yo los insto a ello.

¿Era esa la respuesta a mi pregunta? Sí y no. Pero, en el fondo, es probable que Mara solo quisiera decirme que yo no era quién para juzgarla. Lo que fuera de ella y lo que hiciese era de su incumbencia. No de la mía. Ni de su futuro esposo. Ni de nadie de esa casa.

Tragué saliva mientras encajaba sus palabras y pregunté:

—¿Sigues pintando?

—Apenas tengo ocasión.

—¿No lo echas de menos?

Mara frunció la boca con gesto provocador.

—¿Acaso tú echas de menos todo lo de antes?

—Sí. El tiempo que pasé contigo. Y con Ofeliya.

Mara cerró un instante los ojos y después hizo un gesto afirmativo.

—¿Cómo se encuentra?

Esta vez rehuí su mirada, el tiempo suficiente para que lo entendiera.

—Quería hablar de ello tranquilamente contigo.

—¿Esto no te parece lo bastante tranquilo?

—Han muerto todos —dije, tan bajo como si en la habitación hubiese alguien que no debiera oír la verdad. En realidad, creo que no quería oírla yo.

Su expresión seguía siendo tan dura como hacía unos instantes, cuando me había puesto en mi sitio.

—¿Cómo? —se limitó a preguntar.

Le conté lo que había sucedido el día antes de mi partida, le hablé de Spiridon, que apareció en el palacio para advertirme; de la silla de ruedas destrozada de Ofeliya y la sangre en el suelo del salón; de mi encontronazo con Volonov y lo que Ofeliya me había contado de él; y de que el policía iba a bordo del mismo barco en el que viajaba yo, posiblemente para escapar de la venganza de los revolucionarios en caso de que de verdad llegaran al poder.

Mara sabía lo que significaba que se lo llevase a uno la policía secreta, y no cuestionó que Ofeliya y sus padres hubiesen muerto. También allí, en Alemania, se oía hablar de un tiempo a esa parte de la brutalidad con la que los partidarios del zar llevaban a cabo sus purgas, igual que se intuía que muy pronto sus adversarios devolverían el golpe con la misma crueldad. Al final, quién gobernara Rusia era lo de menos. El absurdo cliché de las muñecas matrioscas: del último déspota siempre salía uno nuevo.

Mara me abrazó y los dos estuvimos llorando un buen rato.

Al cabo, me susurró al oído:

—Los Eisenhuth tenían tres pastores alemanes a los que querían por encima de todo. Hace unas semanas Ilna los entregó para que los enviasen al frente. Y ahora dime tú: ¿qué es mejor, esto o aquello?

34

—Hoy se ha hecho un llamamiento público para que los familiares de soldados caídos no vistan más de luto —contó Ilna Eisenhuth durante la cena—. Al parecer, tanto negro desmoraliza demasiado a la población.

—Idiotas —espetó Demian, y se limpió delicadamente la boca con la servilleta de tela blanca.

Sin embargo, no parecía muy indignado, y tampoco daba la impresión de reparar mucho en mi presencia. Al saludarnos no había sido grosero, pero se veía que tenía cosas más importantes en la cabeza que una visita con la que había coincidido por última vez hacía tres años cuando estaba de vacaciones. Me pregunté si se acordaría de nuestra excursión por la Corniche.

—Ordenar a la gente cómo llevar su luto —observó Ilna indignada —. El káiser debe de haber perdido la razón.

Frederik, que había llegado del anexo poco antes de la cena y, según Mara, volvería allí lo más pronto posible, bebió un sorbo de vino del Mosela y dejó la copa por descuido encima de la cucharilla de postre.

—Como si fuese necesaria la prohibición de vestirse de negro para darse cuenta. El káiser ha llevado el país a la ruina. ¿Y por qué?

Nadie dijo nada.

Al parecer, Frederik quería dar una explicación, pero probablemente las caras de los demás le dijesen que no les importaba gran cosa. De manera que desechó la idea con un gesto y

apuró la copa. A todas luces, su pasión por los grandes discursos había aflojado en el curso de esos tres últimos años.

Nada más regresar, Ilna me invitó a quedarme unos días en la casa. Fue distinto del «se quedará todo el tiempo que le plazca» de Mara, pero por de pronto me di por satisfecho.

Frederik reinaba en la cabecera de la larga mesa. Ilna y yo estábamos sentados en el lado de las ventanas; Mara y Demian, frente a nosotros. Albin aún no había aparecido, y no me dio la impresión de que alguien lo lamentara.

Mientras las criadas retiraban los restos del plato principal, Mara anunció:

—Quiero que Artur sea mi padrino.

Ilna dejó el cuchillo y el tenedor.

En el ceño de Demian se dibujó una arruga profunda.

—¿Y la amiga de madre? Ya se lo hemos pedido.

—Tu madre se lo ha pedido —precisó Mara—. Yo apenas conozco a su amiga.

—¿Madre? —preguntó Demian a su progenitora.

La mirada de la señora de la casa pasó de Mara a mí. Por la tarde le había referido lo que les había pasado a los Kalinin. Frederik ya lo sabía cuando, más tarde, vino a cenar. Si, en efecto, Ilna nunca iba al anexo, como afirmaba Mara, debía de haber hablado por teléfono con él. Me había dado el pésame, pero la muerte de su viejo amigo no pareció conmoverlo especialmente. Mara me susurró que no me dejara engañar por las apariencias: seguro que esa noche bebería mucho. Y así fue. El criado traía ya la siguiente botella.

—¿Madre? —La segunda vez la voz de Demian pareció más cortante.

—Que decida la propia Mara quién quiere que sea su padrino —repuso ella—. Ya hay bastantes normas para todo, no es preciso

empeorar más las cosas.

—Gracias —contestó Mara, y me sonrió con disimulo.

—A decir verdad, no quiero imponerme —aseveré.

Demian negó con la cabeza con serenidad.

—Mara tiene razón: eres el único pariente que le queda y estás en tu derecho. Te ruego me disculpes.

Todos en la mesa sabían que en realidad no era pariente suyo, pero nadie dijo nada.

Las criadas trajeron el postre —una crema de vino tinto con nata montada—, y yo ni siquiera había comido la mitad cuando Frederik se levantó.

—Ven conmigo, muchacho. Quiero enseñarte una cosa.

—¿No puede esperar? —preguntó, irritada, Ilna.

Frederik apoyó un puño en el borde de la mesa.

—Artur ha emprendido un largo viaje para venir aquí y lo ha perdido todo. Alguien tendrá que animarlo, en vista de que el resto de la mesa solo quiere hablar de luto y de bodas. —Cogió la botella abierta con una mano y dos copas con la otra, y señaló con la cabeza el jardín—. Venga, vamos con los libros.

Mara me hizo un gesto con la cabeza para animarme a que fuese.

—Con mucho gusto —me apresuré a decir.

Dejé a un lado la cucharilla y la servilleta, y me levanté. La cocinera, una matrona afable oriunda del Riesengebirge, las montañas de los Gigantes, me había dado tanto de comer por la tarde que de todas formas apenas me entraba mucho más.

Mientras Demian se limitaba a encogerse de hombros e Ilna lanzaba una mirada envenenada a su marido, este me condujo hacia la puerta de cristal, salimos a la terraza, desde la que unos pocos peldaños nos llevaron al jardín, y nos dirigimos hacia el anexo por un camino de gravilla que discurría entre rosales. Hacía mucho frío,

copos de nieve aislados atravesaban las luces que iluminaban el jardín. Yo llevaba puesto un jersey de lana de Demian, pero ningún chaquetón, y el viento helado se me metió en el acto por debajo de la ropa. Con su camisa y su chaleco, Frederik llevaba menos ropa aún que yo, pero el mal tiempo no parecía importarle.

Señaló con la botella de vino la construcción alargada y rectangular que surgió ante nosotros en la oscuridad. Dentro había luz.

—Antes en la planta baja había media docena de coches de caballos, el cochero y el mozo de cuadra vivían arriba, pero hoy ya no hay nada de eso. Ahora todo está lleno de libros.

Cuando entramos, nos recibió el agradable calor de una chimenea. Supe en el acto por qué Mara había llamado a ese sitio «la gran biblioteca». La más pequeña, en el edificio principal, era más que respetable, pero, en comparación con esa, únicamente un escobero. Nada recordaba ya el fin para el que se había concebido ese lugar. Las estanterías, repletas de volúmenes, formaban estrechos pasillos, de modo que era difícil entrever la verdadera extensión del sitio. Solo cuando Frederik me llevó dentro, doblamos varias esquinas y subimos por una escalera a la primera planta, que era como un espejo de la inferior, comprendí que esas estanterías de suelo a techo conformaban un laberinto. No un laberinto metafórico, sino uno muy concreto, en el que alguien que no conociera el lugar se podía perder con facilidad. Ya la biblioteca que mi tío tenía en el palacio me parecía enorme, intrincada en la disposición de las estanterías y muy compleja. Sin embargo, lo que había creado allí Frederik Eisenhuth era de una naturaleza distinta. En aquel lugar lo importante no era el contenido de los libros y el rápido acceso a ellos, sino la atmósfera que creaban, un mundo cerrado de mitos y

cuentos que, en su misteriosa extensión y su enrevesado trazado, representaba todos los enigmas cuyo rastro seguían mitos y cuentos.

—No existe ningún orden, salvo en mi cabeza —adujo él mientras mis ojos recorrían el lomo de los libros y buscaban algo que me permitiese catalogar los volúmenes—. No los clasifico ni alfabética ni cronológicamente, ni siquiera por temas. Todo cuanto hay es un reflejo de esto de aquí —se dio unos golpecitos en la sien—, mis intereses, mis gustos, mis caprichos. El orden cambia, en cada anaquel puede ser diferente. Lo único importante es que yo sepa dónde está qué libro. Y sé el lugar que ocupa cada uno de ellos.

—Producto de la intuición —añadí impresionado.

Sabía lo que quería decir, pues justo esa era la forma de llevar una biblioteca con la que yo siempre había soñado y que contrastaba por completo con las normas férreas y la rigidez académica de la Biblioteca Imperial de San Petersburgo.

—Producto de la intuición —confirmó satisfecho—. Los libros hay que sentirlos, no catalogarlos. De ese modo permanecerán con nosotros toda la vida, aun cuando ya no pertenezcan a uno. Como los recuerdos que aparecen de cuando en cuando, despertados por un olor, un sabor o una palabra muy especial.

—Siento que haya perdido todos los libros de Francia —declaré—. Tiene que haber resultado muy doloroso.

—No se han perdido, solo se hallan en otra parte. —Su sonrisa no fue capaz de disimular del todo su tristeza—. Tengo entendido que están bien. Y digo yo que esta puñetera guerra tendrá que acabar en algún momento.

—¿Cree que para entonces la biblioteca seguirá allí?

—Los ladrones roban cuberterías de plata, pero no miles de libros. Y, si lo hacen, los libros acaban en otra biblioteca. Sería más

doloroso que la casa se incendiara. Y si ese es su destino, yo no podré impedirlo.

—Mara me ha contado que ha podido hacerse de nuevo con la mayoría de los títulos.

—Con la mayoría, pero no con todos. Y un ejemplar idéntico no es el mismo libro.

—Lo sé. Yo me he traído de Rusia mi ejemplar de *El Kalevala*, aunque debe de haber bastantes aquí, en Leipzig. Probablemente incluso en su biblioteca.

Frederik asintió.

—¿Significa eso que sigues soñando con Carelia?

El pulso se me aceleró una vez más.

—Desde luego. Iré allí antes o después. Como dice usted, la guerra no será eterna. —Aunque durante la travesía había visto las explosiones en la niebla y los soldados en el puerto, seguía teniendo la sensación de que la guerra era algo que estaba pasando en otra parte, muy lejos, en frentes lejanos.

Frederik señaló dos sillones de piel que se hallaban frente a frente en una gruta de libros semicircular. Su olor se mezclaba con el del papel y la cola. Tuve la impresión de conocer ese sitio desde hacía una eternidad, porque siempre había existido en mi imaginación. Era el rincón de lectura que deseaba tener desde que abrí un libro por primera vez.

—Mi ofrecimiento sigue en pie —afirmó Frederik después de que tomáramos asiento y él dejara el vino y las copas en una mesita redonda.

La cabeza se me acaloró, me asaltó una fuerte sensación de nerviosismo y alegría y alivio inconmensurable.

—Esperaba encarecidamente que lo dijese.

—Alexéi era un buen amigo. Y ahora alguien debería ayudarte para que te valgas por ti mismo.

—No sé qué decir. —Lo cual fue lo menos impresionante que podría haber dicho. Pero lo cierto es que me faltaban las palabras.

Sirvió vino en las dos copas y él se bebió media de un trago. Yo lo tenía por un soñador y un excéntrico, y probablemente lo fuese, pero la guerra lo había cambiado. Parecía más tranquilo que cuando nos vimos tres años antes en Francia, también más pensativo. Y si esa noche estaba cometiendo un desliz debido a la muerte de Alexéi, también bebía bastante más.

—Preséntate mañana en la editorial —dijo—. Los dos lectores de los que te hablé antaño siguen trabajando en la antología de cuentos rusos y no avanzan mucho. Necesitan ayuda, sobre todo con las traducciones. Ve a recepción, informaré de tu visita. —A sus ojos asomó una luz, como si quisiera acompañarme a Carelia—. Y acabarás haciendo ese viaje tuyo, de ello se encargarán los Eisenhuth. Si no puedo yo, lo hará otro.

Tenía mis dudas de que Demian opinase lo mismo, pero no dije nada, porque lo último que quería era enfadar a Frederik.

—Lo que está sucediendo en Rusia es una tragedia —prosiguió, como si en ese momento toda Europa no estuviese en guerra, una contienda que afectaba prácticamente a todos los países—. Siempre os he apreciado a vosotros, los rusos, y el zar tampoco es mal hombre. En todo caso, un esperpento que no siente compasión por otros esperpentos, lo cual a su vez suele provocar que estos tampoco tengan compasión por él.

Se acomodó en el sillón y echó atrás la cabeza. Durante casi un minuto esperé a que continuara, pero después me di cuenta de que se había quedado dormido con los ojos abiertos. Durante un momento temí que hubiese muerto, pero luego vi, aliviado, que su

pecho subía y bajaba. Mientras yo miraba, los párpados se le cayeron despacio.

Me levanté casi sin hacer ruido, preocupado por no encontrar solo el camino por el laberinto de libros, pero entonces descubrí una segunda escalera que bajaba por un lateral de la pared hasta la salida. Quizá antes Frederik me hubiera llevado por la biblioteca dando un extraño rodeo, quizá yo no tuviese ningún sentido de la orientación en ese sitio.

Poco después estaba fuera y respiré hondo unas cuantas veces. El glacial aire me sentó bien, pero ya echaba de menos el olor de los libros.

Y justo después también el silencio que reinaba entre las estanterías, ya que de la casa principal me llegaron gritos.

Albin había llegado.

Según supe más tarde, había aparecido borracho y había empezado en el acto a atacar a su hermano. Al principio solo verbalmente.

Por lo visto, Demian había sido el primero en pasar a las manos. Para ahorrarle el espectáculo a su madre, ambos habían salido a la terraza para continuar la pelea allí como dos colegiales, con las mangas remangadas, las manos cerradas en sendos puños y una buena cantidad de idiocia y falta de dignidad.

O al menos así los encontré yo cuando subí del anexo y vi ya desde lejos el forcejeo, dos siluetas que se recortaban contra los grandes ventanales, se fundían en una y se separaban para volver a arremeter profiriendo gritos groseros y terribles imprecaciones. Copos de nieve danzaban en la luz que salía de dentro; de vez en

cuando uno se encendía, pero la mayoría eran una nube de manchas negras ante el enorme rectángulo iluminado.

Ilna se hallaba en la puerta de cristal, que estaba abierta, chillando a sus hijos como si tuviesen diez años otra vez, de manera que en un primer momento no me tomé aquello en serio y pensé que sería divertido verlos a los dos en su ridícula pelea de gallos. Pero entonces vi a Mara, un tanto aparte, muerta de frío y con los brazos cruzados delante del pecho, rígida y derecha, muda y con una mirada de espanto.

Cuando llegué a la terraza, se hizo evidente que Albin tenía mucha más experiencia en infligir dolor a otros. Acababa de llegar del frente, con toda probabilidad había matado a muchos hombres, incluso a mujeres y niños, y poco quedaba en él ya del joven mimado con el que yo había coincidido en el Trois Grâces. Parecía más nervudo que antes, y en sus movimientos, además de velocidad, había algo acechante, alevoso. También su rostro había cambiado, era más duro y estaba más demacrado, pero sobre todo tenía más cicatrices. Daba la impresión de que un proyectil le había pasado rozando la mejilla izquierda. Vestía de uniforme, llevaba la guerrera abierta, la camisa sucia. En ese momento se quitó el cinturón y lo envolvió a toda velocidad en la mano derecha, con la angulosa hebilla hacia fuera, para volver a abalanzarse sobre su hermano. Era de prever que se derramara sangre, y no por primera vez esa noche. Demian tenía el labio inferior reventado, la camisa rasgada, el cabello despeinado. Probablemente no asestara ningún golpe desde hacía rato, y no cabía la menor duda de que llevaba las de perder. Estaba inclinado hacia delante con los puños en alto y el rostro desencajado, a medias por la rabia, a medias también porque el dolor y las heridas no formaban parte de su mundo.

Mara los miraba fijamente a ambos, a Albin rebosante de odio y a su prometido con algo que podía ser preocupación, pero no afecto. Lo notaba: ahí no había cariño de verdad.

Mi estupidez y las tres copas de vino hicieron que me sintiese como Grigori, mi valiente amigo del *Saltan*, que habría reducido a esos dos sin ningún esfuerzo, de modo que me adelanté.

—¡Ya basta! —Estaba lo bastante ebrio para sentirme responsable y lo bastante enamorado de Mara para querer dármelas de enérgico salvador. Y eso que, si hubiese pensado con claridad, habría entendido que me venía de perlas que Demian y Albin se hubiesen matado el uno al otro. Solo habría tenido que quedarme allí y dejar que el tiempo jugase en mi favor.

—¿Qué se le ha perdido aquí al ruso? —preguntó Albin a gritos a Demian. Como no obtuvo respuesta, se dirigió a mí—: A más de uno como tú lo he cosido a balazos y lo he reducido a cenizas con el lanzallamas en el campo de batalla.

—¡Albin! —exclamó su madre.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Yo lo he invitado —afirmó Mara.

Albin escupió al suelo sin dejar de mirarme. Después miró a Demian.

—¿Y tú lo permites? ¿Que enemigos del káiser se queden en nuestra casa? Aparte de todo lo demás, ¿ahora también eres un traidor?

Demian arremetió de nuevo contra él, lo bastante impulsivamente como para ser rechazado con un fuerte puñetazo en el pecho. La hebilla le abrió la camisa y la piel, pero eso no fue suficiente para Albin. Le echó la zancadilla a su hermano, lo tiró al suelo y se dejó caer de rodillas sobre su torso. Se disponía a golpearlo con la hebilla del cinturón, lo cual le costaría media cara a Demian.

Sin pensarlo, me lancé sobre él por detrás y le agarré la muñeca. Albin intentó zafarse, gritando, pero acto seguido le rodeé el cuello con el brazo, cortándole la respiración, y tiré de él hacia atrás. Ni se me pasó por la cabeza que su madre estaba mirando, solo quería apartarlo de Demian lo suficiente, y mientras lo hacía casi olvidé que el único que estaba cerca de él era yo. Lanzó maldiciones y amenazas de muerte mientras daba patadas e intentaba pegarme con una mano, pero yo seguía teniéndolo inmovilizado. Tropecé al caminar hacia atrás; me caí, pero no lo solté. Albin tenía medio cuerpo encima de mí, pugnaba por respirar, daba golpes y patadas, pero apenas me acertaba y cada vez estaba más débil. Yo no quería matarlo, desde luego, pero no sabía qué hacer. En cuanto lo dejara suelto, me atacaría.

Entonces apareció Demian en mi campo visual, mirándonos con furia.

—Demian, ¡no! —exclamó su madre.

Pero él ya estaba cogiendo impulso, y le dio una patada a Albin con todas sus fuerzas en el costado. Noté que mi adversario se tambaleaba y a continuación recibió una segunda patada. Esta vez intentó gritar, pero como mi brazo aún le cortaba la respiración, solo consiguió proferir un graznido.

—Demian. —Esta vez lo dijo Mara, y fue quien evitó que arremetiera otra vez contra su hermano—. Ya basta.

Solté a Albin, me lo quité de encima de un empujón y me puse lejos de su alcance. Se quedó hecho un ovillo en el suelo. Tal vez Demian le hubiera roto una costilla, seguro que las contusiones eran dolorosas. Me levanté con dificultad, primero a gatas, después más o menos erguido. Empezaba a ser consciente de nuevo del frío que hacía. Tenía el jersey y los pantalones completamente empapados de la nieve que se había derretido en el suelo y me sentía culpable

como un matón callejero, aunque solo había intervenido para tratar de impedir que sucediese algo peor.

Mara apartó a Demian de Albin, que se levantó lanzando gemidos. Ilna corrió hacia él y comenzó a hablarle, pero él no le hacía ningún caso. Su mirada buscó primero a Demian y después a mí. No hizo falta que dijese nada, lo vi con claridad reflejado en su huesuda cara: vi la amenaza.

Ilna le tendió la mano para tranquilizarlo.

Esta vez Albin no la rechazó.

—Te quiero, mamá —dijo en voz queda—. Todo lo que hago lo hago siempre por ti.

Después pasó por delante de ella y entró en el comedor por las puertas de cristal. Cuando fuimos tras él, los cuatro sin decir palabra, congelados y conmocionados, oímos que en el vestíbulo la puerta principal se cerraba de un portazo.

35

Davidov y Block, los dos lectores que trabajaban para Frederik, me recibieron en su pequeño despacho en un edificio trasero de la editorial Eisenhuth. Sus escritorios se encontraban frente a frente a ambos extremos de la habitación tubular, delante de la única ventana que había. Para llegar hasta ellos había que pasar por delante de largas estanterías. El aire olía a tabaco de pipa e infusión de hierbabuena fría.

Antes de entrar me había alisado la americana y enderezado la corbata. Probablemente no hubiese sido necesario. Los dos me saludaron con la mayor cordialidad y se apresuraron a llevarme a una taberna cercana, como si agradeciesen la menor oportunidad para escapar de los pelados pasillos y los altos techos de la editorial. En el Dichterkeller, un gran espacio abovedado, tenían su sitio en uno de los reservados de madera de roble. Sin que se lo pidieran, el camarero nos sirvió tres grandes jarras de cerveza, algo que mis futuros compañeros no consideraron una falta de educación, sino que encomiaron como un gesto de atención.

Block, en el ecuador de la cuarentena, obeso y medio calvo, llevaba un reloj de oro unido a una leontina con el que estuvo jugueteando todo el tiempo cuando no levantaba la jarra. La espuma se le enredaba en el enorme bigote.

—¿Le dice algo el nombre de Jean Paul? —preguntó—. Un poeta alemán del Romanticismo, agradable de leer, pero no tanto de ver, o al menos eso dicen. Se alimentaba a base de cerveza, y nunca lo

ocultó. Aseguraba que sin cerveza no podía escribir. Antes de prometerse, les pidió a sus amigos que le recomendasen un lugar en el que vivir para su futura esposa, Caroline, y él; el único criterio era que pudiese disponer deprisa de buena cerveza. También le gustaba decir que a partir de su trigésimo cumpleaños no había ingerido más medicina que la cerveza.

—Dejó Weimar y Berlín porque en esos sitios la cerveza no le sabía bien —añadió Davidov, el compañero de Block, más flaco y espigado que este—. Acabó en Bayreuth porque la cerveza de Franconia le agradaba especialmente. También le gustaba comer bien, pero para él la cerveza era lo más importante.

—«La penúltima unción», solía llamarla —aseveró Block, y bebió otro trago—. Bálsamo para el estómago y bebida para el alma. A veces también agua bendita.

—No lo sabía —admití—. Pero ¿saben por qué Jean Paul dio a su novela *La logia invisible* ese curioso subtítulo?

—¿Qué subtítulo? —inquirió Block.

Davidov también negó con la cabeza, gesto con el que las pequeñas gafas doradas que llevaba estuvieron a punto de resbalarle por la nariz.

—Creo que es algo de un cadáver verde.

—*El verde cadáver nocturno sin el noveno cascanueces* —dije.

—¿Qué se supone que significa? —quiso saber Block.

—Nada. Y ese es todo el secreto: no significa absolutamente nada. Poco antes Jean Paul había leído una novela de Hermes en la cual ponía esta frase: «Pobre de aquel cuyo libro no llame la atención por su título». Así que pensó un subtítulo absurdo y lo escribió en la primera página.

—Mientras bebía cerveza —constató Block con sequedad.

—En enormes cantidades —coincidió Davidov.

—Y ese libro fue su primer gran éxito —apunté yo.

—¡Brindemos, pues, por la cerveza! —exclamó Block, y los tres levantamos nuestra jarra y brindamos con brío.

Después no hubo más entrevista de trabajo, ni ningún examen o tan siquiera preguntas. Los dos convinieron tácitamente que encajaba con ellos a las mil maravillas.

Resultó que en la taberna —además de cerveza— solo servían una sopa aguada. Un tanto avergonzado, el camarero se ofreció a espesarla un poco para que nos saciara más, pero renunciamos a ella y, en lo tocante a la ingesta de alimentos, preferimos seguir el ejemplo de Jean Paul.

Miré la pared de enfrente del abovedado espacio: allí colgaba un imponente tapiz. En el centro reinaba la bella Tipografía, la personificación del arte de la impresión: se la reconocía por las letras que ornaban su velo. A su alrededor había varios animales simbólicos a los que se solía relacionar con el comercio de libros: el grifo, Pegaso, el águila, el león, el cisne y la lechuza, además del tristemente célebre cangrejo, símbolo de un libro rechazado.

Al verlo pensé que Leipzig —pese a los moratones que tenía tras forcejear con Albin y la lamentable sopa— era mi sitio.

Los dos lectores me hablaron un poco de la edición de los cuentos rusos, «la obra capital», como decían ellos, en la que llevaban años trabajando. Los padres de Davidov eran rusos, pero él había nacido en Alemania y hablaba un ruso viciado. Manifestó su admiración por mi fluido alemán y también dio la impresión de que a Block le suponía un alivio que a partir de entonces fuesen a contar con la ayuda de alguien que estaba más familiarizado con la lengua rusa que ellos. Prometí revisar y corregir todos los cuentos que tenían hasta el momento y vi que a los dos se les quitaba un peso de encima.

Al igual que su editor, Block y Davidov también compartían un vivo interés en Rusia, pero sobre todo en los inmigrantes rusos que se habían asentado en el Imperio alemán a largo de las últimas décadas. A esas alturas allí había doscientos mil, la mayoría en Berlín, Leipzig y Múnich. Hasta que se declaró la guerra, al parecer la policía alemana trabajaba conjuntamente con la Ojrana para vigilar el entorno en el que se movían los emigrantes en interés de ambas organizaciones. Decían —como yo ya sabía— que muchos miembros de la policía secreta zarista habían pasado a la clandestinidad en el imperio.

—Un buen número de exiliados rusos son aficionados al ocultismo, la teosofía y el espiritismo —contó Davidov—. Mis propios padres dan el poco dinero que les queda a adivinos y zahorís, porque por lo visto su casa se alza sobre una antigua cámara del tesoro del siglo XI. Cuando les pregunto por qué iba a haber un tesoro medieval debajo de un barrio obrero, se remiten a las sandeces de no sé qué nigromante de Ekaterimburgo que asegura haber visto en sus visiones la riqueza que en su día legarán a su único hijo. No hay forma de quitarles de la cabeza semejante disparate. Dicen que soy un ingrato, porque al final todo redundará en beneficio mío, cada moneda de oro que encuentre ese zahorí. Con ellos la lógica no sirve de nada.

—Son casos perdidos —opinó Block—. Como nosotros con la cerveza. —Y entrechocamos de nuevo las jarras, gesto que para entonces me gustaba bastante.

—A esas se suman toda clase de locuras añadidas —prosiguió Davidov—. Entre los rusos exiliados goza de gran popularidad el nudismo. No en mi caso, que quede claro. Pero si alguna vez se topa usted con rusos desnudos, no se extrañe.

Contesté que me extrañaría, y mucho, ver a un ruso desnudo por la calle, pero al parecer Davidov hablaba en serio. Los alemanes rechazaban los extraños intereses de los inmigrantes, y ello los arrojaba a los brazos del ocultismo, que precisamente en Leipzig tenía una gran presencia.

—¿Eso por qué? —inquirí.

—Porque todas las editoriales especializadas en ciencias ocultas imprimen aquí sus libros. Presuntos libros de magia, guías y panfletos demenciales, historias singulares del mundo que habita en la Tierra hueca, todas las tonterías que les alegran el corazón a los chiflados de turno. Aquí, en Leipzig, hay bastantes. Además de los correspondientes círculos, asociaciones y cultos secretos.

—¿Cultos secretos?

—Oh, sí —repuso Block—. Unos más secretos que otros. Se reúnen tanto en los salones del Musikviertel como en los viejos sótanos abovedados del Naundörfchen. Misas negras, orgías, sacrificios de animales. Todo lo que pueda imaginar. Por lo visto, su influencia ha aumentado desde que estamos en guerra. La gente se agarra a un clavo ardiendo para pedir que sus hijos vuelvan sanos y salvos del frente. O, mejor aún, que no tengan que ir.

Tras asimilar sus palabras durante unos instantes, pregunté:

—Dentro de este contexto, ¿se han topado alguna vez con el nombre de Iván Ivánovich Petrov?

Los dos intercambiaron una mirada y después me miraron a mí con el ceño fruncido.

—¿Quién se supone que es? —quiso saber Block.

—Alguien a quien debo buscar para entregarle algo. Un libro que me dio un amigo.

Davidov se frotó el mentón.

—¿Qué clase de libro?

—¿Conoce usted al tal Petrov? —insistí.

Él negó con la cabeza.

—Pero me puedo informar, si lo desea. Tengo a un escritor que frecuenta esos círculos. El Ministerio de Asuntos Exteriores quiso convencerlo de que escribiese una novela que responsabilizase a los rosacruces de Francia e Italia del estallido de la guerra. Él rehusó, pero su relación con las logias es estrecha, y el que conoce las logias también tiene contactos con personas que saben más de los cultos. No sé si me entiende.

No entendía mucho, cosa que atribuí al exceso de cerveza, pero asentí con la mayor determinación y le di las gracias por adelantado por su ayuda.

—Iván Ivánovich Petrov —repitió Block con expresión meditabunda—. ¿Es alguien de quien habría que cuidarse?

—No lo sé.

—El amigo de un amigo, dice usted.

—Lo más probable es que se trate de alguien a quien él no conoce personalmente —precisé, si bien tampoco estaba seguro de ello. Spiridon conocía a muchas personas raras, y cabía la posibilidad de que algunas de ellas hubiesen acabado en Alemania.

Y mientras pensaba en ello descubrí a Volonov.

Lo vi desaparecer en ese mismo instante por las pesadas cortinas de la mampara; a decir verdad, solo una intuición, quizá un espejismo, un recuerdo del *Saltan*.

—¿Qué ocurre? —preguntó Davidov—. Se ha quedado usted blanco de pronto.

Me puse de pie con torpeza, crucé la taberna, aparté las cortinas y subí corriendo la escalera del sótano para salir a la calle.

El cielo sobre el barrio Graphische era sombrío, las calles estaban cubiertas por una neblina amarillenta que atravesaban a buen paso

numerosas siluetas para desaparecer en ella poco después. Era como si se desintegrasen.

Volonov podía estar en cualquier parte. Allí, en Leipzig, en Francia, en un barco hundido en el fondo del mar. Quizá yo solo hubiese visto su fantasma, el pálido espíritu producto de mi miedo.

36

A media tarde Demian informó de que quería llevarnos a Mara y a mí a pasar la velada a algunos de los locales más de moda en la ciudad. Supuse que lo hacía a instancias de ella, en agradecimiento por haber salido en su ayuda cuando se peleaba con Albin. Demian, por su parte, no mencionó el incidente con ninguna palabra, aunque cojeaba ligeramente y a todas luces estaba dolorido.

Fuimos en su Rolls-Royce Silver Ghost, el mismo en el que hacía tres años habíamos realizado nuestra primera excursión juntos a lo largo de la Costa Azul. Con el lluvioso tiempo de Leipzig, el automóvil ya no relucía tanto ni resultaba tan vistoso, pero, en vista de la amarga pobreza que se veía en las calles, me pareció que volábamos por el adoquinado en una alfombra mágica. Nos seguían infinidad de miradas, muchas hostiles, otras resignadas, algunas incluso de admiración. Me mareé un tanto, cosa que achaqué a la gran cantidad de cerveza que había bebido a mediodía.

El Rote Mühle era el mejor cabaré de Leipzig, como me aseguró Demian. Uno de los muchos locales de diversión de Petersvorstadt, donde a lo largo de la Windmühlenstrasse se había abierto toda una sarta de bares y cabarés, además del enorme cinematógrafo Astoria, con mil quinientas butacas. A Demian le gustaba ejercer de guía turístico por la vida nocturna; nos habló de la historia del barrio y del gran futuro que le auguraba a la industria del ocio. Me dio la impresión de que para él el negocio de los libros era sobre todo una base económica gracias a la cual pronto podría invertir en ramos

más lucrativos del sector del entretenimiento. Me costaba imaginar que su padre fuese a aprobar tal cosa.

Mara llevaba un impresionante vestido de cuadros blancos y negros, un abrigo con capucha largo, que casi le llegaba hasta el suelo, y un bolsito de piel de serpiente color ocre; la cabeza del reptil se veía aplanada en el centro. El bolso descansaba en la mesa y me miraba con sus ojos de cristal negros.

Por la tarde me había encontrado en la cama dos trajes que parecían hechos a medida: eran completamente nuevos, a todas luces elegidos por Ilna, que debía de tener buen ojo en lo que respectaba a las medidas corporales. Quizá también fuese una forma muda de darme las gracias por proteger a su hijo mayor de la iracundia del menor. Yo llevaba puesto, pues, uno de esos trajes, además de zapatos de piel nuevos e incluso un pañuelo en el bolsillo que Mara había enderezado antes de que partiéramos.

En el local nocturno reinaba el desenfreno, pero no era un club de mala reputación. Todas las mesas estaban ocupadas, la pista de baile llena a reventar y en el escenario tocaba una orquesta con numerosas trompetas y tambores. Mara señaló a algunos hombres y mujeres que consumían cocaína sin inhibición, y en un momento dado en el escenario salieron bailarinas que levantaban las desnudas piernas tan alto que me mareé.

Era como si el invierno de hambruna, que fuera tenía en un puño a la ciudad y al país entero, allí dentro no existiese. La comida no era opípara, pero en modo alguno resultaba escasa, y el alcohol corría a raudales. Después supe que el despacho de bebidas estaba sujeto a un estricto reglamento, pero a los taberneros les importaba un pepino. El aguardiente, el vino y la cerveza se podían comprar allí y en otras partes... siempre que uno pudiera pagar los exorbitantes precios.

Demian se esforzaba en sostener conmigo una conversación afable, y al parecer no se daba cuenta de que yo miraba con disimulo a Mara continuamente. ¿Cómo no admirarla? Se había trenzado el largo cabello y se lo había recogido en alto, lo que acentuaba su esbelto cuello, los delicados músculos, las pequeñas oquedades de la clavícula. Su blanca tez parecía iluminar la penumbra de la sala, al igual que en ese sitio toda ella tenía un algo irreal. Mientras Demian hablaba yo pensaba en lo que me había contado el cazador en el matadero de San Petersburgo, en su relato de la niña que salió del bosque y envenenó a un pueblo entero. La niña que bailaba con la Baba Yagá.

Después observé otra vez a Mara, que nos sonreía alternativamente a Demian y a mí y miraba de nuevo la pista de baile, pero no dejaba traslucir con quién le gustaría estar allí arriba. Me convencí de que todavía tenía que decidirse por uno de nosotros dos; por supuesto, me engañaba a mí mismo.

Le había dado el sí quiero a Demian hacía tiempo, y la boda se celebraría pronto. Una ceremonia sencilla en el seno de la familia, sin festejo, en eso estaban ambos de acuerdo. Mara no quería una celebración, y Demian parecía alegrarse de ahorrarse el jaleo y poder dedicarle su tiempo a la empresa. Por más que quería, yo no era capaz de imaginar a Mara bailando con él entre docenas de invitados, lanzando el ramo a mujeres desconocidas y cumpliendo todos los demás rituales de rigor. No encajaba en ese escenario, en realidad ni siquiera encajaba en aquel lugar.

Yo la imaginaba en Carelia, recorriendo conmigo las antiguas sendas por los bosques del lugar del que provenía. Al estar otra vez tan cerca de ella, la idea de que pudiera haber asesinado a todas aquellas personas parecía absurda. Por aquel entonces todavía era una niña, era otra Mara. Y aunque lo hubiese hecho, ¿se la podía

responsabilizar de ello? ¿A una niña asustada que difícilmente podía juzgar las consecuencias de sus actos?

Volví a oír los graznidos de los gansos salvajes en el cielo de San Petersburgo, recordé el terrible miedo que habían revelado los rasgos de Mara y entonces creí ver la sombra de una mujer mucho mayor, encorvada y contrahecha como un árbol que crecía detrás de ella por la pared y se ramificaba —la veo en el recuerdo de aquella noche, pero también hoy, de forma fugaz—, y después todo volvió a ser como antes: la cháchara incesante de Demian, la sonrisa cómplice de Mara, mi deseo de estar a solas con ella.

Mientras en el escenario las bailarinas giraban como derviches y la música se sumía en un ruidoso *crescendo*, mientras Demian hablaba entusiasmado de sus planes de entrar en la industria cinematográfica sin que yo entendiese gran cosa, y mientras la mano de Mara se acercaba peligrosamente a la mía en la mesa y yo solo tendría que haber aprovechado la oportunidad, mientras todos los movimientos y los rostros y los sonidos se fundían, miré, sumido en mis pensamientos, hacia la entrada de la sala, al grupo que se había reunido allí, y vi que este se abría y Albin Eisenhuth entraba en el Rote Mühle.

Mara se quedó petrificada al ver en mi rostro que algo no iba bien, pero Demian siguió hablando hasta que yo dije:

—Mirad.

Ambos volvieron la cabeza y también vieron a Albin, que iba directo hacia nosotros. Vestía de uniforme, de nuevo inmaculado, con las botas altas y unos guantes de piel finos, se había peinado el cabello hacia atrás con pomada y sonreía con frialdad. En el juego de sombras que creaban las personas que se deslizaban por delante y las manchas de luz que se alternaban en la sala, el lado del rostro

en que tenía las cicatrices cobraba vida propia, como si la mitad intacta sonriese mientras la otra hacía muecas distintas.

Sin decir palabra, Albin pasó por delante de nosotros y fue hacia una mesa que estaba a escasos metros, a la que se hallaban sentados varios oficiales de permiso que aplaudían con exaltación a las bailarinas y bebían todo lo que había en el bar. Saludaron a Albin con entusiasmo —conque al parecer había personas a las que les caía bien, quizá por su destreza con el lanzallamas—, y él tomó asiento y se bebió de un trago dos aguardientes seguidos que sus generosos compañeros le ofrecieron.

—Deberíamos irnos —dijo Mara.

Demian negó con la cabeza.

—A mí no me echa ese petimetre.

—Un petimetre que ayer por la noche intentó abrirte la cabeza —le recordé—. Y que ahora tiene de su parte a unos cuantos buenos amigos.

—Aquí no se atrevería.

La comida, que habíamos pedido hacía ya un buen rato, llegó por fin. Con el rabillo del ojo vi que Albin nos miraba de vez en cuando. Pese a todo, no intentó provocarnos, aunque bebía cada vez más y a mayor velocidad, espoleado por los otros hombres, que ni siquiera trataban de seguirle el ritmo.

Entre el primer plato y el segundo Demian retomó su monólogo mientras en el escenario aparecía un grupo distinto de bailarinas, esta vez escasamente vestidas, con un atuendo que se inspiraba en el uniforme de los soldados. Los oficiales lanzaron vítores y gritos, pero Albin cada vez estaba más callado. Era evidente que el disfraz de las bailarinas lo había ofendido, y tras unos cuantos aguardientes más se levantó y aprovechó un descanso de la orquesta para pronunciar un discurso incendiario.

En un radio de varios metros todas las conversaciones enmudecieron. Algunos de sus compañeros lo aplaudieron, otros se rieron e intentaron hacer que se volviera a sentar. Él se quitó de encima las manos, indignado, con un asomo de la irritabilidad desbordada que yo había visto el día anterior.

—Santo cielo —farfulló Demian, y a Mara se le notó que de verdad quería marcharse. Pero habríamos llamado la atención si nos hubiésemos levantado, probablemente también la de Albin, y el riesgo nos pareció demasiado alto.

Con palabras pomposas y gesticulando mucho, Albin se acaloró hablando del disfraz de las bailarinas, que ultrajaba a los «valientes soldados alemanes». Como si las mujeres pudieran enfrentarse al enemigo de uniforme alguna vez, dijo a voz en grito, o tuviesen el valor de cercenar extremidades con el sable, rajar la garganta y el vientre. Al fondo, las muchachas abandonaron el escenario a toda prisa y la orquesta volvió a tocar, pero ello no hizo vacilar a Albin. Él combatía por su país, chilló para hacerse oír con la música, pero también por su familia, a la que amaba por encima de todo, incluso cuando en ocasiones tendía a la dureza en lugar de a la ternura.

Ternura; formé la palabra con los labios en silencio. Mara lo vio y se encogió de hombros. Debía de haber visto así a menudo a Albin, conocía tanto su vena sentimental como los arrebatos de ira con los que la ocultaba.

Más sorprendido incluso que yo estaba Demian, que se quedó directamente sin aire al oír hablar a su hermano de amor y lealtad y de la importancia de los lazos de sangre alemanes. La música tocó con más fuerza, la pista de baile era un hervidero de gente, y Albin se subió a su silla y de ahí a la mesa mientras sus compañeros ponían a salvo los vasos. Alguien gritó en alguna parte, burlón: «¡Baila para nosotros!», pero Albin solo hablaba más y más y más al

tiempo que se bebía los aguardientes que le ofrecían y se explayaba, balbuciendo, con la estrategia alemana de la tierra quemada, que a todas luces celebraba «para acertarles en el corazón a los franchutes y los rusos», y con el empleo del «buen gas alemán», que era preferible a todas las demás armas. Alguien le advirtió entre risas de que, con lo borracho que estaba, por desgracia él no sería capaz de lanzar ese buen gas alemán. Pero Albin ni siquiera se daba cuenta de que cada vez eran más las personas que se reían de él, incluidos sus propios compañeros, y no tardé en ver que Demian estaba a punto de poner fin a esa farsa.

Mara le cogió la mano.

—No lo hagas.

—No puedo permitir que ponga en ridículo a nuestra familia —afirmó Demian—. Aquí todo el mundo sabe quién es y cuál es su apellido. Todo esto repercutirá en los Eisenhuth.

—Pero es obvio que está como una cuba —aduje yo.

Demian hizo un gesto negativo.

—Eso no quita para que se esté poniendo en evidencia y nos esté poniendo también a nosotros.

Dicho eso, se levantó y yo me temí que la pelea de la noche anterior se fuera a repetir delante de cientos de testigos. Sin embargo, en ese preciso instante Albin dejó a medias la frase —en la que afirmaba ser el gran orgullo del káiser y acariciar su lanzallamas como si fuera una mujer—, se llevó las manos a la cabeza como si le hubiese acertado una bala del enemigo y se cayó de la mesa.

Dos de los soldados lo agarraron, pero ellos tampoco se tenían ya en pie, de modo que con su peso los arrastró al suelo. Mara cerró los ojos y negó con la cabeza mientras Demian corría hacia su hermano y lo liberaba del enredo de brazos y piernas. Lo levantó, se echó un brazo de Albin por los hombros y se dirigió a la salida. Yo me puse

en pie de mala gana para ayudarlo, pero Demian negó con la cabeza.

—No es necesario que nos arruine la noche a todos —afirmó lanzando un suspiro, mientras pasaba por delante de nuestra mesa con el tambaleante Albin—. Lo llevaré a casa. Comed tranquilamente y ved el espectáculo. Todavía faltan las mejores actuaciones.

—¿Mejor que la de Albin? —inquirió Mara con incredulidad.

Demian le dirigió una mirada afligida y se fue. En las mesas contiguas la gente se reagrupó y comentó el incidente con observaciones burlonas y risotadas. Los soldados enderezaron la mesa y pidieron más bebidas.

—Desde luego aquí uno no se aburre —afirmé.

Mara me miró con semblante serio.

—Ojalá Albin se hubiese quedado en el frente.

—Solo es un idiota borracho.

Ella guardó silencio unos segundos y después desechó la idea con la mano.

—No hablemos más de él.

—Bien, hablemos de ti. —Estuve a punto de decir «de nosotros», pero no era el momento adecuado y menos aún el mejor sitio para hacerlo.

Mara apartó el plato de comida, medio lleno.

—Vamos a otra parte.

—¿No es un bar igual de bueno que cualquier otro?

—A un bar no —negó—. Vamos a dar un paseo.

Y así fue como salimos a la noche.

—Podemos ir andando a casa desde aquí —propuso Mara después de dar unos pasos. Hacía tanto frío que le veía el vaho del aliento,

pero no nevaba y las calles estaban secas—. De aquí al Musikviertel no hay ni media hora. Demian solo ha cogido el coche para impresionarte.

—¿Por qué iba a querer impresionarme precisamente a mí?

—Porque la cabra tira al monte.

Poco a poco fuimos dejando atrás la Windmühlenstrasse y sus locales. Gran parte del alumbrado y de los rótulos estaban apagados, en el cine Astoria habían oscurecido el cartel de *Los cuentos de Hoffmann*. El miedo a un ataque aéreo nocturno era omnipresente.

Mara se detuvo en un cruce.

—Pero, en lugar de ir a casa, también podríamos hacer otra cosa.

La miré sin saber muy bien qué pensar.

—Te enseñaré los pasajes —decidió—. Y nos besaremos en cada uno de ellos.

—No te rías de mí.

Ella me cogió de la mano y apretó el paso. Atravesamos la Königsplatz y subimos por la Petersstrasse hacia el casco antiguo. Casi todos los lugares que me enseñó esa noche quedarían reducidos a cenizas muchos años después, en la Segunda Guerra Mundial, pero entonces todavía existían en todo su esplendor, y agradezco haber podido verlos con mis propios ojos. Como también agradezco lo que sucedió en ellos.

Poco después Mara me hizo franquear un arco, girar a la derecha y entrar en un pasaje no demasiado alto que se ensanchaba en varios patios pequeños con el techo de cristal. En algunos escaparates se veía moda de mujer. De algún sitio llegaban voces, pero no se veía a nadie por ninguna parte. A lo lejos el reloj de una torre dio las once.

—Este es el pasaje Ledigs —anunció Mara—. Iremos de menos a más. —Dicho eso, se volvió, me apoyó los antebrazos en los hombros y pegó un instante sus labios a los míos. Después giró sobre sus talones y tiró de mí.

Hasta el siguiente pasaje solo había unos metros. Se entraba por debajo de una casa de confección de dos plantas. Al otro lado había dos patios rectangulares con el techo de cristal y negocios en ambos lados. A esa hora todos estaban cerrados, dentro no había luz. La única iluminación salía de alguna que otra lámpara bajo los techos de cristal.

—El Collegium Juridicum —contó Mara, y pareció un conjuro—. Desde el siglo XVI estos edificios pertenecen a la Facultad de Derecho, pero hace treinta años se reformó todo y los convirtieron en tiendas.

Esta vez sentí que el beso que me dio era un poco más largo, pero yo seguía sin atreverme a corresponderla. Todo me parecía irreal, como si deambulásemos por un sueño lleno de arcos, fachadas altas y ventanas tras las que se exhibían libros, barcos en miniatura y juguetes. No dije nada, por miedo de que cualquier palabra errónea pudiera romper la magia.

Desde la Petersstrasse continuamos hacia el norte.

—Por aquí —dijo Mara, y me llevó hasta una suntuosa fachada barroca que se hallaba en un gran patio al que se accedía por un portón—. En realidad no es un pasaje, porque no está techado, pero a pesar de todo es uno de mis lugares preferidos del centro. —Extendió la mano hacia los escaparates con forma de medialuna y dio una vuelta—. Si me lo permites, este es el patio Hohmanns.

—Mara —dije—, deberíamos...

—Calla —me interrumpió pegando su torso al mío, y me besó con los labios entreabiertos. Esta vez transcurrieron unos segundos antes

de que se retirara, pero sus manos tardaron un poco más en soltar las mías y la vi sonreír a través de la oscuridad. Sonreí lo mejor que pude, pero posiblemente fuese una mueca tonta, nerviosa, alegre y muy muy desconcertada.

Nuestra siguiente parada fue un patio interior con elegantes tiendas bajo una construcción abovedada alta, de cristal y acero.

—El pasaje Steckner —dijo Mara; se colocó detrás de mí y me tapó los ojos—. Durante mucho tiempo se pensó que este era el primer pasaje de todo Leipzig, pero no es cierto.

—¿Qué...?

—Chsss.

Noté en la espalda que se ponía de puntillas. Y me besó en la nuca.

—Por ahí viene un sereno —susurró—. Pero si nosotros no lo vemos, él tampoco nos verá a nosotros.

A cierta distancia oí pasos, después una puerta se abrió y se cerró, y a continuación se hizo el silencio.

Mara me quitó la mano y se situó delante de mí.

—Bueno, de todas formas quizá no nos hubiese prestado atención —observó. Y nos besamos de nuevo. Esta vez me mareé un poco, pero era un mareo del bueno, con el que uno no se cae, sino que cree estar flotando, de alguna manera—. Sigamos.

Con su abrigo largo y la capucha al viento echó a correr, volvió a la calle comercial, fue a la Marktplatz, la plaza del mercado, y entró en un pasaje del que yo ya había oído hablar.

—El pasaje Mädler —anunció después de adentrarnos bastante en él.

Esta vez no éramos los únicos que tomábamos ese camino. Un puñado de personas caminaba delante de nosotros por el imponente edificio. Dejamos atrás la escalera que llevaba al Auerbachs Keller y

paseamos a lo largo de altas fachadas de arenisca y pequeños establecimientos. Dos plantas más arriba se veía un techo de ladrillo de vidrio y cimbras planas. El pasaje llevaba hasta un patio octogonal y se curvaba hacia la izquierda. Sobre nuestras cabezas se alzaba una galería con una barandilla de hierro. Mara se detuvo allí, miró a ambos lados del pasaje y, al ver que ya no había nadie más, me rodeó el rostro con las manos.

—Tal vez debiéramos habernos escapado entonces —dijo—. A Carelia. —Y antes de que yo pudiera contestar que justo ese había sido siempre mi plan, que ella solo habría tenido que esperar un poco más en lugar de irse a Alemania, me besó de nuevo, esta vez apasionadamente.

No sé cuánto tiempo estuvimos así. Ese era el momento que yo había deseado desde hacía años y que siempre había rechazado por considerarlo un sueño. A Mara al parecer ya no le importaba que pudiera vernos alguien. Se dejó llevar tanto como yo, sin pensar en posibles consecuencias, al menos durante unos minutos.

Siendo tan ingenuo como era, quise hablar con ella al respecto, pero mientras seguíamos adelante, hasta el final del pasaje, para después girar a la izquierda y entrar en una oscura calle comercial, ella se llevaba el dedo a los labios para hacerme callar cada vez que yo lo intentaba.

Esa noche nos besamos en dos pasajes más, primero en el patio Specks y después bajo el techo de cristal del Theatherpassage. Desde el extremo contemplamos el Neues Theater, y Mara dijo:

—Detrás, al otro lado de la calle, está el barrio Graphische.

Se veía incluso en la oscuridad: allí la neblina se extendía alrededor de alguna que otra farola y transformaba su luz en un collar de perlas de lunas lejanas. Las chimeneas de las imprentas y sus máquinas de vapor escupían día y noche densas nubes al cielo

que caían en forma de niebla sobre el barrio, deambulaban por las callejuelas y las calles, y envolvían las fábricas de libros y las librerías en un gris turbio. Mara me había hablado de ello en sus cartas y yo lo había visto con mis propios ojos nada más llegar a Leipzig. Pese a todo, esa noche el muro de niebla con las siluetas de colosales edificios en su interior me pareció que no era de este mundo. Como si al cruzar el Georgiring se traspasara algo más que un límite entre los barrios de la ciudad. Para quienes trabajaban allí sin duda todo era más prosaico, pero para mí el barrio Graphische seguía siendo una promesa, un lugar irreal cuya leyenda me colmaba de nerviosa expectación.

—Te quiero enseñar una cosa más —afirmó Mara—. Pero para ello tomaremos un coche de punto. —Señaló un único tiro cuyo cochero esperaba delante del Neues Theater encorvado en el pescante.

Pese a lo tarde que era, un puñado de personas atravesaba la plaza a buen paso, y temí que una de ellas pudiera arrebatarnos el coche delante de nuestras narices. Sin embargo, acto seguido nos encontrábamos frente a frente en la baja cabina. Iba cogido de la mano de Mara mientras el coche daba sacudidas por el adoquinado hacia el barrio Graphische.

Esa noche no volví a pensar en la aldea en medio del bosque ni en la niña con el veneno. Ambas cosas las había dejado en Rusia, recuerdos desdibujados de dos vidas distintas, la de ella y la mía.

Veinte minutos después nos detuvimos delante del portón de las imprentas de los Eisenhuth. Estaba abierto, allí se trabajaba día y noche por turnos. El resonar de poderosas máquinas de imprimir salió hasta nosotros por el túnel del portón. Cuando entramos, el portero levantó la mano en su caseta para saludar, como si Mara acudiera a menudo a ese sitio a medianoche.

—A veces hace reparaciones en la villa —contó ella—, por eso me conoce.

La seguí hasta uno de los enormes edificios de las imprentas. Subimos por amplias escaleras y cruzamos una nave llena de ruido y de gente. Por todas partes se veían cintas transportadoras con libros. La literatura producida en masa resultaba decepcionante por un lado y fascinante por otro, porque me imaginé que esas carreteras de palabras iban directas a la cabeza de los lectores, una corriente de libros que no cesaba nunca, miles de ellos que ya solo esa noche pasarían de las máquinas de imprimir a los almacenes y de ahí a estanterías y pensamientos.

Al cabo, llegamos a un ascensor con una reja, pero Mara se detuvo en la escalera que bajaba al lado.

—¿Adónde vamos? —quise saber.

—Al sótano.

—Eso ya lo veo.

—Tú espera.

La luz que arrojaban las lámparas de la pared, cubiertas por una rejilla, era de un amarillo sombrío; los muros, de ladrillo sin enlucir. En la imprenta no hacía frío, porque el calor que desprendían las máquinas de vapor se extendía por todo el edificio, pero allí llegaba bastante menos cantidad y había más corriente.

No bajamos del todo. Hacia la mitad de la escalera Mara franqueó una puerta y entró en una galería protegida por un enrejado de hierro que recorría las paredes de un gran espacio subterráneo. Más abajo, en un lateral, inmensos tanques de acero se alineaban como si fuesen barriles. Estaban unidos entre sí por anchos tubos. Otras conducciones pasaban por el techo hasta la primera planta.

—Tinta de imprenta —informó Mara—. Miles de litros. El padre de Frederik ya estaba obsesionado con que no faltase nunca y esa

obsesión se ha perpetuado hasta Demian. «Es primordial que nunca nos quedemos sin tinta», suele decir. Aquí, en el recinto, tienen su propia fábrica desde hace décadas, donde la elaboran a base de hollín y aceite de linaza, para no tener que depender de ningún proveedor.

Yo nunca me había planteado de dónde salía la tinta. Pese a ello, me extrañó que Mara quisiera enseñarme todas esas cosas en plena noche.

—La tinta pasa directamente del primer tanque a las prensas —contó—. A partir de mañana por la mañana arriba imprimirán una nueva edición del *Umbra vitae*, de Georg Heym. No muchos ejemplares, solo unos miles.

—¿Debería decirme algo?

—Poemas del legado de un poeta muerto. Hace unos años se hundió en el hielo cuando patinaba. Tardaron semanas en encontrar su cuerpo. —Sonrió—. Pero si crees que eso es tétrico, lee su poesía.

Pasarelas también enrejadas iban de la galería a los tanques, cuya altura era de tres o cuatro metros. Mara avanzó sobre el abismo hacia el primero. La pasarela terminaba en una escotilla redonda que se abría en la achatada parte superior, y de pronto se me ocurrió la descabellada idea de que quería sumergirse en la tinta.

—¿Qué te propones? —pregunté sonriendo con nerviosismo.

—Ahora mismo lo verás.

—¿Por qué no hay nadie aquí abajo?

—Porque no hay mucho que hacer. Las labores de mantenimiento se realizan de día. Después nunca hay nadie.

Fue al otro lado de la escotilla, se agachó, dejó el bolso de piel de serpiente junto a ella y agarró la tapa redonda con las dos manos.

—Déjame a mí —me ofrecí.

—Los dos juntos —propuso ella, e hicimos girar la tapa uniendo nuestras fuerzas hasta que se soltó de la escotilla. Del interior del tanque subió un fuerte olor a aceite. Lanzando un «ay», dejé la tapa a un lado.

—¿Y ahora?

La abertura era lo bastante grande para que cupiese una persona, pero Mara no tenía intención de bajar. Lo que hizo fue volver a coger el bolso y abrirlo.

—Los Eisenhuth tienen un ritual familiar desde hace tiempo —contó—. Los días importantes y en celebraciones especiales vienen todos aquí.

Me costaba imaginar a Ilna Eisenhuth en ese aceitoso tanque.

—¿Bautizan con tinta a los recién nacidos?

—No exactamente. —Mara metió la mano en el bolso y sacó un cuchillo. No uno cualquiera, sino un puñal antiguo con una hoja triangular, afilada por todas partes. La empuñadura era de madera, en el acero se distinguía un estilizado gallo—. Suele estar en una vitrina del salón de lectura; lo devolveré a su sitio esta misma noche para que nadie sepa que lo he cogido.

Sorprendido, enarqué una ceja.

—¿Me vas a sacrificar al dios negro de los impresores?

—La verdad es que ahí dentro no te encontraría nadie.

—Estoy empezando a preocuparme.

Mara miró con disimulo aquel lugar desierto y me besó deprisa sobre la abertura.

—En efecto, es un sacrificio de sangre. Pero solo serán unas gotas. Sobrevivirás.

—No quiero ofrecer sangre.

—No es para tanto.

—Mmm.

—La hoja está muy afilada. Y limpia. No te darás ni cuenta. Los dos nos haremos un corte en la mano y dejaremos caer unas gotas en el tanque. Y mañana el libro se imprimirá con ella. De esa forma será nuestro libro.

Me pareció muy romántico, de un modo macabro. Y completamente demencial.

—¿Y los Eisenhuth hacen esto en todas las celebraciones familiares? Otros comen tarta de nata.

—Solo en ocasiones muy especiales. Y esta lo es.

—Pero nosotros no somos parte de la familia. Ni siquiera tú. Todavía no.

—Quiero que el *Umbra vitae* sea nuestro libro, Artur. No es *El Kalevala*, pero así nos pertenecerá solo a nosotros dos. Dentro de cien años, cuando la gente vea un ejemplar recubierto de polvo en una librería anticuaria, en él aún habrá algo de nosotros.

Añadí en voz muy baja:

—Seremos parte de él para siempre.

Mara asintió, me dio otro beso y a continuación extendió la mano izquierda sobre la abertura. A la velocidad del rayo, se pasó el puñal por el pulpejo, un corte más largo y profundo de lo que me esperaba. Después volvió la mano y los dos vimos que unas cuantas gotas de sangre desaparecían en la negrísima abertura.

Me regaló una sonrisa de ánimo cuando cogí el puñal. Sin vacilar, hice igual que había hecho ella. El corte me escoció un poco, pero no me importó, porque todo mi cuerpo parecía encendido. Seguí con la vista la sangre y tuve la sensación de ver, pese a la oscuridad absoluta, cómo daban las gotas en la negra superficie y se disolvían en ella.

Mara se sacó un pañuelito de seda del bolso, limpió la hoja y se guardó el puñal.

Nuestras miradas coincidieron.

—Nuestro libro —dijo.

Asentí.

—Nuestro libro.

No pudimos evitar sonreír.

—Y, pase lo que pase, siempre será así —añadió.

—Te casarás con él —musité, porque no quería oírlo.

—Sí.

—¿Por qué? —pregunté con voz inexpresiva.

—Ayúdame con la tapa. Y procura que no te entre suciedad en la herida.

Con movimientos maquinales coloqué la tapa en la escotilla y ambos la hicimos girar hasta el tope. Dejamos más sangre en el metal.

Mara sacó del bolso otro pañuelo de seda doblado y me lo dio.

—Mantenlo unos minutos en la herida. —Ella utilizó el otro pañuelo, con el que había limpiado el puñal.

Al cabo, volvimos por la pasarela a la galería.

—Espera —dijo antes de que yo pusiese el pie en la escalera—. Dame la mano.

Me la cogió y los cortes abiertos se unieron. Nuestra sangre se mezcló. Entonces sus labios se posaron en los míos con tanta vehemencia y durante tanto tiempo que me cortó la respiración. Ambos gestos tenían la misma intensidad, y pensé que quizá nunca volvería a estar tan cerca de ella como en ese momento.

Cuando cogimos aire a la vez, no pude evitar sonreír, pero ella permaneció completamente seria.

—Todavía no lo sabes todo de los Eisenhuth —aseveró.

37

Un bulto con abrigo y sombrero nos siguió a cierta distancia por la niebla del barrio Graphische, desde el portón de la imprenta hasta la Hospitalstrasse. Allí se esfumó por un instante, pero lo vi de nuevo a la altura del cementerio Alter Johannisfriedhof, al otro lado de la verja, una aparición a la hora bruja, que se perdió en la oscuridad con la primera campanada del nuevo día.

Mara esperó a que hubiésemos salido del barrio para darme la explicación. Esta vez no tomamos un coche de punto, sino que fuimos a pie hacia el Musikviertel, a poco más de una hora por el oscurecido centro. Las únicas personas que nos encontramos eran borrachos o mendigos. Cuando se percataban de nuestra presencia, miraban a Mara, con su amplio abrigo, como si fuese un fantasma. Se había puesto la capucha, casi no hacía ruido al andar. A veces yo tenía la sensación de que a mi lado solo caminaba su sombra.

—Cuando me contaste que habían matado a Ofeliya y a sus padres... Me lo veía venir —aseguró—. Intenté impedirlo, pero... — No terminó la frase, parecía costarle encontrar las palabras adecuadas, y yo no entendía adónde quería llegar.

—¿Lo sabías?

Negó con la cabeza en la sombra de la capucha.

—Saberlo no, solo lo intuía. Quise escribirte, para advertirte, pero la carta no habría llegado a Rusia, no en plena guerra. Al principio todavía se podía poner el correo en manos de alguien que cruzaba la frontera y lo entregaba allí, pero eso terminó hace tiempo.

—No lo entiendo. Advertirme ¿de qué? ¿De la Ojrana?

—De lo que hicieron los Eisenhuth. —Tenía frío, y se metió las manos en las mangas del abrigo—. De lo que hizo Ilna. Ella es la culpable de lo que ha pasado. Y tal vez yo también.

—Cuéntamelo todo.

—Ilna y yo... hemos tenido nuestras diferencias a menudo a lo largo de los últimos tres años. Desde el principio ella temía perder a Demian por mí. Lo cual es absurdo, porque para él la familia lo es todo, la familia y la empresa. Ilna sabe que la prosperidad de los Eisenhuth depende de él. Frederik ya no se ocupa de nada, solo de sus libros, y Albin... Ya lo has visto, para los Eisenhuth es un caso perdido. Ilna ve el asunto con absoluta frialdad y realismo. Quiere a Demian, pero también lo necesita.

—¿Es que cree que se marcharía contigo?

—No, pero no le caigo bien. Fue así desde el primer día. ¿Recuerdas la cena en la que Demian me pidió la mano?

Cómo podría olvidarlo. Recordaba cada detalle, cada palabra, cada mirada.

—Vagamente —contesté.

El aliento de Mara permaneció un instante suspendido como si fuese niebla ante su rostro.

—Ese día decidió que soy un peligro para ella. Y al mismo tiempo su salvación. Si me hubiera rechazado abiertamente, Demian nunca se lo habría perdonado. Y un Demian triste y rencoroso no le sirve de nada. Es una mujer lista, pero no puede dirigir ni las editoriales ni las imprentas. Eso solo lo puede hacer Demian. Y si él le da la espalda, adiós a los Eisenhuth. Ilsa lo perdería todo. Por eso accedió a que la boda se celebrase. Pero también se ocupó de retrasarla, con la esperanza de que Demian acabase perdiendo el interés en mí. Por ese motivo me envió al internado suizo. Pero Demian me fue fiel.

Desde hace casi tres años vivimos como si fuéramos marido y mujer, y para él es lo que cuenta. Solo el año pasado, cuando la gente empezó a hablar demasiado de ello, Demian insistió en que nos casáramos de una vez. E Ilna no tuvo más remedio que renunciar a sus pequeños y secretos actos de resistencia.

—¿Qué tiene eso que ver con los Kalinin? —inquirí.

—A veces, cuando las vejaciones y las pullas de Ilna me resultaban insoportables, la amenazaba con dejarlo todo y volver a San Petersburgo. Y con que antes me encargaría de que Demian supiese que el motivo era ella. Ilna sabía que Demian no se lo habría perdonado nunca. —Mara cogió aire con fuerza y yo tuve la sensación de que le costaba continuar—. Ilna no habría podido detenerme, pero sí podía encargarse de que en Rusia no quedara nadie que me pudiera acoger. Pensó que sin los Kalinin yo sería razonable y me quedaría. Y para ello debía deshacerse de Alexéi y Xenia.

Me sentí desconcertado, pero no durante mucho tiempo, y supe adónde quería llegar. Spiridon lo había insinuado, y empecé a entender lo que había sucedido de verdad.

—Los libros procedentes de Alemania que interceptaron en la frontera... —dije con voz quebradiza—. Los manifiestos bolcheviques que supuestamente Alexéi mandó imprimir...

Mara asintió.

—Lo maquinó todo Ilna. Solo podía eliminar a los Kalinin de una manera: tenía que ocuparse de que figuraran en la lista negra del zar. Aquí se sabe desde hace tiempo lo que está pasando en Rusia y también lo mucho que teme el zar la revolución. Ilna pensó que, si conseguía acusar a Alexéi y Xenia de traidores, de bolcheviques y enemigos del zar, la policía secreta haría el resto. Así que mandó imprimir unas cuantas cajas de libros y falsificar los documentos del

pedido, y envió las cajas a Rusia por las habituales rutas secretas. Solo que las rutas llevaban meses sin ser secretas y estaban controladas desde hacía tiempo. Abrieron las cajas, confiscaron su contenido y Alexéi acabó en la fatídica lista de la Ojrana.

Mara enmudeció y guardó silencio durante un rato mientras yo seguía intentando no solo oír las cosas que me contaba, sino también entenderlas en toda su maldad y su perfidia. Ilna Eisenhuth había denunciado a mis tíos y a Ofeliya para obligar a Mara a quedarse en Leipzig. De esa forma, pretendía tener de buen humor a Demian y proteger su riqueza.

—¿Qué me dices de Frederik? —pregunté al cabo—. ¿Y de Demian?

—Ninguno de los dos sabía nada. Al menos no hasta que fue demasiado tarde. Los libros ya estaban en camino. Demian acabó topándose con los documentos falsificados, realizó indagaciones en la imprenta y dio con los individuos que lo habían puesto todo en marcha por orden de su madre. Despidió a los responsables, pero ya no se podía hacer nada: las cajas iban camino de Rusia y habría llamado la atención que él hubiese intentado detenerlas.

—Pero ¿podría haberlo hecho? —pregunté con aspereza.

—No lo sé. Él asegura que era imposible, y quizá sea verdad. Por otro lado..., la gente obedece sin chistar a los Eisenhuth, y con empeño y dinero... quién sabe si podría haberlo conseguido. —Se detuvo un instante y se paró a pensar antes de seguir—. Y lo mismo le sucedió a Frederik. Demian se lo contó, su padre está al corriente de todo, y también decidió mantener la boca cerrada sin más. En esta familia se corre un tupido velo sobre todo lo que resulta desagradable. Antes Frederik era distinto, pero de eso hace años. La guerra también le ha afectado mucho.

Me entraron ganas de vomitar. No le reprochaba nada a Mara, ella no tenía la culpa de esas intrigas, aunque se considerase el detonante. Ilna, en cambio, y Demian y también Frederik..., todos ellos eran culpables de lo que les había sucedido a Ofeliya y a sus padres.

Había una última cosa que no me entraba en la cabeza, que sencillamente no podía entender.

—¿Por qué demonios te quieres casar con Demian, a pesar de todo esto?

—Si anulo la boda, Ilna me ha amenazado con denunciarme a las autoridades y decir que soy una espía rusa.

—¿Cómo?

—Ayer sin ir más lejos me lo recordó, pero ya lo había insinuado antes, cuando llegó tu telegrama.

—La mataré. —Y durante unos instantes pensé de verdad que lo haría.

—No, Artur. —Mara se detuvo y me agarró con fuerza el brazo—. Ese no es el único motivo por el que quiero que se celebre esta boda. Ni tampoco el más importante. Haré pagar a los Eisenhuth por lo que han hecho. Pero seré yo quien decida cuándo, es mi plan. —Sus ojos azul hielo nunca me habían mirado con más frialdad que en ese momento—. ¿Lo entiendes, Artur? Es mi venganza.

No dije nada más. Nada hasta que estuvimos en la villa y nada a la mañana siguiente, cuando, durante el desayuno, Ilna me hizo saber con falsa amabilidad que estaba invitado a quedarme en la villa hasta la fecha de la boda. Faltaban cuatro días y, como padrino que era, a fin de cuentas formaba parte de la familia, me dijo. En

realidad probablemente le preocupara que pudiese perder su garantía si yo me largaba antes de que se celebrara el enlace.

Ese día Mara estaba ocupada con pruebas y arreglos en el vestido de novia, algo que Ilsa, con su afán de perfeccionismo, no se quería perder. Me costaba mirar a la cara a Ilna —solo veía en ella a la mujer que había traicionado a mi familia, a sus amigos— y me alegré cuando las dos desaparecieron con la modista en un tocador de la primera planta.

Estaba sentado a solas en la salita, delante del cuadro de la bahía, fingiendo leer, aunque en realidad estaba pensando en la manera de abordar la nueva situación. Mara no me había revelado ningún detalle de su plan, y supuse que se trataba de algo a largo plazo para ganarse a Demian y acabar con los Eisenhuth desde dentro. En modo alguno quería imaginar cómo doblegaba exactamente la voluntad de Demian, y seguía demasiado confuso tras el recorrido por los pasajes y la sangre que habíamos derramado en la tinta. Mara había pedido que le llevaran a casa dos ejemplares recién salidos de la imprenta del *Umbra vitae*, de Heym; lo haría un mensajero en cuanto estuviesen encuadernados. Por ello la amé y la maldije a partes iguales: el libro siempre me recordaría lo afortunado que era Demian y cuánto la echaba yo en falta.

A no ser que el libro fuese una promesa. Una promesa para el futuro.

Antes de que mi confusión pudiera tornarse autocompasión o ira, en el vestíbulo sonó el teléfono. Poco después entró el criado y dijo que la llamada era para mí.

—Soy Davidov —dijo mi interlocutor—. Me pidió que me informase del tal Iván Ivánovich Petrov. ¿Tiene alguna idea de con quién se las ha de ver?

—No. Precisamente por eso quería...

—Debería pensarse con detenimiento si de verdad desea ponerse en contacto con él.

—¿Quién es?

Davidov exhaló un suspiro.

—No es mucho lo que he podido averiguar deprisa y corriendo, pero lo poco que conozco basta para saber que podría usted buscarse grandes problemas.

—¿Es un delincuente?

—Depende de lo que entienda por eso.

—Por el amor de Dios, dígalo de una vez.

Davidov carraspeó y dio la impresión de que se pegaba más el auricular a la boca; bajó la voz.

—Como recordará, hablamos de los inmigrantes rusos que habían traído a Alemania sus ocultos intereses. Entre ellos hay un buen número de extrañas sectas y cultos de los que aquí no se había oído hablar antes. Los jlist son una de estas sectas, una de las mayores, de hecho. En Rusia cuentan con miles de miembros, expresan sus creencias a través de bailes giratorios y demás locuras, y adoran a su líder, lo consideran su salvador divino.

—¿Y Petrov es uno de estos... jlist?

—No —negó Davidov, e imaginé que levantaba el dedo índice con ademán aleccionador—. Pero de los jlist se derivan los skoptsi, que a estas alturas cuentan con más seguidores aún. Muchos de ellos se han practicado la castración, pero no todos.

—¿Petrov se ha castrado?

—Primero escúcheme con atención. El fundador de los skoptsi afirma que es la reencarnación del zar Pedro III, esposo de Catalina la Grande. Corre el rumor de que ella ordenó asesinar a Pedro en 1762 para obtener el poder. De modo que, si el líder de los skoptsi se hace pasar por Pedro III, tal cosa podría legitimar de alguna

manera su derecho al trono. Debido a ello, como es natural, no es que goce de las simpatías del zar, razón por la cual él y su círculo más íntimo se han visto obligados a pasar a la clandestinidad.

—¿Y Petrov es este líder? —pregunté con impaciencia.

—Ah, no —contestó Davidov con la tranquilidad del que quiere enseñar matemáticas avanzadas a un niño—. Pero Petrov era uno de sus incondicionales. El contexto, querido mío. El contexto lo es todo cuando se trata de las increíbles ramificaciones del mundo del ocultismo. De lo contrario, bastan unos cuantos nombres y divisiones para que uno no entienda nada.

—No estoy seguro de que yo ahora entienda algo.

—Haga un esfuerzo. Veamos, Petrov pasó a la clandestinidad en Moscú y poco después apareció aquí, en Leipzig. Y antes de que me lo pregunte otra vez: no sé si está castrado, pero me permito dudarlo, ya que aquí se rodea, sobre todo, de mujeres jóvenes, que lo adoran como si fuese un mesías.

Me resigné a mi suerte y no formulé más preguntas, con la esperanza de que Davidov llegara por su cuenta al meollo de la cuestión; es decir, al paradero de Petrov, para que yo pudiera deshacerme por fin del aciago paquete que me había endosado Spiridon.

—De manera que podríamos excluir la autocastración con bastante probabilidad —afirmó—. Pese a todo, resulta interesante analizar los antecedentes de Petrov. A sus seguidoras las llama a todas Sofía o «mis Sofías», porque las convence de que son la personificación de una diosa de la Cábala con ese nombre. Todo esto resulta algo confuso y tampoco viene al caso, pero se sabe que en su día Petrov era profesor en la Universidad de Moscú, antes de que lo despidieran, al parecer porque veía manifestaciones de Sofía por todas partes, en el aula, en la calle y demás. Ello no impidió que

llegara a formar parte de un círculo místico en la corte del zar, el denominado «salón de Ignátiev el Negro», llamado así por el conde Alexander Pávlovich Ignátiev, que era el que llevaba la voz cantante en el grupo. Petrov ha ido adquiriendo influencia en él y fue uno de los que le pusieron la mosca detrás de la oreja al zar de que la culpa de todo la tienen los judíos.

—¿De todo?

—Sí. Elija cualquier cosa, los judíos están detrás de todo: enfermedad, pobreza, guerra, crisis de gobiernos, la inminente revolución, desde luego. Supuestamente son todo maquinaciones de los judíos. Al menos eso cree ahora el zar, porque así se lo han hecho creer algunos de sus consejeros. Circulan toda clase de tratados que aseguran que una conspiración judía internacional se ha infiltrado en los Gobiernos de las principales naciones, los solivianta a unos contra otros y (como no podía ser de otra manera) se ha aliado con los masones. Dicen, por ejemplo, que los judíos están construyendo con tesón una red de túneles por la que se mueven en trenes subterráneos para volar a la vez todas las capitales de Europa.

—Túneles —repetí—. Para llevar bombas.

Davidov parecía satisfecho.

—Y esas son las afirmaciones más plausibles que hombres como Petrov han lanzado al mundo. Sin embargo, al huir de Rusia el buen hombre perdió gran parte de su influencia y hasta ahora se daba por sentado que se había, digamos, retirado del ocultismo y disfrutaba de la vida con sus jóvenes discípulas aquí, en Leipzig. ¿Por ahora me sigue?

—Creo que sí.

—Corre el rumor de que, en secreto, Petrov continúa esforzándose para adquirir influencia tanto en Rusia como en Europa

occidental. Y de que ha escogido Leipzig como sede porque desde aquí se pueden propagar con facilidad nuevas ideas.

—¿Es así?

—El poder de los libros, mi querido amigo. Se imprimen aquí para editoriales de medio mundo occidental y se envían a todo el planeta. Si quiere divulgar algún tratado siniestro, el barrio Graphische es el lugar adecuado. Entre los cientos de editoriales habrá alguna que lo imprima y lo lleve a las tiendas. O lo venda bajo mano, si fuera necesario.

Me paré a pensar un instante.

—Así que Petrov es un loco que se rodea de muchachas jóvenes y las llama a todas por el mismo nombre, y que ve tras cada esquina a masones y judíos mostrando los dientes. ¿Hasta aquí lo he entendido bien?

—A la perfección, muchacho —repuso, entusiasmado, Davidov—. Supe en el acto que tenía dos dedos de frente.

—Y yo que pensé que sobre todo había sabido apreciar mis cualidades como bebedor de cerveza.

El lector rio con ganas.

—La cerveza no le gusta especialmente, ¿me equivoco?

—¿Me lo notaron?

—Block y yo nos divertimos de lo lindo.

—Muy bonito. —No sabía muy bien qué pensar de eso, razón por la cual volví a centrarme en el tema—. Y ahora ¿me dirá dónde puedo encontrar a Petrov?

—Después de todo lo que le he contado, ¿de verdad quiere ir a verlo?

—Prometí hacerlo.

—Dijo usted que quiere entregarle el libro de un amigo, ¿es así?

—Sí.

Davidov recobró la seriedad.

—Estamos hablando de un manuscrito, no de un ejemplar impreso, ¿no? ¿Lo ha leído?

—No, está en una caja sellada. Y no es de mi incumbencia.

—Ha cruzado media Europa con él para dárselo a un charlatán como Iván Ivánovich Petrov. Quizá debiéramos echarle un vistazo antes.

Tuve la sensación de que me trataba con cierta condescendencia, y yo tenía otras cosas de que preocuparme; desde luego, no de un texto absurdo lleno de prejuicios más absurdos todavía. ¿Quién se tomaría en serio semejante disparate, salvo unos cuantos tarugos incorregibles a los que un libelo menos tampoco dotaría de mayor inteligencia? Seguro que el propio Spiridon no tenía ni idea de lo que se escondía tras *Los planes de los padres eternos* (no es que fuera un lector entusiasta) y seguro que sus instigadores eran tan cabeza de chorlitos como Petrov.

—Puede que le eche una ojeada —afirmé para que Davidov me dejara tranquilo—. Y ahora ¿tendría la amabilidad de facilitarme la dirección? Me gustaría liquidar este asunto cuanto antes.

—¿Está seguro de lo que va a hacer? —No parecía muy convencido de mi sinceridad.

—Ahora parece usted bastante displicente —observé.

Davidov habría tenido todo el derecho a enfadarse —era yo quien quería algo de él, no al contrario—, pero se limitó a proferir otro suspiro.

—Petrov y sus Sofías residen en una vivienda de gran tamaño en, agárrese, la Sophienplatz, la «plaza de Sofía». En serio. El sitio no está mal, no es el Musikviertel, pero algo de dinero hace falta para vivir allí. O al menos simpatizantes ricos.

—Me quiere decir que tenga cuidado, ¿no?

—Lo que le quiero decir es que Petrov tiene contactos dudosos, con toda seguridad. No se indisponga con él.

—Lo tendré en cuenta, se lo prometo.

Davidov me dio un número de teléfono, me pidió que fuera pronto a la editorial para hablar del trabajo que teníamos que realizar con nuestros cuentos y colgó.

Anoté la dirección en un papel y me quedé mirándolo un rato, aunque sin verlo, porque mi cabeza ya estaba otra vez con Mara y todo lo que nos amenazaba.

38

1957

La tienda de curiosidades del parisino barrio de Le Marais se hallaba al final de un callejón sin salida, un lugar insólito como guarida de quien había sido un delincuente de poca monta. Thomas estaba seguro de que había vías de escape ocultas. Los hombres como el tal Lasarev siempre contaban con alguna.

—Todo esto procede del gabinete de curiosidades de Napoleón —aseguró el ruso cuando lo tuvieron frente a frente en la tienda.

Tenía el cabello gris entreverado de mechones cobrizos. Tras sus gafas con montura de alambre observaban unos ojos astutos. Con el brazo extendido señaló las abarrotadas estanterías y las cajas a rebosar. Thomas nunca había visto tantos cachivaches excéntricos en un mismo sitio.

—¿Napoleón I, II o III? —preguntó Liette mientras daba unos toquecitos con el dedo en una cúpula de cristal bajo la que la miraba una calavera con dientes de oro. En una de las cuencas de los ojos había un globo terráqueo.

—Bonaparte, naturalmente —respondió el ruso. Hablaba un francés fluido, con un marcado acento.

—Monsieur Lasarev —empezó Thomas, pero él lo interrumpió.

—Spiridon. Llámeme Spiridon. Como todo el mundo.

—¿Todo el que quiere comprar curiosidades o todo el que busca papeles falsos?

Spiridon sonrió.

—Díganme, ¿qué es lo que buscan?

Liette contestó risueña.

—Buscamos a una mujer para la que en su día usted hizo un carné. Por lo menos una vez.

Él no rehuyó su mirada, parecía divertirse.

—De eso debe de hacer mucho. Será de mi otra vida.

Thomas quería decir algo, pero Liette puso una mano en la de él. «Déjame a mí.» No solo llevaba el coche, sino que también le gustaba llevar las conversaciones, cosa que a Thomas apenas le importaba ya. Ser consciente de ello le resultaba un tanto arrollador, pero al mismo tiempo le gustaba. Era como conocer nuevas facetas de un viejo amigo. Solo que antes nunca habría trabado amistad con alguien como él mismo, Dios lo librara. En comparación con ese, el nuevo Thomas no tenía nada de malo.

—Aquí estamos hablando únicamente de su otra vida —puntualizó Liette—. Antes todavía no se apellidaba Lasarev, ¿no es verdad, Spiridon?

—¿Por qué iba a querer hablar de ello con usted?

—Porque si lo hace le compraré esta espantosa calavera.

—Es cara. Porque perteneció a Napoleón. El precio no es el que marca, hay que actualizarlo.

Ella se encogió de hombros.

—A mí también me ha parecido un tanto barata, tratándose de una pieza auténtica. Casi me ha hecho recelar.

Thomas se mordió las mejillas por dentro, pero la dejó hacer. Era su dinero, y tenía en abundancia.

La sonrisa de Spiridon se ensanchó más aún, pero logró no parecer demasiado desvergonzado.

—Yo diría que hoy en día vale cuatro veces más, y aun así sigue siendo una ganga.

—¿Me la envolverá en un papel bonito?

El ruso asintió.

—Tengo muchos papeles distintos.

—Ya los tenía antaño —observó Thomas.

—Bien —se apresuró a decir Liette—, una vez aclarado este asunto, podemos ir al grano.

Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó la fotografía que le había dado el excomisario: Mara (o la mujer que Benoit creía que era Mara) con los inquietantes títeres delante de un fondo de papel. Posando con los brazos extendidos y con el pelo largo y liso cayéndole por la cara.

Depositó la instantánea en el mostrador, delante de Spiridon. Este ni siquiera la miró, sino que dejó caer la mano con fuerza en ella para taparla.

—Primero el dinero de la calavera.

Thomas notó cómo la ira le subía por la garganta.

—A ver, con tranquilidad.

Spiridon le dedicó una sonrisa amable y se dirigió de nuevo a Liette.

—Tengo sesenta y cinco años y he hecho tratos con muchas personas, primero en San Petersburgo y, después, desde hace casi tres décadas, aquí, en París. Las personas que acudían a mí unas veces eran tan cordiales y simpáticas como usted, madame, y otras veces, en cambio, ni siquiera quería darles la mano. He trabajado para antisemitas, para bolcheviques, para traidores a la patria. En el caso de muchos, lamenté que hubiesen entrado por mi puerta, pero debo vivir y pagar las facturas, de modo que acepté sus encargos. Con todos ellos fui sincero, y también lo seré con usted. Pero mi

sinceridad tiene un precio, ya lo pague un canalla que no respeta la dignidad humana o alguien tan amable como usted.

Liette sacó el talonario, pero Spiridon hizo un gesto negativo.

—En efectivo, se lo ruego.

Ella se guardó el talonario pacientemente, abrió el monedero y sacó todos los billetes que tenía.

—¿Cuánto llevas encima? —preguntó sin mirar a Thomas.

Profiriendo una imprecación, este se sacó el dinero del bolsillo y puso lo que le faltaba. Spiridon cogió el dinero, lo contó —con mucho más esmero del que era necesario, en opinión de Thomas— y lo hizo desaparecer detrás del mostrador.

—Muchas gracias —dijo—. Ahora miraré bien esa foto. —Se quitó las gafas, las limpió con el jersey y, tras ponérselas de nuevo, por fin observó la fotografía—. No se le ve la cara —constató—, ni siquiera después de limpiar las gafas.

—No tenemos ninguna mejor —admitió Liette.

—Si se fija bien —apuntó Thomas—, uno se puede hacer una idea de la cara. Si ha visto a esa mujer alguna vez, puede que baste para reconocerla.

Spiridon refunfuñó algo, se acercó un poco más la instantánea a los ojos y la inclinó a un lado y a otro, como si de esa forma fuese a cambiar de sitio el pelo.

—Me acuerdo. —Después guardó silencio unos segundos, pero de pronto parecía mucho más serio—. Posiblemente.

—¿Y...? —inquirió Liette.

—Vino a verme aquí, a París, durante la guerra, y me habló de inmediato en ruso. —Vaciló un tanto, como si le costara acordarse de los detalles—. Le pregunté por sus orígenes, pero ella no quiso hablar del tema. Deseaba que en su nuevo carné el apellido fuera alemán.

—Mara Schneider —terció Thomas.

—Es posible, ya no me acuerdo. Pero pensé que, además de ruso y francés, seguro que, si quería hacerse pasar por alemana, también hablaba alemán con soltura. Sobre todo en los tiempos que corrían.

—¿Recuerda cuál era su verdadero apellido? —quiso saber Liette.

—¿Cree que la gente entraba aquí y primero se presentaba? Decían cómo pretendían llamarse y listo.

Thomas miraba a Spiridon intentando determinar si decía la verdad, pero aquel hombre, acostumbrado a vender cosas que no habían existido nunca —objetos devocionales falsos e identidades falsificadas—, vivía desde hacía décadas de la mentira y había perfeccionado su mascarada de vaguedades.

—¿Volvió alguna vez por aquí? —preguntó Liette.

—No, nunca. Y si no hubiese sido tan atractiva, es posible que no la hubiera recordado. Era una mujer muy bella.

—Me figuro que tampoco sabrá dónde podemos encontrarla hoy en día.

—Cielo santo. Hará unos quince años y media guerra que estuvo aquí. ¿Cómo quieren que sepa qué ha sido de ella? No llevo la contabilidad de mi clientela.

—Pero si hubiese vuelto a aparecer, usted lo sabría, ¿no? —insistió Thomas—. Me refiero a que la habría reconocido con seguridad.

—Con toda seguridad, eso sí. A no ser que se hubiese vuelto fea, en tal caso no. Pero les diré una cosa: las mujeres como esa siempre conservan la belleza, la llevan en la sangre. —Miró a Liette con una sonrisa—: Usted, madame, lo ve cada día al mirarse en el espejo.

—No creo que quiera saber qué es lo primero que veo cuando me miro en el espejo.

Spiridon puso cara de dudarlo.

—En fin, siento mucho no poder ayudarlos. Pero al menos ha adquirido una bonita pieza de coleccionista.

—Ha sido demasiado poco —se quejó Thomas—. No es suficiente para el dineral que ha pagado. Tiene que darnos algo más.

La amabilidad de Spiridon se entibió.

—¿Acaso quiere que me invente algo? ¿Una dirección falsa? ¿Una historia sobre esa... Mara? —Se detuvo un instante, como si al pronunciar el nombre de pronto le viniera algo más a la cabeza. Un recuerdo que hasta ese momento guardaba en otro sitio—. Mara —repitió en voz baja—. Quizá si me cuentan ustedes todo lo que saben de ella...

Thomas no quería seguirle el juego, pero Liette tomó la palabra.

—Era de San Petersburgo. Durante un tiempo llevó el apellido Kalinina, Mara Kalinina. Después, en plena Primera Guerra Mundial, se fue a Alemania. Y...

—Pinta —añadió Spiridon, que se había quedado lívido—. Naturalmente. ¡Es ella!

Thomas y Liette se miraron.

—Entonces, ¿la recuerda? —le preguntó Liette.

Spiridon negó con la cabeza.

—Era amiga de un amigo, hace años, en San Petersburgo... Mara Kalinina. Él hablaba a menudo de ella. La muchacha pintaba unos autorretratos pequeños y los vendía en la calle. Yo mismo tuve uno, pero casi ni me acuerdo de cómo era.

—¿La conoció en aquella época?

—Si era la misma Mara, sí. Antes de que se fuera a vivir con los Kalinin la había visto en la calle algunas veces. Pero entonces solo era una muchacha flaca como tantas otras. Tenía infinidad de esos pequeños retratos que siempre eran de ella, solo de ella. Los vendía, sobre todo, a hombres entrados en años. —Spiridon cogió de nuevo

la fotografía y la examinó con renovado interés—. Aquí, en París, no he vuelto a verla, aunque... Es posible, ¿sabe? Cuando la vi en San Petersburgo, casi era una niña. Debía de haber cumplido los catorce, los quince tal vez. Más de veinte años después no estaba muy cambiada, ahora que lo pienso. Cabello largo, entre pelirrojo y rubio. Cuando vino a la tienda se lo había recogido, pero en San Petersburgo solía llevarlo suelto. Mi amigo estaba loco por ella.

—¿Por casualidad su amigo se llamaba Artur? —le preguntó Liette.

Él la miró fijamente.

—¿Lo conoce?

—Estamos aquí por él. Agoniza, y le gustaría volver a ver a Mara por última vez. Por ese motivo la estamos buscando.

Spiridon cerró los ojos unos instantes y se apoyó en el mostrador con una mano.

—¿Los envía él aquí?

Thomas se paró a pensar si supondría alguna ventaja para ellos que dijeran que sí, pero después se limitó a contestar:

—No, no sabe que estamos aquí.

El ruso exhaló con fuerza y después tragó saliva con tanta vehemencia que las gafas se le resbalaron.

—Me temo que no querría oír hablar de mí. Ni siquiera estaba seguro de si seguía vivo. Confiaba en que así fuese, pero... antaño le endosé un encargo para que se lo llevara a un mal bicho. A un hombre que era pura maldad. —Miró a lo lejos entre ambos—. Quería olvidarlo, pero al final en la vida a uno le acaban dando alcance todos los errores que cometió.

—Está usted a tiempo de resarcirlo —aseguró Thomas, sin que tuviera la menor idea de a qué se refería Spiridon. Liette también iba a decir algo, pero esta vez Thomas se lo impidió guiñándole un ojo

con disimulo. Siempre se daba perfecta cuenta de cuándo la persona que tenía enfrente mostraba un punto débil. A Spiridon Lasarev no lo verían tan vulnerable una segunda vez—. Si recuerda alguna otra cosa de Mara Kalinina, la que sea, díganoslo, por favor. Hágalo por Artur.

Durante un instante dio la impresión de que Spiridon se iba a enfadar. Lo estaba arrollando alguna emoción, el cuello se le puso rojo. Pero el arrebato de ira desapareció igual de deprisa que había surgido. De pronto parecía abatido.

—No sé más —repuso—. Es la verdad. Ella no era más que esa muchacha a la que Artur no podía olvidar, y cuando se fue a Alemania, hace cuarenta años, lo hizo, sobre todo, para volver a verla. ¿Saben si la encontró entonces?

—Solo nos ha dado su nombre —contestó Liette—. Apenas puede hablar ya.

—Espero, por él, que volviera a verla. Se lo deseo de corazón.

—Es posible que ella no fuese una buena persona —apuntó Thomas.

—Tampoco lo era yo —admitió en voz baja Spiridon—. Artur se merecía a personas mejores que nosotros. Ay, maldita sea. —Dio un paso atrás y se apoyó pesadamente en el armario que tenía a su espalda. Dentro cayó algo, pero él ni se molestó en ver qué era—. Es todo lo que puedo decirles.

Liette cogió la fotografía del mostrador y se la guardó.

—De todas formas, muchas gracias. —Señaló la calavera—. Me la llevaré en otra ocasión.

Thomas saludó a Spiridon con la cabeza y se volvió hacia la puerta.

Justo cuando se iban a ir, el ruso salió tras ellos.

—Enséñeme otra vez esa foto.

Liette frunció el ceño y se la dio.

Él la miró de nuevo, pero esta vez no fue en Mara en quien se fijó.

—Esos títeres. Los he visto en alguna parte. Hace algún tiempo un tipo intentó venderme uno. Dijo que el títere era de un atelier en Montmartre, en la rue Gabrielle. Era un objeto bastante feo. Pensé que se refería al estudio de algún artista en el que se hacían los muñecos, pero quizá fuese el atelier de un fotógrafo. —Le devolvió la instantánea a Liette—. Prueben suerte allí. Tal vez recuerden a Mara y sepan dónde pueden encontrarla.

—¿La rue Gabrielle?

—Sí.

Ella le dedicó una sonrisa fugaz.

—Gracias.

Ya habían enfilado la adoquinada calle cuando el ruso les dijo:

—Y díganle a Artur que lo siento. Que lo siento de verdad, de todo corazón. Nunca debería haberlo enviado a ver al tal Petrov.

39

—Deberíamos hablar de esto —opinó Thomas cuando, tras una interminable búsqueda en el laberinto de calles de Montmartre, Liette entró en la rue Gabrielle.

—¿De Lasarev?

Él negó con la cabeza.

—De quién es Mara.

—Casi no sabemos nada de ella.

—Precisamente por eso. ¿Quién es la mujer a la que estamos buscando? Primero se suponía que debía ayudarte a localizar a la propietaria de una villa que amenaza ruina, después a la amante de un anciano al que no le queda mucho de vida, y ahora de repente perseguimos a una asesina que quizá tenga en su conciencia la muerte de una docena de hombres.

Ahí estaba de nuevo esa alegría macabra que asomaba de vez en cuando a los ojos de Liette.

—¿Le tienes miedo?

Lo cierto es que Thomas aún no se había parado a pensar en ello, aunque quizá fuese el momento de hacerlo.

—Solo me gustaría saber si eso es lo que estamos haciendo: perseguir a una asesina. ¿O seguimos buscando a una mujer de la que Artur estuvo enamorado cuando era joven y nos da lo mismo lo que esa mujer haya hecho después?

—Una pregunta interesante. —Liette se detuvo al final de la calle, debajo de una señal de prohibido aparcar—. Dime una cosa: ¿de

pronto pide la palabra tu sentido de la moral?

—Eso era innecesario.

Liette apagó el motor. Eran aproximadamente las ocho de la tarde, en el cielo aún había luz, el sol desaparecía tras las casas. La mayoría de ellas tenía cuatro o cinco pisos, un puñado estaba pintado de vivos colores y todas las demás eran grises y anodinas. Era una de esas calles estrechas y un tanto escondidas de Montmartre en las que vivían artistas y los turistas no los importunaban.

—Lo siento —se disculpó ella con gravedad—. Lo dejaré de hacer, ¿de acuerdo?

Thomas no pudo evitar sonreír.

—Desde luego que es una cuestión de sentido de la moral, pero no solo eso. Porque si de verdad Mara ha matado a todos esos hombres, dudo que tenga muchas ganas de que la encontremos. De que alguien la encuentre. Y si se entera de que vamos tras ella, no le gustará.

—Estamos hablando de una mujer de unos sesenta años. ¿Hasta qué punto puede ser peligrosa? No me la imagino matando a Ulita Glinka. No de esa manera.

—Es posible que tenga bastante dinero. Con él se puede pagar a personas que matan a otras. También de esa manera.

—No lo sé —reconoció ella—. A mí más bien me parece alguien que actúa en solitario. Alguien que aparece y desaparece.

—En cualquier caso, es una mujer sin escrúpulos. No deberíamos restarle importancia a ese hecho.

Liette sonrió de pronto, se inclinó hacia él y le dio un beso en la mejilla.

—Esto es por preocuparte por mí.

—Por los dos —precisó él.

—Ya. —Ahí seguía esa sonrisa, que parecía un tanto burlona—. Claro.

Bajaron del coche y echaron a andar por la calle. Un vehículo oscuro pasó por delante. Thomas lo siguió con la mirada, pero no pudo ver al conductor. La tarde aún era tibia, el aire de la gran ciudad no tan sofocante como horas antes. Liette ya no llevaba guantes ni gafas de sol. Era la primera vez que él le veía los ojos a la luz del día. Le pareció que eran unos ojos sumamente valientes, a los que el temor no asomaba con facilidad. «Sabe Dios lo que habrá vivido», pensó.

Dejaron atrás varios negocios pequeños, pero casi todos los edificios de la rue Gabrielle eran viviendas. Los transeúntes eran pocos, había coches aparcados a ambos lados. En los pisos superiores las ventanas estaban abiertas, de algunas salían voces o una música de sonidos metálicos.

Cuando habían recorrido media calle, descubrieron junto a una puerta cochera un letrero desvaído en el que se distinguían a duras penas las palabras ATELIER ARNAUT. Encima alguien había pegado con letras de plástico de menor tamaño la palabra *MUSÉE*. Franquearon el portón y entraron en un patio.

—¿Un museo de títeres? —planteó Liette mientras miraba el letrero pintado a mano sobre una puerta de madera cerrada de un piso interior. Encima también figuraba el nombre del propietario: CHARLES ARNAUT. La hiedra cubría la mampostería en ambos lados.

Thomas miró la puerta con escepticismo.

—¿Por qué un fotógrafo renuncia a su estudio y lo convierte en un museo de títeres?

—Aquí ni siquiera se indica el horario de apertura.

Liette buscó un timbre y encontró una cadena que la hiedra ocultaba casi por completo. Cuando tiró de ella, dentro se oyó una

campana.

Un minuto después les abrió un hombre vestido con un peto azul lleno de manchas de pintura color carne. Tenía el cabello oscuro de punta hacia todas partes, como si se hubiese pasado sin querer una mano llena de cola.

—Está cerrado.

Liette le puso delante la fotografía.

—¿La hizo usted?

Él la miró un instante.

—¿Qué quieren?

Ambos se presentaron y a continuación Liette añadió:

—Estamos buscando a la mujer de esta foto.

Durante un segundo Thomas estuvo convencido de que el hombre les daría con la puerta en las narices.

—No sé qué habrá sido de ella.

—Pero la recuerda —confirmó Thomas—. Y eso que debe de hacer ya algún tiempo.

Los párpados del hombre se movían con nerviosismo.

—Diecinueve años.

—¿Sabe cómo se llama? —inquirió Liette.

—Si la están buscando, deberían saber cuál es su nombre.

—Mara —dijo Thomas—. Pero al parecer nunca ha sido capaz de decidirse por un apellido.

—Mara Monnier —repuso el hombre. Era uno de los apellidos que les había dado Benoit.

—¿Es usted monsieur Arnaut? —quiso saber Liette.

El hombre asintió. Thomas calculó que tendría cuarenta y pocos años, no muchos más que él. Cuando hizo la fotografía, aún era joven. Fácil de impresionar por una belleza como Mara.

—¿Cómo llegó a ser su modelo? —le preguntó Thomas.

—Por aquel entonces vivía en el barrio. La había visto varias veces por la calle. Un día vino al atelier, quería fotografías porque necesitaba papeles nuevos. Los que tenía los había perdido. Yo solo hacía esa clase de cosas para ganar un dinero extra. En realidad lo mío era la fotografía artística. Pero al verla a través de la cámara supe en el acto que era la adecuada.

—¿La adecuada?

—Para las otras fotos. Con mis títeres. —Volvió la cabeza, como si temiera que alguien pudiese negar esa afirmación. Probablemente los títeres estuviesen detrás de él, escuchando—. Entonces yo exponía mis fotos. A Mara le gustaron los títeres. Los examinó uno por uno con atención. Dijo que le encantaban los títeres, y en especial el guiñol. Yo pensé que solo quería ser educada, pero unos días después volvió y preguntó si podía hacerle algunas copias. —Señaló la instantánea que Liette tenía en la mano—. Esa debía de ser una de ellas. ¿De dónde la ha sacado?

Liette vaciló un instante.

—De la policía —contestó Thomas con rapidez, antes de que Arnaut decidiera cerrarles la puerta.

—Pero ustedes no son policías.

Liette negó con la cabeza.

—No.

La mirada del hombre pasó de ella a Thomas y después de nuevo a la fotografía.

—¿Está otra vez aquí, en París?

—Esperábamos que nos lo pudiera decir usted —admitió Thomas.

—A veces alguien la ha visto. —Algo en Arnaut hacía que pareciese un niño en el cuerpo de un hombre mucho mayor. Extrañamente inseguro, casi intimidado. Tenía miedo de responder a

las preguntas que le hacían y, al mismo tiempo, parecía sentir la necesidad de hablar de Mara.

—¿A quién se refiere con ese «alguien»? —insistió Thomas.

—Hombres que la conocían. —A Arnaut empezó a brillarle la frente—. A lo largo de los años he hablado con algunos de ellos.

Era evidente que sabía más de lo que contaba, y Thomas se preguntó si Liette también se habría percatado. No era solo ese nerviosismo febril, sino que más bien creía ver en sus ojos un deseo teñido de desesperación, como el de un drogadicto. ¿Era eso lo que Mara hacía con los hombres? ¿Estaban todos obsesionados con ella?

—¿Cómo? —inquirió Liette—. Me refiero a cómo se cruza uno con hombres que conocen a la misma mujer.

La mirada de Arnaut titiló.

—Las fotos de las exposiciones. Los hombres me preguntaban por ella. Algunos la conocían, no sé en qué medida. Dos o tres vinieron después de volver a ver a Mara. Siempre de lejos. Ninguno se atrevió a abordarla, pero todos querían hablar de ella.

«Igual que tú», pensó Thomas.

—¿De qué tenían miedo?

Esta vez Arnaut permaneció en silencio un buen rato, y cuando Liette iba a decir algo, Thomas se lo impidió. Si se le concedía el tiempo suficiente, la gente con frecuencia hablaba *motu proprio*. Lo había visto infinidad de veces antes. Cuando investigaba para sus artículos, el silencio durante las conversaciones a veces era más importante que las preguntas que formulaba.

—A algunas mujeres solo habría que conocerlas una vez en la vida —observó Arnaut.

Liette miró con enfado a Thomas. «¿Se puede saber qué tontería es esta?» Pero él sabía bien lo que aquel hombre quería decir. Personalmente, no restringía esa afirmación a las mujeres, según su

experiencia era válida para personas de ambos sexos. Con algunas personas uno no quería coincidir dos veces, por temor de despertar algo que era mejor no remover. Sentimientos. Recuerdos. Peligros.

—¿No volvieron a verse? —le preguntó Thomas.

Arnaut bajó la mirada.

—No. Pero volverá en algún momento. Y yo la estaré esperando.

Thomas intentó ver el interior de la casa por detrás de Arnaut, pero estaba oscuro. Solo se vislumbraban algunos bultos inmóviles. Esperando, como él mismo.

—¿Dónde se la vio? —se interesó Liette—. ¿Aquí, en la ciudad?

De nuevo, Arnaut tardó en contestar.

—Siempre en el guiñol —respondió—. En el teatro de guiñol de los jardines de Luxemburgo.

—«¿Y yo la estaré esperando?» —Liette abrió el coche y se puso al volante—. Tal y como lo ha dicho, es como si hablara de la Parca, no de una mujer.

—Puede que lo dijese con ese sentido —aventuró Thomas cuando se sentó a su lado y miró por el parabrisas con aire pensativo.

—¿Te refieres a algo parecido a un deseo de morir?

—A un deseo, en cualquier caso. Quizá se rodee de todos esos títeres con la esperanza de que ella vuelva a aparecer algún día por ellos. Porque le gustaban los títeres, ya que no él.

Liette arrancó y se pusieron en marcha. El viejo adoquinado estaba lleno de baches.

—Parece absurdo. Y triste.

—Ahí delante. —Thomas señaló una desviación a la izquierda—. Métete por ahí.

Ella negó con la cabeza.

—Es una calle de sentido único.

—Precisamente por eso.

—Pero...

—¡Hazlo!

—Tú pagas. —Liette dio un volantazo y metió el Porsche por la estrecha bocacalle. A los veinte metros vieron que un Citroën blanco iba hacia ellos de frente.

—¡Aquí no puedo hacerme a un lado!

—Tú sigue adelante.

El conductor del Citroën tocó el claxon y gesticuló, pero, como Liette seguía yendo directa a él, pisó el freno con fuerza y no tuvo más remedio que meterse en el vado de una puerta cochera. Ellos pasaron por delante e hicieron caso omiso del concierto de pitidos que dejaron a su espalda. Thomas volvió la cabeza y vio que el coche salía... y le cortaba el paso a un tercer vehículo que había aparecido detrás de ellos.

Liette clavó la vista en el espejo retrovisor, sorprendida.

—¿Acabamos de quitarnos de encima a alguien?

—No era tan difícil, ¿no?

—¿Cómo has sabido que nos estaba siguiendo?

—¿Aparte de por meterse en una calle de sentido único después de nosotros? —Thomas esbozó una sonrisa sombría—. Nos había pasado por delante hace unos minutos. Me ha dado la sensación de que nos observaban.

—¿Has reconocido a alguien?

—No. Llevaba puesto un sombrero y el cuello del abrigo subido.

—¿Hombre o mujer?

—Ni idea. Gira ahí delante y pisa el acelerador. De ese modo deberíamos poder deshacernos de él.

—¿Antes de que nos envuelva en una alfombra y nos prenda fuego a los pies?

—Quién sabe.

—Estas calles no están hechas para pisar el acelerador.

—¿Acaso no se trata de una persecución mortal?

Con las ruedas chirriando, Liette entró en una calle no mucho más ancha que la anterior. El motor rugió cuando ella aceleró. Dieron fuertes sacudidas y en una ocasión el Porsche pegó un bote cuando pasaron por un bache especialmente hondo. Liette no paraba de proferir imprecaciones, algo que a Thomas le pareció de lo más encantador.

Hasta los jardines de Luxemburgo, en el barrio Latino, solo había unos kilómetros, pero tardaron tres cuartos de hora en cruzar el abarrotado centro de la ciudad.

Cuando por fin se vieron atravesando el parque, a pie, anochecía. Los caminos y los bancos estaban llenos de gente, en una pista de tenis jugaban varias parejas. El sonido de las pelotas al golpearlas los acompañó hasta que llegaron al teatro, una mole de hormigón que se alzaba en el centro del parque. El programa, que estaba fijado sobre la entrada, parecía ir dirigido a niños acompañados de sus padres, razón por la cual fue una sorpresa que a esa hora todavía hubiera allí alguien. Una señora de cierta edad estaba en la taquilla, ordenando papeles y fumando un cigarrillo. El humo nublaba el cristal.

Le enseñaron la fotografía en la que apenas se reconocía a Mara. Thomas no esperaba que la mujer les fuera a dar alguna indicación útil.

—Si es la que creo que es, la conozco —afirmó—. Viene a veces. No a menudo, solo cada pocos meses. Siempre sola, sin niños, al contrario que la mayoría. Esto es para familias, ¿saben? A veces

también para tortolitos que no quieren que los vea nadie. Pero esta... —clavó en la fotografía una uña amarilla de nicotina—, esta es especial. Reserva funciones en las que la única espectadora es ella. Paga el teatro entero, siempre a última hora de la tarde. Se nota que no quiere que la reconozcan, igual que en esta foto. Se pone capuchas y pañuelos en la cabeza y demás, pero, aun así, algunas personas han preguntado por ella. Vosotros no sois los primeros que sienten curiosidad por saber en qué anda metida. Normalmente son tipos que actúan con bastante disimulo. Y, como yo también soy una curiosa de cuidado, les digo a todos: «Venid a contarme lo que averigüéis». Pero no ha vuelto ni uno solo. Y me temo que con vosotros sucederá lo mismo.

La taquillera deslizó la fotografía por debajo del cristal y, mientras formaba un aro de humo que se estrelló contra el vidrio, vio que Liette se la guardaba. Acto seguido echó una cortina por dentro. La conversación había terminado.

Poco después, cuando estaban en el coche, Liette sacó la instantánea y la puso en el salpicadero. Olía a Gauloises.

—¿Decía la verdad o nos ha mentido descaradamente?

—No tengo ni la más remota idea. —Thomas miró los jardines de Luxemburgo, al otro lado de la calle. Bajo los altos y vetustos árboles, el crepúsculo poco a poco daba paso a la oscuridad. Se preguntó si allí habría alguien observándolos, pero no dijo nada, porque no quería intranquilizar más aún a Liette—. ¿Has visto las fotos? ¿De las funciones?

—¿En la vitrina?

—Todas ellas tenían en la esquina inferior un pequeño sello del fotógrafo. Adivina quién las hizo.

—¿Arnaut? —aventuró perpleja.

—El mismo. Trabaja para el guiñol. Seguro que la taquillera y él se conocen. Puede que no sea la primera que nos cuenta un cuento chino. ¿Y si él la ha llamado después de que nos fuéramos y le ha dicho lo que quería que nos soltase? Ha tenido tiempo de sobra.

—Sería un plan bastante complicado para despistarnos.

—No tan complicado. Si nos hubiese dado con la puerta en las narices, tal vez habríamos vuelto. De este modo seguro que ahora cree que lo dejaremos en paz.

—¿Quieres que vayamos a verlo otra vez? —inquirió Liette, y él tuvo la sensación de que la idea no le agradaba—. ¿Ahora?

—Sí. Olvidamos una cosa. Si pretendemos encontrar a Mara, necesitamos una foto mejor. Una de adulta y en la que se la vea bien. En su día Arnaut le hizo toda una serie de fotografías como esta. —Señaló la que estaba en el salpicadero—. Benoit tenía más, en ninguna se le veía la cara a Mara. Pero los fotógrafos conservan los negativos. Y entre todas las que Arnaut ha guardado para sí, seguro que hay algunas en las que se la ve mejor.

Liette miró fijamente la fotografía.

—Está obsesionado con esa mujer —comentó—. Desde luego que tiene más fotos.

Thomas asintió.

—Sobre todo de su cara.

40

1917

Por la tarde llamé a la puerta de Iván Ivánovich Petrov. Las sombrías nubes que cubrían la ciudad eran del mismo color que el húmedo adoquinado. Por lo menos ya no nevaba, pero el viento era sumamente frío y cortante y azotaba las altas fachadas.

La Sophienplatz se hallaba al sur, cerca de la estación de trenes Bayerischer Bahnhof, pero, aunque según Davidov «el sitio no estaba mal», a mí me pareció bastante venido a menos. Tal vez hubiese vivido demasiados años en el palacio de los Kalinin, pero los niños que jugaban en la plaza estaban sucios, y los adultos, apesadumbrados. La verdad es que tardé un instante en acordarme, avergonzado, de la hambruna que estaba sufriendo la gente. Empezaba a ver la ciudad con los ojos de alguien que residía en una villa del Musikviertel y por la noche comía en locales de postín. Nada de ello se correspondía con la realidad que se veía en las calles, donde la gente luchaba a diario por su supervivencia.

Petrov vivía en la buhardilla de una casa de cinco pisos. La primera vez que llamé no obtuve respuesta y, mientras probaba de nuevo, pasaron por delante una niña y un niño con las mejillas hundidas que pedían limosna. En su día esos dos niños podríamos haber sido Mara y yo. No era de extrañar que Mara no quisiese dejar el nido que le había construido Demian. Quizá ella hubiese visto a demasiados de esos niños medio muertos de hambre y hubiese

decidido que con esa boda saldría ganando, fuera cual fuese su plan para vengarse.

Si es que de verdad había un plan.

La puerta solo estaba entornada. Hice acopio de valor, entré y subí la escalera. Un olor nauseabundo se intensificaba a medida que yo iba ascendiendo, una mezcla de sebo y algún sahumerio exótico.

En la puerta del último piso había un llamador, que utilicé con vacilación. Me preparé para que no saliera nadie, pero pocos segundos después la puerta se abrió.

Me sonrió una mujer joven muy delgada, casi esquelética, con mala dentadura y el pelo muy largo. Llevaba un vestido sencillo sin mangas que le llegaba por las rodillas y vi que tenía marcas rojas en las muñecas, como si hubiese estado atada hasta no hacía mucho. Cambiaba el peso de un pie descalzo al otro, bailoteando.

—Buenos días —saludé con torpeza—. Me gustaría ver a Iván Ivánovich Petrov.

Su sonrisa se ensanchó y su tono se tiñó de malicia cuando preguntó:

—¿Quién digo que busca al maestro?

Le di mi nombre.

—Dígale que vengo de San Petersburgo y que tengo algo para él, algo que está esperando. —Llevaba el paquete en una cartera que me había dejado el criado de los Eisenhuth. Quizá la joven sonriera por eso. Posiblemente a ese sitio no fueran muchos hombres con cartera.

Entornó la puerta y desapareció. Tras esperar unos instantes empujé la puerta con la punta de los dedos y esta se abrió despacio hacia dentro. Acto seguido se oyó un rechinar espantoso cuando, a medio camino, se atascó con una piedrecita y se detuvo. Pude distinguir la mitad izquierda de un pasillo sombrío; la derecha

quedaba oculta tras la puerta. El hedor que me había acompañado por la escalera era allí tan fuerte que casi me revolvió el estómago.

Poco después oí pasos, pero no vi a nadie. A continuación, en un vano en el otro extremo del pasillo apareció otra adolescente, tan desnutrida como la anterior y sumamente contrahecha, como si las piernas casi no pudieran soportar el flaco torso. Se quedó allí plantada, mirándome en silencio, a unos diez o quince metros de distancia. Maldije mi curiosidad y deseé haber podido cerrar la puerta.

Con timidez, la muchacha levantó una mano a la altura del pecho para saludarme. Y así se quedó, con los dedos bien abiertos. Repetí el gesto de mala gana. Ella ladeó la cabeza despacio y me observó sin bajar la mano. Un escalofrío me recorrió la espalda.

Se oyó un pitido estridente y la joven se alejó deprisa. También se repitieron los pasos inquietos, y solo entonces comprendí que tras la puerta entreabierta había varias personas, muy cerca de mí. Sus movimientos veloces parecían los de una manada de ratas, no de personas. Conque esas eran las muchachas que veían en Petrov a su mesías. Sus Sofías.

La joven regresó y me indicó con un gesto que podía pasar. Su sonrisa había desaparecido, su expresión parecía vacía. Acepté su invitación con aire vacilante. Salvo ella, en el pasillo no se veía a nadie. Dejé de oír pasos.

La muchacha cerró la puerta y echó a andar por delante de mí. También ella desprendía ese extraño olor —de cerca resultaba más fuerte aún—, pero me iba acostumbrando a él poco a poco, y me parecía menos repugnante que animal, como si una criatura como ella no pudiese oler de otra manera. La idea me desconcertó, como si no fuese mía. Observaba con disimulo sus desnudas pantorrillas bajo el sencillo vestido mientras la seguía, y cada vez que por el

resquicio de una puerta le daba un poco de luz mortecina yo veía las marcas de ataduras por encima de los tobillos, como si fuesen pulseritas. Tenía moratones y arañazos.

No me llevó hasta el final del pasillo, donde yo había visto a la muchacha contrahecha, sino que se detuvo en un vano que se abría a la izquierda y señaló el interior sin decir palabra. Pasé por delante de ella y entré en una suerte de salón sin muebles. En el parqué había un círculo de gran tamaño trazado con pintura roja, en cuyo centro se encontraba sentado un hombre desnudo. Mantenía la cabeza baja, yo solo podía hacerme una idea de su rostro. En su regazo descansaba algo peludo, que en un primer momento tomé por una cabeza: era un gatito aovillado. La mano del hombre estaba hundida en el oscuro pelo, daba la impresión de acariciarlo. El animal no se movía.

Detrás de mí volvieron a oírse numerosos pies, pero cuando giré la cabeza, con nerviosismo, en el pasillo de delante de la puerta no había nadie.

—Siéntate —dijo el hombre.

Llevaba la cabeza mal rasurada, a todas luces se la habían afeitado con una navaja mal afilada. Posiblemente en esa casa, por algún motivo oculto que solo él conocía, no hubiera espejos. Quizá tuviese miedo de algo que pudiese ver a su espalda.

—Siéntate —repitió, esta vez con más aspereza.

No había sillas, así que me senté de mala gana en el suelo, fuera del círculo.

Las paredes estaban garabateadas con símbolos que yo desconocía. No eran ni runas nórdicas ni caracteres árabes. Las cortinas que había ante las dos ventanas estaban corridas y no dejaban pasar nada de luz. La iluminación la proporcionaba un gran

número de cabos de vela deformes, del grosor de un brazo. El olor a sebo salía de ellos.

No di mi nombre por segunda vez ni el hombre me lo preguntó.

—Quiero darle una cosa —dije abriendo la cartera, y saqué la caja —. Un amigo de San Petersburgo me pidió que se lo trajera.

La luz de las velas titilaba en el rostro del hombre. También estaba flaco, como las muchachas, su rostro parecía hecho de barro.

—¿No deberías cerciorarte de que es a mí a quien se lo tienes que dar? —Su voz era cortante y sugestiva a la vez, como si cada palabra fuese una orden escondida detrás del velo de una petición.

—¿No es usted Iván Ivánovich Petrov?

No contestó a mi pregunta.

—Deslízalo dentro del círculo.

La mano me temblaba cuando hice lo que me pedía. Puse buen cuidado en que mis dedos permanecieran fuera del círculo.

De nuevo los pasos. Un sonido sibilante de muchas voces, como si varias personas cogieran aire con fuerza. Esta vez no me volví. Estaba seguro de que, de haberlo hecho, las habría visto a todas detrás de mí, la manada de sumisas, flacas Sofías. No quería que esa visión se me quedase grabada en la memoria.

Petrov —desde luego era él el hombre que estaba en el círculo, no lo dudé ni un segundo— levantó la mano y acto seguido los pies salieron a toda prisa de allí. Durante un instante me mareé, como si la habitación se quedara sin aire, y después tuve la sensación de que el suelo se ladeaba. Apoyé las dos manos a ambos lados en el parqué, pero, naturalmente, era una ilusión. Debí de cerrar los ojos uno o dos segundos, porque cuando volví a mirar a Petrov sostenía el paquete en las manos, aunque no se había levantado para cogerlo de donde estaba, cerca del borde del círculo. El gatito yacía de

costado a su lado, sin moverse, y tuve la seguridad de que estaba muerto.

Petrov rompió el sello y cortó el cordel con una uña afilada como un cuchillo. Cuando levantó la tapa y vio lo que contenía el paquete, a su rostro asomó una sonrisa fugaz.

—¿Tú sabes qué es esto? —me preguntó.

—Un manuscrito.

—¿Te han dicho cómo se titula?

—No —mentí—. No sé nada más.

Me escudriñó unos segundos y cerró la tapa de nuevo.

—¿De quién has huido?

—La Ojrana asesinó a mi familia. Salí de la ciudad en un barco.

—¿Quién te ayudó? ¿El mismo hombre que te confió el manuscrito?

Asentí.

Petrov pasó la mano por la caja y cerró un momento los ojos. Después me miró de nuevo.

—Está confabulado con la Ojrana.

—Tal vez —contesté, aunque lo consideraba poco probable. Sin embargo, tampoco habría puesto la mano en el fuego por Spiridon. Sus dudosos negocios siempre habían sido una empresa peligrosa.

—A mí también me echaron, como a ti —contó Petrov—. Y aquí, en la ciudad, hay docenas de agentes de la Ojrana. Está plagada de ellos. Pero al zar prácticamente lo han derrocado y ahora son débiles y se esconden debajo de las piedras como las arañas. Los conozco a todos y conozco todos sus escondites. Solo salen a la luz cuando se los provoca. Guárdate muy mucho de provocarlos.

—No tengo ninguna intención de hacer tal cosa.

Petrov dio unos golpecitos en la caja.

—Me has traído este paquete. Puede que baste con eso.

Reuní todo mi valor.

—¿Intenta meterme miedo?

—¿Acaso es necesario?

En el pasillo se oyeron risitas.

—Debería darles más de comer a las muchachas —observé.

—Ya —admitió Petrov—. Tal vez lo haga.

Dejó el paquete junto al gato y vi que Petrov tenía una cicatriz abultada en el vientre.

Lanzando un grito como el de un niño pequeño, el gato pegó un salto y salió corriendo hacia la puerta, pasando por delante de mí.

Se oyó de nuevo el respirar colectivo en el pasillo. Pasos agitados y susurros. El pequeño gato gritó de nuevo, esta vez de un modo más estridente aún. Después se hizo el silencio, pero creí oír un ligero mamullar. Estaba seguro de que era producto de mi imaginación, del miedo que sentía, y a continuación cesó.

Petrov me miró con sus hundidos ojos.

—Esas muchachas son como gatos pequeños, todas y cada una de ellas.

—Ahora tengo que irme.

—Te debo algo —dijo—. Por lo que me has traído.

—No me debe nada.

No esperé a que me diera permiso para levantarme. Mientras me alejaba de allí despacio, sin saber si mirarlo a él o a la puerta, Petrov permaneció sentado con ese brillo frío en los ojos. Todo en mí se resistía a apartar los ojos de ese hombre, pero no tenía más remedio que hacerlo, si no quería salir al pasillo caminando hacia atrás y dando traspiés. No sabía quién o qué me esperaba allí, pero sentía perfectamente la presencia de muchas personas.

El pasillo estaba desierto.

No me topé con nadie cuando fui hacia la salida, caminando cada vez más deprisa. La puerta estaba entreabierta.

Cuando llegué a ella, miré hacia atrás por última vez. La muchacha estaba en el vano del final del pasillo, de nuevo torcida por completo, la cabeza baja, como un títere sin titiritero. Recordé el guiñol en el que había estado con Mara y acto seguido abrí la puerta del todo.

La cabeza de la muchacha se inclinó hacia el lado opuesto. No lo vi, oí el movimiento. Un crujido como de cuero seco. Lo atribuí a mi imaginación, porque allí era donde mejor estaba esa mujer, en el ámbito de la irrealidad.

Bajé la escalera corriendo, saltando dos o tres peldaños cada vez, estuve a punto de caerme, me agarré bien a la barandilla, seguí corriendo, dándome toda la prisa de la que fui capaz, hasta verme fuera de la casa.

El aire era frío y olía al carbón de las chimeneas. Lo aspiré con avidez para librarme del desagradable hedor, inclinado hacia delante, con los ojos cerrados.

Junto al bordillo oí el motor de un automóvil. Unos pasos que venían hacia mí, que se detenían delante.

Abrí los ojos y vi una sonrisa.

Unas manos me agarraron por detrás y me obligaron a subir al coche.

41

Dos hombres me metieron de un empujón en el asiento trasero del automóvil, uno de ellos se sentó a mi lado. El otro cerró la puerta por fuera. Sonó como un disparo. Poco después el hombre se puso al volante y el coche arrancó.

—No grites —me advirtió en ruso uno de ellos—. No te resistas. No hagas ninguna tontería o acabarás herido.

Doblamos una docena de esquinas, hasta que el aire volvió a ser neblinoso, las construcciones de ladrillo más altas, y en una ocasión vi raíles con vagones de carga parados. Supuse que nos encontrábamos en el barrio Graphische, pero no estaba seguro. Al cabo, el conductor se detuvo delante de una callejuela que era demasiado estrecha para que pasase el vehículo.

—Hemos llegado —informó el que conducía—. Fuera.

Me empujaron para que bajase y en la entrada de la calleja vi un letrero en el que ponía EL MEJOR PAPEL DE CHINA. En otro, con una letra mucho más pequeña, SALÓN DE FUMAR. Había leído bastantes novelas de aventuras para saber lo que significaba. Grigori se habría alegrado de lo lindo. Yo, en cambio, tenía bastante con tratar de controlar el pánico que me asaltó. Casi no sentía las piernas, el estómago me rugía y tenía la garganta como si hubiese bebido cola de encuadernador.

—¡Andando!

Entré en la callejuela a empellones.

—¿Adónde me llevan?

En lugar de una respuesta, recibí un golpe en la espalda que me hizo dar dos pasos más tambaleándome.

Pasamos por delante de una puerta abierta tras la cual había un pequeño espacio de venta con un mostrador de madera. Montones de papel de distintas medidas se acumulaban en varias estanterías. Una anciana asiática levantó la vista, pero la bajó en el acto.

Diez metros más allá llegamos a una escalera desde la que unos pocos peldaños bajaban hasta una discreta puerta. Yo solo percibía el olor del suelo húmedo de la callejuela y las paredes de ladrillo mojadas.

—¡Baja! —me ordenaron.

Descendimos por la escalera. Llamamos una vez a la puerta, al otro lado se descorrió un cerrojo y abrieron. Un muchacho asiático nos dejó pasar sin decir palabra. Acto seguido bajamos por otra escalera, mucho más larga, atravesamos otra puerta y enfilamos un pasillo en el que se veían varias cortinas. Nos recibió un olor a humo amaderado. Se abrió una puerta más tras la que salía un corredor subterráneo largo, sumido en una penumbra turbia, con numerosos cuartuchos. En ellos había catres, muchos ocupados por hombres. Daba la impresión de que algunos dormían, otros estaban tendidos de costado y fumaban con largas pipas. Yo no había estado nunca en un fumadero de opio, pero supe que ese lo era del mismo modo que habría reconocido una mina de oro, una plantación de algodón o una guillotina: por las novelas. Ninguna de esas cosas las había visto en realidad, pero sí las había imaginado al leer acerca de ellas.

Me condujeron hasta el último cuarto del lado derecho. Mis acompañantes me metieron de un empujón y se quedaron delante. Los oí a mi espalda, en el pasillo, mientras a todas luces esperaban de mí que entrase por completo.

En un perchero colgaban un abrigo y un sombrero. Supe de quién eran antes de ver al hombre que estaba en el catre.

Volonov se hallaba tumbado de lado y sostenía una aguja larga con una pequeña masa de chandú sobre la llama viva de su lámpara de opio.

—Muchacho —dijo—. Es toda una casualidad que volvamos a vernos aquí, ¿no es cierto?

Procuré parecer tranquilo.

—Sus hombres me han secuestrado. No creo que esa sea una casualidad.

—Vamos, vamos, no seas tan dramático. Considéralo una invitación. —Su voz no sonaba tan cortante como la recordaba. Posiblemente no fuese la primera pipa que se preparaba. Sus ojillos, que en su día se me antojaron tan pérfidos, parecían cansados e hinchados.

—¿Qué quiere? ¿Otra vez la llave de una casa?

Él levantó una mano y, antes de que yo pudiera darme la vuelta, uno de sus secuaces apareció detrás de mí, me agarró y me puso un cuchillo en el cuello.

—Con educación —me susurró al oído—. No seas grosero. ¿Entendido?

—Estoy seguro de que lo ha entendido —terció Volonov. No parecía ido, solo cansado. Como si por centésima vez representara un papel que lo aburría mortalmente—. Suéltalo.

El hombre retiró el cuchillo, no sin rasgarme la piel por debajo de la nuez. Volonov lo mandó apartarse con un gesto nervioso.

—Quiero hablar contigo —dijo—. De hombre a hombre.

—¿Por qué aquí?

—Porque aquí es donde olvido mis penas. —El chandú se deshizo en una masa similar al alquitrán que él introdujo con la aguja en la

cabeza de la pipa—. Pero antes quiero compartir contigo esas penas, porque tú tienes algo de culpa.

Sostuvo la cabeza de la pipa dada la vuelta sobre la llama. Parecía tener práctica, razón por la que supuse que ya visitaba lugares parecidos en San Petersburgo. Recordé los rumores que circulaban de que había pasado varios años combatiendo en la guerra, uno de los carniceros rusos tristemente célebres en el Báltico. Muchos hombres habían vuelto convertidos en adictos, al opio y al vodka, a la violencia y la muerte.

—Por orden suya asesinaron a mi familia. —Tenía que decirlo al menos una vez, antes de que sus matones me hicieran callar.

Él observaba la llama de la lámpara.

—Alexéi Mijáilovich era un traidor que introducía literatura rebelde en Rusia de manera ilegal. Un enemigo del zar. ¿Qué esperaba?

—Mi tío nunca encargó esos libros. Le tendieron una trampa.

—¿Y...? —No parecía muy sorprendido—. Yo diría que a estas alturas eso carece de importancia. A tu tío lo interrogaron y su actitud no fue muy cooperante. Fue preciso intensificar el tratamiento, que acabó sobrepasándolo. El corazón le falló. Así que no fue asesinado, sino que su débil constitución física resultó su perdición. Su tía no se tomó bien la noticia. Se puso a gritar como una condenada y arremetió contra uno de sus guardianes. El hombre se excedió en su reacción y le metió una bala en la cabeza. Para tu tranquilidad, te puedo decir que no sufrió.

Volonov esperaba una reacción violenta por mi parte, pero el hombre del cuchillo seguía estando a mi espalda.

—¿Qué le hizo a Ofeliya? —pregunté en voz queda.

—Ah, Ofeliya... —Dio una chupada de la pipa mientras se tendía bocarriba y se apoyaba en la almohada—. Conque también a ti te da quebraderos de cabeza.

Quería matarlo, allí mismo. No tenía ningún arma, pero si le quitaba la pipa y se la clavaba en un ojo o se la metía por la garganta, tal vez bastara.

—¿Quebraderos de cabeza? —repetí.

—Son las penas que quería compartir contigo —dijo Volonov—. Admiraba mucho a tu prima, de verdad. No me perdí una sola de sus actuaciones. Cuando se deslizaba por el escenario... —Su mirada se perdió un instante en la penumbra del cuarto—. Era tan elegante, ligera como una pluma, casi ingrávida. Y yo era su mayor admirador.

—Hasta que le destrozó la vida.

Su tono dio paso a una autocompasión somnolienta.

—Ella me despreció.

—¡La acosaba! —le grité—. Y cuando no quiso saber nada de usted, uno de sus cocheros le partió las piernas.

Durante unos instantes no se movió, después levantó la pipa con indolencia y dio otra chupada. La cabeza se le fue hacia atrás, pero su mirada vidriosa se clavó en mí.

—Eso lo lamento.

—¿Lo lamenta? —repetí, sin dar crédito.

—Fue un error. Y después quise protegerla. Pero tú no me lo permitiste.

El humo de la pipa se extendía por la habitación, su olor a madera me abrasaba la nariz. Di un paso atrás por instinto.

—¿Pretende hacerme creer que en su día debería haberle dado la llave del palacio para que pudiera usted proteger a Ofeliya?

Él asintió.

—De ese modo lo habría hecho mucho antes, no cuando casi era demasiado tarde.

—¡Está muerta, Volonov! —le espeté—. ¡Usted asesinó a Ofeliya y a sus padres!

Él levantó la cabeza de la almohada y durante un segundo su mirada se volvió clara como el agua.

—Ofeliya no ha muerto.

Lo miré fijamente, seguro de que había perdido el juicio.

—Está viva —afirmó dejando caer la cabeza de nuevo—. Pero sigue sin amarme.

—Se puede ahorrar este teatrillo. Me cago en sus mentiras.

Detrás de mí el secuaz se movió.

—¿Por qué te iba a mentir? —dijo Volonov—. Ofeliya está aquí, en Leipzig.

Durante unos instantes estuve a punto de tambalearme.

—Que está... ¿aquí?

—La traje a Alemania a bordo de un barco. —Volonov parecía deleitarse con el recuerdo, como si fuese una ensoñación inducida por el opio—. Y la cuido como a la niña de mis ojos, aunque me trata mal y dice que me quiere ver muerto.

¿Ofeliya iba a bordo del *Saltan*? ¿Había estado durante todo el viaje cerca de mí, a escasos metros de distancia? Volví la cabeza para mirar al hombre que se hallaba en el marco de la puerta. Parecía esculpido en él.

—¿Dónde está ahora? —quise saber.

—Aquí no. Pero tampoco muy lejos. —La cabeza de Volonov salió disparada hacia delante de repente, y la pipa estuvo a punto de caérsele—. No la volverás a ver, muchacho. Es mía. Tanto si lo quiere como si no.

—No le tocará un solo...

Volonov rompió a reír a carcajadas.

—¿Qué podría hacerle que fuese peor de lo que ya le he hecho? ¿Qué podría ser más espantoso aún?

Traté de conservar la calma. Ofeliya estaba viva. En Leipzig. Su destino se encontraba en mis manos. Siempre que ese tipo dijera la verdad.

—¿Por qué me cuenta esto? ¿Porque de todas formas no saldré vivo de este sitio?

Se rio hasta enronquecer y después la risa dio paso a una tos espantosa.

—No tengo intención de matarte. No si no haces ninguna tontería.

«Haré un montón de tonterías —pensé, lleno de odio—, y al final te partiré la cabeza.»

—Ella nunca corresponderá mi amor —se lamentó Volonov—. Pregunta por ti sin parar. «¿Dónde está Artur?», pregunta. «¿Cómo está? ¿Sigue vivo?» —Dio otra chupada a la pipa. Cualquier otro hombre se habría quedado dormido hacía rato, intoxicado, pero él seguía lúcido, y daba la impresión de que incluso más despierto—. Siempre estás en sus pensamientos. Yo la salvé y la traje a un lugar seguro, pero ella solo piensa en ti.

Me parecía un abusón de patio de escuela, ya no el monstruo que me había quitado el sueño durante la travesía.

—Y eso que tú ni siquiera te interesas por ella —añadió—. Porque solo tienes ojos para esa tal Mara.

Sabía de la existencia de Mara, cómo no.

—Mis cocheros os vieron no hace mucho, por la noche, bailoteando por los pasajes como tortolitos. Lo sé todo. Y tengo el poder para ponerle fin, sin más ni más, como Dios. —Fue a chasquear los dedos, pero fracasó estrepitosamente. Se miró la mano con expresión de reproche, como si no formase parte de su cuerpo.

—¡Deje a Mara en paz! —exclamé con voz temblorosa—. Hágame a mí lo que quiera, pero no toque a Mara.

—No será preciso —aseguró—. Porque te voy a contar una cosa de ella. Y veremos si después sigues idolatrándola, tan sumiso, tan leal y con tanta buena fe. Tan sumamente ingenuo. —Volvió la pipa con mano temblorosa y me señaló con ella como si me acusase—. Te agarras a las faldas de una asesina, Artur Sergeyevich. Tu querida Mara Kalinina aniquiló a un pueblo entero. Envenenó a docenas de personas para vengarse o por el placer de matar, quién sabe.

—Esta no es más que otra de sus mentiras —objeté, y hasta yo me di cuenta de lo desesperado que soné. Porque conocía la verdad tan bien como él.

—Las gentes de la aldea no fueron las únicas. —Hablaba a gran velocidad, sin perderme de vista—. Antes envenenó a los monjes de un monasterio, a todos y cada uno de esos hombres. Debió de mezclar la ponzoña con la comida. Aunque tampoco se encontró ningún rastro. Al parecer el veneno se volatilizó, igual que la muchacha.

—¿Por qué habría de hacer Mara algo así?

La sonrisa de Volonov se encendió de nuevo.

—Ha pasado por muchas manos, tu inocente Mara. Su padre la toqueteaba, igual que los monjes, y sabe Dios quién más. Por eso los hombres que están a su lado no viven mucho. Te romperá el corazón y después te matará, como a todos los demás.

Me obligué a mirarlo a los ojos.

—¿Es ese su plan? ¿Convencerme de que debo tenerle miedo?

Volonov esbozó una sonrisa astuta.

—Sabes quién es y lo que lleva tiempo haciendo, ¿no es verdad? ¿Y pretendes juzgarme por haber obedecido órdenes que tenían por objeto proteger al zar? No tengas tantos humos, Artur Sergeyevich. Tú y yo nos juntamos con asesinos.

42

Después, sin decir más, Volonov me dejó marchar. Sus secuaces me echaron a la calle, donde la anciana china me escudriñó desde la puerta abierta de su papelería. Ni el más leve gesto dejó traslucir lo que pensaba. Tomé ejemplo de ella y conservé la compostura cuando empecé a andar hacia el Musikviertel. No quería que nadie viese lo que sentía, menos aún los ojos secretos de Volonov, que parecían mirarme desde los coches que pasaban por delante. Ahora veía a sus espías por todas partes, no solo en los pescantes, también en los portales, en los callejones oscuros y en las sombras de las antiguas fachadas con sus criaturas fabulosas de piedra. Tal vez Volonov llevara camino de perder la razón, lo cual suscitó en mí la pregunta de qué me pasaba a mí. Era como si la ciudad estuviese impregnada de él: la cloaca, de su olor; el ruido, de su voz; el gris, un reflejo de su bajeza estrecha de miras.

Desde su punto de vista las cosas eran simples. Creía que me había sorprendido con sus palabras y me había arruinado la vida. Podría haberme matado sin más, pero quería que el amor que sentía me llevara a la desesperación, como le sucedía a él.

Con lo que no contaba era con mi determinación de liberar a Ofeliya de su poder. ¿Creía que sus matones con sus cuchillos y sus brutales semblantes podrían impedírmelo? Volonov era un hombre sin compasión, y ese posiblemente fuese su punto débil. Era muy capaz de imaginar el daño que me causarían sus revelaciones sobre Mara. Tal vez pensase que mi dolor me volvería tan desvalido como

a él el suyo. Según su dilatada experiencia, el dolor era algo que se transmitía, que se podía infligir a otros. Quizá pensara que en este caso sucedería lo mismo.

El último tramo, desde el final de la Karl-Tauchnitz-Strasse hasta la villa de los Eisenhuth, lo hice corriendo. Era media tarde y ya había oscurecido cuando subía por el sendero que discurría por un lateral de la casa y llevaba hasta la entrada de servicio. Ya en el palacio de San Petersburgo prefería entrar por la cocina.

En el vestíbulo no había nadie. ¿Dónde estaban los criados? Llamé a Mara y no obtuve respuesta. Todo en ese sitio parecía tan abandonado como el palacio del canal de Catalina.

Subí a la carrera la escalinata y fui al ala de los dormitorios.

—¿Mara?

Llamé a su puerta.

—¿Estás ahí?

Bajé el picaporte despacio: no había echado la llave. La llamé por última vez antes de entrar y encender la luz. Era una habitación amplia, con una cama con dosel, una cómoda, armarios, un tocador, todo de aspecto pesado. La cama estaba deshecha; el cobertor de plumón, tirado en el suelo. Por una de las ventanas que daban al oscuro jardín vi que en la biblioteca de Frederik había luz.

En el tablero del secreter, que estaba abierto, se veían dos libros finos, de color verde claro, ejemplares recién salidos de imprenta con un título de tipografía sencilla. El *Umbra vitae*, de Georg Heym. Nuestro libro, impreso con nuestra sangre.

Al volverme, descubrí lo que solo resultaba visible desde ese lado de la cama: restos de rojo en la chafada almohada. Solo unas gotas.

Un sonido hizo que me diera la vuelta.

La puerta del cuarto de baño estaba ligeramente abierta. Al otro lado reinaba la oscuridad.

—¿Hola? —Fui hacia ella—. ¿Mara?

Empujé la puerta con cuidado. La cortina de la ventana estaba echada, mi sombra atravesó el interior como un puñal negro.

Mara se hallaba en la bañera, llena de agua hasta el borde, se agarraba las rodillas con los brazos, tenía el rostro inclinado hacia delante. No alzó la vista cuando entré, permaneció donde estaba, inmóvil, con la piel de gallina. La estufa del cuarto de baño no estaba encendida. Debía de haberse metido en un agua helada.

—¡Cielo santo, Mara...!

Cogí una toalla del perchero, se la puse por los hombros y la levanté con suavidad. Ella no se movió, se quedó donde estaba, con el agua por las rodillas, y no hizo ademán de ir a salir de la bañera.

Le rodeé el torso y los brazos con la toalla, y la ayudé a salvar el alto borde. Su mirada se encontró con la mía, infinitamente triste, infinitamente herida, pero yo todavía no me atrevía a preguntar qué había pasado. La llevé a la habitación y quise meterla en la cama, pero ella se negó, se dejó caer en un confidente junto al secreter. Cogí el cobertor del suelo y envolví a Mara en él como si fuese una niña mientras permanecía allí inmóvil, con la mirada perdida. Del cobertor solo asomaban su cabeza y los pies. Después di un paso atrás, por miedo de que no quisiera que alguien se le acercase más de lo necesario, ni siquiera yo.

—Siéntate a mi lado —pidió sin mirarme—. Abrázame.

Lo hice, y un segundo después la estreché con más fuerza, tratando de transmitirle un poco de calor, un poco de seguridad. Al mismo tiempo temía causar el efecto contrario, y no quería que se sintiera atosigada.

Señalé la cama.

—¿De quién es esa sangre?

—No es mía —contestó. Y, tras una larga pausa, musitó—: Es de Albin.

Me costó pronunciar las siguientes palabras.

—¿Qué ha hecho ese cerdo?

Mara tardó mucho, muchísimo, en responder.

—Ha echado al servicio. A las criadas les ha dado dinero y les ha dicho que se compraran algo bonito. El criado no se quería ir, pero Albin ha insistido. Ilna sigue en la modista y Demian no llega a casa antes de las diez. Albin lo sabía. No le ha dicho a nadie que esta tarde cogería un tren para volver al frente. —Mara temblaba bajo el grueso cobertor de plumón—. Solo a mí —musitó—. A mí sí me lo ha dicho.

No me hizo falta oír más. La casa vacía, Albin a solas con Mara. La sangre en la cama, porque ella se había defendido. Lo había arañado, quizá mordido. En mi cabeza se unieron todas las piezas del puzle, tanto si quería como si no.

—¿Dónde está ahora ese canalla?

—Se ha ido. —Mara apoyó la cabeza en mi hombro—. A la estación.

—¿Cuánto hace que se ha ido?

—Una hora, es posible que menos.

Me costó separarme de ella, y durante un instante tuve la sensación de que la traicionaba. Pese a ello tenía que levantarme. Debía actuar con rapidez.

—Déjalo —dijo—. No vale la pena.

—Hay que impedir que se salga con la suya.

Por el pasillo se acercaban pasos. Primero vacilantes, después más enérgicos.

—Por favor —me pidió—, no lo hagas.

La decisión de marcharme casi me desgarró. Acto seguido en la puerta apareció de pronto Ilna, con un velo de novia en la mano, y se nos quedó mirando. Mara desnuda, envuelta en el cobertor, la cama deshecha, yo en el centro de la habitación, fuera de mí.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó con aspereza, pero incluso ella se percató a la primera de que aquello no era lo que parecía, sino algo mucho peor. El velo se le resbaló de la mano y quedó enganchado en el umbral como si fuera un jirón de niebla—. Mara, hija... —Corrió hacia ella, que se tensó visiblemente, y yo aproveché la oportunidad para salir a toda prisa, dejando atrás a Ilna.

—No permitiré que desaparezca sin más —afirmé, con el corazón encogido, y me dio tiempo de ver que Ilna se sentaba con Mara. Después eché a correr por el pasillo, bajé la escalera y salí de la casa al frío y la oscuridad. Seguía llevando el chaquetón largo con el que había entrado en la villa, pero aunque hubiese ido en camisa el frío no me habría podido afectar. No sentía nada del mundo que me rodeaba, no me sentía ni a mí mismo; lo único en lo que podía pensar era en matar a Albin con mis propias manos. No tenía la menor duda de que podría hacerlo. Porque no había otra alternativa. Porque merecía morir. Porque era el único castigo justo por lo que había hecho.

Crucé el Rathausring, subí por la Petersstrasse, dejé atrás los pasajes en los que Mara y yo nos habíamos besado. En la plaza del mercado cogí el único coche de punto que aguardaba en la oscuridad y no pensé ni un solo segundo en que el cochero pudiera ser uno de los hombres de Volonov, le di casi todo el dinero que llevaba y le pedí que me llevara a galope tendido a la estación central. Me tomó la palabra y volamos literalmente por las oscuras calles, no esquivamos ni un solo bache del centro de la ciudad y, cuando me bajé del pescante, tuve la sensación de haberme roto

algunos huesos. Sin embargo, a los pocos pasos volví a sentir las piernas, atravesé el gran vestíbulo de la estación y bajé a las vías.

En una había soldados, cientos de hombres vestidos de uniforme, y sus seres queridos: mujeres jóvenes con las mejillas pálidas, madres llorosas y padres con cara de resignación. La cacofonía de voces era ensordecedora; el gentío, indescriptible. Solo tuve que seguir la marea humana para dar con el tren que llevaría al frente a los siguientes condenados a morir.

En el andén aguardaba una fila interminable de vagones, los soldados ya estaban subiendo a ellos. Se oyó un silbido estridente, a lo lejos resopló la locomotora. La señal de partir separó a parejas desesperadas, acalló el canto de los que estaban seguros de la victoria, y entre la muchedumbre se desató la furia cuando las despedidas se vieron truncadas y las últimas palabras quedaron por decir.

Me abrí paso entre las masas a lo largo del tren, mirando hacia las ventanillas; solo veía uniformes y más uniformes. Los rostros se desdibujaron, las voces se tornaron griterío; los silbatos de señales, un chillido infernal.

Había recorrido más de la mitad de los vagones cuando lo descubrí. Justo cuando el tren empezaba a ponerse en movimiento. Albin estaba tras el cristal de una puerta, apretujado entre otros soldados, el rostro medio apartado, ya que nadie había acudido a despedirlo. Pero debió de reparar en mí con el rabillo del ojo, porque de pronto se volvió y miró hacia donde yo estaba. Vio que corría junto al tren con otras personas, frenéticos traspiés, empujones y gritos, pero yo había llegado a su altura y nuestras miradas se encontraron. Lo último que vi antes de que el tren avanzara hacia la noche fue la mano que levantó para despedirse y su ancha y fea sonrisa de triunfo.

43

Esa misma noche estaban reunidos todos a la mesa, Ilna y Frederik, Demian y Mara, y cuando llegué yo, sin aliento y sudoroso —posiblemente aún con una mirada asesina—, mi primera impresión fue que estaban esperando a otra persona, alguien que les dijese qué había que hacer. No había visto más desamparo, más pasividad fatalista, ni siquiera a bordo del *Saltan* cuando desperté en el abarrotado camarote.

En ese preciso instante supe que allí no se me había perdido nada. No quería volver a tener relación alguna con familias como los Eisenhuth, ni tampoco como los Kalinin. Ni villas, ni viajes por medio mundo, ni bailes y recepciones, ni falsedad y perfidia ni sed de poder sin escrúpulos.

Mara llevaba uno de sus vestidos blancos, todavía tenía el cabello húmedo. Yo no terminaba de interpretar la expresión de su pálido semblante: no distinguía emoción alguna, pero bajo la superficie parecían cambiar los estados de ánimo, de la ira al odio desmedido, pasando por la tristeza. ¿Era yo el único que lo veía? Después de los tres últimos años, Demian tendría que conocerla mucho mejor que yo, pero me daba la sensación de que no sabía nada de ella, y tampoco le interesaba de verdad lo que pensaba. Ni siquiera ahora. O precisamente ahora. Estaba sentado a su lado, sin tocarla. Tenía las manos apoyadas en la mesa, con los dedos doblados, como si quisiera clavarlos en la madera. Los labios pegados, quizá hubiese dicho demasiado ya, quizá nada.

Mientras tanto, su padre parecía desear volver a sus libros en el anexo, como si la realidad de su familia fuese algo que preferiría dejar fuera. Al menos yo había oído su atronadora voz al entrar en la casa, y estaba sin aliento, de manera que supuse que se había pasado los últimos minutos gritando.

Ilna fue la primera que habló cuando yo entré en el comedor.

—No sabemos lo que ha sucedido exactamente. Es difícil emitir un juicio cuando ninguno de nosotros estaba presente.

Me sentí demasiado furioso para respetar la etiqueta.

—¿«Ninguno de nosotros»? —le espeté a través de la mesa mientras me detenía y apoyaba los puños en el borde—. Maldita sea, ¿lo dice en serio? ¡Mara estaba! ¡Y ella sí sabe lo que ha sucedido!

—Artur —dijo Mara en voz baja.

—¿Qué? —La miré a ella y después al resto—. ¿Por qué está todo el mundo sentado como si hubiese que hablar de un asunto familiar?

—Porque lo es —respondió Ilna con frialdad—. Un asunto que atañe solo a la familia directa.

—¿Y qué piensa hacer la familia? —inquirí—. Yo vengo de la estación. Albin se ha ido. Estaba en el tren y... me ha sonreído. ¿Lo entiende? Me ha sonreído como si hubiese ganado.

Mara tenía la mirada perdida. Nadie decía nada.

Negando con la cabeza, di la vuelta a la gran mesa para acercarme a ella, volví la silla que quedaba a su izquierda, me senté y le cogí la mano.

—No tienes por qué aguantar esto.

—He soportado cosas peores —aseveró con suma frialdad, completamente dueña de sí. ¿Cómo podía controlar de ese modo sus sentimientos? No habían pasado ni dos horas desde que Albin se había abalanzado sobre ella. Y allí estaba, sentada con los demás,

sin que hubiese acudido un médico o la policía, y hablaban como si se tratase de planificar la boda.

—Ahora hemos de sopesar lo que es mejor para la familia —afirmó Ilna.

—¡¿Para la familia?! —le grité.

—Artur —repitió Mara, con más aspereza.

Frederik tomó la palabra.

—Lo que ha hecho Albin es imperdonable. Eso nadie lo pone en duda.

Yo tenía la impresión de que su mujer acababa de hacer precisamente eso. Más incluso: Ilna había dudado de que hubiese sucedido.

—Pero debemos ponerlo en perspectiva —continuó Frederik—. Es lo que siempre hemos hecho. Por eso existe aún esta familia y todo lo que depende de ella. La empresa, las editoriales, las imprentas. Todas las personas que trabajan para nosotros.

A mí me costaba respirar.

—No lo entiendo...

—No —repuso Ilna—, cómo lo vas a entender. Todos nosotros hemos supeditado siempre nuestros deseos personales a la empresa, por eso tampoco ahora podemos permitir que fuera de estas cuatro paredes alguien se entere de lo sucedido.

Me volví en redondo hacia Mara.

—¿Tú quieres ser partícipe de esto?

Ella me miró con sus ojos azules como si quisiera decirme algo solo a mí, pero no lo entendí, no la entendía a ella, ya no entendía nada.

Me levanté de un salto, agarré a Demian por el hombro y le di la vuelta.

—¡Mara es tu futura esposa!

Él me cogió la mano y la apartó, tranquilamente pero con energía. Después se volvió despacio hacia delante, como si yo no estuviera ahí.

—¡Cobarde de mierda! —lo increpé—. ¿Es que todo el mundo ha perdido el juicio?

—Tal vez Albin se sintiese provocado —dijo Ilna.

—Provocado —repetí.

—No pretendo reprochar nada a Mara —prosiguió, y a mí me pareció el reproche más atroz de todos—, pero Albin ha pasado muchos meses combatiendo, en el frente, en trincheras con hombres. Y al venir aquí ve...

—¡Madre! —la cortó Demian con dureza—. Cierra la boca de una vez.

Ilna apretó los labios.

Frederik exhaló un suspiro.

—Comportaos todos.

Pero Demian se levantó de su silla de un salto.

—No, Artur tiene razón. ¿Es que no lo entendéis? Mataría a Albin con mis propias manos si estuviera ahora aquí. No podemos hacer como si no hubiera pasado nada.

—Nadie lo pretende —aseguró Ilna para tranquilizarlo.

Frederik prefirió callar, mientras que Mara daba la impresión de no escuchar al resto. Me entraron ganas de cogerla y sacarla de ese sitio, llevarla lo más lejos posible de esa casa, de esa ciudad. Pero estaba allí porque así lo quería. Y yo no sería el siguiente que no respetara su voluntad.

Demian daba vueltas por la habitación con pasos presurosos.

—No podemos permitir que Albin se salga con la suya. ¡Ni hablar! Mara y yo nos casaremos y él... él... —Se calló el resto y durante un

momento absurdo pensé que iba a romper a llorar como un niño al que hubiesen quitado el regalo de Navidad.

Miré fijamente a Mara.

—¿De verdad quieres hacerlo? ¿Casarte con él? ¿Quedarte en esta casa?

Ella no vaciló ni un segundo.

—Sí.

Ilna sonrió.

—Claro que quiere. Sería tonta si no lo hiciera. —Y después se dirigió a mí y dijo—: No todo el mundo sale corriendo cuando se ponen feas las cosas.

Frederik se retrepó en su asiento y cerró los ojos.

Demian estaba blanco como la tiza, pero esta vez no mandó callar a su madre. Por supuesto, él también quería librarse de mí. Y era lo bastante listo como para dejar que ella se ocupara. Las ofensas y la hostilidad eran cosa de Ilna, no suya.

Mara entrelazó las manos en la mesa.

—Si Demian todavía me quiere, la boda se celebrará tal y como está planeado.

Pensé que me atragantaría con todo lo que tenía en la punta de la lengua.

Demian se situó detrás de Mara, apoyó las manos en sus hombros y la besó en el pelo.

—¿Si todavía te quiero? —preguntó sin mirarla a los ojos—. Más que a nada en el mundo.

«Salvo a tu empresa —pensé—. Y a tu dinero.»

La sonrisa de Ilna denotaba una gran satisfacción.

—Lo mejor será que adelantemos la boda para correr un tupido velo sobre esto. —Miró a Demian como si fuera él quien necesitara consuelo, no Mara—. Todo saldrá bien.

Abrí la boca y me oí coger aire con fuerza, sin que consiguiera pronunciar una sola palabra. Nada de aquello parecía real, no parecía algo que harían o dirían personas de carne y hueso. Todos ellos eran como máquinas a las que mantenía en movimiento algo que yo no entendía. Hablaban otra lengua y su razonamiento escapaba a mi comprensión.

Miré una vez más a Mara, intenté con desesperación leer en sus ojos lo que pensaba de verdad, pero ella bajó la vista y negó con la cabeza de un modo apenas perceptible. «Esto es asunto mío —parecía querer decirme—, no tuyo.»

—Me marcho —dije con resolución, girando sobre mis talones, y fui hacia la puerta hecho una furia—. Alguien ha de ocuparse de Ofeliya.

—¿Ofeliya? —preguntó Mara.

Pero yo ya no le prestaba atención, lo dejé todo atrás, salí al vestíbulo como una exhalación y pasé por delante del criado para ir fuera. El aire frío me sentó bien. Me pareció agradable en comparación con la frialdad que reinaba en el comedor.

Cuando llegué a la calle y cerré el portón, Mara me llamó. Estaba bajo las columnas, había cruzado los brazos y se agarraba los hombros con las manos, como si quisiera proporcionarse el apoyo que no recibía de nadie más.

—¿Qué sabes de Ofeliya?

—Está viva. —La veía al otro lado de la valla, como hacía unos días, en nuestro rencuentro—. Con Volonov. Aquí, en la ciudad.

A su lado apareció Demian, que la rodeó con un brazo y dirigió la mirada hacia mí, hacia la noche, sin decir nada.

Di media vuelta y me alejé a buen paso, y hoy todavía me pregunto si fue una huida y no un pasar a la acción con valentía,

como me dije a mí mismo. Si no estaba huyendo de personas que existían en un mundo distinto del mío.

Esta vez no encontré ningún coche de punto, de todas formas apenas me quedaba dinero, y me perdí en las calles del sur del centro. Acabé de nuevo en la Sophienplatz, miré por la fachada las ventanas negras del último piso.

Al igual que antes, la puerta estaba entornada, así que la empujé y entré. Subí la escalera, congelado y sin aliento, pero solo fui consciente de ello cuando me detuve delante del piso y, una vez más, utilicé el llamador.

—¡Petrov! —exclamé, y esta vez no sentí miedo; tal cosa no tenía cabida en mis pensamientos—. Me debe algo. Usted mismo lo ha dicho.

A la puerta no fue a abrirme ninguna muchacha, sino el propio Petrov, con una túnica oscura, aunque quizá fuera una bata. Tras él se oyeron risitas incorpóreas, como de quimeras.

El ruso guardó silencio y se limitó a mirarme. A sus labios asomó la sombra de una sonrisa, como si supiera exactamente por qué estaba allí.

—Ha dicho que conoce todos los escondites de la Ojrana. —Quería que mi voz sonara firme y decidida, pero fracasé—. Necesito saber dónde pasa las noches el oficial Volonov.

44

1928

El sol se ponía tras el macizo del Estérel cuando Liette volvió al Château Trois Grâces. Con sus once años todavía era una niña, pero tenía la sensación de ser mayor cuando enfiló el camino que llevaba al hotel por el pinar y se sumió en las deshilachadas sombras que proyectaban los árboles en la explanada hasta el edificio.

Su tío la estaba esperando.

—Por el amor de Dios, Liette. —Salió corriendo a su encuentro desde el vestíbulo, llegó hasta ella cuando estaba delante de la escalera que conducía a la entrada y se agachó para abrazarla—. Me acabo de enterar. Ha llamado un policía. —Por lo visto Gabriel había olvidado que siempre decía que los teléfonos estaban desconectados —. Me ha contado lo sucedido. Tus pobres padres. Y tú, pobre niña. ¿Por qué no te ha traído al hotel la policía?

—Me han dejado arriba, en la carretera —respondió ella—. Quería oler los árboles y el mar.

Gabriel miró tras ella el sinuoso camino entre los pinos, pero desde allí no se veía la carretera de la costa.

—Bueno, ahora ya estás aquí. Yo me ocuparé de ti. Conmigo estás a salvo.

—Tengo otros parientes. La prima de mi madre, en París.

—Lo sé, pero quiero estar a tu lado. Juntos nos las arreglaremos bien. Siempre lo hemos hecho, ¿no?

—Siento haberme escapado. —Le costó Dios y ayuda decirlo, pero creía que él lo quería oír. Diría algunas cosas que él quería oír.

Gabriel pareció conmovido de verdad.

—Empezaremos los dos de nuevo, ¿qué te parece?

Ella rompió a llorar, y no fingía. Durante un momento se sintió bien cuando él la consoló. Era su tío, el hermano de su padre. El que tendría que haberla protegido. Gabriel volvió a abrazarla y ella lloró un buen rato contra su hombro, porque le apetecía y también porque todo tenía que ser perfecto. Era preciso que su tío pensase que confiaba en él. Cuando despegó la cara de su hombro, él también tenía lágrimas en los ojos. Tal vez su tristeza fuese sincera; sin embargo, no cambiaba nada.

—No me encuentro bien —afirmó Liette.

Tenía la voz bronca y le costaba reprimir los sollozos. Había llorado mucho después de que Grigori la pusiera a salvo en París, y más aún cuando apareció Artur y ambos la acompañaron a la costa. Había aceptado que el llanto convulsivo la asaltara de vez en cuando, fuera cual fuese la situación, pero ya se le daba mejor mantener a raya sus emociones. Era importante. Tenía un objetivo.

—Te prepararé un vaso de leche caliente. —A Gabriel le brillaba el rostro, incluido ese bigotito negro que ella no había podido soportar nunca—. Te calmará y te ayudará a dormir. Después de un viaje tan largo seguro que tienes mucho sueño que recuperar. Y yo estaré a tu lado.

Si había algo que no quería hacer en su presencia era dormir.

—Creo que me voy a poner enferma.

—Solo estás triste —adujo Gabriel con dulzura—. Es completamente normal.

Se sentó en el primer escalón y la acomodó a su lado. Cuando le pasó un brazo por los hombros, pretendía ser un gesto paternal,

pero ella se tensó y la piel se le puso de gallina.

En la explanada casi había oscurecido, la noche avanzaba desde el Mediterráneo y desplazaba la puesta de sol sobre las copas de los árboles. A lo lejos rugían los motores de los cúteres pesqueros.

—Ojalá hubiese un medicamento contra la tristeza —dijo Liette sin mirarlo. Miraba las siluetas de los árboles, sobre los que se veían las primeras estrellas en la oscuridad. La luz de la entrada alargaba las sombras que Gabriel y ella proyectaban en la explanada—. Algo que lo arreglara todo.

—Es cuestión de tiempo —contestó él—, después todo acaba pareciendo cada vez menos malo. Con cada semana y cada mes mejora un poco.

—Pero las medicinas ayudan deprisa —adujo ella—. Quiero no estar más triste ahora.

Le pareció que el brazo que Gabriel le había echado sobre los hombros se volvía un poco más pesado.

—Puede que haya alguien que te pueda ayudar.

—Nadie hará que mamá y papá vuelvan a estar vivos.

—No, eso no, pero es alguien que sabe de medicina. Y, sobre todo, de hacer que la gente se sienta mejor.

—¿Un amigo tuyo?

Gabriel vaciló un instante. Debió de suponer que Liette no se daba cuenta, porque era una niña. La había subestimado más de una vez, y no aprendía. Ni siquiera valía para delincuente.

—Es un doctor —contestó—. Los doctores están para sanar a las personas.

—Pero solo los doctores en medicina.

—Cierto.

—¿Qué clase de doctor es él?

—Uno al que sobre todo acuden los mayores.

—Yo no soy mayor.

—Creo que también ayuda a jovencitas. Y tú tampoco eres ya tan pequeña. Dentro de unos años todo esto será tuyo.

—Solo la mitad.

La sonrisa de su tío se le antojó falsa. Lo conocía demasiado bien para no darse cuenta.

—Y hasta entonces yo cuidaré debidamente de ello.

Liette no consiguió hacer un gesto afirmativo, pero él tampoco la miraba ya, sino que por fin le quitó el brazo de encima y se levantó.

—¿Quieres que vayamos a verlo ahora?

—¿Tan tarde? ¿Se puede?

—Eres mi sobrina. Yo haré que se pueda. Puedo hacer esa clase de cosas.

—¿Y me dará algo para que deje de estar triste?

—Sí —le aseguró Gabriel—. Seguro.

Liette se levantó de un salto, con demasiado brío, y durante un instante creyó ver cierto recelo en la mirada de su tío. Debía tener más cuidado. Que él no dudara de que Liette estaba en sus manos.

—Espera aquí —pidió—. Voy a por el coche.

Diez minutos después su automóvil entraba en la explanada y se detenía al pie de la escalera. Gabriel había tardado mucho, pero le abrió la puerta del asiento de al lado desde dentro con una sonrisa.

—Sube.

—Solo tengo once años —le recordó—. Debo sentarme detrás.

No había ninguna norma que así lo dispusiera, pero su padre siempre insistía en ello. La idea casi la hizo llorar de nuevo, pero esta vez reprimió las lágrimas.

Gabriel pareció algo disgustado, como si de pronto cualquier retraso le desagradara.

—Muy bien, pues siéntate detrás —accedió, y cerró la puerta. Liette se preguntó si habría llamado por teléfono mientras ella lo esperaba allí fuera. Sí, decidió, seguro que había avisado al doctor de que iría con ella.

Se acomodó en el asiento trasero del coche y miró hacia la entrada del hotel mientras se iban. Con los nervios, Gabriel ni siquiera había cerrado la puerta. Estaba impaciente por librarse de ella de una vez por todas. El doctor y él se inventarían alguna historia que contarle a la policía; Liette daba por sentado que el doctor tenía experiencia en esas cosas. Y después el Château Trois Grâces por fin le pertenecería únicamente a él, y en el futuro lo que quiera que hiciesen allí sería mucho más fácil.

Liette se puso a la izquierda del todo, detrás del asiento del conductor. De ese modo él solo la veía a duras penas por el espejo retrovisor.

No hablaron mientras salieron por el camino de acceso y entraron en la carretera de la costa. Gabriel había encendido las luces, que alumbraban mortecinas los troncos de los pinos y los peñascos.

—¿Está lejos? —preguntó a su tío.

—Media hora más o menos.

—¿No estará durmiendo tu amigo?

—Siempre se va tarde a la cama.

Poco antes de que tomaran la primera curva, Liette se volvió con disimulo. A través de la luneta ovalada vio las luces de un segundo vehículo que apareció tras ellos en la oscuridad, lo bastante lejos para no levantar sospechas. Al parecer Gabriel no se dio cuenta.

Iban hacia el este. Poco después la pendiente que quedaba a su derecha se volvió más pronunciada y ante la ventanilla lateral se abrieron las vespertinas vistas del mar Mediterráneo. La marcada línea del horizonte se desdibujaba en una pincelada tosca, el agua y

el cielo se fundían en un negro violáceo. En la oscuridad se distinguían luces aisladas. La noche que caía privaba al mundo de todos los colores, muy pronto los últimos restos de arrebol desaparecerían en la negrura.

A veces, en los pocos tramos rectos, las luces del otro coche surgían tras ellos, para ocultarse de nuevo en las curvas. En una ocasión Liette vio que Gabriel descubría las luces al mirar por el espejo retrovisor, y ella se echó hacia delante para distraerlo.

—¿Tú querías a papá?

—¿Se puede saber qué clase de pregunta es esa?

—¿Lo querías?

—Era mi hermano. Pues claro que lo quería.

—Os oía discutir.

—Los hermanos discuten a veces. En lo que respecta al hotel, él y yo nunca nos poníamos de acuerdo. Pero eso era todo, un puñado de diferencias sin importancia.

—¿Por dinero?

—Por el futuro del hotel. Es decir, por tu futuro. —Sonrió, al parecer muy satisfecho de su respuesta.

—¿Iremos juntos al entierro a París? —le preguntó ella.

Por lo visto la pregunta lo desconcertó, como si no considerase necesario ni tan siquiera molestarse en pensar en ello.

—Claro —repuso con nerviosismo—, naturalmente que iremos.

—¿Me das tu palabra?

—Sí —aseguró su tío, y clavó la vista en la negrura—. Te doy mi palabra.

Al cabo, se detuvieron delante de un alto portón de hierro. Al otro lado se alzaba un bosquecillo de palmeras, pinos y cipreses. Gabriel

se tuvo que bajar para abrir. Una cadena con un candado abierto colgaba suelta sobre una barra transversal. Los estaban esperando. Las bisagras chirriaron cuando el portón se abrió hacia dentro. Liette creyó oír un grito agudo en la noche, como en respuesta a ese ruido.

Gabriel pasó con el coche entre los postes de piedra, se bajó de nuevo y cerró el portón. Rodeó por dentro la barra con la cadena y la aseguró con el candado mientras echaba una última ojeada al oscuro camino que habían cogido desde la carretera de la playa. Después se puso de nuevo al volante y continuó entre los árboles hasta la casa.

Esta coronaba la colina, dándole la espalda al mar, era un rectángulo de color claro y tres plantas con el tejado plano, de estilo italiano. Ante las numerosas ventanas había balaustradas de piedra y una terraza discurría a lo largo de al menos dos lados del edificio, con una barandilla de sólidos balaustres del mismo tipo de piedra.

—¿Esto también es un hotel? —preguntó Liette.

—Lo fue en su día. Por eso mi amigo lo quería convertir en una clínica, pero surgieron algunos problemas, así que no se llegó a abrir.

—¿Y ahora vive ahí él solo?

—Sí. Pero viaja mucho, por negocios. Y a veces lo visita su novia desde Niza.

«La vidente», pensó Liette, pero se guardó muy mucho de mencionar que había coincidido con Ulita Glinka en el tren cuando se dirigía a París.

—¿Y qué negocios hace un doctor? —inquirió con semblante inocente mientras Gabriel aparcaba al pie de una ancha escalera.

Una docena de peldaños llevaban hasta una entrada cuya puerta se abrió en ese momento. Una silueta apareció recortada contra la luz del recibidor.

—Estos y aquellos —respondió su tío—. Dejó la medicina y se gana la vida de otras formas. —Se apresuró a añadir—: Pero sigue ayudando a los buenos amigos. Dentro de poco estarás como nueva, ya lo verás.

Liette recordó la conversación que había escuchado en la villa de los Eisenhuth entre Gabriel y el doctor. Habían hablado de «el pequeño plomo» y de que el doctor se ocuparía de ella. Resultaba curioso que, a pesar de esas palabras, pensar en lo que le esperaba ahí arriba apenas le inspirase miedo.

Al bajar del coche volvió a oír el estridente grito animal que sonaba igual que las bisagras del portón. Gabriel la invitó a subir la escalera. La silueta negra del marco de la puerta casi no se movió hasta que llegaron a su altura.

—Buenas noches —saludó con formalidad el doctor antes de que Liette pudiera verlo con claridad. Solo cuando se hizo a un lado para dejarlos pasar vio que llevaba un traje blanco, como en la villa. Olía a loción para después del afeitado y a sudor. Cerró la puerta—. Conque tú eres la pequeña de la que tanto he oído hablar.

—Liette —dijo ella.

—Yo soy el doctor Baranov.

Tenía el cabello gris y ralo. Ciertamente parecía un médico, no alguien que vendía drogas y mujeres. Liette supuso que no hacía ninguna de esas dos cosas él mismo. Para ello contaba con hombres como su tío, que necesitaba ganar dinero para sufragar su adicción al juego.

Gabriel carraspeó.

—Es tarde. Deberíamos empezar con el tratamiento cuanto antes.

Baranov le lanzó una mirada que no dejaba lugar a dudas de lo que opinaba de él.

—Me figuro que a esta hora no se habrá topado con nadie en la carretera, ¿no?

Su tío negó con la cabeza.

—No en el último tramo.

A Liette le dio la sensación de que su tío temía al doctor Baranov y nunca diría nada que pudiera desagradarle.

El recibidor seguía dando la impresión de que en el futuro se convertiría en el vestíbulo de una clínica. Había un mostrador grande, cubierto de polvo, y butacas tapadas con sábanas. Probablemente el doctor solo habitase una parte del edificio.

Los condujo a ambos por la planta baja hasta un amplio despacho. Olía a humedad en todas partes, como en algunos trasteros del Trois Grâces.

—Siento mucho lo que te ha pasado —dijo, sin mencionar a sus padres—. Te administraré un medicamento que hará que vuelvas a encontrarte bien.

Gabriel asintió con la cabeza para darle ánimos.

—Pronto te sentirás mucho mejor.

Entonces empezó a tenerles miedo a los dos hombres. Tal vez algo hubiese entretenido a Artur y Grigori. Nadie le había pedido que hiciese de señuelo para llevarlos hasta la guarida del doctor; de hecho, Artur se había mostrado muy en contra. ¿Y si Gabriel se había quitado de encima a sus perseguidores? O ¿y si Grigori no podía abrir a tiempo la cadena del portón?

—Túmbate ahí, por favor. —Baranov señaló un sofá de terciopelo granate. Mientras abría un armario empotrado del que sacaba dos botecitos y una jeringuilla de metal preguntó como de pasada—: Y dime, ¿en París tienes más familia?

—Sí. —Liette no podía apartar los ojos de la larga aguja, que Baranov enroscó en la jeringuilla con movimientos diestros—. Una

prima de mi madre y su marido.

—Pero no son parientes cercanos —precisó deprisa Gabriel—. No te disputarán la herencia.

De no haber sabido ella que eso era lo único que le importaba a su tío, habría sido un comentario extraño.

El doctor cargó en la jeringuilla el líquido transparente del primer botecito.

—¿Te caen bien? ¿Les caes tú bien a ellos?

El hombre quería saber si la buscarían en caso de que desapareciera. Probablemente sobornase a la policía para impedir que se investigara el caso, pero unos parientes furiosos podían causarle numerosos problemas.

—Me quieren mucho —aseguró ella—. También podría vivir con ellos.

El doctor y su tío se miraron.

Baranov cruzó la habitación hasta donde estaba ella.

—¿Alguna vez te han puesto una inyección?

Liette negó con la cabeza.

—Al principio duele un poco, pero se pasa enseguida.

Ella intentaba aguzar el oído para percibir algún ruido fuera del despacho: cristales rotos de una ventana o una puerta forzada. Pero en el resto de la casa reinaba un silencio absoluto.

—¿No podemos esperar un poco? —inquirió.

Baranov negó con la cabeza.

—No tengas miedo, hazme caso.

Gabriel se agachó junto al sofá.

—El doctor sabe lo que hace.

Ella se acercó un poco más aún al respaldo.

—¿Y si ya me encuentro mejor?

—Creo que eso no es más que una excusa, ¿a que sí? —le preguntó Baranov—. Eres una niña valiente. Y además, lista. Sabes lo que es mejor para ti.

Liette quiso levantarse, pero Gabriel le puso las manos en los hombros y la pegó al asiento.

—Vamos, hemos venido hasta aquí por esto, a pesar de lo lejos que está.

—Es que ya no estoy triste.

El doctor esbozó una sonrisa amable.

—Han asesinado a tus padres, cómo no vas a estar triste.

Liette seguía sin oír nada salvo sus voces, la respiración agitada de su tío y los pasos de Baranov en el parqué.

Se resistió cuando Gabriel la empujó con fuerza.

—Sé razonable —le pidió—. No tardaremos nada.

Baranov se detuvo a su lado.

—Solo será un pinchazo.

Liette miró la aguja y la larga jeringuilla de metal que el doctor sostenía en la mano, levantó la pierna derecha y le dio con todas sus fuerzas en la rodilla.

El doctor lanzó un grito, se tambaleó hacia atrás y se golpeó con la mesa auxiliar que había delante del sofá. Gabriel tomó impulso y le propinó una bofetada a Liette. Para ello tuvo que soltarle el hombro y, a pesar del repentino dolor que sintió, ella aprovechó para zafarse de la otra mano. Al notarse libre, se levantó del sofá y corrió hacia la puerta.

El doctor la agarró por el pelo y tiró de ella.

Pegando chillidos, Liette perdió el equilibrio y cayó de espaldas, se puso a dar patadas y manotazos, le acertó en el brazo y se volvió a zafar. El pie izquierdo se le resbaló al levantarse, pero consiguió sostenerse y avanzar a trompicones. Baranov y Gabriel le impedían

llegar a la puerta, así que no tuvo más remedio que parapetarse tras el enorme escritorio.

—No seas tonta —dijo Baranov—. Todas las salidas están cerradas con llave.

—Solo queremos lo mejor para ti —afirmó Gabriel.

—¡Sé perfectamente lo que queréis! —le gritó.

Durante un instante su tío pareció de veras consternado.

Baranov se encogió de hombros.

—Vamos a matarte, Liette, no lo dudes —admitió con tranquilidad —. Defiéndete y chilla todo lo que quieras, pero en varios kilómetros a la redonda no hay nadie que te pueda oír, así que no dilates más esto.

Gabriel frunció el ceño.

—No hacía falta que lo dijera.

El doctor sonrió a Liette.

—Tu tío sigue pensando que es posible salir de esta decentemente. Cree que si te quedas dormida sin más será un poco menos asesinato que, digamos, si te metemos una bala en la cabeza. Por desgracia, no entiende la situación. A nadie le gusta matar a un niño, pero, sintiéndolo mucho, en este caso no tenemos elección.

Gabriel parecía enfadado, pero en lugar de dirigir su ira contra Baranov, fue hacia Liette con el rostro demudado.

—Espero que te vayas al diablo por obligarme a hacer esto.

Dio la vuelta a la mesa por la derecha mientras Baranov lo hacía por la izquierda. Liette se dio cuenta demasiado tarde de que el escritorio estaba cerrado por delante, no podía salir al otro lado por debajo, así que reculó y se dio con la espalda contra una estantería.

Un segundo después los hombres se abalanzaron sobre ella. Gabriel la cogió de nuevo y la tumbó bocarriba en la mesa. Liette

intentó darle patadas y manotazos y arañarlo.

—Estará llena de moratones —dijo Baranov a Gabriel, furioso—. No le quedará más remedio que tirarla por el acantilado, que es lo que tendría que haber hecho en lugar de venir aquí.

A los ojos de Gabriel asomó el pánico.

—¡Póngale de una vez la maldita inyección!

Liette chilló como una posesa y se defendió con más vehemencia aún. Una bandeja llena de plumas estilográficas y lapiceros salió volando del escritorio y fue a parar al suelo con gran estrépito. Una lámpara cayó y se llevó por delante con el cable un bote lleno de clips.

Gabriel le puso una mano en el pecho a Liette y la pegó a la mesa con todas sus fuerzas. Ella casi no podía respirar. Baranov se inclinó, le sujetó la muñeca derecha y le puso la inyección a través de la manga.

La aguja le atravesó la piel.

Liette sintió un dolor agudo y después un calor en oleadas que le subió por el brazo. La boca se le secó, los ojos se le velaron y lo último que percibió fue el latir desenfrenado, desesperado, de su corazón.

45

Después supo lo que había sucedido.

Tal y como habían planeado, Artur y Grigori siguieron a Gabriel, no con el lento camión de los libros, sino con un coche que le había dejado a Artur un conocido de Antibes. Tuvieron que detenerse bastante lejos de la casa para que Baranov no viera las luces. Con la cizalla que sacó de la mochila, Grigori cortó la cadena del portón. Corrieron colina arriba y se tropezaron con dos vigilantes que hacían sus rondas por la finca. Grigori logró reducirlos, pero ello les hizo perder unos valiosos minutos. Entraron en la casa con ayuda de una ganzúa y, una vez dentro, se guiaron por el ruido. Grigori estampó su hombro sin vacilar contra la puerta del despacho y la echó abajo.

Cuando irrumpieron en la habitación, el médico ya le había administrado un sedante a Liette. La letal dosis de veneno estaba en el segundo botecito. Baranov estaba cargando la jeringuilla justo cuando Grigori se le echó encima como un animal feroz.

Artur se reservó los detalles de lo que ocurrió después. Lo siguiente que Liette recordaba era que estaba sentada con él contra la pared cortada a pico que descendía hasta el mar detrás de la casa de Baranov. Creía que había sido Artur quien la había llevado hasta allí, pero este le contó que había ido ella por su propio pie, que él solo la había tenido que sujetar un poco. Ella no se acordaba, y con el tiempo también el recuerdo de lo que había sucedido antes se volvió cada vez más vago y desdibujado.

Con el vivificante aire nocturno que soplaba en lo alto del acantilado, poco a poco Liette fue recuperando la lucidez, apoyada en el hombro de Artur mientras sobre el mar se extendía un fantástico cielo estrellado. Los astros le parecían más resplandecientes que nunca. Algunas cosas las percibía con suma claridad, mientras que otras seguían siendo imprecisas y espectrales.

—¿Dónde está Grigori? —preguntó arrastrando la voz.

—En la casa —respondió Artur—. Se está ocupando de todo.

—¿Qué significa «de todo»?

—Del doctor y de tu tío.

Liette acabaría entendiendo lo que eso significaba, pero en el estado en que se encontraba por de pronto seguía siendo un misterio en el que no indagó más.

—Quiero enseñarte una cosa —dijo Artur—. Sé que todavía estás bastante confusa, pero a pesar de ello tengo la sensación de que deberíamos hablar del tema aquí y ahora. Porque todo está relacionado.

Liette levantó la cabeza de su hombro y se volvió a medias hacia él, con las piernas recogidas. El borde del acantilado y el mar quedaban a su izquierda. El vestido azul se le tensó sobre las rodillas.

Artur se metió una mano por dentro de la chaqueta y sacó algo. Era el librito que ella había encontrado en el desván del hotel. Seguía en la funda de madera, pero la cadena que la mantenía cerrada ya no estaba.

—Te prometí que te lo devolvería —comentó—, pero antes quiero contarte una cosa. Y después abriremos el libro juntos. ¿De acuerdo?

Liette asintió, aturdida, y recordó la piedra de luna que estaba con el libro. Pensó que encajaría bien con ese cielo estrellado.

Imaginó que la luz de la Vía Láctea se refractaría en ella y la piedra se convertiría en parte del firmamento.

—¿Liette? —le preguntó Artur.

Ella se sobresaltó.

—¿Sí? Te escucho.

Él respiró hondo cuando la brisa les llevó el olor del mar.

—Sé qué clase de libro es. Y sé a quién perteneció en su día.

—Se lo querías enseñar a un químico.

—Y eso hice. Descubrió algo sobre él, pero a eso llegaremos dentro de un momento. —Apretaba con fuerza la funda—. Este libro tiene casi cuatrocientos años.

«Las estrellas parecen monedas de plata», pensó ella.

—Entonces, seguro que es muy valioso.

—Sobre todo es peligroso. Ya ha causado muchas desgracias. Demasiadas personas han muerto por causa de este libro.

—¿Cómo puede un libro matar a personas? —inquirió ella.

Una sombra como la de un ave nocturna de gran tamaño se deslizó rápidamente por el rostro de Artur.

—Los libros pueden matar a personas de todas las formas posibles. La mayoría de las veces a través de algo que contienen y que convierte a otras personas en asesinas.

—¿Grigori es un asesino? —preguntó Liette de pronto.

La pregunta pareció sorprender a Artur, que negó deprisa con la cabeza.

—Lo que ha hecho Grigori lo ha hecho para salvarte la vida. Los dos hombres que hay en la casa, tu tío y ese tal Baranov..., querían matarte, Liette. Y Grigori lo ha impedido.

—Lo sé.

—No lo olvides. Grigori es el mejor amigo que se puede desear. Algunos lo subestiman, pero otros, como nosotros, sabemos quién y

qué es. Y cuando lo necesitas, él está ahí para apoyarte. No importa lo que haya que hacer; Grigori lo hace para que tú y yo estemos bien.

Liette asintió despacio.

—Espero que los demás también tengan amigos así.

—Seguro. —Él sonrió, y sin embargo parecía un poco triste—. Volvamos a hablar del libro, ¿te parece?

—Sí. Has dicho que algunos libros pueden matar a personas. ¿Este libro también puede hacer eso?

—Ah, sí. Este libro tiene a muchas personas en su conciencia, pero no por algo que está escrito en él, al menos no directamente.

—No lo entiendo.

—Primero debo contarte qué clase de libro es y de dónde procede. La cruz de la funda ya la has visto.

—Creí que era un libro de oraciones. O una Biblia.

—Es una Biblia. Pero no una cualquiera. —Artur sostuvo el libro en alto y lo giró un tanto—. Algunos la llaman «la Biblia de los bufones». [1] Se imprimió en Alemania en el siglo XVI, en Augsburgo. Por aquel entonces los libros todavía no se producían en cantidades tan grandes como hoy, todo se hacía aún a mano. Según la leyenda, el impresor estaba casado con una mujer joven y muy ambiciosa, que le echaba una mano en el taller y pronto acabó sabiendo más de imprimir libros que él. Una tarde, mientras cenaban, él le enseñó una primera prueba de la Biblia, cuyas faltas había corregido un clérigo, y le contó rebosante de orgullo que ahora el texto era perfecto. Al día siguiente la Biblia iría a la prensa y por fin se podrían producir y vender unos cientos de ejemplares. La mujer del impresor hojeó la prueba y en el capítulo tercero del Génesis encontró por casualidad un versículo que la enfureció.

Mientras Liette intentaba seguir todo lo que le estaba contando, Artur dejó la Biblia a un lado, se sacó de la chaqueta unos guantes de terciopelo negro y se los puso. Comprobó la dirección en la que soplaba el viento, hizo un gesto afirmativo y dejó con sumo cuidado que el libro se deslizara de la funda de madera. Lo abrió con gran delicadeza. Las páginas eran finas como alas de mariposa. Las pasó con suavidad hasta llegar a un punto en concreto y le leyó las frases a Liette en alemán.

—Aquí —dijo—. Cuando Dios le habla a Eva: «Multiplicaré los trabajos de tus preñeces; parirás con dolor los hijos y buscarás con ardor a tu marido, que te regocijará». —Artur bajó el libro y tradujo al francés las palabras para Liette—. Lo particular es que, en todas las demás ediciones de la Biblia, la última frase era distinta: «que te dominará» es lo que pone normalmente. Es lo que leyó la mujer del impresor y lo que le causó el tremendo enfado.

A Liette le costaba mucho mantener la atención. En su cabeza todo seguía dándole vueltas y ella se daba cuenta de que sus pensamientos se alejaban e iban al mar y de nuevo a las estrellas.

—Liette —insistió Artur—. Escúchame, por favor. Es importante.

—¿Tiene que ser ahora? —inquirió ella cansada.

—Sí. Porque me gustaría que esta noche nos deshiciéramos de este libro juntos. Y quiero que entiendas el porqué.

—¿Deshacernos de él? —repitió en voz baja—. ¿De verdad?

—Existen leyendas sobre este ejemplar —contó él—, toda clase de rumores. Y siempre tienen que ver con este versículo. Así que presta atención. En la versión correcta Dios dice a Eva, por analogía: «Tu marido te dominará», pero la joven, que se enorgullecía de ser mejor impresora que su marido, no quería aceptarlo, y por eso bajó al taller por la noche y cambió el verbo sin que nadie la viese. —Artur le tradujo de nuevo los dos—. Por consiguiente, en la nueva

edición aparecía: «Tu marido te regocijará». Al día siguiente la Biblia se imprimió y los primeros ejemplares se enviaron a iglesias y monasterios. Alguien no tardó en percatarse del cambio, y de inmediato se produjo un gran revuelo. Al impresor lo llevaron ante la justicia, aunque no sabía de qué era culpable, y todo apuntaba a que pasaría muchos años en la cárcel, pero cuando interrogaron a su aprendiz, que dormía en una alcoba junto al taller, el joven recordó haber visto a la esposa la noche previa a que se imprimiese la Biblia. La arrestaron y la llevaron ante el juez. Acabó confesándolo todo, y a su marido lo pusieron en libertad y ella pasó en prisión el resto de su vida.

Liette creyó entender lo que pretendía Artur.

—Me estás contando todo esto para distraerme, ¿no? Para que no piense en lo que acaba de pasar. Y en lo que Grigori les está haciendo ahí dentro a mi tío y al doctor.

Él negó con la cabeza y esbozó una sonrisa amarga.

—Dispondrá los cuerpos para que parezca que se mataron el uno al otro, si de verdad lo quieres saber. Pero no es por eso por lo que te cuento esta historia.

Liette buscó en su interior alguna emoción, pero ni siquiera encontró frío. Tal vez sintiera algo más tarde, o quizá nunca. Al final profirió un suave suspiro.

—Así que la mujer murió en la cárcel solo porque en lugar de que la dominase puso que su marido la regocijaría, ¿no?

—Así reza la leyenda —confirmó Artur—, y es posible que parte de ella incluso sea verdad. Quién sabe. Durante mucho tiempo ni siquiera se supo cuál era el nombre del impresor, porque reunieron y quemaron todos los ejemplares indecentes. Pese a ello, circularon rumores de que se había conservado uno. Lo escondieron los monjes, que veían en cada quema de Biblias la obra del diablo.

Según ellos, la cólera de Dios fue tal que hizo que sobre el ejemplar pesara una maldición.

—¿Nuestro ejemplar? —quiso saber Liette.

Él abrió la Biblia.

—En la portada consta que el libro se imprimió en el año 1571 en Augsburgo, pero esto no constituye, ni con mucho, todo lo que parece indicar que lo es. —Cerró la Biblia y la devolvió a la funda. Después se quitó los guantes con cuidado, meticulosamente, sin que el exterior le tocase la piel, y los dejó en la hierba—. El químico me confirmó que la tinta del libro entero es muy venenosa. Me refiero a mortal. Además, se trata de un veneno que no deja ninguna traza en el cuerpo. Que esto se deba a una maldición o que alguien se lo haya inventado todo carece de importancia. Lo único seguro es esto: es probable que este de aquí sea el último ejemplar de la Biblia de los bufones, y todo el mundo debería guardarse muy mucho de tocar sus páginas con las manos.

—Por eso la cadena con el candado —razonó Liette.

Él asintió.

—El libro estuvo desaparecido durante siglos, yo creo que se conservaba en la biblioteca de un monasterio de Carelia.

—¿Dónde está eso? —preguntó Liette con el ceño fruncido.

—Es una franja de tierra que se encuentra en el este. Hoy en día una parte de la región pertenece a Finlandia y la otra a Rusia.

Poco a poco los pensamientos de Liette se iban engranando.

—El libro estaba en la maleta de una familia rusa.

Dio la impresión de que Artur sopesaba si sobrecargarla más aún con más detalles. Después asintió y pareció que estaba sumamente abatido.

—Una niña de Carelia encontró la Biblia en el monasterio y se la llevó.

—¿Una niña como yo? —inquirió Liette.

—No —negó él—, no como tú. No se parece a ti en nada.

—¿Qué quería hacer con el libro?

—Raspó la tinta de algunas páginas y mezcló el polvo venenoso con la comida de los monjes. Una pequeña dosis bastó para matarlos a todos. A cada uno de los hombres que había en el monasterio.

Liette miró el libro en su funda protectora y después a Artur.

—¿Por qué?

—Trabajaba allí, en el jardín de hierbas medicinales y en la biblioteca, y uno de ellos, quizá varios..., en fin, no la trataron bien. Y probablemente ella se enfadara mucho, porque en su aldea ya le había pasado algo parecido. Siempre había hombres que intentaban aprovecharse de ella. Era como si ese fuese su destino, desde que era una niña. Hasta que decidió que ya bastaba. Primero envenenó a los monjes y después a los vecinos del pueblo.

—Debía de estar muy desesperada.

—Sí, eso mismo creo yo.

Liette se paró a pensar un momento.

—A mí tampoco me da pena lo que les ha pasado a mi tío y al doctor. Me alegro de que hayan muerto. —Hizo una breve pausa—. Puede que sí que me parezca un poco a esa niña.

Los ojos de Artur reflejaron tristeza cuando se apartaron de Liette y contemplaron el nocturno mar.

Al cabo de un rato ella preguntó:

—¿Cómo sabes tú todo esto?

—La mayor parte la he deducido de viejas historias.

Liette presintió que eso no era todo, pero no formuló más preguntas. Ya tenía bastantes cosas que asimilar y todavía no

pensaba con la misma claridad que antes de que el doctor le pusiera la inyección.

Sin embargo, había algo que sí quería saber.

—¿Dónde está hoy esa niña?

Artur miró la noche.

—Ojalá lo supiera, pero en el libro hay muchas páginas en blanco, como si en su día hiciera acopio de veneno.

—¿La metieron en la cárcel?

—Antaño al menos no.

Oyeron pesados pasos que procedían de la casa. Liette se volvió y vio a Grigori, que iba hacia ellos con parsimonia, como si no quisiera interrumpir lo que Artur tenía que contarle. Al fondo, le llamó la atención por primera vez la hilera de enormes jaulas de hierro que se sucedían bajo una marquesina en la parte trasera del edificio, cada una de las cuales medía cuatro o cinco metros de alto.

—¿A quién encerraban ahí? —preguntó.

Artur miró atrás, hacia la casa.

—Monos, creo. Hace muchos años Baranov realizaba experimentos con monos y personas. Cuando se lo prohibieron, acabó en la ruina. Así fue como el médico se convirtió en un delincuente. Es muy posible que aprovechara la primera oportunidad que se le presentó para ganar mucho dinero aquí, en la costa.

—Estaba loco —aseguró Grigori cuando se detuvo delante de ellos —. Ahí dentro los cajones están llenos de fotografías de operaciones. Les sacaba los huevos a los monos de...

—No hace falta que sigas —lo cortó Artur.

—No te mosquees.

—Sé lo que son huevos —afirmó Liette—. Tengo once años.

Artur suspiró y señaló la Biblia.

—¿Volvemos al libro?

—No hace falta. —Liette le tendió la mano a Grigori—. ¿Me ayudas?

Él le rodeó la mano entera con su garra y la levantó. Acto seguido la muchacha se inclinó y cogió el libro por el lado cerrado de la funda. Al ver la cara de preocupación de Artur, le dijo:

—No te preocupes, tendré cuidado.

En dos pasos se acercó al borde del acantilado. Más abajo las olas rompían contra escarpadas rocas que se vislumbraban con la luz de las estrellas.

—¿Bastará? —preguntó sin mirar a los dos hombres.

—Supongo —contestó Artur.

Liette extendió la mano sobre el abismo y le dio la vuelta a la funda. La Biblia de los bufones se deslizó sin hacer ningún ruido y se precipitó a las profundidades; a los pocos metros se abrió como si fuese un pájaro que acabara de aprender a volar, dio unas vueltas frenéticas alrededor de sí misma y se fundió con la oscuridad. Liette se quedó unos instantes donde estaba, como si tuviese que cerciorarse de que una ráfaga de viento no la hacía subir de nuevo. Solo entonces tiró también la funda de madera.

Después abrió los brazos despacio y echó la cabeza atrás.

—Liette —advirtió Artur.

Grigori dio un paso hacia ella.

Liette sintió que la luz de las estrellas se derramaba sobre su piel como si fuese agua fría.

Grigori estaba justo detrás de ella. Liette oyó que Artur se levantaba de un salto. No pudo evitar sonreír.

—No seáis niños —dijo, y se dio la vuelta y corrió hacia Grigori con los brazos extendidos.

Lo abrazó todo lo fuerte que pudo, y cuando llegó Artur también lo abrazó a él, y así permanecieron los tres, al filo del acantilado, al

filo de la noche y al filo de Europa, y ella quiso que ese momento no terminara nunca, ni su amistad tampoco, y pensó en la muerte, que más abajo el agua borraría de las páginas, y en la piedra de luna, que resplandecía como el universo. Ambas cosas pertenecían a la niña del monasterio. La niña que tenía el veneno. Liette se preguntó si alguna vez llegaría a saber más cosas de ella. Cómo se llamaba y qué había sido de su vida.

Al cabo, bajaron por la ladera, atravesaron el bosquecillo de palmeras, pinos y cipreses, y franquearon el portón. El coche se hallaba a un tiro de piedra, tras unos arbustos altos. Liette se sentó en la parte de atrás y, cuando Artur arrancó y se dirigió hacia la carretera de la costa, ella cerró los ojos y se durmió.

46

1957

—Ellos dos me trajeron aquí, a París, con mis familiares —contó Liette cuando apagó el motor del Porsche.

Estaban de nuevo en la rue Gabrielle, en un hueco que no quedaba muy lejos del museo de títeres. Por el camino Liette le había contado a Thomas lo que la unía al anciano que ocupaba la suite de la torre. Había empezado con el hallazgo de la Biblia y la piedra de luna en el desván, le había relatado en pocas frases el asesinato de sus padres y finalmente cómo le habían salvado la vida Artur y el otro ruso.

—Yo habría preferido quedarme con Artur y Grigori, claro, pero incluso con once años no tardé en comprender que no sería posible. Uno era un bibliotecario ambulante más pobre que una rata, a cuyo cuidado el Estado no habría dejado ni a un perro callejero, y el otro..., no lo sé, porque en realidad Grigori ni existía. Con toda seguridad no en documentos oficiales. Después pensé a veces que me lo había inventado, como a un amigo imaginario. Pero de cuando en cuando Artur hablaba de él. No con frecuencia ni mucho, pero sí más a menudo que de Mara, a la que no volvió a mencionar hasta hace unas semanas.

Cuando bajaron del coche, Thomas le preguntó:

—¿Después no volviste a ver a Grigori?

Liette cerró el coche negando con la cabeza.

—Artur mencionó que poco después Grigori tuvo que huir de Francia, por no sé qué otro asunto con el que se había buscado problemas. Al parecer se fue a Alemania. Un judío ruso, poco antes de que Hitler se hiciera con el poder, ¿te lo imaginas? Artur no volvió a saber de él, lo que tal vez signifique que no sobrevivió. O que se escondió a tiempo, y esta vez para siempre.

Caminaban despacio hacia la puerta cochera.

—¿Se esclareció en su día el asesinato de tus padres? —preguntó Thomas cuando ya estaban a escasos metros.

—No, pero los criminólogos al menos excluyeron que mi padre apuñalara a mi madre. En casa había demasiados detalles que apuntaban a que no había sido así. A la policía no le podía hablar de Baranov cuando me hicieron preguntas por la muerte de mi tío, de lo contrario habrían seguido investigando y quizá hubieran dado con Grigori y Artur. Pero el hombre que ordenó matar a mis padres estaba muerto. Con eso me bastaba.

—Fuiste muy valiente —dijo Thomas mientras franqueaban la puerta.

—Creo que los niños lidian con algo así de otra manera. En su día no me importó ni lo más mínimo saber que el cuerpo de mi tío y el de Baranov estaban a escasos metros de mí, en la casa. Desde mi punto de vista habían recibido el castigo que merecían, igual que los rufianes en los libros. Probablemente Artur pensara que yo me encontraba en estado de shock, pero Grigori lo entendió: me alegraba que Gabriel y Baranov hubiesen desaparecido, por eso estaba tan tranquila. —Se encogió de hombros con una sonrisa—. Si hoy me viera ante un cadáver, es posible que la cosa fuera diferente.

La puerta del museo de títeres estaba abierta un dedo.

Liette miró a Thomas con cara de preocupación y, acto seguido, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó la pequeña pistola

que había guardado en el salón de su casa.

Thomas empujó la puerta despacio.

Desde la entrada los miró una docena de títeres, dispuestos artísticamente en semicírculo como figuras de cera. Tenían el mismo sello inconfundible que los de la serie de fotografías de Mara, los mismos ojos de calavera grandes, hundidos, y los labios carnosos, pintados de un rojo sangre y, en casi todos ellos, fijos en una mueca. Unos llevaban traje negro, como si fuesen a un entierro. Otros vestían de arlequín y tenían el rostro pintado de blanco, con sendas rayas verticales atravesándoles los ojos y una única lágrima en la mejilla.

Un pasillo llevaba al interior de la casa. Thomas apartó con cuidado una cortina roja y cruzó al otro lado; Liette iba detrás, pegada a él. Se había metido la mano con la pistola en el bolsillo de la chaqueta. Quizá no quisiera asustar a Arnaut. Thomas no creía que fuera a ser necesario ya. Reconoció el olor que les llegaba de la sala que se abría tras la cortina. La última vez que lo había olido había sido en una trinchera, poco antes de que lo llevaran de vuelta a Alemania.

—Aquí huele a pollo destripado —musitó Liette.

—Algo parecido.

Ella hizo un mohín.

—Sé que no es un pollo.

A derecha e izquierda vieron, sentados y tumbados, docenas más de títeres, unos vestidos y otros con el cuerpo de madera asexuado desnudo. Thomas no sabía a ciencia cierta si aquello era un almacén o si seguía formando parte del museo; la luz que daban las redondas lámparas del techo era demasiado mortecina. En medio Arnaut había dejado libre un pasillo, de menos de un metro de ancho, que recorría toda la sala, unos veinte metros. Bajo el tejado, de chapa

ondulada, se veía un gran número de vigas y tirantes de metal, como si la estructura que lo soportaba se hubiese reforzado una y otra vez. Un antiguo establo, probablemente del periodo napoleónico, que habían ido asegurando poco a poco.

Lo que causaba el olor los esperaba al final del pasillo central.

Arnaut estaba tendido en un banco de trabajo, atado con un amasijo de cables y cuerdas. Las piernas abiertas miraban hacia ellos; los hombros, hacia la pared. Al acercarse más, Thomas pensó en un primer momento que no tenía cabeza, pero después vio que le colgaba de la mesa; le habían partido el cuello.

Los cortes y las cuchilladas que le habían infligido en el torso desnudo dejaban bien claro que a Arnaut lo habían torturado. Todos los instrumentos que habían utilizado para ello los habían cogido de los tableros de herramientas que colgaban de la pared y estaban en el suelo junto a puntas, brocas y barrenas relucientes. Desde que Thomas y Liette habían hablado con él apenas habían transcurrido más de dos horas. En ese sitio alguien había trabajado con gran rapidez y eficiencia, lo que permitía deducir que el autor tenía experiencia en esas lides.

Liette se volvió en redondo, con la pistola en la mano.

—La sangre aún es reciente —susurró—. Ella todavía está aquí, ¿no?

—¿Ella?

—Quienquiera que haya hecho esto.

Thomas se dio también la vuelta y dejó vagar la mirada por la calle que formaban los títeres a ambos lados del pasillo central.

—Sí —contestó—, es muy posible.

Se oyó un crujido, seguido de un pequeño estrépito. La cabeza de un títere había caído al suelo, cruzó rodando el pasillo y desapareció entre las piernas de un títere del otro lado.

—¡Salga de donde esté! —exclamó Liette—. ¡Tengo un arma!

—Eso solo funciona en las novelas policiacas que tienes en las estanterías.

Un títere de la derecha cayó al pasillo, seguido al poco de otro. Después un gato surgió disparado de entre las sombras, enfiló el pasillo a la carrera y salió por la cortina.

—Puede que aquí ya no haya nadie —musitó ella.

Si querían salir de la sala, tenían que recorrer todo el pasillo central de títeres, dejar atrás docenas de muñecos que estaban muy juntos y proyectaban en el suelo y en las paredes una maraña de sombras grotescas.

—Primero deja que busque las fotos —pidió Thomas.

—¿Y hacemos como si ahí no hubiese un cuerpo acuchillado? —repuso ella, que tenía sus dudas.

Él señaló un archivador de metal que estaba contra la pared, detrás del banco de trabajo. Uno de los grandes cajones se hallaba abierto. Alguien había sacado sin miramientos varios sobres y los había tirado al suelo. Sin embargo, uno de ellos estaba encima del resto en el cajón, de él asomaban varias tiras de negativos.

Thomas dio la vuelta al cadáver, procurando no pisar los objetos manchados de sangre con que lo habían torturado, sacó una de las tiras y la sostuvo a contraluz. No le sorprendió que se tratara de instantáneas de la sesión fotográfica de Mara. En el sobre encontró numerosas copias en blanco y negro, a veces con motivos idénticos y distintos grados de exposición. En algunas de ellas se veía con claridad el rostro de Mara. Incluso había varias ampliaciones: sus rasgos más granulados y menos nítidos; sus ojos claros, más misteriosos. A Thomas le costó ver a una persona real en ella. Esa mujer seguía siendo un enigma.

De espaldas a él, Liette continuaba apuntando al pasillo con la pistola.

—¿Son esas las fotos?

—Sí, todas de la misma serie. Me figuro que el asesino también las estaba buscando. —«Y posiblemente se haya llevado unas cuantas», pensó al mismo tiempo que él se quedaba con dos copias: una en la que se veía a Mara de lejos con los títeres, y la otra, una de las ampliaciones—. Larguémonos de aquí. —Mientras se unía a ella, no pudo por menos de mirar de nuevo a Arnaut. ¿Lo habían torturado solo para que entregara los retratos de Mara o había revelado algo más?—. ¿Sabía Arnaut cuál es el paradero de Mara? —preguntó cuando volvió con Liette.

—Teniendo en cuenta lo obsesionado que estaba con ella, tal vez lo averiguara.

—Entonces, ¿por qué intentaba atraerla con los títeres en lugar de ir a verla directamente? —Thomas planteó la pregunta mientras pensaba en su respuesta, pero en realidad sabía cuál era. Los hombres que habían quedado a merced de Mara sentían por ella un profundo respeto. Su obsesión era una suerte de adoración temerosa, que quizá no los dejara acercarse a ella sin que los invitasen a hacerlo. Así lo indicaba lo que había dicho Arnaut. E incluso esa sala llena de títeres era menos un museo que un templo en el que se veneraba su posible regreso.

Se oyó de nuevo el crujido.

Thomas vio un movimiento entre los puntales de las vigas del techo.

—¡Ahí! —exclamó.

Allí arriba no había nadie, pero probablemente fuese la sombra de alguien que se encontraba abajo, entre los muñecos, y que ahora bajó la linterna con la que, para distraerlos, había proyectado su

silueta en el techo. Acto seguido se abrió paso de un salto entre los títeres de delante y embistió a Liette, que perdió la pistola. El desconocido llevaba un abrigo negro y un sombrero, su rostro quedaba oculto tras una máscara de lana oscura. Cuando giró sobre sus talones y enfiló el pasillo a toda velocidad, Thomas reparó en lo delgado que era.

Miró a Liette para asegurarse de que no le había pasado nada —estaba buscando el arma— y emprendió la persecución. El desconocido iba tirando títeres al pasar para bloquear el pasillo. Thomas saltó uno, tropezó con el segundo y fue a parar al suelo con el tercero. Soltando imprecaciones, se apartó del pasillo y se lanzó hacia la izquierda sobre otros títeres, que se desplomaron tanto encima como debajo de él.

Liette pasó por delante de Thomas, saltó los dos muñecos siguientes que habían caído al suelo y dio alcance al asesino de Arnaut poco antes de que llegara a la cortina. Lo cogió por el bajo del abrigo y tiró con fuerza.

El desconocido giró en redondo, se zafó de Liette de un golpe y, en el mismo movimiento, sacó un cuchillo largo que ocultaba debajo del abrigo. Thomas reconoció un viejo cuchillo de trinchera como los que había utilizado en la lucha cuerpo a cuerpo durante la guerra, con una empuñadura de nudillos que permitía emplearlo al mismo tiempo como puño de acero. La punta de la hoja de cuatro filos le habría rajado la garganta a Liette si esta no hubiese saltado hacia atrás cuando el enmascarado trató de herirla. A todas luces no había encontrado la pistola, ya que estaba con las manos vacías ante su adversario, que lanzó una segunda estocada. Pegó otro salto atrás, se dio contra un títere y estuvo a punto de perder el equilibrio.

Thomas levantó en el aire uno de los muñecos con las dos manos y lo lanzó con todas sus fuerzas por encima de Liette contra el

enmascarado. Le acertó y este cayó hacia atrás, arrastró la cortina en su caída y quedó enterrado debajo. Thomas sorteó a Liette, y aunque no veía dónde estaba el puñal debajo de tanta tela, se abalanzó sobre el bulto, que intentaba desembarazarse de la pesada cortina y ponerse de pie. Thomas se dio cuenta de que el desconocido no podía competir físicamente con él: era demasiado delgado, casi huesudo. Pero acto seguido la larga hoja atravesó la cortina en vertical y estuvo a punto de herirlo en la cara. Thomas agarró la mano que empuñaba el arma y la ladeó.

El puño izquierdo de su adversario le dio en la nuez. Profiriendo un grito ahogado, le soltó la mano, y esta vez la punta del puñal le hizo un tajo en el hombro. Rodó hacia un lado para esquivar otra puñalada, vio ir la hoja hacia él... y oyó el disparo, cuya bala le pasó silbando en ese mismo instante y se hundió en el cuerpo que tenía debajo.

El desconocido, todavía medio cubierto por la cortina, golpeó el suelo con la cabeza. Al hacerlo, el sombrero se le soltó y cayó a un lado.

En el pasillo, con las piernas separadas y empuñando la pistola con ambas manos, Liette abrió fuego de nuevo. Mientras Thomas forcejeaba con su adversario, ella había vuelto atrás y había encontrado el arma. Thomas se estremeció cuando la segunda bala acertó en el cuerpo que seguía teniendo debajo. Tras la máscara se oyó un grito ahogado y a la vez el puñal fue a parar al suelo.

Liette se acercó por detrás.

—¡Estás herido!

Thomas se llevó una mano al hombro, notó que tenía sangre y un tajo en la piel.

—Solo es un arañazo.

Lanzó un gemido al erguirse y extendió una mano hacia la máscara.

Liette profirió un sonido estridente.

La lana negra bajó y dejó a la vista un rostro desfigurado, paralizado por viejas quemaduras que no habían cicatrizado bien, y con una depresión por debajo del ojo que parecía un pómulo destrozado. También el cuello estaba lleno de cicatrices.

—Si la encuentran... —logró decir el hombre, respirando con dificultad, mientras la sangre le corría por la comisura de la boca—. Si encuentran a Mara, mátenla por mí...

—¿Quién demonios es usted? —inquirió Thomas.

El desconocido tenía una voz cascada y bronca y, para colmo de males, la sangre que se le acumulaba en la garganta hacía que prácticamente no se le entendiese ya.

—Tantos años buscándola... Cuando la guerra terminó y volví a casa, me lo había quitado todo... La esperanza de que me perdonaran me mantuvo con vida, de que me perdonase mi familia... Pero mi familia ya no estaba... Tuve que aprender a andar de nuevo, a hablar de nuevo... Me juré que pagaría por lo que hizo...

—Sé quién es —afirmó Liette.

Thomas se inclinó más sobre el destrozado rostro, pegó la oreja a la boca sin labios.

—El de los títeres... —dijo el hombre— sabía dónde está Mara..., la dirección... —Empezó a toser y a atragantarse, su mano se aferró de nuevo al puñal. El torso se le contrajo con un ataque de espasmos.

Y acto seguido Albin Eisenhuth murió, entre estertores, ahogado con su propia sangre.

Liette le puso una mano en el hombro a Thomas mientras este se inclinaba sobre el cadáver y se obligaba a apartar la cortina y meter

la mano bajo el abrigo, empapado de sangre. Encontró una de las copias fotográficas. En diagonal sobre el borroso rostro de Mara, garabateada con una letra anticuada, se veía una dirección, casi indescifrable. Albin debió de anotarla mientras torturaba a Arnaut.

—Sé dónde es —dijo Liette con nerviosismo—. Sé lo que pone.

Thomas le dio la fotografía e intentó levantarse. Ella lo ayudó y Thomas no tardó en estar derecho, manchado de sangre, la de Albin y la suya propia. La herida del hombro le palpitaba y le ardía.

Dejaron allí los dos cuerpos y salieron al oscuro patio, franquearon el portón y volvieron al coche. Cuando Liette aceleró, la luz azul de las sirenas de la policía descollaba sobre las fachadas en la distancia.

47

La casa se alzaba solitaria en medio del campo, a poco más de una hora al sur de París, junto al bosque de Fontainebleau. Incluso de día les habría costado encontrar el camino que llevaba hasta ella, ya que la propiedad se hallaba apartada de la carretera nacional, cerca de una pista de tierra que cuando llovía seguro que se convertía en un barrizal. Esa noche, sin embargo, debido al incesante calor que hacía, el camino estaba duro como el hormigón y las rodadas adheridas a él se distinguían con claridad a la luz de los faros. Thomas se bajó y las tocó con las yemas de los dedos. Era evidente que por allí solo pasaba un coche, y no muy a menudo, ya que de lo contrario habría alisado sus propias huellas.

Liette se burló de Thomas porque parecía un rastreador indio herido, pero después enmudeció y se sumió en sus pensamientos. Él ya se había preguntado si llegaría la conmoción y cuándo. Liette había disparado a un hombre, pero lo había hecho para salvarle la vida a Thomas, y él quería que ella no pasara por alto esto último, sino que lo entendiese en toda su dimensión. Con el tiempo, haber matado a alguien en legítima defensa no sería igual que haberlo hecho premeditadamente. Él lo sabía porque, durante la guerra, lo habían obligado a ambas cosas.

—Si fue él quien entró en mi casa, habría podido atacarnos mucho antes —razonó Liette mientras el Porsche avanzaba por la oscuridad—. A Arnaut y a Glinka los torturó hasta matarlos, pero a nosotros nos ha dejado en paz hasta hoy.

Los pensamientos de Thomas iban por el mismo derrotero.

—Al principio es probable que supusiera que teníamos más posibilidades de dar con Mara que él. Con su aspecto, la mayoría de la gente no habría corrido a sincerarse con él. En su día vi esa clase de cosas. Quemaduras de la guerra. Quizá incluso de las dos guerras.

Ella asintió.

—Así que nos siguió mientras le facilitábamos el trabajo. Pero al ver que no hacíamos demasiados progresos, primero con Glinka y después con Arnaut, decidió ocuparse él mismo. A su manera. —Bajó la voz, atribulada—. Lo que significa que los dos seguirían vivos si nosotros nos hubiésemos dado más maña.

—Eh, que no los matamos nosotros, los mató él —le recordó Thomas—. Y cuando averiguó lo que quería saber y nos interpusimos en su camino, quiso acabar también con nosotros dos.

—Es posible. Y a pesar de todo...

—Para un momento —le pidió.

—¿Por qué?

—Tú para.

Ella detuvo el vehículo de mala gana en el oscuro camino vecinal.

—Si hay algo que ahora no necesito es terapia, en serio.

—Sería el menos indicado para hacer tal cosa, créeme. Pero eres consciente de que esto todavía no ha terminado, ¿no?

—¿Lo dices por Mara? Quiero dar con ella para llevarla con Artur, no para matarla.

—Lo sé. Pero es peligrosa. Y si llegara a suponer un riesgo para ti de alguna manera, yo la mataría.

Ella lo miró sin decir nada.

—Quiero que lo sepas —añadió Thomas enérgicamente—. Si alguien intenta hacerte algo, no vacilaré ni un segundo. Tú lo has

hecho por mí.

Liette trató de sonreír, le salió un gesto débil.

—Lo que ha pasado es que no me ha dado tiempo a pensar.

—Sí que te lo ha dado. Has vuelto para buscar la pistola. No tenías por qué hacerlo.

—¿Y que después me apuñalase a mí?

—Sé que no lo has hecho...

—Anda, calla. —Se inclinó hacia él y le dio un beso—. Este por intentar tranquilizarme. —Lo besó de nuevo, esta vez durante más tiempo—. Y este por el resto.

—¿Qué resto?

—No tendrías por qué estar aquí.

Liette colocó las manos de nuevo en el volante y aceleró con cuidado. El Porsche, que era de lo más inapropiado para ese terreno, iba dando sacudidas por la negra noche. El bajo golpeaba constantemente contra el suelo y cada vez Liette profería una imprecación.

Ante ellos apareció una mancha negra que, con lo despacio que iba el vehículo, se fue agrandando con gran lentitud. El camino desembocaba en un bosquecillo de hayas y matorrales tupidos en cuyo centro se erguía una vieja casa de labranza reformada. El tejado era nuevo, la fachada estaba enlucida, habían cambiado las ventanas. El coche rodó por un pulcro empedrado y los conos luminosos recorrieron el borde de una piscina que había junto a la casa.

Todo estaba a oscuras.

—Aquí no hay nadie —opinó Liette.

—O puede que Mara haya visto los faros a lo lejos.

—¿A través de esa maleza? Si es como un muro...

Cuando se bajaron del coche y se acercaron a la casa, la desazón de Thomas fue en aumento. Se había propuesto no subestimar a Mara ni un segundo. Albin Eisenhuth era un asesino desalmado, embrutecido por unas guerras de las que en realidad tal vez no hubiese vuelto a casa, pero también era mayor y físicamente estaba acabado. Mara, en cambio, le parecía una persona inteligente y de mundo, no se dejaría sorprender por unos aficionados. Ya había matado antes, podía volver a intentarlo. Allí, ante la casa, estaban desprotegidos, y si esa mujer les estaba apuntando con un arma, no podrían hacer nada.

—¡Mara! —exclamó Liette cuando estuvieron delante de la casa.

—¿Es buena idea?

—Solo queremos hablar con ella.

—Pero eso ella no lo sabe.

Imperturbable, Liette fue hacia la puerta y buscó un timbre.

—Es evidente que recibir no es lo suyo. —Tras un breve vacilar, levantó una mano y llamó a la puerta—. ¿Mara Kalinina? ¿Está usted ahí?

Thomas no perdía de vista las ventanas de abajo y de la primera planta. No se movía nada, no había luz en ninguna parte.

—Es muy posible que se haya marchado. Debe de tener dinero suficiente para ser la dueña de unas cuantas casas.

Liette lo miró con impaciencia.

—¿Qué sugieres? ¿Que nos vayamos sin más? Cuando aún eras reportero y perseguías nazis, ¿qué habrías hecho?

—¿En mis mejores días? Habría entrado en la casa.

Ella asintió. Por supuesto, confiaba en que dijera eso.

—Un hombre como los que me gustan.

—Por cosas así estuve a punto de acabar en la cárcel.

Una vez más Liette se volvió hacia la casa y llamó a Mara.

—¡Hemos venido por Artur! ¡Se muere!

Nadie respondió, y Thomas dudaba que Liette esperase conseguir una respuesta.

—Ahora habría tenido tiempo de sobra para dispararnos, ¿no?

—Eso creo.

Liette se sacó la pistola de la chaqueta y fue hacia una de las grandes ventanas. Thomas no intentó detenerla. Negando con la cabeza, vio que golpeaba el cristal sin vacilar con la culata del arma.

—¿Vienes?

—¿Con el hombro herido? Imposible. Y tú no deberías entrar ahí sola.

Pareció un poco compungida por no haber pensado en la herida que tenía Thomas —cosa que él no le tuvo en cuenta, en vista de la adrenalina que le recorría el cuerpo—; asintió, sintiéndose culpable, y se dispuso a retirar con la pistola los cristales que quedaban.

—Espera —dijo él con un suspiro—. Déjame a mí.

—De ninguna manera. —Liette se quitó la chaqueta, la colocó doblada varias veces en la parte inferior del marco y entró con habilidad. De pequeña, picada por la curiosidad, se había encaramado a un árbol alto para ver la biblioteca de la niebla. A todas luces, aún no había perdido su sentido de la aventura ni la alegría de descubrir cosas. A Thomas le recordó a la persona que había sido él en su día, antes de que se acomodara en su nido de autoengaño y falsa moral—. Te abro por dentro —dijo.

Y, cogiendo la chaqueta, desapareció en la oscuridad.

—Ni siquiera tienes una linterna —apuntó él con voz ahogada, pero no obtuvo respuesta—. Ni llave.

Intentó distinguir algo dentro por la ventana. La silueta de muebles antiguos, una estantería con libros. Olía a polvo acumulado, como si no ventilaran la casa desde hacía tiempo.

—¿Liette?

Ya no oía sus pasos.

Entre los altos árboles se coló una ráfaga de viento. Ahora que faltaba poco para medianoche, por fin refrescaba.

—¡Liette!

Bajo sus pies crujieron los cristales cuando se acercó más a la ventana y se asomó. No estaba seguro de lo que esperaba percibir. Un soplo de perfume, quizá. Algún rastro de Mara Kalinina, Mara Eisenhuth o comoquiera que se hiciese llamar en la actualidad. Sin embargo, el único olor que advirtió fue el de una casa grande, abandonada. Y seguía sin oír nada.

Mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad, tuvo miedo de que no tardara en ver lo mismo que había visto Liette antaño en la biblioteca: la figura encorvada de una mujer, muda e inmóvil, como si rezara ante todos esos libros.

Poco a poco Mara ya no le parecía una persona, sino una quimera compuesta de manera imprecisa de todo cuanto había visto y oído de ella a lo largo de los últimos días. Recuerdos vagos, fotografías en blanco y negro, un rostro borroso, nebuloso.

Que poseyera una casa habría tenido que relativizar esos pensamientos, pero ni siquiera tal cosa era suficiente para superar la sensación de que se trataba de un espejismo que se negaba a olvidar matando a hombres.

Thomas aguzó el oído de nuevo, y se iba a quitar la chaqueta —cosa nada fácil con el maldito hombro— para emular a Liette cuando oyó ruidos entre los árboles: un crujido, un romper de ramitas, después de nuevo el silencio. Se volvió en redondo y escudriñó la noche, en tensión. Si no se equivocaba, los sonidos procedían del otro lado de la piscina. Se separó de la casa despacio y fue hacia ella. No tenía agua y era muy profunda. Un cenagal de inmundicia y

hojas podridas cubría el fondo. De alguna parte le llegó un olor a quemado.

Se detuvo al borde de la piscina. En el otro lado, a escasa distancia de los troncos del hayedo y la intrincada maleza, a una altura de un metro un trampolín largo se asomaba al abismo.

Durante un instante Thomas creyó ver a alguien delante del todo, en el borde, un bulto negro, delgado y derecho como una vela, envuelto en cintas negras que ondeaban al nocturno viento como llamas en el negativo de una fotografía.

La impresión se desvaneció en el acto, en el trampolín no había nadie. Lo que sí vio, detrás, fue un árbol del que colgaban tiras de tela negras. Thomas descubrió más árboles como ese, no las altas hayas, sino unos más pequeños y delgados, como abedules jóvenes, pero con la corteza más oscura. Tal vez el intento de practicar una suerte de paisajismo. La imagen tenía algo perturbadoramente arcaico.

—¡Thomas! —Liette estaba en la puerta, ahora abierta. En una mano sostenía un manojo de llaves; en la otra, la pistola—. Mira esto.

El alivio que sintió hizo que cogiera aire con fuerza, pero el desconcierto no se desvaneció. Tras dar unos pasos hacia la casa, Thomas volvió la cabeza: los árboles, con sus ondeantes cintas, se habían vuelto a fundir con la oscuridad, como si también ellos se hubiesen replegado en las sombras. En el trampolín no había nadie.

—He encontrado una cosa —contó Liette cuando él entró. Se metió la pistola en el bolsillo de la chaqueta.

—Las llaves —dijo él.

—No solo eso.

—¿Otro cadáver? —Nada más hacer el comentario le entraron ganas de morderse la lengua.

Pero Liette le dedicó una sonrisa.

—No te parecen bastantes, ¿eh?

Si todavía no estaba enamorado de ella antes, lo estuvo en ese instante. De golpe y porrazo, solo porque dijera eso, al parecer, aunque el sentimiento se había ido acercando sigilosamente desde hacía días. Él no había querido hacerle caso, ni siquiera se había molestado en pensar en ello, y ahora estaba ahí.

Thomas la estrechó entre sus brazos y la besó.

Las tiras de tela negra susurraban. Thomas cerró la puerta con el pie y dejó fuera los sonidos, al menos durante un momento.

—¡Vaya! —exclamó ella poco después.

A él le pareció una reacción maravillosa, desconcertada y divertida al mismo tiempo. Liette era lo que necesitaba, la persona a la que necesitaba. Poseía la mezcla perfecta de carácter juguetón y capacidad de asombro que en su propia vida no tenía cabida desde hacía tiempo.

Justo cuando iba a decírselo, ella se separó de él y echó a andar.

—Por aquí —dijo.

Entraron en un estudio de pintura que se extendía desde una habitación grande hasta una terraza acristalada. Liette encendió la luz. La silueta de los árboles desapareció en el acto tras los cristales y se vio sustituida por el reflejo de la estancia. Tres caballetes sin lienzo se alineaban como esqueletos geométricos. Contra las paredes había varias tablas de madera rectangulares, únicamente pintadas de blanco. Mara debía de utilizarlas en lugar de lienzos. Sin embargo, Thomas no vio ni un solo cuadro, ni empezado ni terminado.

De pronto comprendió que los restos negros que había en el fondo de la piscina no eran hojas descompuestas: era ceniza. Alguien, quizá la propia Mara, había quemado allí todos los cuadros.

Compartió su descubrimiento con Liette, que estaba absorta en sus pensamientos y, por lo visto, no se sorprendió mucho.

—Por aquí.

Él la siguió hasta un escritorio en el que había toda clase de papeles esparcidos, completamente desordenados.

—¿Esto lo has hecho tú?

—Lo he mirado todo por encima corriendo, sí.

—¿También has subido a la primera planta?

Ella hizo un gesto negativo.

—Aquí no hay nadie. Será mejor que veas esto. —A Thomas le incomodaba no saber quién o qué podía haber arriba, pero accedió. Liette le tendió una carta escrita a máquina con el membrete de un hospital de París—. Estaba a la izquierda en el organizador; casi todo lo demás se encontraba en un montón a la derecha. Mara ha puesto orden en sus cosas. Quizá le haya dejado en herencia a alguien la casa con todo su contenido.

Con el ceño fruncido, él la miró primero a ella y después miró la carta.

Se trataba de una comunicación formal, mediante la cual se notificaba que, en el curso de una exploración, a la paciente Mara Limat se le había diagnosticado una proliferación de células en el páncreas. La biopsia había dado como resultado que se trataba de un tumor en un estadio avanzado; no se podía descartar la posibilidad de que se hubiese extendido y ya hubiera metástasis en otras partes del cuerpo. Para ir sobre seguro, era preciso realizar pruebas adicionales: en los pulmones, el hígado y la médula ósea, entre otros órganos. Dado que la paciente pagaba personalmente todas las facturas, se le asignaría cita cuanto antes. Se aconsejaba iniciar un tratamiento de inmediato, dado que no cabía ninguna duda de lo grave que era la enfermedad.

Thomas dejó caer la carta.

—Se muere.

—Sí —confirmó Liette—. Debajo había unos papeles de bancos de Suiza, contratos de cajas de seguridad y cosas por el estilo.

Él leyó por encima la carta una vez más. La habían escrito hacía escasos días.

—Esto no es todo. —Liette dio unos golpecitos con la yema de los dedos en unos papeles que probablemente fuesen del segundo montón. Ahora todo estaba revuelto. En lo alto se veían la factura y la confirmación de una empresa de vuelos chárter. El precio era exorbitante incluso para un avión privado: Mara había solicitado un avión medicalizado, un aparato con tripulación, dos enfermeros y una médica—. Contratados a partir de mañana a las cinco de la madrugada —informó.

Thomas ladeó la cabeza con aire pensativo.

—Debe de encontrarse bastante mal, si viaja con personal médico propio.

—Lee en qué aeropuerto ha de estar listo el avión.

Él había dado por sentado que sería París, pero vio que se equivocaba. El aparato esperaba en Niza.

—Mierda —espetó.

—Ya —convino ella—. Y también está esto otro.

Liette apartó varias hojas. Debajo apareció un mapa doblado, cuyas leyendas y líneas divisorias Thomas no fue capaz de ubicar a primera vista. Solo unos instantes después supo que estaba mirando un mapa de la zona fronteriza entre Finlandia y Rusia. Mucho verde, pocas localidades y un sinfín de lagos. Había algunas marcas, una de ellas alrededor de un lugar llamado Immola, en el lado finlandés, otra en la orilla de un lago colosal que se extendía al otro lado de la frontera de la Unión Soviética.

—No puede ser verdad, ¿no?

Liette le cogió la mano y tiró de él hacia la puerta.

—Quiere volver a Carelia.

Condujeron durante toda la noche y llegaron al Château Trois Grâces alrededor de las ocho de la mañana. El cielo era de un azul sobrecogedor. Del mar Mediterráneo soplaba una refrescante brisa, quizá el primer indicio de que el sofocante calor que había hecho las semanas anteriores terminaría pronto. A Thomas, el olor del pinar que rodeaba el hotel nunca le había resultado más intenso, nunca más embriagador.

En la suite de la torre no había nadie.

La enfermera rusa que cuidaba de Artur había presentado al personal una carta falsificada con la firma de Liette, según la cual ella en persona autorizaba el traslado del anciano. Un transporte con dos enfermeros y una médica había recogido a Artur sobre las seis para llevarlo a una clínica privada de Niza. La enfermera se había ido sola en un taxi, y uno de los botones le había oído decir que ese era su último paciente, porque a sus manos había llegado inesperadamente una bonita suma de dinero.

Liette cogió varios fajos de billetes que había depositado en la caja fuerte que se hallaba oculta en la pared de su despacho y, cuando salieron, con las prisas se olvidó de ponerse el pañuelo en la cabeza y los guantes. Thomas no se dio cuenta hasta que llevaban ya unos kilómetros, pero Liette no quiso detenerse y continuó sin protegerse del sol, saltándose todos los modernos radares camuflados y las consabidas normas de circulación.

Llegaron a toda velocidad al aeropuerto de Niza, y al otro lado de la cerca vieron un gran número de aviones privados que

pertenecían, sobre todo, a los opulentos americanos, ingleses y alemanes que para entonces habían logrado conquistar la Costa Azul sin carros de combate ni buques de guerra. Todos los demás eran taxis aéreos para los multimillonarios, a los que el recorrido en coche de Niza a París o Múnich se les antojaba demasiado pesado y los vuelos regulares demasiado plebeyos. Thomas no conocía a nadie que pudiera permitirse algo así.

Mientras iban corriendo a la terminal, Liette y él vieron despegar al menos tres de los pequeños aparatos. Por el camino ella se puso el pañuelo y los guantes. Thomas no creía que fuese necesario, pero qué sabía él. Y, de todas formas, estaba pensando en otra cosa.

—¿Y si dejamos que se vayan? —planteó cuando entraron en el vestíbulo—. ¿No era precisamente esto lo que tú querías?

—Yo quería un rencuentro, no un secuestro.

—Ya, pero ¿qué querría Artur?

Liette repuso que no podía darle una respuesta lógica, y que quizá fuese un error, pero había jurado estar junto a Artur cuando llegara el final. Y no rompería su promesa, menos aún por una asesina. Thomas aceptó la contestación y no formuló más preguntas.

Veinte minutos después tenían la certeza de que el avión medicalizado ya se encontraba en el aire.

Liette puso los fajos de dinero en un mostrador y reservó un avión privado a Finlandia.

48

1917

Di con el escondrijo de Volonov cerca de la estación de tren de Eilenburg, en el centro del barrio Graphische. El chirriar de las ruedas de acero, el choque de los topes y el rechinar de los enganches entre los vagones de carga envolvía el lugar.

La Ojrana había alquilado un piso en la planta baja de una casa en la Nostitzstrasse desde cuyas ventanas se veía, más allá de los adoquines mojados, una alta valla de tela metálica. Tras ella discurrían raíles por los que los trenes entraban en la ciudad con papel en blanco y salían hacia el imperio con libros impresos. Por el día, debía de ser una vista desoladora; por la noche, todo se sumía en la clemente oscuridad. Debido a los cortes de luz, la mayoría de las farolas estaban apagadas, los trenes de mercancías se arrastraban por la sempiterna niebla del barrio como enormes gusanos de la harina.

Estuve un buen rato observando la casa desde lejos, y seguía sin estar seguro de si en ella había alguien. Hacia la una y media un coche de punto se acercó y se detuvo delante de la entrada. El cochero se bajó del pescante y ayudó a bajar al único pasajero. Volonov caminaba recto, pero el hombre lo llevaba cogido del brazo, como si necesitara ayuda. Volonov abrió la puerta y despidió al cochero con un gesto. Cuando el coche se alejó, Volonov ya había desaparecido en el interior de la vivienda.

Yo no había visto a ningún otro hombre, pero eso no quería decir que en la casa no hubiese otros miembros de la Ojrana. Aunque Petrov me había dado la dirección adecuada, no me fiaba de él. El ocultista había afirmado no saber si la policía secreta también utilizaba los pisos altos. Quizá solo quisiera ponerme nervioso. O hacerme caer en una trampa.

En una habitación de la planta baja se encendió la luz y después de menos de un minuto se apagó. Se me ocurrieron media docena de explicaciones para ello. En los demás pisos todo permanecía a oscuras, solo en una habitación de la buhardilla titilaba una vela.

Salí de mi escondite tras un carruaje cubierto de polvo que se hallaba junto a la valla, crucé la calle y me aproximé a la casa. También las fachadas sucias que dejé atrás estaban a oscuras. A esa hora no era de extrañar, sobre todo debido al miedo a los ataques aéreos; aun así, me dio la impresión de que me movía por una ciudad fantasma. Y eso que a cierta distancia se oía el ruido de las prensas de imprimir del barrio Graphische. En las colosales fábricas de libros, las cadenas de producción no paraban nunca y las chimeneas escupían constantemente columnas de humo a la noche. No se veía una sola persona, como si los libros se escribieran solos.

Subí los tres peldaños que llevaban hasta la puerta, que, como es natural, estaba cerrada. No había ningún nombre y en el timbre faltaba el botón. Un cable colgaba de la abertura redonda como un nervio de la cuenca vaciada de un ojo.

No iba armado, pero aunque hubiese llevado una pistola no habría tenido nada que hacer si a Ofeliya la vigilaban hombres de la policía secreta. Por otro lado, ¿por qué habrían de hacer tal cosa? Ofeliya era la prisionera de Volonov, su rehén personal, no de la Ojrana. Era muy posible que la policía secreta ni siquiera existiese ya, porque en casa, en Rusia, habían acabado con ella. ¿Cuánta

autoridad podía tener aún Volonov en un país extranjero, sin el respaldo de sus superiores en su patria? ¿Lo seguían ahora los que habían sido sus agentes como una banda de delincuentes comunes? ¿O se habían apartado de él y buscaban ocupación nueva en Alemania?

Volví a la acera y me acerqué a un portón dos calles más abajo. Por él entré en un patio estrecho que discurría a lo largo de la parte trasera de varios edificios. Conté las casas, encontré la que buscaba y vi que en el alféizar de una ventana de la planta baja había una única vela encendida. Por lo demás, la oscuridad era absoluta. Tenía que poner buen cuidado en no tropezar con algo en los últimos metros y despertar a la manzana entera.

Me detuve debajo de la ventana en la que estaba encendida la vela y me puse de puntillas, pero no logré ver el interior. Tampoco había nada en lo que pudiera subirme, ni siquiera un cubo de la basura.

Detrás de mí bufó un gato. Al volverme, vi un par de ojos encendidos. Espanté al animal, intenté echarlo con las dos manos, pero se quedó donde estaba, mirándome.

No a mí. A la ventana que tenía detrás.

Me alejé unos pasos, hasta que yo también estuve sumido en la oscuridad, y me percaté de que en la habitación se movía algo, una sombra en la pared que desaparecía a continuación. Pasó un minuto y tras el cristal apareció un rostro blanco, amarillo claro a la luz de la vela. Desde su silla de ruedas, Ofeliya apenas podía mirar por la ventana.

El gato lanzó unos maullidos lastimeros hasta que la ventana se abrió y algo salió despedido a la noche. El animal lo cogió y se alejó a toda velocidad.

—Ofeliya —musité.

En un primer momento dio la impresión de que no me oía, pero después volvió la cabeza de repente, como si se acabara de despertar.

—¿Quién anda ahí? —musitó, tan bajo que más que oírla le leí los labios.

Me acerqué a la ventana hasta que la vela me iluminó.

—Soy yo, Artur.

Mi prima parecía de cera, más pálida incluso que antes y desprovista de toda emoción.

Farfullé algunos desatinos para tranquilizarla y después dije:

—He venido a llevarte conmigo.

—Estáis todos muertos —afirmó con voz inexpresiva.

Me pregunté si Volonov la calmaría con algo más que mentiras.

—Conseguí venir hasta aquí desde San Petersburgo —le aseguré —. Vine en el mismo barco que vosotros, pero no sabía que estabas... En fin, no lo sabía, y ahora...

—Chsss.

Pegué la espalda a la pared a la velocidad del rayo, justo debajo del alféizar. Agucé el oído, permanecí a la espera, pero no oí nada salvo mi propia respiración, que me pareció tremendamente ruidosa.

Al cabo de un rato oí de nuevo la voz de Ofeliya, temblorosa y oprimida.

—¿Artur?

—Estoy aquí.

Me separé de la pared y la miré. Cuando me di cuenta de que estaba llorando, se me saltaron las lágrimas a mí también. Puede que ya estuvieran ahí cuando la reconocí en la ventana. Casi seguía sin poder creérmelo, pero se encontraba delante de mí de verdad. Viva, casi al alcance de la mano.

Tragó saliva.

—¿Cómo lograste sobrevivir?

—¿Qué te contó exactamente Volonov?

—Él me salvó. Me dijo que la chusma había asesinado al zar y había saqueado los palacios. Conseguimos salir de la ciudad de milagro, antes de que los mataran a todos. Volonov me describió la masacre, todos esos muertos...

—Cuando ibas a bordo del barco, ¿hablaste con otros pasajeros?

De nuevo Ofeliya me pareció un poco lenta, sus reacciones llegaban con segundos de retraso.

—No. Teníamos un camarote para nosotros solos. Estuve todo el tiempo allí abajo. Volonov no se fiaba de nadie.

Volonov debió de disfrazar a sus hombres de revolucionarios, de campesinos o marineros, para enviarlos al palacio del canal de Catalina. Después se presentó él e hizo una pantomima para convencer a Ofeliya de que la estaba salvando de lo peor. De que la ayuda para sus padres y para mí había llegado demasiado tarde, de que nos habían sacado a rastras y nos habían asesinado. Pero, por suerte, ahí estaba él. Así o de forma similar debió de ganarse la confianza de Ofeliya. Lo vi todo con suma claridad y entonces no hubo nada que quisiera más que matar a Volonov.

—¿Te ha hecho algo? ¿Te ha...?

Ella negó con la cabeza despacio.

—Fue bueno conmigo. Amable en todo momento. Me consoló... me consoló con palabras. Ni siquiera me cogió en brazos él, ordenó que lo hicieran otros. Como si le asustara tocarme. Como si yo pudiera interpretarlo mal o tenerle miedo.

Me costó reprimir la ira que sentía. No la quería asustar, mucho menos con mi rabia.

—No han asesinado al zar —dije con voz bronca—. Es probable que se vea obligado a abdicar, pero no ha habido una gran

revolución. No como la que querían los trabajadores. De hecho, los que mayoritariamente han ejercido la violencia han sido Volonov y sus esbirros de la Ojrana. Fue él quien mató a tus padres y después escapó de Rusia contigo.

Ella me miraba sin entender nada.

—No es lo que me ha contado él. Él me...

—Te ha mentido —la interrumpí—. Te ha mentido durante todo este tiempo. De lo contrario, ¿estaría yo aquí?

Ofeliya apretó los labios y guardó silencio. Calló durante un buen rato y me miró con una mezcla de desesperación y perplejidad que me partió el corazón.

—¿Dónde está ahora? —pregunté al cabo.

—En su habitación. Acaba de llegar a casa. Tal vez ya esté dormido.

—Fuma opio —conté—. Y mucho.

—Dice que tiene que trabajar hasta tarde. Para que todo vuelva a ser como antes.

—¿Lo ves por la tarde? ¿O por la noche, cuando vuelve a casa?

—No, solo cuando llama a la puerta y lo dejo pasar. Pero lo hace únicamente por la mañana, y a veces también se pasa a mediodía. Me trae libros, como hacías tú antes. —Parecía más apática, casi atontada.

—Te echa algo en la comida —aventuré.

—Me encuentro bien.

Ofeliya nunca había sabido mentir.

—¿Me puedes dejar entrar en casa?

Ella bajó más todavía la voz, como si hablase sola.

—A veces lo he pensado. Que algo no cuadra..., que lo que dice no es verdad.

—¿Me puedes abrir? —inquirí de nuevo, esta vez con mayor insistencia.

—Muchos cocheros trabajan para él. Vienen a informarlo. Los he escuchado cuando no cierra todas las puertas.

—Los cocheros ya trabajaban para él en San Petersburgo —le conté—. Todos esos hombres son espías de la policía secreta. Hacen lo que Volonov les ordena.

—¿También en San Petersburgo? —preguntó Ofeliya con una mirada vidriosa.

—Sí. Especialmente allí.

—¿Durante todos estos años?

Asentí.

—Te ayudaré a salir de ahí, pero primero tengo que...

—Cuando sufrí el accidente —me cortó—, Volonov fue el primero en llegar y me ató las piernas para que no me desangrara. ¿Lo sabías?

—No —repuse con la voz empañada—, no lo sabía.

—Me las ató muy fuerte. Quizá demasiado. Y me cogió de la mano hasta que llegaron los médicos y me llevaron al hospital. Pensé que era una casualidad. —Me miró a los ojos—. Qué tonta fui, ¿no? Todavía era una niña, pero ni siquiera una niña habría... —Enmudeció, estaba como ofuscada. No solo por los medicamentos que Volonov le había administrado, sino también por el peso que suponía entender todo lo que había sucedido.

—¿Hay más hombres en la casa?

Ofeliya hizo un gesto negativo.

—¿Y en las otras plantas? ¿En otros pisos?

—En el que está justo encima no hay nadie. Creo que el hombre del segundo está en el frente. Y arriba del todo, en la buhardilla,

vive una anciana. La veo a veces por la ventana. —Su mirada me atravesó—. En su día rechacé a Volonov. Antes, cuando aún bailaba.

—Lo sé —dije, y las palabras me supieron amargas como la hiel.

—A menudo estaba entre el público.

«No a menudo —pensé—, sino cada maldita vez.» Solo que a ella le había pasado inadvertido, sentado al fondo de la sala, porque allí no llegaba la luz del escenario.

Antes de que pudiera decir en alto lo que pensaba, Ofeliya añadió:

—Me quiere. Incluso ahora sigue queriéndome.

—Te ha secuestrado. Y también te ha mentido. —Hice un nuevo intento—. ¿Me puedes dejar pasar sin que se entere?

—Debe de estar dormido profundamente, de lo contrario nos habría oído hace rato.

Quizá lo hubiese hecho y se estuviera acercando con todo el sigilo posible. Miré a mi alrededor en la oscuridad, pero más allá de la luz que arrojaba la vela no vi nada salvo negrura.

—Forzaré la puerta.

—No —replicó ella—. Te abriré yo, pero con la silla de ruedas tardaré un poco.

—Ten cuidado.

—La puerta del patio no está cerrada. La anciana siempre la deja abierta. Cuando echa la llave, lo oigo, pero no lo hace casi nunca.

En la oscuridad no había visto la puerta.

—A tu izquierda —precisó Ofeliya—. Casi al final de la casa.

—Voy ahora mismo. Tú solo ábreme. Pero, Ofeliya..., no hagas ningún ruido, ¿de acuerdo? Te lo ruego.

—Ha engrasado las ruedas de la silla. Son muy silenciosas.

—Bien. —Señalé a mi izquierda—. Ahora, pongámonos en marcha. Ten cuidado.

Ofeliya se apartó de la ventana con una sonrisa triste.

Mientras avanzaba en la oscuridad, palpando la pared, deseé una vez más tener un arma. Encontré la puerta y, tal y como había dicho Ofeliya, no estaba cerrada con llave. Entré sin hacer ruido en una escalera que olía a moho. Tras salvar unos peldaños, me vi en el entresuelo.

La puerta del piso era de madera de roble maciza. Esperé con impaciencia a que Ofeliya me abriese. Cambié el peso del cuerpo de un pie al otro nerviosamente mientras intentaba respirar por la boca, que notaba seca y áspera. Estaba tardando demasiado.

En una ocasión volví a la barandilla y agucé el oído. Más arriba no se oía nada, no había ni un alma.

Regresé a la puerta. El miedo que sentía por Ofeliya me palpitaba en la garganta y el pecho, un golpeteo duro y rápido. Tal vez Volonov se hubiese despertado. O quizá ni siquiera se hubiera quedado dormido y lo hubiese escuchado todo. Tal vez estuviera cargando el arma antes de abrir fuego a través de la puerta sin vacilar.

Mi cuerpo estaba tan tenso que me dolían todos los músculos. Una única contracción desde las piernas hasta la nuca.

Estaba a punto de susurrar su nombre, pero ¿y si se estaba haciendo la dormida porque Volonov acechaba en el pasillo? Quizá debería tener más paciencia.

Se oyó un clic.

El amartillar de un revólver.

No, un escarbar y arañar en el ojo de la cerradura. Acto seguido una llave dio vueltas.

Mis manos se volvieron puños.

Se descorrió un cerrojo, a la altura de mis rodillas. Después otro, más arriba.

Una temblorosa Ofeliya abrió la puerta. Estaba en su silla de ruedas y llevaba un camisón de seda blanco.

La tela estaba empapada en sangre. Bajo ella, Ofeliya parecía muy frágil, sumamente vulnerable y delgada, porque la ensangrentada seda se le pegaba al cuerpo.

—¡Dios mío! —Quería sacarla de inmediato a la escalera para ponerla fuera del alcance de ese loco.

Pero ella se limitó a negar con la cabeza y me apartó las manos.

—La tercera puerta —dijo.

Busqué un disparo, una cuchillada, pero no vi nada parecido; claro que ¿cómo iba a ver algo con toda esa sangre?

—La tercera puerta —musitó ella de nuevo.

En lugar de una herida vi el cuchillo de carnicero en su regazo. Estaba entre sus muslos y la fina seda se había abombado bajo su peso, por eso no lo había descubierto de inmediato.

Pasé por delante de ella y enfilé el largo pasillo hasta llegar a una puerta abierta.

Volonov estaba en la cama. Tenía otro cuchillo de cocina clavado en el pecho y un tercero en el cuello. Debió de despertarse cuando la primera hoja le atravesó el cuerpo —tenía las piernas abiertas en la cama, una medio colgando—, pero, atontado por el opio y apenas lúcido, no había podido hacer nada. Levantó un brazo para protegerse la cara, pero Ofeliya apuntó más abajo, a la carótida. La cama, el suelo, los ojos abiertos del cadáver, todo estaba lleno de sangre.

—No me has mentido, ¿no? —preguntó Ofeliya en voz baja detrás de mí, desde el marco de la puerta—. Dime que me has dicho la verdad.

Me controlé, asentí mirándola y saqué ambos cuchillos del cuerpo. Después fui a la cocina, los metí en el fregadero junto con el que

ella tenía en el regazo y les eché agua de una jarra de barro. Seguro que las huellas de Ofeliya estaban por todas partes, pero por lo menos no encontrarían ninguna en los cuchillos. Por último, limpié el asa de la jarra.

Me era imposible saber si la policía investigaría a fondo. ¿Se interesaría por un antiguo miembro de la Ojrana al que habían asesinado, un enemigo del Imperio alemán? Posiblemente archivaran el caso en el acto y ni siquiera buscasen a la muchacha de la silla de ruedas que vivía allí, pero a la que apenas había visto nadie. Solo era un crimen entre inmigrantes, de los que era mejor librarse pronto que tarde.

En el armario encontré un vestido limpio y un abrigo, y ayudé a Ofeliya a cambiarse. Después saqué a la calle primero la silla de ruedas y luego a ella. Por último, cerré todas las puertas y me miré la suela de los zapatos. Allí no había sangre, aunque el olor me perseguiría durante mucho tiempo.

Ofeliya no dijo nada mientras la empujaba por la accidentada acera, alejándome de las zonas más iluminadas del centro. Sin embargo, cuando llegamos a la Johannisplatz y entramos en el hotel Sachsenhof para utilizar el teléfono público del vestíbulo, Ofeliya recuperó el habla, incluso sonrió una vez como si no hubiera ocurrido nada, y yo me pregunté si estaría conmocionada como un soldado después de producirse un derramamiento de sangre en las trincheras.

Marqué el único número que conocía en Leipzig, esperé un buen rato hasta que alguien se despertó y cogió el teléfono, me tragué el orgullo y la furia que sentía contra los Eisenhuth, y les pedí ayuda. Después esperamos cogidos de la mano delante del hotel hasta que el automóvil de Demian apareció en mitad de la noche.

49

Tuve que hacer un gran esfuerzo para pronunciar cada palabra.

La llamada, la charla durante el trayecto, la verdad a medias sobre lo que había sucedido. Y después, en la villa de la Karl-Tauchnitz-Strasse, las respuestas a más preguntas aún y la petición de que acogiesen a Ofeliya. Debajo de todo ello, como un coro mudo, algo me decía que Ofeliya era más importante para mí que mi ira, mi odio, mi autoestima.

Mara, que iba en el coche junto a Demian cuando nos recogieron delante del hotel Sachsenhof, permaneció a mi lado en el momento en que metí en casa a Ofeliya, la saqué del frío y la llevé al calor y la seguridad. Mara parecía tan sorprendida y feliz como yo de que Ofeliya siguiera con vida, le cubrió la cara de besos y a mí me dio un abrazo largo mientras su prometido y sus futuros suegros, que estaban al lado, sin duda pensaban en cómo iba a afectar este nuevo drama a la reputación de la familia y a los negocios.

Ilna apenas me dispensó más que una mirada de pasada, pero se ocupó de Ofeliya de buena fe y le preparó una de las habitaciones de invitados. Me pregunté si querría resarcir a Ofeliya por lo que les había hecho a los Kalinin. Como no me fiaba de Ilna, me negué a dejar a Ofeliya a solas con ella hasta que Mara me prometió que ella misma lavaría a su hermanastra y no la dejaría en toda la noche. Yo apenas podía tenerme en pie y debía dormir, me dijo, y probablemente no le faltara razón.

En cuanto me metí en la cama y cerré los ojos, vi a Volonov en el charco de sangre e imaginé a Ofeliya atacándolo con los cuchillos mientras él dormía bajo los efectos del opio: una cuchillada en el pecho, otra en el cuello. Lo que había hecho con el tercero —el que tenía en el regazo— solo lo sabía ella. A pesar de todo, acabé quedándome dormido, y Volonov me persiguió en sueños, fumamos opio en la cubierta del *Saltan* y él hizo señas a submarinos alemanes para que vinieran, hasta que nuestro hundimiento fue inevitable. Cuando desperté, me sentí aliviado de que hubiera muerto, y después me levanté de un salto y corrí a ver a Ofeliya.

Mara había cumplido su palabra y seguía sentada en su cama. Ofeliya dormía profundamente, y si también tenía pesadillas, yo no se lo noté. La expresión de su rostro parecía relajada y apacible, y allí mismo me juré que nadie le volvería a hacer daño. Ya había sufrido bastante para varias vidas. Aunque en rigor era mi prima, yo la quería como a una hermana, y eso no cambiaría nunca. Si alguna huella conducía a la policía hasta ella, yo me declararía culpable de la muerte de Volonov. En definitiva, solo era una cuestión de detalles: si Ofeliya no se me hubiese adelantado, lo habría matado yo. Mis manos estaban tan manchadas de sangre como las suyas.

Mara y yo aprovechamos el sueño de Ofeliya como pretexto para guardar silencio. Al cabo, la mandé a la cama y ocupé su lugar. Absorto en mis pensamientos, permanecí sentado junto a Ofeliya hasta que despertó, a mediodía, y me dedicó una sonrisa tierna.

—Durante un instante he pensado que todo era un sueño —comentó.

A mí me había sucedido otro tanto al despertar. Le cogí la mano, agradecido de que eso volviera a ser posible, y tardamos un rato en dejar las miradas, las sonrisas y el balbuceo, y empezar a entablar una conversación. Esa mañana solo hablamos de naderías y

evitamos mencionar el *Saltan* o a sus padres. De todas formas, no habría tenido el valor de contarle que Volonov no era el único responsable de la muerte de Alexéi y Xenia; que Ilna Eisenhuth los había denunciado recurriendo a una artimaña para impedir que Mara volviera a Rusia; que sus padres habían tenido que morir para que Demian pudiera casarse y siguiera garantizando la prosperidad de los Eisenhuth.

Ilna no tenía ningún motivo para eliminar a Ofeliya siempre que esta no supiera nada de la intriga, por eso no estaba muy preocupado por ella. De hecho, ese día se hizo de todo para dar la bienvenida a Ofeliya a la casa de los Eisenhuth. Las criadas la colmaron de atenciones, Ilna ordenó traer vestidos nuevos, incluso Frederik fue a verla para infundirle ánimo. Le llevó libros de la biblioteca de la casa y también unos cuantos del anexo, y le aseguró que en adelante podía vivir allí si así lo deseaba, se lo debía a sus viejos amigos. No mencionó por qué estaba en deuda con ellos.

Después Ofeliya se sintió cansada y me dijo que podía dejarla sola tranquilamente. Primero me negué, pero ella insistió, y como yo no sabía adónde ir, deambulé sin rumbo alguno por la casa.

Abajo, en la sala de estar, encontré a Mara, sola y meditabunda delante del lienzo de la bahía, y la melancolía me hizo desear que volviésemos a estar en Francia los tres, Ofeliya, ella y yo. Los demás se podían ir al infierno.

Antes de que yo pudiera decir nada, ella tomó la palabra.

—Ayer por la noche, después de cenar, creí que no te volvería a ver.

Cogí aire para contestarle.

—Y me alegré —añadió ella.

—¿Ah, sí?

—Deseé con todo mi corazón que te libraras de esto.

—¿De ti?

—De esta familia, de esta miseria —me espetó con furia—. ¿Quieres oír la verdad? ¿Quieres saber por qué Ilna desea que se celebre la boda mañana?

—No lo sé —repliqué—. Dímelo tú: ¿lo quiero oír?

—Teme que pueda estar embarazada. De Albin. —Durante un segundo le noté que pugnaba por mantener la compostura, pero, como siempre, acto seguido ya era dueña de sí misma—. Y, en caso de que esté embarazada, que nadie pueda dudar de que el hijo es de Demian y que se engendró dentro del matrimonio. Así es como piensa. Todo ha de ser como es debido, correcto hasta el último detalle.

Tendría que haber contestado con unas palabras comprensivas, algo que expresara lo que sentía por ella, sobre todo dada la situación, pero lo que dije fue:

—Y tú le sigues el juego sin más.

Mara se levantó, se acercó a la ventana y contempló el jardín. Las ramas de los árboles se doblaban bajo un cielo gris.

—Vete, Artur. Márchate de aquí y no vuelvas.

—Has dicho que tienes un plan. Que quieres vengarte.

—Y quería que estuvieras a mi lado —afirmó agotada—. Pero es mejor así. Algún día lo entenderás.

—Nunca he querido otra cosa que ir a Carelia contigo.

—Carelia solo existe en tu cabeza y en los viejos mapas. Igual que las criaturas de los cuentos. Sería mejor que yo también fuese una de ellas. —No se movía, parecía de mármol—. Tan solo una criatura de tus absurdos cuentos.

Por la tarde, cuando estuvimos unos minutos solos, Ofeliya me contó que Frederik había vuelto a visitarla una segunda vez.

—Quiere crear aquí, en Leipzig, una editorial nueva dedicada a la literatura en ruso, como tarde cuando la guerra termine. Cree que las relaciones con la nueva Rusia mejorarán deprisa. Y que entonces el intercambio cultural será importante, al igual que los negocios internacionales y demás.

—¿Y por qué te cuenta a ti todo eso? —le pregunté.

—Quiere llamar a la nueva editorial Kalinin, en honor de mis padres, y me pidió permiso para hacerlo.

Me sentí mal, pero puse buena cara al mal tiempo. Los Eisenhuth tenían a los Kalinin en su conciencia, y ni el sentimiento de culpa de Frederik ni las patrañas de Ilna cambiarían nada. Además, de ese modo se me imponía un plazo: si quería contar a Ofeliya el complot que había urdido nuestra anfitriona para asesinar a sus padres, tendría que hacerlo antes de que existiese la nueva editorial. Supuse que hasta entonces aún transcurriría algún tiempo, pese a lo cual seguiría cargando con ese peso. Y con cada día que pasara me costaría más mirar a los ojos a Ofeliya sin contarle toda la verdad.

Pero primero debía asegurarme de que estaba lo bastante estable para que, cuando le revelase esa nueva traición, pudiera superarlo y fuese capaz de guardar el secreto. La habían herido demasiado a menudo, la habían engañado demasiado a menudo para poner en juego su bienestar a la ligera.

—Y hay algo más —añadió.

Se me pasó por la cabeza que Mara se lo había contado todo.

Ofeliya me cogió la mano y dijo:

—Ilna me ha pedido que sea la madrina de Mara.

«Gracias a Dios», pensé aliviado. Solo era esa condenada boda, con la que, por más que quisiera, me negaba a tener nada que ver.

—Mara no sabe nada —continuó Ofeliya—, cree que lo será una amiga de Ilna. Se supone que es una sorpresa. También me dijo que en realidad Mara te lo pidió a ti, pero... hubo desacuerdos. Esa fue la palabra que empleó. *Desacuerdos*. Pero no soy tonta, sé lo que hay. —Su mirada rebosaba cariño y afecto. ¿Cómo lo conseguía, con todo lo que había pasado tan recientemente? Nadie merecía tener como hermana, prima o incluso solo amiga a una persona tan buena como ella, y yo menos que nadie mientras le ocultara un secreto tan espantoso. Vio que algo me preocupaba y me dedicó una sonrisa—. Estás enamorado de Mara desde que la viste la primera vez, y pedirte justo a ti que seas su padrino me parece bastante cruel. Nadie puede exigirte eso.

No pude evitar recordar la última conversación que mantuvimos a solas aquella vez, en el palacio, cuando estábamos achispados debido al atroz licor de huevo de Xenia. Recordarla me resultó doloroso. Ofeliya fue tan sincera... Y estaba tan triste...

—Apuesto a que tuviste la decencia de rehusar —aventuró—. Por eso esta es la solución perfecta: mañana seré la madrina de Mara y tú habrás salido del apuro.

«Ilna, ese mal bicho», pensé. La red que tejía alrededor de Demian y Mara sería más sólida aún si enredaba en ella también a Ofeliya. Su presencia era un regalo inesperado para Ilna. Una tesela más en su mosaico de intrigas a la que podía cambiar de sitio y manipular.

—Estás a salvo desde hace muy poco tiempo —le recordé—, y seguro que todavía no te encuentras lo bastante bien para...

—Bobadas —me interrumpió—. No me sentía tan bien como hoy desde hacía semanas. Soy libre, Artur. Volonov me secuestró y tú me has salvado. Y ahora estoy aquí. Todo va bien.

«Utilizaste tres cuchillos», pensé, pero no dije nada, me limité a asentir con una sonrisa forzada. La noche anterior acabaría pasándole factura, y, cuando lo hiciese, yo tenía que estar a su lado para recordarle lo que le había hecho Volonov. Y lo que le habría hecho si ella no lo hubiese impedido.

Sin embargo, Ofeliya estaba directamente radiante y me resultaba doloroso no poder ser más franco. Me sentía como si no fuese más que otro mentiroso que formaba parte de su vida.

—Me haría mucha ilusión —aseguró feliz y contenta—. Muchísima. Pero solo si tú lo apruebas.

Por nada del mundo quería hacer trizas eso, esa primera pequeña esperanza de recuperar la normalidad tras el largo tiempo que Ofeliya había vivido en la oscuridad más absoluta. Fuera lo que fuese lo que persiguiera Ilna, por el momento hacía feliz a Ofeliya. ¿Cómo iba yo a poner reparos?

Me incliné sobre su silla de ruedas y la abracé con fuerza.

—Por supuesto que lo apruebo —repuse, y me alegré de que apoyase el rostro en mi hombro, ya que así no vio que lloraba por ella.

50

Me quedé una última noche en casa de los Eisenhuth.

Durante la cena di las gracias, pero rechacé la emponzoñada invitación de Ilna de tomar parte en la boda al menos como invitado. También quería evitar volver a ver a Mara. Prefería marcharme con discreción y a escondidas mientras todos los demás estaban fuera. Ofeliya me echaría de menos, pero lo entendería, como me había entendido siempre, y por supuesto yo tenía intención de escribirle más adelante, cuando hubiese pasado algo de tiempo y yo hubiera encontrado la distancia necesaria.

Por la mañana vi por la ventana cómo se iban. Puesto que no habría una gran celebración, sino tan solo una ceremonia sin invitados, uno habría podido pensar que los dos vehículos recogían a la familia para llevarla a la ópera. Todos iban vestidos con pulcritud, cómo no. Los hombres de negro, con un pañuelo en el bolsillo y la raya del pantalón recta. El vestido de novia de Mara era especialmente sencillo y solo algunos detalles lo diferenciaban de los vestidos blancos que solía llevar. Estaba arrebatadora, desde luego, y ello me produjo una punzada de dolor de la que podría haber prescindido.

Ofeliya también estaba muy guapa con uno de los vestidos nuevos que Ilna le había proporcionado. Como futuro cuñado, Demian insistió en levantarla de la silla de ruedas y acomodarla en el asiento trasero de la limusina, que compartía con los novios y el padrino, un joven que era amigo de Demian o socio o Dios sabe

qué; había oído su nombre y lo había olvidado en el acto. Ilna y Frederik se subieron al segundo coche y la comitiva se puso en marcha: seis personas camino de una ceremonia que acababa con todos mis sueños.

Sin embargo, me negué a lamentarme y cogí mis pertenencias. En mis manos cayó mi manoseada edición de *El Kalevala*, que había traído desde Rusia, y pensé compungido en el trabajo que me había ofrecido Frederik y al que renunciaba voluntariamente. Eso era algo que lamentaba, pero encontraría otro empleo, ya fuera de nuevo como bibliotecario o como librero, quién podía decirlo. Al recoger mis cosas, también encontré algo de dinero que Mara debía de haberme metido en la mochila por la tarde. Era la cantidad justa para que yo pudiera aceptarla sin que mi orgullo se viese herido..., aunque yo también era lo bastante realista para saber que en ese momento no me podía permitir mostrarme más orgulloso aún. Me las arreglaría durante unas semanas, por de pronto tendría que bastar con eso.

Además, había un sobre sellado en el que Mara había escrito mi nombre. No fui capaz de obviarlo, por mucho que quisiera hacerlo, y me lo guardé en el bolsillo interior del chaquetón para leerlo más tarde, cuando hubiese abandonado la ciudad. Supuse que sería una versión suavizada de lo que ya me había dicho a la cara: «Vete de aquí y no vuelvas».

Pues bien, esa era mi intención. Seguía teniendo los papeles que me había falsificado Spiridon, así que oficialmente era un alemán que había crecido en Rusia. Ello me permitía viajar por todo el país, además de por los Estados aliados, como Suiza e Italia. Sin embargo, me propuse que el final de mi viaje fuese Francia. Cada vez pensaba más a menudo en los meses que habíamos pasado en la Costa Azul, en el paisaje bañado por el sol, el mar de un azul intenso, las montañas escarpadas y los acantilados que se teñían de

un rojo sangre con el crepúsculo. Y esa guerra también terminaría algún día, y entonces yo querría vivir allí y quizá, dentro de muchos años, incluso volver a ver a Mara cuando hubiese conseguido lo que deseaba y tal vez se hubiese hartado de ello hacía tiempo.

Dejé la mochila en el vestíbulo y decidí recorrer una vez más la desierta villa, despedirme de las sirvientas y del malhumorado criado y pedirle algo de comida a la cocinera. Estaba seguro de que no me la negaría.

Pero primero crucé el jardín para ir al anexo, cuya puerta, como siempre, no estaba cerrada con llave. Recorrí el laberinto de libros de Frederik, no en busca de títulos concretos, sino para impregnarme una vez más del ambiente, oler los volúmenes y tocarlos al pasar. No sabía cuándo sería la próxima vez que estaría en un lugar como ese, y a pesar de todas las reservas que abrigaba contra Frederik y el hecho de que hubiese consentido el crimen que había cometido Ilna, no podía evitar admirar su colección. Sus libros de cuentos y mitos eran un tesoro único; el número en sí de volúmenes, impresionante. Tuve que obligarme a no coger ninguno y ponerme a leer, por miedo de que pudiera perder la noción del tiempo y de pronto me viese de nuevo frente a la feliz pareja.

Sintiéndolo con toda mi alma, salí del anexo, regresé a la villa y subí hasta la biblioteca pequeña, en la que se conservaban los libros para su uso doméstico. También allí recorrí las estanterías, respiré hondo y entré en el salón de lectura por la puerta que unía ambas estancias. Solo había estado en él una vez, el primer día, cuando Mara me enseñó la casa, y me acordaba de los altos sillones orejeros, el sofá rojo escarlata de terciopelo con estampado oriental y los objetos devocionales de otros países y épocas que Frederik había traído de sus viajes cuando era joven, siempre en busca de libros y artículos exóticos. Casi todos ellos eran antigüedades de la

región mediterránea, pero también había algunas reliquias —de piedra y metal— cuyo origen parecía celta. La mayoría se encontraba en estanterías y vitrinas, algunos servían de apoyo a más libros que ya no cabían en la habitación contigua.

Tras un breve vacilar, me senté en un sillón y miré a la nada mientras pensaba. Al cabo, saqué la carta de Mara.

El sello que había empleado era el de los Eisenhuth, el yelmo alado de Hermes por cuyo borde asomaba una lechuza. Lo rompí y extraje una única hoja, doblada dos veces.

«Perdóname —ponía con su exquisita letra—. Debo hacer lo que debo hacer.»

Nada más. Ni firma ni despedida, tan solo esas pocas palabras, tan solo esa frase.

«Debo hacer lo que debo hacer.»

Leí la nota varias veces antes de bajar el papel despacio. Si había dado por sentado que yo no encontraría el sobre hasta que me hubiese marchado, puesto que estaba en el fondo de la mochila, solo podía referirse a la boda. Al matrimonio que la convertiría en una mujer muy rica.

«Lo que debo hacer.»

Sonaba a decir por decir, a frase hecha. Pero Mara nunca empleaba frases hechas, y con toda seguridad no escribiría una en su carta de despedida. Lo que significaba que decía muy en serio cada palabra.

«Debo hacer lo que debo hacer.»

Como si existiese una obligación. Una necesidad absoluta. ¿Quién o qué podía obligarla a que se celebrase esa boda?

¿Y si no se refería a la boda?

Dejé vagar la vista por la habitación, por todas las cosas que Frederik había atesorado hacía décadas y ahora exhibía en ese sitio.

A los estantes y las vitrinas se les seguía limpiando el polvo con regularidad, aunque yo dudaba que alguien se fijara en ello después de tanto tiempo. Ni siquiera el propio Frederik, pues, de ser así, habría hecho llevar los objetos al anexo, donde pasaba casi todas las horas del día.

Más bien daba la impresión de que esas cosas se guardaban en ese salón para olvidarlas, como solía suceder con las piezas de colección que no se utilizaban o no se leían.

Con una excepción.

«Suele estar en una vitrina del salón de lectura; lo devolveré a su sitio esta misma noche para que nadie sepa que lo he cogido», había dicho Mara.

El puñal de hoja triangular con el que habíamos ofrecido nuestra sangre al dios de la imprenta. O a la criatura durmiente en su cripta de tinta. O sencillamente solo al capricho de un patriarca excéntrico.

Al levantarme de un salto, la carta se me cayó del regazo. Corrí de nuevo hasta donde estaban los objetos que se exhibían, las máscaras minoicas y las vasijas romanas, los huesos germánicos y las cuñas bretonas. Solo había una vitrina en la que no había reliquias de piedra o bronce, sino un libro.

El *Umbra vitae*, de Georg Heym.

Un símbolo colocado tras un cristal. Antes debía de haber otra cosa en ese sitio, algo que no vi por ninguna parte: el puñal sacrificial afilado como una navaja de afeitar con el que todos los miembros de la familia se hacían un corte para unir su sangre en un libro.

El *Umbra vitae* era el regalo que me había hecho Mara, parte de un ritual secreto que nos atañía solo a ella y a mí. Porque nosotros éramos la raíz de lo que estaba sucediendo al mismo tiempo en otro lugar.

—Dios santo —musité en la desierta habitación, que engulló mi voz como si fuese un vacío.

Fui hasta la puerta, volví para coger la carta y el sobre, estrujé ambas cosas y me las guardé en el bolsillo. Después salí corriendo por la biblioteca al pasillo y bajé al vestíbulo.

El criado estaba delante de mi mochila, mirándola con sumo desprecio, como el día de mi llegada.

—¿Me permite que le...? —empezó, pero lo interrumpí.

—¿Dónde están ahora?

—¿Disculpe?

—¿Dónde se celebra la ceremonia? Se supone que es religiosa, pero no han ido a una iglesia, ¿no?

El criado arrugó la nariz.

—Naturalmente que no. Los señores no son practicantes. Han pedido al sacerdote que acuda a la imprenta, al lugar donde se celebran todas las tradiciones familiares de la casa Eisenhuth.

Salí de la villa como una exhalación, franqueé el portón y me vi en la calle. Mi aliento se disipó como una neblina blanca cuando eché a andar, cogí un coche de punto en la Königsplatz y le pedí al cochero que me llevara a galope, costara lo que costase, a la imprenta de los Eisenhuth en el barrio Graphische. Solo me percaté de que su acento era ruso cuando llegué, y no le di ninguna importancia.

El portero me reconoció de mi visita con Mara y me dejó pasar. Entraban y salían trabajadores, mecanógrafos de los despachos, cajistas y encuadernadoras. Nada parecía extraño, todo seguía su curso, y yo empecé a pensar que me había equivocado; era un idiota y estaba enamorado y muerto de preocupación.

Tomé el mismo camino que la noche que habíamos paseado por los pasajes y terminado en ese sitio. Atravesé salas de techos altos y

pasillos largos, dejé atrás cintas transportadoras llenas de libros. En una ocasión doblé por donde no era, me topé con un grupo de trabajadores que fumaban junto a la puerta abierta de un patio y les pedí que me indicasen cómo llegar al almacén subterráneo donde estaba la tinta de imprenta.

«Ahora mismo todo está parado —repuso uno—, no estamos haciendo nada. Nos han ordenado a todos que hagamos un descanso, porque están aquí el emperador y la emperatriz con todo su séquito.» Los otros hombres se rieron, pero uno de ellos se apiadó de mí y me mostró el camino.

Mientras me dirigía al almacén me pregunté cuánto tiempo habría pasado desde que habían salido las dos limusinas de la Karl-Tauchnitz-Strasse. Una hora, tal vez incluso dos. Me daba la impresión de que llevaba corriendo una eternidad y me atormentaba el miedo a llegar demasiado tarde.

Al cabo, vi la escalera junto al ascensor con la reja y bajé dando tumbos, jadeante, hasta la puerta que se abría hacia la mitad. A continuación, cuando casi no tenía aire y las fuerzas me flaqueaban, salí a la larga galería enrejada. Ante ella y más abajo se abría la enorme nave llena de tanques de acero, todos los descomunales depósitos llenos de un líquido negro.

En el primer tanque, alrededor de la escotilla de la parte superior, se hallaba reunido el pequeño número de invitados a la boda: los novios, los Eisenhuth, los padrinos, un solemne sacerdote. Formaban un círculo alrededor de la abertura, como si esperasen a que de allí subiese algo, aunque en realidad era al contrario: le estaban dando a la negrura algo de ellos, unas gotas de sangre cada uno.

—¡Mara! —chillé como un loco enamorado, solo que no gritaba de amor, sino de puro miedo.

Miedo por Ofeliya.

Porque la venganza de Mara ya estaba en marcha.

Cuando me oyó, volvió asustada la cabeza y me descubrió al final de la pasarela que unía la galería con la parte superior del tanque. Fue mi grito lo que la distrajo justo cuando Ofeliya se pasaba la hoja del puñal por el pulpejo de la mano, como ya habían hecho los Eisenhuth. Nunca olvidaré la sonrisa que tenía Ofeliya. Dejaba traslucir auténtico regocijo por formar parte de aquello, por volver a pertenecer a una familia tras haber perdido la suya propia.

Más tarde, tanto el sacerdote como el amigo de Demian —que al no ser miembros de la familia no tenían que efectuar la ofrenda de sangre— informaron de lo que había sucedido en el tanque. Poco antes de que yo llegara, Frederik invitó espontáneamente a Ofeliya a participar en la ceremonia, puesto que era de la familia. Le ofreció el puñal justo después de que lo emplease él, y Ofeliya lo aceptó de buena gana. Aún sigo convencido de que Mara debió de pensar que, tras la muerte de Volonov, Ofeliya no querría volver a tocar un cuchillo. Sin embargo, cuando lo hizo, Mara intentó impedírselo..., en el preciso instante en que yo llegué y la distraje. Justo cuando Ofeliya se hizo el corte, igual que Frederik, Ilna, Demian y Mara antes.

Solo que Mara no se cortó con el puñal, sino con la cuchilla de afeitar que debía de haber escondido en el vestido a tal efecto. Es la única explicación posible de por qué murieron todos salvo ella.

Sucedieron muchas cosas casi a la vez: yo irrumpí gritando en la nave; Mara volvió la cabeza hacia mí; Ofeliya se cortó en la mano con el puñal envenenado, y el destino siguió su curso.

Mientras yo corría por la galería hasta la pasarela enrejada que conducía al tanque, Demian se desplomó, y acto seguido lo hicieron Ilna y Frederik. El sacerdote y el padrino corrieron en su ayuda, y a Ofeliya se le resbaló el puñal de la mano y fue a parar por la

abertura dentro del tanque de tinta. Después también ella cayó hacia delante, en la silla de ruedas, mientras Mara permanecía donde estaba, desvalida, con su vestido de novia blanco, el rostro desencajado por el horror: la única vez que la vi fea, no radiante como de costumbre, sino marcada por la certeza de que su venganza no había afectado únicamente a los culpables.

Corrí por la pasarela enrejada hacia el tanque, pasé por delante de los Eisenhuth, ya inmóviles, del sacerdote y el conturbado padrino, por delante también de Mara, que decía algo que no entendí, siempre lo mismo, tal vez en la lengua del lugar del que era originaria, y llegué adonde estaba Ofeliya, grité su nombre con desesperación, la cogí por los hombros y la puse derecha. Tenía los ojos cerrados y seguía sonriendo, parecía satisfecha y dolorosamente feliz, rebosante de esperanza en una vida nueva. Ya no respiraba. Del corte de la mano solo habían salido unas gotas de sangre, la herida era minúscula. Pero aquello con lo que Mara había cubierto la hoja era tan venenoso como una maldición, tan letal como un rayo.

Lanzando un grito atormentado, estreché el cuerpo de Ofeliya, con su rostro contra mi hombro; la abracé con fuerza, confiando en que un último resto de ella quizá sintiera aún, quizá supiese, que yo estaba a su lado en esos instantes últimos. Pero, de ser así, tal vez supiera también que había llegado tarde. Que tendría que haberlo intuido. Que era mi grito lo que había impedido que Mara le quitase el cuchillo envenenado.

Los dos, Mara y yo, éramos culpables. Nos unía nuestra responsabilidad, nos unían el pasado y el futuro.

Oí que los demás hablaban aterrorizados; oí pasos veloces en el enrejado metálico, oí que el amigo de Demian pedía ayuda en alguna parte. Yo estaba agachado abrazando a Ofeliya, sabía que

nadie podía ayudarla, ninguna enfermera de la empresa, ningún médico, ningún Dios todopoderoso.

Cuando por fin la solté y la enderecé con delicadeza, el sacerdote rezaba detrás de mí por Frederik, Ilna y Demian, y le dije a gritos que se ocupase también de Ofeliya, en lugar de hacerlo únicamente de aquellos que le habían dado dinero. A sus ojos asomó un pánico en estado puro.

Solo entonces busqué a Mara.

No estaba.

Primero miré por la abertura del tanque, al agujero oscuro y a la ciénaga de tinta que había más abajo. Pero no era ahí adonde había ido a parar Mara, no después de todo lo que había hecho antes. Me levanté, con pesadez en las piernas y los ojos llorosos, no presté atención al balbuciente clérigo, miré una última vez a la risueña, feliz Ofeliya, y salí corriendo.

En la escalera oí gritos provenientes de arriba y el sonido de una alarma; en los pasillos me crucé con sanitarios que acudían a toda prisa y también con el conturbado padrino, que ni siquiera me vio; atravesé naves en las que las máquinas estaban paradas, y pregunté por una mujer vestida de novia. Siempre me señalaban la salida, había ido hacia allí, no corría, pero sí caminaba con pasos muy rápidos y resueltos. A esas alturas ya debía de haber salido, estaría fuera, al aire libre, sumida en la niebla del barrio Graphische.

Y allí fue donde volví a verla, al final de la calle, una visión blanca como el espíritu con el que se me había aparecido en la biblioteca de mi tío. Y ella misma era como la niebla, una aparición blanquecina, una silueta que se fundía una y otra vez con la bruma.

No sé cuántas veces la perdí de vista y la recuperé solo para ver cómo se disipaba de nuevo en los velos de niebla. En algún momento cruzamos los límites del barrio, el aire se volvió más nítido,

un día sombrío sobre el que se cernían nubes de un gris oscuro, casi como si fuese de noche, aunque era mediodía. Y cuanto más la seguía hacia el centro, tras el destello de esa silueta blanca que veía a lo lejos, tanto más irreal se me antojaba, hasta que creí estar persiguiendo una quimera producto de mi imaginación, resultado de mis remordimientos de conciencia y de la desesperación más absoluta.

En la plaza del mercado, sin embargo, volví a verla cuando di la vuelta al ayuntamiento por la Grimmaische Strasse. Allí estaba, debajo de los soportales, casi al final del túnel de columnas, a un tiro de piedra de mí. Me detuve, porque durante un instante pensé que era una ilusión, y después continué despacio, dejando atrás columna tras columna, hasta que primero entreví y después logré distinguir su rostro, las mejillas anegadas en lágrimas, los ojos llorosos y rojos, la cabellera suelta sobre el vestido de novia blanco. Ella también me vio a mí y negó con la cabeza lentamente. Después se desplazó hacia la izquierda entre las columnas, que desde donde yo me encontraba eran como una pared, pues no se percibía distancia alguna entre ellas.

Grité su nombre, salí a la plaza bajo un cielo que borboteaba, pero Mara no estaba allí. Había empezado a llover, las pocas personas que quedaban en el mercado apretaban el paso, algunas buscaban cobijo en la entrada de los establecimientos. Yo volví a los soportales, busqué en una dirección y después en la otra, pero no vi a Mara por ninguna parte, y en el fondo no esperaba otra cosa.

Salí una vez más a la plaza, bajo una lluvia torrencial; solo vi a personas con abrigos oscuros, a ninguna mujer vestida de blanco, a ningún fantasma con un vestido de novia, y entonces supe que la había perdido, esta vez quizá para siempre.

51

Regresé al barrio Graphische, a la fábrica de libros que ahora pertenecía a los muertos.

Habían sacado de la nave a los Eisenhuth y los habían subido arriba. En ese preciso instante estaban tendiendo a Ofeliya a su lado y grité a los hombres que ella no debería haber estado allí, que solo buscaba paz y en su lugar había encontrado la muerte, y que los culpables se encontraban en el suelo y que no permitiría que se la tratase como si fuese uno de ellos, como uno de los culpables, como una de esas personas que no podían ser más pérfidas.

Se habían acercado muchos curiosos, en los pasillos y los patios había un gran hervidero de gente a la que la policía contenía en la medida de lo posible. También Block y Davidov, los dos lectores, estaban allí, y tuve suerte, pues confirmaron que era de la familia, y probablemente por eso no me encerrasen, con los gritos que pegué. Estaba sucio y sudoroso, debilitado, y tan ronco que lo más probable es que nadie entendiese lo que decía. Davidov me llevó aparte y Block me ofreció un trago de su petaca. Después ambos me alejaron de allí para que no viese cómo se llevaban a los difuntos y permanecieron a mi lado cuando admití que no sabía adónde ir. Davidov me dijo que podía dormir en su casa.

Después me interrogaron. Me dio la impresión de que sospechaban de mí, porque tenía la mochila lista para partir —para huir, afirmaron los policías— y porque el criado informó de mis desavenencias con sus señores. Pero supongo que no pudieron

demostrar de qué habían muerto los cuatro, pues no descubrieron ningún veneno, ellos mismos se habían practicado los cortes y solo encontraron el puñal después de que, con un derroche de medios considerable, vaciaran el tanque y alguien lo buscara a gatas en la tinta que quedaba. En él ya no había ni rastro del veneno, no tras haber pasado varias horas en el tanque.

Pregunté por Mara, y si en un primer momento la única respuesta fue el silencio, al cabo alguien se compadeció de mí y me contó que probablemente hubiese huido, presa del pánico, y que por entonces no la habían encontrado. A todas luces la consideraban menos sospechosa que a mí, entre otras cosas porque el sacerdote había visto que ella también se había hecho un corte en la mano y en el tanque habían caído gotas de sangre. Se estaba buscando a la pobre joven conmocionada, y seguro que aparecería, ya que, al ser la esposa del difunto Demian Eisenhuth, era heredera única de toda su fortuna.

La razón no la supe hasta dos días después, mientras yo aún me encontraba bajo arresto: al parecer, nada más llegar al frente —y, en una amarga ironía del destino, casi de forma simultánea a la tragedia que había ocurrido en casa—, Albin se enfrentó a una ofensiva de los franceses. Después de que lo alcanzase la llamarada de un lanzallamas, primero lo dieron por desaparecido y después lo declararon muerto. Era muy posible que de él solo quedaran cenizas. Sin embargo, tal y como se supo después, aunque hubiese sobrevivido, tampoco habría sido un hombre rico: el día anterior a la boda, Frederik Eisenhuth redactó ante notario un nuevo testamento en el que desheredaba a su hijo Albin y lo privaba de cualquier derecho a la empresa. Me preguntaron si yo conocía el motivo de que hubiese hecho tal cosa, pero respondí que solo había pasado

unos días con los Eisenhuth y no me habían hablado de sus disensiones familiares.

Finalmente los agentes no tuvieron más remedio que ponerme en libertad, aunque me di perfecta cuenta de que no se creían que no supiera nada. Abandoné la ciudad que un día fuera mi mayor esperanza y atravesé un país empobrecido, que al igual que yo lloraba a sus muertos y soñaba con la paz. Fui a Núremberg, encontré trabajo como secretario particular de una familia judía que, como yo, había escapado de Rusia, y permanecí allí un año. Por la noche veía apariciones de un abominable fantasma vestido de novia y durante el día soñaba despierto con Mara en toda su perfección. Ambas cosas eran jugarretas que me gastaban los sentidos, unas veces pesadillas y otras transfiguraciones, y entonces supe que no encontraría la paz hasta que volviera a ver a Mara.

Durante todo ese tiempo nunca supe nada de ella de forma directa, pero sí llegaron a mis oídos algunas cosas.

Según parece, unas semanas después de la boda apareció, tras vegetar durante algún tiempo en un asilo para menesterosos, sin recordar nada y apenas en su sano juicio. Se dio fe de que estaba traumatizada y las lagunas que tenía por lo visto se fueron cerrando poco a poco, aunque nunca por completo, de manera que no pudo contribuir al esclarecimiento de lo sucedido. Como no se demostró que se hubiese perpetrado un asesinato, ni siquiera que la muerte no hubiera sido por causas naturales, las investigaciones paulatinamente fueron quedando en agua de borrajas. Mara aceptó ser la heredera universal de la empresa y, sin tardar, lo vendió todo a un competidor de los Eisenhuth, incluida la villa del Musikviertel. El dinero lo transfirió a Suiza y ella le dio la espalda a Leipzig, tras lo cual su pista se perdió para siempre.

Con ello concluyó el capítulo dedicado a los Eisenhuth en el barrio Graphische, las editoriales e imprentas cambiaron de nombre, y el sello del yelmo de Hermes cayó en el olvido.

Al final también la guerra terminó, y tras unos años más en Viena y Basilea, me dirigí a Francia. Fui a la Costa Azul, acepté trabajos eventuales como tantos rusos jóvenes que habían escapado al terror de los bolcheviques y fui testigo de cómo la costa volvía a ser el destino de ensueño de la alta sociedad.

Nunca perdí mi amor por los libros, las historias, las narraciones, y con el tiempo volví a ser bibliotecario, ya no en un palacio ni en villas, sino en un viejo camión del ejército, una reliquia de la era del derramamiento de sangre, como yo mismo.

Al principio dije que quemaría esos recuerdos en cuanto hubiese terminado de referirlos. Hoy dudo que sea la mejor forma de combatir el dolor. Este sigue estando ahí, incluso después de haberlo puesto todo por escrito, pero lo noto distinto, como si lo hubiese compartido con un segundo Artur que solo existe en estas páginas y que desde hace muchos años responde al nombre de Maxim, compuesto en parte por mí y en parte por un personaje como el de una novela.

Hemos vivido esta historia juntos, él y yo, hemos sufrido tragedias y superado golpes del destino, algunos planes se han visto frustrados y otros se han forjado. Lo único que no ha cambiado, ni para él ni para mí, es que sentimos lo mismo por Mara, pero no sabemos si es amor u odio o un sentimiento intermedio que ninguno de los dos entendemos.

Tal vez precisamente por eso sea un sentimiento. No una certeza ni un pensamiento, mucho menos algo racional.

A Mara solo se la puede aprehender a través de los sentidos, no es posible entenderla, no es posible descifrarla, no es posible poseerla.

Pero se puede esperar. Se puede abrigar esperanza.

Y en caso de que yo no la encuentre, probablemente algún día sea ella quien me encuentre a mí.

52

1957

Finlandia se encuentra en la axila de Escandinavia, y ese agosto el clima tampoco dejaba lugar a dudas.

Cuando Thomas y Liette bajaron del pequeño avión de hélice en el aeropuerto de Immola, el calor era sofocante y la humedad del aire casi tropical. Durante los primeros minutos pasaron a ser los mejores amigos de la población de mosquitos del lugar. El cielo estaba cubierto, las nubes eran muy oscuras. Durante el último tramo el piloto había acusado el nerviosismo, porque temía ir directo a un frente tormentoso.

En medio de una interminable extensión de bosques y lagos solo había una pista de aterrizaje y dos sencillos vestíbulos, y el único lugar en el que después del largo vuelo pudieron refrescarse un tanto fue en una caseta infestada de moscas que contaba con una letrina y un lavabo oxidado. Thomas suponía que detrás de los vestíbulos las instalaciones sanitarias serían mejores, pero el viejo mecánico que llevaba la voz cantante allí se dio cuenta a la primera de su origen alemán y a todas luces quiso hacerle sentir que no era bienvenido.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Immola había sido un punto de apoyo de la Luftwaffe, es decir, una de las bases alemanas para invadir Escandinavia. En una ocasión el mismísimo Hitler había visitado el aeropuerto. Aunque Thomas viajaba en un aparato

privado desde Niza y su acompañante era francesa, probablemente el anciano supusiera que ambos eran botín de guerra teutón. Liette tuvo que desplegar todo su encanto y pagar un cuantioso soborno para que el hombre les confirmase, en inglés, que hacía unas horas había aterrizado otro avión procedente de Francia y, poco después, había despegado de nuevo. A dos de los pasajeros los estaba esperando un todoterreno, como a Liette y a Thomas: los vehículos pertenecían a una empresa de Imatra, la segunda ciudad de mayor tamaño, que alquilaba de vez en cuando vehículos a grupos de cazadores del extranjero.

A la pregunta de cómo eran las personas del otro coche, el mecánico no quiso dar una respuesta comprometida. Contó que el aparato había aterrizado al atardecer, y a finales del verano allí el atardecer era oscuro. Sabía que se trataba de dos personas, pero a él no le permitieron acercarse al avión. Vio ropa blanca, como de enfermeros o médicos, razón por la cual supuso que a bordo iba alguien enfermo. Solo un motivo más para no arrimarse a esa gente.

Liette pagó al piloto por adelantado dos días de estancia y acto seguido lo dejaron con el anciano, que le ofreció café y vodka en abundancia y transporte hasta el siguiente pueblo para pasar la noche. Sin embargo, el francés prefirió dormir en su aparato: la cercanía a Rusia, ya sabía, y demás.

En efecto, la frontera con la Unión Soviética se hallaba a escasos diez kilómetros en línea recta, y a Thomas le había extrañado que no fuese más difícil solicitar autorización a los finlandeses para que un avión entrase en el espacio aéreo cercano a la frontera. Tras efectuar una parada en el sur de Suecia para repostar, se habían visto obligados a realizar una segunda escala en Helsinki para poder entrar oficialmente en el país, y, para su sorpresa, el procedimiento se había llevado a cabo apenas sin burocracia, al igual que la

obtención del permiso necesario para continuar el vuelo a Carelia. Es posible que a todo el mundo le diera lo mismo lo que sucediese en la región, porque ciertamente ese era el final de la civilización occidental, y la oriental daba comienzo a unos cientos de kilómetros más allá, en Leningrado, la antigua San Petersburgo. Entre medias no había nada más que bosques y agua, miles de lagos, unos minúsculos y otros tan grandes que en Europa Central se los habría considerado mares.

Uno de esos gigantes era el Ládoga, que, con sus dieciocho mil kilómetros cuadrados, se extendía al otro lado de la frontera rusa y era el más grande de Europa. En el mapa que habían encontrado en casa de Mara estaba marcado un punto situado en su orilla occidental. No era una ciudad ni un pueblo, tan solo una cruz sin nombre, como en el mapa del tesoro de Stevenson, en la transición del verde al azul.

En el coche, la empresa de alquiler había puesto a su disposición una caja con provisiones para tres días, como habían acordado por teléfono desde Suecia. Además de dos prismáticos, una pistola de bengalas y un mapa detallado con una red de caminos forestales que seguro que ni estaban asfaltados ni eran demasiado exactos. A la empresa no le estaba permitido facilitarles armas de caza, tanto más cuanto que se daba por sentado que los cazadores de alces y osos traían las suyas propias.

Mara les llevaba varias horas de ventaja, razón por la cual se pusieron en marcha lo antes posible. El anciano les aconsejó que se mantuviesen alejados de la frontera, porque a los soldados rusos les alegraba cualquier cosa que supusiera una distracción en su monótono día a día. También debían tener precaución, ya que a veces uno ni siquiera se daba cuenta de que había entrado en el territorio de la Unión Soviética. No había ninguna cerca, y allí los

árboles eran los mismos que en el lugar donde estaban. Tan solo había puestos fronterizos cada diez o quince kilómetros, y las ocasionales patrullas casi siempre iban a pie, a menudo, sin embargo, con perros.

Thomas y Liette no mencionaron que su destino se hallaba en Rusia, pero la única carretera que se dirigía al sureste iba inevitablemente hacia la frontera y el anciano no era tonto. Thomas fue el primero en ponerse al volante del Land Rover verde, no porque se considerase más indicado para ello, sino porque vio, incluso a través de las gafas de sol, que Liette estaba agotada.

Apenas dejaron de ver el aeropuerto, Thomas se metió en un ancho camino forestal que también debía de haber tomado Mara. En último término, el número de rutas convenientes que llevaban hasta el lago Ládoga no era elevado y, pese a lo cansada que estaba, valiéndose del mapa Liette logró guiarlo con suma destreza por una extensión de terreno que resultó ser un laborioso zigzagueo por un oscuro bosque de coníferas.

La tensión que se respiraba en el coche iba en aumento, hasta el punto de que contaban con que detrás de cada árbol apareciese un soldado ruso. Delante, en el polvoriento camino, se veían rodadas, pero no podían distinguir si eran del Land Rover de Mara o de un vehículo militar.

—¿Dijo el médico cuánto tiempo le queda a Artur? —Thomas tuvo que alzar la voz para hacerse oír con el ruido que metía el coche por la accidentada pista.

—Hace un año habló de seis meses; hace seis meses, de tres. Al parecer, Artur debería haber muerto hace ya tiempo. El médico opinó que es un milagro que de vez en cuando recupere la conciencia.

—¿Crees que estaba esperando a Mara?

—Desde luego quería que yo la llevara a su lado.

—No me refiero a eso.

—¿Que la esperaba incluso cuando no estaba consciente?

—Sí. Que la esperanza es lo que lo ha mantenido con vida. Y que...

—¿Que ahora puede morir en paz? —lo interrumpió ella—. Es posible..., si Mara no hubiese considerado necesario secuestrarlo, hacerlo cruzar media Europa en avión y arrastrarlo hasta este lugar inhóspito, que a mí no me parece especialmente apacible.

—¿Mencionó Artur alguna vez esta región?

—Solo una, yo aún era una niña, pero él tenía un libro del que hablaba a menudo, *El Kalevala*. Es la epopeya de Finlandia, y una gran parte de las historias que contiene se desarrollan aquí, en Carelia. Pero que quisiera venir por eso a este sitio... Puede que cuando era joven, quién sabe. Él era originario de San Petersburgo, y desde allí esto no está muy lejos.

Liette volvió a concentrarse en el mapa y no tardaron en darse cuenta de que el mecánico tenía razón. Debían de haber cruzado la frontera hacía un buen rato. Conque se encontraban en territorio soviético, en el que habían entrado ilegalmente, con matrícula finlandesa, sin visado y sin una explicación plausible.

Al cabo de dos horas, durante las cuales no se toparon con una sola persona, llegaron a un camino más ancho que, según el mapa, debía de ser una suerte de carretera nacional. Tampoco allí había asfalto ni señales y en algunos puntos la maleza había avanzado desde cada uno de los lados hacia el contrario, como si la naturaleza quisiera borrar las huellas de la colonización humana. Sin embargo, había ramitas partidas y hojas arrancadas. Alguien había pasado por allí no hacía mucho.

Poco después el camino conducía hasta un amplio claro en el que los restos de casas de madera descollaban sobre la exuberante

espesura. En su día tal vez allí hubiese veinte o treinta construcciones; algunas todavía conservaban el tejado, otras solo alguna pared exterior. Llamaban la atención los marcos de madera de las ventanas con palillería, decorados con tallas y antaño pintados de blanco; en algunos aún se podían ver restos de pintura de color claro.

Thomas redujo la velocidad mientras seguían la que en su día había sido la calle del pueblo. Su mirada vagaba por las casas en ruinas, que se alzaban entre la maleza como lápidas de un cementerio abandonado, de un gris oscuro, casi negras.

Cuando llegaron al centro del claro detuvo el coche.

—¿Por qué paras? —Era evidente que a Liette no le parecía buena idea.

—Porque ella también lo ha hecho. —Señaló un punto delante en el que no pasaban inadvertidas las huellas de un frenazo—. Algo la ha hecho detenerse.

—Pero después ha seguido adelante, que es lo que deberíamos hacer nosotros.

—Solo será un momento.

Él abrió la puerta y se bajó. En el aire flotaba un olor tibio a madera de pino y resina. Eran las seis y media de la tarde, pero todavía hacía mucho calor, aunque el sol no se había dejado ver desde que habían aterrizado. El cielo era cada vez más gris, por el este las nubes amenazaban tormenta. De cuando en cuando relampagueaba por encima de los árboles y se oía un retumbar de truenos lejanos.

Después de tanta sacudida y tanto balanceo le hizo bien sentir el suelo firme bajo los pies. La espalda le dolía y tenía los brazos entumecidos. Oyó que Liette también abría su puerta, pero no

perdió de vista las ruinas circundantes y los arbustos que crecían entre medias.

—¿Tienes la pistola? —preguntó Thomas.

—¿Tú qué crees?

—¿Todavía hay alguna bala dentro?

—Una.

Thomas suspiró y se alejó unos pasos del coche. A su izquierda se erguían los restos de un edificio que en su día había sido más grande que los demás. Una iglesia, supuso, aunque ya no tenía campanario, tan solo parte de las vigas del techo.

—Da la impresión de que se quemó —opinó.

Liette dio la vuelta al todoterreno y señaló los nubarrones, en los que cada vez más a menudo se veían resplandores. También se oían más truenos. El piloto había mencionado que en la información de vuelo de esa región se advertía de fuertes tormentas durante los meses de calor del año.

—Puede que cayera un rayo —aventuró ella mientras se espantaba un mosquito de la nuca.

—Puede.

—¿Qué estamos haciendo aquí, Thomas? El tiempo apremia.

«¿De verdad apremia?», pensó él. Cuanto más llevaban en camino, tanto más a menudo se preguntaba si tenían derecho a seguir a esas dos personas.

—Me gustaría saber por qué se ha detenido precisamente aquí.

—Quizá tuviese que orinar.

—De ser así, yo preferiría hacerlo en el bosque que entre unas ruinas inquietantes.

—Eso depende de si se tiene más miedo a los espíritus o a los osos.

Thomas no pudo evitar sonreír, y pensó de nuevo en lo mucho que le gustaba Liette.

—Quizá Mara se sienta a sus anchas entre espíritus.

—¿Porque ella también lo es?

—Porque va y viene como si lo fuese. Porque a menudo se ha desvanecido y ni siquiera la policía ha podido dar con ella.

—Nosotros al menos la hemos encontrado.

—Porque hemos tenido suerte. Y otros han muerto por ello. —Thomas miró de nuevo las ruinas de la calcinada iglesia, volvió al coche y se puso al volante.

Liette pareció aliviada cuando tomó asiento a su lado de nuevo.

—¿Quieres que siga yo?

Él negó con la cabeza.

—Tengo la sensación de que falta poco.

Mientras reanudaban la marcha, Liette examinó el mapa.

—El pueblo ni siquiera aparece señalado.

—¿De cuándo es el mapa?

Ella lo comprobó.

—Del 52.

—Las ruinas tienen muchos más años. Esto se abandonó hace décadas.

Durante algo más de media hora siguieron un camino sinuoso que discurría por el bosque mientras el cielo se volvía más oscuro. Tras los árboles se veían destellos, aún lejanos, pero la lluvia no se haría esperar mucho más.

Al cabo de un rato el suelo del bosque se hizo más arenoso; el subsuelo, más blando. Las ruedas del pesado Land Rover abrían surcos en montones de arena que se habían acumulado en las depresiones del terreno.

Ante ellos los árboles se abrieron como un telón de ópera y dejaron a la vista una amplia playa de arena. Durante un instante a Thomas le dio la impresión de que iban directos a mar abierto. El agua se extendía hasta un horizonte límpido, en el que danzaban relámpagos cual esqueletos espectrales. Las nubes eran tan negras que bien podía ser la noche que se aproximaba desde el este, formando majestuosas siluetas.

Permanecieron un momento donde estaban y casi se olvidaron de respirar, tan conmovedora era la vista del lago Ládoga. Pequeños islotes asomaban entre las crestas de las olas que avanzaban hasta la orilla. Una bandada de pájaros pasó sobre ellos, huyendo de la tormenta.

Liette miró por su ventanilla.

—Ahí.

Thomas se inclinó hacia delante y se fijó en donde ella señalaba, a la derecha. Una lengua de tierra boscosa se extendía hacia el lago y sobre ella, apenas visibles por encima de las copas, descollaban las cúpulas de varias torres de madera bulbosas, por lo menos cinco o seis, muy juntas.

Aceleró y dejó que el coche avanzara con cuidado por la playa. Pocos metros más allá descubrió rodadas y las siguió en paralelo al agua hacia el sur. Donde la lengua de tierra rozaba la orilla, un camino vetusto se abría entre los árboles. Aunque allí no había mucha maleza, la oscuridad era tal que Thomas apenas veía el otro lado, donde continuaba el arenoso litoral. Cuando en el lago relampagueaba, el tronco de los árboles proyectaba sombras negras como el azabache sobre el camino, y los truenos eran tan fuertes que acallaban el ruido del motor del Land Rover.

De nuevo los árboles quedaron atrás y pudieron ver con claridad la construcción. Ambos intuyeron que el destino de su viaje estaba

ante ellos. Una historia como la de Mara y Artur no podía acabar en la nada, en una playa desierta o en el bosque. Terminaba allí, con vistas a un edificio como salido de un cuento.

Este se alzaba en una isla escabrosa, a unos doscientos metros de la orilla, y parecía ser enteramente de madera. No cinco o seis, sino nada menos que una docena de torres con cúpulas puntiagudas se alzaba hacia el proceloso cielo. Varias de ellas estaban coronadas con la cruz con dos brazos de la Iglesia ortodoxa. El resto tenía menos filigrana y se asemejaba a una imponente fortaleza compuesta por construcciones de varias plantas, cuyas ventanas eran estrechas como aspilleras. A su alrededor crecían viejos pinos y robles, algunos más altos que la empalizada exterior.

Una destartalada pasarela de troncos, lo bastante ancha para un carro de caballos, unía la orilla con la isla. Las olas golpeaban la madera con fuerza, probablemente llevarían siglos haciéndolo, sin que pudieran dañar los troncos.

El viento, que soplaba hacia el interior desde el agua, era tan tempestuoso que su aullido casi ahogaba sus voces dentro del coche. Contra los cristales no tardaron en azotar las primeras gotas de lluvia, muchas de ellas grandes como canicas, que les enturbiaron la vista.

El otro Land Rover estaba delante de la pasarela, en la orilla. Cuando Thomas fue hacia él, vieron que la puerta del conductor y la trasera estaban abiertas. Quizá Artur hubiese viajado tendido en el asiento de atrás y, tras sacarlo, nadie se había molestado en cerrar. La lluvia y la arena se colaban dentro, como si los elementos ya reclamasen para sí ese cuerpo extraño.

Thomas se detuvo a unos pocos metros. Liette abrió la puerta y bajó de un salto. Él sacó la llave y la siguió hasta el segundo vehículo, y vio que también la puerta del maletero estaba abierta.

Mara debía de haber sacado algo. Probablemente hubiese tenido que hacer dos viajes por la pasarela, uno con Artur y otro con lo que llevase.

Fueron hacia el agua. Allí donde la pasarela se unía con tierra firme se detuvieron y contemplaron el antiguo monasterio. El nuboso cielo tras las torres era de un violeta oscuro y parecía latir al ritmo de los relámpagos. Algunos de los tejados bulbosos estaban muy dañados, abiertos como huevos tras salir el polluelo. En una de las construcciones el entramado del tejado se había derrumbado y había arrastrado consigo parte de las paredes.

—Ahí hace mucho que no vive nadie —observó Thomas. El oleaje rompía en la arena con tal estrépito que casi no se oía a sí mismo.

Liette clavó la vista en silencio en el sombrío edificio.

Él la cogió de la mano.

—Sabes que han venido hasta aquí para morir juntos, ¿no?

Ella asintió sin mirarlo.

—Y deberíamos respetarlo.

Liette retiró despacio la mojada mano y subió a la pasarela. La madera se estremeció. Cada cuatro o cinco troncos había uno que estaba roto o faltaba.

—¡Liette!

Ella hizo caso omiso y siguió andando sin inmutarse. A ambos lados de la pasarela las olas con crestas de espuma salpicaban la madera y los pies de Liette.

Profiriendo una imprecación, Thomas se puso en movimiento y le dio alcance.

—¿Qué pretendes hacer?

Él apenas la oyó cuando le dijo:

—Artur me salvó la vida.

—Pese a ello, tú no puedes salvarlo. Has hecho todo lo posible durante todos estos meses, pero ahora se muere, y es probable que así lo quiera él.

—Lo sé. —Y, tras dar unos pasos, añadió—: Así es como debe ser.

Ahora la entendía: Liette no buscaba la confrontación, solo quería despedirse. Era una decisión que ni siquiera había tomado de forma racional: se guiaba únicamente por los sentimientos que le inspiraba el anciano. Por eso había tenido que ir hasta allí, pese a todas las dificultades, e incluso ahora debía continuar. Su objetivo no era interponerse en el camino de Mara. Mara nunca había sido su enemiga. Mara era el destino de Artur, imparable desde hacía tiempo.

A medio camino entre la orilla y la isla se sacó la pistola de la chaqueta, durante un instante la sostuvo en alto con el brazo extendido, de manera que resultara bien visible, y la arrojó al agua. «No somos enemigos —quería dar a entender con ello—. Solo quiero ver a Artur por última vez.»

También Thomas pensaba que los observaban desde el monasterio. Intentó distinguir algo, una figura en las angostas ventanas, pero los relámpagos en el horizonte poco a poco iban transformando el monasterio en un recortable de torres y agujas.

En los últimos metros la pasarela se balanceó de forma alarmante bajo sus pies. Desde el extremo, un vetusto camino adoquinado subía hasta un arco de madera que se abría en la empalizada. Entraron en un pequeño patio, en un nido de sombras que el encendido cielo iluminaba una y otra vez. En las alturas, las cúpulas de las torres delanteras parecían inclinarse sobre ellos.

Cruzaron el patio y llegaron al portón del edificio principal. Una hoja estaba intacta; la otra, podrida, se había salido de sus anclajes mucho tiempo atrás. Tras salvarla, se vieron en una sala oscura, en

la que en su día probablemente se oficiaran las misas. Ya no había ningún icono, ni tampoco imágenes o cualquier otra cosa de valor, todo eso se lo habían llevado hacía mucho. Una ligera elevación señalaba el lugar donde antes se encontraba el altar. Allí solo quedaban unos bancos y unas banquetas podridos. En un lateral de la pared unos peldaños subían y casi se fundían con la oscuridad. En su extremo superior golpeteaba una puerta que se cerraba sin parar, aunque nunca se abría más de un dedo.

Había un fuerte olor a gasolina.

Sobre una manta, en medio del lugar, descansaba un bulto delgado. Tumbado, con las manos cruzadas en el pecho.

—¡Artur! —Liette corrió hacia él y se arrodilló.

Incluso en la oscuridad, Thomas vio que ya no vivía.

Una voz que salía de la negrura dijo:

—Ha muerto en el bosque, mientras veníamos hacia aquí. Ese fue siempre su deseo: ver los bosques de Carelia.

La puerta al final de la escalera estaba abierta. Contra ella se recortaba la silueta de una mujer con el cabello ondeando al viento. Detrás el mundo terminaba ante un muro de nubarrones burbujeantes, una paleta de colores apocalípticos.

—Artur quería que te encontrásemos —dijo Liette con voz serena, mientras sostenía en sus manos la del difunto.

—Yo creo que lo que de verdad quería era que yo lo encontrase —replicó la aparición—. Vuestra búsqueda me condujo hasta él.

Thomas se situó al lado de Liette cuando ella se inclinó sobre Artur y lo besó en la frente. Al hacerlo, el colgante con la piedra de luna se le salió del escote.

—Conque lo tienes tú —constató la mujer.

Liette levantó la vista. Se llevó una mano a la piedra. En un primer momento dio la impresión de que quería volver a metérsela

bajo la ropa, pero después la dejó abiertamente sobre la camisa.

—Sí —afirmó—. Si me lo permites.

La mujer no dijo nada, pero un instante después hizo un gesto afirmativo apenas perceptible.

Liette le soltó con delicadeza la mano a Artur, se levantó y buscó a tientas la de Thomas.

El largo cabello de la aparición bailaba con el viento.

—Todo está listo —dijo—. Ahora, marchaos.

Durante un momento pareció que unos ojos dorados se encendían en la oscura silueta. La negrura los engulló acto seguido, como sendas monedas devoradas por un aceite denso.

Liette miró de nuevo a Artur y después dio media vuelta y, cogida de la mano de Thomas, echó a andar hacia el portón y franqueó las sombras de la sala, entre el olor a gasolina, entre el viento y los truenos de la tormenta que azotaba por el este.

No miraron atrás mientras salían del edificio, cruzaban el patio y enfilaban el camino adoquinado hacia la pasarela. Solo cuando ya estaban en el agua, con la espuma salpicándoles los tobillos y la pasarela temblando bajo su peso, se detuvieron una última vez y volvieron la cabeza.

Un humo negro salía de algunas de las ventanas del monasterio, el viento lo arrastraba y lo llevaba tierra adentro. Thomas percibió el olor, se mezclaba con el de la lluvia de la tormenta y el de las algas del lago. Primero fue como si un rayo cayera en la construcción principal, después comprendió que las llamas subían desde abajo, una gran llamarada que prendió el tejado y se extendió a las torres.

—Tenemos que irnos de aquí —dijo Liette.

Thomas asintió y siguió andando, pero volvía la cabeza a cada pocos pasos, mientras cada vez eran más las llamas que subían de las ruinas del monasterio, lamían las fachadas de madera y se

deslizaban por las bulbosas torres. Pronto alguien vería la señal incluso desde lejos, los soldados en los bosques, un avión de reconocimiento del ejército ruso; Liette tenía razón: tenían que marcharse inmediatamente de ese sitio.

Cuando ya estaban en el coche y Thomas dio la vuelta, también ella miró la isla. La lluvia arreciaba y todo se veía borroso, pero ni siquiera el agua tenía el poder de apagar un fuego así. El monasterio ardía como una hoguera, madera centenaria, podrida, que era pasto de las llamas a toda velocidad. Nubes de ceniza avanzaban por el agua hacia la playa, la lluvia las atrapaba y las aplastaba contra la arena, una capa de hollín que, al igual que la noche, cubría toda la franja costera.

El Land Rover se alejó de la playa y se adentró en el bosque, a trompicones y con el motor aullando, y no tardaron en fundirse con las sombras mientras se dirigían al oeste, por una oscuridad negra como una tumba.

53

Una semana después de que regresaran a la Costa Azul, recorrían el sendero que discurría por la parte superior del acantilado, entre las sombras de los pinos y los cedros, camino de Villa Eisenhuth.

Abajo, en la bahía, la niebla se cerraba, trepaba por las rocas y pendía como seda entre los árboles. Thomas iba cogido de la mano de Liette como si no la hubiese soltado desde Carelia. Durante ese viaje por el cielo y por los densos bosques les había sucedido algo, avivado por el temor de lo que pudieran descubrir, por la preocupación de perder al otro, pero quizá también por la certeza de que habían encontrado algo más que el final de la historia de Artur y Mara: el comienzo de la suya.

Se las habían tenido que ver con los elementos, el azote de la borrasca, el estrépito de la tormenta y la lluvia, que había convertido los caminos en un barrizal. La vuelta había sido una tortura, pero a la vez el mal tiempo había obligado a las patrullas a regresar a sus bases. Solo en una ocasión habían visto luces titilantes tras los árboles, poco antes de llegar a la frontera; acto seguido estaban de nuevo en Finlandia, otra vez en su lado del telón de acero, que allí no era tan de acero como más al sur.

Y ahora estaban de vuelta. A orillas del mar Mediterráneo el calor parecía más agradable que en el norte. El sol se hallaba suspendido a un palmo del agua, iluminaba la bahía y bañaba la ondulante parte superior de la calima en un crepúsculo rojo fuego.

Liette llevaba una blusa de manga larga y una falda de verano que le llegaba hasta los tobillos, pero ni pañuelo en la cabeza ni gafas de sol. El día anterior había dicho por primera vez que el sol poniente le hacía bien. Lo había afirmado mientras se hallaban en su terraza, con una botella de vino, contemplando el mar, justo después de decidir que irían juntos a la villa. Los abogados de Liette estaban ultimando la compra, y las autoridades le habían hecho concebir la esperanza de que pronto las ruinas serían suyas.

Pero ella no quería esperar tanto tiempo. Los libros aguardaban su llegada, la biblioteca del viejo Eisenhuth, por la que en su día había deambulado un espíritu cuando una niña encaramada a un árbol miraba por una ventana.

También en ese lado de la villa un letrero advertía de que el acantilado corría el peligro de derrumbarse, pero ambos lo ignoraron. Después de conquistar la frontera rusa, tenían la sensación de que los corrimientos de tierra y los desprendimientos de rocas ya no les podían hacer nada. Y Thomas ya había entrado una vez, había estado arriba, cuando descubrió las pisadas en el polvo. Entonces la villa no se había hundido, el acantilado seguía igual de sólido que siempre, y, cuando vio surgir ambas cosas entre la bruma, Thomas decidió que no había ningún lugar en el que prefiriese estar en ese momento.

Los ríos de niebla envolvían las alas llenas de recovecos de la mansión, palpaban cual dedos blancos las fachadas y se colaban por las rendijas más angostas. Su intensidad cambiaba como el blanco lechoso de la piedra de luna que tenía Liette, como si una parte de la niebla se hubiese solidificado en un luminoso óvalo.

Entraron en la casa por la puerta trasera, que ya nadie recordaba quién había forzado, recorrieron los desiertos corredores y salas, cruzaron el vestíbulo y subieron la escalinata hasta la primera planta.

El largo pasillo que conducía a la biblioteca no tenía ventanas y era oscuro, pero la puerta de dos hojas del extremo se hallaba entreabierta. Por ella les llegaba una luz rojiza, los últimos rayos del sol poniente, opacados por el alto cristal opalino. El aire olía a moho y a cerrado.

Se detuvieron en la entrada y se miraron. Desde que Thomas conocía a Liette, rara vez la había visto insegura. Solo cuando él le sonrió para invitarla a entrar, Liette extendió la mano y empujó la puerta despacio.

Ante ellos se hallaba la sala de dos alturas con la galería circundante y las imponentes librerías. Los estantes estaban tan llenos que en cada uno de ellos parecía que había un libro de más para comprimir las historias en una sola, que aglutinaba todas las demás.

«Una biblioteca es mucho más que los libros que ocupan sus estanterías —había dicho Liette cuando le habló por primera vez de esa habitación—. Es todo un mundo, un universo.»

Las huellas de los pies descalzos seguían ahí. Iban de la puerta a las estanterías, las recorrían y volvían.

—¿Entramos? —preguntó Thomas.

Liette asintió y franqueó el umbral. Solo entonces se percató él de que sobre el parqué había suspendida una neblina que se disipaba con cada uno de sus pasos. De modo que la niebla también corría por allí, y desde hacía décadas.

Thomas seguía a Liette a cierta distancia por la vasta sala, porque sentía que ese era su momento. Tal vez él no fuese más que un invitado en su sueño. Liette pasó los dedos por el lomo de los libros a lo largo de una de las altas estanterías, como había imaginado siempre cuando era pequeña, y continuó caminando con aire pensativo.

La casa crujía y gemía, y una vez más Thomas creyó sentir una ligera vibración, como si el acantilado entero se estremeciese con sus pisadas. Sin embargo, esta vez no le pareció algo amenazador, sino más bien como si aún existiera vida en ese lugar medio olvidado. Curiosamente, ello se le antojó esperanzador.

Liette intentó sacar uno de los libros, pero los volúmenes estaban pegados unos a otros. Thomas se situó delante de otra estantería y a su vez probó a coger uno, pero también parecía como encolado. Y lo mismo con el otro, y con el siguiente, y en las demás paredes.

—La niebla —observó ella con voz inexpresiva.

Thomas tocó por arriba los ondulados cantos.

—Con tanta humedad durante tanto tiempo, el papel se ha hinchado.

Los días en los que la bruma subía de la bahía y se deslizaba por las rocas él había sido testigo de que Villa Eisenhuth se hundía en ella hasta los frontones. Conque quizá el cristal opalino no fuese el culpable de lo que Liette había visto en su día. En la casa había niebla real, atrapada en las habitaciones y los pasillos, como también hubo una mujer real.

—Estuvo aquí —aseguró Liette—. La mujer a la que vi entonces era Mara.

—Las pisadas son, a lo sumo, de hace un par de años, de lo contrario el polvo las habría cubierto. Puede que viniese aquí a escondidas una y otra vez. —Thomas la imaginó llegando siempre con la niebla, casi invisible entre sus velos—. Algo la unía a este sitio.

Liette tocaba un libro tras otro como a cámara lenta. No parecía decepcionada, tan solo un poco melancólica, y Thomas pensó que el motivo ni siquiera eran esos libros que no se podrían abrir nunca más.

—Seguro que ella y Artur vinieron alguna vez juntos —dijo—. Hace mucho, cuando los dos aún eran muy jóvenes. Por eso él ya no se fue nunca de la costa. Seguro que siempre abrigó la esperanza de que, como a él, este lugar atraería a Mara hasta aquí.

—¿Y nunca coincidieron?

Liette negó con la cabeza.

—Puede que ella ni siquiera supiese que Artur estaba en Francia. Aquí vivía bajo otro nombre, igual que ella. O quizá ella ni siquiera quisiese que él supiera en lo que se había convertido. Y a pesar de ello venía aquí continuamente. A veces hay cosas que uno no puede evitar hacer. —Señaló las pisadas de los pies desnudos—. Creo que quería sentir la casa, el suelo, la niebla, todo este sitio.

—Su pasado —añadió él en voz queda.

Liette dejó de mirar las paredes de libros para mirarlo a él.

—Quería sentir lo que había sentido una vez. Lo que sintió entonces y después quizá no volvería a sentir nunca más.

Thomas sabía a qué se refería. Mara no se había podido quitar de la cabeza a Artur ni Artur a Mara. Durante décadas habían dado vueltas alrededor de ese sitio como dos astros que no se rozan nunca. Solo al final la muerte había roto ese ciclo. Y con ellos también había muerto esa biblioteca. La casa se había liberado del destino de ambos como de una maldición.

—Devolveré todo esto a la vida —afirmó Liette, que abrió los brazos y giró una vez sobre sí misma, como si quisiera tocar toda la sala a un mismo tiempo—. Traeré a esta habitación libros nuevos, historias nuevas, voces nuevas.

—Te puedo ayudar, si quieres —se ofreció él.

Liette fue a su lado, lo besó y le cogió la mano. Después lo llevó por el polvoriento vacío hacia una de las ventanas de cristal opalino.

Al otro lado, a la luz rojo sangre del sol poniente, solo se distinguían siluetas imprecisas, algunas sombras informes.

—Ahí estaba el árbol al que me subía en su día —contó.

Thomas puso un dedo en el cristal y empezó a dibujar en la capa de polvo un tronco con fuertes ramas.

—Plantaremos uno juntos —decidió—, tú y yo.

Epílogo

1928

Un hombre caminaba por las callejuelas del barrio Graphische, fornido como un trol, con el pelo alborotado y los brazos tan largos que a primera vista le llegaban hasta el suelo. Tenía la frente plana y un tanto protuberante, de manera que sus ojos se sumían en profundas sombras cuando atravesaba la mortecina luz de las farolas.

La tarde de otoño era fría y sombría, y el cielo tenía un tono amarillento, como de papel viejo. El sempiterno humo que arrojaban todas las máquinas de imprimir cubría de hollín las molduras y los relieves. Hermes, el dios del yelmo alado al que los romanos llamaban Mercurio, se sentía allí como en casa, al igual que Minerva, la diosa de las artes. Con frecuencia miraban juntos desde las hornacinas de las fachadas góticas, velaban por las librerías y las editoriales, por los talleres de composición y las librerías anticuarias.

Grigori visitaba por primera vez la ciudad de los libros. Había ido directo a ese barrio desde la estación, en busca de aventuras, inventadas y reales. Estaba decidido a encontrar ambas, en las novelas y en la vida. En el tren procedente de París lo habían tomado por francés, porque dominaba la lengua, y ya había llegado el momento de que aprendiese alemán. Solo sabía unas palabras, las suficientes para formar un puñado de frases. Confiaba en que eso le bastara para encontrar empleo de jardinero. Esta vez quería

desempeñar un oficio honrado. No había abandonado París por propia voluntad.

Del abultado petate que llevaba a la espalda como si fuese una joroba asomaban tallos con hojas verdes: su vieja y leal menta, que lo acompañaba desde hacía casi quince años. Cuando encontrase el lugar adecuado para ella, podría plantar como poco diez más. Y también él necesitaba encontrar el lugar adecuado.

Deambuló sin rumbo por el barrio. Se asomó a portones de talleres abiertos y ventanas de despachos, contempló asombrado los escaparates de las librerías y aspiró el aroma que salía por sus puertas. Ya llevaba un buen rato paseando cuando se metió en una calle estrecha. En la desembocadura colgaban dos letreros con distintos nombres, uno completamente oxidado y lleno de carbonilla y el otro completamente nuevo y reluciente. A todas luces, después de cambiarle el nombre habían dejado colgando el anterior sin más. Grigori habría apostado el salario de su primera semana a que los vecinos seguían utilizando el nombre antiguo mientras nadie retirase el letrero. Lo mismo había sucedido con San Petersburgo, cuyo nombre habían cambiado primero a Petrogrado y después a Leningrado. Allí la gente se aferraba a lo que le resultaba familiar. Y, en último término, las personas de San Petersburgo no eran distintas de las de Leipzig.

Grigori pasó por delante de una entrada con portero y siguió un largo muro de ladrillo. Al final se alzaba un pequeño edificio con un frontón puntiagudo. El escaparate estaba tan lleno de libros antiguos que debía de costar ver la calle desde dentro.

MONTECRISTO, se veía sobre la puerta, grabado en piedra.

Grigori se detuvo y miró los libros con más atención. No sabía lo que ponía en los títulos, pero reconoció el nombre de algunos autores: Dumas, Salgari y London. Al levantar la cabeza vio el

interior por una rendija. Un hombre joven estaba ordenando libros en un estante.

—¿Por qué no entras? —preguntó a su lado una voz aguda, una niña pequeña con trenzas castañas y ojos grandes, de unos seis o siete años. Probablemente no supiese leer mucho mejor que él los libros de ese establecimiento, pese a lo cual llevaba varios volúmenes bajo el brazo—. ¿Cómo te llamas? —le preguntó, y como no contestaba, repitió con más claridad—: ¿Cuál es tu nombre?

—Grigori.

La pequeña dejó a la vista una gran mella al sonreír.

—Yo soy Rosalie, que además rima con Grigori.

Él asintió, ya que solo entendió su nombre.

—Vamos, pasa —le dijo, y le cogió la garra con su manita, abrió la puerta y lo llevó con los libros.

Notas

Capítulo 45

1 En alemán, la mujer convierte la frase «tu marido será tu señor» en «tu marido será tu bufón», de ahí el nombre de la Biblia. *(N. de la t.)*

La biblioteca de la niebla
Kai Meyer

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Die Bibliothek im Nebel*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño, a partir de un diseño original de Semper Smile, Múnich
© de la ilustración de la portada, Debra Osborne-Pursglove / Arcangel, © Ilbusca / Getty Images y © Burdun Iliya / Shutterstock

© 2023, Knaur. Un sello de Verlagsgruppe Droemer Knaur GmbH & Co. KG, Múnich
Derechos negociados por mediación de Ute Körner Literary Agent

© de la traducción, María José Díez Pérez, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2025

ISBN: 978-84-08-30497-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

LILLY LUCAS
NUEVOS
Comienzos
Planeta

Nuevos comienzos (Serie Green Valley 1)

Lucas, Lilly

9788408305040

400

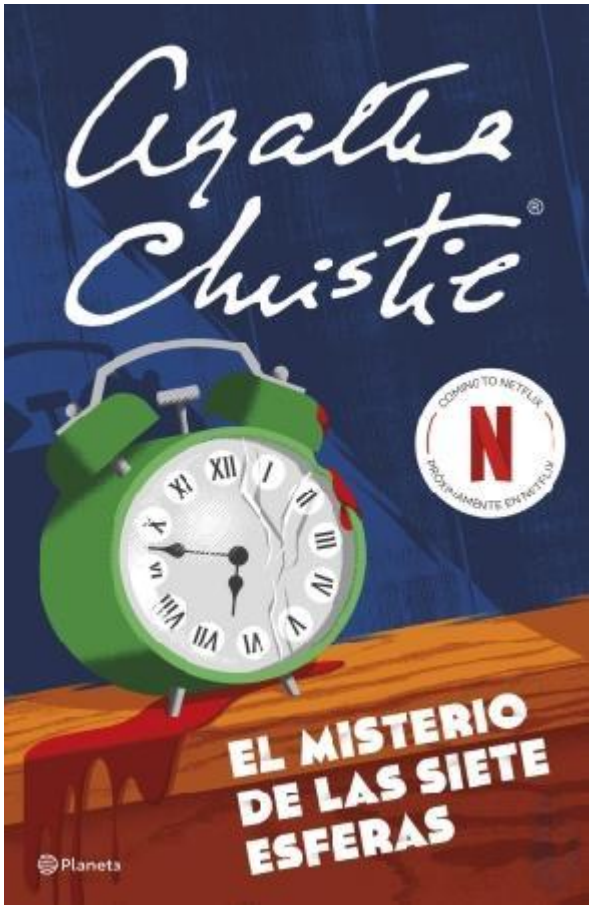
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Descubre a Lilly Lucas, la autora de novela romántica juvenil que arrasa en Alemania con más de 1.000.000 de lectores.

Lena, una joven de Berlín, nunca se imaginó que su año como ***au pair*** **en Estados Unidos**, tras dejar aparcados sus estudios el primer año de universidad, empezaría de ese modo: en lugar de una ciudad cosmopolita y de ritmo frenético, aterriza en el minúsculo pueblo de Green Valley, en plenas Montañas Rocosas. A pesar del *shock* inicial, las cosas parece que van bien: los Cooper, su familia de acogida, son fantásticos, el pequeño del que debe ocuparse, Liam, es adorable, y el coqueto Bed & Breakfast que dirigen es tremendamente acogedor. Todo funciona a las mil maravillas hasta que Ryan Cooper, el hermano pequeño de Jack, aparece en escena y todo dará un vuelco: **Ryan es el chico malo de Green Valley**, la oveja negra de la familia Cooper quien, tras un grave accidente de esquí, tuvo que abandonar su carrera profesional. Ahora se muestra resentido con todos, sobre todo con Lena. **Pero quizá es sólo la**

primera impresión, ya que del odio al amor puede haber un solo paso.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El misterio de las siete esferas

Christie, Agatha
9788467076769
162

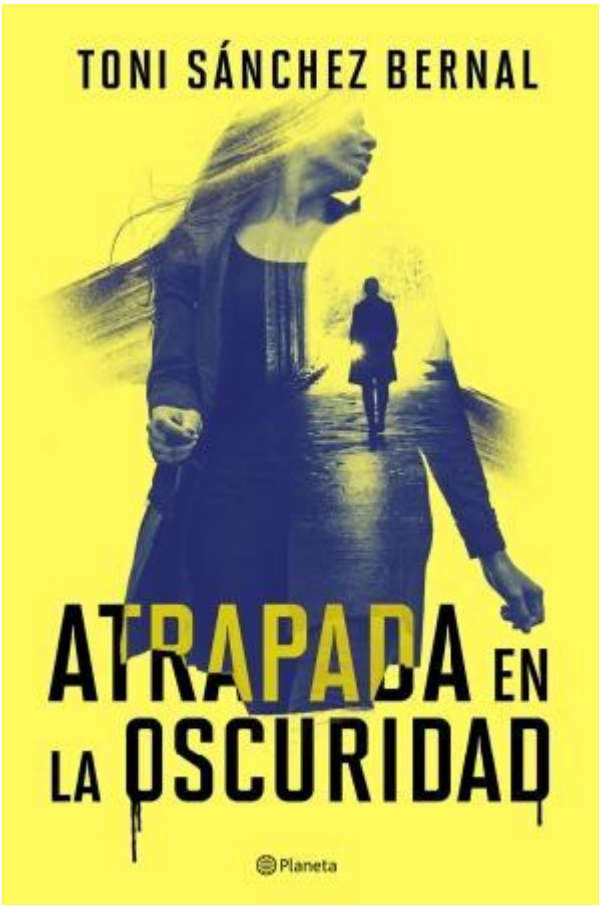
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una broma pesada con mortales consecuencias. Un clásico de la dama del crimen, Agatha Christie.

Gerry Wade era conocido por ser un gran dormilón, así que los demás huéspedes de Chimneys decidieron gastarle una broma. Ocho despertadores fueron programados para que sonaran, uno tras otro, empezando a las 6:30 a.m. Pero cuando amaneció el día, uno de los relojes faltaba, y la broma se tornó en tragedia.

«Envuelta en una atmósfera de misterio, malentendidos y romance, la historia conduce a un desenlace inesperado y de lo más gratificante». ***The Times Literary Supplement***

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


TONI SÁNCHEZ BERNAL
ATRAPADA EN LA OSCURIDAD
Planeta

Atrapada en la oscuridad

Sánchez Bernal, Toni
9788408305866
480

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

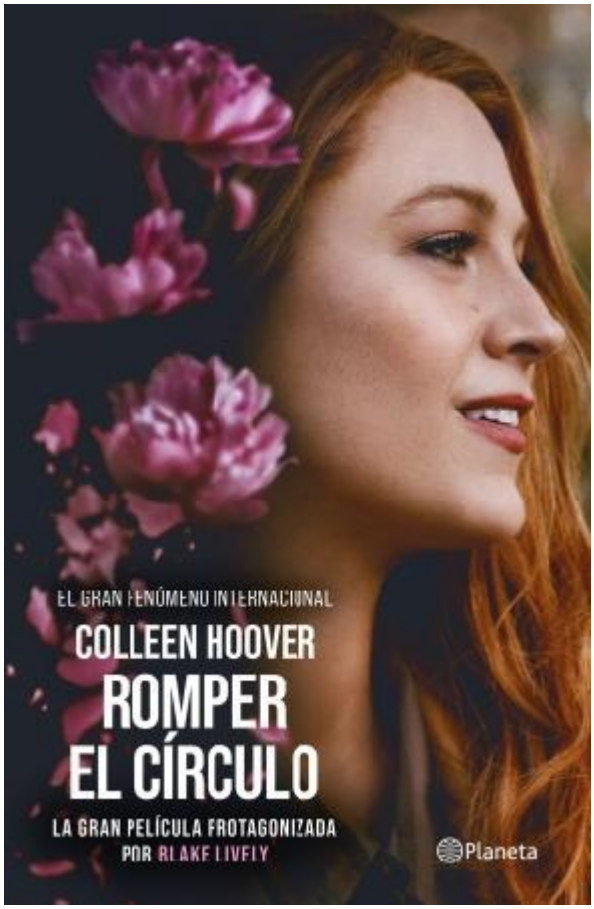
Corre; no te detengas; no mires atrás. Un thriller en el que no podrás parar a tomar aliento.

Una mujer es **ejecutada en plena calle**, a las puertas de una comisaría de policía. Se trata de Cristina Hidalgo, **desaparecida hace veintisiete años**.

A partir de ese momento, el objetivo del grupo de Homicidios de la UDEV, liderado por la inspectora Tania Bilbao, es descubrir **dónde estuvo todo ese tiempo**. Al equipo se une Arturo Yani, **un policía atormentado por su infancia**, una bomba de relojería que sufre el chantaje de Asuntos Internos para investigar a Tania, conocida por sus **métodos poco ortodoxos** dentro del cuerpo.

No parecen los más indicados para resolver el caso, pero, justo por eso, son **los únicos capaces de llegar hasta las últimas consecuencias**. Lo que ninguno de los dos puede sospechar es que bajo sus pies se esconde la peor de las pesadillas.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


EL GRAN FENÓMENO INTERNACIONAL
COLLEEN HOOVER
ROMPER
EL CÍRCULO
LA GRAN PELÍCULA PROTAGONIZADA
POR BLAKE LIVELY
Planeta

Romper el círculo (It Ends with Us)

Hoover, Colleen
9788408259015
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

A veces, quien más te quiere es quién más daño te hace.

Lily no siempre lo ha tenido fácil. Por eso, su idílica relación con un magnífico neurocirujano llamado Ryle Kincaid, parece demasiado buena para ser verdad. Cuando Atlas, su primer amor, reaparece repentinamente y Ryle comienza a mostrar su verdadera cara, todo lo que Lily ha construido con él se ve amenazado.

«Nadie escribe sobre sentimientos como Colleen Hoover.» Anna Todd

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

TABEA BACH
La
FLOR
de la SAL
El sabor de un nuevo comienzo
Planeta

La flor de la sal. El sabor de un nuevo comienzo

Bach, Tabea
9788408306214
416

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una isla que impone su propio compás. Una mujer que descubrirá que la receta de la felicidad se cocina a fuego lento. En la fascinante isla de La Palma, Julia se enfrentará a todo un pueblo para cumplir su sueño: abrir su propio restaurante. Tabea Bach. Un fenómeno de la literatura femenina, bestseller del Spiegel.

Julia, una chef con estrella Michelin, necesita parar antes de romperse. Acompaña a su sobrino a La Palma y, en una bahía salvaje y luminosa, descubre una finca antigua que la hace soñar de nuevo: ¿y si pudiera abrir allí un pequeño restaurante frente al mar? En la salina cercana conoce a Álvaro, un hombre sereno y lleno de pasión. La conexión entre ellos es inmediata, pero los nuevos comienzos nunca son fáciles. Julia tendrá que decidir si está dispuesta a dejar atrás su antigua vida para apostar por lo que de verdad desea. Una novela cálida sobre el amor, la valentía y la magia de empezar de nuevo.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)